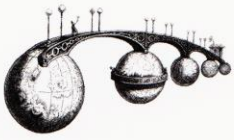
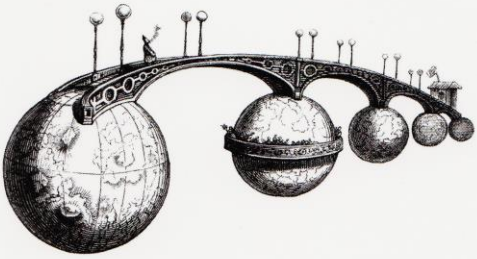
STEVEN PINKER

EL MUNDO DE LAS PALABRAS

Una introducción a la naturaleza humana



PAIDÓS TRANSICIONES



Steven Pinker es profesor del departamento de Psicología de la Universidad de Harvard. Dirige investigaciones sobre lenguaje y cognición, y es autor de diversas obras entre las que se cuentan *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana* y *La tabla rasa, el buen salvaje y el fantasma en la máquina*, ambas publicadas por Paidós.

EL MUNDO DE LAS PALABRAS

PAIDÓS TRANSICIONES

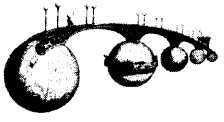
Últimos títulos publicados

26. K. Kaye, *La vida mental y social del bebé*
27. P. N. Johnson-Laird, *El ordenador y la mente*
28. P. Wallace, *La psicología de Internet*
29. H. Gardner, *La inteligencia reformulada*
30. J. Horgan, *La mente por descubrir*
31. R. Lewontin, *El sueño del genoma humano y otras ilusiones*
32. J. Elster, *Sobre las pasiones*
33. U. Bronfenbrenner, *La ecología del desarrollo humano*
34. D. A. Norman, *El ordenador invisible*
35. K. Davies, *La conquista del genoma humano*
36. G. Claxton, *Aprender*
37. C. Hagège, *No a la muerte de las lenguas*
38. C. Korsmeyer, *El sentido del gusto*
39. E. S. Hochman, *La Bauhaus. Crisol de la modernidad*
40. M. Rees, *Nuestro hábitat cósmico*
41. H. Gardner y otros, *Buen trabajo*
42. F. De Waal, *El simio y el aprendiz de Sushi*
43. R. M. Hogarth, *Educar la intuición*
44. S. Weinberg, *Plantar cara*
45. A. C. Danto, *La Madonna del futuro*
46. N. Longworth, *El aprendizaje a lo largo de la vida*
48. M. Levine, *Mentes diferentes, aprendizajes diferentes*
49. S. Pinker, *La tabla rasa*
50. R. Aunger, *El meme eléctrico*
51. D. C. Dennett, *La evolución de la libertad*
52. M. Levine, *Contra el mito de la pereza*
53. R. Debray y J. Bricmont, *A la sombra de la ilustración*
54. H. Gardner, *Mentes flexibles*
55. G. Nunberg (comp.), *El futuro del libro*
56. N. Longworth, *El aprendizaje a lo largo de la vida en la práctica*
57. C. Allègre, *Un poco de ciencia para todo el mundo*
58. D. A. Norman, *El diseño emocional*
59. D. J. Watts, *Seis grados de separación. La ciencia de las redes en la era del acceso*
60. M. P. Lynch, *La importancia de la verdad*
61. M. S. Gazzaniga, *El cerebro ético*
62. H. Gee, *La escalera de Jacob. Historia del genoma humano*
63. G. Rizzolatti y C. Sinigaglia, *Las neuronas espejo*
64. R. Sapolsky, *El mono enamorado y otros ensayos sobre nuestra vida animal*
65. C. Allègre, *La sociedad vulnerable. Doce retos de política científica*
66. F. de Waal, *Primates y filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre*
67. S. Pinker, *El mundo de las palabras. Una introducción a la naturaleza humana*

STEVEN PINKER

EL MUNDO DE LAS PALABRAS

Una introducción a la naturaleza humana



PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *The stuff of thought*

Traducción de Roc Filella

Colección dirigida por Ignacio López Verdeguer
Diseño de la colección y de la cubierta: excèntric comunicació

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2007 by Steven Pinker. All Rights Reserved
© 2007 de la traducción, Roc Filella
© 2007 de todas las ediciones en castellano
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-493-2053-8
Depósito legal: B-40.839/2007

Impreso en Grup Balmes - AM 06, A.I.E.
Av. Barcelona, 260, Pol. Ind. El Pla - 08750 Molins de Rei (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Para Rebecca

SUMARIO

Agradecimientos 11
Prefacio 13

1. Las palabras y los mundos 15
2. Por la madriguera abajo 45
3. Cincuenta mil conceptos innatos
   (y otras teorías radicales del lenguaje y el pensamiento) 129
4. Surcar el viento 211
5. La metáfora de la metáfora 313
6. ¿Qué hay en un nombre? 369
7. Las siete palabras que no se pueden pronunciar en la televisión . 427
8. Los juegos que la gente practica 493
9. Escapar de la caverna 557

Bibliografía 573
Índice analítico y de nombres 609

AGRADECIMIENTOS

Al escribir este libro he tenido el gozo de contar con el consejo y el apoyo de muchas personas, empezando por mis editores, Wendy Wolf y Stefan McGrath, y mi agente, John Brockman. Me he beneficiado muchísimo del saber de generosos lectores que han repasado todo el manuscrito —Rebecca Newberger Goldstein, David Haig, David Kemmerer, Roslyn Pinker y Barbara Spellman— y de los expertos que han dado su opinión sobre los temas de su especialidad: Linda Abarbanell, Ned Block, Paul Bloom, Kate Burridge, Herbert Clark, Alan Dershowitz, Bruce Fraser, Marc Hauser, Ray Jackendoff, James Lee, Beth Levin, Peggy Li, Charles Parsons, James Pustejovsky, Lisa Randall, Harvey Silverglate, Alison Simmons, Donald Symons, J. D. Trout, Edda Weigand y Phillip Wolff. Gracias, también, a quienes han respondido a mis preguntas o me han hecho algún tipo de sugerencia: Max Bazerman, Iris Berent, Joan Bresnan, Daniel Casasanto, Susan Carey, Gennaro Chierchia, Helena Cronin, Matt Denio, Daniel Donoghue, Nicholas Epley, Michael Faber, David Feinberg, Daniel Fessler, Alan Fiske, Daniel Gilbert, Lila Gleitman, Douglas Jones, Marcy Kahan, Robert Kurzban, Gary Marcus, George Miller, Martin Nowak, Anna Papafragou, Geoffrey Pullum, S. Abbas Raza, Laurie Santos, Anne Senghas, G. Richard Tucker, Daniel Wegner, Caroline Whiting y Angela Yu.

Agradezco a Ilavenil Subbiah los muchos ejemplos de sutiles fenómenos semánticos que ella misma sacó del habla cotidiana, y además, otras muchas cosas. Gracias también a mis padres, Harry y Roslyn, y a mi familia: Susan, Martin, Eva, Carl, Eric, Rob, Kris, Jack, David, Yael, Gabe y Danielle. Y sobre todo, doy las gracias a Rebecca Newberger Goldstein, mi *alma gemela*, a quien va dedicado este libro.

La investigación que este libro recoge contó con la subvención HD-18381 de NIH (National Institutes of Health), y la de la cátedra Familia Johnstone de la Universidad de Harvard.

PREFACIO

En la forma que tenemos de utilizar las palabras hay incrustada una teoría del espacio y del tiempo. También hay una teoría de la materia y una teoría de la causalidad. Nuestro lenguaje lleva consigo un modelo de sexo (en realidad, dos modelos) y las ideas de la intimidad, el poder y la imparcialidad. La divinidad, la degradación y el peligro también están arraigados en nuestra lengua materna, junto con una idea del bienestar y una filosofía del libre albedrío. Los detalles de estas ideas varían de una lengua a otra, pero su lógica general es la misma, y se sitúan aparte de sus equivalentes de nuestra mejor ciencia y filosofía. Estas ideas están entretejidas en el lenguaje, pero sus raíces son más profundas que el propio lenguaje. Componen las directrices de cómo interpretamos lo que nos rodea, cómo damos crédito o culpamos a nuestros semejantes y cómo negociamos nuestras relaciones con ellos. Por consiguiente, si nos fijamos atentamente en nuestra habla —nuestras conversaciones, nuestras bromas, nuestras disputas legales, los nombres que ponemos a los niños—, podremos llegar a comprender quiénes somos.

Ésta es la premisa del libro que el lector tiene en sus manos, el tercero de una trilogía dirigida a un amplio público de lectores que sientan interés por el lenguaje y la mente. El primero, *El instinto del lenguaje*, es una perspectiva general de la facultad del lenguaje: todo lo que siempre quiso saber sobre el lenguaje pero no se atrevió a preguntar. Una lengua es una forma de conectar el sonido con el significado, y los otros dos libros se ocupan de esos dos ámbitos. *Words and Rules* trata de las unidades de la lengua, cómo se almacenan en la memoria, y cómo se unen en el vasto número de combinaciones que otorgan al lenguaje su poder expresivo. *El mundo de las palabras* se ocupa del otro extremo de esa conexión, el significado. Entre las perspectivas que se pretende abrir están los significados y las construcciones de las palabras y la forma en que se emplea la lengua en los enclaves sociales, temas a los que los lingüistas llaman semántica y pragmática.

Al mismo tiempo, este volumen completa otra trilogía: tres libros sobre la naturaleza humana. *Cómo funciona la mente* intenta urdir al revés la psique a la luz de la ciencia cognitiva y la psicología evolutiva. *La tabla rasa** analiza el concepto de naturaleza humana y sus tintes morales, emocionales y políticos. Éste plantea el tema aún de otra forma: qué podemos aprender sobre nuestro modo de ser a partir de cómo traducimos a palabras lo que pensamos y lo que sentimos.

Al igual que hice en mis otros libros sobre el lenguaje, los primeros capítulos de vez en cuando se ocupan de temas técnicos, aunque de un modo superficial. Pero he puesto todo mi empeño para que se comprendan bien, y estoy seguro de que el tema del que me ocupo atraerá a cualquiera al que le interese aquello que nos hace ser como somos. El lenguaje está entrelazado con la vida humana. Lo usamos para informar y convencer, pero también para intimidar, prometer, seducir y, por supuesto, jurar. Refleja cómo captamos la realidad, y también la imagen de nosotros mismos que intentamos proyectar hacia los demás, y los vínculos que nos atan a ellos. Se trata de una ventana a la naturaleza humana, y espero convencer al lector de que así es.

* Barcelona, Paidós, 2003. (*N. del t.*)

Capítulo 1
LAS PALABRAS Y LOS MUNDOS

El día 11 de septiembre de 2001, a las 8.46, un avión secuestrado se estrelló contra la torre norte del World Trade Center de Nueva York. A las 9.03, un segundo avión lo hizo contra la torre sur. Los incendios que todo ello provocó hicieron que los edificios se derrumbaran: la torre sur después de arder durante una hora y dos minutos; la torre norte, veintitrés minutos después. Los atentados fueron planeados por Osama bin Laden, líder de la organización terrorista Al Qaeda, quien esperaba intimidar a Estados Unidos para que pusiera fin a su presencia militar en Arabia Saudí y a su apoyo a Israel, y unir a los musulmanes para preparar una restauración del califato.

El 11-S, como hoy se llama a lo que ocurrió aquel día, sigue siendo por ahora el suceso político e intelectual más importante del siglo XXI. Ha suscitado debates sobre una vasta diversidad de temas: cuál es la mejor forma de recordar a los muertos y revitalizar el bajo Manhattan; si los atentados hunden sus raíces en el antiguo fundamentalismo islámico o en la agitación revolucionaria moderna; el papel de Estados Unidos en el escenario mundial antes de los atentados y en su reacción contra ellos; cuál es la mejor forma de protegerse del terrorismo sin dejar de respetar las libertades civiles.

Pero yo quisiera analizar un debate menos conocido que el 11-S provocó. ¿Cuántos sucesos exactamente ocurrieron en Nueva York aquella mañana de septiembre?

Se podría decir que la respuesta es uno. Los atentados contra los dos edificios formaban parte de un único plan que concibió la mente de un hombre al servicio de unos únicos planes. Se desarrollaron en unos pocos minutos y a pocos metros el uno del otro, apuntando a las partes de un complejo unido bajo un único nombre, un mismo diseño y un solo propietario. Y como consecuencia de ellos, se inició una única cadena de sucesos militares y políticos.

O se podría decir que la respuesta es dos. La torre norte y la torre sur formaban unos conjuntos inconfundibles de cristal y hierro, separados por un amplio espacio, y fueron atacados en momentos distintos y también en momentos distintos desaparecieron. El vídeo de un aficionado, en el que se ve cómo el segundo avión se aproxima a la torre sur, mientras por las ventanas de la torre norte salen nubes de humo, hace que el carácter doble de los acontecimientos sea inconfundible: en aquellos momentos horrorosos, un acontecimiento se quedaba anclado en el pasado, y el otro apuntaba al futuro. Y otro suceso de aquel día —el motín de los pasajeros derribó un tercer avión secuestrado antes de que alcanzara su objetivo en Washington— hace pensar en la posibilidad de que una de las torres podría haber sido destruida mientras la otra se salvaba. En cada uno de estos mundos posibles se produjo un acontecimiento único, de modo que se podría argüir que en nuestro mundo *real* debe haber un par de ellos, con la misma seguridad de que uno más uno es igual a dos.

Podría parecer que la gravedad del 11-S convierte todo este debate en algo frívolo e incluso insolente. Es una simple cuestión de «semántica», como se suele decir, lo que implica buscar una aguja en el pajar, contar los cabellos o debatir sobre el número de ángeles que pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler. Pero este libro trata de la semántica, y no reclamaría la atención del lector si no creyera que la relación del lenguaje con nuestros mundos interior y exterior es una cuestión de fascinación intelectual y de importancia del mundo real.

La «importancia» suele ser difícil de cuantificar, pero en este caso puedo darle un valor exacto: 3.500 millones de dólares. Ésta fue la cantidad en disputa en una serie de juicios que debían determinar el pago de la compañía aseguradora a Larry Silverstein, el arrendatario del World Trade Center. Silverstein contaba con pólizas de seguro que estipulaban un reembolso máximo para cada «suceso» destructor. Si el 11-S fue un único suceso, tenía derecho a 3.500 millones de dólares. Si fueron dos sucesos, tenía derecho a 7.000 millones. En los juicios, los abogados debatían el significado del término *suceso*. Los abogados del arrendatario lo definían en términos físicos (dos derrumbes); los de las compañías de seguros, en términos mentales (una conspiración). La cuestión de la semántica no tiene nada de «simple».

El tema tampoco carece de importancia intelectual. La esencia del debate sobre el 11 de septiembre no está en los hechos, es decir, en los suce-

sos físicos y en las acciones humanas que tuvieron lugar aquel día. Hay que admitir que también se han refutado esos hechos: según varias teorías de la conspiración, los edificios eran el objetivo de misiles estadounidenses, o se derrumbaron debido a una explosión controlada, en una trama concebida por los neoconservadores norteamericanos, los espías israelíes, o por la conspiración de unos psiquiatras. Pero dejando aparte a todos estos chiflados, la mayoría de la gente cree que los hechos fueron los que fueron. En lo que no llega a un acuerdo es en la *interpretación* de esos hechos: de qué forma debían conceptualizar las mentes humanas todo aquel intrincado remolino de materia espacial. Como veremos, las categorías de esta disputa impregnan los significados de las palabras de nuestra lengua porque impregnan la forma en que nos hacemos una representación de la realidad en nuestra cabeza.

La semántica trata de la relación de las palabras con el pensamiento, pero también se ocupa de la relación de las palabras con otros asuntos humanos. La semántica trata de la relación de las palabras con la realidad —de qué forma los hablantes se comprometen a compartir una determinada interpretación de la verdad, y cómo sus pensamientos están anclados en cosas y situaciones del mundo—. Trata de la relación de las palabras con una comunidad —de qué forma una palabra nueva, que nace de un acto de creación de un solo hablante, llega a evocar la misma idea en el resto de una determinada población, de forma que las personas pueden entenderse entre sí cuando la usan—. Trata de la relación de las palabras con los sentimientos: de qué modo las palabras no sólo apuntan a cosas, sino que están repletas de sentimientos, que pueden darles un sentido de la magia, el tabú y el pecado. Y trata de las palabras y las relaciones sociales —de cómo las personas utilizan el lenguaje no sólo para transferir ideas de una cabeza a otra, sino para negociar el tipo de relación que desean tener con la persona con la que hablan.

Una característica de la mente con la que nos encontraremos repetidamente en estas páginas es que hasta los conceptos más abstractos se entienden desde una perspectiva concreta. Esto se aplica en toda su extensión al propio tema de este libro. En este capítulo introductorio, reseñaré algunos de los temas con los que nos vamos a encontrar, utilizando viñetas de la prensa e Internet que sólo pueden comprenderse a través de la lente de la semántica. Proceden de cada uno de los mundos que están conec-

tados con nuestras palabras: los mundos del pensamiento, la realidad, la comunidad, los sentimientos y las relaciones sociales.

Las palabras y los pensamientos

Vamos a fijarnos en la manzana de la discordia presente en el debate más caro del mundo en el que interviene la semántica: la discusión de 3.500 millones de dólares sobre el significado de «suceso». ¿Qué es, exactamente, un suceso? Los sucesos son tramos de tiempo, y el tiempo, según los físicos, es una variable continua —un flujo cósmico inexorable, en palabras de Newton, o una cuarta dimensión de un hiperespacio sin costuras, en palabras de Einstein—. Pero la mente humana esculpe esta estructura y la reduce a fragmentos diferenciados, a los que llamamos sucesos. ¿Dónde coloca la mente las incisiones? A veces, como señalaron los abogados del arrendatario del World Trade Center, el corte rodea el cambio de estado de un objeto, como es el caso del derrumbe de un edificio. Y a veces, como afirmaban los abogados de las aseguradoras, rodea el objetivo de un actor humano, por ejemplo la ejecución de una conspiración. Lo más frecuente es que los círculos coincidan: un actor pretende causar que un objeto cambie, el intento y el destino del objeto se siguen a lo largo de una línea temporal, y el momento del cambio marca la consumación del intento.

El contenido conceptual que hay detrás del lenguaje en disputa es, él mismo, un lenguaje (una idea que explicaré en los capítulos 2 y 3). Representa una realidad análoga mediante unidades digitales y del tamaño de una palabra (por ejemplo, «suceso»), y las combina en unidades con una estructura sintáctica, no las echa todas juntas en un saco, como si de trapos se tratara. Para que comprendamos el 11-S, es fundamental tener en cuenta, por ejemplo, no sólo que Bin Laden actuó para hacer daño a Estados Unidos, y que el World Trade Center fue destruido hacia esa hora, sino que fue el acto de Bin Laden lo que *causó* la destrucción. Lo que distingue la interpretación dominante del 11-S de unas teorías de la conspiración es el vínculo causal entre la intención de un determinado hombre y un cambio en un determinado objeto. Los lingüistas llaman al inventario de conceptos y esquemas que los combinan «semántica con-

ceptual».[1] La semántica conceptual —el lenguaje del pensamiento— debe ser distinta del propio lenguaje, de lo contrario nunca hablaríamos de lo que significan las palabras que empleamos, y no habría con qué continuar cuando lo hacemos.

La forma en que las interpretaciones opuestas de un único acontecimiento pueden desencadenar un insólito caso judicial nos dice que la naturaleza de la realidad no dicta cómo está representada en la mente de las personas. El lenguaje del pensamiento nos permite enmarcar una situación de formas distintas e incompatibles. Se puede pensar que lo que pasó la mañana del 11-S en Nueva York fue un único suceso o dos sucesos, dependiendo de cómo nos lo describamos mentalmente a nosotros mismos, lo cual, a su vez, depende de aquello en lo que decidamos centrarnos y aquello que decidamos ignorar. Y la capacidad de enmarcar un suceso de formas alternativas no es sólo una razón para acudir a los tribunales, sino también la fuente de la riqueza de la vida intelectual humana. Como veremos, proporciona los materiales para la creatividad científica y literaria, para el humor y para los dramas de la vida social, y crea el marco de los incontables foros de la disputa humana. ¿La investigación sobre las células madre destruye una bola de células o a un incipiente ser humano? ¿La incursión del ejército estadounidense en Irak supone la invasión de un país o su liberación? ¿El aborto consiste en interrumpir un embarazo o en matar a un niño? ¿Los elevados impuestos son una forma de redistribuir la riqueza o de confiscar las ganancias? ¿La medicina socializada es un programa para proteger la salud de los ciudadanos o para restringir las opciones del consumidor? En todos estos debates, se enfrentan dos maneras de enmarcar un suceso, y los protagonistas de la disputa pugnan por demostrar que su marco es más apropiado (un criterio que analizaremos en el capítulo 5). En los últimos años, destacados lingüistas han ido explicando a los demócratas norteamericanos cómo el Partido Republicano los ha desbancado en las elecciones recientes, y cómo podrían hacerse de nuevo con el control de la semántica del debate político, por ejemplo, redefiniendo los *impuestos* como *cuotas de los socios*.[2]

1. La expresión *semántica conceptual* la acuñó el lingüista Ray Jackendoff; véanse R. Jackendoff, 1983, 1990; Levin y Pinker, 1992; S. Pinker, 1989.

2. George Lakoff, 2004; G. Lakoff, 2006; Nunberg, 2006.

El debate esencial sobre el 11-S subraya otro hecho curioso sobre el lenguaje del pensamiento. En el rompecabezas que supone cómo contar los sucesos de aquel día, se nos pide que los tratemos como si fueran objetos que se pueden cuadrar, al igual que las cartas del póquer colocadas en una pila. El debate sobre si aquel día hubo en Nueva York uno o dos sucesos es como el desacuerdo sobre si hay uno o dos artículos sobre la cinta de la caja en una tienda de comestibles (por ejemplo, un par de barras de mantequilla sacadas de una caja de cuatro, o un par de pomelos cuyo precio es un dólar por cada dos). Ésta es una de las muchas formas en que el tiempo y el espacio se tratan de manera equivalente en el cerebro humano, mucho antes de que Einstein los mostrara como equivalentes en la realidad.

Como veremos en el capítulo 4, la mente clasifica la materia en cosas diferenciadas (como «una salchicha») y en algo continuo (como «carne»), y de modo parecido clasifica el tiempo en sucesos diferenciados (como «cruzar la calle») y en actividades continuas (como «dar un paseo»). Tanto con el espacio como con el tiempo, el mismo *zoom* mental que hace posible que las personas cuenten los objetos o los sucesos nos permite también aproximarnos más a aquello de lo que cada uno está hecho. En el espacio, nos podemos centrar en el material que forma un objeto (como cuando decimos «Me cayó salchicha por toda la camisa»); en el tiempo, nos podemos centrar en una actividad que configure un suceso (como cuando decimos «Ella estaba cruzando la calle»). Este *zoom* cognitivo también nos permite cribar y ver una serie de objetos como un conglomerado (como ocurre al diferenciar una «piedrecita» de la «grava»), y en el ámbito del tiempo, nos permite ver una serie de sucesos como una iteración (como al diferencia entre «golpear el clavo» y «machacar el clavo»). Y en el tiempo, como en el espacio, mentalmente colocamos algo en un sitio y lo cambiamos a otro: podemos *pasar una reunión de las 3.00 a las 4.00* del mismo modo que podemos mover un coche de una calle a otra. Incluso algunos de los puntos más finos de nuestra geometría mental se transfieren. El cabo de una cuerda técnicamente es un punto, pero podemos decir «Herb cortó el cabo de la cuerda», lo que demuestra que se puede construir un cabo de forma que incluya un fragmento de la materia adyacente a él. Lo mismo ocurre con el tiempo: el *final de una conferencia* es técnicamente un instante, pero podemos decir «Voy a poner ya punto final a mi conferencia»,

construyendo así la culminación de un suceso que incluye una pequeña parte del tiempo adyacente a él.[3]

Como veremos, el lenguaje está saturado de metáforas implícitas como LOS SUCESOS SON OBJETOS y EL TIEMPO ES ESPACIO. En efecto, resulta que el espacio es un vehículo conceptual no sólo para el tiempo, sino para muchos tipos de estados y circunstancias. Del mismo modo que una reunión se puede pasar de las 3.00 a las 4.00, un semáforo puede pasar del verde al rojo, una persona puede pasar de hacer hamburguesas a dirigir una empresa, y la economía puede ir de mal en peor. La metáfora es tan omnipresente en el lenguaje que a veces es difícil encontrar ejemplos de la lengua que *no* sean metafóricos. ¿Qué significa todo esto en lo que al pensamiento humano se refiere? ¿Implica que hasta nuestros conceptos de menor importancia están representados en la mente como retazos de materia que movemos de aquí para allá en un escenario mental? ¿Significa que las afirmaciones opuestas sobre el mundo nunca pueden ser verdaderas o falsas, sino únicamente metáforas alternativas que enmarcan una situación de forma distinta? En esto se concentra el capítulo 5.

LAS PALABRAS Y LA REALIDAD

En el período que siguió al 11-S se generó otro debate semántico, un debate cuyas consecuencias tienen aún mayor peso que los miles de millones de dólares que estaban en juego en la forma de contar los sucesos de aquel día. Este debate conlleva una guerra que cuesta muchísimo más dinero y más vidas que el propio 11-S, y que puede afectar al curso de la historia en lo que resta de este siglo. El debate gira en torno al significado de otra serie de palabras; dieciséis, para ser exactos:

> *The British government has learned that Saddam Hussein recently sought significant quantities of uranium from Africa.*
>
> El gobierno británico se ha enterado de que Sadam Husein buscó recientemente cantidades importantes de uranio en África.

3. R. Jackendoff, 1990.

Esta frase apareció en el Discurso sobre el Estado de la Nación que George Bush pronunció en enero de 2003. Se refería a los informes de los servicios de inteligencia que señalaban la posibilidad de que Sadam hubiera intentado comprar cinco mil toneladas de un tipo de uranio llamado tarta amarilla (uranio puro refinado) por las fuentes de las que provenía de Nigeria, en África occidental. Para muchos estadounidenses y británicos la posibilidad de que Sadam estuviera montando armas nucleares era la única razón defendible para invadir Irak y deponer a Sadam. Estados Unidos se puso al frente de la invasión en la primavera de aquel año, la iniciativa de política exterior estadounidense más despreciable desde el conflicto de Vietnam. Durante la ocupación se vio claramente que Sadam no dispuso nunca de instalaciones para poder fabricar armas nucleares, y probablemente nunca pensó en la posibilidad de comprar tarta amarilla a Nigeria. En los carteles y los titulares de todo el mundo, «Bush mintió».

¿Mintió realmente? La respuesta no es tan sencilla como los partidarios de ambos bandos puedan pensar. Las investigaciones que llevaron a cabo el Parlamento británico y el Senado norteamericano llegaron a la conclusión de que los servicios de inteligencia británicos creían de verdad que Sadam trataba de comprar tarta amarilla. Demostraron que las pruebas que manejaban los funcionarios del servicio de inteligencia británico para creer lo que creían en aquel momento no eran irracionales del todo, pero estaban lejos de ser concluyentes. Y se desveló que los expertos de los servicios de inteligencia estadounidenses, sabedores de tal incertidumbre, tenían serias dudas de que el informe fuera auténtico. Ante estos hechos, ¿cómo debemos determinar si Bush mintió? La cuestión no es si se equivocó al dar crédito a los servicios de inteligencia británicos o si calculó el riesgo que suponía partir de una información incierta. La cuestión es si fue sincero o no al transmitir al mundo esta parte de sus razones a favor de la invasión. Y esta cuestión gira en torno a la semántica de una de esas dieciséis palabras, el verbo *learn* (enterarse)[4].

Learn (enterarse) es lo que los lingüistas denominan un verbo factivo; implica que la creencia atribuida al sujeto es verdadera. En este sentido es como el verbo «saber» y distinto del verbo «pensar». Supongamos

4. G. P. K. Pullum, 2003b.

que tengo un amigo, Mitch, que erróneamente cree que Thomas Dewey derrotó a Harry Truman en las elecciones presidenciales de 1948. Yo podría decir con toda seguridad «Mitch piensa que Dewey derrotó a Truman», pero no podría decir «Mitch sabe que Dewey derrotó a Truman», porque, de hecho, Dewey no derrotó a Truman. Mitch puede pensar que lo hizo, pero el lector y yo sabemos que no. Por la misma razón, no podría decir sinceramente que Mitch «ha admitido, descubierto, observado, recordado, demostrado», ni, sobre todo, «se ha enterado de que Dewey derrotó a Truman». El verbo «enterarse» (*learn*) tiene un sentido distinto, más o menos el de «ser advertido de que», que no es factitivo; yo puedo decir que «Cuando iba al instituto, aprendimos (*learned*) que hay cuatro tipos de papilas gustativas», aunque ahora, gracias a un reciente descubrimiento, sé que hay cinco. Pero el sentido habitual, especialmente en los tiempos perfectos con el verbo «haber», es factitivo; significa «adquirir información verdadera».

Entonces, pues, las personas son «realistas», en el sentido que los filósofos dan a este término. Tácitamente, en el uso cotidiano que hacen de su lengua, admiten que determinadas proposiciones *son* verdaderas o falsas, con independencia de si la persona de la que se habla *cree* que son verdaderas o falsas. Los verbos factitivos conllevan algo que el hablante asume que es indiscutiblemente verdadero, y no sólo algo en lo que deposita una gran seguridad: decir «Estoy muy, pero que muy seguro de que Oswald mató a Kennedy, pero no sé que lo hizo» no supone contradicción alguna. Por esta razón los verbos factitivos tienen un olorcillo a paradoja. Nadie puede estar seguro de la verdad, y la mayoría sabemos que nunca podemos estar seguros, pero usamos continua y sinceramente los verbos factitivos como «saber» y «enterarse» y «recordar». Debemos tener una intuición de tan elevado grado de certeza, y tan avalada por los criterios que compartimos con nuestro público, que podemos dar fe de la verdad de una determinada creencia, al tiempo que nos percatamos de que en general (aunque posiblemente no en este caso) siempre nos podemos confundir en lo que decimos. Mark Twain explotó la semántica de los verbos factitivos cuando dijo: «El problema del mundo no es que la gente sepa demasiado poco, sino que sepa muchas cosas que no son ciertas». Lo mismo hizo con otro verbo factitivo: «Cuando era más joven, podía acordarme de cualquier cosa, hubiera ocurrido o no; pero voy perdiendo fa-

cultades y pronto no podré recordar nada que no sean las cosas que nunca ocurrieron»[5].

Así pues, ¿mintió Bush? Podría argumentarse con sólidas razones que así fue. Cuando dijo que el gobierno británico «se ha enterado» de que Sadam había buscado uranio, aceptaba él mismo la proposición de que la búsqueda de uranio *realmente* se produjo, y no que el gobierno británico *creía* que así fue. Si en ese momento hubiera tenido razones para dudar de ello —y todos los servicios de inteligencia estadounidenses manifestaron su escepticismo a la Administración de Bush—, las dieciséis palabras contenían una falsedad. El Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, al salir en defensa de Bush, dijo que la afirmación era «técnicamente precisa», y la Consejera de Seguridad Nacional, Condoleeza Rice, añadió que «lo han dicho los británicos». Pero fijémonos en el cambio de verbos: Bush no había afirmado que los británicos habían *dicho* que Sadam buscaba tarta amarilla, lo cual podría ser verdad, lo hiciera o no Sadam. Afirmó que se habían *enterado* de ello, lo cual podría ser verdad si Sadam realmente se fue de compras. Por lo tanto, la lógica de la factitividad está en qué fue a lo que implícitamente apelaron los críticos de Bush cuando le acusaron de mentir.

Acusar de mentir a un presidente es algo muy grave, sobre todo cuando se alude al *casus belli* de una guerra terrible. ¿De verdad la semántica puede tener tanta trascendencia en la historia política? ¿Es verosímil que el destino de un presidente estadounidense gire en torno a unos puntos muy precisos de un verbo? En el capítulo 4 volveremos a formularnos esta pregunta, y veremos que todo depende de cuál sea el significado de la palabra «es».

Las palabras están ligadas a la realidad cuando su significado, como ocurre con los verbos factitivos, depende del compromiso que el hablante asuma respecto a la verdad. Pero también están ligadas a la realidad de una

5. Posiblemente se trate de frases apócrifas, o de paráfrasis de refranes, obra de Josh Billings; véase Kim A. McDonald, «Many of Mark Twain's Famed Humorous Sayings Are Found to Have Been Misattributed to Him», *Chronicle of Higher Education,* 4 de septiembre de 1991, A8.

forma aún más directa. No se refieren simplemente a hechos sobre el mundo almacenados en la cabeza de la persona, sino que están entretejidas en la estructura causal del propio mundo.

No hay duda de que el significado de una palabra depende de *algo* que está dentro de la cabeza. El otro día me encontré con la palabra «sidéreo» y tuve que preguntar a un ilustrado compañero qué significaba. Ahora la entiendo y sé utilizarla aunque no esté presente mi compañero (significa «perteneciente a las estrellas», como en la expresión «un día sidéreo», el tiempo que invierte la Tierra en completar una revolución en relación con una estrella). En el momento que aprendí la palabra algo tuvo que cambiar en mi cerebro, y algún día los neurocientíficos cognitivos quizá sepan decirnos en qué consiste tal cambio. Evidentemente, la mayoría de las palabras no se aprenden mediante su búsqueda ni porque alguien nos las defina, sino al escucharlas en el contexto o en presencia de sus referentes. Pero éstos, también, deben de dejar algún rastro en el cerebro. Así pues, parece que el significado de una palabra consta de información almacenada en la cabeza de las personas que conocen esa palabra: los conceptos elementales que la definen, y, en una palabra concreta, la imagen de aquello a lo que se refiere.

Pero, como veremos en el capítulo 6, las palabras deben tener algo más que definiciones e imágenes compartidas. La forma más fácil de averiguarlo es considerar la semántica de los nombres.[6] ¿Qué significa un nombre, como el de «William Shakespeare»? Si se busca en una enciclopedia, se puede encontrar algo así:

> *Shakespeare, William* (1564-1616) n.: Poeta y dramaturgo considerado uno de los más grandes escritores ingleses. Entre sus obras de teatro, muchas de las cuales se representaron en el Globe Theatre de Londres, hay obras históricas, como *Ricardo II*, comedias, como *Mucho ruido y pocas nueces* y *Como gustéis*, y tragedias, como *Hamlet, Otelo* y *El Rey Lear*. También compuso 154 sonetos. [sin: Shakespeare, Shakspeare, William Shakspere, el Bardo]

Y lo típico es que la definición vaya acompañada del famoso grabado de un hombre medio calvo y con ojos de coneja con un diminuto bigote y

6. Kripke, 1972/1980.

una gran gorguera. Presumiblemente, tal imagen no se aleja mucho de la interpretación que hacemos de ese nombre.

Pero ¿es realmente esto lo que «William Shakespeare» significa? Los historiadores convienen en que existió un hombre llamado William Shakespeare que vivió en Stratford-on-Avon y en Londres a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII. Pero durante siglos se ha dudado de que ese hombre compusiera las obras que se le atribuyen. Quizá suene esto igual que la teoría de que la CIA hizo estallar el World Trade Center, pero así lo creyeron seriamente Walt Whitman, Mark Twain, Henry James y muchos estudiosos contemporáneos, y esta idea se basa en toda una serie de hechos condenatorios. Las obras de Shakespeare no se publicaron mientras vivió, y en aquella época la autoría no se registraba tan minuciosamente como ahora. El propio hombre no tenía estudios, nunca viajó, tuvo hijos analfabetos, en su ciudad natal se le conocía como hombre de negocios, no se le hizo panegírico alguno cuando falleció, y en su testamento no dejó libro ni manuscrito alguno. Incluso los famosos retratos no se pintaron mientras vivió, y no hay razón para pensar que se parecieran al hombre en cuestión. En aquellos tiempos, escribir obras de teatro era un trabajo de dudosa reputación, de manera que es posible que el verdadero autor, que, según diversas teorías, pudo ser Francis Bacon, Edward de Vere, Christopher Marlowe y hasta la reina Isabel, quisiera mantener en secreto su identidad.

Mi propósito no es convencer al lector de que William Shakespeare no fue el gran poeta y dramaturgo inglés que escribió *Hamlet, Como gustéis* y 154 sonetos. (Los estudiosos más versados en la materia dicen que sí lo fue, y los creo.) Lo que quiero es que el lector piense en la posibilidad de que no lo fuera, y entienda las implicaciones de ello en la idea de que los significados de las palabras están en la cabeza. Por poner un ejemplo, imaginemos que las pruebas forenses demostraran sin lugar a dudas que la obra de Shakespeare la escribió otra persona. Entonces, si el significado de «William Shakespeare» era algo parecido a la entrada de la enciclopedia almacenada en la cabeza, deberíamos llegar a la conclusión de que o el significado de la palabra «William Shakespeare» había cambiado, o bien que al verdadero autor de *Hamlet* se le bautizó a título póstumo con el nombre de William Shakespeare, aunque, mientras vivió, nadie lo conocía por este nombre. (Además, deberíamos dar la mejor nota al desventurado estudiante que en un examen escribió: «Las obras de Shakespeare fueron escri-

tas por William Shakespeare o por alguien que se llamaba así».) La realidad es aún peor. En primer lugar, no podríamos haber preguntado «¿escribió Shakespeare *Hamlet*?», porque lo hizo por definición. Sería como preguntar «¿el soltero no está casado?» o «¿quién está enterrado en la tumba de Grant?» o «¿quién cantaba "hey, hey, somos los Monkees"?» Y la conclusión «William Shakespeare de hecho no escribió *Hamlet*» sería contradictoria por sí misma.

Pero todas estas implicaciones son muy singulares. De hecho, cuando preguntamos si Shakespeare escribió *Hamlet, estamos* hablando con toda sensatez; no nos contradiríamos si llegáramos a la conclusión de que no lo hizo; y pese a todo seguiríamos pensando que «William Shakespeare» significa lo que siempre significó: un tipo que vivió en Inglaterra hace ya tiempo. Y al mismo tiempo admitiríamos que estábamos equivocados en lo que a los logros de tal personaje se refiere. En realidad, aun en el caso de que se invalidaran *todos* los hechos biográficos sobre Shakespeare que conocemos —si resultara, por ejemplo, que nació en 1565 y no en 1564, o que era de Warwick y no de Stratford—, seguiríamos con la idea de que el nombre se refiere a ese tipo.

Así pues, ¿qué significa exactamente «William Shakespeare», si no «un gran escritor, autor de *Hamlet*», etc.? Realmente un nombre no *tiene* definición desde el punto de vista de las otras palabras, conceptos o imágenes. En su lugar, la palabra *indica* un ente del mundo porque en algún momento a ese ente se le puso ese apodo, y como tal se quedó. Entonces, «William Shakespeare» apunta a la persona a quien el señor y la señora Shakespeare bautizaron con el nombre de William a los pocos días de nacer. La palabra está unida a este tipo, hiciera lo que hiciese, y por mucho o poco que sepamos sobre él. Un nombre apunta a una persona del mundo, de la misma forma que ahora mismo puedo apuntar a una roca que tengo delante. El nombre significa algo para nosotros porque se ha ido transmitiendo de forma ininterrumpida de boca en boca (o de pluma en pluma), como una cadena que une la palabra que ahora empleamos con el acto original del bautismo. Veremos que no sólo los nombres, sino también palabras que se refieren o muchos tipos de cosas, están rígidamente uncidos al mundo por el acto de señalar, apodar y de asentar, y no porque así lo estipule una definición.

El hecho de que las palabras estén amarradas a la realidad contribuye a disipar la preocupación de que la lengua nos atrape en una red de símbo-

los independiente. En este temor, los significados de las palabras son, en última instancia, circulares, cada una se define desde la perspectiva de las demás. Como señalaba un semantista, el diccionario típico practica este juego cuando le dice al usuario que «"ordenar" significa "mandar", que "dirigir" y "dar instrucciones" "no son tan contundentes como mandar u ordenar", que "mandar" significa "dirigir, con el derecho a ser obedecido", que "dirigir" significa "ordenar", que "dar instrucciones" significa "dar órdenes", o que "solicitar" significa "exigir con educación", "exigir" [significa] "reclamar como si se tuviera derecho a ello", "reclamar" [significa] "pedir o exigir", "pedir" [significa] "hacer una solicitud", y así sucesivamente»[7]. A todo este embrollo le tienen terror quienes ansían certeza en las palabras, lo defienden los partidarios del deconstruccionismo y del posmodernismo, y lo explota el autor de un diccionario de argot informático:

bucle interminable. m. Véase *interminable, bucle*
interminable, bucle. m. Véase *bucle interminable*

La lógica de los sustantivos, y de otras palabras que están relacionadas con el hecho de apodar, disipa esas preocupaciones, porque sujeta la red de significados a unos sucesos y objetos reales del mundo.

El hecho de que las palabras estén relacionadas con personas y cosas reales, y no sólo con una determinada información sobre esas personas y cosas, tiene una aplicación práctica de la que se ha hablado mucho. El delito que se repite con mayor rapidez al principio de este siglo es el robo de la identidad. El ladrón de identidades utiliza informaciones relacionadas con el nombre de una persona, por ejemplo su número de la seguridad social o el número y la contraseña de su tarjeta de crédito o su cuenta bancaria, para estafarla o robarle su activo. Las víctimas de un robo de identidad pueden salir perdiendo en el trabajo, en los préstamos, en la admisión en una determinada universidad, se les puede negar el paso en los controles de seguridad de los aeropuertos, e incluso se les puede detener por un delito cometido por un ladrón. Pueden emplear mucho tiempo y dinero en recuperar su identidad.

7. Wierzbicka, 1987.

Póngase el lector en la piel de alguien que haya perdido la cartera, o que, sin darse cuenta, divulgó información almacenada en el ordenador, y ahora tiene un doble fantasmal que utiliza su nombre (pongamos por caso, Murray Klepfish) para pedir un préstamo o para realizar compras. En ese caso, el lector tendrá que convencer a algún burócrata de que *él*, y no el impostor, es el auténtico Murray Klepfish. ¿Cómo lo haría? Como en el caso de «William Shakespeare», llegamos a la cuestión de qué significan las palabras «Murray Klepfish». El lector podrá decir: «"Murray Klepfish" significa el propietario de una cadena de almacenes de saldos de neumáticos que nació en Brooklyn, vive en Piscataway, tiene una cuenta corriente en el Banco El Colmo, está casado, tiene dos hijos, y pasa los veranos en la costa de Jersey». Pero le contestarían: «Para nosotros, "Murray Klepfish" significa un entrenador personal nacido en Delray Beach, que recibe el correo en un apartado de correos de Albuquerque, que cargó los gastos de un divorcio reciente a una oficina del diputado de Reno, y pasa los veranos en Maui. Y estamos de acuerdo con usted en lo que se refiere a la cuenta corriente, que, por cierto, tiene un descubierto considerable».

Así que ¿cómo demostraría el lector que él es el auténtico referente del nombre «Murray Klepfish»? Podría aportar cuanta información quisiera —el número de la seguridad social, el del carné de conducir, el nombre de soltera de su madre— y el impostor puede o bien hacer copias de todo esto (si es que también lo robó) o bien refutarlo (en el caso de que hubiera aumentado la identidad robada con sus propios datos, fotografía incluida). Como en el caso de distinguir al verdadero Shakespeare después de haber puesto en duda sus datos biográficos y familiares, al final el lector tendría que apuntar a una cadena causal que une su nombre tal como hoy se usa al momento en que sus padres celebraron su llegada: *su* tarjeta de crédito se obtuvo de una cuenta bancaria, que se obtuvo con un permiso de conducir, que se obtuvo con un certificado de nacimiento, del que dio fe un empleado del hospital, que estaba en contacto con sus padres en el momento en que nació, y escuchó de sus labios que era el Klepfish al que ponían de nombre Murray. Con su impostor, la cadena de testimonios se va debilitando en el pasado reciente, muy cerca del momento en que nació el doble. Las medidas que se toman para frustrar el robo de la identidad dependen de la lógica de los nombres y de la relación de las palabras con la realidad: son formas de identificar cadenas ininterrumpidas de transmi-

sión de persona a persona a lo largo del tiempo, ancladas a un determinado caso de doblaje del pasado.

Las palabras y la comunidad

Poner nombre a un niño es, para muchas personas, la única oportunidad que tienen de uncir un ente del mundo a una palabra que ellas escogen. Aparte de artistas creativos como Frank Zappa, que llamó a sus hijos Moon Unit y Dweezil, la mayoría de las personas seleccionan un nombre prefabricado, como John o Mary, y no un sonido que pudieran crear a partir de la nada. En teoría, un nombre propio es una etiqueta arbitraria sin significado inherente alguno, y la gente lo interpreta simplemente como la persona a la que se le puso. Pero en la práctica, los nombres asumen un significado por asociación con la generación y la clase de personas que los llevan. La mayor parte de los lectores estadounidenses, sin saber nada más de una persona excepto que se llama Murray, pensarían que tiene más de 60 años, que es de clase media y probablemente judía. (Cuando en 2006 un Mel Gibson borracho soltó una diatriba antisemítica, el editor Leon Wieseltier comentó: «Mad Max enloquece a Max, y a Murray, y a Irving, y a Mort, y a Marty y a Abe».)[8] La razón está en otra curiosidad de los nombres propios que analizaremos en el capítulo 6. Los nombres siguen los ciclos de la moda, como el ancho de las corbatas y el largo de las faldas, de modo que los nombres propios pueden revelar la cohorte generacional a la que pertenecen. En la década de 1930, su época de apogeo, «Murray» tenía un aura de respetabilidad anglosajona, como ocurría también con nombres como «Irving», «Sydney», «Maxwell», «Sheldon» y «Herbert». Se diría que se situaban al margen de los nombres de la lengua yiddish de la generación anterior, como «Moishe», «Mendel» y «Ruven», que hacían que quienes los llevaban sonaran como si tuvieran un pie en la madre patria. Pero cuando con los Murray y los Sid se produjo el *boom* de la natalidad, se bautizó a los niños con nombres más anodinos, como «David», «Brian» y «Michael», que, a su vez, engendraron a los «Adam», «Joshua» y

8. Maureen Dowd, «Mel's Tequila Sunrise», *The New York Times*, 2 de agosto de 2006.

«Jacob», de inspiración bíblica. Hoy, muchos de estos homónimos completan el círculo con los «Max», «Ruben» y «Saul».

Los nombres propios siguen unas tendencias porque las personas de una comunidad tienen unas reacciones increíblemente similares ante los nombres que se llevan en un momento dado (como suelen descubrir los padres cuando llevan al niño al colegio y ven que su exclusiva elección de un nombre fue también la exclusiva elección de muchos de sus vecinos). El tinte de un nombre proviene en parte de los sonidos que contiene, y en parte de un estereotipo de las personas mayores que hoy lo llevan. Por esta razón, los nombres falsamente británicos de la primera generación de norteamericanos cayeron, una generación después, víctimas de su propia respetabilidad de clase media. En una escena de *Cuando Harry encontró a Sally*, rodada en la década de 1970, una pareja del *boom* de la natalidad se pone a discutir sobre la experiencia sexual de Sally:

HARRY: ¿Con quién tuviste esa extraordinaria experiencia sexual?
SALLY: ¡Sí, a ti te lo voy a decir!
HARRY: Bueno, no me lo digas.
SALLY: Shel Gordon.
HARRY: ¿Shel Gordon? No, no. No tuviste una experiencia tan excepcional con Sheldon.
SALLY: Pues sí.
HARRY: Que no. Un Sheldon te puede hacer la declaración de la renta. Si lo que necesitas es una terapia endodóntica, Sheldon es el hombre indicado, pero tirarse a una chica no le va a un Sheldon. Es el nombre. «Házmelo, Sheldon.» «Eres una fiera, Sheldon.» «¡Móntame, gran Sheldon!» No, no funciona.

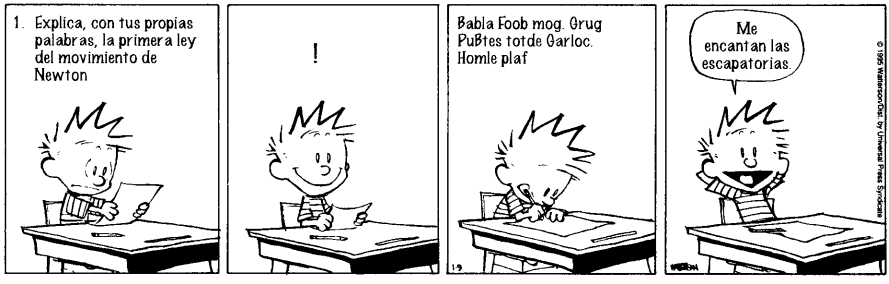
Aunque los padres de la posguerra no pensaban en grandes aventuras sexuales, incluso entonces debieron de retroceder ante las sosas connotaciones del nombre: a partir de la década de 1940, «Sheldon», como «Murray», cayeron como una piedra en el agua y nunca más salieron a la superficie.[9] Hoy, la reacción ante el nombre es tan uniforme en todo el mundo de habla inglesa que los humoristas recurren a él. La dramaturga

9. «Popular Baby Names», página web de la Social Security Administration: <http://gov/cgi-bin/popularnames.cgi>.

Marcy Kahan, que recientemente adaptó el guión de Nora Ephron para el teatro británico, dice: «Incluí el chiste de Sheldon en la obra, y los tres actores que representaban a Harry provocaban grandes carcajadas con él, todas las noches, todas».[10]

Hoy en día, cuando los ciclos de la moda se han acelerado, la dinámica de poner nombre a los niños se ha convertido en un reciente tema de conversación, en la prensa y en la calle. Uno de los nombres estadounidenses de niña más populares en 2006 no se había oído jamás hasta hace cinco años: «Nevaeh», o *heaven* (cielo) leído al revés. En el otro extremo, la gente observa cómo sus propios nombres, y los de sus amigos y familiares, se hacen aburridos con mayor rapidez.[11] Creo que nunca me he sentido tan mayor como cuando un alumno me dijo que «Barbara», «Susan», «Deborah» y «Linda», algunos de los nombres de chica más populares de mi generación, le hacían pensar en mujeres de mediana edad.

Las madres y los padres son libres de ponerle a un bebé el nombre que quieran. Evidentemente, les afecta la cantidad de nombres que circulan, pero una vez que han escogido uno, el niño y la comunidad por lo general se mantienen fieles a él. El carácter social de los nombres queda ilustrado en el presumiblemente desventurado intento de Calvin de aprobar el examen de Física:



10. Comunicación personal, 26 de julio de 2005.
11. Lieberson, 2000.

Nuestra forma de interpretar «con tus propias palabras» —como si se refiriera únicamente a cómo se combinan, y no a lo que son— demuestra que las palabras son propiedad de una comunidad, no de una persona. Si una palabra no la conoce todo el mundo, uno podría también no usarla, porque nadie sabrá de qué se está hablando. No obstante, todas las palabras de una lengua tienen que haber sido acuñadas por un único hablante. Con algunas palabras de nuevo cuño, el resto de la comunidad poco a poco se va poniendo de acuerdo en usar esa palabra para señalar lo mismo, golpeando así la primera ficha de dominó de la cadena que pone la palabra a disposición de las generaciones venideras. Pero, como veremos, cómo se forja ese acuerdo tácito en toda una comunidad es un misterio.

En algunos casos, la necesidad es la madre del invento. Los usuarios del ordenador, por ejemplo, necesitaban una palabra que denominara una gran cantidad de correo electrónico, y *spam* vino a llenar el hueco. Pero hay otros muchos huecos que se resisten tercamente a ser cubiertos. Desde la revolución sexual de la década de 1960, hemos necesitado un término que designara a los miembros de una pareja heterosexual que no están casados, y ninguna de las sugerencias populares se ha impuesto —*paramour* (amado/a) es demasiado romántico, *room-mate* (compañero/a de habitación) no es lo bastante romántico, *partner* (pareja) demasiado gay, y las sugerencias de los periodistas, demasiado burlonas (como POSSLQ, siglas inglesas que en el censo se utilizan para denominar a «personas de ambos sexos que comparten una misma vivienda», y *umfriend* (buenoamigo/a), por lo de «Éste/a es mi... bueno, amigo/a)—. Y hablando de décadas, hemos pasado ya la mitad de la primera del siglo XXI, y nadie sabe cómo llamarla: «¿Los años cero?». «¿La década del dos mil?...»

La etimología tradicional sirve de poco al intentar entender qué es lo que hace que aparezca una palabra y que cuaje o no. Los etimólogos pueden rastrear la mayoría de las palabras remontándose siglos atrás o más, pero las huellas se desdibujan antes de alcanzar el verdadero momento en que un artífice de la palabra unió por primera vez un concepto a un sonido de su elección. Con las acuñaciones recientes, sin embargo, se puede seguir el tortuoso sendero que lleva en tiempo real hasta el nacimiento de la palabra.

Spam no son, como algunos piensan, las siglas de *Short, Pointless, and Annoying Messages* (Mensajes sin sentido, molestos y cortos). La palabra *está* relacionada con el nombre de un tipo de fiambre de cerdo que vende Hor-

mel desde 1937, un compuesto formado por la yuxtaposición de *SPiced hAM* (jamón sazonado). Pero ¿cómo llegó a denominar entre otras cosas a las invitaciones a alargar el miembro viril y a compartir el dinero mal habido y las ganancias de los déspotas africanos depuestos, todo ello mediante el correo electrónico? Muchos suponen que fue a través de la metáfora. Al igual que el fiambre de cerdo, el correo electrónico es barato, abundante, superfluo, y en una variante de esta etimología popular, *spamming* es lo que ocurre cuando uno inunda de *Spam* a algún fan. Aunque es posible que estas intuiciones hayan contribuido a que la palabra se contagie, los orígenes de ésta son muy distintos. Partió de un *sketch* de *Flying Circus*, de los Monty Python, en el que una pareja entra en un restaurante económico y pregunta a la camarera (un Python vestido de mujer) qué pueden tomar. La camarera responde:

> Bien, hay huevo y beicon; huevo, salchicha y beicon; huevo y fiambre enlatado (*spam*); huevo, beicon y fiambre enlatado; huevo, beicon, salchicha y fiambre enlatado; salchicha de beicon enlatada y fiambre enlatado; fiambre de huevo enlatado, beicon enlatado y fiambre; fiambre de salchicha enlatada, beicon enlatado, tomate enlatado y fiambre enlatado; huevo enlatado de fiambre enlatado y fiambre enlatado; judías enlatadas con fiambre enlatado y fiambre enlatado, o langosta Thermidor: una gamba con salsa de queso al estilo provenzal, con chalotas y berenjenas rellenas de paté de trufa y brandy, y todo coronado con un huevo frito y fiambre enlatado.

Probablemente el lector pensará: «Hay que eliminar este *sketch*, es demasiado ridículo». Pero realmente supuso un cambio en el idioma inglés. La repetición mecánica de la palabra *spam* inspiró a los piratas informáticos de finales de la década de 1980, que la empleaban como verbo para inundar a los *newsgroups* con mensajes idénticos y, una década después, se extendió desde su subcultura a toda la población.[12]

Aunque pueda parecer increíble que tal acuñación caprichosa y tortuosa cuajara, veremos que no es la primera vez que la estupidez deja su sello en el léxico. El verbo *gerrymander* (dividir injustamente para beneficiar a una de las partes) data de una historieta del siglo XIX que muestra un dis-

12. <www.templetons.com/brad/spamterm.html>.

trito político al que un tal gobernador Elbridge Gerry le dio una forma con ondulaciones y recodos, algo parecido a una salamandra, en un esfuerzo por concentrar a los votantes de su oponente en un único escaño. Pero la mayoría de las acuñaciones extravagantes no llegan a buen puerto; por ejemplo, *bushlips* (labios de Bush) para hacer referencia a la «falsa retórica política» (por el eslogan «Lee mis labios. No más impuestos» de la campaña de George H. W. Bush de 1988) o *teledildonics* (teleconsolador) para referirse a juguetes sexuales controlados por ordenador. Todos los años, la American Dialect Society (Sociedad Dialectal Estadounidense) selecciona una «palabra que tenga muchas probabilidades de sobrevivir». Pero los miembros de la Sociedad son los primeros en admitir que su historial es pésimo. ¿Alguien se acuerda de *information superhighway* (autopista de la información)?[13] ¿Y quién se iba a imaginar que *blog* (diario on-line compartido donde la gente puede colocar entradas sobre experiencias y aficiones personales), *google* (de *googol*, un 1 seguido de 100 ceros, en alusión a la inmensa cantidad de información que se puede encontrar en Internet) o *blackberry* (dispositivo para posibilitar el correo electrónico inalámbrico) fueran a incorporarse con tal celeridad a la lengua de todos?

La dinámica de recurrir a la reserva de palabras cuando hay que bautizar a los niños, y de echar palabras a esa reserva cuando se trata de poner nombre a conceptos es tercamente caótica. Y, como veremos, esta imprevisibilidad es toda una lección para nuestra forma de entender la cultura de modo más general. Al igual que las palabras de una lengua, las prácticas de una cultura —todas las modas, todos los rituales, todas las creencias comunes— deben tener su origen en alguien innovador, para luego llamar la atención de las amistades de ese innovador, y después la de las amistadas de las amistades, y así sucesivamente, hasta que cobra un carácter endémico en la comunidad. El capricho del auge y la caída de los nombres propios, que son los retazos de cultura más fáciles de rastrear, indica que deberíamos ser escépticos ante la mayor parte de las explicaciones de los ciclos vitales de otros hábitos y costumbres, desde por qué los hombres dejaron de llevar sombrero hasta por qué los barrios quedan segregados. Pero también apunta a los patrones que sigue la elección individual y el contagio social que, algún día, puede darles sentido.

13. Metcalf, 2002.

Las palabras y los sentimientos

Las cambiantes asociaciones que una persona establece con un nombre es un ejemplo del poder que una palabra tiene para impregnarse de un tinte sentimental —para tener una *connotación* además de una *denotación*—. El concepto de connotación se suele explicar con la fórmula de la conjugación que en la década de 1950 ideó Bertrand Russell en una entrevista en la radio: yo soy firme; tú eres obstinado; él es testarudo. La fórmula dio lugar a un juego de palabras en un programa de radio y en un artículo de la prensa, y provocó cientos de tercetos. Yo soy esbelto; tú eres delgado; él es escuálido. Yo soy perfeccionista; tú eres anal; él es fanático del control. Yo investigo mi sexualidad; tú eres promiscuo; ella es una fulana. En cada terceto el significado literal de las palabras se mantiene constante, pero el significado emocional va de lo atractivo a lo neutral y lo ofensivo.

La saturación afectiva de las palabras se pone especialmente de manifiesto en los extraños fenómenos que rodean a la blasfemia, el tema del capítulo 7. Para la ciencia de la mente, es todo un rompecabezas determinar por qué, cuando nos sucede algo desagradable —nos rebanamos el dedo pulgar al cortar el pan, o se nos cae encima una copa de vino tinto—, el tema de conversación repentinamente pasa a ser la sexualidad, la excreción o la religión. También es un extraño rasgo de nuestra constitución el hecho de que, cuando un adversario viola nuestros derechos —por ejemplo, al meterse en la plaza de aparcamiento en la que estábamos esperando meternos nosotros, o al ponerse a cortar el césped a las siete de la mañana de un domingo—, seamos capaces de darle consejos al modo de Woody Allen, que decía: «Le dije que creciera y se multiplicara, pero no con estas palabras».

Parece que estos arrebatos tienen su origen en una parte profunda y antigua del cerebro. Recuerdan el gañido del perro cuando se le pisa la cola, o su gruñido cuando trata de intimidar a un adversario. Pueden emerger en los tics involuntarios de un paciente de Tourette, o en las palabras supervivientes de un paciente neurológico que, por lo demás, se ve privado del lenguaje. Pero a pesar de las raíces aparentemente atávicas de las palabrotas, los propios sonidos están compuestos de palabras inglesas y se pronuncian en completa conformidad con el modelo de sonido del lenguaje. Es como si el cerebro humano se hubiera conectado en el transcurso de la evolución humana de tal manera que la unidad de salida para las

llamadas y los gritos de un sistema viejo fuera remendada para formar la unidad de entrada del nuevo sistema para articular el habla.

Recurrimos a determinadas palabras referentes a la sexualidad, la excreción y la religión cuando nos encontramos en un estado nervioso, pero recelamos de tales palabras cuando nos encontramos en cualquier otro estado. Muchos epítetos y muchas imprecaciones no son simplemente desagradables, sino también un tabú: el mismo acto de pronunciarlos supone una afrenta para quienes escuchan, incluso cuando tienen sinónimos cuyo uso es perfectamente aceptable. La tendencia de las palabras a asumir unos formidables poderes se puede observar en los tabúes y la magia de las palabras de las culturas de todo el mundo. Según el judaísmo ortodoxo, el nombre de Dios, transcrito como YHVH y tradicionalmente pronunciado como Yavé, nadie lo puede pronunciar, a excepción de los sumos sacerdotes del antiguo templo de Yom Kippur, en el «sanctasanctórum», el tabernáculo que alberga el arca de la alianza. En la conversación cotidiana, el observante emplea una palabra para referirse a la palabra, y sólo habla de *hashem*, «el nombre».

El lenguaje tabú es una afrenta a las sensibilidades comunes; sin embargo, cuando uno se detiene a pensarlo, el *fenómeno* del lenguaje tabú es una afrenta al sentido común. La excreción es una actividad que todo ser vivo debe realizar a diario, pero todas las palabras inglesas para referirse a ella son indecentes, infantiles o clínicas. El elegante léxico de los monosílabos anglosajones que le dan a la lengua inglesa su vigor rítmico se queda con las manos vacías precisamente cuando se trata de una actividad que nadie puede evitar. También llama la atención la inexistencia de un verbo transitivo decoroso para referirse al sexo —una palabra que encajaría en el marco de *Eva Adaniza*[verbo]*da*, o *Adán Eviza*[verbo]*do*—. Los sencillos verbos transitivos que se refieren a las relaciones sexuales son obscenos o irrespetuosos, y los más habituales están entre las siete palabras que no se pueden pronunciar en televisión.

O al menos, las palabras que no se podían decir en 1973, cuando el humorista George Carlin soltó su histórico monólogo contra la prohibición de esas palabras en los medios de radiodifusión. En un acto incomprensible que recuerda los principios de la libertad de expresión sin límites, una cadena radiofónica que había emitido el monólogo fue sancionada por la Federal Communications Commission (Comisión Federal

de las Comunicaciones) (en un caso que en última instancia llegó al Tribunal Supremo), por permitir que Carlin mencionara en la radio exactamente aquellas palabras que eran objeto de su defensa, para que se pudieran pronunciar en la radio. Tenemos una ley que prohíbe la crítica por la crítica, una paradoja digna de Russell y otros entendidos sobre las afirmaciones autorreferenciales. La paradoja que significa identificar las palabras tabú sin utilizarlas siempre ha contaminado los intentos de regular el habla sobre la sexualidad. En varios Estados, los autores del anteproyecto de ley contra la bestialidad no supieron qué nombre darle, y prohibieron «el abominable y detestable delito contra natura», hasta que las leyes se pusieron en tela de juicio por su «vaguedad». Para evitar tal argucia, una ley sobre la obscenidad de Nueva Jersey estipulaba exactamente qué tipo de palabras y de imágenes se considerarían obscenas. Pero la redacción de la ley era tan pornográfica que en algunas bibliotecas de Derecho se arrancó la página de todas las copias de los libros que recogían dicha ley.[14]

Los tabúes del lenguaje siguen siendo noticia habitual. Cuando el lenguaje escatológico está más que nunca al alcance de todos en las comunicaciones por cable, satélite e Internet, el gobierno estadounidense, presionado por los conservadores culturales, intenta tomar medidas enérgicas al respecto, en especial dentro del dominio cada vez más limitado de los medios de radiodifusión. Leyes como la «Ley de radio y televisión limpias» y la «Ley de sometimiento a la decencia radiofónica y televisiva» imponen unas multas draconianas a las emisoras de radio y las cadenas de televisión que no censuran a sus invitados cuando emplean las palabras de la lista de Carlin. Y, en un suceso improvisado que demuestra la inevitable hipocresía de los tabúes lingüísticos, la Ley de sometimiento a la decencia radiofónica y televisiva se aprobó un día de 2004 en que el vicepresidente Dick Cheney debatía con el senador Patrick Leahey en el hemiciclo del Senado, y Cheney le dijo al senador que creciera y se multiplicara, pero no con estas palabras.

Nadie que sienta curiosidad puede quedarse impertérrito ante la falta de lógica y la hipocresía de los tabúes lingüísticos. ¿Por qué determinadas palabras tienen que ser aceptadas por un espantoso poder moral, y no sus homónimos ni sinónimos? Además, por ilógico que pueda parecer, todo el mundo respeta los tabúes que acompañan al menos a algunas palabras.

14. Harvey Silverglate, comunicación personal.

¿Todo el mundo? Sí, todo el mundo. Imaginemos que le dijera al lector que hay una obscenidad tan escandalosa que las personas decentes no osan mencionarla ni siquiera en una conversación privada. Al igual que los observantes judíos cuando se refieren a Dios, tienen que hablar de ello con cierto distanciamiento, empleando una palabra que se refiera a la palabra en cuestión. Se concede una exención especial a un círculo de personas elegidas para que puedan utilizarla, pero todas las demás se arriesgan a sufrir graves consecuencias, incluida la provocación de una violencia justificable.[15] ¿Cuál es esa obscenidad? Es la palabra *nigger* («negrata») —o, como se alude a ella en foros respetables, *la palabra-n*, que sólo la pueden pronunciar los afroamericanos para expresar camaradería y solidaridad en los lugares que ellos determinen—. La escandalizada reacción que otros usos provocan, incluso entre personas que apoyan la libertad de expresión y se preguntan por qué se forma tal alboroto cuando se trata de palabras que se refieren al sexo, indica que la psicología de la magia de la palabra no es sólo una enfermedad propia de puritanos amantes de la censura, sino un elemento de nuestra constitución emocional y lingüística.

Las palabras y las relaciones sociales

En los últimos años, Internet se ha convertido en un laboratorio para el estudio del lenguaje. No sólo proporciona un gigantesco corpus de lenguaje real que usan personas reales, sino que es un portador más que eficiente para la transmisión de ideas infecciosas, y que de este modo destaca ejemplos del lenguaje que las personas consideran suficientemente fascinantes para pasarlos a los demás. Permítame el lector que introduzca el tema principal de este libro con una historia que circuló ampliamente por correo electrónico en 1998:

> Durante los últimos días del aeropuerto Stapleton de Denver, se canceló un vuelo abarrotado de pasajeros de la compañía United. Una única empleada de esta compañía estaba reservando plaza de nuevo a una larga cola de viajeros muy molestos. De repente, un pasajero airado avanzó hasta el mos-

15. Kennedy, 2002.

trador y tiró sobre éste su billete, diciendo: «TENGO que estar en este vuelo, y TIENE que ser en primera». La empleada respondió: «Lo siento, caballero. Me encantaría poder ayudarle, pero primero tengo que ayudar a toda esta gente, y estoy segura de que todo saldrá bien». El pasajero no se inmutó. En voz muy alta, para que los pasajeros que tenía a su espalda lo oyeran, preguntó: «¿Tiene usted idea de quién soy yo?». Sin dudarlo un segundo, la empleada sonrió y cogió el micrófono para dirigirse al público: «Atención, por favor —empezó, con su voz bramando por toda la terminal—. Tenemos a un pasajero aquí en la puerta de embarque QUE NO SABE QUIÉN ES. Si alguien le puede ayudar a encontrar su identidad, por favor que se acerque». Con la gente que tenía detrás de sí riéndose a carcajadas, el hombre fulminó a la empleada con una mirada, apretó los dientes y espetó: «Es usted una [improperio]». La chica, sin inmutarse, sonrió y dijo: «Lo siento, caballero, pero también para eso tendrá que hacer cola».

La historia parece demasiado buena para ser verdad, y es probable que se trate de una leyenda urbana.[16] Pero sus dos chistes constituyen un buen rompecabezas sobre las rarezas del lenguaje que analizaremos en capítulos posteriores. Ya me he referido a ese rompecabezas que se oculta detrás del segundo chiste, concretamente al decir que determinadas palabras para referirse al sexo se emplean también en imprecaciones agresivas (capítulo 7). Pero el primero de los chistes introduce el último mundo que deseo conectar con las palabras, el mundo de las relaciones sociales (capítulo 8).

La respuesta de la empleada al «¿Sabe usted quién soy yo?» surge de un desequilibrio entre el sentido que el pasajero quería dar a su retórica pregunta —la exigencia de reconocimiento de su estatus superior— y el sentido que la empleada simuló darle —una solicitud literal de información—. Y el desenlace para los espectadores (y el público del correo electrónico) surge de la interpretación del intercambio a un tercer nivel: que la mal interpretada simulación de la empleada era una táctica para darle la vuelta a la relación de dominio, y relegar al arrogante pasajero a una ignominia bien merecida.

El lenguaje se interpreta en múltiples niveles y no como un análisis sintáctico del contenido de la frase.[17] En la vida cotidiana aprovechamos la

16. <www.snopes.com/travel/airline/obnox.htm>.
17. Grice, 1975.

capacidad de nuestro interlocutor para escuchar entre líneas para agregar solicitudes y ofertas que no podemos soltar sin más. Los autores de obras de ficción recurren a menudo a esta capacidad, e invitan al público a que entre en la mente de las dos personas que intervienen en un diálogo. En la película *Fargo,* un policía hace que un par de secuestradores con un rehén oculto en el asiento trasero se detengan porque el coche no lleva matrícula. El policía pide al secuestrador que conduce que le muestre el permiso de conducir, y éste saca la cartera, de la que asoma un billete de cincuenta dólares, y dice: «Quizá lo mejor sea que nos ocupemos de esto en Brainerd». La frase, obviamente, se dice y se interpreta como un soborno, no como un comentario sobre la relativa conveniencia de las diferentes jurisdicciones en las que pagar la multa.

Hay otras muchas formas de hablar que se interpretan de manera distinta del que es su significado literal:

> Si pudieras pasarme el guacamole, sería formidable.
>
> Contamos contigo para que asumas el liderato en nuestra Campaña para el futuro.
>
> ¿Te gustaría subir a ver mi colección de sellos?
>
> Tienes aquí muchas cosas de valor. Sería una lástima que le ocurriera algo a todo esto.

No hay duda de que cada una de las frases contiene, respectivamente, una petición, una solicitud de dinero, una insinuación sexual y una amenaza. Pero ¿por qué la gente no dice lo que realmente quiere decir? —«Si deja que me vaya, le doy 50 dólares», «¿Nos vamos a la cama?», etc.—. Con el velado soborno y la velada amenaza, se podría pensar que intervienen todos los tecnicismos de la renuncia verosímil: el soborno y la extorsión son delitos y, al evitar una proposición explícita, si el caso llegara a los tribunales, quien habla podría conseguir que las acusaciones fueran difíciles de probar. Pero el velo es tan transparente que cuesta creer que pudiera confundir al fiscal o engañar al jurado —como dicen los abogados, no pasaría la prueba de las risitas, es decir, es algo completamente ridículo—. Sin embargo, todos tomamos parte en estas payasadas, sabedores de que no engañamos a nadie. (Bueno, a casi nadie. En un episodio de *Seinfeld,* la chica con quien ha ligado le pregunta a George si le apetece un café. Él de-

clina la invitación, alegando que la cafeína no le deja dormir. Después se da un cachete en la frente y cae en la cuenta: «¡"Café" no significa café! ¡"Café" significa sexo!». Y, claro está, son dos cosas muy distintas. En un chiste que Freud cuenta en «El chiste y su relación con el inconsciente», un empresario se encuentra con uno de la competencia en la estación del tren y le pregunta adónde va. El segundo empresario dice que se dirige a Minsk. El primero responde: «Me dices que vas a Minsk porque quieres que piense que vas a Pinsk. Pero resulta que sé que vas a Minsk. De modo que ¿por qué me mientes?».)

Si el que habla o el que escucha tuvieran que explicar siempre las proposiciones tácitas que se ocultan tras su conversación, la profundidad de la representación discursiva del estado mental de ambos sería mareante. El conductor propone un soborno; el policía sabe que el conductor le está ofreciendo un soborno; el conductor sabe que el policía lo sabe; el policía sabe que el conductor sabe que él lo sabe; y así sucesivamente. Entonces, ¿por qué no lo sueltan directamente? ¿Por qué el que habla y el que escucha intervienen a conciencia en una comedia costumbrista?

La educada petición que se produce en la cena —lo que los lingüistas llaman un imperativo interrogativo (*whimperative*)— da una pista. Cuando uno hace una petición, se presupone que quien la escuche accederá a ella. Pero, aparte de los empleados o los amigos íntimos, no se puede mandonear así con la gente. Además, uno quiere el condenado guacamole. La forma de salir de este dilema es formular la petición como si se tratara de una pregunta tonta («¿Puedes...?»), una cavilación sin sentido («Me preguntaba si...»), una burda exageración («Sería fantástico si pudieras...»), o alguna otra tontería que está tan fuera de lugar que quien escucha no sabrá qué es exactamente lo que se quiere decir, y recurre a una especie de psicología intuitiva en un esfuerzo por inferir cuál es nuestra verdadera intención. Al mismo tiempo, quien nos escucha nota que hemos hecho ese esfuerzo por no tratarlo como a un factótum. Un sigiloso imperativo nos permite hacer dos cosas a la vez: comunicar nuestra petición, y apuntar que comprendemos la relación.

Como veremos en el capítulo 8, la conversación *tête-à-tête* habitual es como una sesión de diplomacia, cuyas partes estudian la forma de guardar las apariencias, ofreciendo una escapatoria al tiempo que mantienen la posibilidad de una negativa verosímil mientras negocian la mezcla de poder,

sexo, intimidad y justicia que compone su relación. Como ocurre con la diplomacia real, si los comunicados son demasiado sutiles, o no lo son lo bastante, pueden encender la mecha de una tormenta incendiaria. En 1991, el nombramiento de Clarence Thomas para el Tribunal Supremo de Estados Unidos casi se desbarató porque se le acusó de haberse insinuado a una subordinada, la abogada Anita Hill. En uno de los raros episodios de la historia del ejercicio del poder de aconsejar y consentir por parte del Senado, los senadores tuvieron que decidir qué pretendía Thomas cuando le hablaba a Hill de una actriz de películas pornográficas llamada Long Dong Silver y cuando formuló la pregunta retórica «¿Quién puso vello púbico en mi Coca-Cola?». Cabe presumir que no era esto en lo que pensaban quienes formularon la doctrina de la separación de poderes, pero este tipo de pregunta se ha convertido en parte de nuestro discurso nacional. A partir del momento en que el caso Thomas-Hill sacó a la palestra el acoso sexual, los fallos sobre las denuncias de acoso han supuesto un auténtico quebradero de cabeza para universidades, empresas y gobiernos, sobre todo cuando una supuesta insinuación sexual se hace indirectamente y no como una proposición pura y simple.

Estos chismes de la prensa y de la red desvelan algunas de las formas en que nuestras palabras se relacionan con nuestros pensamientos, nuestras comunidades, nuestros sentimientos, nuestras relaciones y con la propia realidad. No es de extrañar que el lenguaje proporcione tantos asuntos candentes de nuestra vida pública o privada. Somos verbívoros, una especie que vive de las palabras, y es seguro que el significado y el uso del lenguaje están entre las cosas importantes que cavilamos, compartimos y debatimos.

Al mismo tiempo, sería un error pensar que estas deliberaciones son realmente sobre el propio lenguaje. Como demostraré en el capítulo 3, el lenguaje es ante todo un medio con el que expresamos nuestros pensamientos y sentimientos, y no se puede confundir con los propios pensamientos y sentimientos. Y otro fenómeno del lenguaje, el simbolismo del sonido (capítulo 6), da una pista sobre esta conclusión. Sin un substrato de pen-

samientos en que apoyar las palabras, en realidad no hablamos, simplemente parloteamos, charlamos, farfullamos, cotorreamos, chachareamos, chismorreamos, cascamos o pegamos la hebra; una serie de elementos del léxico que se refieren al charlar vacío, lo cual hace evidente la expectativa de que los sonidos que salen de nuestra boca normalmente sean *sobre* algo.

El resto de este libro trata de este algo: las ideas, los sentimientos y el apego que se hacen visibles a través de nuestro lenguaje y que componen nuestra naturaleza. Nuestras palabras y construcciones desvelan ideas de la realidad física y de la vida social humana que son similares en todas las culturas, pero diferentes de los productos de la ciencia y la erudición. Están enraizadas en nuestro desarrollo como personas, pero también en la historia de nuestra comunidad lingüística y en la evolución de nuestra especie. La capacidad que tenemos de combinarlas en conjuntos mayores y de extenderlas a nuevos dominios mediante saltos metafóricos explica en gran medida qué es lo que nos hace inteligentes. Pero también es posible que estén en conflicto con la naturaleza de las cosas y, cuando así ocurre, el resultado puede ser la paradoja, la locura y hasta la tragedia. Por estas razones, espero convencer al lector de que los 3.500 millones de dólares que estaban en juego en la interpretación de la palabra «suceso» no son más que una parte del valor que tiene la comprensión de los mundos de las palabras.

Capítulo 2
POR LA MADRIGUERA ABAJO

El descubrimiento de un mundo oculto en un rincón o una ranura de la vida cotidiana es un recurso imperecedero de la literatura infantil. El ejemplo más conocido es el de Alicia cayendo a trompicones por la madriguera del conejo hasta encontrarse un mundo subterráneo surrealista, y la fórmula sigue encandilando, con unas variaciones inacabables: el pasadizo del armario que lleva a Narnia, el viaje por el tiempo, el sutil cuchillo, Whoville en una mota de polvo.[1]

También en lo que no es ficción, el descubrimiento de un microcosmos es un motivo recurrente de fascinación. En 1968, los diseñadores Charles y Ray Eames realizaron una breve película llamada «Powers of Ten» (Potencias de diez), que empezaba con una vista de cúmulos galácticos a mil millones de años luz, y la cámara iba retrocediendo en saltos de diez en diez hasta ver nuestra galaxia, el sistema solar, el planeta, etc., para llegar a un excursionista dormido en un parque, luego a su mano, sus células, su ADN, un átomo de carbono, y finalmente el núcleo atómico y sus partículas dieciséis órdenes de magnitud más pequeñas. Este espléndido despliegue de la realidad física se puede ver en un manual obra de los asesores científicos de la película, Philip y Phyllis Morrison, y la idea se ha adaptado recientemente a una de las formas más agradables de pasar el rato en la red: ir bajando lentamente desde una fotografía de la Tierra tomada desde el espacio a través de siete órdenes de magnitud de fotografías tomadas desde un satélite, hasta llegar a divisar a vista de pájaro la calle y la casa donde uno vive.

Este capítulo trata de mi propia caída sobre un microcosmos —el mundo de las ideas humanas básicas y sus conexiones— en el transcurso de intentar solucionar lo que creía que era un problema trivial de la psico-

1. C. S. Lewis, *Las crónicas de Narnia*; Madeleine L'Engle, *A Wrinkle in Time;* Philip Pullman, *The Subtle Knife*; Dr. Seuss, *Horton Hears a Who.*

lingüística. Es un mundo oculto que yo (y otros científicos cognitivos) habíamos vislumbrado, no enfocando un telescopio hacia lo que le rodea desde el principio, sino porque seguía asomando por debajo de los fenómenos que creía que estaba estudiando. Llevando al lector por estas capas de la organización de la mente que deben ser rebatidas para poder entender el problema, espero ofrecerle una visión de este mundo interior.[2]

La madriguera por la que entramos en este microcosmos es el sistema verbal de la lengua inglesa —qué significan los verbos, cómo se usan en las frases, y cómo averiguan todo esto los niños—. En este capítulo intentaré demostrar que la resolución de este problema condujo a unas epifanías sobre los contenidos de la cognición que son el tema principal de este libro. ¿Por qué adentrarse en el mundo de la mente a través de esta particular abertura? Una razón, lo confieso, es personal: simplemente me fascinan los verbos (en cierta ocasión un colega me dijo: «Realmente son tus amiguitos, ¿no?»). Pero, como todo entusiasta sabe, no se puede contar con que los demás compartan la pasión de uno, y me gusta pensar que tengo una razón mejor para presentar a mis amiguitos al lector.

La ciencia funciona mediante el estudio de los detalles. A nadie se le ha concedido jamás una beca para estudiar «la mente humana». Lo que se ha de estudiar es algo más manejable, y en este proceso, cuando la fortuna nos es propicia, es posible que se desvele una ley general. En el primer capítulo expuse cuatro ideas:

- La mente humana puede formar o construir un determinado escenario de múltiples formas.
- Cada construal se construye en torno a unas pocas ideas básicas, como «suceso», «causa», «cambio» y «pretensión».
- Estas ideas se pueden extender metafóricamente a otros dominios, como cuando contamos los sucesos como si de objetos se tratara, o utilizamos el espacio como metáfora del tiempo.
- Todas las ideas tienen unas peculiaridades distintivamente humanas que son útiles para razonar sobre determinadas cosas, pero, cuando intentamos aplicarlas de una forma más amplia, pueden conducir a falacias y confusiones.

2. Gran parte del material de este capítulo se ha tomado de S. Pinker, 1989.

Es posible que estas afirmaciones le parezcan al lector bastante razonables, pero no particularmente enjundiosas —simplemente cuatro de entre cientos de perogrulladas que se podrían relacionar como verdaderas en lo relativo a nuestros procesos de razonamiento—. En este capítulo, confío en demostrar que son algo más que esto. Al resolver el problema de cómo aprenden los niños los verbos, cada una de esas hipótesis sirvió como una pieza de un rompecabezas que costó mucho de encontrar, pero luego encajó perfectamente en el sitio que le correspondía, completando así una imagen atractiva del conjunto. Esto permite albergar la esperanza de que los temas de este libro sean auténticos descubrimientos sobre la mente, y no sólo unos comentarios inofensivos al respecto.

Mi plan es el que sigue. En primer lugar llevaré al lector de un salto desde la perspectiva intergaláctica hasta la visión a ojo de quark, demostrando que una curiosidad general sobre cómo funciona la mente puede conducir a un interés por los verbos y por cómo los aprenden los niños.

Después nos daremos contra una paradoja —un caso en que parece que los niños aprenden lo inaprensible. En cierta ocasión, Isaac Asimov escribió que «la frase que más emociona al oírla en la ciencia, aquella que anuncia nuevos descubrimientos, no es "Eureka" (lo encontré), sino "Tiene gracia..."»—. En el apartado siguiente se presenta un descubrimiento —la capacidad de la mente para ir de una estructura a otra— que fue el punto inicial crucial para dar solución a la paradoja.

Las partes que quedan de la solución nos sitúan cara a cara con dos de los conceptos básicos de nuestro inventario mental, el movimiento y el cambio. La misma línea de razonamiento, aplicada a los verbos, ilumina los otros elementos más importantes con los que se construyen nuestros pensamientos: los conceptos de tener, saber y ayudar, y los de actuar, pretender y causar.

Desde ahí retrocedemos para reflexionar sobre qué significa todo esto. Consideraremos si los signos de diseño inteligente de la lengua inglesa implican una correspondiente inteligencia en cada uno de los anglohablantes —una cuestión que se repetirá a lo largo del libro en nuestro intento de utilizar el lenguaje como una ventana que da a la naturaleza humana—. Luego propondré un inventario de los pensamientos humanos básicos, de los que se ocuparán los capítulos posteriores. Por último, demostraré que

las peculiaridades del diseño de estos pensamientos básicos generan falacias, locuras y flaquezas en la forma en que las personas razonan sobre los interrogantes de la vida moderna.

Las potencias de diez («powers of ten»)

Permítame ahora el lector que, con unos pequeños avances del *zoom*, lo lleve desde el amplio interés por la naturaleza humana, a la observación detallada de cómo los niños aprenden los verbos.

La primera vista de amplitud galáctica es la de la mente humana y sus notables poderes. A los seres humanos, resguardados como estamos en nuestra mente que funciona bien, nos es fácil hartarnos de las actividades triviales de la cognición y que, en su lugar, nos ocupemos de lo extraordinario y lo morboso. Pero la ciencia de la mente empieza con el reconocimiento de que las actividades mentales —ver, oír, recordar, mover, planificar, razonar, hablar— requieren que el cerebro resuelva quisquillosos problemas de ingeniería.[3] Pese al enorme riesgo y los elevados costes de los vuelos espaciales tripulados, la mayoría de los programas de exploración planetaria siguen previendo lanzar a personas al sistema solar. Se debe ello en parte al dramatismo que supone seguir a un intrépido astronauta, y no a un chip de silicio, en la exploración de mundos nuevos y extraños, pero ante todo se debe a que ningún robot del futuro inmediato puede igualar la capacidad normal de una persona para reconocer objetos y situaciones inesperados, decidir qué hacer con ellos y manipular las cosas de forma imprevista, y todo ello mientras se intercambia información con los seres humanos que regresan a casa. Entender cómo funcionan estas facultades de la mente es una frontera de la ciencia moderna.

Entre estas magníficas facultades, el sitio de honor debe corresponderle al lenguaje; omnipresente en toda la especie, único en el reino animal, inseparable de la vida social y del dominio de la civilización y la tecnología, devastador cuando se pierde o se trastorna.[4]

3. S. Pinker, 1997b, cap. 1.
4. S. Pinker, 1994b.

El lenguaje aparece en la vida humana de múltiples formas. Informamos, solicitamos, convencemos, preguntamos, peroramos y a veces simplemente charlamos por pasar el rato. Pero lo más notable que hacemos con el lenguaje es, antes que nada, aprenderlo.[5] Al llegar al mundo, los niños no saben ni una palabra de la lengua que se habla en su entorno. Sin embargo, en sólo tres años, sin ayuda de ninguna clase, la mayoría de ellos hablará por los codos, con un vocabulario de miles de palabras, un dominio de la gramática de la lengua hablada, y una familiaridad con los patrones del sonido (¿qué turista no se queda sorprendido durante unos segundos de lo bien que hablan francés los niños franceses?). Los niños emplean el código de la sintaxis con la seguridad suficiente para entender sucesos improbables, como que una vaca salte por encima de la Luna o un plato salga corriendo con la cuchara, o para compartir sus ideas infantiles del estilo: «Creo que el viento quiere entrar para resguardarse de la lluvia» o «A veces, cuando la gente pasa por mi lado, me pregunto si se preocupan por mí».[6]

Para adquirir tal dominio de la lengua, los niños deben haber *analizado* el habla que los rodea, y no sólo memorizarla. Esta circunstancia se observa claramente cuando los niños dicen cosas que suenan mal al oído de los adultos, pero que revelan unas agudas hipótesis sobre el modo en que se pueden combinar los ingredientes de la lengua. Cuando cometen errores del estilo: «El pajarito se ha morido», o «Mamá, está todo cubrido de nieve», es imposible que estén imitando a sus padres. Tienen que haber extraído el equivalente mental de las reglas gramaticales que añaden sufijos a las palabras y disponen los verbos y las partículas de las frases.

El triunfo de la adquisición del lenguaje es aún más impresionante si consideramos que el niño que habla ha resuelto un enredado ejemplo del problema de la inducción: observar una serie finita de muestras de sucesos y formular una generalización que abarca el conjunto infinito del que se sacan.[7] Los científicos recurren a la inducción cuando van más allá de los datos de que disponen y proponen unas leyes que formulan predicciones sobre los casos que no han observado, tales como que el gas a presión

5. S. Pinker, 1984/1996; 1994b, cap. 9.
6. De las grabaciones que el escritor Lloyd L. Brown hizo del habla de su hija.
7. S. Pinker, 1979.

es absorbido por un líquido, o que los animales de sangre caliente tienen el cuerpo mayor en las latitudes más altas. Los filósofos de la ciencia llaman a la inducción un «chismorreo», porque hay un número infinito de generalizaciones que concuerdan con cualquier conjunto de observaciones, y no existe una base estrictamente lógica para escoger entre ellas.[8] No hay ninguna razón lógica para suponer que una ley descubierta este año siga vigente el año próximo, ni existe límite al número de suaves curvas que pueden unir una serie de puntos de una gráfica, y después de ver una oveja negra en Escocia, uno puede decir, por la misma razón, que todas las ovejas de Escocia son negras, que al menos una oveja de Escocia es negra, o que al menos una oveja de Escocia es negra por un lado. Como dijo Mark Twain, la ciencia es fascinante porque «uno saca un gran provecho de conjeturas referidas a un hecho nimio». Y los beneficios siguen llegando. Los filósofos de la ciencia sostienen que las teorías no surgen simplemente de los datos, sino que antes han sido constreñidas por suposiciones razonables sobre la forma en que funciona el universo, por ejemplo, que la naturaleza sigue unas leyes y es más probable que sean verdaderas las teorías más simples que se ajustan a los hechos antes que las más complejas.

Del mismo modo, cuando los niños aprenden su lengua materna están resolviendo un problema de inducción. Cuando escuchan a sus padres y hermanos, no son capaces simplemente de archivar cada una de las frases para recurrir a esa lista en el futuro, de lo contrario harían lo que hace el papagayo. Tampoco pueden reunir todas las palabras con que se encuentran en el orden que mejor les parezca. Tienen que extraer un conjunto de reglas que les permitan comprender y expresar nuevos pensamientos, y hacerlo de forma que concuerden con los patrones del habla que usan las personas de su alrededor. Los problemas de la inducción se producen porque el habla ambiental ofrece oportunidades incontables para que el niño se abalance sobre generalizaciones seductoras pero falsas. Por ejemplo, cuando los niños empiezan a aprender a formular preguntas deben saber pasar de *He ate the green eggs with ham* (Él se comió los huevos verdes con jamón) a *What did he eat?* (¿Qué comió?) y *What did he eat the green eggs with?* (¿Con qué se comió los huevos verdes?). Pero *no* deben ser capaces

8. Goodman, 1983; Quine, 1969.

de preguntar *What did he eat the green eggs and?* (¿Y qué se comió los huevos verdes?). Para poner otro ejemplo: las frases *Harriet appeared to Sam to be strong* (A Sam le pareció que Harriet era fuerte) y *Harriet appealed to Sam to be strong* (Harriet pidió a Sam que fuera fuerte) sólo se distinguen por un giro de la lengua en una única consonante. Sin embargo, sus significados (en particular, quién se supone que es el fuerte) son completamente distintos. El niño que escuche una frase no debería generalizar la interpretación hecha a partir de ésta y aplicarla a la otra por el simple hecho de que suenan de forma muy similar.

Así pues, al destapar el código del lenguaje, la mente de los niños se ha de limitar a recoger únicamente los tipos correctos de generalizaciones a partir del habla de su entorno. No pueden desviarse del tema por cómo suenen las frases, sino que han de profundizar en la estructura gramatical oculta en las palabras y en su disposición. Esta línea de razonamiento es la que llevó al lingüista Noam Chomsky a proponer que la adquisición del lenguaje por parte de los niños es la clave para comprender la naturaleza de éste, y que los niños deben de estar equipados con una gramática universal innata: una serie de planos para la maquinaria gramatical que mueve todas las lenguas humanas.[9] Esta idea suena más controvertida de lo que realmente es (o, al menos, de lo que debería ser), porque la lógica de la inducción establece que los niños hagan *algunas* suposiciones sobre cómo funciona el lenguaje para salir airosos en su aprendizaje.[10] Lo único realmente polémico es en qué consisten estas suposiciones: un programa para un determinado sistema de reglas, un conjunto de principios abstractos, o un mecanismo para buscar patrones sencillos (que también se pudieran usar en el aprendizaje de cosas distintas del lenguaje).[11] El objetivo del estudio científico de la adquisición del lenguaje es caracterizar los analizadores del lenguaje que el niño lleva incorporados, cualesquiera que sean.

El lenguaje en sí no es un sistema único, sino un artilugio con muchos componentes. Para entender cómo aprenden el lenguaje los niños, resulta

9. Chomsky, 1972a.

10. Gold, 1967; Novak y Komarova, 2001; S. Pinker, 1979.

11. Sobre enfoques distintos, véase Bertolo, 2001; Goldberg, 2005; S. Pinker, 1984/1996; Tomasello, 2003; Yang, 2003.

útil centrarse en un solo componente, más que tratar de explicarlo todo de una vez. Hay componentes que unen sonidos para formar palabras, y palabras para formar frases y oraciones. Y cada uno de estos componentes debe funcionar en conjunción con los sistemas del cerebro que controlan la boca, el oído y los recursos mentales para actualizar los conocimientos que uno tiene, reaccionando así al habla que entra.

El componente que organiza las palabras en frases y determina qué significan se llama sintaxis. La propia sintaxis engloba varios mecanismos, que las diferentes lenguas accionan en distintos grados. Entre ellos están el colocar las palabras en el orden correcto, asegurar la concordancia entre elementos como el sujeto y el verbo, y controlar aquellas palabras especiales que ocupan dos lugares de la frase a la vez (como *what* [qué] en *What do you want?* [¿Qué quieres?], que es a la vez el elemento por el que se pregunta y el objeto de *want* [quieres]).

Uno de los fenómenos clave de la sintaxis es la forma en que las frases se construyen en torno a sus verbos. El fenómeno recibe muchos nombres técnicos (entre ellos, subcategorización, diátesis, estructura predicado-argumento, valencia, adicidad, aridad, estructura de caso y asignación del papel-zeta), pero me referiré a él con la insulsa expresión «construcciones del verbo».[12]

La mayoría de las personas ya saben algo sobre las construcciones del verbo, en forma de un borroso recuerdo de la distinción entre verbos transitivos e intransitivos. Los verbos intransitivos como *snore* (roncar) aparecen sin objeto directo, como en *Max snored* (Max roncaba); suena raro decir *Max snored a racket* (Max roncaba una raqueta). Los verbos transitivos como *sprain* (torcerse) exigen un objeto directo, como en *Shirley sprained her ankle* (Shirley se torció el tobillo); suena extraño decir *Shirley sprained* (Shirley se torció). Las construcciones transitivas e intransitivas son la punta del iceberg. La lengua inglesa también tiene verbos que exigen un objeto oblicuo (un objeto introducido por una preposición), como en *The swallow darted into a cave* (La golondrina entró como una flecha en una

12. Sobre perspectivas generales de las construcciones del verbo y la semántica lexical, véase Borer, 2005a, 2005b; W. Croft, en prensa; Goldberg, 1995; R. Jackendoff, 1990; Levin, 1993; Levin y Pinker, 1992; Levin y Rappaport Hovav, 2005; Miller, 1991; S. Pinker, 1989; Pustejovsky, 1995; Van Valin, 2005; Wierzbicka, 1988b.

cueva), verbos que requieren un objeto y un objeto oblicuo, como en *They funneled rum into the jugs* (Ellos echaron ron en las jarras con un embudo), y verbos que exigen toda una frase como complemento, como en *She realized that she would have to get rid of her wolverines* (Ella se dio cuenta de que tendría que librarse de sus glotones). En un libro de la lingüista Beth Levin se clasifican 3.000 verbos ingleses en unas 85 clases, basándose en las construcciones en las que aparecen; el subtítulo del libro es «Investigación preliminar».

Así pues, un verbo no es simplemente una palabra que se refiere a una acción o un estado, sino el bastidor de la oración. Es un armazón con receptáculos para atornillar en él las otras partes: el sujeto, el objeto y varios objetos oblicuos y oraciones subordinadas. Una oración sencilla engarzada por un verbo se puede insertar en una oración aún más global, y así sucesivamente sin límite alguno (como en la vieja canción «Sé que crees que entiendes lo que crees que dije, pero no estoy seguro de que te des cuenta de que lo que oíste no es lo que yo quería decir»).

La información contenida en un verbo no sólo organiza el núcleo de la frase, sino que da a entender, en gran medida, el significado de ésta. Donde mejor podemos apreciar tal fenómeno es en las oraciones que sólo difieren por la elección del verbo, como *Barbara caused an injury* (Bárbara causó una herida) y *Barbara sustained an injury* (Bárbara sufrió una herida), donde Bárbara participa de los hechos de forma muy distinta. Lo mismo cabe decir de Norm en *Norm gave a pashmina* (Norm regaló una *pashmina*) y *Norm received a pashmina* (Norm recibió una *pashmina*). Esto demuestra que no se puede averiguar qué significa una frase con sólo adivinar que el sujeto es el que realiza la acción, y el objeto aquello en lo que recae la acción. Además, hay que cotejar el verbo. La entrada para el verbo *give* (regalar) en el diccionario mental indica de alguna manera que «Mi sujeto es el que regala y mi objeto es el obsequio». La entrada para *receive* (recibir) dice «Mi sujeto es el *destinatario* y mi objeto es el obsequio». La diferencia entre Harriet *le pareció valiente a Sam* y *pidió a Sam que fuera valiente* demuestra que la forma que los verbos tienen de asignar papeles puede ser complicada y abstracta.

Una buena forma de apreciar la función de las construcciones verbales de una lengua es reflexionar sobre esos chistes que juegan con la ambigüedad entre ellos: las mismas palabras, pero construcciones diferentes. Un

ejemplo bien conocido es: *Call me a taxi* (Llámame un taxi). *OK, You're a taxi* (De acuerdo, eres un taxi).[13] Según una lista, que circula por correo electrónico, de carteles mal traducidos en los hoteles, en un salón de cócteles de un hotel noruego lucía el siguiente aviso «Se ruega a las señoritas que no tengan los niños en este bar». En *El silencio de los corderos*, Hannibal Lecter (alias Hannibal, *el Caníbal*) hostiga a su perseguidora y le dice: «De verdad que quisiera poder charlar un rato más, pero tengo a un viejo amigo para cenar». Y en su autobiografía, el cómico Dick Gregory recuerda un episodio de la década de 1960: «La última vez que estuve por el Sur y entré en ese restaurante y esa camarera blanca se me acercó y dijo: "Aquí no servimos (a) personas de color", le dije: "Está bien. Yo no como personas de color. Tráigame un pollo frito entero"».[14]

Las construcciones en las que puede aparecer un verbo dependen en parte de su significado. No es una coincidencia que *snore* (roncar) sea intransitivo, ya que el roncar es una actividad que uno realiza sin la ayuda de nadie, y que *kiss* (besar) sea transitivo, ya que, por lo general, un beso requiere a una persona que bese y a otra que sea besada. Según un antiguo supuesto de la lingüística (aceptado tanto en la teoría de Chomsky como en la de quienes compiten con ella, como la gramática de casos de Charles Fillmore), la forma en que el significado de un verbo afecta a las construcciones en que aparece es al especificar un reducido número de funciones o papeles que los nombres pueden desempeñar.[15] (Estos papeles reciben diversos nombres, entre ellos papeles semánticos, papeles de caso, relaciones semánticas, relaciones temáticas, y papeles-zeta.) Un verbo que sólo tenga un actor (como el roncador de «roncar») quiere ser intransitivo, y se comprende, con el actor como sujeto. Al verbo con un agente y un ente sobre el que se actúa (como uno que besa y otro que es besado) le gusta ser transitivo, con el agente como sujeto y aquello sobre lo que se actúa como objeto. Y los verbos que denotan cosas que se mueven de un lugar a otro

13. Atribuido al embajador estadounidense Joseph Hodges Choate (1832-1917), quien se lo dijo a un invitado a una recepción en la embajada que le confundió con el portero; véase <www.barrypopik.com/article/570/call-me-a-taxi —youre-a-taxi>.

14. Y sigue la historia: «Luego esos tres chicos blancos se me acercaron y dijeron: "Tío, te lo advertimos, lo que le hagas a este pollo te lo haremos a ti." Así que dejé el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, cogí el pollo y le di un beso».

15. Chomsky, 1972b; Fillmore, 1968.

(como el propio verbo «mover») también toman uno o dos objetos oblicuos, como una frase-*desde* como fuente del movimiento, y una frase-*a* para su objetivo.

No obstante, hace tiempo que se sabe que la relación entre el concepto que se oculta detrás de un verbo y las construcciones en las que éste puede aparecer es muy inexacta. En definitiva, quien tiene la última palabra es el propio verbo, y no el concepto que esconde. Por ejemplo, un determinado concepto como *eating* (comer) puede esconderse en un verbo transitivo, como en *devour the paté* (devorar el paté), y en un verbo intransitivo, como en *dine* (cenar) (en inglés, no se puede decir *Olga dined the paté* [«Olga cenó paté»]). Y en miles de casos, un verbo se niega a aparecer en construcciones que se diría que tendrían un perfecto sentido dado el significado del verbo. Basándose sólo en el significado, uno esperaría que fuera natural decir cosas como *Sal rumored that Flo would quit* (Sal rumoreó que Flo abandonaría) o *The city destroyed* (La ciudad destruía) o *Boris arranged Maria to come* (Boris dispuso que María viniera, Boris arregló a María para que viniera). Pero, aunque se trata de oraciones perfectamente comprensibles, suenan extrañas al oído de los anglohablantes.

Para que los niños *adquieran* el oído del anglohablante, de algún modo deben aprender todo este sistema: qué significa cada verbo, en qué construcciones aparece de forma natural, y qué papeles desempeñan los diversos nombres que lo acompañan en una oración. Ésta es la madriguera a la que invito al lector a explorar: un pasadizo que conduce al mundo de las ideas humanas y a los dramas en que participan.

Antes de que descendamos a este mundo, le debo al lector una explicación sobre lo que significa decir «no se puede decir esto» o «tal o cual no se ajusta a la gramática». Estos juicios son los datos empíricos más comúnmente usados en la lingüística: una oración con una determinada interpretación y en un determinado contexto se clasifica como gramaticalmente correcta, gramaticalmente incorrecta o que tiene diversos grados de incertidumbre.[16] Estos juicios no pretenden acreditar que una frase sea correcta o incorrecta en algún sentido objetivo (sea lo que sea lo que esto signifique), ni están regulados por algún consejo de inmortales como la Academia Francesa. Decir de una frase que es «gramaticalmente incorrec-

16. Véase Schütze, 1996.

ta» simplemente significa que los hablantes nativos tienden a evitarla, a extrañarse cuando la oyen, o a pensar que suena mal.

Obsérvese también que cuando se estima que una frase es gramaticalmente incorrecta, no significa que no se pueda decir en determinadas circunstancias. Hay construcciones especiales, por ejemplo, en que quienes hablan en inglés utilizan verbos transitivos de forma intransitiva, como cuando le decimos a un niño *Justin bites. I don't want YOU to bite* (Justin muerde. No quiero que TÚ muerdas). También hay casos en que podemos emplear verbos intransitivos de forma transitiva, como cuando decimos *Jesus died a long, painful death* (Jesús murió una muerte larga y dolorosa). Y todos forzamos un poco la lengua cuando nos agarramos a un clavo ardiendo sintáctico o no sabemos encontrar otra forma de decir lo que pretendemos (como en *I would demur that Kepler deserves second place after Newton* [Yo objetaría que Kepler se merece el segundo lugar, después de Newton] o *That really threatened the fear of God into the radio people* [Esto realmente llevó el miedo a Dios a la gente de la radio]). Decir que una frase es gramaticalmente incorrecta significa que suena mal «en igualdad de condiciones», es decir, en un contexto neutral, con su significado convencional, y sin que intervengan circunstancias especiales.

Algunas personas se extrañan de la costumbre de los lingüistas de tratar los juicios que emiten sobre sus propias frases como datos empíricos objetivos. Es una inquietud legítima, pero en la práctica los juicios lingüísticos no sirven para mucho. Uno de los incentivos de la investigación sobre los procesos cognitivos es que uno siempre tiene fácil acceso a un espécimen de la especie que estudia, es decir, él mismo. Cuando era alumno y trabajaba en un laboratorio donde se estudiaba la percepción, le pregunté a mi asesor cuándo dejaríamos de generar tonos que debíamos escuchar, y empezaríamos a investigar. El asesor me corrigió: escuchar los tonos *es* investigar, en lo que a él se refería, pues estaba seguro de que si una secuencia le sonaba de un determinado modo, así le sonaría a cualquier otro miembro normal de la especie. Como prueba de cordura (y para contentar a los evaluadores de la prensa), al final pagamos a estudiantes para que escucharan los sonidos y pulsaran unos botones según lo que oyeran, pero los resultados siempre ratificaban lo que nosotros mismos podíamos oír con nuestro oídos. He seguido la misma estrategia en psicolingüística y, en muchos estudios, he des-

cubierto que las valoraciones medias de los voluntarios siempre se ajustaban a los juicios subjetivos originales de los lingüistas.[17]

Una paradoja del habla de los niños

Pongámonos en la piel de un niño que está tratando de averiguar cómo hablar la lengua como la hablan sus padres, amigos y hermanos. Hemos aprendido unos pocos miles de palabras, y tenemos el pálpito (no consciente, claro está) de la diferencia que hay entre sujetos, verbos, objetos y objetos oblicuos. Los verbos siguen entrando, y a medida que los aprendemos tenemos que averiguar cómo se pueden usar. No basta con saber qué significa un verbo porque, como veíamos, verbos con significados similares pueden aparecer en construcciones diferentes (como *dine* [cenar] y *devour* [devorar] o decir *rumored* [rumoreó] por *hinted* [insinuó]). Hay que prestar atención a qué participantes acompañan al verbo en la frase.

Por ejemplo, digamos que hemos oído *load* (cargar) en una frase por primera vez, por ejemplo en *Hal is loading hay into the wagon* (Hal está cargando heno en el carro). Supongamos que tenemos una idea de lo que significan las palabras y, al observar lo que pasa en ese momento, podemos ver que Hal está echando heno en un carro. Seguro que podemos almacenar la información de que *load* (cargar) puede aparecer en una oración con un sujeto, que expresa al cargador (Hal), un objeto, que expresa el contenido de lo que se trasiega (el heno), y un objeto de *into* (en), que expresa el continente (el carro). Ahora podemos conocer y comprender nuevos ejemplos con el mismo verbo en la misma construcción, por ejemplo, *May loaded some compost into the wheelbarrow* (May cargó compost en la carretilla). (A este fenómeno los lingüistas lo denominan «la construcción loca-

17. I. Berent, Pinker y Ghavami, en preparación; I. Berent, Pinker y Shimron, 1999; I. Berent, Pinker y Shimron, 2002; J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991a; J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991b; J. Gropen, Pinker, Hollander, Goldberg y Wilson, 1989; J. J. Kim, Marcus, Pinker, Hollander y Coppola, 1994; J. J. Kim, Pinker, Prince y Prasada, 1991; G. F. Marcus, Brinkmann, Clahsen, Wiese y Pinker, 1995; S. Pinker y Birdsong, 1979; Prasada y Pinker, 1993; Senghas, Kim y Pinker, 2004; M. T. Ullman, 1999. Véase también J. Bresnan, 2006 para construcciones dativas, y P. Wolff, 2003, para construcciones causativas.

tiva del contenido», porque el contenido que se mueve se centra en el objeto de la frase.) Pero no se puede avanzar más; no nos aventuraríamos a decir *May loaded* (queriendo decir que cargó algo en alguna otra cosa) ni *May loaded into the wheelbarrow* (May cargó en la carretilla).

Hasta aquí está todo claro. Ahora veremos *load* (cargar) en una nueva construcción, por ejemplo *Hal loaded the wagon with hay* (Hal cargó el carro de heno). Una vez más se echa heno al carro y, por lo que podemos ver, la frase tiene el mismo significado que la que ya nos es familiar *Hal loaded hay into the wagon* (Hal cargó heno en el carro). A la entrada de *load* (cargar) le podemos añadir un apéndice en nuestro diccionario mental: el verbo también puede aparecer en una construcción con un sujeto (el que carga), un objeto (el continente, como carro), y un objeto de *de* (el contenido, como el heno). Los lingüistas llaman a esta construcción locativa del contenido, porque ahora el centro de atención está en el continente.

Y a medida que uno va aspirando verbos durante meses y años, se encuentra con otros verbos que se comportan como *load* (cargar): aparecen en dos construcciones sinónimas, pero difieren en si el objeto directo es el contenido o el continente:

Jared sprayed water on the roses.
(Jared roció agua sobre las rosas.)
Jared sprayed the roses with water.
(Jared roció las rosas con agua.)

Betsy splashed paint onto the wall.
(Betty salpicó de pintura la pared.)
Betsy splashed the wall with paint.
(Betty salpicó la pared de pintura.)

Jeremy rubbed oil into the wood.
(Jeremy frotó aceite sobre la madera.)
Jeremy rubbed the wood with oil.
(Jeremy frotó la madera con aceite.)

Esto empieza a parecerse a un patrón (lo que los lingüistas llaman «una alternancia»), y ahora nos enfrentamos a una elección difícil. ¿Seguimos acumulando estos pares de verbos, archivándolos par a par? ¿O, en un acto

de fe, damos por supuesto que cualquier verbo que aparezca en una de estas construcciones puede aparecer también en las otras? Se podría activar esta generalización y acuñar una regla que, más o menos, dijera: «Si un verbo puede aparecer en una construcción locativa del contenido, entonces también puede aparecer en una construcción locativa del continente, y viceversa». Con esta regla (a la que podemos llamar la regla locativa) en la mano, también es posible que oigamos decir a alguien *brush paint onto the fence* (cepilla pintura sobre la valla) y de ahí conjeturar que también podemos decir *brush the fence with paint* (cepilla la valla con pintura), sin necesidad de haber oído tal frase. Asimismo, si oímos *Babs stuffed the turkey with breadcrumbs* (Babs rellenó el pavo con pan rallado), podemos presumir que *Babs stuffed breadcrumbs into the turkey* (Babs rellenó pan rallado en el pavo) también es correcto.

Es un pequeño paso hacia el dominio del lenguaje, pero un paso en el sentido correcto. La lengua inglesa avanza lentamente con familias de construcciones que admiten verbos de manera intercambiable, y si los niños saben extraer los patrones y aplicarlos a verbos nuevos, sabrán multiplicar su velocidad de aprendizaje por la cantidad media de construcciones por verbo. Puede ser éste un buen camino para llegar a ser un hablante de la lengua desenvuelto y abierto, todo lo contrario de uno que se limite a repetir de forma mecánica un reducido número de fórmulas.

Sólo hay un problema. Cuando la regla locativa se aplica de cualquier manera, origina muchos errores. Por ejemplo, si la aplicamos a *Amy poured water into the glass* (Amy vertió agua en el vaso), nos sale *Amy poured the glass with water* (Amy vertió el vaso con agua), algo que los anglohablantes rechazan (lo he verificado en las encuestas).[18] También se nos plantean problemas cuando la aplicamos en el sentido contrario, en verbos como *fill* (llenar): aunque el *input, Bobby filled the glass with water* (Bobby llenó el vaso con agua) es correcto, el *output, Bobby filled water into the glass* (Bobby llenó agua en el vaso) no lo es (también esto lo avalan las encuestas).[19] Y no son éstas excepciones aisladas. Muchos verbos se resisten a ser pasto de las fauces de la regla locativa. Ahí van otros cuatro desventurados campistas; dos verbos a los que sólo les gusta la locativa del conteni-

18. J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991b.
19. *Ibid.*

do, y dos a los que les gusta la locativa del continente. Siguiendo la convención habitual de la lingüística, he colocado un asterisco junto a las frases que suenan mal a los anglohablantes:

Tex nailed the posters onto de board.
(Tex clavó los carteles en el tablón.)
* *Tex nailed the board with posters.*
(Tex clavó el tablón con carteles.)

Serena coiled a rope around the pole.
(Serena enrolló una cuerda alrededor del poste.)
* *Serena coiled the pole with a rope.*
(Serena enrolló el poste con una cuerda.)

Ellie covered the bed with an afghan,
(Ellie cubrió la cama con una manta de punto.)
* *Ellie covered an afghan onto the bed.*
(Ellie cubrió una manta de punto sobre la cama.)

Jimmy drenched his jacket with beer.
(Jimmy se empapó la chaqueta de cerveza.)
* *Jimmy drenched beer into his jacket.*
(Jimmy empapó cerveza sobre la chaqueta.)

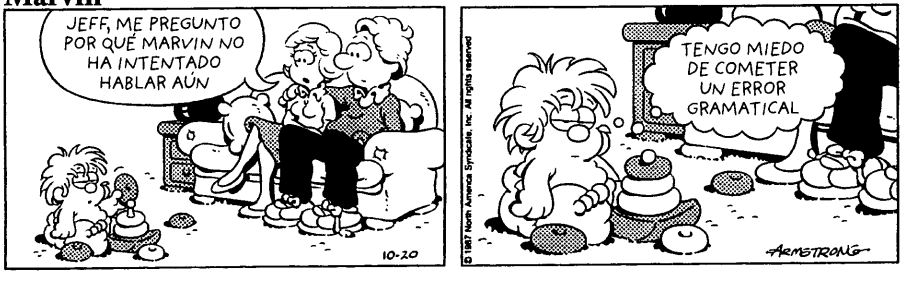
Tiene gracia... no es que las frases que suenan mal no sean inteligibles. Nadie albergaría dudas sobre el significado de *Amy poured the glass with water* (Amy vertió el vaso con agua) o sobre el de *Jimmy drenched beer into his jacket* (Jimmy empapó cerveza sobre la chaqueta). El lenguaje no es simplemente cualquier serie de formas que se les puedan ocurrir a las personas para transmitir un mensaje. A la larga, los niños acaban con un exigente protocolo que a veces excluye formas de comunicarse perfectamente buenas. Pero ¿por qué? ¿Cómo consiguen adquirir un lenguaje infinito cuando las reglas a las que se les tienta que den por supuestas los llenan de problemas al querer generar en exceso construcciones que a otros hablantes se les atragantan? ¿Cómo averiguan que determinados verbos tercos *no pueden* aparecer en construcciones perfectamente buenas?

Los niños y las lenguas son codependientes y, si se invierte la forma en que pensamos sobre el problema y hacemos del niño el amo y del lenguaje el esclavo, surge un rompecabezas equivalente. ¿Cómo llegó hasta nosotros la lengua inglesa con todos estos verbos excepcionales, a los que la primera generación de niños que se enfrentó con su aprendizaje debería haber puesto en su sitio?

Hay tres formas de salir de esta paradoja, pero ninguna de ellas satisface. La primera es que nosotros (y el hipotético niño que hemos estado imaginando) hemos formulado la regla de forma demasiado amplia. Quizá la auténtica regla locativa debe limitar su aplicación a un subconjunto de verbos que comparten un rasgo que se ha pasado por alto y, de algún modo, los niños descubren esa limitación y la adjuntan a la regla, como si de un codicilo se tratara. Pero si tal rasgo existe, dista de ser obvio, porque los verbos que se ajustan a la regla y los que se resisten a ella tienen un significado muy parecido. Por ejemplo *pour* (verter), *fill* (llenar) y *load* (cargar) son todos ellos formas de mover algo hacia algún sitio, y todos tienen el mismo elenco de personajes del tipo que parece que importan en el lenguaje: alguien que mueve, un contenido que se mueve, y un continente que es el objetivo del movimiento. Pero *pour* sólo permite la locativa del contenido (*pour water,* verter agua), *fill* sólo permite la locativa del continente (*fill the glass*, llenar el vaso) y *load* funciona de las dos formas (*load the hey*, cargar el heno; *load the wagon*, cargar el carro).

La segunda opción es que los niños no acuñen estas reglas en absoluto. Tal vez realmente guarden en la memoria aquellas combinaciones de verbos y construcciones que han oído en el habla de sus mayores, y sólo se ajusten a esas combinaciones. Con esta teoría, ocurriría lo que le ocurre a Marvin en la tira cómica del mismo nombre:

Marvin



Bueno, pues eso solucionaría el problema, sin duda. Los niños nunca se sentirían tentados a decir *Pour the cup with juice* (vierte la copa con zumo) ni *Cover an afghan onto the bed* (Cubre una manta de punto sobre la cama) porque nunca habrían oído a nadie que dijera cosas como éstas. Los verbos conservarían sus privilegios a perpetuidad, porque los niños aprenderían las construcciones verbo a verbo, del mismo modo que aprenden las propias palabras, siendo como son todas una combinación única de un sonido y un significado.

Algunos lingüistas se han tomado en serio esta teoría, pero no parece que sea correcta.[20] Por una parte, sería raro que los niños fueran *tan* conservadores, puesto que tienen un lenguaje infinito que dominar y sólo una muestra finita de habla en la que basarse. Por otro lado, parece que la lengua inglesa se expande rápidamente para acomodar nuevos verbos en construcciones nuevas, lo cual indica que, cuando alcanzan la madurez, los hablantes no son conservadores ni memorizadores de verbos. La mayoría de los estadounidenses, al escuchar a un inglés decir *He hoovered ashes from the carpet* (Él aspiró las cenizas de la alfombra) (una locativa del contenido), fácilmente generalizarían y dirían *He hoovered the carpet* (Él aspiró la alfombra) (locativa del continente). Asimismo, cuando las locativas del continente *Burn a CD* (Graban canciones en un CD) y *Rip a CD* (Copian canciones de un CD) llegaron al habla común, las locativas del contenido *Burn songs onto the CD* (Grabar canciones en el CD) y *Rip songs from the CD* (Grabar canciones del CD) aparecieron de inmediato detrás de las primeras (o quizá fuera al revés)[21].

¿Son sólo los adultos quienes dan estos saltos, o empiezan en la infancia, mientras los niños aprenden la lengua? La psicóloga Melissa Bowerman, como muchos psicolingüistas, llevaba un minucioso diario del habla de sus hijos cuando eran pequeños, grabando y analizando todas y cada una de las anomalías. Demostró que los niños realmente usan los verbos en construcciones que ellos no podrían haberse limitado a registrar a partir de lo que oían de la boca de sus padres. Veamos tres ejemplos

20. Por ejemplo, Baker, 1979 y J. D. Fodor y Crain, 1987.

21. Estas construcciones son ligeras variantes de la construcción locativa del continente; véase Pinker, 1989, págs. 124-130.

de locativas del contenido creativas, y tres de locativas del continente creativas:[22]

Can I fill some salt into the bear?
(¿Puedo rellenar el osito de peluche con un poco de sal?)
I'm going to cover a screen over me.
(Voy a taparme con una mosquitera.)
Feel your hand to that.
(Siente esto con la mano.)

Look, Mom, I'm gonna pour it with water, my belly.
(Mira, mamá, voy a verterla con agua, la barriga.)
I don't want it because I spilled it of orange juice.
(No lo quiero porque lo he derramado de zumo de naranja.)
I hitted this into my neck.
(Yo me golpeé el cuello.)

Para asegurarse de que no se trata de errores de niños poco corrientes, el psicólogo Jess Gropen y yo mismo corroboramos el hallazgo de dos formas. Primera: pasamos por el tamiz todo un corpus de habla de niños *online*, donde encontramos errores similares.[23] Segunda: empleamos un método para valorar las generalizaciones llamado prueba del *wug*, por un clásico estudio del psicólogo Jean Berko Gleason.[24] Gleason mostraba a unos niños una historieta de un pajarito, y decía: «Aquí tenemos un *wug*. Ahora hay dos. Hay dos...» —y en este punto niños de 4 años rellenaban el espacio en blanco con *wugs*, una forma que no podían haber memorizado a partir del habla de los adultos—. En nuestro caso decíamos a los niños que *mooping* («mopear») significaba pasar una esponja por una tela de color morado, y así se convertía en verde. Sin dudarlo un momento, los niños decían que estábamos *mooping the cloth* («mopeando la tela») —una locativa del continente que nunca habían oído decir a nadie con anterioridad—.[25] Y luego hablan del Moderado Marvin.

22. Bowerman, 1982b.
23. J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991b; S. Pinker, 1989.
24. Berko, 1958.
25. J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991a.

Y queda una tercera forma. Es posible que los niños cometan errores, pero sus padres los corrigen, con lo cual los aleccionan para que no usen nunca más ese verbo ofensivo en esa construcción. Esto, también, es improbable. Pese a la generalizada opinión de los psicólogos de que los padres son los responsables de todo lo que se desarrolla en sus hijos, se han observado pocos intentos repetidos de demostrar que los padres corrigen las frases incorrectas de sus hijos, o incluso que reaccionan de distinta forma ante ellas.[26] A los padres les interesa mucho más el significado del habla de sus hijos que su forma, y cuando realmente intentan corregirlos, los niños prestan poca atención. El siguiente es un intercambio típico:

NIÑO: He cerrado la lluvia.
PADRE: Querrás decir que has cerrado el aspersor.
NIÑO: He cerrado la lluvia del aspersor.

E incluso cuando, en alguna que otra ocasión, se muestran sorprendidos ante el uso extraño de la lengua de los niños, y éstos prestan atención, el efecto no bastaría para resolver el problema. Muchos de los verbos llamativos son raros, pero las personas tienen una gran intuición sobre lo que pueden o no pueden hacer. Se dan cuenta de que nunca dirían *They festooned ribbons onto the stage* (Ellos adornaron cintas en el escenario) ni *She siphoned the bottle with gasoline* (Ella sacó con sifón la botella con gasolina), pero el recuento de la frecuencia demuestra que estos verbos son literalmente uno entre un millón.[27] No es probable que todos los anglohablantes hayan pronunciado todos los irreductibles verbos de todas y cada una de las construcciones incorrectas en algún momento de su infancia (o de su madurez), que hayan sido corregidos y que ahora, debido a tal circunstancia, les parezca extraño ese uso.

Tenemos aquí una paradoja.[28] Las personas generalizan desde que son niños. Evitan generalizar a partir de determinadas palabras (al menos cuando son ya mayores). Y no se debe a que alguien les haya corregido

26. Bowerman, 1988; R. Brown y Hanlon, 1970; G. F. Marcus, 1993; J. L. Morgan, Bonamo y Travis, 1995; J. L. Morgan y Travis, 1989.

27. Francis y Kucera, 1982.

28. Llamada «paradoja de Baker» en S. Pinker, 1989, basada en un artículo del lingüista Lee Baker, 1979. El propio Baker la atribuyó al psicolingüista Martin Braine, 1971.

toda generalización excesiva. Y no existe una diferencia sistemática entre las palabras que permiten ser generalizadas y las que no lo permiten. Estas cuatro afirmaciones no pueden ser todas verdaderas.

¿Por qué iba uno a preocuparse por lo que parece un pequeño problema ubicado en alguna diminuta esquina de la psicolingüística? La razón está en que la posibilidad de aprender la construcción locativa es típica de muchas paradojas que surgen al explicar el lenguaje, donde los patrones parciales son omnipresentes, ya que resultan demasiado seductores como para olvidarlos y demasiado peligrosos como para aplicarlos. En *Crazy English*, el experto en lenguaje Richard Lederer nos llama la atención sobre algunos de ellos:[29]

> Si los adultos cometen adulterio, ¿los bebés cometen beberio? Si el aceite de oliva se saca de la oliva, ¿de dónde se saca el aceite de bebés? Si el vegetariano como verdura, ¿qué come un humanitario? El escritor es alguien que escribe, y un escozador es algo que escuece. Pero los dedos no dedean, los tenderos no tendean, los portentos no portentean, y los merceros no mercean.
>
> Si el plural de *tooth* (diente) es *teeth* ¿el plural de *booth* (cabina) no debería ser **beeth* y no *booths*? Un *goose* (ganso), dos *geese* (gansos), entonces un *moose* (alce) dos **meese* (por *mooses*, alces). Si las personas tocan (*ring*) el timbre hoy y tocaron (*rang*) el timbre ayer, ¿por qué no decimos que ellos lanzaron (**flang*) una pelota y no (*flung*)? Si ellos escribieron (*wrote*) una carta, quizá también se mordieron (**bote* por *bit*) la lengua.

Todas estas rarezas definen un problema científico para los lingüistas y la psicología. El caso del segundo párrafo —los plurales y las formas de pasado irregulares— es tan peliagudo que he escrito un libro y muchos artículos para lograr comprenderlo.[30] Lamentablemente, la solución a este rompecabezas que más me gusta no sirve aquí de ayuda. Las formas irregulares, como *teeth* y *rang* son lo que los lingüistas denominan «excepciones positivas»: existen, aunque la norma habitual, como «para formar el pasado de un verbo se añade *–ed*», no consiga generarlas. Los niños las pueden aprender después de oírlas, una a una. También entendemos cómo

29. Lederer, 1990.
30. S. Pinker, 1999.

utilizan los niños las excepciones positivas para adelantarse a las formas regidas por la norma, o para bloquearlas, por eso no dicen **flang* ni **meese*, sino *flung* y *moose*. Las conjugaciones y las declinaciones están cuidadosamente organizadas en paradigmas, en los que cada verbo normalmente tiene una única forma de pasado y cada sustantivo una única forma de plural. Cuando el niño oye *Boggs flung the ball* (Boggs lanzó la pelota) o *Vern shot two moose* (Vern abatió dos alces), esas formas irregulares mantienen vigiladas sus células en una matriz mental y rechazan las formas rivales **flang* y **meese* (además de **flinged* y **mooses*).[31]

Pero estos desequilibrios de los verbos son excepciones *negativas*: no *consiguen* existir pese a que *sí* los genere una regla. Los niños no disponen de pruebas directas de sus padres de que son formas gramaticales incorrectas. El hecho de no oírlas —el proverbial perro que no ladraba— no es una prueba en sí mismo, porque hay un número infinito de formas perfectamente gramaticales que tampoco oyen, y no pueden descartarlas todas porque, de lo contrario, se limitarían a hablar como lo hace el papagayo. Tampoco pueden emplear alguna forma opuesta para reemplazarlas (del modo en que *flung* reemplaza a **flinged* y **flang*), porque las construcciones verbales, a diferencia de las conjugaciones, no están dispuestas en unos chiribitiles bien delimitados. La razón de que no se pueda decir **Nailed the board with posters* (Clavó el tablón con carteles) ni ** Coiled the pole with a rope* (Enrolló el poste con una cuerda) no es que cada una de estas expresiones sea rechazada por un sinónimo que se ajuste al territorio gramatical, como *flung* rechaza **flang* y **flinged*. No *existe* ningún verbo que permita que uno hable de cubrir un tablón prendiendo carteles sobre él en la construcción locativa del continente.

La paradoja de la posibilidad de aprender un verbo llama la atención por otra razón. A medio camino, más o menos, de nuestro paso desde una visión amplia de la mente humana a la adquisición de las construcciones locativas, decía que la adquisición del lenguaje es un ejemplo del problema de la inducción —proyectar generalizaciones válidas sobre el futuro a partir de datos limitados disponibles en el presente, impliquen tanto la adquisición del lenguaje por parte del niño, como aprender mediante un

31. G. F. Marcus, Pinker, Ullman, Hollander, Rosen y Xu, 1992; M. T. Ullman, 1999.

ordenador o teorizar por el científico—. El berenjenal en que nos encontramos es habitual en todo tipo de inducción: cómo retroceder de una hipótesis demasiado general en ausencia de datos negativos.[32] Si se formula una conclusión de modo excesivamente amplio, y no recibe del mundo una retroalimentación correctora (pongamos, por ejemplo, que uno piense que todos los cisnes son blancos, y que nunca ha estado en Nueva Zelanda ni ha visto un cisne negro), se corre el peligro de no descubrir nunca que se está en un error. En este caso, ese niño hipotético siente la tentación de generalizar que todos los verbos que se refieren a trasladar algo a algún lugar se pueden expresar con cualquiera de las dos construcciones inglesas. Pero, de un modo u otro, los niños se hacen personas mayores que generalizan más allá de los verbos que han oído, al tiempo que, asombrosamente, se guardan de usar los verbos que no han oído. La construcción locativa (y problemas similares) nos sitúa ante la paradoja de un niño que, según parece, aprende lo inaprendible, y así se convierte en el centro de la atención de lingüistas y científicos informáticos interesados por la lógica del aprendizaje en general.

La naturaleza no se sale de su camino para ofuscarnos. Si algún fenómeno parece que no tiene sentido, mirémoslo como lo miremos, probablemente estamos pasando por alto algún principio más profundo sobre cómo funcionan las cosas. Esto es exactamente lo que ocurría en la paradoja del aprendizaje de los verbos locativos, y los principios que faltan se refieren al tipo de ideas que pueblan la mente humana.

Tirar el armazón

De los cuatro hechos evidentes que no pueden ser verdad al mismo tiempo —las personas generalizan; evitan algunas excepciones; las excepciones son impredecibles; y a los niños no se les corrigen todos los errores—, el más provocador es el que dice que nadie puede distinguir los verbos que forman parte de una alternancia de aquellos que la evitan. Es posible, simplemente, que no nos hayamos fijado lo suficiente. Suele ocurrir que un

32. Baker, 1979; Gold, 1967; Osherson, Stob y Weinstein, 1985; S. Pinker, 1979; Valiant, 1994.

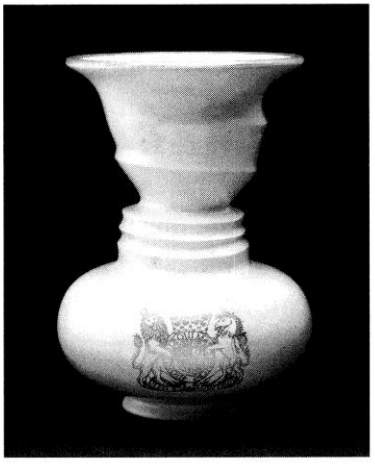
patrón lingüístico que de entrada parece caprichoso, resulta que contiene una estipulación que distingue entre churras y merinas. Por ejemplo, el misterio de por qué las terminaciones de comparativo y superlativo *–er* y *–est*, respectivamente, de la lengua inglesa no se pueden aplicar a determinados adjetivos, como en **specialer* y **beautifullest* (más especial y el más hermoso), se resolvió cuando alguien observó que esos sufijos se aplican únicamente a monosílabos (*redder* [más rojo], *nicer* [más amable], *older* [de mayor edad]) o, en el mejor de los casos, a palabras que tienen una segunda sílaba insustancial (*prettier* [más bonito], *simpler* [más sencillo], *narrower* [más estrecho]). Tal vez haya también un sutil criterio por el que se distingue entre los verbos ubicados en la construcción locativa y los prófugos —lo que el lingüista Benjamin Lee Whorf llama un «criptotipo»—.[33] Si las reglas de los niños se ajustaran a algún criterio, la paradoja desaparecería. No es probable que el criterio oculto contemple los sonidos de los verbos, pues, en este sentido, se parecen mucho, sino sus significados.

El gran avance, en mi mente, llegó con un artículo de una pareja de lingüistas, Malka Rappapport Hovav y Beth Levin, que en esa época estaban trabajando en el MIT[34]. Influidos por Chomsky, los lingüistas han tendido a pensar que las reglas son el elemento con el que se cortan y pegan las frases, por ejemplo, trasladar un complemento preposicional hacia la izquierda hasta la posición del objeto directo, o mover éste hacia la derecha para formar una frase preposicional[35]. Este modo de pensar era lo que hacía que pareciera tan extraño que la regla locativa se ocupara del contenido del verbo, sencillamente como si pareciera raro que el procesador de textos anunciara que se niega a cortar y pegar palabras con algún significado al tiempo que, obedientemente, lo hace con otras. Pero ¿y si la regla transformara en una construcción no la disposición de las frases, sino algo mucho más abstracto, en concreto el armazón de los sucesos que entra en el significado de aquélla?

Imaginemos que el significado de la construcción locativa del contenido es «A acusa a B de ir a C», pero el significado de la construcción del continente es «A causa que C cambie de estado (al causar que B vaya a C)».

33. Whorf, 1956.
34. Levin, 1985. Véase también, Levin, 1993; Rappaport y Levin, 1985, 1988.
35. Chomsky, 1965, 1981.

En otras palabras, cargar heno en el carro es algo que se le hace al heno (concretamente, causar que vaya al carro), mientras que cargar el carro con heno es algo que se le hace al carro (concretamente, causar que se cargue con heno). Son éstos dos construales del mismo suceso, algo similar al cambio gestáltico en la clásica ilusión óptica del jarrón y las caras, donde los lugares de la figura y el fondo se intercambian en la conciencia de uno:



En las frases con el heno y el carro, el salto entre la figura y el fondo no está en el ojo de la mente, sino en la propia mente; la interpretación de en qué consiste realmente el suceso.

Bueno, a primera vista la diferencia entre causar que algo vaya a un lugar y causar que un lugar cambie moviendo para ello algo hacia él puede parecer tan escolástica como la diferencia entre si la destrucción del World Trade Center fue uno o dos sucesos —una cuestión de «pura semántica»—. Pero con los gigadólares que pusieron en juego las consecuencias del 11-S, la pura semántica puede marcar una gran diferencia.

Para empezar, esta nueva interpretación del fenómeno es más sencilla y más elegante —no es siempre una señal de que una teoría es cierta, pero tampoco algo que se deba ignorar—. La regla locativa, cuando se reconcibe como un cambio gestáltico conceptual, deja de ser una cuestión de cortar y pegar frases de formas complicadas sin ninguna razón particular. Ahora se puede factorizar en dos reglas muy generales y útiles:

- Una regla de reconstrual semántico (el cambio gestáltico): si un verbo significa que «A causa que B se mueva a C», también puede significar que «A causa que C cambie de estado al mover B hacia él».
- Una regla para vincular el significado a una forma: expresar el ente afectado como el objeto directo.

En la locativa del contenido (*cargar heno en el carro*), *heno* es el objeto directo, porque el suceso se construye como algo que se le hace al heno. En la locativa del continente (*cargar el carro con heno*), *el carro* es el objeto directo, porque ahora el suceso se construye como algo que se le hace al carro. Otras reglas vinculantes se ocupan de cómo se expresan los otros participantes. Una regla vincula el agente causal (el tipo que arroja el heno) con el sujeto. La otra vincula a los heterogéneos participantes con los objetos oblicuos, cada uno de ellos con una preposición que se ajuste a su significado. La preposición *into* significa «to in» (a dentro), es decir, «a una porción interior de»; *onto* equivale a «to on» (a encima); *with* (con) equivale a «una forma de cambiar algo».

Aunque hemos reemplazado una regla con otras varias, la imagen del conjunto es más sencilla porque, como veremos, estas reglas se reutilizan en diferentes construcciones de todo el lenguaje. Y nos sentimos satisfechos de poder explicar *por qué* la regla locativa hace lo que hace. El *carro* participante *tiene* que pasar de objeto oblicuo a objeto directo (en oposición a ser cortado y pegado en cualquier antigua posición), porque este participante se ha reconstruido como «el ente afectado», y, en la sintaxis, los entes afectados, sean cosas que cambien de ubicación o cosas que cambien de estado, se expresan como objetos directos.

Le prometí al lector que la razón de que nos obsesionemos con las construcciones locativas en un libro que trata de la naturaleza humana es que nos dicen cosas sobre cómo piensan los seres humanos. En el primer capítulo mencionábamos una de estas cosas: la mente tiene el poder de estructurar una misma situación de muchas formas distintas. Aquí vemos que este poder es tan dominante que no sólo se emplea en riñas polémicas, como la de invadir Irak frente a liberar Irak, o manipular una bola de células frente a matar a un niño, donde nadie se sorprende de que ambas perspectivas sean posibles. Al contrario, domina la forma en que construimos los sucesos incluso más sencillos, más concretos y más inocuos de la

vida cotidiana, como el de poner heno en un carro o pan rallado en un pavo.

Examinar la construcción locativa no sólo demuestra que construir y deconstruir es un poder básico de la cognición; muestra los elementos que componen cada construal, y algunas de sus peculiaridades. La teoría del cambio gestáltico implica que las dos construcciones locativas, en contra de lo que pueda parecer a primera vista, no deben ser completamente sinónimas. Debe haber situaciones en que una construcción realmente se aplique, y otras en que no. Y, en efecto, así ocurre.

Cuando uno *carga heno en el carro*, se puede tratar de cualquier cantidad, la que pueda caber en un par de horcas. Pero cuando uno *carga el carro con heno*, la implicación es que el carro está lleno.[36] Esta sutil diferencia, a la que los lingüistas llaman efecto holismo, se puede observar con los otros verbos locativos: *Spray the roses with water* (Rociar las rosas con agua) implica que todas quedan rociadas (en oposición a simplemente *Spraying water onto the roses* [Rociar agua sobre las rosas]), *Stuff the turkey with breadcrumbs* (Rellenar el pavo con pan rallado) implica que el pavo está completamente relleno.

El efecto holismo no es una estipulación añadida a la regla, como un impuesto se añade a una factura. Surge de la naturaleza de lo que hace la regla, concretamente expresar el continente como el objeto directo. Y, a su vez, esto desvela una característica interesante de la forma en que la mente concibe qué son las cosas y cómo cambian. Resulta que el efecto holismo no se limita a la construcción locativa; se aplica a los objetos directos en general. Por ejemplo, la frase *Moondog drank from the glass of beer* (Moondog bebió del vaso de cerveza) (donde *the glass* [el vaso] es un objeto oblicuo de *from* [de]) concuerda con el hecho de que el perro tome tan sólo un par de sorbos. Pero la frase *Moondog drank the glass of beer* (Moondog se bebió el vaso de cerveza) (donde *the glass* es un objeto directo) implica que el perro se la zampó toda. Del mismo modo, yo puedo *climb up the mountain* (ir montaña arriba), pero ocurre que me lo pienso mejor y regreso abajo, pero si *I climb the mountain* (yo subo la montaña), se sugiere que he alcanzado la cima. O pensemos en la diferencia en cada uno de estos pares de frases, que, a primera vista, parecen sinónimas:

36. S. R. Anderson, 1971.

Peter painted on the door.
(Peter pintó sobre la puerta.)
Peter painted the door.
(Peter pintó la puerta.)

Betty put butter on the bun.
(Betty puso mantequilla sobre el bollo.)
Betty buttered the bun.
(Betty untó [con mantequilla] el bollo.)

Polly removed peel from the apple.
(Polly quitó la piel de la manzana.)
Polly peeled the apple.
(Polly peló la manzana.)

En todos los casos, la segunda frase, que expresa el ente afectado como objeto directo, implica que se hizo algo al conjunto, no sólo a una de sus partes: se pintó toda la puerta, se untó de mantequilla todo el bollo, y la manzana quedó completamente pelada.

Pero el efecto holismo alcanza a mucho más. No es tanto una propiedad del objeto directo (que no es más que una posición en una frase), cuanto una propiedad del *concepto* que se tiende a expresar como un objeto directo, en concreto el ente que queda afectado. En los ejemplos que hemos visto, resulta que el ente afectado queda expresado como el objeto directo porque cuando una frase contiene un agente causal, éste normalmente consigue los primeros puestos en el espacio del sujeto. Pero cuando no se menciona el agente, el ente afectado puede ser el sujeto, como en *The ball rolled* (La pelota rodó) o *The butter melted* (La mantequilla se derritió). Y, lo que es más importante, cuando el sujeto realmente aloja a un ente afectado, se interpreta de forma holística, simplemente como los objetos directos. Todo esto se ve claramente en este encantador par de construcciones inglesas:

Bees are swarming in the garden.
(Las abejas revolotean en el jardín.)
The garden is swarming with bees.
(El jardín está revoloteando con abejas.)

Juice dripped from the peach.
(El zumo goteaba del melocotón.)
The peach was dripping with juice.
(El melocotón goteaba de zumo.)

Ants crawled over the gingerbread.
(Las hormigas andaban por el pan de jengibre.)
The gingerbread was crawling with ants.
(El pan de jengibre estaba andando de hormigas.)

La segunda frase de cada par presenta una imagen sensual de un ente que está tan saturado de cosas, que la mente las desdibuja y percibe que el ente en su totalidad hace lo que esas cosas normalmente hacen: el jardín revolotea, el melocotón gotea, el pan de jengibre anda.

Pero *¿por qué* en todas estas construcciones el contenido se interpreta como un todo? La razón es que la lengua inglesa trata a un ente *cambiante* (un carro cargado, unas rosas rociadas, una puerta pintada) de la misma forma que trata a un *ente que se mueve* (el heno echado, el agua rociada, la pintura derramada). Un estado se concibe como una ubicación en un espacio de estados posibles, y el cambio equivale a mover una ubicación a otra en ese espacio de estados. De esta forma, las construcciones locativas ilustran un segundo descubrimiento en el mundo oculto de la madriguera del conejo, la ubicuidad de la metáfora en la lengua cotidiana. El lingüista Ray Jackendoff analizó de qué forma muchas de las palabras y las construcciones empleadas para indicar movimiento, ubicación u obstrucción del movimiento en el espacio físico se usan también para un tipo de movimiento, de ubicación o de obstrucción del movimiento metafórico en el espacio del *estado*:[37]

Pedro went from first base to second base.
(Pedro pasó de la primera base a la segunda base.)
Pedro went from sick to well.
(Pedro pasó de estar enfermo a estar bien.)

37. R. Jackendoff, 1978, 1983, 1990; R. S. Jackendoff, 1987. Observado por primera vez por el lingüista Jeffrey Gruber, 1965.

Pedro was at second base.
(Pedro estaba en la segunda base.)
Pedro was sick.
(Pedro estaba enfermo.)

The manager kept Pedro at first base.
(El entrenador mantuvo a Pedro en la primera base.)
The doctor kept Pedro well.
(El médico mantuvo sano a Pedro.)

En la primera frase, el cuerpo de Pedro realmente se movió en el espacio, pero en la segunda, podría haber permanecido en la cama todo el tiempo; sólo se movió su *salud*, metafóricamente hablando. Parece que los conceptos del espacio contagian también a otros conceptos, como veíamos en el primer capítulo al observar cómo cuentan y miden los sucesos las personas, como si se tratara de objetos hechos de materia temporal. Las personas también utilizan el espacio como modelo para los continuos abstractos cuando hablan de su sueldo, de su peso, de las subidas y bajadas de su estado de ánimo,[38] o cuando marcan en una gráfica los puntos de los diversos datos, representen éstos lo que representen.[39] En un capítulo de los siguientes nos preguntaremos si la omnipresencia de la metáfora es un descubrimiento revolucionario en lo que a la mente se refiere, un hecho banal sobre la historia del lenguaje, o algo intermedio. Aquí lo que pretendo demostrar es que la psicología del espacio arroja luz sobre el efecto holismo, y nos dice algo sobre la psicología de los conceptos en general.

Cuando la mente conceptualiza un ente en una ubicación o en movimiento, tiende a ignorar la geometría interna del objeto, y lo trata como un punto carente de dimensiones o como una mancha sin característica alguna. El lingüista Len Talmy observa que una preposición típica, o cualquier otro término espacial, especifica una relación entre una figura y un objeto de referencia.[40] Normalmente, el objeto de referencia es mayor y más prominente, de ahí la observación de Beatrice Lillie sobre *The Queen*

38. G. Lakoff y Johnson, 1980.
39. S. Pinker, 1990.
40. Talmy, 1983. Véase también R. Jackendoff, 1990, 1991; Landau y Jackendoff, 1993.

Elizabeth cuando lo vio por primera vez: «¿Cuánto tarda este lugar en llegar a Londres?». Y habitualmente el objeto de referencia se especifica con mayor detalle geográfico. Se conceptualiza como que tiene un número determinado de dimensiones a lo largo de las cuales se extiende: una dimensión, como un palo o un cordel; dos dimensiones, como una hoja de papel o de contrachapado; o tres dimensiones, como un sofá o una sandía. Y se conceptualiza como que tiene determinados ejes, partes, cavidades y límites que se ajustan a esas dimensiones.

De manera que la figura que se coloca y el lugar donde se dice que está colocada reciben un tratamiento distinto en el lenguaje: la primera se reduce a una cuestión de carencia de dimensiones, y su geometría interna se ignora; del segundo se hace un diagrama, al menos esquemáticamente. Tomemos las expresiones inglesas *On your hand* (Sobre la mano), *Under your hand* (Debajo de la mano) e *In your hand* (En la mano). Cada una distingue un aspecto de la geometría de la mano, concretamente la parte superior, la inferior y una cavidad cóncava. La elección de la preposición depende de esta geometría: una canica puede estar *in one's hand* (en la mano de uno) si la mano está ahuecada y la canica está en la palma, pero estará *on it* (sobre ella) si la mano está extendida o si la canica está en el envés de la mano. La canica no puede estar *en* el antebrazo, *en* la espinilla ni *en* el tronco de uno, ya que todas estas palabras se conceptualizan como clavijas de una sola dimensión. Comparemos este plano con el tratamiento estilizado de la figura que se ubica. En estos ejemplos he hablado de una canica, pero la figura puede tener cualquier forma o configuración: puede ser una canica, un palillo, un librito de cerillas o una palomilla, y todos estos objetos pueden estar erguidos, de lado o boca abajo, y no por ello dejar de estar *en*, *sobre* o *debajo* de la mano. Por cierto, no todas las preposiciones tratan la figura como si fuera una mancha o un punto: *along* (a lo largo de) y *across* (a través de), por ejemplo, requieren que la figura sea alargada. Pero las más comunes son miopes cuando de ubicar la figura se trata.

Esto nos conduce a una explicación más profunda del efecto holismo. En la alternancia locativa, cuando el continente (por ejemplo, *el carro* en *cargar heno en el carro*) asciende a objeto directo, también se reanaliza conceptualmente como algo que se ha movido en el espacio del estado (del espacio «vacío» al espacio «lleno»). Y en este reconstrual, se concentra en un único punto, su geometría interna obliterada. Los carros se cargan, las flo-

res se rocían, los pavos se rellenan, no como disposiciones de la materia en el espacio con nichos y agujeros ocultos que pueden albergar por separado fragmentos de materia, sino como entes que son, tomados en su conjunto, listos ya para ser acarreados, para florecer o para cocinar. Así es, el efecto holismo es una expresión un tanto inadecuada. En realidad estamos hablando sobre un efecto de *cambio de estado*, y normalmente la forma más natural en que un objeto cambia de estado cuando se le añade algo es cuando esa materia llena por completo la cavidad o la superficie diseñadas para recibirla. Pero si un objeto se puede concebir como un estado cambiante cuando tiene materia sólo en *una* parte, entonces se puede utilizar aquí, también, la locativa del continente. De modo que podemos decir del pintor de *graffitis* que *Sprayed a statue with paint* (Roció la estatua con pintura), aunque sólo haya coloreado una parte de ella, porque un solo manchón basta para que la gente la considere pintarrajeada.

Para completar el círculo, tengo que demostrar que la teoría resuelve la paradoja inicial. ¿Cómo explica la idea de que el locativo es un cambio gestáltico por qué algunos verbos permiten el cambio, mientras que otros, al parecer similares, no lo permiten? La clave está en la química que existe entre el significado de la construcción y el significado del verbo. Para poner un caso sencillo, uno puede *throw a cat into the room* (lanzar un gato dentro de la habitación), porque el solo hecho de lanzar algo dentro de la habitación no se puede construir como una forma de cambiar el estado de la habitación. Esta química se aplica también a casos más sutiles. Verbos que difieren en su meticulosidad sintáctica, como *pour* (verter), *fill* (llenar) y *load* (cargar), se refieren todos a mover algo de un sitio a otro, con lo que, a primera vista, dan la impresión de que son tal para cual. Pero cuando se examinan más detenidamente, cada clase de verbo tiene un tipo de meticulosidad *semántica* distinto; difieren en el aspecto del movimiento del que se ocupan.

Tomemos el verbo *pour* y pensemos cuándo lo podemos utilizar. *Pour* significa, más o menos, hacer que un líquido se mueva hacia abajo en una corriente continua. Especifica una relación causal de «permitir» más que de «forzar», y especifica un modo de movimiento; éstos son los trozos de significado que lo diferencian de otras formas en que se mueven los líquidos, como *spraying* (rociar), *splashing* (salpicar) y *spewing* (salir a borbotones). Puesto que *pour* dice algo sobre el movimiento, se puede emplear en

la construcción que se refiera a éste, de ahí que podamos decir *Pour water into the glass* (Verter agua en el vaso). Pero a *pour* no le importa adónde ni cómo acaba por llegar el líquido. Se puede verter agua en un vaso, en el suelo o por la ventana de un avión, formando una neblina. Nada predecible ocurre al destino de un líquido vertido y, por lo tanto, el verbo no concuerda con una construcción que especifique cómo se ha cambiado el estado de un continente. Y así no podemos decir *She poured the glass with water* (Vertió el vaso con agua).

Tomemos ahora el verbo *fill*. *Fill* algo significa causar que algo esté lleno (*full*) (no es una coincidencia que *fill* y *full* suenen de modo parecido). Todo es cuestión del estado del continente: si no está lleno, no se llena. Pero a *fill* le da igual cómo se llene el continente. Se puede llenar un vaso vertiendo agua en él, evidentemente, pero también se puede llenar achicando agua de una bañera, sacándolo al exterior cuando llueve, dejándolo toda la noche bajo un grifo que gotee, etc. Ésta es la razón de que *fill* sea la imagen especular sintáctica de *pour*: al especificar el cambio de estado de un continente, es compatible con una construcción referente a un cambio de estado, y, por lo tanto, permite que se diga *Fill the glass with water* (Llenar el vaso de agua). Pero como no dice nada sobre una causa o un modo de movimiento del contenido, no es compatible con una construcción que se refiera por entero a un movimiento y, por lo tanto, no permite decir *Fill water into the glass* (Llenar agua en el vaso).

Por último, tomemos el verbo *load*. ¿Cuál es el hilo común que conecta lo que hacemos con el heno y el carro, las balas y el arma, la película y la cámara, las maletas y el coche, y el *software* y el ordenador? No se trata simplemente de que una cosa se coloca en un lugar. La cosa debe tener el tamaño, la forma o el contenido adecuados para que el lugar pueda hacer lo que se pretende que haga —arder, tomar fotografías, ir de excursión, etc.—. No se puede *load a camera* (cargar una cámara) poniendo en ella heno o balas, tampoco *loaded the car* (cargamos el coche) si echamos las maletas de papá en el maletero pero dejamos las de mamá en la acera. De hecho, ni siquiera hemos *loaded the camera* (cargado la cámara) si nos limitamos a meter la película entre la lente y su tapa o en la caja, en vez de colocarla en el sitio adecuado. Así pues, el verbo *load* especifica de forma simultánea algo sobre cómo se ha movido un contenido *y* cómo ha cambiado un continente, con lo que se desliza bien hacia la locativa del conte-

nido (*load the film*, cargar la película), bien hacia la locativa del continente (*load the camera*, cargar la cámara).

¿Cómo se puede probar esta teoría? La forma más directa es aplicar la prueba del *wug*, que enseñe verbos locativos nuevos a los niños o los mayores, representando para ello su significado (de forma que la audiencia no tenga ninguna experiencia previa de cómo se usa el verbo) y variándolo. Cuando el verbo haga referencia a una forma de movimiento, las personas deberían emplearlo de forma espontánea en una construcción locativa del contenido; cuando haga referencia a un cambio de estado, lo deberían usar en una locativa del continente. Gropen y yo hicimos la prueba del *wug* (la prueba del *moop* [*mopear], para ser exactos).[41] En determinadas condiciones, *mooping* se refería a mover algo de forma evidente, por ejemplo, zigzagueando una esponja húmeda sobre una tela húmeda de color morado. En otras, el verbo se refería también a mover la esponja por la tela, pero esta vez el movimiento era indefinido y la tela se hacía de color verde o rosa al contacto con la esponja. Cuando el verbo describía un movimiento zigzagueante, los niños y los mayores mostraban mayor tendencia a describir el suceso como *mooping the sponge* (mopear la esponja), una locativa del contenido. Cuando describía un movimiento que se traducía en un cambio de color, eran más proclives a describirlo como *mooping the cloth* (mopear la tela), una locativa del continente. Esto es simplemente lo que podríamos prever si las personas insertan un verbo en una construcción según qué aspecto del suceso elija el verbo. (Para los curiosos: para elaborar una pócima que cambie el color a nuestro albedrío, se hierven pequeños trozos de col lombarda, luego se escurren y se deja que el líquido morado se enfríe. Si a ello se le añade una base, por ejemplo, bicarbonato de soda, el líquido se hará verde; le añadimos un ácido, como zumo de limón, y se convierte en rosa. El zumo de col que se vende en los supermercados es rojo porque ya se le ha añadido vinagre.)

Así que, al tratar de resolver el rompecabezas de cómo los niños inducen la sintaxis de su lengua materna, nos vimos forzados a reconceptualizar lo que debían aprender: desde una operación de cortar y pegar frases a un cambio gestáltico mental en la forma en que se interpreta una situación. Esto desveló una serie de características básicas de los procesos de

41. J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991a.

nuestro pensamiento: que la mente utiliza un conjunto de armazones opuestos que pueden interpretar de más de una forma hasta el suceso cotidiano más anodino; que un armazón que sirva para pensar sobre un cambio de ubicación en el espacio real se puede extender metafóricamente a conceptualizar un cambio de estado como un movimiento en espacio-estado; y que cuando la mente concibe que un ente se encuentra en algún lugar o va a algún lugar, tiende a fundirse hasta formar una gota holística.

Estas conclusiones, sin embargo, plantean nuevas preguntas. ¿Es tan flexible la mente que puede conceptualizar cualquier suceso de cualquier manera, sea la que sea? De ser así, ¿cómo podríamos llegar a algún sitio al pensar y al hablar? Y en nuestra interpretación básica del movimiento y el cambio ¿hay algo más aparte de que haya una gota en algún lugar, que va a algún sitio o que cambia de algún modo?

Deliberaciones sobre el movimiento y el cambio

La flexibilidad de la mente humana —su capacidad de aventar armazones, cambiar gestalts o reconstruir sucesos— es una aptitud maravillosa. Pero hace difícil predecir cómo pensará y hablará una persona sobre una situación dada. Cuando golpeo la pared con un palo, ¿afecto al palo al moverlo hacia la pared, o afecto a la pared al usar el palo como un instrumento? Cuando a Harold le gusta Hildy, ¿provoca él mismo que piense bien de ella, o provoca ella que le parezca bien? Si Bill da la impresión de ser John Travolta en *Fiebre del sábado noche*, ¿está causando que Debbie se ría de la misma forma que causa que un globo reviente al pincharlo, o es que Debbie tiene el suficiente libre albedrío como para que la «causalidad» no sea una forma correcta de pensar sobre todo ello? Cuando Becky le grita a Liz, que está al otro lado de una concurrida habitación, ¿qué es lo que hace?: ¿afectar a Liz, crear un mensaje, ruido, enviar un mensaje a través de la habitación, o simplemente mover los músculos de una determinada forma? Incluso a la distinción cognitiva más palmaria —¿quién hizo algo? y ¿quién le hizo algo?— se le puede dar la vuelta mentalmente, como cuando un jugador de hockey grita: «¡Bésame el codo!» o cuando, en *Sueños de un seductor*, unos motoristas le dan una paliza a Woody Allen, y éste les

cuenta a sus amigos: «Bajé la barbilla hasta darle al puño de uno de esos tipos, y a otro le golpeé la rodilla con la nariz».

La flexibilidad cognitiva es, en muchos sentidos, una bendición, pero a la hora de entender cómo funciona el lenguaje, es toda una maldición. Se supone que el lenguaje nos proporciona una forma de comunicar quién hizo qué a quién. Pero ¿cómo podrá hacer tal cosa si es posible que dos personas contemplen el mismo suceso y hagan afirmaciones distintas sobre el qué, el quién y el a quién? No es ésta más que una inquietud hipotética. Socava el poder explicativo de la teoría del cambio gestáltico sobre cómo aprenden los verbos los niños y, para recuperarlo, estamos obligados a bajar a mayores profundidades de la psicología del movimiento y el cambio.

El problema es el siguiente: Si dos personas son lo bastante ágiles mentalmente como para interpretar los sucesos de muchas formas, ¿qué va a impedir que un niño interprete el significado de *to nail* (clavar) como «ocultar una superficie clavando cosas en ella», o *to coil* (enrollar) como «hacer que un objeto largo tenga un filamento enrollado a su alrededor»? Si la respuesta es «nada», entonces nada impediría que un niño dijera *Tex nailed the house with shingles* (Tex ocultó la casa con guijarros) o *Serena coiled a pole with a rope* (Serena enrolló un poste con una cuerda), y regresaríamos a donde empezamos. Con suficiente flexibilidad cognitiva, *cualquier* verbo que especifique un movimiento de unos contenidos se podría reconstruir como que especifica un cambio de estado de un continente, sólo con «tener tal o cual contenido en o sobre uno mismo». En cuyo caso, todo vale: cualquier verbo se puede emplear de cualquier manera.

Evidentemente, tenemos buenas razones para pensar que los anglohablantes conciben los sucesos de modo parecido, porque hacen juicios similares sobre cómo se pueden usar los verbos. Pero ¿cómo llegan a este consenso? Debe haber algún criterio independiente que le diga al niño cuándo un tipo de movimiento se puede interpretar también como un notable cambio de estado, y cuándo el cambio de estado sería demasiado insulso o manipulado para merecer ser señalado. Y esto exige penetrar en el verbo para encontrar una capa de significado más profunda que la mente pudiera utilizar para decidir cuál de los papeles cognitivamente disponibles —el agente, la cosa que se mueve, la cosa que cambia— se debería aplicar al interpretar *este* tipo de suceso.

Para descubrir este estrato del significado, es útil empezar por cosas pequeñas —para disponer microclases de verbos semánticamente semejantes que experimenten o no una alternancia, y luego intentar descubrir cualquier hilo conductor común—.[42] Ahí van algunos verbos que pueden tomar parte en la alternancia locativa; es decir, nos permiten decir o *Smear grease on the axle* (Untar grasa en el eje) o *Smear the axle with grease* (Untar el eje con grasa):

brush (cepillar), *dab* (dar toquecitos), *daub* (embadurnar), *plaster* (enlucir), *rub* (restregar), *slather* (untar), *smear* (embadurnar), *smudge* (emborronar), *spread* (extender), *streak* (pasar como una centella), *swab* (limpiar).

Y los siguientes son algunos verbos que se oponen a esa alternancia; es decir, nos permiten decir *Pour water into the glass* (Verter agua en el vaso), pero no *Pour the glass with water* (Verter el vaso con agua):

dribble (babear), *drip* (gotear), *drop* (caérsele algo a alguien), *dump* (deshacerse de), *funnel* (echar con un embudo), *ladle* (servir con cucharón), *pour* (verter), *shake* (agitar), *siphon* (sacar con sifón), *slop* (derramarse), *slosh* (echar), *spill* (derramar), *spoon* (dar de comer en la boca).

¿Cuál es la diferencia? Parece que unos y otros indican formas de conseguir que algo se mueva hacia dentro o por encima de un recipiente. Pero ahora pensemos en la física. En la primera lista, el agente aplica una fuerza a la sustancia y a la superficie de forma simultánea, empujando la una contra la otra. En la segunda, el agente permite que sea la gravedad quien realice el trabajo. Se trata de una diferencia entre causar y permitir, entre actuar sobre algo directamente y actuar sobre ello mediante una fuerza intermediaria, entre esperar que algo cambie casi inmediatamente después de que uno haya hecho algo: «mover» y «cambiar» no son bases suficientemente sólidas para que la mente interprete un suceso de una determinada forma; también se ocupa de conceptos muy sutiles, como forzar en oposición a dar capacidad a una fuerza, causar en oposición a permitir, y antes-y-después en oposición a al-mismo-tiempo.

42. Levin, 1993; S. Pinker, 1989.

Examinemos otro conjunto de microclases que se sitúan en lados opuestos de una línea divisoria lingüística. ¿Qué tienen en común estos verbos, todos los cuales aparecen en ambas construcciones?

inject (inyectar), *shower* (regar), *spatter* (salpicar), *splash* (chapotear), *splatter* (salpicar), *spray* (rociar con atomizador), *sprinkle* (rociar, espolvorear), *spritz* (pulverizar brevemente), *squirt* (echar un chorro).

Pensemos de nuevo en la física. Todos ellos implican aplicar una fuerza a la sustancia, causando que pase rápidamente adentro o por encima de la superficie —una forma de causalidad diferente tanto del apretar de los verbos del tipo *brush* (cepillar), como del dejar que actúe la gravedad de los verbos del tipo *pour* (verter)—. Y, a su vez, difieren de la lista siguiente, cuyos verbos se niegan a entrar en la construcción locativa del continente (es decir, no se puede decir *Spit the floor with tobacco juice* (Escupir el suelo con zumo de tabaco):

emit (emitir), *excrete* (excretar), *expectorate* (expectorar), *expel* (expeler), *exude* (exudar), *secrete* (secretar), *spew* (arrojar), *spit* (escupir), *vomit* (vomitar).

Esta desagradable lista está formada por verbos cuya sustancia se expele desde el interior de un volumen, aunque difieren en el tipo de volumen, la naturaleza del orificio, cuál es la sustancia y cómo se expele. La geometría de lo interior y lo exterior basta para unificar esta microclase, al tiempo que la diferencia de otras microclases.

Hay aún más listas. Los verbos que significan despedir pequeñas partículas en todas direcciones alternan:

bestrew (esparcir), *scatter* (esparcir, dispersar), *seed* (granar), *sow* (sembrar), *spread* (extender, desplegar), *strew* (esparcir, desparramar).

Pero aquellos que significan unir algo a algo de algún determinado modo no alternan:

attach (sujetar), *fasten* (abrochar), *glue* (pegar), *hook* (enganchar), *nail* (clavar), *paste* (aplicar pegamento), *pin* (prender con alfileres), *staple* (grapar), *stick* (pegar, clavarse), *strap* (sujetar con una correa), *tape* (sujetar con cinta adhesiva).

Los verbos que significan forzar que una sustancia entre en un continente más allá de los límites de su capacidad, alternan:

cram (meter), *crowd* (aglomerarse), *jam* (atestar), *pack* (envasar), *stuff* (rellenar), *wad* (tapar, rellenar).

Pero los verbos que indican envolver un objeto flexible unidimensional en torno a uno rígido, no alternan:

coil (enrollar), *spin* (hacer girar), *twirl* (revolear), *twist* (retorcer, enroscar), *whirl* (dar vueltas, arremolinarse), *wind* (hacer un ovillo, dar vueltas a).

Cuando nos fijamos en los verbos que son remilgados en el otro sentido —verbos como *fill* (llenar), que permite *Fill the glass with water* (Llenar el vaso de agua), pero no *Fill water into the glass* (Llenar agua en el vaso)—, observamos que también se dividen en microclases definidas por la geometría, la física y la intención humana. El que sigue es un inventario que incluyo para que lo lean los verbófilos, y para que todos los demás se puedan hacer una idea general:

Causar que una capa cubra una superficie. Capa líquida: *deluge* (inundar), *douse* (sofocar, empapar), *flood* (anegar), *inundate* (inundar). Capa sólida: *bandage* (vendar), *blanket* (cubrir), *coat* (cubrir), *cover* (cubrir), *encrust* (recubrir), *face* (estar enfrente), *inlay* (incrustar), *pad* (acolchar), *pave* (pavimentar), *plate* (recubrir, blindar), *shroud* (envolver), *smother* (asfixiar), *tile* (embaldosar, tejar).

Añadir algo a un objeto, haciéndolo estéticamente mejor o peor: *adorn* (ornar), *burden* (cargar), *clutter* (abarrotar), *deck* (engalanar), *dirty* (ensuciar), *embellish* (adornar), *emblazon* (blasonar), *endow* (dotar), *enrich* (enriquecer), *festoon* (engalanar), *garnish* (decorar), *imbue* (imbuir), *infect* (infectar), *litter* (tirar basura),

ornament (ornamentar), *pollute* (contaminar), *replenish* (reponer), *season* (sazonar), *soil* (ensuciar), *stain* (manchar), *taint* (contaminar, mancillar), *trim* (decorar).

Causar que una masa sea coextensa con un sólido o una capa. Líquidos: *drench* (empapar), *impregnate* (impregnar), *infuse* (infundir, hacer una infusión), *saturate* (saturar), *soak* (poner en remojo), *stain* (manchar), *suffuse* (teñir). Sólidos: *interlace* (entrelazar), *interlard* (salpicar de algo), *interleave* (intercalar), *intersperse* (interpolar), *interweave* (entretejer), *lard* (untar con manteca), *ripple* (rizarse, mecerse), *vein* (extender en forma de venas).

Añadir un objeto que impide el movimiento de algo. Líquidos: *block* (atascar), *choke* (taponar), *clog* (obstruir), *dam* (represar), *plug* (tapar), *stop up* (atascar). Sólidos: *bind* (atar, amarrar), *chain* (encadenar), *entangle* (enredarse), *lash* (amarrar), *lasso* (enlazar), *rope* (atar).

Distribuir una serie de objetos sobre una superficie: *bombard* (bombardear), *blot* (emborronar), *dapple* (motear), *riddle* (cundir), *speckle* (motear), *splotch* (mancharse), *spot* (manchar), *stud* (tachonar).

¿Qué pasa? ¿Es que los anglohablantes son una raza de rezongones demasiado enseñados a pedir ir al baño? ¿Qué tipo de gobierno se ocuparía exactamente de cómo las cosas se untan, se echan, se salpican, se arrojan, se esparcen, se rellenan o se manchan, al tener que decidir cómo emplear un verbo? La respuesta hay que buscarla no en las fases psicosexuales, sino en la psicología de interpretar los sucesos físicos. Recordemos que el uso de los verbos locativos depende de aquello a lo que se cree que pertenecen: la manera de moverse de una cosa, la forma en que se ve afectada una superficie, o ambas cosas.[43] Lo que estas microclases nos dicen es que determinados aspectos de la geometría y de la física destacan lo suficiente en la mente de los anglohablantes como para determinar cómo interpretan los sucesos.

Con los verbos del tipo *brush* (cepillar), el agente aplica una fuerza simultáneamente a la materia y a la superficie, de modo que estos verbos se interpretan naturalmente como que afectan a ambos entes, de ahí que permitan ambas construcciones. Una fuerza que se siente de forma conjunta está también presente en los verbos del tipo *stuff* (rellenar), donde el con-

43. J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991b; S. Pinker, 1989.

tenido y el continente se oprimen el uno contra el otro, y aquí también se aceptan ambas construcciones. Sin embargo, en los verbos del tipo *pour* (verter), la gravedad se interpone entre lo que hace el agente y cómo se humedece la superficie, de forma que no es tan fácil interpretar que el agente actúa directamente sobre el continente, y estos verbos sólo aparecen en la construcción locativa del contenido. Los verbos del tipo *attach* (sujetar) también implican un intermediario (el pegamento, el clavo, etc.), de manera que el acto del agente se separa, mediante un vínculo, de su efecto sobre la superficie y, efectivamente, a estos verbos tampoco les gusta la construcción locativa del continente.

Mirándolo desde el otro lado, observamos verbos que precisan con exactitud de qué manera una superficie o un continente cambian cuando se les pega algo; se hacen mejores o peores (*adorn, pollute*; ornar, contaminar), toleran menos el movimiento (*block, contain*; atascar, contener), se saturan (*drench, interlace*; empapar, entrelazar) o se oscurecen (*cover, inundate*; cubrir, inundar). La consecuencia de comprometerse a cómo cambia la superficie (pero sin que les preocupe cómo llegaron ahí las infusiones y las incrustaciones) es que estos verbos albergan la locativa del continente (*drench the shirt with wine*; empapar la camisa de vino), pero no la locativa del contenido (*drench wine into the shirt*; empapar vino en la camisa).

De modo que al observar qué verbos participan en la alternancia locativa nos hemos visto obligados a profundizar aún más para averiguar qué es lo que impulsa a la mente a interpretar sucesos físicos de determinadas formas. Y a esa profundidad, descubrimos una nueva capa de conceptos que la mente usa para organizar la experiencia rutinaria: conceptos sobre la sustancia, el espacio, el tiempo y la fuerza. Estos conceptos alientan a la mente a que una sucesos que no tienen nada en común desde la perspectiva de qué aspecto tienen, cómo huelen o cómo se sienten, pero, evidentemente, a la mente le importan mucho. Son tan omnipresentes que algunos filósofos consideran que son el propio andamio que organiza la vida mental, y en un capítulo posterior mostraré cómo saturan la ciencia, las narraciones, la ética, las leyes e incluso el humor. Pero dimos con estas grandes categorías de la cognición de una forma más adversa, al tratar de comprender un pequeño fenómeno de la adquisición del lenguaje. Esta serendipidad me envalentona a usar rompecabezas similares como plato fuerte de los otros temas importantes del pensamiento humano.

Consideraciones sobre tener, saber y ayudar

Puede parecer que la teoría expuesta en el último apartado haya arrastrado consigo mucha parafernalia simplemente para explicar por qué *Pour the glass with water* (Verter el vaso con agua) suena gracioso. Pero la misma parafernalia desmitifica otras construcciones de la lengua inglesa y, al hacerlo, arroja luz sobre otros aparatos del pensamiento.

El dativo es un par de construcciones, una similar a la locativa del contenido, y la otra que contiene dos objetos desnudos:

Give a muffin to a moose.
(Dar un mollete a un alce.)
Give a moose a muffin.
(Dar a un alce un mollete.)

El primero se llama «dativo preposicional»; el segundo, «dativo ditransitivo» o de «doble objeto». El término procede de la palabra latina que significa «dar». En las gramáticas tradicionales las dos frases que siguen al verbo se llaman los objetos indirecto y directo; hoy, los lingüistas normalmente se limitan a llamarlos el «primer objeto» y el «segundo objeto».

El dativo posee todos los ingredientes de la paradoja de la aprendibilidad que nos encontramos en el locativo. En primer lugar, las dos construcciones son más o menos sinónimas. En segundo lugar, la alternancia abarca no sólo un verbo, sino varios:

Lafleur slid the puck to the goalie.
(Lafleur deslizó el disco al guardameta.)
Lafleur slid the goalie the puck.
(Lafleur deslizó al guardameta el disco.)

Danielle brought the cat to her mother.
(Danielle trajo el gato a su madre.)
Danielle brought her mother the cat.
(Danielle trajo a su madre el gato.)

Adam told the story to the baby.
(Adam contó la historia al niño.)

Adam told the baby a story.
(Adam contó al niño una historia.)

Éste es el tipo de patrón que invitaría a un niño astuto a tomar el modelo y extraer una regla que diga: «Si un verbo puede aparecer en un dativo preposicional, entonces puede aparecer en un dativo de doble objeto, y viceversa».

En tercer lugar, los niños realmente toman el patrón. Su habla cotidiana contiene muchos ejemplos de formas de doble objeto que no podrían haber memorizado de sus padres.[44]

Mommy, fix my tiger.
(Mamá, sujétame el tigre.)
Button me the rest.
(Abróchame lo demás.)
How come you're putting me that kind of juice?
(¿Cómo es que me pones esta clase de zumo?)
Mummy, open Hadwen the door.
(Mamá, abre a Hadwen la puerta.)

Utilizando pruebas del tipo *wug*, Gropen y yo hemos demostrado que los niños a los que se les enseña *Norp the pig to the giraffe* (*Norp* el cerdo a la jirafa) («Llévalo en una batea») sabrán generalizar y decir *Norp him the horse* (*Norp* a él el caballo).[45] Los adultos también generalizan el dativo. Cuando, en la década de 1980, *to fax* (enviar un fax) entró en el habla común, no costó mucho tiempo que la gente dijera *Can you fax me the menu?* (¿Puedes enviarme por fax el menú?). Tampoco se mostró reticente cuando extendió el verbo *email* a *I'll email the directions* (Te mandaré por email las instrucciones).

En cuarto lugar —y aquí es donde surge la paradoja—, la generalización tropieza con contraejemplos en ambos sentidos. Hay verbos que sólo aparecen en la forma preposicional:

44. Bowerman, 1988; J. Gropen, Pinker, Hollander, Goldberg y Wilson, 1989; Mazurkewich y White, 1984.

45. J. Gropen, Pinker, Hollander, Goldberg y Wilson, 1989.

Goldie drove her minibus to the lake.
(Goldie condujo su microbús hacia el lago.)
**Goldie drove the lake her minibus.*
(Goldie condujo el lago a su microbús.)

Arnie lifted the box to him.
(Arnie le levantó la caja.)
**Arnie lifted him the box.*
(Arnie levantó él la caja.)

Zach muttered the news to him.
(Zach le dijo entre dientes las noticias.)
**Zach muttered him the news.*
(Zach dijo entre dientes él las noticias.)

Y hay verbos que sólo aparecen en la forma de doble objeto:

The IRS fined me a thousand dollars.
(La Dirección General de Tributos me impuso una multa de mil dólares.)
**The IRS fined a thousand dollars to me.*
(La Dirección General de Tributos multó mil dólares a mí.)

Friends, Romans, countrymen: Lend me your ears!
(Amigos, romanos, campesinos: prestadme atención.)
**Friends, Romans, countrymen: Lend your ears to me.*
(Amigos, romanos, campesinos: prestad atención a mí.)

Y en quinto lugar, parece que los verbos promiscuos y los verbos monógamos transmiten el mismo tipo de significados: *Slide the puck* (Deslizar el disco) y *Lift the box* (Levantar la caja) son maneras de mover algo. La paradoja, una vez más, es cómo puede el niño generalizar y a la vez saber con asombrosa precisión cómo evitar las excepciones, aunque parezca que son arbitrarias.

Cuando nos encontramos con esta paradoja en el locativo, la solucionamos pensando que la alternancia es un cambio gestáltico conceptual que causa ir y causa cambiar. Resulta que el dativo también implica un cambio gestáltico, que esta vez causa ir y causa *tener*. *Give a muffin to a*

moose (Dale un mollete a un alce) significa «Causa que un alce tenga un mollete».[46]

Una vez más, puede parecer que todo esto no son más que sutilezas, muchos causar-ir normalmente se traducen en causar-tener. Con un objeto movible, hay que causar que vaya a alguien para que esta persona lo tenga, y hasta se puede imaginar que los bienes inmuebles e intangibles se mueven en un sentido metafórico. En esta metáfora, los bienes son cosas, los propietarios son lugares, y dar es mover. Así que podemos decir *The condo went to Marv* (El condominio fue a Marv) o *Marv kept the condo* (Mark conservó el condominio) (algo similar a *The ball went to Marv* [La pelota fue a Marv] y *Marv kept the ball* [Marv conservó la pelota]), aunque el condominio no corriera peligro de ir físicamente a alguna parte.

No obstante, los dos construales son cognitivamente distintos, porque algunos tipos de causar-ir *no* se traducen en causar-tener. Consideremos los siguientes homónimos:[47]

Annette sent a package to the boarder.
(Annette mandó un paquete al huésped.)
Annette sent a package to the border.
(Annette mandó un paquete a la frontera.)

Con la primera frase, se puede aplicar la regla del dativo y decir *Annette sent the boarder a package* (Annette envió al huésped un paquete). Pero con la segunda, el resultado no tiene sentido en inglés —*Annette sent the border a package* (Annette envió a la frontera un paquete)—, porque las fronteras, siendo como son entes inanimados, no pueden poseer paquetes ni cualquier otra cosa. El concepto de propiedad es algo que generalmente aplicamos sólo a seres animados. Esto explica de inmediato por qué algunos verbos se niegan a entrar en la construcción de doble objeto. La frase *Goldie drove the lake her minibus* (Goldie condujo el lago a su microbús), por ejemplo, indicaría que el lago posee ahora el autobús, lo cual no tiene sentido.

46. G. Green, 1974; Oehrle, 1976.
47. De la lingüista Joan Bresnan.

No sólo algunos tipos de causar-ir son incompatibles con causar-tener, sino que algunos causar-tener son incompatibles con causar-ir.[48] Cuando decimos *Cherie gave Jim a headache* (Cherie le dio a Jim dolor de cabeza), nos referimos a que ella causó que Jim tuviera dolor de cabeza, presumiblemente porque es una estúpida cuyas tonterías hicieron que a Jim le doliera la cabeza, no porque un dolor de cabeza fuera andando sobre unas diminutas patas desde la cabeza de Cherie a la de Jim. Y, en efecto, es menos natural (aunque no imposible) decir *Cherie gave a headache to Jim* (Cherie dio dolor de cabeza a Jim).[49]

También podemos percibir una diferencia de *significado* entre dos construcciones dativas, incluso en los casos en que ambas suenen igualmente naturales. Al hablar de la primera base, suena un poco extraño decir *Pedro threw him the ball, but a bird got in the way* (Pedro lanzó a él la pelota, pero un pájaro se interpuso en la trayectoria). Sin embargo, no hay problema en decir *Pedro threw the ball to him, but a bird got in the way* (Pedro lanzó la pelota a él, pero un pájaro se interpuso en la trayectoria). La razón está en que con muchos verbos la forma de doble objeto implica que el destinatario posee realmente el objeto, y no sólo que éste fue enviado hacia él. Por razones similares, *Señor Jones taught Spanish to the students* (El señor Jones enseñó español a los estudiantes) es compatible con el hecho de que diera clases en vano a unos zopencos que no recuerdan ni una palabra. Pero *Señor Jones taught the students Spanish* (El señor Jones enseñó a los estudiantes español) implica en mayor grado que en este caso los estudiantes saben español; que metafóricamente lo poseen.[50]

Hablando de la metáfora, la construcción dativa funciona con una serie de verbos de comunicación, como en *Ask me no questions, I'll tell you no lies* (No me hagas preguntas, no te diré mentiras) y *Sing me no song, read me no rhyme* (No me cantes ninguna canción, no me leas ningún poema).[51] Es como si imagináramos que las ideas son cosas, saber como tener,

48. G. Green, 1974; Oehrle, 1976.

49. En J. Bresnan y Nikitina, 2003 y en S. Pinker, 1989, págs. 82-84, 154-160, se habla de contraejemplos.

50. Para debates sobre las sutilezas de este efecto, véase Rappaport Hovav y Levin, 2005, y un análisis similar en S. Pinker, 1989, págs. 82-84.

51. De «Show me», una canción de *My Fair Lady*.

comunicar como enviar, y el lenguaje como el paquete.[52] A este fenómeno se le llama a veces metáfora conducto, y se puede observar en muchas expresiones para denotar pensar, decir y enseñar. *Reunimos* las ideas para *ponerlas en* palabras, y si nuestra verborrea no está *vacía* o *hueca*, podríamos *llevar* estas ideas *hasta* un oyente, que puede *desempacar* nuestras ideas para *extraer* su *contenido.*

Llegados a este punto, vuelve a rondarnos otro rompecabezas del locativo y, en el proceso de despachar el problema, abrimos otra ventana a la maquinaria del pensamiento. Un cambio gestáltico entre causar-ir y causar-tener, incluso con la extensión metafórica a las ideas, no basta para distinguir los verbos que entran o no entran en las construcciones. El problema, una vez más, es la dichosa flexibilidad cognitiva: la mente tiene el poder de interpretar todos los tipos de sucesos como cambios de propiedad, y debemos explicar por qué hace el esfuerzo con algunos tipos de sucesos y no con otros. ¿Por qué un anglohablante puede decir *Throw someone a box* (Lanzarle a alguien una caja) («Causarle que la tenga porque se la hemos lanzado»), pero no *Lift him the box* (Levantarle la caja) («Causarle que la tenga porque se la hemos levantado»)? ¿Por qué se puede decir *Tell him the news* (Decirle las noticias) pero no *Mutter him the news* (Mascullarle las noticias)?

El problema, una vez más, es que nos hemos alejado demasiado para poder comprender el detalle que importa. Cuando nos acercamos, podemos entender puntos más sutiles del significado que permiten que la mente interprete algunos tipos de enviar y de comunicar como causantes de tener, pero no otros tipos:

Los verbos de dar funcionan en ambos sentidos, algo que es lógico:

give (dar), *feed* (dar de comer), *hand* (pasar algo a alguien), *lend* (prestar), *loan* (prestar), *pay* (pagar), *sell* (vender), *serve* (servir), *trade* (comerciar).

Lo mismo ocurre con los verbos que indican aplicar fuerza a un objeto instantáneamente, enviándolo en una trayectoria al receptor, como en *Lafleur slapped him the puck* (Lafleur le tiró el disco):

52. Reddy, 1993.

bash (pegarle a), *bat* (golpear), *bounce* (rebotar), *bunt* (tocar), *chuck* (tirar, lanzar), *flick* (darle), *fling* (arrojar), *flip* (aventar), *hit* (golpear), *heave* (moverse con esfuerzo), *hurl* (tirar), *kick* (dar patadas), *lob* (lanzar por lo alto), *pass* (pasar), *pitch* (arrojar), *punt* (despejar), *roll* (rodar), *shoot* (pegar un tiro), *shove* (empujar), *slam* (cerrar o poner con fuerza), *slap* (abofetear), *slide* (deslizar), *sling* (tirar), *throw* (lanzar), *tip* (tirar), *toss* (lanzar).

Pero, como en el caso de la alternancia locativa, también aquí importa la física. A los verbos que indican la aplicación *continua* de fuerza a un objeto para mantenerlo en movimiento, más que un suave toque para que se mueva, no les gusta la construcción de doble objeto, casi en el mismo grado (las encuestas confirman esta diferencia).[53] Por esto suena extraño decir *I lifted him the crate* (Levanté a él el cajón) y otras maniobras interminables:

carry (llevar), *drag* (llevar a rastras), *haul* (transportar), *hoist* (alzar), *lift* (levantar), *lug* (arrastrar), *lower* (bajar), *pull* (tirar), *push* (empujar), *schlep* (arrastrar), *tote* (acarrear), *tow* (remolcar), *tug* (tirar de).

La distinción entre los sucesos que se interpretan como instantáneos, como lanzar, y los sucesos que se interpretan como prolongados en el tiempo, como arrastrar, tiene mucha importancia en el lenguaje. Los lingüistas llaman «aspecto» a este campo general del significado —cómo se distribuyen en el tiempo los estados y los sucesos— (un aspecto que no se debe confundir con el otro cronometrador del lenguaje, el tiempo verbal). Como veremos al hablar del concepto de tiempo en el capítulo 4, las distinciones aspectuales tienen importancia en muchos ámbitos del lenguaje y el razonamiento, no sólo para esta construcción.[54]

Cuando se trata de la comunicación, la construcción de doble objeto se distingue de distinto modo. Alberga con facilidad verbos que especifican el propósito o el tipo de mensaje, como en *ask* (preguntar) (que sólo hace referencia a una pregunta) o *read* (que sólo hace referencia a algo escrito):

53. J. Bresnan, 2006; J. Gropen, Pinker, Hollander, Goldberg y Wilson, 1989; S. Pinker, 1989.

54. Comrie, 1976; D. Dowty, 1979a; Sasse, 2002; Tenny, 1992; Vendler, 1957.

ask (preguntar), *cite* (mencionar), *pose* (plantear), *preach* (predicar), *read* (leer), *quote* (citar), *show* (mostrar), *teach* (enseñar), *tell* (decir), *write* (escribir).

Pero opone mayor resistencia a verbos que especifican la forma de hablar:[55]

babble (parlotear), *bark* (ladrar), *bawl* (vociferar), *bellow* (bramar), *bleat* (quejarse), *boom* (tronar), *bray* (cacarear), *burble* (cotorrear), *cackle* (cotorrear), *call* (llamar), *carol* (cantar alegremente), *chant* (salmodiar), *chatter* (charlar), *chirp* (decir alegremente), *cluck* (chascar), *coo* (zurear), *croak* (hablar con voz ronca), *croon* (cantar suavemente), *crow* (gorjear), *cry* (llorar, gritar), *drawl* (hablar arrastrando las palabras), *drone* (hablar con monotonía), *gabble* (farfullar), *gibber* (hablar atropelladamente), *groan* (quejarse), *growl* (gruñir), *grumble* (refunfuñar), *grunt* (resoplar), *hiss* (decir entre dientes), *holler* (chillar), *hoot* (rechiflar), *howl* (dar alaridos), *jabber* (parlotear), *lilt* (hablar con un tono cantarín), *lisp* (cecear), *moan* (gemir), *mumble* (mascullar), *murmur* (susurrar), *mutter* (refunfuñar), *purr* (decir en un arrullo), *rage* (protestar furiosamente), *rasp* (bramar), *roar* (rugir), *rumble* (hacer un ruido sordo), *scream* (chillar), *screech* (chillar), *shout* (gritar), *shriek* (chillar), *squeal* (chillar), *stammer* (tartamudear), *stutter* (balbucear), *thunder* (rugir), *trill* (gorjear), *trumpet* (anunciar a bombo y platillo), *twitter* (parlotear), *wail* (gemir), *warble* (hacer gorgoritos), *wheeze* (resollar), *whimper* (gimotear), *whine* (lloriquear), *whisper* (susurrar), *whistle* (silbar), *whoop* (gritar), *yammer* (protestar), *yap* (ladrad), *yell* (chillar), *yelp* (dar un grito), *yodel* (cantar al estilo tirolés).

Es como si centrarse en la forma de producir el sonido rompiera el encanto de la metáfora de la comunicación, como ocurre con enviar, y obligara a la mente a interpretar estos actos desde una perspectiva física, simplemente como hacer ruido.

55. J. Bresnan, 2006; J. Gropen, Pinker, Hollander, Goldberg y Wilson, 1989; S. Pinker, 1989.

Un último mundo de significado que abre la construcción dativa es el concepto de ayudar y hacer daño. Muchas lenguas tienen un indicador especial para señalar a la persona que se beneficia de una acción, llamada la «benefactiva». En inglés, un benefactivo a menudo va introducido por la preposición *for* (para), como en *Gentlemen still open doors for women* (Los caballeros aún abren las puertas a las señoras) o *She bought a house for her fiancé* (Ella compró una casa para su prometido). Algunos de estos beneficiarios también gozan de la alternancia dativa: se puede *Buy a house for your fiancé* (Comprar una casa para tu prometido) o *Buy your fiancé a house* (Comprar a tu prometido una casa), *Build a house for your fiancé* (Construir una casa para tu prometido) o *Build your fiancé a house* (Construir a tu prometido una casa). Pero no basta con la relación benefactiva: suena extraño decir *Gentlemen open women doors* (Los caballeros abren a las mujeres las puertas) o *He fixed me my car* (Él me arregló el coche). La razón, una vez más, es que la construcción de doble objeto significa causar-tener, y en las frases incorrectas las mujeres no llegan a poseer las puertas por el hecho de que se abran, ni el cliente obtiene la propiedad del coche como resultado de que se lo han arreglado (antes que nada, era su coche).

Normalmente, un beneficiario puede encajar en una construcción de doble objeto sólo cuando se beneficia como consecuencia de haber recibido algo e, incluso entonces, sólo con algún tipo de verbos. Uno de éstos tiene que ver con obtener algo con la intención de dárselo a alguien, como en *Oh lord, won't you buy me a Mercedes Benz?* (¡Ay! ¿no me comprarás un Mercedes Benz?). Entre otros verbos de esta familia están *earn* (ganar, un salario), *get* (obtener), *grab* (llevarse dinero), *find* (encontrar), *order* (ordenar), *steal* (robar) y *win* (ganar, un premio). Otro tipo tiene que ver con crear algo con la intención de dárselo a alguien, como en *Bake me a cake as fast as you can* (Hazme un pastel lo antes posible). Otros verbos de este tipo son *build* (construir), *cook* (cocinar), *knit* (tejer), *make* (hacer) y *sew* (coser).

¿Qué es lo contrario de un benefactivo? Pues un malefactivo, claro está —el pobre infeliz que empeora como resultado de la acción—. El inglés a veces emplea la preposición *on* con este fin, como en *They played a trick on us* (Nos gastaron una broma). La lengua inglesa también tiene una microclase de malefactivos que pueden entrar en la construcción de doble objeto y que significan «Causar o intentar que alguien NO tenga algo»:

They fined *her twenty-five cents.*
(Le *multaron* con veinticinco centavos.)
That remark just cost *you your job.*
(Esta observación simplemente te *costó* el empleo.)
And forgive *us our trespasses, as we forgive those who trespass against us.*
(Y *perdónanos* nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden.)
You bet *your life!*
(Te *apuesto* lo que quieras.)
They took all the trees and put them in a tree museum, and charged *all the people a dollar and a half just to see'em.*[56]
(Cogieron todos los árboles y los pusieron en un museo del árbol, y *cobraban* a todo el mundo un dólar y medio por poder verlos.)

Otros ejemplos incluyen *spare* (arreglárselas sin algo), *save* (ahorrar), *deny* (negar), *envy* (envidiar) y *begrudge* (envidiar, molestarle algo a alguien). Dado que estos verbos no significan «causar-ir», no es de extrañar que la mayoría de ellos no puedan aparecer como un dativo preposicional: no se puede decir *They fined twenty-five cents from her* (Multaron veinticinco centavos de ella) ni *on her* (sobre ella) ni *of her* (de ella).

Es invariablemente cierto que los benefactivos y los malefactivos —aquellos en los que el cambio de fortuna no es un efecto secundario de dar o privar— tienen prohibida la entrada en las oraciones de doble objeto. En unos pocos casos, la construcción aparece cuando alguien es ayudado o herido, pero nada cambia de manos. Uno de ellos implica modismos con *give* (dar) y *do* (hacer):

Hymie, give me a hand!
(Tú, judío, échame una mano.)
Give me a kiss, just one sweet kiss.
(Dame un beso, sólo un dulce beso.)
Can you do me a favor?
(¿Puedes hacerme un favor?)

56. De la canción «Big Yellow Taxi», de Joni Mitchell.

Someone should give him a good swift kick.
(Alguien debería darle una buena patada.)

Otro implica actos de dedicación simbólica:

If you want my hand in marriage, first you'll have to kill me a dragon.
(Si me quieres en matrimonio, antes deberás matarme un dragón.)
Cry me a river![57]
(Llórame un río.)
God said to Abraham: «Kill me a son».[58]
(Dios dijo a Abraham: «Sacrifícame un hijo».)

Y otro más es la construcción sírvete tú mismo, común en el inglés americano no estándar:

Why don't you take yourself a cab and go jump in the lake?
(¿Por qué no te coges un taxi y te tiras al lago?)
Five more minutes, he'd have chewed himself a hole through the fence.
(Cinco minutos más y se hubiera abierto un agujero en la valla con los dientes?)
Have yourself a merry little Christmas.[59]
(Que tengas unas felices e íntimas Navidades.)
I stepped outside to smoke myself a J.[60]
(Salí a fumarme un porro.)
Mercy sakes alive, looks like we got us a convoy.[61]
(Vivos por misericordia, como si nos hubiera llegado un convoy.)

Pero mi favorito es la «réplica imperativa neologizante», un dicho popular del Renacimiento inglés que significa: «No creas que me haces ningún favor al ofrecerme o darme tal o cual»:[62]

57. Título de una canción de Arthur Hamilton que cantaron Ella Fitzgerald, Joe Cocker y otros.

58. De la canción de Bob Dylan «Highway 61 Revisited».

59. Título de una canción de Ralph Blane y Hugh Martin, que Judy Garland canta en *Meet Me in St. Louis.*

60. De la canción de Paul Simon: «Late in the Evening».

61. De la canción «Convoy», de Bill Fries y Chip Davis.

62. Jespersen, 1938/1982; D. B. J. Randall, 1989.

«¿Qué es todo esto?
¿"Orgullo"? ¿"Lo agradezco"? ¿"No lo agradezco"?
¿"No orgullosa"? ¡Valiente señorita!
Con gracias o sin gracias, con orgullo o sin él».
(Shakespeare, *Romeo y Julieta*, acto II, escena 6)

«Desearía poder con todo mi corazón, pero—»
«No, con pero o sin pero —He puesto en ello mi corazón.»
(Sir Walter Scott, *El anticuario*)

«Avanza y toma el premio, el diamante; pero él respondió: ¡Con diamante o sin diamante! ¡Por el amor de Dios, un poco de aire!
Ni premio ni premios, pues el mío es la muerte.»
(Tennyson, *Lancelot and Elaine*)

Podrá parecer un tanto estirado, pero el modismo sigue apareciendo en la prensa y en Internet. En mi colección figuran: *Ni UT ni UTs* (título de un artículo en que se protesta contra las feas abreviaciones postales de dos letras para indicar los nombres de los Estados (como UT por Utah), *Ni comentario ni comentarios, Ni blog ni blogs,* y, por último, *Ni Jeff Malone ni Jeff Malones*, de un periodista del baloncesto rechazando la sugerencia de que Malone era un jugador estelar (*all-star*).

¿Por qué la lengua inglesa —y, de hecho, muchas lenguas— utilizan la misma construcción para dar y para beneficiarse, para negar y para hacer daño? Existe otra metáfora gramatical: SER ADINERADO ES POSEER ALGO Y AYUDAR ES DAR.[63] La borrosidad en que aparecen un poseedor y un beneficiario en la construcción de doble objeto muestra la parte ayudar-como-dar de la metáfora. Hablamos de *having good fortune* (tener buena suerte), *having it made* (tener el éxito asegurado), *having a good time* (pasárselo bien), *having a ball* (divertirse de lo lindo), *having it all* (tomárselo todo), *having your teeth fixed* (arreglarse los dientes), *having something for dinner* (tomar algo para cenar), *having someone for dinner* (tener a alguien a cenar), *having someone* (hacerlo con alguien, en sentido sexual) y *having someone where you want him* (tener a alguien donde uno quiere). (Recordemos a Hannibal Lecter, que tenía a cenar a un viejo amigo, con alubias y un buen Chianti.) La construcción de dativo nos

63. G. Green, 1974.

muestra una vez más que parece que los conceptos abstractos están representados en la mente (al menos en esa parte de la mente que conecta con el lenguaje) de formas borrosamente concretas. Ser adinerado es como tener algo; saber algo es como tenerlo; tener algo es como tenerlo cerca de uno.

Consideraciones sobre actuar, pretender y causar

Al abrir una tercera construcción, se puede observar otra parte importante de nuestra estructura conceptual. Muchos verbos pueden aparecer tanto en la forma transitiva como en la intransitiva, aunque con distintos participantes en el lugar del sujeto:

The egg boiled.
(El huevo hirvió.)
Bobbie boiled the egg.
(Bobbie hirvió el huevo.)

The ball bounced.
(La pelota rebotó.)
Tiny bounced the ball.
(Tiny hizo rebotar la pelota.)

The soldiers marched across the field.
(Los soldados marchaban campo a través.)
Washington marched the soldiers across the field.
(Washington marchó a los soldados campo a través.)

A estas construcciones se las llama «alternancia causativa», porque, en la forma transitiva, el sujeto causa que el objeto haga lo que normalmente hace en la construcción intransitiva (hervir, rebotar, marchar, etc.). Y parece que tienen el mismo brebaje tóxico que hacía que las otras construcciones parecieran imposibles de aprender:

Un patrón tentador: al menos doscientos verbos ingleses se sitúan entre las formas causativa e intransitiva, entre ellos *bend* (curvar), *rip* (arrancar), *dry* (secar), *melt* (derretirse), *drop* (caerse) y *float* (flotar).[64]

64. Levin, 1993.

Pruebas para la generalización: Los siguientes son algunos errores que demuestran que los niños saben adoptar el patrón causativo y aplicarlo a verbos nuevos:[65]

Go me to the bathroom before you go to bed.
(Veme al baño antes de acostarte.)
And the doggie had a head. And somebody fell it off.
(Y el perrito tenía una cabeza. Y alguien se la cayó.)
Don't giggle me!
(No me rías.)
He's going to die you, David. The tiger will come and eat David and then he will be died and I won't have a little brother any more.
(Él va a morirte, David. El tigre vendrá y se comerá a David y luego estará muerto y yo ya no tendré un hermanito.)

A los niños también se les puede enseñar a generalizar en las pruebas tipo *wug*. Gropen y yo dijimos a unos niños que *pilk* significa «hacer el pino», y cuando vieron un oso de juguete en posición vertical sobre un cerdo, dijeron que el oso *pilked him* (le pilcó).[66] Los mayores también generalizan. El sistema operativo Macintosh dice a sus usuarios: «Pulsar el botón de apagado para dormir el ordenador» (causarle que se ponga en modo «dormir») y: «Mover el ratón sobre la caja» (causar que el cursor se mueva).

Excepciones: algunos verbos intransitivos se oponen a la intrusión de un agente causal:

The baby is crying.
(El bebé está llorando.)
**The thunder is crying the baby.*
(El trueno está llorando al bebé.)

The frogs perished.
(Las ranas perecieron.)
**Olga perished the frogs.*
(Olga pereció las ranas.)

65. Bowerman, 1982a; S. Pinker, 1989.

66. Experimento no publicado con Jess Gropen y Thomas Roeper, expuesto en S. Pinker, 1989, págs. 27, 296, 318.

My son came home early.
(Mi hijo vino a casa pronto.)
**I came my son home early.*
(Yo vine a mi hijo a casa pronto.)

Y algunos verbos transitivos se resisten al intento de despojarlos de su agente causal:

We've created a monster!
(Hemos creado un monstruo.)
**A monster has created!*
(Un monstruo ha creado.)

She thumped the log.
(Ella golpeó el tronco.)
**The log thumped.*
(El tronco golpeó.)

He wrecked the car.
(Él destrozó el coche.)
**The car wrecked.*
(El coche destrozó.)

Arbitrariedad aparente: pongamos dos ejemplos. Se puede decir *To march soldiers home* (Hacer marchar a los soldados a casa), pero no *Come them home* (Venirlos a casa); cuando hervimos una langosta, podemos decir *The lobster boiled* (La langosta hirvió), pero cuando hacemos una tortilla no podemos decir *The omelet made* (La tortilla hizo).

Una voltereta: el cambio gestáltico que se esconde detrás de la construcción causativa no resulta tan misterioso como en el caso de la locativa y la dativa, porque aquí las dos construcciones obviamente no son sinónimas. Una significa que pasa algo (*The cookie crumbled* [La galleta se desmenuzó]), la otra significa que alguien causó que pasara algo (*She crumbled the cookie* [Ella desmenuzó la galleta]). Pero la voltereta conceptual de la causativa implica algo más que ensamblar a un actor causal con el inicio de una película mental (algo muy parecido a esto es lo que ocurre cuando uno expresa el suceso causal en un verbo separado como *make* [hacer] o *cause* [causar], como en *She made the cookie*

crumble [Ella hizo que la galleta se desmenuzara] o *She caused the cookie to crumble* [Ella causó que la galleta se desmenuzara]). Para que se pueda aplicar la construcción causativa, la causalidad se debe realizar con las propias manos, por decirlo de alguna manera, o tan directamente como la bola de billar que da contra otra. Está bien decir *She made the cookie crumble by leaving it outside in the cold* (Ella hizo que la galleta se desmenuzara al dejarla fuera a la intemperie), pero no está bien decir *She crumbled the cookie by leaving it outside in the cold* (Ella desmenuzó la galleta al dejarla fuera en la intemperie). Asimismo, se podría decir *Darren caused the window to break by startling the carpenter, who was installing it* (Darren causó que la ventana se rompiera al asustar al carpintero, que la estaba montando), pero en este caso sería retorcido decir *Darren broke the window*[67] (Darren rompió la ventana). Se puede decir *Fred caused the glass to melt on Sunday by heating it on Saturday* (Fred causó que el vidrio se fundiera el domingo al haberlo calentado el sábado), pero parece extraño decir *Fred melted the glass on Sunday by heating it on Saturday*[68] (Fred fundió el vidrio el domingo al haberlo calentado el sábado).

La construcción causativa también prefiere que el efecto sea un resultado que el actor *pretendiera*. Nuestra desmenuzadora de galletas puede largarse y describir su acto como *desmenuzar las galletas* si ella quisiera que las galletas se desmenuzaran, si tuviera una artritis demasiado grave para que las pudiera desmenuzar ella misma, y si supiera que, con unos minutos a la intemperie, funcionaría. Si el efecto no es el objetivo definitivo de la acción, no se puede aplicar la causativa. Aunque *to butter* (untar con mantequilla) significa «causar que la mantequilla esté encima», cuando el rey pone mantequilla sobre la real rebanada de pan, poniendo antes mantequilla en el real cuchillo, no decimos *The king buttered his knife* (El rey untó el cuchillo con mantequilla). La razón está en que la mantequilla se pone en el cuchillo como medio para un fin, no como el propio fin.

El efecto de la causalidad directa, por sí misma, paralizaría nuestra capacidad para hablar de causa y efecto. Si se observa con un buen microsco-

67. J. A. Fodor, 1970.
68. J. A. Fodor, 1970.

pio, eso de la causalidad directa no existe. Cuando corto una manzana, en primer lugar decido hacerlo, luego mando unos impulsos neurales al brazo y a la mano, lo cual causa que los músculos se contraigan, causando con ello que la mano se mueva, que se mueva el cuchillo, que éste contacte con la superficie de la manzana, haciendo que la superficie se separe, y así sucesivamente. No obstante, hay un claro sentido en que toda esta cadena, por tortuosa que sea, es más directa que pagar a un criado para que corte la manzana. Cuando describimos un suceso, tenemos que escoger el punto de precisión por debajo del cual los subsucesos se tratarán como invisibles. Para un suceso físico que haya iniciado una persona, las contracciones musculares y todos los sucesos físicos que preceden al resultado caen por debajo de ese punto, de manera que uno puede «romper una ventana» con el puño o dándole con un balón. Pero cuando la cadena causal contiene otro actor humano, por ejemplo, el patoso instalador de ventanas, ese vínculo se sitúa por encima de aquel punto, y la acción principal no se entiende como la causante del resultado de la forma directa que exigen los verbos transitivos. Por eso no se le dice a uno que «rompa la ventana» gritando «¡Uh!» mientras está siendo instalada, a pesar de que uno causa que se rompa.

Una serie de experimentos que realizó el psicólogo Phillip Wolff confirman que, cuando las personas emplean los verbos causativos, separan los sucesos que se causan de forma directa e intencional, sin que intervenga actor alguno. Por ejemplo, juzgan que una mujer «bajó las luces» sólo cuando deslizó el interruptor correspondiente, no cuando puso en marcha la tostadora; que un hombre «ondeaba la bandera», sólo cuando movía el mástil, no cuando izó la bandera en un día de viento; y que un chico «reventó un globo» sólo cuando lo pinchó, no cuando dejó que rozara una bombilla caliente que colgaba del techo.[69]

El punto de precisión de la visión que la mente tiene del mundo se puede ajustar. A vista de pájaro, podemos decir «Henry Ford fabricaba coches» o «Bush invadió Irak», aunque la cadena causal entre algo que hizo Ford y un Modelo T que avanza por la cadena de montaje tuvo muchos eslabones intermedios. Esta característica de la semántica conceptual inspiró las «Preguntas de un trabajador que lee» de Bertolt Brecht:

69. P. Wolff, 2003.

¿Quién construyó Tebas la de las siete puertas?
Encontrarás en los libros los nombres de los reyes.
¿Fueron los reyes quienes levantaron los bloques de piedra?

El joven Alejandro conquistó la India.
¿Estaba solo?
César derrotó a los galos.
¿No llevaba consigo ni siquiera a un cocinero?[70]

Pero bueno, el carácter directo del efecto se aplica, aunque con un nuevo punto de precisión. Cuando amontonamos los sucesos a través del gran angular de la historia, que sólo ve los actos de los líderes influyentes, un verbo causativo cortará la cadena por el eslabón que esté inmediatamente conectado con el resultado. Así, no decimos «Los intelectuales neoconservadores invadieron Irak», aunque influyeran en Bush, ni que lo hiciera Bin Laden, aunque de no ser por lo del 11-S, Bush nunca se habría envalentonado hasta ordenar la invasión. Como tampoco decimos «Los votantes de Florida, que eran demasiado estúpidos como para poder comprender una votación precipitada, invadieron Irak».

El que habla espera que quienes lo escuchan compartan el punto de precisión que tiene en mente, y cuando no es así, el resultado puede ser la imposibilidad de comunicarse. Los chorlitos son unas aves que habitan en las orillas del mar, con unos corbatines, y que suben y bajan por las playas de Cape Cod como si fueran unas muñecas de cuerda. Están clasificados como especie en peligro de extinción (aunque parezca que están por todas partes), y las autoridades locales toman medidas para proteger los sitios en que anidan. Pero me quedé atónito y sin reaccionar de inmediato al ver el siguiente titular del *Provincetown Banner*:

LOS CHORLITOS CIERRAN LA ZONA DE APARCAMIENTO

Por mi mente pasó una imagen fugaz de esas aves arrastrando una cadena por la entrada y desviando el tráfico. Pensé que era la cosa más ridícula que jamás había visto, hasta que pasé la página y leí: LAS HECES DE PERRO CIERRAN LAS PLAYAS.

70. Bertolt Brecht, *Poems, 1913-1956*, Nueva York, Methuen, 1979.

La construcción causativa se ajusta a la teoría del libre albedrío. La mayoría de los verbos que indican una acción humana no pueden tomar parte en la construcción causativa, aun en el caso de que las acciones, en cierto sentido, estén alentadas por sucesos previos. No se puede decir *Bill laughed Debbie* (Bill rió a Debbie) (con su aspecto de Travolta), *Judy cried Lesley* (Judy lloró a Lesley) (al abandonar la fiesta con Johnny y regresar luciendo su anillo), ni *Don Corleone signed the bandleader the contract* (Don Corleone firmó al líder de la banda el contrato) (al hacerle una oferta que no podía rechazar). Así es tanto si las acciones se consideran voluntarias (como firmar un contracto), como si se consideran involuntarias (como reír o llorar). Los actos humanos se conceptualizan como si tuvieran una causa oculta en el interior del actor, y de ahí que no sean directamente causables por parte de un extraño.[71]

La metáfora de la acción humana como proveniente de una esencia o un impulso interno resuena en los verbos que denotan acontecimientos físicos. Hay dos tipos de verbos que participan perfectamente en la alternancia causativa. Uno abarca verbos de formas de movimiento o postura, los verbos del *rock-and-roll*:

> *bounce* (rebotar), *dangle* (pender), *drift* (moverse por empuje), *drop* (caerse, dejar caer), *float* (flotar), *fly* (volar), *glide* (deslizarse), *hang* (colgar), *lean* (inclinarse, apoyarse), *move* (mover), *perch* (posarse, colgar de algo), *rest* (descansar), *revolve* (girar), *rock* (mecer), *roll* (rodar), *rotate* (dar vueltas), *sit* (sentarse), *slide* (deslizarse), *skid* (resbalarse), *spin* (hacer girar), *stand* (estar de pie), *swing* (balancearse), *turn* (girar), *twist* (retorcer, enroscar), *whirl* (dar vueltas), *wind* (hacer girar).

El otro abarca verbos que denotan cambio de estado, como doblar y romper, crecer y disminuir, o endurecer y ablandar:

> *age* (envejecer), *bend* (torcer), *blur* (desdibujar), *break* (romper), *burn* (arder), *char* (carbonizar), *chill* (enfriar), *chip* (quebrantar), *collapse* (desplomarse), *condense* (condensar), *contract* (contraer), *corrode*

71. Levin, 1985.

(corroer), *crack* (resquebrajar), *crash* (estrellarse), *crease* (arrugar), *crinkle* (arrugarse), *crumble* (desmenuzar), *crush* (aplastar), *decrease* (disminuir), *deflate* (desinflar), *defrost* (descongelar), *degrade* (degradar), *diminish* (reducir), *dissolve* (disolver), *distend* (dilatar), *divide* (dividir), *double* (doblar), *drain* (drenar), *enlarge* (agrandar), *expand* (expandir), *explode* (explotar), *fade* (apagarse, desvanecerse), *fill* (llenar), *flood* (inundar), *fold* (doblar), *fracture* (fracturar), *fray* (deshilacharse), *freeze* (congelarse), *fuse* (fundir los plomos), *grow* (crecer), *halt* (detenerse), *heal* (cicatrizar), *heat* (calentar), *ignite* (prender fuego), *improve* (mejorar), *increase* (aumentar), *inflate* (inflar), *light* (encender), *melt* (derretirse), *multiply* (multiplicar), *pop* (reventar), *reproduce* (reproducir), *rip* (hacer añicos), *rupture* (romper), *rumple* (arrugar), *scorch* (chamuscar), *shrink* (encogerse), *shrivel* (marchitarse), *shatter* (hacer pedazos), *singe* (chamuscar), *sink* (hundirse), *smash* (destrozar), *snap* (cerrar de un golpe), *soak* (empapar), *splay* (separar), *splinter* (astillarse), *split* (partir, dividir), *sprout* (retoñar, brotar), *steep* (remojar), *stretch* (estirar), *tear* (rasgar), *thaw* (derretirse), *tilt* (inclinar), *topple* (caerse, inclinarse), *warp* (combar), *wrinkle* (arrugarse).

Pero la mayoría de los verbos de la microclase en que un objeto emite algo —un sonido, una luz o una sustancia— se resisten a la causativa. Uno no puede *glow a light* (brillar una luz), *whine a saw* (aullar un dicho) o *bubble a sauce* (bullir una salsa), ni utilizar en una causativa los otros verbos que denotan sacar algo fuera:

blaze (arder, brillar), *flame* (refulgir, arder), *flare* (llamear), *glare* (fulminar con la mirada), *gleam* (relucir), *glisten* (refulgir, brillar), *glitter* (relumbrar), *glow* (resplandecer), *shimmer* (brillar, titilar, rielar), *shine* (brillar), *sparkle* (centellear), *twinkle* (cintilar).

blare (atronar), *boom* (producir un estruendo), *buzz* (zumbar), *chatter* (tabletear, traquetear), *chime* (repicar), *creak* (chirriar), *fizz* (silbar), *gurgle* (gorjear), *hiss* (sisear), *howl* (aullar), *hum* (tararear, zumbar), *peal* (repicar), *purr* (ronronear), *splutter* (chisporrotear), *squawk* (graznar, chillar), *swoosh* (pasar zumbando), *thrum* (rasguear, repiquetear), *whine* (aullar, gemir), *zing* (silbar).

drip (gotear, chorrear), *emanate* (emanar), *erupt* (entrar en erupción), *foam* (hacer espuma), *gush* (salir a borbotones), *leak* (gotear, salirse), *ooze* (supurar, rezumar, salir), *puff* (soplar), *radiate* (irradiar), *shed* (derramar), *spout* (expulsar chorros de), *sweat* (transpirar).

Es como si todos estos arranques, como las acciones humanas, provinieran del interior, y, por tanto, no admiten ninguna otra causa directa con el mismo punto de precisión.

Además, los verbos que se resisten a la construcción causativa son verbos que denotan abandonar la existencia: no se puede decir *To die a mockingbird* (Morir un sinsonte), *Decease Bill* (Morir a Bill) o *Mr. Gorbachev, fall down this wall!* (Señor Gorbachov, cáigase de esta pared):

decease (fallecer), *depart* (partir), *die* (morir), *disappear* (desaparecer), *disintegrate* (desintegrarse), *expire* (caducar, expirar), *fall apart* (desmoronarse), *lapse* (decaer, dejar de lado), *pass away* (fallecer), *pass on* (fallecer), *perish* (perecer), *succumb* (sucumbir), *vanish* (disiparse).

No es que el *concepto* de causar directamente que algo deje de existir sea inefable. La lengua inglesa posee un léxico abundante y truculento sobre matar y destruir:

assassinate (asesinar a alguien importante), *butcher* (masacrar), *crucify* (crucificar), *dispatch* (despachar), *electrocute* (electrocutar), *eliminate* (eliminar), *execute* (ejecutar), *garrote* (ejecutar en el garrote), *hang* (ahorcar), *immolate* (inmolar), *kill* (matar), *liquidate* (liquidar), *massacre* (masacrar), *murder* (asesinar), *poison* (envenenar), *shoot* (pegar un tiro a alguien), *slaughter* (matar salvajemente), *slay* (dar muerte a).

abolish (abolir), *annihilate* (aniquilar), *ban* (prohibir), *blitz* (bombardear), *crush* (asaltar), *decimate* (diezmar), *demolish* (demoler), *destroy* (destruir), *devastate* (devastar), *exterminate* (exterminar), *extirpate* (extirpar), *finish* (acabar con), *obliterate* (arrasar), *ravage* (asolar), *raze* (arrasar), *rescind* (rescindir), *ruin* (arruinar), *tear down* (derribar), *terminate* (poner fin a), *waste* (desperdiciar, tirar), *wipe out* (exterminar), *wreck* (hacer naufragar o descarrilar, destrozar, echar por tierra).

Estos verbos relacionados con el caos son tan intransigentes con relación a perder sus agentes causales, como los verbos de dejar-de-existir lo son con obtener uno. No se puede decir *Bill killed* (Bill mató) para indicar que murió, ni tampoco *The building razed* (El edificio arrasó), para indicar que se desmoronó o que se incendió. La lengua inglesa permite hablar tanto de dejar de existir como de causar dejar de existir, pero no con el mismo verbo. Es como si el lenguaje adoptara la postura existencial —tal vez la postura moral— de que cuando algo deja de depender de la edad, de causas pacíficas, de una combustión espontánea, de una putrefacción interna, o de llevar la semilla de su propia destrucción, es cualitativamente distinto del resultado de la mala intención antes mencionada. Esto no es una rareza de la lengua inglesa: muchas otras lenguas utilizan verbos distintos para denotar morir y matar, incluso cuando permiten que sus otros verbos cumplan con la doble obligación de causar-que-ocurra.[72]

Cuando aludo a los sentimientos morales para explicar la sintaxis de los verbos causativos, no pretendo darle vida a una lección de gramática con una llamativa figura del habla. Los verbos que indican moralidad y los causativos aprovechan el mismo modelo mental de la acción humana. Los juicios morales se aplican con mayor claridad a las personas que actúan con la intención de provocar un efecto previsto. Éste es también el trabajo de la descripción de la frase del sujeto en una construcción causativa. Así pues, el hábil uso de las construcciones se puede emplear para formular un razonamiento.

Aunque las construcciones causativas normalmente delatan a una parte culpable, pueden echar por la borda a su sujeto cuando se expresan en pasiva. Esto hace de la pasiva una forma práctica de ocultar al agente de un verbo transitivo y, con ello, la identidad de una parte responsable, como en la famosa no confesión de Ronald Reagan «Se cometieron errores», hoy un lugar común para cualquier figura pública que quiera salirse por la tangente. Pero la alternativa intransitiva a una causativa da un paso más. No sólo oculta la causa; rechaza admitir que hubiera una. *The ship was sunk* (El barco fue hundido) (pasiva) conlleva que hubo un autor, posiblemente desconocido, *The ship sank* (El barco se hundió) (intransitiva) concuerda con el simple hecho de que ocurrió, tal vez por falta de un manteni-

72. Haspelmath, 1993.

miento preventivo, un golpe de mala suerte, o un proverbial «acto de Dios» (aunque sin el dios). Los perros guardianes de los medios de comunicación llenan los titulares de verbos causativos en voz activa, voz pasiva y forma intransitiva, buscando pruebas de que una agencia de noticias pudiera estar exculpando o incriminando a una u otra parte de un conflicto. Por ejemplo, un grupo pro-Israel observó en la agencia Reuters el predominio de los titulares del tipo «Un autobús estalla en el centro de Jerusalén», en el que se utiliza un intransitivo para evitar al agente responsable. Como observa Geoffrey Pullum en un *blog* sobre lingüística y asuntos públicos, « "Un autobús estalla" es, sin duda, una forma extraña de describir un incidente en el que un ser humano se amarra explosivos al cuerpo con cinta adhesiva, sube a un autobús abarrotado en plena calle, y mata a trece personas al hacer detonar la carga explosiva, con la clara intención de asesinar tantos judíos como sea posible... Reuters describe el suceso como si el autobús hubiera estallado por sí mismo».[73]

Digamos de paso que no todos los verbos que obtienen y pierden un sujeto causal son producto de la regla causativa. Las formas en que alguien puede causar que ocurra algo son tan omnipresentes, que los verbos causativos se acuñan con derroche en numerosas esferas de la vida, sin tener que ser necesariamente el resultado de una regla causativa. En consecuencia, parece que algunos verbos causativos desobedecen los principios que he ido ilustrando. Pero estos rebeldes tienden a ser especializados: uno puede *walk someone* (darle una base a alguien, en béisbol) si es bateador, *bleed him* (sangrarle) si está enfermo, y *burp him* (hacer que eructe) si se trata de un bebé. Y otros no son realmente causativos. *Shine a light* (dirigir una luz) significa proponérselo, no activarlo, y *drive* (conducir), *waltz* (bailar un vals), *sail* (navegar) o *walk* (andar) o, en general, hacer que una persona se mueva hacia algún sitio significa acompañarla, no obligarla.

Antes de concluir el capítulo con algunas reflexiones sobre el lenguaje y la naturaleza humana, el lector me permitirá que le resuma la historia lingüística. Las alternancias de las construcciones gramaticales reflejan unos cambios gestálticos cognitivos: causar-ir y causar-cambiar; causar-ir y causar-tener; ocurrir y causar-ocurrir. Estos cambios dan a las dos cons-

73. G. P. K. Pullum, 2003a.

trucciones unos significados sutilmente distintos, que reflejan las diferentes formas de construir una situación. Este tinte quisquilloso de los verbos que, al parecer, los hace tan difíciles de aprender se puede explicar a dos niveles. A un nivel macroscópico, los tipos de verbos que se niegan a entrar en una construcción son aquellos cuyo significado es rotundamente incompatible con aquélla (*throwing a cat into the room* [lanzar un gato a la habitación] no significa una forma de cambiar el estado de la habitación; *driving a bus to the lake* [conducir un autobús al lago] no se traduce en que el lago posea algo; *laughing a person* [reírse de una persona] es inapropiado de alguien que tenga libre albedrío). Pero, dado que las personas pueden retorcerse hasta el punto de construir casi cualquier suceso de casi cualquier manera, para prever el uso de hasta el último verbo uno debe observar las microclases con significados similares, que avanzan hacia una construcción o se detienen hombro con hombro a sus puertas. Y esas microclases desvelan un estrato de las obsesiones cognitivas humanas y de las metáforas que se basan en ellas: las gotas holísticas, que se pueden mover o cambiar; la fuerza, que se puede aplicar de inmediato o con el paso del tiempo; las propiedades, que incluyen las ideas y la buena suerte; y los sucesos, que simplemente se pueden producir o pueden estar causados por un agente en un acto práctico y premeditado.

¿Hablantes inteligentes o lenguaje inteligente?

He estado escribiendo como si la lengua inglesa fuera una persona atenta que siempre tiene una buena explicación para cualquier cosa que haya hecho. Vimos un principio inteligente que explica la forma en que los diferentes construales de una situación se expresan en las distintas construcciones (con la entidad afectada siempre como objeto directo, sea causado a ir, causado a cambiar o causado a tener). Vimos unas sutiles diferencias de significado en construcciones que, de lejos, parecían sinónimas. Y vimos teorías implícitas de la física y la psicología en la exagerada delicadeza con que los verbos se enfrentan a las construcciones en las que entran. Pero las lenguas no piensan; quienes piensan son las personas. ¿De verdad que los hablantes de carne y hueso pasan por todos estos razonamientos cuando aprenden a utilizar los verbos?

La respuesta tiene que ser, a la vez, sí y no. En la parte del «sí», sabemos que las lenguas no están diseñadas por una comisión, sino que evolucionan de forma espontánea dentro de una comunidad. Cualquier relación previsible entre la forma y el significado que no sea una cuestión de casualidad —por ejemplo, la forma en que, por sus significados, se puede predecir la sintaxis de muchos verbos— tiene que ser creación de *algunos* hablantes, en un determinado punto de la historia de la lengua. Y, por las pruebas del tipo *wug* y otros experimentos, sabemos que los hablantes de hoy, sean niños o adultos, son sensibles a las principales leyes que relacionan el significado de una construcción con su forma.[74]

En la parte del «no», con la mayoría de los verbos el hablante individual no *necesita* averiguar los principios si lo que pretende es utilizar los verbos de la misma forma que lo hacen los demás. Todo lo que necesitan los hablantes es aprender la semántica de cada microclase (lo que los verbos tengan en común) y su sintaxis (en qué construcciones se sienten a gusto los verbos). Esto basta para que puedan predecir qué verbos nuevos se pueden extender a qué construcciones, sin necesidad de saber por qué.

La razón de que la respuesta pueda ser, a la vez, «sí» y «no» está en la posibilidad de que las distintas personas sean sensibles a las razones de los diferentes verbos y clases en momentos diferentes. En este sentido, una lengua puede ser como otros productos culturales, que los innovadores, los primeros adoptantes, las primeras mayorías, las últimas mayorías y los rezagados pueden utilizar en momentos distintos.[75] Es más que probable que las razones semánticas del marco en que se encuadra un verbo hayan entrado en la mente de los innovadores y los primeros que adoptan esa expresión: los hablantes de la historia de una lengua que extendieron por primera vez una construcción a un nuevo tipo de verbo. Es posible que este nuevo uso muera en el mismo momento en que sale de los labios del innovador, o que un segmento de la comunidad lo acoja con los brazos abiertos. El recibimiento es, en parte, caprichoso (como veremos en el capítulo 6), pero cuando una nueva combinación realmente se impone, pue-

74. J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991a; J. Gropen, Pinker, Hollander y Goldberg, 1991b; J. Gropen, Pinker, Hollander, Goldberg y Wilson, 1989; P. Wolff, 2003.

75. Gladwell, 2000.

de implicar que los últimos que la adoptan comprendan las razones con un golpe de perspicacia, recapitulando las razones del acuñador original de la expresión, con la pasiva memorización del verbo en esa construcción, o por algo intermedio. Lo único que importa es que, cuando las personas oyen un verbo en una construcción, lo generalizan de forma natural hasta abarcar verbos de significado parecido.

¿Es posible sorprender a los innovadores en el acto de extender el lenguaje? Ocurre continuamente. Pese a que los lingüistas teorizan a menudo sobre una lengua como si ésta fuera el protocolo inamovible de una comunidad homogénea de hablantes idealizados, como ocurre con el plano sin fricción y el gas ideal de los físicos, también saben que una lengua de verdad se ve impulsada continuamente hacia delante y hacia atrás por todos los márgenes por parte de los hablantes y de formas distintas.

En algunas ocasiones todos tenemos que forzar el exterior de la envoltura gramatical, porque una frase tiene que hacer varias cosas a la vez y es posible que unas se opongan a las otras. He estado mostrando al lector cómo a las posiciones en una frase se les asigna determinados significados, como el primer objeto, que expresa la persona a la que se le hace que cause tener algo, y el segundo objeto, que expresa la cosa que tiene. Pero, al mismo tiempo, el orden de izquierda a derecha de las palabras de una frase debe conseguir algo más: mantener a quien escucha atento a lo que es una información «dada», que no hace más que crear el marco para el mensaje, y a lo que es una información «nueva», que requiere una actualización de la interpretación que el oyente hace del mundo. Y, por encima de estas dos exigencias relativas al orden de las palabras, hay una tercera: el hablante debe mostrarse compasivo con la memoria del oyente y, para ello, colocar las frases más largas hacia el final de la oración, donde el que escucha las puede pensar con tranquilidad y sosiego. («Colocar el material nuevo al final» y «Colocar el material pesado al final» son dos de las orientaciones más importantes para conseguir un buen estilo al escribir y hablar.) Al jugar con estas dos exigencias, a veces hay que sacrificar los gustos y las aversiones del verbo.

Por ejemplo, aunque hemos visto que *Give a headache to Jim* (Dar dolor de cabeza a Jim) suena peor que *Give Jim a headache* (Dar a Jim dolor de cabeza), al sustituir el monosílabo «Jim» por un ente largo, complejo e inesperado, el escritor puede presionar para que aparezca la construcción preposicional de dativo para mandarla al final de la oración. La lingüista

Joan Bresnan y sus colaboradores, al buscar por la red usos libres del dativo, se encontraron con ejemplos de la vida real como los siguientes:[76]

The spells that protected her identity also gave a headache to anyone trying to determine even her size...

(Los hechizos que protegían su identidad también daban dolor de cabeza a quienquiera que tratase de determinar hasta su talla...)

From the heads, offal and the accumulation of fishy, slimy matter, a stench or smell is diffused over the ship that would give a headache to the most athletic constitution.

(Las cabezas, las asaduras y la acumulación de sustancias viscosas y que olían a pescado, despedían por todo el barco un hedor o un olor que daban dolor de cabeza a la persona de mejor complexión.)

Las alternativas —*Give anyone trying to determine her size a headache* (Dar a cualquiera que tratara de determinar su talla dolor de cabeza); *Give the most athletic constitution a headache* (Dar a la persona de mejor complexión dolor de cabeza)— habrían extraído buena cantidad de material del centro de la oración, y habrían dejado sólo unas briznas de material pendiendo de los extremos. Cabe presumir que los escritores las evitaron por esta razón.

Nuestra capacidad de extender una construcción para que abarque verbos nuevos en el momento de mayor acaloramiento de una conversación o de un texto, no significa que esas frases se acepten de forma automática como perfectamente normales. Los hablantes difieren en su modo de digerir las diversas generalizaciones que hacen otros hablantes, en función, quizá, de la edad, el lugar de nacimiento, la subcultura o, incluso, la personalidad. Puedo tragarme (con mucha reticencia) las anteriores oraciones con *Give a headache to* (Dar dolor de cabeza a). Pero marco una línea en extensiones similares —*Kiss it goodbye* (Despedirse de algo)— que deben de haber sonado perfectamente bien al columnista David Brooks y sus correctores del *New York Times*, ya que las utiliza no menos de tres veces a lo largo de un mismo artículo de 2006 sobre la crisis entre Israel y Hezbolá:[77]

76. J. Bresnan, Cueni, Nikitina y Baayen, 2004.

77. «Cuando Israel se retira, sus enemigos enloquecen», 16 de julio de 2006.

> Uno puede despedirse (*kiss goodbye*), al menos de momento, de algunas de las características de las recientes crisis. Se puede despedir de la fascinante partida de ajedrez conocida como el proceso de paz de Oriente Medio... También se puede despedir de la idea de tierras por paz.

He leído estas frases una y otra vez, pero se me siguen atragantando. Lo mismo me ocurre con muchas otras construcciones forzadas que he oído y he anotado. Las expresiones *Sleep the computer* (Dormir al ordenador) y *Hover the mouse* (Dejar suspendido el ratón) aún suenan extrañas a mis oídos, aunque apuesto cualquier cosa a que no tienen nada de excepcional para los usuarios más jóvenes de Macintosh, que han crecido con ellas. Y tengo en mi colección algunos otros ejemplos de usos raros[78]:

- Locativos del contenido:
  Women do not invest sexual messages in clothing choice.
  (Las mujeres no dirigen mensajes sexuales a la elección de la ropa.)
  She said we just dug up some trash someone littered.
  (Ella dijo que no hacemos más que desenterrar parte de la escoria que alguien tiró a la basura.)
- Locativos del continente:
  He squeezed them with lemon juice [fish fillets].
  (Él los exprimió con zumo de limón [filetes de pescado].)
  We installed twenty-one banks with ISDN lines.
  (Instalamos veintiún bancos con líneas RDSI.)
- Dativos de doble objeto:
  Reach me my socks.
  (Alcánzame los calcetines.)
  When you go I'm going to preach you a great funeral.
  (Cuando te vayas, voy a predicarte unos buenos funerales.)
- Dativo preposicional:
  [The report] was given a normal and wide distribution, but we did not brief it to the president.[79]

78. Muchos de estos ejemplos los observó y registró Ilavenil Subbiah.

79. Del discurso del director de la CIA de 11 de julio de 2003, en el que asumía la culpa de aquellas notables dieciocho palabras que George Bush pronunció en el discurso sobre el Estado de la Unión.

([Al informe] se le dio una difusión amplia y normal, pero no se lo pasamos al presidente.)

- Causativas:

The year Sydney Poitier won best actor he rose us all up in the world.

(El año en que obtuvo el Oscar al mejor actor, Sidney Poitier nos elevó a todos en el mundo.)

Lectric Shave: stands up whiskers for a 50% closer shave

(Afeitado eléctrico: levanta los pelos para un afeitado un 50 % más apurado.)

- Intransitivas:

The bacteria live off the dissolved minerals that exude from the vent.

(Las bacterias se alimentan de los minerales disueltos que rezuman los respiraderos.)

Can germs harbor in these things?

(¿Es posible que los gérmenes se escondan en estas cosas?)

Todos estos ejemplos excepcionales permanecen en el interior del sobre semántico de los tipos de construcción (causar-cambiar, causar-tener, causar-ocurrir), una prueba más de que las razones semánticas son psicológicamente reales. Pero fuerzan las partes exteriores de los sobres de las microclases. Y, en el futuro, como algunas de ellas se usan de forma repetida, con o sin las extenuantes circunstancias que en un principio provocaron su aparición, pueden revisar los sobres o situar otros nuevos en la mente de los hablantes receptivos —aquellos que son más jóvenes, están más inmersos en la especialidad en cuestión (cocina, política, informática, negocios), o, en lo que a la lengua se refiere, son menos quisquillosos que las personas como yo—. Así es como cambia el lenguaje.

¿Un lenguaje del pensamiento?

Cuando los hablantes evitan utilizar un verbo en una construcción, o se estremecen cuando oyen que otros lo usan, tienen que ser sensibles a las sutiles distinciones semánticas, tales como establecer con exactitud un movimiento y establecer con exactitud un tipo de cambio, o aplicar la fuerza de forma instantánea frente a aplicarla a lo largo del tiempo. Na-

die enseña jamás estas distinciones ni se incluyen en las definiciones del diccionario; descubrirlas llevó mucho tiempo, incluso para los lingüistas. Y nadie tiene motivo alguno para adquirir unas normas que le impidan decir cosas sensatas. Así pues, ¿de dónde procede esa sensibilidad?

Todo lo que realmente necesitamos para explicar esta agudeza es suponer que las personas *representan* los verbos que tienen en la memoria de tal forma que las definiciones de los verbos con similares gustos sintácticos se solapan. De esta forma, siempre que se aprende un verbo nuevo, éste activa automáticamente a sus compañeros de clase. Y para que así ocurra hay que expresar los significados en un lenguaje del pensamiento que muestre gráficamente los aspectos del significado que los verbos de una microclase comparten, al tiempo que ocultan los aspectos que los distinguen.

Veamos un ejemplo. Una vez que los niños han aprendido cómo se usa *pour* (verter), generalizan sus gustos sintácticos a *drip* (gotear) y a *slosh* (echar), pero no a *spray* (rociar) ni a *squirt* (echar un chorro). Esto ocurriría de forma automática si sus definiciones mentales mostraran descaradamente los conceptos PERMITIR Y CAUSAR, que hacen que *pour, drip* y *slosh* sean similares entre sí, pero diferentes de *spray* y *squirt*, al tiempo que guardan las películas mentales de líquido en movimiento que distinguen verter de gotear, o rociar de echar un chorro. Esto haría que *pour* y *drip* «se parezcan» a la vista de la mente (pese al hecho de que verter y gotear parecen distintos a la vista real), y *pour* y *spray* «parezcan diferentes». Y esto, a su vez, haría posible que el niño transfiriera lo que ha aprendido respecto a *pour* y a *drip*, pero no a *spray*.

Si realmente existe un lenguaje del pensamiento, tendrá que ser bastante abstracto para hacer que los verbos de una microclase se parezcan, y los de microclases diferentes parezcan distintos.[80] Tal lenguaje no puede reflejar simplemente las visiones y los sonidos de los sucesos que los verbos denotan. Por ejemplo, en lo que a la experiencia sensorial se refiere, los verbos *hand* (pasar algo a alguien), *carry* (llevar) y *bring* (traer) parecen similares (todos ellos pueden describir el mismo suceso en una película), mientras que los verbos *throw* (lanzar), *kick* (dar patadas) y *roll* (rodar) parecen diferentes. Sin embargo, los requisitos de admisión para el dativo lo ven al revés. Los tres últimos verbos son todos de causalidad instantánea

80. Véase Pinker, 1989, caps. 5 y 6.

del movimiento, de ahí que se les permita entrar en la forma de doble objeto, mientras que entre los tres primeros, *hand* (pasar algo a alguien) es un verbo de dar (sí de doble objeto), *carry* (llevar) es un verbo de continua causalidad de movimiento (no de doble objeto) y *bring* (traer) es un verbo de causalidad de movimiento en un sentido (sí de doble objeto). Del mismo modo, en lo que a la maquinaria del lenguaje se refiere, *telling* (decir, narrar) es distinto de *saying* (decir), *shouting* (gritar), *talking* (hablar) o *speaking* (hablar) (que pertenecen a distintas microclases), pero lo mismo ocurre con *quoting* (citar), *leaking* (filtrar), *asking* (preguntar), *posing* (plantear) y *writing* (escribir). Asimismo, *shouting* (gritar) no se parece más a *yelling* (chillar) o *screaming* (chillar) que a *whispering* (susurrar) y *murmuring* (murmurar) (ya que todos ellos son verbos que se refieren a modos de hablar). *Baking a cake* (hacer un pastel) se debe entender como similar a *building a house* (construir una casa) y *writing a letter of recommendation* (escribir una carta de recomendación) (verbos de creación), pero distinto de *warming a cake* (calentar un pastel), *burning a cake* (quemar un pastel) o *reheating a cake* (recalentar un pastel) (verbos de cambio de estado). *Betting* (apostar) se debe considerar semejante a *envying* (tener envidia), *sparing* (pasar sin algo, dar) y *begrudging* (envidiar) (verbos de no tener futuro), pero distinto de *selling* (vender), *paying* (pagar) o *trading* (comerciar) (verbos de dar). En todos estos casos, el mirar-y-sentir de un suceso y de las cosas y acciones que conlleva (llevar, hablar, pasteles, dinero) debe estar sumergido, y se destaca su estructura abstracta (cambio, causalidad, dirección, instantaneidad).

¿Qué es exactamente lo que entraría en este lenguaje abstracto del pensamiento? Habrá observado el lector que las distinciones afines de espacio, tiempo, fuerza, sustancia e intención no han dejado de aparecer en las definiciones de las microclases. Esto es un indicio de que componen el armazón de nuestros edificios conceptuales. Si de verdad constituyen un lenguaje del pensamiento —la infraestructura conceptual del *Homo sapiens*—, cabe esperar que aparezcan en todas las lenguas del mundo.

Ahora bien, los fenómenos precisos que hemos estado analizando —las construcciones, las alternancias y las microclases— no son, ni mucho menos, universales. Ni siquiera son constantes en los dialectos de la lengua inglesa, en las versiones del inglés escrito en diferentes épocas históricas, ni en los hablantes individuales del inglés estándar actual. Pero no

hay que esperar que lo sean. Aun en el caso de que los niños dispongan de algún tipo de don universal para el lenguaje, no podrían irrumpir muy bien en el lenguaje al modo que Julie Andrews se pone a cantar en *Sonrisas y lágrimas*. Los niños tienen que escuchar atentamente las palabras y las construcciones que se han atrincherado en su comunidad, de manera que puedan utilizar sus habilidades de forma que les permitan que sus compatriotas los entiendan. Y el caudal de palabras y construcciones depende de las vicisitudes de la historia local: los invasores, los socios en los negocios, los inmigrantes, los esnobs, los «in» y las novias importadas que configuraron la lengua en los siglos y milenios que nos precedieron, y las modas pasajeras de arrastrar las palabras o exagerar los sonidos que se extendieron por toda la comunidad. Si la mente deja unas huellas universales en el lenguaje, estas huellas deberán ser más sutiles que una lista fija de normas y construcciones que se encuentra en todas las lenguas del mundo.

Afortunadamente, las huellas están por todas partes. Las construcciones que hemos estado analizando no son universales, pero aparecen repetidamente en lenguas que no tienen relación alguna y en familias de lenguas de todo el mundo, lo cual indica que la habilidad que las personas tienen para formar una lengua, ante la necesidad de comunicar determinados tipos de ideas, se encauza para redescubrir estas construcciones. Por ejemplo, se han documentado alternancias locativas semejantes a las de la lengua inglesa en el alemán, el español, el ruso, el griego, el húngaro, el indonesio, el árabe, el bereber, el igbo (que se habla en Nigeria), el chino, el japonés, el coreano y en el chichewa y el shona (lenguas bantúes).[81] Las construcciones de dativo o similares se han documentado en lenguas no indoeuropeas de todos los continentes.[82] Hay cientos de lenguas con una

81. Véase S. Pinker, 1989, págs. 94-97, y Comrie, 1985a; Fareh y Hamdan, 2000; Foley y VanValin, 1985; Fukui, Miyagawa y Tenny, 1985; Guerssel, 1986; Hirschbühler, 2003; M. Kim, 1999; Kordoni, 2003; Mateu, 2001; Nwachukwu, 1987; Hirschbühler y Mchombo, 2006.

82. Entre estos idiomas están el ojibwa y el cree, el nez perce, el tzotzil (maya), el huichol y el yaqui (utoaztecas), el palauan (de Micronesia) el chi-mwi:ni (bantú), el khasi (lengua austroasiática que se habla en la India), el lahu (lengua lolo-birmana), el kokborok (lengua sino-tibetana que se habla en Assam), el kham (tibetano occidental), el nengone (lengua austronesia que se habla en Nueva Caledonia), el bahasa (lengua indonesia), el fongbe (que se habla en Benin), y el accoli y el lango (lenguas originarias de las

alternancia causativa documentada, y muchos estudios han sonsacado sus propiedades comunes.[83]

No ocurre solamente que muchas lenguas tienen construcciones que observamos en la lengua inglesa, sino que, cuando así es, las construcciones tienden a representar los mismos guiones conceptuales. En la mayoría de las lenguas, cuando un verbo pasa de un locativo de contenido a un locativo de continente, aparece el efecto holismo, como ocurre también en inglés.[84] Algunas lenguas lo dicen en muchas palabras: cuando los hablantes del igbo expresan un continente en un objeto directo, añaden al verbo una palabra que significa «lleno», como si en inglés fuéramos a decir *Pack-full the suitcase with clothes* (Hacer-llena la maleta con la ropa). Asimismo, las construcciones de doble objeto no expresan simplemente cualquier cambio o movimiento, sino que reservan el primer objeto para los poseedores, los receptores, los beneficiarios o los maleficiarios, tal como ocurre en inglés. Y en las construcciones causativas donde un único verbo alterna entre ocurrir y causar-ocurrir, prefieren la causalidad intencionada, directa y práctica a otras cadenas causales más tortuosas e impersonales.[85]

Aunque las clases y las microclases varían de una lengua a otra, no se trata de una variación caprichosa. Suele radicar en las diferencias de dónde exactamente una lengua hace un corte a lo largo de un continuo que va desde los conceptos que claramente concuerdan con el significado de la construcción, hasta los conceptos que claramente no concuerdan con él. En el caso del dativo, un continuo se define por la facilidad de concebir un acto como un tipo de dar. En uno de los extremos encontramos el prototipo, verbos como el propio *give* (dar), y todas las lenguas que poseen construcciones de doble objeto permiten que esos verbos entren en ellas. Algunas lenguas se paran aquí, pero la mayoría de ellas también permiten los verbos con el significado de enviar. Algunas van aún más lejos y permiten

---

regiones del Nilo que se hablan en Uganda). Véase Chung y Gordon, 1998; Comrie, 1985a; D. R. Dowty, 1979b; Dryer, 1986; Foley y Van Valin, 1985; Guerrero Valenzuela, 2002; Haspelmath, 2005; Lefebvre, 1994; Levin, 2004.

83. Comrie, 1985a; Dixon, 2000; Haspelmath, 1993; Nedyalkov y Silnitsky, 1973; Shibatani, 1976; Wierzbicka, 1998.

84. Comrie, 1985a; Foley y Van Valin, 1985; Nwachukwu, 1987.

85. Dixon, 2000; Nedyalkov y Silnitsky, 1973.

verbos de movimiento instantáneo, como *throwing* (lanzar) (aquí es donde el inglés sitúa la línea), y unas cuantas más permiten verbos de movimiento continuo, como *hoisting* (levantar, izar) y *pulling* (tirar de).[86] Y cuando llegamos al extremo de ese continuo, donde nos encontramos con el movimiento puro hacia un objetivo inanimado, como *Driving a bus to a lake* (Conducir un autobús al lago), pocas, o ninguna, lenguas son tan liberales como para permitir que se use un doble objeto.

Las causativas en las lenguas del mundo desvelan más cosas aún acerca de los universales del pensamiento. Al demarcar las microclases, las lenguas trazan varias líneas. La más importante va desde los sucesos que claramente tienen una causa metida en el interior de la entidad que cambia (en cuyo caso el impulso que implica la causativa es inapropiado), hasta los sucesos que claramente necesitan un empuje externo para causar y configurar el cambio. Así pues, pocas lenguas permiten que los verbos que denotan acciones humanas se conviertan en un homónimo causativo (como en *Bill laughed Debbie* [Bill rió a Debbie]), presumiblemente porque la causa inmediata se atribuye a algo interno de la persona.[87] Muy cerca de esta permisividad extrema encontramos lenguas que permiten el causativo con verbos de cambio o movimiento. Luego hay lenguas, como la inglesa, que trazan la línea en unos pocos tipos circunscritos de movimiento y cambio, excluyendo otros tipos, como dejar de existir o emitir sustancias. Y hay lenguas muy conservadoras que limitan la regla causativa sólo a los cambios más pasivos del estado físico, como romper, abrir o derretirse.[88]

Hemos estado buscando elementos universales del pensamiento a través de una estrecha mirilla lingüística, las construcciones del verbo. Esto significa que la variedad que hemos estado observando en las construcciones del verbo exagera la variabilidad del andamiaje del propio pensamiento. Cuando de los conceptos básicos se trata, las lenguas del mundo son como una partida de Whack-a-Mole:* si una lengua saca un concepto de uno de sus dispositivos gramaticales, el concepto tiende a aparecer en otro. La causali-

* Juego de niños clásico que consiste en golpear con un martillo los diferentes topos que van saliendo en distintos lugares del campo de juego. (*N. del t.*)

86. W. Croft y The Manchester Cognitive Collective, 2001; Levin, 2004.

87. Haspelmath, 1993.

88. Dixon, 2000; Haspelmath, 1993; Levin, 2004; Levin y Rappaport Hovav, 1995.

dad es un ejemplo perfecto. Hemos estado centrándonos en construcciones en las que la causalidad se mete sucintamente en un verbo, como en *Break the glass* (Romper el vaso) y *Slide the puck* (Deslizar el disco, en hockey). Pero la causalidad se puede expresar también en los prefijos o sufijos, como ocurre en inglés con el prefijo *en–* (*enlarge* [agrandar], *enrich* [enriquecer], *ensure* [asegurar]), el sufijo *–ify* (*beautify* [embellecer], *electrify* [electrificar], *falsify* [falsificar]) y también el sufijo *–ize* (*centralize* [centralizar], *publicize* [divulgar], *revolutionize* [revolucionar]). En inglés, estos prefijos y sufijos se limitan a los adjetivos, pero en otras lenguas, como el hebreo y el turco, se pueden añadir a gran cantidad de verbos. En un tercera galería del topo, la causalidad toma un verbo de los suyos propios, que se hermana con otro verbo (el verbo que denota el suceso que se causa) para formar un verbo bicéfalo; el equivalente inglés sería *Karen made-break the window* (Karen hizo-romper la ventana). Y a veces, la causalidad toma un verbo de los suyos propios que aparece solo en la frase, mientras que el efecto se degrada a una frase subordinada, como en *Karen made the window break* (Karen hizo que la ventana se rompiera). Siempre que una lengua contiene más de uno de estos dispositivos, reserva el más conciso para la causalidad más directa, y el más prolijo para la causalidad menos directa (como ocurre en inglés con *dimming the lights* [atenuar las luces] y *making the lights dim* [hacer que las luces se atenúen] al encender la tostadora).[89] Es como si los morfemas se dispusieran como un pequeño diagrama que mostrara los eslabones de la cadena causal y las cadenas con menos eslabones se expresaran con menos morfemas.

La causalidad no es más que uno de los varios topos-de-significado que siguen asomando en las lenguas del mundo en una ranura gramatical u otra. Las ranuras del juego incluyen clases y microclases, prefijos, sufijos y otras palabras gramaticales (como las preposiciones, las conjunciones y los auxiliares) y «verbos ligeros» como *make* (hacer, fabricar), *do* (hacer), *be* (ser, estar), *have* (tener), *take* (tomar) y *go* (ir) (que, en algunas lenguas, son los únicos verbos que existen). Los conceptos que asoman por esas ranuras caben en una lista bastante corta, más o menos en las siguientes líneas:[90]

89. Dixon, 2000; Gergely y Bever, 1986; McCawley, 1968; Nedyalkov y Silnitsky, 1973; S. Pinker, 1989; Shibatani, 1976.

90. Allan, 1977; J. L. Bybee, 1985; Carter, 1976, 1988; Denny, 1976; S. Pinker, 1989; Talmy, 1985, cap. 5.

- Un elenco de conceptos básicos: suceso, estado, cosa, sendero, lugar, propiedad, manera.
- Un conjunto de relaciones que enredan estos conceptos con otro: actuar, ir, ser, tener.
- Una taxonomía de entidades: humano frente a no humano, animado frente a inanimado, objeto frente a materia, individual frente a grupo, flexible frente a rígido, unidimensional frente a bidimensional frente a tridimensional.
- Un sistema de conceptos espaciales para definir los lugares y los senderos, como los significados de *on, at, in, to* y *under.*
- Una línea temporal que ordena los sucesos, y que distingue entre puntos instantáneos, intervalos delimitados y regiones indefinidas.
- Una familia de relaciones causales: causar, dejar que, permitir, impedir, dificultar, estimular.
- El concepto de un objetivo, y la distinción entre los medios y los fines.

Se puede decir que éstas son las palabras más importantes de un lenguaje del pensamiento. En un capítulo posterior, veremos cómo configuran nuestra interpretación de los mundos físico y social.

El inventario completo de los pensamientos humanos es, evidentemente, mucho, pero que mucho mayor que lo dicho. El verbo *to butter* (untar con mantequilla) tiene que contener una representación de una sustancia parecida a la mantequilla, y si alguien dijera que Bush ha «sobrenixoneado a Nixon», debe tener en la mente algún rasgo digno de notar del presidente número treinta y siete. Pero estas y otras innumerables distinciones sensoriales, cognitivas y emocionales son invisibles para la parte de la mente que ve unos verbos como sinónimos y otros como diferentes, al decidir cómo utilizarlos en una construcción gramatical. Aparte de las personas y las sustancias específicas, incluyen el (buen o mal) humor, la actitud, el estado de la mente del hablante; la velocidad de un objeto en movimiento; la simetría, el color y el género de los participantes; y las propiedades físicas del enclave en cuestión (la temperatura, si sucede dentro o fuera, si tiene lugar en tierra, en el aire o en el mar).[91] Así pues, los con-

91. Talmy, 1985.

ceptos que se ocultan tras el lenguaje están organizados de una determinada forma. Las distinciones conceptuales básicas se ensamblan en un armazón de significado, que tiene ganchos aquí y allá para colgar las imágenes, los sonidos, los sentimientos, las películas mentales y los otros contenidos de la conciencia.

¿El cerebro distingue de verdad un armazón de conceptos básicos relevantes para la gramática de una cartera mayor de significados que le dan cuerpo? El neuropsicólogo David Kemmerer dice que sí, basándose en sus estudios sobre los diferentes patrones de pérdida de lenguaje como consecuencia de haber sufrido algún daño en el cerebro. En un estudio, Kemmerer analiza a una paciente que perdió la capacidad de distinguir *drip* (gotear) de *pour* (verter) y de *spill* (derramar), tres miembros de una microclase locativa que difieren en los detalles del movimiento, pero comparten un mismo armazón conceptual (permitir el movimiento hacia abajo de un líquido).[92] Pero la paciente seguía siendo sensible a las ideas semánticas abstractas que gobernaban su propio comportamiento en las construcciones: sabía que *Sam spilled beer on his pants* (Sam derramó cerveza sobre sus pantalones) era gramaticalmente correcto, y que *Sam spilled his pants with beer* (Sam derramó sus pantalones con cerveza) no lo era. La razón no era que el test gramatical fuera más fácil. Otros dos pacientes, con daños en diferentes partes del cerebro, mostraban el patrón opuesto: comprendían la diferencia entre verter, gotear y derramar, pero nada les sonaba raro en frases que eran una disparidad de conceptos nucleares como *Sam spilled his pants with beer* (Sam derramó sus pantalones con cerveza). Otros estudios han demostrado disociaciones similares. Algunos pacientes, por ejemplo, pierden la capacidad para distinguir entre caliente y frío, entre rojo y verde, o entre tamborilear y golpear (una distinción que a la gramática no le importa), al tiempo que conservan la capacidad de distinguir entre materia y forma o entre contacto y causa y efecto (que sí importa), o viceversa.[93]

Nuestro viaje a las profundidades de la madriguera nos ha llevado al país semántico de las maravillas. Nos hemos encontrado con una exube-

92. D. Kemmerer, 2000a.

93. Breedin y Saffran, 1999; Druks y Masterson, 2003; D. Kemmerer, 2000b, 2003; D. Kemmerer, Weber-Fox, Price, Zdanczyk y Way, en prensa; D. Kemmerer y Wright, 2002; Marshall, Chiat, Robson y Print, 1996.

rante profusión de verbos —una docena de verbos relacionados con emitir sustancias, veinte verbos referidos a cambiar la estética de una superficie, y no menos de sesenta y nueve verbos sobre el modo de hablar—. Hemos sido testigos de sucesos de interpretación confusa, como ocurre con dos perfiles de cara que se transforman en un jarrón. Hemos conocido pan de jengibre que se arrastra, jugadores de baloncesto convertidos en verbos, y dragones muertos que se guardan simbólicamente como prenda de la entrega de un amante. Pero entre tanto rociar y untar, arrugar y abollar, chirriar y rechinar, y otros atributos que distinguen un verbo de otro, los habitantes más memorables son los silenciosos e invisibles con quienes nos seguimos cruzando cuando miramos debajo de los verbos: las ideas etéreas de espacio, tiempo, causalidad, propiedad y metas, que al parecer constituyen un lenguaje del pensamiento.

Nuestras peculiaridades cognitivas

Había prometido que un buen repaso a los verbos dejaría al descubierto nuestra capacidad para pasar de un marco conceptual a otro, nuestra costumbre de utilizar ciertas ideas como metáforas de otras, y el inventario de las ideas fundamentales que estructuran los significados de las frases y, tal vez, el propio pensamiento. ¿Qué vamos a hacer con este inventario? Pensamos en ellas —pensamos *con* ellas— continuamente, y cabe preguntarse si son las categorías inevitables con las que cualquier ente inteligente, sea humano, de silicio o alienígena, se ve obligado a tratar con la realidad. Permítame el lector que concluya mi viaje por la madriguera con algunos indicios de que las cosas no son así. Las ideas básicas que gobiernan nuestro pensamiento en la vida cotidiana pueden mostrarse a sí mismas tan excéntricas como la Falsa Tortuga o la Reina de Corazones.

Los constituyentes del sentido común con los que nos hemos encontrado, como la causalidad, la fuerza, el tiempo y la sustancia, no son simplemente ediciones caseras de los conceptos que se emplean en la lógica, la ciencia o en nuestra interpretación colectiva de cómo gestionar nuestros asuntos. Funcionaban lo bastante bien en el mundo en el que evolucionaban nuestras mentes, pero es posible que dejen a nuestro sentido común

falto de equipaje para enfrentarse a algunos de los retos conceptuales del mundo moderno. No estoy pensando en las paradojas esotéricas de la mecánica cuántica o de la relatividad, sino en enigmas más pedestres, en los que parece que nuestras intuiciones se han desbaratado ante la realidad en la que vivimos la vida. Las que siguen son algunas formas en que los principales conceptos expuestos en este capítulo nos pueden llevar por algún mal camino al abordar los desafíos de la vida.

Tener y beneficiarse. Empecemos con un ejemplo trillado. Recordemos la metáfora gramatical para el bienestar: estar en un buen estado es poseer algo. En términos generales, pocos disentirían de Sophie Tucker cuando dijo «He sido rica y he sido pobre. Ser rica es mejor». Sin embargo, cuando se trata de gradaciones más precisas del tener, los sabios, a lo largo de la historia, han procurado mantenernos alejados de estas ideas, y nos han recordado que la felicidad no se puede comprar con dinero, que sólo el cínico sabe el precio de todo y el valor de nada, y que no es verdad que quien al morir cuenta con más juguetes es el que gana. Los estudiosos de la felicidad actuales han confirmado que, una vez que las personas alcanzan un determinado nivel mínimo de bienestar económico, el dinero y las propiedades adicionales no llevan a una mayor satisfacción.[94]

Tener y saber. Otra fórmula conceptual engañosa es la metáfora del conducto, en la que saber es tener algo, y comunicar es mandar este algo en un paquete. Una vez más, hay en ello una pizca de verdad: si la información nunca se transmitiera con cierta fidelidad de una mente a otra, el conocimiento nunca podría acumularse en un sociedad, y el propio lenguaje sería inútil. Pero la ciencia cognitiva ha demostrado repetidamente formas en que la metáfora se queda corta. En el capítulo 1, veíamos que la comprensión del lenguaje no es más que extraer un significado literal, como cuando George Costanza descubrió demasiado tarde que *coffee* (café) no significa necesariamente *coffee* (café). Y una vez que se extrae un significado y se almacena en la memoria, no se asienta en ella como cualquier chuchería lo hace en un estante; los estudios sobre la memoria confirman la observación de Twain de que las personas tienden a recordar las cosas, hayan sucedido o no.[95] La

94. N. Etcoff, 2007; Gilbert, 2006; Myers y Diener, 1995.
95. Daniel L. Schacter, 2001.

educación tradicional estuvo dominada por una versión de la metáfora del conducto llamada, a veces, el modelo de ahorro-y-préstamo: el profesor ofrece a los alumnos unas pepitas de información, y éstos intentan retenerlas en la mente el suficiente tiempo como para recuperarlas a la hora del examen. Pese a las ideas progresistas de la educación, que pretenden enseñar a los niños a redescubrir unos conocimientos, en vez de ser receptáculos pasivos de los hechos, no se puede negar que las personas retienen más cuando se les exige que piensen sobre lo que están aprendiendo que cuando se les pide que arranquen de sus lecturas un hecho después de otro y que lo almacenen en la memoria.[96]

Tener y moverse. Las lenguas suelen tratar una propiedad como algo situado en un lugar, y el dar o vender, como mover esa propiedad hacia otro lugar, de manera que ya no se encuentra en el lugar originario. En el caso de bienes muebles, como los pollos y los pasteles, esto puede ser literalmente verdad, y es lo suficientemente práctico cuando se extiende de forma metafórica a bienes más abstractos, como el dinero y los bienes inmuebles. Pero la propiedad intelectual es un auténtico acertijo para la metáfora. Aunque uno no se puede comer el pastel y, a la vez, tenerlo, no ocurre lo mismo en el caso de la información, que se puede repetir hasta el infinito sin que se produzca pérdida alguna. Gracias a la tecnología de la información, con la posibilidad de compartir archivos, por ejemplo, o descargar información de la red, la persona puede apropiarse de una canción, una imagen o algún tipo de *software* sin que por ello el propietario originario se quede despojado de nada. El conflicto de las intuiciones, entre salvaguardar un objeto que sólo puede estar en un determinado lugar en un determinado momento, y «la información que quiere ser libre», ha generado una de las batallas legales más encarnizadas de la actualidad: cómo extender unas leyes que, en su origen, regían la propiedad de bienes físicos, a la propiedad de ideas que se pueden copiar, como las palabras, las canciones, las imágenes, los diseños, las fórmulas e incluso los genes.[97]

El tiempo. El modelo de tiempo que subyace al lenguaje no es el inexorable tictac del reloj, que mide la corriente de la vida en unidades cons-

96. Blakemore y Frith, 2005; Bok, 2006.

97. Lessig, 2001.

tantes. Al contrario, ese modelo mete toscamente tiras de tiempo en sucesos instantáneos (como lanzar), procesos prolongados (como tirar y empujar) y culminaciones de un proceso (como romper un vaso). Y la parte de la mente que conecta con el lenguaje conserva el rastro de esos pegotes de tiempo solamente con las indicaciones de antes-y-después y al-mismo-tiempo. Este cronometrador intuitivo del tiempo carece de la idea de éste como un producto mensurable que es coextensivo con nuestra existencia. Uno no puede dejar de preguntarse si este choque de conceptualizaciones tiene su origen en la frustración que sienten los apresurados ciudadanos de la sociedad postindustrial cuando tropiezan con la idea de tiempo más displicente (y posiblemente más intuitiva) que se observa en el Tercer Mundo, en el Sur americano, y en el Registro de Vehículos de Motor de Massachusetts.

Las cosas y las ubicaciones. Cuando la mente ubica un objeto respecto a otro, puede comprimir el primero y hacer de él un puntito o una gota cuya forma y cuyas partes dejan de ser discernibles, como una cosa dentro de una caja. Hemos visto que esta mentalidad holística se transfería a espacios *abstractos* para cualidades o estados, como un carro lleno o un jardín repleto de abejas. Sospecho que ésta es una de las razones de que a la gente le resulte tan difícil comprender las comparaciones estadísticas. Un ejemplo de ello ha ocupado buena parte de los noticiarios. Muchos investigadores han documentado que las distribuciones de los talentos y los temperamentos entre hombres y mujeres no son idénticas. En pruebas de rotación mental de objetos tridimensionales, por ejemplo, el resultado medio de los hombres es superior; en pruebas de fluidez verbal, es superior el resultado medio de las mujeres.[98] Los promedios no son más que promedios, por supuesto; algunas mujeres razonan mejor sobre el espacio que la mayoría de los hombres, y algunos hombres tienen una fluidez verbal mejor que la mayoría de las mujeres. Pero cuando las personas oyen este tipo de estudios, tienden a rechazarlos aduciendo que hasta el último hombre es mejor que hasta la última mujer (o viceversa). Quienes se alegran de la diferencia escriben libros como *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus* (un buen ejemplo de la metáfora de cosa-en-un-lugar); quienes la lamentan acusan a los investigadores de decir que «todo un gru-

98. Halpern, 2000.

po de personas queda abocado al fracaso desde el principio».[99] Es como si la gente oyera la realidad estadística de que las mujeres, como promedio, viven más años que los hombres, y concluyera que todas las mujeres viven más que todos los hombres. Parece que a la mente le llega de forma más natural la imagen de un orbe flotando sobre otro que la de dos curvas en forma de campana que se solapan.

La causalidad. La imagen prototípica del causa-y-efecto que el lenguaje deja clara tiene a una persona que voluntariamente actúa sobre un ente y provoca de forma directa un previsto cambio de posición o estado. Esto no se aleja mucho del concepto de responsabilidad criminal que es intrínseco a nuestro sistema legal —el *actus reus* y la *mens rea*, o el mal acto y la mente culpable—, necesario para determinar el asesinato en primer grado y otros graves delitos. Lamentablemente, la vida real muchas veces desbarata los escenarios causales que no encajan bien en esta partida de billar (muchos de ellos analizados de forma entretenida en «Bad Acts and Guilty Minds: Conundrums of the Criminal Law», de Leo Katz). Una mujer que quiere envenenar a su marido le pone arsénico en la manzana, pero éste tira la manzana. Un indigente la recoge de un contenedor de basura, se la come y muere. ¿Ha sido la mujer quien lo ha asesinado? ¿Y qué diríamos del propietario de una casa que cierra la puerta de un portazo a un niño que huye de un perro rabioso, provocando que el niño se quede hecho añicos? ¿O del hombre que llega a casa y se encuentra con su deprimida mujer sobre una caja con una cuerda en la mano, uno de cuyos cabos ata en una viga y con el otro hace un nudo corredizo, y la convence para que meta la cabeza en el lazo y aleje la caja?

Los interrogantes de la causalidad no son sólo ejercicios de las facultades de Derecho. El día 1 de julio de 1881, el presidente James Garfield aguardaba para subir al tren, cuando Charles J. Guiteau lo puso en su punto de mira y le disparó dos veces.[100] Ninguna de las dos balas tocó órganos ni arterias importantes, pero una se le alojó en la espalda. La herida no era

99. S. Pinker, «Gender: Science promises honest investigation», *Nature,* nº 442, 2006. Véase también S. Pinker, «Sex ed: The science of difference», *The New Republic*, 14 de febrero de 2005.

100. A. Schaffer, «A president felled by an assassin and 1880's medical care», *The New York Times*, 25 de julio de 2006.

grave según los criterios actuales, y no tenía por qué ser fatal ni siquiera en los tiempos de Garfield. Pero sus médicos lo sometieron a las descabelladas prácticas de la época, como la de introducirle una sonda en la herida sin haberse lavado antes las manos (unas décadas después se descubrió la asepsia) y la de alimentarle por el ano y no por la boca. Garfield perdió unos 50 kg mientras guardaba cama en el que iba a ser su lecho de muerte, y finalmente, ochenta días después, sucumbió a los efectos del hambre y la infección. Durante el juicio, Guiteau no se cansaba de repetir: «Lo han matado los médicos; yo sólo le disparé». No logró convencer al jurado y, en 1882, murió en la horca (otro hombre cuyo sino estuvo en las manos de la semántica de un verbo).

Capítulo 3
CINCUENTA MIL CONCEPTOS INNATOS (y otras teorías radicales del lenguaje y el pensamiento)

Cualquiera que participe en un debate intelectual acaba por reconocer la táctica, las estratagemas y los sucios trucos que se utilizan para engatusar al público cuando los hechos y la lógica no cuadran. Existe el recurso a la autoridad («Así lo dice Spaulding, y es Premio Nobel»), a la atribución de los motivos («Esa luciérnaga no busca más que le presten atención y le concedan alguna subvención»), a los motes («La teoría de este Tarugo es racista») y a la deshonra de los orígenes («A Hackenbush lo financia una fundación que una vez financió a los nazis [o los comunistas]»). Tal vez la más conocida de esas tácticas sea la de montar y derribar a un testaferro, una estratagema tan versátil que uno a veces se pregunta si la vida intelectual seguiría sin ella.

La belleza del testaferro está en que se puede utilizar de muchas formas. La más manida es el combate de boxeo de un testaferro, en el que uno sustituye a un formidable oponente por un bobalicón muy fácil de ganar. Pero también existe el testaferro de dos peldaños: primero se establece la efigie, después se reconoce que, al fin y al cabo, no es tan necio, pero este carácter razonable se articula como una capitulación a las devastadoras críticas de uno.[1] Y después está el testaferro expiatorio, útil para cuando a uno le preocupa quedarse al margen de la opinión respetable: establecer una versión fanática de la teoría de uno, y luego distanciarse de ella como prueba de moderación. Es la misma estrategia que emplean los comerciantes de vino cuando colocan una botella de precio desorbitado en cada uno de los estantes. Saben que los compradores inseguros gravitarán por el centro de la exposición de botellas, de manera que, si se exhibe una bote-

1. Dennett, 1997.

lla de 100 dólares, irán a por la de 30, mientras que si la botella más cara cuesta 30 dólares, se sentirán satisfechos con gastarse 10.[2]

En un libro anterior decía que muchos intelectuales se apuntan hoy a la idea más extremista de que la mente humana es una tabla rasa, sin que existan talentos ni temperamentos innatos.[3] En consecuencia, las teorías que atribuyen a la mente humana lo que debería ser unas facultades anodinas, como el celo sexual, el amor de los padres o un instinto para el lenguaje, reúnen todo lo necesario para que se consideren extremistas. Al defender tales ideas, hubiera sido una bendición esculpir un innatista expiatorio con ideas mucho más extremistas que ésta —digamos que alguien que pensara que en nuestro equipamiento estándar hay no sólo unos cuantos sentimientos y unas destrezas para pensar, sino cientos de miles de conceptos auténticos y concretos como «trombón», «carburador» o «pomo»—. Yo me abstuve de usar esta táctica, y no sólo por escrúpulos intelectuales. Estaba seguro de que mi propia postura era, en primer lugar, moderada, y, en cualquier caso, el innatista radical al que se hubiera llamado para que me aventajara no tenía nada de testaferro, sino que era de carne y hueso: mi antiguo colega en el MIT, el filósofo y psicólogo Jerry Fodor.[4]

Fodor es un erudito brillante, agudo y belicoso que, entre otras cosas, contribuyó a sentar las bases conceptuales de la ciencia cognitiva y a desarrollar el estudio científico de la comprensión de las frases.[5] Su conocida teoría de que nacemos con unos 50.000 conceptos innatos (una estimación convencional del número de palabras del vocabulario típico de un anglohablante) aparece aquí no como un participante más en el debate sobre naturaleza-crianza/educación, sino en el debate sobre cómo se representan en la mente de las personas los significados de las palabras. En el capítulo 1 de este libro, proponía que la mente humana contiene representaciones de los significados de las palabras que están compuestas de conceptos más básicos, como «causa», «medios», «suceso» y «lugar». Fodor lamenta no estar de acuerdo. Piensa que los significados de las palabras son átomos, en el sentido original de algo que no se puede dividir. El signifi-

2. Simonson y Tversky, 1992.
3. S. Pinker, 2002.
4. J. A. Fodor, 1981a; 1988.
5. J. A. Fodor, 1968; 1981b.

cado de *kill* (matar) no es algo parecido a «causar morir», sino «matar», y punto. El significado de *cut* (cortar) es «cortar», el significado de *load* (cargar) es «cargar», el significado de *trombone* (trombón) es «trombón», y así sucesivamente, hasta llegar a las 50.000 palabras que una persona conoce. Y si los conceptos que se ocultan detrás de los significados no se ensamblan durante el proceso de aprender a partir de las partes innatas, es porque ellos mismos son innatos. De modo que el innatismo radical de Fodor no procede de una convicción medular de que todo está en los genes. Es una de las cosas que implica la creencia del autor de que los significados de las palabras son conjuntos indivisibles. Y es posible que los dos tengamos razón.

Hay que alabar en Fodor su intento de llevar sus ideas hasta sus lógicas consecuencias, por poco convencionales que sean. Como dice el filósofo y compañero Dan Dennett:

> La mayoría de los filósofos son como las camas viejas: uno salta sobre ellas y se sumerge en un mundo de calificaciones, revisiones y adendas. En cambio, Fodor es como un trampolín: uno salta sobre él y rebota, exponiendo las ideas dos veces como incisivas y extravagantes. Si alguno de nosotros es capaz de ver más allá, será después de saltar sobre Jerry.[6]

La última frase, un juego con las famosas palabras de Newton: «Si he visto más allá ha sido después de situarme sobre los hombros de un gigante», explica por qué este capítulo no escatimará en atención a lo que podría parecer la idea alocada de que el concepto «carburador» está programado en nuestro ADN. Reconocer las alternativas a la teoría que estoy avanzando no es sólo una cuestión de honradez, sino una cuestión de claridad y descubrimiento. Del contraste de una teoría con sus alternativas se puede aprender mucho, incluso con aquellas que parecen demasiado extremistas para ser verdaderas.

Sólo se puede entender algo cuando se sabe qué *no* es. En el último capítulo exponía la teoría de la semántica conceptual —la que dice que los significados de las palabras están representados en la mente como ensamblajes de conceptos básicos de un lenguaje del pensamiento—. Es posible

6. Citado en la introducción del autor a Loewer y Rey, 1991.

que la reacción del lector haya sido: «Entonces, ¿dónde está lo extraordinario? *¿De qué otro modo* podrían saber las personas cómo usar las palabras de su vocabulario?». En este capítulo veremos cuál es ese otro modo. Intentaré explicar los méritos de la teoría de la semántica conceptual, y para ello la deduciré a partir de tres alternativas.

La primera es el nativismo extremista de Fodor (en la ciencia cognitiva, el término «nativismo» se refiere a hacer hincapié en la organización mental innata; no tiene nada que ver con el término político que designa la intolerancia con los inmigrantes). La segunda es la pragmática radical, la idea de que la mente no contiene unas representaciones fijas de los significados de las palabras.[7] Éstas son fluidas, y pueden significar cosas muy distintas en circunstancias diferentes. Les damos un significado sólo mientras están en el aire, en el contexto de la conversación o el texto actuales. Y lo que sacamos de la memoria no es un diccionario de definiciones, sino una red de asociaciones entre las palabras y los tipos de sucesos y actores que normalmente denotan.[8] La tercera alternativa radical, el determinismo lingüístico, tumba la idea de lenguaje y pensamiento que he dado por supuesta. Así, el lenguaje no es una ventana al pensamiento humano, que se formula en un formato más rico y abstracto, sino que nuestra lengua materna *es* el lenguaje del pensamiento, y, por lo tanto, determina el tipo de ideas que podemos pensar.[9]

Además de esclarecer la teoría de la semántica conceptual, una visita a los foros en que ésta compite con otras alternativas nos permitirá analizar algunas características adicionales de la naturaleza humana. Descubriremos cómo concibe la mente los cuerpos y las personas, cómo representa el número, y cómo aborda las tres dimensiones del espacio. Y veremos cómo usan las personas el conocimiento que tienen de las palabras para dar a su lengua una actitud y un sentimiento, para impresionar y entretener a sus oyentes, y para hablar de la propia lengua.

Una última razón para continuar con los debates sobre la representación mental de las palabras es que éstas son batallas por poderes de unos

7. Bates, 1976; Cole, 1981; Nunberg, 1979; Sadock, 1984; Sperber y Wilson, 1986.

8. McClelland y Kawamoto, 1986.

9. Gentner y Goldin-Meadow, 2003; Gordon, 2004; Whorf, 1956.

conflictos de ideas mucho más amplios. Las preguntas que se suelen hacer del estilo: «¿Qué es innato y qué es aprendido?», «¿El significado de lo que decimos y escribimos está determinado o guarda relación con el contexto?», «¿Nuestra lengua limita lo que podemos pensar?» y ¿Las culturas humanas son fundamentalmente iguales o distintas?», resuenan por toda la vida intelectual, y en «La tabla rasa» demostré que las implicaciones morales y políticas de mayor alcance se encuentran en ellas. No vamos a resolver aquí estas cuestiones, pero una atenta mirada a las palabras, que se pueden cuadrar y sondear con mayor facilidad que otras partes de la cultura, puede darnos a entender de qué forma interpretarlas.

El inicio de este capítulo, y mi promesa de contrastar mi teoría con las alternativas supuestamente radicales, deberían alertar al lector sobre la aparición de homúnculos hechos de paja. Al explicar las alternativas, pondré todo mi empeño en separar las Camasviejas —las personas que parece que exponen una idea radical, pero dan marcha atrás cuando se salta sobre ellas— de los Trampolines, aquellas personas que rebotan con toda la fuerza.

El nativismo extremista

La línea argumental que lleva a Fodor a su extrema conclusión empieza de forma muy inocente.[10] Casi todo el mundo que participa en los debates sobre naturaleza-crianza/educación reconoce que las personas tienen que nacer con una capacidad para representar determinados conceptos elementales (por ejemplo, «rojo», «alto», «redondo», etc.) y una capacidad para ensamblar otros conceptos nuevos de este inventario innato como resultado de la experiencia (aunque sólo sea asociándolos entre sí). Por ejemplo, el complejo concepto «cuadrado rojo» se aprende al conectar los conceptos simples «cuadrado» y «rojo». La pregunta clave es qué conceptos forman parte del inventario innato, y cuáles se ensamblan a partir de ellos (o al menos obtienen su significado de la forma en que conectan con ellos). Una forma de responder a esta pregunta es ver qué conceptos se pueden descomponer manifiestamente en otros más sencillos (por ejemplo, el significado de «el hombre del traje de franela gris» y otras combina-

10. J. A. Fodor, 1975.

ciones de palabras), y cuáles son sin margen de duda atómicos, y no contienen nada más pequeño o más básico (por ejemplo, «rojo» o «línea vertical», que se generan directamente con la vista y el sistema óptico). Por lo que a la crianza o educación se refiere, los empiristas tienden a contentarse con un frugal inventario de características sensoriales y motrices, y con sólo el proceso de asociación para construir otras más complejas. Y por lo que se refiere a la naturaleza, los nativistas sostienen que, en vez de tener que ensamblar en el momento oportuno, nos llega ya preparado un conjunto mayor y más abstracto, por ejemplo, «causa», «número», «cosa viva», «intercambio», «pariente» y «peligro».

Si se apura el debate, ambas partes tienen que convenir en que los componentes básicos de la cognición —como las teclas del piano, el alfabeto de la máquina de escribir o los lápices de colores de una caja— deben ser innatos. Escribamos con la máquina lo que se nos antoje; aunque podemos escribir cualquier número de palabras, frases y párrafos en inglés, no veremos ni un solo carácter hebreo, tamil ni japonés. Como dijo Leibniz al corregir la máxima del empirismo: «Nada hay en el intelecto que antes no estuviera en los sentidos... excepto el propio intelecto».[11]

¿Y qué ocurre con los conceptos que subyacen a los significados de las palabras? Tanto el empirista como el nativista no demasiado extremista se sentirían satisfechos con decir que la mayoría de ellos se construyen a partir de unidades más elementales —tal vez «madre» se represente mentalmente como «pariente femenino»; es posible que «matar» se conceptualice como «causar convertirse en no vivo»—. Estas unidades son innatas, o quizá se pueden descomponer a su vez en unidades aún más elementales que son innatas. (La pelota se tiene que detener en *algo* que sea innato, y así podemos explicar por qué los niños, pero no los pollos, no el ruibarbo ni los ladrillos, pueden aprender palabras y conceptos en primer lugar.) Si una unidad no se puede descomponer en una combinación de unidades más básicas, tiene que ser innata, del mismo modo que la letra «A», que no se puede construir a partir de nada más simple, es innata a una máquina de escribir.

Pero, sostiene Fodor, los significados de la mayoría de las palabras *no se pueden* descomponer en unidades más simples. Las definiciones siempre

11. Leibniz, 1768/1949, lib. II, cap. I, pág. 111.

gotean. «Matar», por ejemplo, no significa realmente «causar convertirse en no vivo».[12] Como veíamos en el capítulo anterior, uno «puede causar que alguien se convierta en no vivo» el miércoles si lo envenena el martes, pero no puede «matar a alguien el miércoles» si lo envenena el martes. Tampoco se puede matar de un portazo a alguien que huye de un perro rabioso, aunque puede causar que de esa forma se convierta en no vivo. Más aún, dice Fodor, los filósofos que han intentado reducir los conceptos complejos —como «saber», «ciencia», «bueno», «explicar» y «electrón»— a definiciones formuladas con conceptos más elementales, han fracasado lamentablemente en sus intentos. Por último, dice Fodor, cuando pasamos a la filosofía de las personas que emplean el lenguaje en tiempo real, no vemos signo alguno de que tengan mayor dificultad con los conceptos supuestamente complejos que con los supuestamente simples.[13] Por ejemplo, intuitivamente no parece que sea más difícil entender la palabra «padre» que entender la palabra «padres» (padre y madre), pese a que «padre» se tiene a veces por un concepto complejo que se define por los conceptos más simples de «masculino» y «padre» (padre o madre).[14]

Ahora bien, si los conceptos son indefinibles, esto significa que no están construidos a partir de conceptos más elementales, lo cual significa que *ellos mismos* tienen que ser conceptos elementales, lo cual designa que deben ser innatos. Esto no quiere decir que los niños salgan del seno materno blandiendo plenos conocimientos sobre padres, matar y carburadores. Esos conceptos siguen necesitando que sus oponentes en el mundo los generen o, como dicen los ecologistas, los «liberen», del mismo modo que el concepto innato de «madre» en una cría del ganso tiene que ser liberado por la visión de un gigantón que se mueve, y el concepto innato de «rival» en un pez espinoso macho tiene que ser liberado por la visión de un punto rojo. Tampoco la naturaleza atómica de los significados de las palabras significa que las personas ignoren la información que tradicionalmente se ha puesto en la definición de aquéllas. Es posible que las personas sepan que los padres son padres (padre o madre) y que son masculinos porque poseen la regla de la inferencia «Si algo es un padre, entonces es masculino; si

12. J. A. Fodor, 1970.
13. J. A. Fodor, Garrett, Walker y Parkes, 1980.
14. J. A. Fodor, 1998.

algo es un padre, entonces es un padre (o madre)». Estos «postulados del significado» complementarían el sistema lógico de la persona, uniendo otras reglas de la inferencia como «si *p* o *q* es verdad, y *p* es falso, entonces *q* es verdad». Simplemente, no serían parte del significado de la palabra.[15]

Fodor admite algunas excepciones. Las definiciones *se pueden* alimentar de ciertas palabras de la jerga, como «queche» y «balandro»; de términos matemáticamente definidos, como «triángulo» y «número primo»; y de palabras de múltiples morfemas, como «lavavajillas» y «negrura» (ya que sería retorcido decir que «lavar vajillas», una frase, es cognitivamente compleja, mientras que su oponente como palabra, «lavavajillas», no lo es). Pero, concluye Fodor, «luego está el otro medio millón, más o menos, de ítems léxicos que el *Oxford English Dictionary* relaciona».[16] Y si no se puede hacer nada por definirlos, tienen que ser atómicos y, por consiguiente, innatos, con independencia del número que puedan sumar —50.000, o quizá 500.000, o tal vez incluso más si consideramos las palabras de otras lenguas que no se pueden traducir al inglés como una única palabra—. *¡Boing!* Si parece que esto va en contra de la biología evolutiva (pues cabría pensar que la selección natural no podía haber previsto la necesidad de conceptos como «carburador» y «trombón» antes de que hubiera carburadores y trombones), peor para ella —Fodor, al igual que sus archienemigos del bando empirista, se carga el darwinismo, como si se tratara de una serie de simples historias que narran un hecho tras otro—.[17] Y si ello va en contra del sentido común, peor para el sentido común. Si no permitimos que el sentido común anule los descubrimientos científicos cuando se trata de la etología de otras especies, como las arañas o los peces, ¿por qué íbamos a garantizarle el derecho a veto sobre los descubrimientos referentes a la etología de los seres humanos?[18] En cualquier caso, cosas más extrañas han ocurrido en la historia de la ciencia —basta con mirar a todo eso que surgió de la física cuántica—. *¡Boing, boing, boing!*

La principal razón que tengo para oponerme al nativismo extremista es que su premisa mayor —que los significados de las palabras no se pue-

15. J. A. Fodor, 1975.
16. J. A. Fodor, 1981a, pág. 284.
17. J. A. Fodor, 2000. Para una réplica, véase S. Pinker, 2005.
18. J. A. Fodor, 1998, 2001.

den descomponer en conceptos más básicos— es confusa. Pero el rechazo del sentido común por parte de Fodor también merece un comentario. Fodor observa con razón que la historia a menudo ha reivindicado ideas no convencionales —al fin y al cabo, todo el mundo se rió de Cristóbal Colón y de Thomas Edison—. El problema es que también todo el mundo se rió de Manny Schwartz. ¿Que nunca ha oído hablar el lector de Manny Scwartz? Fue el principal defensor de la teoría de la deriva continental, según la cual los continentes del sur son puntiagudos en su parte inferior porque fueron babeando hacia abajo a medida que se iban enfriando de su estado fundido. La cuestión es que la gente *tenía razón* al reírse de Manny Schwartz. Las afirmaciones extraordinarias —y 50.000 conceptos innatos, incluidos los de «trombón» y «carburador», es una de ellas— se merecen unas pruebas extraordinarias que las demuestren. Y, como veremos, las pruebas de Fodor son extremadamente pobres.

¿Por qué se debería considerar extraordinario un repertorio innato de miles de conceptos? Pues, si vamos a defender que algo es innato, no es ilógico considerar si tal afirmación concuerda con la ciencia de cómo cobran cuerpo las cosas innatas, concretamente la biología evolutiva. Y, según la mejor interpretación que hacemos de la evolución, las cosas caras, complicadas y útiles (como seguramente lo es un vocabulario de 50.000 palabras) nos llegan porque aumentaron el éxito reproductor de nuestros antepasados.[19] Y, como ya he dicho, es difícil entender cómo un conocimiento innato de los carburadores y los trombones pudiera haber sido útil hace cientos de miles de años, antes de que se inventaran.

El aliado de Fodor, el científico cognitivo Mássimo Piatelli-Palmarini, reconoce que la teoría de los 50 kiloconceptos supone un problema, y ha elaborado un razonamiento que intenta conciliarla con la biología contemporánea.[20] (Noam Chomsky, que también piensa que los significados de las palabras son innatos, ha formulado una argumentación similar.)[21] Fijémonos en el sistema inmunológico, dice Piatelli-Palmarini. Los biólogos pensaban que los organismos eran «instruidos» para que tuvieran an-

19. Williams, 1966.
20. Piatelli-Palmarini, 1986, 1989.
21. Chomsky, 2000, págs. 65-66; véase también Chomsky, 1988, pág. 32.

ticuerpos contra las proteínas extrañas (antígenos) que llevan los patógenos y parásitos, quizá por algún proceso por el que los moldeables anticuerpos se moldeaban a sí mismos para enfrentarse a la forma de esas proteínas. Hoy sabemos que el sistema inmunológico produce millones de anticuerpos diferentes, como si de salchichas se tratara, incluidos los que se acoplan a las proteínas con las que nuestro cuerpo jamás se había encontrado y posiblemente nunca se encuentre (por ejemplo, al tejido del hígado del orangután, o a un parásito que únicamente se encuentra en África central). Nuestra respuesta inmunológica consiste en *seleccionar*, de ese vasto inventario, el anticuerpo preexistente que mejor se ajuste a un antígeno, para luego dejar que prolifere. (Todo anticuerpo se produjo originariamente a partir de elementos más simples, pero estos elementos no pueden «ver» a los antígenos extraños, y los anticuerpos iniciales se generan ciegamente a partir de ellos.) Así pues, el sistema inmunológico es adaptable e inteligente, pero no debido a una capacidad para ser instruido por el entorno. Al contrario, es innatamente derrochador, pero contiene las suficientes unidades distintas para que, cuando surge la necesidad, se puedan poner en marcha las adecuadas para un determinado entorno. Tal vez se pueda decir lo mismo del sistema neurobiológico que genera nuestros conceptos.

El problema de este razonamiento es que pasa por alto una diferencia fundamental entre el sistema inmunológico y el cerebro. Nuestras abundantes reservas de anticuerpos no son signo de que el cuerpo gaste sus recursos como si de un marinero borracho se tratara. Es una adaptación a la amenaza que suponen los innumerables microorganismos, malévolos y de rápida evolución, que nos rodean. Los organismos almacenan una gran reserva de anticuerpos, ya que cualquier ranura que pudiera producirse enseguida se convierte en el objetivo del oportuno germen. Es el mismo principio que hace que en los aeropuertos se registre, «con todo despilfarro», a todo el mundo, y no sólo a los jóvenes árabes. En el momento en que se dejara de registrar a las mujeres chinas mayores, Al Qaeda encontraría la forma de meter bombas en el bolso de esas mujeres.

Las exigencias de un sistema conceptual son completamente distintas. Lejos de tener que cubrir toda posibilidad concebible, nuestros conceptos han de ser limitados para evitar la inmensa mayoría de ellos, de modo que los niños puedan adivinar lo que significan las palabras a partir de unos

pocos ejemplos de su uso. El aprendizaje de las palabras es un problema de inducción tan escandaloso como la adquisición de la sintaxis o la práctica de la ciencia, porque hay un número infinito de generalizaciones, la mayoría de ellas equivocadas, que concuerdan lógicamente con cualquier muestra de experiencias. Cuando un conejo salta y una persona adulta dice «¡Gavagai!», *gavagai* podría significar «conejo», «conejería», «conejo saltarín» o «partes no separadas de conejo».[22] Cuando se muestra una esmeralda y el hablante dice «verde», podría significar «verde» o podría significar «verde antes del año 2020, o azul a partir de entonces» (también conocido como *verdul*). Si los niños estuvieran equipados con un inventario de conceptos tan despilfarrador como su inventario de anticuerpos, no sólo poseerían los conceptos innatos «conejo» y «verde», sino también los conceptos innatos «partes no separadas de conejo» y «verdul», y nunca darían con el significado correcto de las palabras.[23] Esto socava uno de los principales razonamientos de por qué *cualquier cosa* debe ser innata.

Antes de colocar palabras en un descomponedor de átomos para ver si se hacen añicos, permítame el lector que mencione un último problema conceptual del nativismo extremista. El problema es cómo ponemos a trabajar nuestros conceptos si, como dice Fodor, no tienen partes, como tantas piedrecitas. No sólo *tenemos* conceptos, sino que los *utilizamos*, y para que algo sea útil en una tarea compleja (una herramienta, un órgano, una pieza de *software*) tiene que estar compuesto de partes que dividan el trabajo y lleven a cabo unas subtareas más factibles. Si «fundir algo» significa «causar que algo se convierta en fundido», entonces podemos solucionar el problema de cómo piensan las personas con el concepto «fundir», empezando por examinar cómo piensan con el concepto «causar» —por ejemplo, cómo reconocen los niños los ejemplos de causalidad a partir de las trayectorias de un movimiento, y cómo razonan las personas que si X causa Y, Y no se habría producido de no ser por X—. Cada uno de estos problemas se puede abordar con mayor facilidad que el de establecer cómo funciona el concepto completo de «fundir», ya que éste incluye aquellos problemas y otros que les añade encima. Y lo que es más importante, una

22. Goodman, 1983; Quine, 1960.
23. Markman, 1989.

vez que se ha resuelto la psicología de la causalidad, la solución se aplica automáticamente a los miles de *otros* verbos que implican causalidad: «matar», «rebotar», «untar», etc. (pronto ampliaremos este tema). Y así sucesivamente en lo que se refiere a los otros componentes del significado. Pero si «fundir» sólo significa «fundir», es un misterio cómo reconocen los niños los ejemplos de este concepto y cómo razonan con él —y nos enfrentamos a 50.000 misterios similares—.[24] Al leer a Fodor, uno se da cuenta enseguida de que elude este problema, él, que parece satisfecho al explicar un concepto tecleando la palabra que lo define en casos y tipos de letra diferentes:

> La idea básica es que lo que hace de algo un pomo es, sencillamente, ser el tipo de cosa a partir de la experiencia con la que nuestro tipo de mente adquiere sin dificultad el concepto POMO. Y, al revés, lo que hace de algo el concepto de POMO es; simplemente, expresar la propiedad a la que nuestro tipo de mente se encierra a partir de la experiencia con buenos ejemplos de una *pomoidad* instanciada... lo que quiere decir que la *pomoidad* es la propiedad en la que uno queda encerrado cuando la experiencia con los típicos pomos causa el hecho de cerrar y lo hace *en virtud de las propiedades que tienen en cuanto típicos pomos.*[25]

Hay que reconocer que no son estas palabras una jerga ni una serie de circunloquios; Fodor hace un razonamiento filosófico coherente, aunque abstruso (que no voy a intentar explicar aquí). Pero cuando se trata de la psicología de los conceptos, la impresión de que Fodor está cometiendo un fraude es correcta: deja sin explicar cuáles son realmente las propiedades de la *pomoidad*, y cómo las personas las reconocen y razonan con ellas.

24. Originariamente, Fodor sugería recolocar ese tipo de información en «postulados del significado», pero parece que ha abandonado la idea; no se menciona en J. A. Fodor, 1981a, J. A. Fodor, 1998, ni en sus recientes escritos.

25. J. A. Fodor, 1998, pág. 137.

Éstos son algunos de los problemas teóricos del nativismo extremista. ¿Qué tienen que decir al respecto los hechos del lenguaje? Los lingüistas conocen muy bien un problema inmediato: la frontera entre los significados de las palabras de un solo morfema (que para Fodor son atómicas e innatas) y las palabras de varios morfemas (que para Fodor se componen de partes y así se aprenden, como se aprenden los significados de las frases y las oraciones) suele ser arbitraria. Y es que el mismo concepto se puede expresar con una palabra de varios morfemas en una lengua, y con una palabra de un solo morfema en otra, como veíamos en el capítulo anterior cuando observábamos que el concepto «causa» aparecía en diferentes ranuras lingüísticas. En inglés, por ejemplo, tenemos distintos morfemas para *see* (ver) y *show* (mostrar), *come* (venir) y *bring* (traer), *rise* (elevarse) y *raise* (levantar), *write* (escribir) y *dictate* (dictar). En hebreo la palabra para *mostrar* es *causar ver*, la palabra para *traer* es *causar venir*, la palabra para *levantar* es *causar alzarse*, y la palabra para *dictar* es *causar escribir*. Pero a nadie se le ocurriría decir que el concepto «traer» es innato a los ingleses y los estadounidenses, pero aprendido en el caso de los israelíes. (¿Y qué diríamos de las personas que hablan por igual inglés o hebreo?)

Incluso dentro de una misma lengua, un concepto puede pasar, con el tiempo, de multimorfémico a monomorfémico. De ahí proceden la mayoría de las formas irregulares: los hablantes ligan los morfemas, o los oyentes no consiguen discernirlos, y dos morfemas se funden en uno solo. *Made* (hizo) era antes *maked* (*make+ed*), la forma regular de pasado de los verbos ingleses; y *feet* (pies) era *foeti* (*fot* [foot] + *-i*).[26] Pero digo yo que el concepto de «hacer-en-el-pasado» o el de «más-de-un-pie» no pasarían de aprendidos a innatos entre los hablantes de la lengua inglesa en algún momento del período del inglés medio. En ejemplos más cercanos, vemos transiciones de palabras de varios morfemas a palabras de morfema único siempre que un invento se convierte en un lugar común: *refrigerator* → *fridge* (frigorífico); *horseless carriage* (coche sin caballos) → *car* (coche); *wireless* (sin hilos) → *radio*; *facsimile transmission* (transmisión facsímil) → *fax*; *electronic mail* (correo electrónico) → *email; personal computer* (ordenador personal) → *PC*. ¿Es que cada uno de estos conceptos despertó a

26. S. Pinker, 1999.

otro similar durmiente cuando la gente empezó a referirse a ellos con una sola palabra?

Todos estos hechos ponen de relieve una importante característica del diseño del lenguaje. La maquinaria de la sintaxis permite que las personas construyan conceptos complejos a partir de conceptos simples —por ejemplo, «quitar cafeína de»—, cuya interpretación depende del significado de las palabras, en este caso «quitar», «cafeína» y «de». (Fodor saca buen provecho de esta capacidad en otros ejemplos, cuando se enfrenta a sus oponentes empiristas, como los conexionistas.)[27] La maquinaria de la morfología (la compleja formación de las palabras) hace lo mismo, como en «descafeinado», cuyo significado se puede deducir de «des-», «cafeína» y –«ado». Pero Fodor insiste en que esta maquinaria debe detenerse ante la puerta de una palabra *sola* —que cuando las personas empiezan a utilizar «descaf» (sin registrar sus partes), es necesario sustituir un concepto que es innato por otro completamente distinto—. Y la facilidad con que se funde una palabra de un solo morfema demuestra que las lenguas no respetan el límite que Fodor traza.

Hay que reconocer que los conceptos realmente sombrean el significado en función de si se expresan como frases, como palabras complejas o como palabras sencillas. Por ejemplo, los componentes del significado de una palabra son más genéricos que los mismos componentes dentro de una frase. *Butter* (untar con mantequilla) no significa literalmente «aplicar mantequilla», sino sólo una sustancia parecida a la mantequilla, ya que se puede *butter your bread with cheap margarine* (untar el pan con margarina barata). Y los verbos epónimos como *gerrymander* (dividir injustamente para beneficiar a una de las partes), *bowdlerize* (expurgar) y *boycott* (boicotear) han sobrevivido mucho más que las personas que los inspiraron. Pero estos cambios se aplican sin excepción como una condición de la fraseidad o la palabraidad, por lo que no son idiosincrásicos de cada palabra (del mismo modo que uno puede untar el pan con margarina barata, puede *paper the walls* [empapelar las paredes] con planchas de vinilo). Y consisten en detalles o adendas a los significados originales, y no sustituciones completas, como «plátano» por «tranvía grande», que es lo que podría pasar si los significados de las palabras simples y complejas fueran átomos que no guardaran relación alguna.

27. J. A. Fodor y Pylyshyn, 1988.

Recordemos que Fodor sostiene que las palabras que expresan conceptos complejos no son más difíciles de usar y de aprender que las que expresan conceptos sencillos. Pero no es necesario que las palabras complejas siempre sean psicológicamente más difíciles porque, con la práctica, la mente ensambla paquetes de elementos para formar unos trozos, y a cada uno de ellos le asigna una única ranura en la memoria y en el procesado.[28] Así pues, es posible que el hablante no necesite más recursos mentales para usar el concepto «causar morir» que para usar el concepto «morir». Cuando un concepto excede el tamaño natural de un trozo en una fase del desarrollo, no hay duda de que los niños tienen mayor dificultad para aprenderlo.[29] El psicólogo Dedre Gentner, por ejemplo, analizó los verbos simples *dar* y *tomar*, los un poco más complejos *pagar* (dar dinero) y *comerciar* (dar X y recibir Y), y hasta los más complejos *gastar* (dar dinero y recibir X), *comprar* (recibir X y dar dinero) y *vender* (dar X y recibir dinero). A los niños les era más fácil representar los verbos simples que los más complejos, y los más complejos de todos eran también los más difíciles de todos, como era de esperar. Y los errores que cometían eran los de omitir algunos de los componentes del significado extra, como representar *vender* dando algo pero sin recoger el correspondiente dinero.[30] A veces podemos oír este aprendizaje parcial en los errores del habla de los niños, como cuando uno de 2 años de edad, que acompañaba a su madre a un cajero automático, le dijo: «¿Ahora compramos dinero?».[31]

El núcleo del razonamiento de Fodor es su ataque a las definiciones, que, según él, inevitablemente excluyen algo del significado del definendo (la palabra que se define). El problema de tal argumentación es que una definición (que hay que reconocer que siempre es incompleta) no es lo mismo que una representación semántica. Una definición es una explicación que el diccionario hace de una palabra, empleando para ello otras palabras, y cuyo objetivo es que la lea una persona, aplicando la totalidad de su inteligencia y de sus destrezas lingüísticas. Una representación semán-

28. Véase S. Pinker, 1989, cap. 7.

29. *Ibid.*

30. Gentner, 1975.

31. Agradezco el ejemplo a Katya Rice. Para más información al respecto, véase S. Pinker, 1989, cap. 7.

tica es el conocimiento que una persona tiene del significado de una palabra en una estructura conceptual (el lenguaje del pensamiento), procesada por un sistema del cerebro que manipula trozos de estructura conceptual y los relaciona con los sentidos. Las definiciones pueden permitirse ser incompletas, porque pueden dejar mucho a la imaginación del hablante de una lengua. Las representaciones semánticas tienen que ser más explícitas, porque *son* la imaginación del hablante de la lengua. El ataque de Fodor a las representaciones semánticas complejas se debe a que las confunde con las definiciones del diccionario.

Fodor trabaja con un solo ejemplo: el verbo transitivo *pintar* y su definición «cubrir de pintura una superficie»:

> Para empezar por lo más rudimentario, consideremos el caso en que la fábrica de pinturas explota y cubre de pintura al espectador. Sería divertido, pero no quiere decir que la fábrica de pinturas (o la explosión) pintara a los espectadores.[32]

Como él mismo reconoce de inmediato, se trata de un punto *muy* rudimentario, porque la representación semántica de «pintar» y otros verbos causativos normalmente exige un agente animado. (Una explosión en una granja no «unta de mantequilla las vacas», una explosión en la planta del 3-en-1 no «engrasa las bisagras», etc.) Quienes escriben los diccionarios no se detienen a explicar los detalles de todo esto, porque pueden contar con que los lectores los aportarán, pero ahí está la cuestión: los lectores *pueden* aportar ese fragmento de significado cuando descubren que *pintar* es un verbo causativo, porque la representación de su significado incluye el concepto de «agente de un suceso causal».

Y prosigue Fodor:

> Pensemos que Miguel Ángel, aunque fuera un agente, no fue pintor de brocha gorda. Concretamente, cuando cubría de pintura el techo de la Capilla Sixtina, no estaba pintando el techo; pintaba una imagen *en* el techo... Compárese con Tom Sawyer y su valla.[33]

32. J. A. Fodor, 1981a, pág. 286.
33. J. A. Fodor, 1981a, pág. 287.

Dejemos de lado el hecho de que mucha gente describe lo que hizo Miguel Ángel como «pintar el techo», una aplicación precisa de la regla locativa aplicada a «pintar una imagen en el techo». (Si se busca en el Google la frase «Miguel Ángel pintó el techo» aparecen cuarenta entradas, aunque hay que admitir que una de ellas sitúa el techo en la «Capilla Cisterna», y otra, en la «Capilla Dieciséis» (*sixteenth*, en inglés). Fodor señala que para que alguien pinte el techo, su intención primaria debe ser que se cubra el techo, no sólo que resulte que el techo acabe cubierto como un *efecto secundario* de alguna otra intención, en este caso inscribir una imagen. Se trata de un tema agudo, pero no tiene nada que ver con algún significado idiosincrásico del verbo «pintar». Como veíamos en el capítulo 2, es un requisito de *todos* los verbos de la construcción locativa del continente: todos especifican un cambio de estado efectuado intencionadamente sobre una superficie o un contenedor. (Una persona que, de camino hacia el pozo, se cae al lago no ha «llenado el cubo»; una persona que se cubre los hombros con una venda para mantener el calor no se ha «vendado los hombros», y así sucesivamente.) De modo que cuando Fodor se queja de que la definición «es un tanto peligrosa», ignora el hecho de que esta misma peligrosidad se aplicaría a miles de otros verbos, y se puede acabar con ella de golpe eliminando la intencionalidad de cada uno de ellos e insertándola *una vez* en conceptos más genéricos como «actuar», «causar» y «meta, objetivo» —los conceptos que Fodor niega que sean partes recurrentes de los significados de las palabras.

E insiste:

> De todos modos, esta definición tampoco funciona. Considérese, si no, que cuando Miguel Ángel metía el pincel en el azul celúreo, cubría de este modo la superficie del pincel con pintura, y lo hacía con la intención primaria de que el pincel estuviera cubierto de pintura como consecuencia de haberlo mojado como lo había mojado. PERO NO POR ELLO MIGUEL ÁNGEL ESTABA PINTANDO EL PINCEL.[34]

Y es verdad, pero la causa está en que el verbo «pintar» —como miles de otros verbos— distingue los medios de los fines, y el hecho de que Miguel

34. J. A. Fodor, 1981a, pág. 288.

Ángel mojara el pincel se interpreta como un medio, cuyo fin específico es adornar-la-superficie.

Después de estos tres ejemplos, Fodor espera que sus lectores pierdan la paciencia. «No sé adónde vamos a partir de aquí», suspira.[35] Al terminar la historia en este punto, uno nunca descubre que cada una de sus tres pegas —un agente animado, un efecto intencionado y una distinción entre los medios y el fin— no es, como exige la teoría del atomismo, una peculiaridad irreducible del verbo *pintar* y sólo *pintar*, sino una característica común de muchos verbos similares a *pintar*, exactamente lo que la teoría del atomismo prohíbe.

El lector me permitirá que termine la exposición sobre el nativismo radical con una división del átomo —demostrando que los verbos se componen de un número menor de partículas conceptuales—. En todo el capítulo 2 partía de esta idea, pero en vez de remitir de nuevo al lector a aquellos ejemplos, permítame que exponga una fisión particularmente elegante, basada en parte en la obra de Beth Levin.[36] Implica el tipo quintaesencial de verbo: verbos simples y transitivos de acción, en los que X hace algo a Y. Si *algunos* significados de los verbos son atómicos, éstos lo tienen que ser.

La rotura de los átomos se consigue disparando varias construcciones a los verbos transitivos, para después examinar los fragmentos que salen volando de la colisión. Se empieza con una construcción llamada conativa, del latín «intentar». La conativa representa la idea de que un agente intenta repetidamente incidir en algo pero con muy escaso éxito:

Mabel cut at the rope [compárese con *Mabel cut the rope*].
(Mabel cortó en la cuerda [compárese con «Mabel cortó la cuerda].)
She chipped at the rock.
(Ella quebrantó en la piedra.)

35. J. A. Fodor, 1981a, pág. 288.
36. Levin, 1985, 1993. Véase S. Pinker, 1989, págs. 104-109.

Vince hit at the dog.
(Vince dio un golpe en el perro.)
Claudia kicked at the wall.
(Claudia dio patadas en la pared.)

La preposición *at* (en) apunta al ente que aparece en el objetivo de la intención de la persona (obsérvese la extensión metafórica de *at* para indicar el objetivo de un movimiento físico, como en *Harry fired an arrow at the tree* [Harry disparó una flecha al árbol]). Como esperábamos, no todos los verbos pueden entrar en esta construcción, ni siquiera en el caso de que la construcción tuviera sentido. Todas las que siguen suenan mal:

**Nancy touched at the cat.*
(Nancy tocó en el gato.)
**Jeremy kissed at the child.*
(Jeremy besó en el niño.)
**Rhonda broke at the rope.*
(Rhonda rompió en la cuerda.)
**Joseph split at the wood.*
(Joseph partió en la madera.)

Así pues, la alternancia conativa se aplica a una clase de acciones mucho menor que aquellas que se pueden intentar. Funciona para verbos relacionados con cortar (*chip* [quebrantar], *chop* [cortar, picar], *cut* [cortar], *hack* [cortar a tajos], *slash* [acuchillar]) y los verbos referidos a golpear (*beat* [golpear], *bump* [darse], *hit* [dar un golpe], *kick* [dar patadas], *knock* [darse un golpe], *slap* [abofetear], *strike* [pegarle a], *tap* [dar un toque]), pero no para los verbos que significan tocar (*hug* [abrazar], *kiss* [besar], *pat* [dar palmaditas], *stroke* [acariciar], *tickle* [hacer cosquillas], *touch* [tocar]) o los verbos relacionados con romper (*break* [romper], *crack* [rajar, agrietar], *rip* [romper en pedazos, rasgar], *smash* [destrozar], *split* [partir]). Para decirlo de forma más sucinta, los verbos que reúnen los requisitos significan un tipo de movimiento que se traduce en un tipo de contacto.

Consideremos ahora una alternancia que se llama ascender-al-poseedor:[37]

37. Fillmore, 1967; D. Kemmerer, 2003.

Sam cut Brian's arm.
(Sam cortó el brazo de Brian.)
Sam cut Brian on the arm.
(Sam cortó a Brian en el brazo.)

Miriam hit the dog's leg.
(Miriam golpeó la pata del perro.)
Miriam hit the dog on the leg.
(Miriam golpeó al perro en la pata.)

Terry touched Mavis's ear.
(Terry tocó la oreja de Mavis.)
Terry touched Mavis on the ear.
(Terry tocó a Mavis en la oreja.)

Al igual que otras alternancias, la de ascender-al-poseedor implica un cambio gestáltico conceptual, en este caso entre construir a una persona como un tipo de alma que *posee* las partes de su cuerpo («Cortar el brazo de Brian») y construirla como una masa personificada que *es* las partes de su cuerpo («Cortar a Brian»).[38] Con la primera construcción, uno bien podría preguntar quién es «Brian» o dónde está, si se le puede cortar cualquiera de sus partes —las extremidades, la cabeza, el tronco— sin cortar al propio Brian. Con la segunda, uno puede cortar a ese tipo en la cabeza o el pecho y hasta en un dedo del pie, y en todos los casos se está cortando a Brian, y no una parte del cuerpo. Aquí se muestra claramente el dualismo mente-cuerpo, cuando se intenta usar la construcción con objetos insensibles, y no cuerpos. No se puede decir *The puppy bit the table on the leg* (El cachorro mordió la mesa en la pata), *Sam touched the library on the window* (Sam tocó la biblioteca en la ventana) ni *A rock hit the house on the roof* (Una piedra golpeó la casa en el tejado) porque, a diferencia de los cuerpos, los objetos no se piensan como dotados de una sensibilidad unificada que cubre cada una de sus partes.[39]

38. Para pruebas de que la distinción está en todo razonamiento humano, véase Bloom, 2003.

39. Wierzbicka, 1988b.

Pero la razón de que me refiriera al ascender-al-poseedor no es el modelo que encarna, sino su elegibilidad entre los verbos. Algo hay de extraño en frases como *James broke Thomas on the leg* (James rompió a Thomas en la pierna) o *Hagler split Leonard on the lip* (Hagler partió a Leonard en el labio). El ascender-al-poseedor sólo está disponible en los verbos referidos a golpear y cortar, no en los que significan romper. El denominador común es que el verbo debe especificar un tipo de contacto físico.

Y hablando del contacto físico, ahí va una alternancia que es similar a la locativa:

I hit the bat against the wall.
(Golpeé el bate contra la pared.)
I hit the wall with the bat.
(Golpeé la pared con el bate.)

She bumped the glass against the table.
(Ella golpeó el vaso contra la mesa.)
She bumped the table with the glass.
(Ella golpeó la mesa con el vaso.)

Una vez más, algunos verbos se niegan a pertenecer a un club que tenga como miembros a palabras como ellos:

I cut the rope with the knife.
(Corté la cuerda con el cuchillo.)
**I cut the knife against the rope.*
(Corté el cuchillo contra la cuerda.)

They broke the glass with the hammer.
(Rompieron el cristal con el martillo.)
**They broke the hammer against the glass.*
(Rompieron el martillo contra el cristal.)

She touched the cat with her hand.
(Ella tocó el gato con la mano.)
**She touched her hand against the cat.*
(Ella tocó la mano contra el gato.)

(Evidentemente pasamos por alto las lecturas en que el cuchillo se corta, el martillo se rompe y la mano se toca.) En este caso, los verbos que significan golpear pueden entrar en la alternancia, pero no los verbos relativos a romper o tocar. Dicho de mejor forma, ocurre que los verbos participantes implican un movimiento seguido de un contacto, pero no un movimiento seguido de un contacto seguido de un efecto específico (un corte, una rotura), ni un contacto sin un previo cambio de ubicación (como en tocar).

Nuestro proceso de fisión exige cinco disparos al átomo; tenga el lector la bondad de esperar conmigo el análisis de los dos últimos. Una construcción llamada la voz media especifica la facilidad con que se puede ejecutar una acción sobre algo, como en *This glass breaks easily* (Este vaso se rompe fácilmente) y *This rope cuts like a dream* (Esta cuerda corta como un sueño).[40] Una vez más, determinados verbos no pueden tomar parte en ella:

**Babies kiss easily.*
(Los bebés besan fácilmente.)
**The dog slaps easily.*
(El perro abofetea fácilmente.)
**This wire touches easily.*
(Este cable toca fácilmente.)

La voz media se aplica a verbos que denotan un efecto específico de alguna causa, lo cual ocurre con romper y cortar, pero no con besar, abofetear y tocar. Si no hay efecto, no hay media.

Por último, está la alternancia anticausativa, que convierte un verbo transitivo en intransitivo expulsando para ello al agente causal. Se diferencia de la voz media porque describe un suceso real en el que un objeto experimenta un cambio, más que la propiedad genérica de la facilidad con que se somete al cambio. Por ejemplo, con un verbo transitivo como *Jemina broke a glass* (Jemina rompió un vaso) (un causativo), se puede usar el correspondiente intransitivo, como *At 3 o'clock, the glass broke* (A las 3.00, el vaso se rompió). Pero no todos los verbos causativos convienen en despojarse de su agente.

40. Keyser y Roper, 1984.

**Sometime last night, the rope cut.*
(En algún momento de anoche, la cuerda cortó.)
**Earlier today, Mae hit* (en el sentido de «*Mae was hit*» [Mae fue golpeada]).
(Hoy a primera hora, Mae golpeada.)
**At 3 o'clock, Clive touched* (en el sentido de «*Clive was touched*» [Clive fue tocado]).
(A las 3.00, Clive tocado.)

La anticausativa acepta verbos que especifican un determinado efecto, pero sólo si denotan *nada sino* un efecto. En este sentido, son más restrictivos que los verbos que pueden ir en la voz media, donde se pueden especificar no sólo un efecto, sino los medios para conseguirlo (como cortar).

Mi tesis —y realmente tengo una— es que estas alternancias clasifican de modo transversal los sencillos verbos de acción desde la perspectiva de los componentes de significado que comparten, definiendo así una familia de microclases que se entrecruzan. Véase el siguiente resumen (donde los verbos que se niegan a entrar en una alternancia están señalados con un asterisco):

Alternancia	*Microclase*	*Ejemplos*
Conativa	Movimiento, contacto	*hit* (golpear), *cut* (cortar), **break* (romper), **touch* (tocar)
Ascender-al-poseedor	Contacto	*hit* (golpear), *cut, *break, touch*
Locativa de contacto	Movimiento, contacto, sin efecto	*hit*, **cut, *break, *touch*
Media	Efecto	**hit*, *cut* , *break, *touch, *hit, *cut*
Anticausativa	Efecto, sin contacto, sin movimiento	*break*, **touch*

La tabla insinúa una estructura profunda que explica por qué los miembros se sitúan cuidadosamente en filas y columnas. Una estructura que se puede mostrar si se redispone la tabla con el verbo, y no con la construcción:

hit (golpear):	movimiento, contacto
cut (cortar):	movimiento, contacto, efecto
break (romper):	efecto
touch (tocar):	contacto

Lo particularmente elegante de la tabla es que los verbos parten de una misma reserva de conceptos, y ninguno de éstos se manipuló para explicar los requisitos de entrada para una sola construcción. Al contrario, unos pocos conceptos seguían reapareciendo en diferentes verbos y diferentes construcciones. El mismo concepto de «contacto» que marca los verbos que experimentan el ascenso-al-poseedor *también* contribuye a marcar los verbos que entran en la conativa, la locativa de contacto y (por su ausencia) la anticausativa. El mismo concepto de «efecto» que distingue *cut* (cortar) de *hit* (golpear) también distingue *touch* (tocar) de *break* (romper); el mismo concepto de «movimiento» que distingue *hit* de *touch* también contribuye a distinguir *cut* de *break*. Ningún verbo necesita un componente de significado hecho a su medida exclusivamente, al menos no para distinguir las construcciones en las que puede entrar. (Naturalmente, muchos verbos, como *kiss* [besar] y *chip* [quebrantar] y *snap* [cerrar de un golpe] tienen realmente un cariz exclusivo, pero éste no agota el significado del verbo ni afecta a su comportamiento sintáctico.)

Lo que vemos en estos fragmentos surgidos de la explosión es un sistema de significado combinatorio dentro del verbo. Los elementos que separan los verbos en alternancias no son marcadores arbitrarios, como los marcadores del género o del caso declinativo del latín, porque determinan las situaciones del mundo real en que los hablantes emplean los verbos. Por ejemplo, es el componente «movimiento» de *hit* el que descarta el uso del verbo para describir el hecho de causar un moretón al apoyarse en el brazo de alguien incrementando paulatinamente la presión, y la ausencia de «movimiento» en *break* nos permite decir *Sy broke the bicycle* (Sy rom-

pió la bicicleta) aunque Sy no le diera un mazazo sino que, sencillamente, pesaba demasiado para esa bicicleta. Estas condiciones tampoco son una mera parte de nuestro sistema de razonamiento («postulados del significado»), porque rigen la forma en que los verbos entran en las construcciones sintácticas (una parte del motor del lenguaje), y no son simples inferencias prácticas.

En resumen: conceptos como «movimiento», «contacto» y «causa-y-efecto», dividen los verbos en clases que se entrecruzan y, por consiguiente, tienen que ser componentes de los significados de los verbos. Esto implica que las palabras *tienen* componentes de significado, lo que supone que no necesitan ser innatas. Y si *hit* y *cut* y *break* no son innatos, es mucho más improbable que lo sean «trombón» y «carburador», la cual es una buena conclusión a la que llegar. Corrobora las sospechas sobre la naturaleza de los conceptos que el sentido común y la biología evolutiva hacían que albergáramos. Y estimula nuestra confianza en que conceptos como «causa» y «movimiento» son realmente componentes básicos de nuestra caja de herramientas cognitiva. Y demuestra que decir que algunos conceptos son básicos, y posiblemente innatos, no es ninguna ladera resbaladiza que nos lleve a decir que *todos* los conceptos son básicos e innatos.

La pragmática radical

Si cabe imaginar una teoría que sea tan opuesta como sea posible al nativismo extremista, bien pudiera ser la pragmática radical. Su desacuerdo con la semántica conceptual no está en si las representaciones mentales de los significados de las palabras son innatas, ni en si son atómicas, sino en si realmente existen. El lema de la pragmática radical pudiera ser una cita de William James: «Una "idea" o representación permanentemente existente, que hace su aparición ante las candilejas de la conciencia a intervalos periódicos, es un ente tan mitológico como la jota de picas».[41]

41. W. James, 1890/1950, cap. 9. La cita original empleaba la palabra alemana *vorstellung*, un término familiar en la psicología de la época; lo he traducido por «representación».

Según la pragmática radical, una estructura conceptual permanentemente existente y que subyace a los significados de una palabra, también es tan mítica como la jota de picas, porque las personas pueden emplear una palabra para referirse a casi cualquier cosa, en función del contexto. Tal vez no con la misma libertad que en la lengua «rigeliana» de la tira cómica *Monty*:

Pero ésta es la idea general. El matiz con que las personas emplean las palabras, según la pragmática radical, exige una forma de entender el lenguaje y el pensamiento muy distinta a la de la imagen de un diccionario, con fragmentos de la estructura conceptual colgando de cada entrada.

«Pragmática radical» suena como un oxímoron, pero se refiere a la rama de la lingüística llamada pragmática, el estudio de cómo se emplea el lenguaje en su contexto y a la luz de los conocimientos y las expectativas de quienes conversan. La pragmática *radical* es el bloque imperialista de este campo, que intenta explicar tantos fenómenos de la lengua como sea posible en esos términos.[42] El nombre lo acuñó Geoffrey Nunberg, lingüista conocido de muchos estadounidenses por sus comentarios sobre el lenguaje que se emplea en la prensa y la radio.[43] Otros pragmatistas radicales son el antropólogo Dan Sperber y la lingüista Deirdre Wilson, la psicolingüista Elizabeth Bates, y los miembros de las escuelas de ciencia cognitiva conocidas como conexionismo y sistemas dinámicos.[44] Los defensores de estas escuelas son los Trampolines más elásticos, y en

42. Cole, 1981; Nunberg, 1979; Sadock, 1984; Sperber y Wilson, 1986.

43. Nunberg, 2006.

44. Bates, 1976; Bates y MacWhinney, 1982; McClelland y Kawamoto, 1986; L. Smith y Thelen, 1993.

este mismo apartado, más adelante, analizaré un modelo conexionista que demuestra lo radical que puede llegar a ser la pragmática radical.

La piedra clave de la pragmática radical es el fenómeno que muestra la tira de *Monty*: la polisemia, que significa «muchos significados».[45] Polisemia se refiere a que una palabra tiene un número de significados distintos pero relacionados, y es diferente de otras dos formas en que un sonido puede tener múltiples significados.

En la homonimia (mismo nombre), una única palabra tiene varios significados que no guardan relación alguna. Normalmente aparece cuando una palabra ancestral echa brotes de significados nuevos en la historia de una lengua, y los hablantes actuales no retienen ninguna imagen de la conexión originaria. Por ejemplo, la palabra *odd* (raso, desparejado, excepción, impar) originariamente se refería a algo que sobresalía, como el vértice de un triángulo. Luego se extendió para referirse a algo que metafóricamente sobresaliera por ser inusual, y después se extendió más aún para referirse a un número de cuyas dos unidades sobresalía una.

La polisemia también es distinta de la homofonía (mismo sonido), en la cual diferentes palabras se pronuncian del mismo modo, generalmente porque sus pronunciaciones originarias confluyeron en el transcurso de la historia de una lengua. Por ejemplo, *four* (cuatro) y *fore* (lugar preponderante, la proa del barco) suenan hoy de la misma forma, pero al principio *four* rimaba con *tour* (viaje, gira), y *fore*, más o menos, con *flora* (flora); en la grafía de estas palabras encontramos restos de sus antiguas pronunciaciones. La homonimia y la homofonía se usan a menudo en los juegos de palabras, como en la insulsa adivinanza sobre cómo se puede demostrar que un caballo tiene un número infinito de patas:

> Los caballos tienen un número par (*even*) de patas. Detrás tienen dos, y delante tienen *fore-legs* (patas de delante, pero *fore* suena igual que *four*). Eso suma seis patas, que sin duda es un número de patas raro (*odd*) para un caballo. Pero el único número que es a la vez par (*even*) e impar (*odd*) es el infinito. Por consiguiente, los caballos tienen un número infinito de patas.[46]

45. Apresjan, 1973; R. Jackendoff, 1990; Lehrer, 1990; Nunberg, 1979; Ostler y Atkins, 1992; Pustejovsky, 1995; Wierzbicka, 1988b.

46. Del programa «Fortunes» de Unix 4.2.

Con la polisemia, por el contrario, los sentidos de una palabra están tan estrechamente unidos que se requiere un lingüista o algún estudioso de la inteligencia artificial para distinguir la diferencia. Ahí van algunos ejemplos:

- *chicken* se puede referir a un tipo de animal (*Why did the chicken cross the road?* [¿Por qué cruzó el pollo la carretera?]) o a un tipo de carne (*Try it, it tastes like chicken* [Pruébalo, sabe a pollo]).
- *newspaper* se puede referir a una organización (*Jill works for a newspaper* [Jill trabaja para un periódico]) o a un objeto (*Here squish the roach with this newspaper* [Aplasta la cucaracha con el periódico]).
- *book* se puede referir a un cuerpo de información (*Abe's book is unconvincing* [El libro de Abe es poco convincente]) o a un objeto físico (*Abe's book weighs five pounds* [El libro de Abe pesa cinco libras]).
- *window* se puede referir a un cristal (*She broke the bathroom window* [Ella rompió el cristal del cuarto de baño]) o a una abertura (*She came in through the bathroom window* [Ella entró por la ventana del cuarto de baño]).
- *monkey* se puede referir a una especie (*Monkeys live in trees* [Los monos viven en los árboles]) o a un individuo (*Monkeys have taken over the island* [Los monos se han adueñado de la isla]).
- *France* se puede referir a una entidad política (*France is a republic* [Francia es una república]), a los líderes de esa entidad (*France defied the United States* [Francia desafió a Estados Unidos]) o a un determinado terreno (*France has two mountain ranges* [Francia tiene dos cordilleras]).
- *construction* se puede referir a un suceso (*The construction took nine months* [La construcción llevó nueve meses]), a un proceso (*The construction was long and noisy* [La construcción fue larga y ruidosa]), a un resultado (*The construction is on the next block* [La construcción está en la siguiente manzana]) o a un modo (*The construction is shoddy* [La construcción es una chapuza]).

De un modo u otro, construimos automáticamente el significado adecuado de una palabra polisémica, en función de su entorno en la frase y en la conversación o el texto. Normalmente, las personas no se percatan de la

facilidad con que cambian de un significado polisémico a otro, hasta que oyen cómo chocan en un tipo de juego de palabras denominado zeugma (o silepsis), donde se yuxtaponen dos sentidos opuestos. Entre los ejemplos está el de Benjamin Franklin: «Debemos mantenernos juntos (*hang together*), de lo contrario nos colgarán (*hang*) por separado»; el de Charles Dickens: «Llegó a casa en un mar de lágrimas y en una silla de manos»; y el de Groucho Marx: «Se puede vivir (*leave* por *live*) en un taxi. Si no se consigue un taxi, se puede salir (*leave)* enfadado (*huff*). Si es demasiado pronto, se puede salir (*leave*) en una hora y media (*huff* por *half*)». Y en ocasiones un hablante llamará la atención sobre la polisemia para hacer una puntualización, como cuando en *Sin novedad en el frente* le dicen a un soldado que una guerra empieza cuando un país insulta a otro y él contesta: «No lo creo. Una montaña alemana no puede insultar a una montaña francesa, o a un río, un bosque o un trigal».[47] Pero lo más habitual es que los sentidos polisémicos se mezclen sin tener que asombrarse:

Yeats did not enjoy hearing himself read aloud.
(A Yeats no le gustaba oírse leído [o corregido] en voz alta.)
The Boston Globe *decided to change its size and typeface.*
(El *Boston Globe* decidió cambiar de formato y de tipo de letra [o caracteres].)
Don't worry about that review: tomorrow it will be wrapping fish.
(No te preocupes por la revista [o crítica]: mañana servirá para envolver pescado.)
Sally's book, which would make a good doorstop, is full of errors.
(El cuaderno [o libro] de Sally, que serviría perfectamente como tope de la puerta, está lleno de errores.)
The chair you're sitting in was common in nineteenth century parlors.
(La silla en la que estás sentado era habitual [o vulgar] en los salones decimonónicos.)
The window was broken so many times that it had to be boarded up.[48]

47. De la novela de Erich Maria Remarque, citado en Niall Ferguson, *The War of the World*, Nueva York, Penguin, 2006 (trad. cast.: *La guerra del mundo*, Barcelona, Debate, 2007).

48. Los ejemplos son de Nunberg, 1979.

(La ventana se rompió tantas veces que hubo que taparla con tablas [o subirla a bordo].)

La polisemia está por doquier. Una «película triste» entristece, pero una «persona triste» ya se entristeció. Cuando se empieza una comida, se come (o, si se es el cocinero, se prepara), pero cuando se empieza un libro, se lee (o, si se es el autor, se escribe). Lo que hace que algo sea un *buen* coche es diferente de lo que hace que un filete, un marido o un beso sean buenos. Un coche «rápido» se mueve deprisa, pero un «libro rápido» no tiene por qué moverse (simplemente se puede leer en poco tiempo), y un «conductor rápido», una «carretera rápida», un «mecanógrafo rápido» y hasta una «cita rápida», son todos rápidos, pero de modo distinto.

Incluso algo tan concreto como una palabra que significa color puede cambiar como un camaleón. «Rojo» se refiere a muy distintas tonalidades cuando modifica la uva, un atizador caliente, la carne de los ungulados, el cabello, o la cara de alguien que se da cuenta de que ha estado dando clase con la bragueta abierta. Esta circunstancia inspiró un poema que me pasó Saroja Subbiah, y que circulaba entre el personal maorí de una oficina gubernamental de Nueva Zelanda:

Querido compañero blanco
cuando nazco, soy negro
cuando crezco, soy negro
cuando enfermo, soy negro
cuando salgo al sol, soy negro
cuando tengo frío, soy negro
cuando siento miedo, soy negro
y cuando me muero, sigo siendo negro.

Pero tú, compañero blanco
cuando naces, eres rosa
cuando creces, eres blanco
cuando enfermas, eres verde
cuando sales al sol, te pones rojo
cuando tienes frío, te pones azul
cuando sientes miedo, eres amarillo
y cuando mueres, eres gris
¿y tienes la cara de llamarme «de color»?

Ocurre a menudo que la polisemia surge cuando una palabra se usa para referirse a algo que está meramente asociado con su referente habitual, un dispositivo llamado metonimia. Se puede decir que *Suzie is parked out back* (Suzie está aparcada al fondo) o que *Bradley was rear-ended by a bus* (Un autobús le dio a Bradley en la parte trasera), usando los nombres para referirse a sus coches, o *Put Chomsky on the Linguistics shelf* (Pon a Chomsky en el estante de Lingüística) y *You can find Hitchcock at the back of the store* (Encontrarás a Hitchcock al fondo de la tienda), refiriéndose a sus obras. También nos podemos referir a las personas utilizando sus partes y sus propiedades, como cuando una enfermera dice *The gall bladder in 220 needs his dressing changed* (El de la vesícula biliar de la 220 necesita que se le cambie el apósito) o una camarera le dice a otra *The ham sandwich wants his check* (El del bocadillo de jamón quiere la cuenta).[49]

¿Qué hacemos con este aparente caos semántico? Según la pragmática radical, la interpretación es un proceso distendido, que muy oportunamente se aprovecha de todas y cada una de las cosas que la persona sabe acerca del mundo y el público actual. Y los que llamamos «significados de las palabras» no son entradas diferenciadas de un diccionario, mental o de otro tipo, sino patrones de asociación entre los sucesos estereotipados y sus participantes típicos. De esta forma, los oyentes pueden retorcer y configurar las palabras de una oración para ajustar sus asociaciones de la forma que sea, para producir el mensaje más probable que un hablante en esa situación querría decir.

La pragmática radical tiene un fondo de verdad en lo relativo a la *referencia*, la forma en que las palabras pueden referirse a las cosas del mundo. Si la expresión «bocadillo de jamón» se puede referir al señor que está sentado a la barra donde se sirven comidas, parece que cabe albergar pocas esperanzas de que se haga realidad el sueño del estudioso de la lógica de que las expresiones de una lengua se pueden delimitar en estados del mundo de acuerdo con un conjunto inamovible de indicadores. Pero la pregunta que nos interesa es si la pragmática radical está en lo cierto en lo que se refiere a la mente humana. La afirmación de que una palabra carece de una precisa representación mental sin duda contradice la imagen de una

49. Nunberg, 1979.

lengua que surgió de nuestra observación de las alternancias verbales, donde vimos tres muestras de nitidez.

En primer lugar, las personas renuncian a lo que perfectamente pudieran ser usos inteligibles de los verbos, como *He clogged hair into the sink* (Él atascó pelos en el lavabo), *She yelled him her order* (Ella le gritó lo que quería para comer), *We melted at the butter* (Nos derretimos en la mantequilla) y *I broke him on the arm* (Le rompí en el brazo). Si la mente está satisfecha con cualquier cosa que tenga sentido en su contexto, ¿por qué estas frases huelen a error gramatical?

En segundo lugar, veíamos que los límites que delinean el uso de los verbos son cortes quirúrgicos dentro de clases de sucesos similares; no se limitan a merodear entre estereotipos.[50] Cuando pienso en el escenario de la vida cotidiana, por ejemplo, poner agua en un vaso, mi mente tiene una imagen bien detallada: una persona sedienta que se dirige a un grifo con lo que sin duda es un vaso en la mano, y abre el grifo para que el agua fluya a su interior pero sin que se colme. Pero cuando *hablo* del escenario, la mayor parte de esos detalles desaparecen, dejando tras de sí uno o varios cadáveres. Si utilizo el verbo *pour* (verter), mi campo de visión se estrecha para centrarse en cómo se causa que el agua se mueva, ignorando su destino; ésta es la razón de que podamos decir *pour the water* (vierte el agua), pero no *pour the glass* (vierte el vaso). Pero si empleamos el verbo *fill* (llenar), mi campo de visión se ajusta al resultado de llenar el vaso, ignorando la trayectoria del agua; por esto decimos *fill the glass* (llena el vaso), pero no *fill the water* (llena el agua). Hasta la clase más simple de verbos transitivos de acción, que acabamos de ver, se entrecruzan con unas agudas incisiones, de manera que *cut* (cortar), *break* (romper), *touch* (tocar) y *hit* (golpear) se sitúan en diferentes zonas semánticas. Cada verbo apunta directamente a un aspecto o unos aspectos necesarios de un suceso (la causalidad, el movimiento, el contacto) y pasa por alto los demás, por mucho que se asocien en nuestra experiencia. Ocurre todo lo contrario de lo que sucede con los estereotipos de las situaciones típicas que, según la pragmática radical, gobiernan el uso que hacemos del lenguaje.

En tercer lugar, las incisiones entre las clases no sólo envuelven grupos de características firmemente unidas (rápido, lento, húmedo, seco, volun-

50. Véase S. Pinker, 1989, págs. 107-109, 269-278, 372-373.

tario, etc.), sino que están determinadas por unas fórmulas con una estructura sintáctica y algebraica.[51] «Cortar», por ejemplo, no sólo exige un movimiento, un contacto y un efecto en cualquier combinación. (Mover un huevo y ponerlo en contacto con una sartén caliente, causar que el huevo se abra, no es lo mismo que «cortar un huevo».) Al contrario, el movimiento debe incluir un contacto de la acción de cortar con el huevo *seguido de* su movimiento a través de la superficie del huevo, cuyo *resultado* es el corte. Además, las clases de palabras son algebraicas en el sentido de que exigen unas variables en las distintas ranuras. Pensemos lo que cuesta determinar el denominador común de una microclase, como los verbos referidos a los modos-de-hablar. ¿Qué tienen en común *whisper* (susurrar), *mumble* (farfullar), *shout* (gritar), *purr* (revelar), *yammer* (refunfuñar), etc.? No un modo *determinado*, porque cualquier modo serviría. Tampoco puede estar el denominador común en los modos en general, porque no hay ninguno: las características de susurrar y refunfuñar quedan anuladas por las características de chillar y gritar. No, los verbos de la clase simplemente tienen que especificar *algún* modo, *cualquier* modo. Esto significa que la caracterización de la clase debe ser algo parecido a «Todos los verbos deben contener en sus definiciones la afirmación "modo = x"» —una definición de una definición—. Esto da a entender cuán lógicamente sofisticada debe de ser la representación de los significados de una palabra, y siembra la duda sobre la idea de que se trata de un enredo poco complicado de asociaciones.

Así pues, si los verbos y las construcciones pueden ser tan precisos, ¿cómo explicamos el caótico mundo de la polisemia? Resulta que la polisemia no es más caótica que otras partes de la lengua. Surge de una interacción de las formas memorizadas y las operaciones combinatorias, los dos principales ingredientes de la lengua (y tema de mi libro *Words and Rules*).

Una vez puesta de manifiesto la extensión de la polisemia en el lenguaje, los lingüistas empezaron a buscar ejemplos, y hoy distinguen entre

51. Véase S. Pinker, 1989, págs. 107-109, 269-278, 372-373.

polisemia regular e irregular, una diferencia análoga a la que se da entre las reglas de inflexión regulares y las irregulares.[52] Las formas irregulares, como *come-came* (venir-vino) y *mouse-mice* (ratón-ratones), son idiosincrásicas y se deben memorizar individualmente; las formas regulares, como *walk-walked* (andar-anduve) y *cat-cats* (gato-gatos), son predecibles y se pueden generar con una regla. Algunos sentidos de las palabras polisémicas son impredecibles como inflexiones irregulares, y es posible que, sencillamente, haya que memorizarlos. La persona descubre que la palabra inglesa *red* (rojo) significa «el color de los coches de bomberos», lo cual se archiva como una definición en el diccionario mental y, en otra ocasión, descubre que puede significar «el color del pelo de Lucille Ball», lo cual se archiva como una segunda definición. Esto requiere adscribir muchas definiciones al léxico de la persona, pero ya sabemos que la memoria para las palabras tiene mucha cabida —de 50 a 100.000 palabras y, probablemente, otros tantos modismos—, de manera que unas pocas definiciones más para muchas de ellas no significa que sean muchas para recordar. Es evidente que *alguien* tuvo que ser lo bastante ágil para darle a una palabra un sentido nuevo por vez primera, y que otros tuvieron que deducir el significado cuando el innovador soltó esa palabra por primera vez ante los demás. Pero es posible que el resto hayamos memorizado los frutos de su creatividad, y no necesitemos recapitularlos en cada momento. Vimos esta división de tareas en el capítulo anterior, cuando comparábamos los «lenguajes inteligentes» con los «hablantes inteligentes».

La razón de que pensemos que muchos significados polisémicos se memorizan y no se amplían a medida que surge la necesidad es que son *convencionales* —son prácticas arbitrarias de una comunidad de lenguaje, que ni se pueden deducir ni son universales—. La lengua inglesa puede emplear *red* (rojo) para denominar un color natural del cabello, pero otras lenguas, como la francesa, reservan una palabra particular para denotar lo mismo (*roux*), del mismo modo que en inglés nos referimos al pelo de Marilyn Monroe como *blonde* (rubio) y no *yellow* (amarillo). Otras palabras para el color del pelo —*platinum* (platino), *ash* (ceniza), *strawberry* (fresa), *chestnut* (castaño), *brunette* (moreno), *auburn* (caoba)— se deben apren-

52. Apresjan, 1973; R. Jackendoff, 1990; Klein y Murphy, 2001; Lehrer, 1990; Ostler y Atkins, 1992; Pustejovsky, 1995.

der de una en una (una rubia fresa, por ejemplo, no es el color de la fresa), entonces ¿por qué no este sentido de *red* (rojo)? Lo mismo ocurre con las palabras que denotan el color de la piel, como nos recuerda el poema «Compañero Blanco»: es una convención, y no la visión del color, la que nos dice que un caucásico enfermo está *green* (verde), que el helado de frío está *blue* (azul), y que quien tiene miedo está *yellow* (amarillo).

Otro tipo de pruebas de que los sentidos polisémicos se adquieren con la simple exposición procede de la estadística del lenguaje: cuanto más frecuente es una palabra, más polisémica es, y viceversa.[53] Por ejemplo, el verbo común *set* (poner, preparar, establecer, etc.) (que aparece 372 veces por cada millón de palabras) tiene más de ochenta definiciones en el diccionario; el verbo menos común *sever* (cortar, etc.) (9 por millón) tiene cuatro, y el verbo raro *senesce* (envejecer) (menos de 1 por millón), tiene sólo una. Esto precisamente es lo que cabría esperar si las palabras por defecto son precisas en el significado, y acumulan diferentes sentidos mediante exposiciones separadas, pero lo contrario de lo que cabría esperar si las palabras por defecto son de significado confuso, y se perfilan con mayor exactitud mediante exposiciones adicionales a través de la formación en el discernimiento.

Los experimentos de laboratorio también indican que los significados de muchas palabras polisémicas están relacionados en el cerebro como sentidos separados. Los psicólogos Devrah Klein y Gregory Murphy aplicaron una técnica popular de la psicolingüística experimental llamada «cebar», con la cual la presentación de una palabra a una persona la activa en la mente de ésta, facilitándole así que reconozca la palabra (y las palabras relacionadas con ella) en unas pocas décimas de segundo.[54] Klein y Murphy mostraban durante un instante un sustantivo polisémico como *paper* (papel o periódico), acompañado de un modificador que limitaba el significado, por ejemplo *wrapping paper* (papel de envolver). Ésta era la palabra cebo, y la pregunta era qué cebaba exactamente en la mente de quien observaba la palabra: este sentido concreto solo, o algún núcleo semántico de la palabra que abarca todos sus posibles sentidos polisémicos. Para averiguarlo, Klein y Murphy mostraban de nuevo el sustantivo con

53. Baayen y Moscoso del Prado Martín, 2005.
54. Klein y Murphy, 2001.

un modificador distinto, bien uno que fuera compatible con el sentido original, como *shredded paper* (papel cortado en tiras), bien uno con un sentido incompatible, como *liberal paper* (papel liberal). Se controlaba el tiempo que los participantes en el experimento invertían en averiguar el significado de la segunda expresión y pulsaban un botón si tenía sentido. Los participantes eran más rápidos y más precisos cuando la expresión se había cebado simplemente con el mismo sentido de la palabra (como en «papel de envolver»... «papel en tiras») que cuando se había cebado con un sentido distinto de la palabra (como en «papel de envolver»... «papel liberal»). Esto indica que, para muchas palabras polisémicas, cada sentido es una unidad separada en el cerebro, que puede activarse y desactivarse independientemente de los otros sentidos. Una reciente ampliación de la técnica del cebado, utilizando la magnetoencefalografía para medir más directamente la actividad del cerebro, apunta a la misma conclusión.[55]

Lo contrario de la polisemia irregular es la polisemia regular, donde familias enteras de palabras adquieren sentidos nuevos de una sola vez, y no tienen que ser memorizadas una tras otra. Algunos ejemplos de polisemia son tan regulares que no requieren en absoluto la multiplicación de los significados de la palabra, sino tan sólo un analizador más complejo para las palabras con que se combinan. Pensemos en el adjetivo *good* (bueno), que significa cosas muy distintas en *a good knife* (un buen cuchillo), *a good wife* (una buena esposa) y *a good life* (una buena vida). ¿Quiere decir esto que *good* tiene múltiples significados? Sólo si el intérprete del lenguaje en el cerebro interpreta estúpidamente una expresión fijándose en la intersección de cada uno de sus componentes, como ocurre con las cosas del mundo que son a la vez «cuchillos» y «buenas cosas». Un intérprete más incisivo podría mover una sonda en el interior del sustantivo y sonsacar el componente del significado que está modificado por *good* (bueno), separándolo del tener que cargar la palabra *good* con montones de significados.

¿Cuál es este componente del significado? El lingüista informático James Pustejovsky sostiene que Aristóteles estaba en lo cierto al proponer que la mente comprende todo ente desde la perspectiva de cuatro causas: quién o qué lo hizo; de qué está hecho; qué forma tiene; y para qué sir-

55. Pylkkänen, Llinás y Murphy, 2006.

ve.[56] El intérprete de adjetivos como *good* (bueno) y *fast* (rápido) (*a good road* [una buena carretera], *a fast road* [una carretera rápida]) y de verbos como *begin* (*He began his sandwich* [Él empezó su bocadillo], *She began the book* [Ella empezó el libro]) profundiza en la parte de la estructura conceptual del sustantivo que especifica de qué forma se pretende utilizar el objeto (las carreteras, para conducir por ellas; los bocadillos, para comérselos; los libros, para leerlos) y concluye que *good* (bueno) y *begin* (empezar) se refieren específicamente a esa parte. Cuando en vez de nombre contable se emplea como nombre de masa (como en *There was sausage all over his shirt* [Había salchicha por toda su camisa]), el intérprete distingue la peculiaridad de de qué está hecha la cosa; tampoco aquí se necesita un nuevo significado del sustantivo. Lo que tenemos no es una polisemia polimorfa, como ocurría con los *phhlemkes* rigelianos, sino unos pocos planes para sondear en una palabra y seleccionar uno de los componentes de su significado.

En algún punto entre la completa irregularidad de *red* (rojo) en *red hair* (cabello rojo) y la completa previsión de *good* (bueno) en *good road* (buena carretera), encontramos casos que implican una interacción entre ambas.[57] Las interacciones proceden de las reglas de alternancia léxica, como la que alterna el construal de un verbo (por ejemplo, de causar-mover con causar-cambiar). En el caso de la polisemia de un sustantivo, es posible que haya una regla que permita que el nombre de un producto se refiera a su productor, o viceversa (*Honda, The New York Times*), una regla que haga posible que una palabra que denota una abertura se refiera al cubrimiento de ésta (*door* [puerta], *window* [ventana]), y una regla que permita que una palabra que denota un animal se refiera a su carne (*lamb* [cordero], *goose* [ganso], *swordfish* [pez espada]). El número de reglas que se necesita es considerable, pero no oneroso.

En este punto, el defensor de la pragmática radical podría argüir que estas «reglas» son falaces —que no son más que instantáneas de sentido común que doblan y alargan el significado de una palabra cuando surge la necesidad—. Así pues, para demostrar que estas reglas son realmente par-

56. Pustejovsky, 1995.

57. Apresjan, 1973; R. Jackendoff, 1990; Lehrer, 1990; Ostler y Atkins, 1992; Pustejovsky, 1995.

tes del motor del lenguaje se necesita demostrar que concuerdan con otros mecanismos de éste, concretamente de una forma que frustraría el sentido común y el deseo de comunicarse.

Una forma en que la polisemia regular se entrelaza con todo el resto de maquinaria del lenguaje es la sensibilidad de éste ante las *formas* de las palabras, y no sólo ante sus significados. En algunos casos, la polisemia queda encerrada por el sonido. Por ejemplo, un adjetivo que denote nacionalidad se puede convertir en un plural que se refiera a la gente de ese país, como en *the Swiss* (los suizos), *the Spanish* (los españoles), *the Dutch* (los holandeses), *the French* (los franceses) y *the Japanese* (los japoneses). Pero la regla sólo se puede aplicar en dos circunstancias: cuando el adjetivo termina con una sibilante (y así podemos referirnos a *the Swiss* y *the Spanish*, pero no a **the German* [los alemanes], **the Coptic* [los coptos] o **the Belgian* [los belgas]), o cuando conserva un patrón de sonido no inglés (como en *the Hausa* [los hausas], *the Tuareg* [los tuaregs] o *the Wolof* [los wolofs]). Y, en algunos casos, la polisemia queda encerrada por la estructura morfológica (la composición de una palabra sin raíces ni sufijos). Por ejemplo, los sustantivos que se refieren a formas de gobierno se pueden extender a los Estados reales, como cuando hablamos de *democracias, tiranías, oligarquías, monarquías* y *dictaduras*. Pero no cuando el sustantivo termina en *–ismo*: no se puede hablar de un conjunto de Estados fascistas como *fascismos*, ni existe un mapa del mundo en el que se delimiten *comunismos, marxismos, maoísmos, islamismos* o *totalitarismos*.[58] El enredo de la polisemia con la gramática también es visible en una de las formas en que norteamericanos e ingleses quedan divididos por su lengua común. Cuando un producto da nombre a un empresario, el nombre es singular en Estados Unidos (The Globe is *expanding its comic section* [*The Globe* está ampliando su sección de historietas]), pero es plural en el Reino Unido (The Guardian *are giving you the chance to win books* [*The Guardian* le ofrece la oportunidad de ganar libros]).

La polisemia regular también está cercada por unas limitaciones semánticas muy exigentes. Podemos utilizar *France* (Francia) para referirnos al territorio, al Estado o a sus dirigentes, pero no a las personas: es muy raro decir *France eats a lot but stays thin* (Francia come mucho pero sigue del-

58. Ostler y Atkins, 1992.

gada). Se puede trabajar para un *newspaper* (periódico) o una *magazine* (revista), pero no para un *book* (libro) o una *movie* (película). Las palabras que se refieren a objetos comestibles se pueden emplear para denotar la masa que resulta cuando se hacen puré —*some carrot* (algo de zanahoria), *some salmon* (algo de salmón), *some apple* (algo de manzana), *some egg* (algo de huevo)—, pero no si los objetos se reciben ya en conjunto y no individualmente. Ésta es la razón de que los restaurantes mexicanos sirvan *refried beans* (judías refritas) y no *refried bean* (judía refrita), y de que el puré que se sirve en los restaurantes indios se llame *lentils* (lentejas) y no *lentil* (lenteja).[59] Así pues, vemos que los sustantivos polisémicos son como los verbos de alternancia: no saltan atropelladamente a una construcción apenas inteligible, sino que se alistan en perfectas microclases o desertan de ellas.

La polisemia se enreda aún de otra forma con las palabras reales, y no simplemente con significados verosímiles. Cuando una lengua ya dispone de una palabra que mantiene vigilada una ranura de significado ante un séquito de significados afines, la palabra se adelantará a cualquier intruso que se haya podido mandar allá por una regla de la polisemia regular. (Es algo parecido a lo que vemos en la inflexión, donde el irregular *mice* [ratones] se adelanta al regular **mousse*.) En lo que a los verbos que denotan viajar se refiere y que proceden de nombres de vehículos, uno puede *ferry* (transportar en barco), *truck* (transportar en camión), *cycle* (ir en bicicleta), *canoe* (ir en canoa) o *motorcycle* (ir en motocicleta) a algún lugar, pero no puede *car* (coche) ni *plane* (avión), porque ya existen las palabras *drive* (ir en coche, conducir) y *fly* (ir en avión, volar). Y podemos comer *chicken* (pollo), pero en inglés no comemos *cow* (vaca), *calf* (ternera), *sheep* (oveja), *pig* (cerdo) ni *deer* (ciervo), sino *beef* (carne de vaca), *veal* (carne de ternera), *mutton* (carne de ovino), *pork* (carne de cerdo) y *venison* (carne de venado) (en Nueva Zelanda, *cervena*). A propósito, son muchos los que creen que estos dobletes —una palabra germánica para el animal y una francesa para su carne— datan de la época en que los campesinos anglosajones criaban animales, pero únicamente se los comían sus señores nor-

59. Ostler y Atkins, 1992. Ostler y Atkins señalan una microclase aún más específica: las legumbres o las semillas de las vainas. Yo creo que se trata simplemente de agregados, ya que una compota de cerezas se llama *cherries* (cerezas), no *cherry* (cereza).

mandos. La teoría procede de *Ivanhoe*, de Walter Scott, donde Wamba, el bufón, le explica a un porquerizo:

> «Cerdo» (*pork*), creo, es una palabra francesa normanda; y así, cuando el animal vive y de él se ocupa un esclavo sajón, se le llama por su nombre sajón (*swine*); pero se convierte en normando y se llama cerdo (*pork*), cuando se le lleva al patio del castillo... el viejo *Alderman* (Concejal) Buey (*ox*) conserva su epíteto mientras sigue a cargo de siervos y criados como tú, pero se convierte en *Beef* (buey), un fogoso galante francés, cuando llega a las honorables fauces que están destinadas a comérselo. De modo similar, *Mynheer* (Señor) Ternero se convierte en *Monsieur de Veau* (El Señor de Ternero): es sajón cuando requiere cuidado, y toma un nombre normando cuando se convierte en motivo de diversión.

La historia tiene su encanto, pero los estudiosos de la historia de la lingüística dicen que la teoría es falsa (las palabras anglosajonas y francesas no se separaron hasta unos siglos después).[60] Lo que *sí* es verdad es que las personas no pecan de atrevidas al usar palabras con significados nuevos. Aprenden los sentidos habituales de una gran cantidad de palabras, y encauzan la mayor parte de sus generalizaciones por surcos muy trillados que viran bruscamente en torno a los sentidos convencionales que ya existen.

Pero, entonces, ¿qué ocurre con el del bocadillo de jamón de la 14, que tamborilea con los dedos en la mesa mientras espera la cuenta? Ningún lingüista en su sano juicio propondría una regla que convirtiera los bocadillos en personas, por no hablar de aquellas vesículas biliares que necesitan que les cambien el apósito. A veces las personas realmente dan elasticidad a las palabras, como Humpty Dumpty, que decía: «Cuando *yo* uso una palabra, significa simplemente lo que yo decido que signifique». Pero, acertadamente, Dumpty añadía: «Cuando hago que una palabra haga mucha faena de este tipo, siempre le doy una paga extra». Cuando un hablante esculpe una palabra para darle un sentido nada habitual, el que lo

60. Burchfield, 1995.

escucha no moldea fácilmente la entrada mental que rodea a esa palabra para recuperar el significado literal. Al contrario, hay una fricción entre la clavija cuadrada de quien habla y el agujero redondo de quien escucha, y esta *propia* fricción transmite información, en una corriente paralela. En efecto, un choque previsible entre el uso nuevo del hablante y el significado fijo del oyente es lo que da al lenguaje gran parte de su gracia. Es la fuente del eufemismo y el disfemismo (un habla deliberadamente ofensiva), de los subtextos y mensajes que se esconden entre líneas, del humor verbal y de los juegos de palabras, y de la metáfora literaria. Vamos a ver cada uno de ellos.

Eufemismo y disfemismo. Cuando una camarera se refiere al cliente con la palabra bocadillo, no sólo está ahorrando aliento. Está ejerciendo un ingenio mordaz, reduciendo al cliente (a quien, por otra parte, lisonjea) a una mercancía sin dignidad alguna que es la única preocupación real de ambos. Asimismo, convertir a un paciente en su órgano enfermo forma parte del humor negro de los profesionales de la salud (contrapartida de la lástima y la aprensión que pueden entrometerse en su trabajo), como cuando dicen *CTD* (*circling the drain* [irse por el sumidero]) para referirse a un enfermo terminal, *Code Brown* (Código Marrón) para referirse a la incontinencia del intestino grueso, y *wallet biopsy* (biopsia del billetero) para referirse a la comprobación de las finanzas del paciente. Por eso la camarera o el médico en prácticas probablemente no usarían la construcción bocadillo-de-jamón/vesícula biliar delante del cónyuge del cliente o del paciente. Lo mismo ocurre con el molinillo mental que convierte los nombres contables en nombres de masa, como en *After he backed up, there was cat all over the driveway* (Después de que diera marcha atrás, había gato por todo el acceso a la casa). Lejos de ser un simple sinónimo de *flesh* (carne), este uso de *cat* (gato) raya en el humor insano, eso que una persona sensible evitaría decir sobre el difunto amo del gato

En general, referirse a una persona empleando una parte del cuerpo, un rasgo físico o unos accesorios típicos —es decir, mediante la metonimia— es un disfemismo. Así ocurre con muchos epítetos raciales (*a slope* [chino, en sentido peyorativo] para referirse a cualquier asiático, *a redskin* [piel roja] para los nativos norteamericanos, y *a wetback* [espalda mojada] para los norteamericanos mexicanos); con los términos misóginos referidos a las mujeres (*a skirt* [una falda], *a broad* [una tía], *a piece of ass*

[pedazo de culo]); y con expresiones despectivas para referirse a los trabajadores (*a suit* [un traje] para referirse a un burócrata empresarial, *a jock* [un deportista] para referirse a un atleta, *a wrench* [una llave inglesa] para referirse al mecánico). Es una extensión de la mentalidad que se esconde tras la construcción de ascenso del poseedor, en la cual se considera que las personas son más que sus partes corporales. Por extensión, reducir a alguien a una parte del cuerpo (u otra propiedad) implícitamente niega que sea una persona.

Los eufemismos, por el contrario, se suelen referir a una persona con un hiperónimo —una categoría más global que la primera que acude a la mente—. Aunque los hiperónimos no son realmente ejemplos de polisemia del mismo modo que lo son los metónimos, su uso en el habla con un dejo de sentimientos es otro ejemplo de cómo la elección entre las palabras puede marcar una diferencia psicológica. Cuando Kipling terminaba el poema con «Serás un hombre, hijo mío», y Sojourner Truth repetía: «¿Es que yo no soy mujer?» en su desafiante discurso de 1851, no estaban fustigando lo evidente. Empleaban los términos *hombre* y *mujer* para otorgar un grado de dignidad que, de otro modo, se le podría negar a un joven o a una joven afroamericana. Estos descriptores genéricos para cada sexo se han reivindicado también y con todo orgullo en las canciones «Mannish Boy», de Muddy Waters, «I'm a Man», de Steve Winwood, «I am Woman, Hear me Roar!», de Helen Reddy, y «I'm a Woman (W-O-M-A-N)», de Peggy Lee (y después Miss Piggy). El efecto se puede oír también en el eufemismo *persona de color* y en el «yinglish» *mensch*, que originariamente significaba «hombre», pero hoy denota una persona de madurez y buena educación fuera de lo común.

El uso de los hiperónimos para enaltecer se puede observar en nombres de objetos inanimados. Los burócratas del marketing suelen disfrazar sus productos con unos motes pedantes como *driving machine* (máquina de conducir, por coche), *photographic instrument* (instrumento fotográfico, por cámara), *beauty bar* (barra de belleza, por jabón) y *dental cleaning system* (sistema de limpieza dental, por cepillo de dientes). La razón de que los hiperónimos referidos a personas y productos suenen más dignos no está clara del todo. Tal vez sea la imagen especular de la poca dignidad que surge al referirse a alguien mediante una parte o un rasgo físico. Una esencia o un arquetipo abstractos se ven como algo de algún modo más puro y

noble que los detalles concretos y familiares que marcan un ente como perteneciente a una clase específica. Pero, sea cual fuere la razón, una regla general es que la metonimia degrada, mientras que los hipéronimos enaltecen.[61]

Subtextos. Muchos estudiosos de las humanidades han escrito libros con el título de *La invención de X* o *La construcción de X*, donde X no es el tipo de cosa que literalmente se pueda inventar o construir, como la tradición, el amor romántico, el ser humano, América y la realidad. Estos eruditos no tratan de diluir el significado de *invención* o *construcción* para reducirlo a un simple «origen», que es lo que ocurriría si los oyentes aplicaran la interpretación más esperada en el contexto. Intentan despertar a los lectores para que se den cuenta de que lo que pudieran haber pensado que era un ente natural, de hecho, es una creación histórica y, por consiguiente, se puede recrear —un subtexto que se desvanecería si el significado de *invención* y *construcción* no se mantuviera firme en la mente del lector—. Ese mismo traumatismo lo explotó la escritora Pamela McCorduck en su libro sobre la inteligencia artificial, llamado *Machines Who Think.*

Juego de palabras. Cuando los humoristas obligan a sus oyentes a pasar de un sentido anómalo a otro interpretable, el contraste desencadena el regocijo, como en este diálogo de W. C. Fields:

> DON: Oh, Bill, tiene que ser duro perder a un familiar.
> W. C.: Es casi imposible.[62]

La misma ambigüedad la explota Lady Bracknell en *La importancia de llamarse Ernesto*: «Perder al padre o la madre, Mr. Worthing, se puede considerar una desgracia; perder a los dos parece más un descuido». La gracia surge del choque de los significados de la palabra polisémica *perder*: «perder una propiedad», «sufrir la muerte de un ser querido» y «sacudirse de encima a un perseguidor». Si la comprensión moldeara automáticamente un significado maleable, dándole el sentido más adecuado, no habría choque alguno entre un sentido decoroso y otro falto de dignidad, un choque que es necesario para que los chistes funcionen. Y nadie enten-

61. Allan y Burridge, 1991.
62. De la película *You can't cheat an honest man.*

dería por qué Mae West dijo: «El matrimonio es una gran institución. Pero aún no estoy preparada para una institución (manicomio)».

La metáfora literaria. Cuando los escritores usan una metáfora sorprendente, como la de Nabokov: «Era yo la sombra del pajarillo muerto contra el falso azul del cristal de la ventana», o la de Tom Lehrer: «Pronto nos deslizaremos por el filo de la cuchilla de la vida», no sólo están presionando palabras nuevas para que sirvan para comunicar una proposición (como «estaba abatido» o «la vida es dura»). Explotan el significado literal de esas palabras para sorprender al lector y para que se tome el tema de una forma sentimentalmente más intensa que la que emplearía en el transcurso normal de los acontecimientos, y para que reconozca que el artista lo sacude deliberadamente de tal complacencia. Volveremos a este tema en el capítulo 5, cuando nos ocupemos de las metáforas literarias y de cómo difieren de las metáforas muertas. De momento, basta con señalar que en la metáfora literaria, como en el disfemismo, el subtexto y el juego de palabras, la fricción que se produce entre un sentido convencional y otro inesperado demuestra que la mente *tiene* un sentido convencional, y no un glóbulo que se convierte en cualquiera que sea la interpretación más razonable en un momento dado.

¿La pragmática radical realmente conlleva que los significados de las palabras son fuegos fatuos que el contexto puede disipar? Cuando sus defensores repudian los significados de las palabras para explicar la polisemia, ¿de verdad que pagan el precio de ser incapaces de explicar de qué forma las personas registran los significados literales de los usos inesperados de las palabras? Una forma de responder a estas preguntas es observar una simulación por ordenador de la pragmática radical, que diseñaron los modeladores conexionistas James McClelland y Alan Kawamoto.[63] El valor de una simulación por ordenador es que se pueden ver las implicaciones de una serie de supuestos no censurados. El modelo de estos autores demuestra que es un auténtico Trampolín: una drástica imple-

63. McClelland y Kawamoto, 1986.

mentación de la pragmática radical, presentada sin disculparse por su sorprendente comportamiento.

McClelland y Kawamoto querían modelar la resolución de palabras polisémicas en un contexto, como los diferentes sentidos de *with* (con) en *Luke ate his pasta with a fork* (Luke se comió la pasta con un tenedor) y *Luke ate his pasta with clam sauce* (Luke se comió la pasta con salsa de almejas), o las distintas funciones del sujeto en *A ball broke the window* (Una pelota rompió la ventana) y *A boy broke the window* (Un chico rompió la ventana). Siguiendo la pragmática radical, proponían que las representaciones fijas del significado son demasiado rígidas y faltas de fluidez para el trabajo en cuestión, y que las redes neurales artificiales, que reúnen los rasgos, más que manipular unas representaciones estructuradas, son perfectamente flexibles para realizar el trabajo.

Los modeladores establecieron una red que estaba pensada para tomar las palabras de una oración como *input*, y producir una interpretación de quién hizo qué a quién como *output*. El *input* consistía en un banco de 1.000 unidades similares a las neuronas, y cada una representaba una característica del significado del verbo (por ejemplo, «acción intensa» o «causa-un-cambio-químico»), o una característica de un elemento de los que lo acompañan en la oración (por ejemplo, «el sujeto es blando», «el sujeto es de talla media», «el objeto es duro» o «el objeto es femenino»). El *output* consistía en 2.500 unidades, y cada una de ellas representaba una característica del papel que desempeñaba un participante en una interpretación de la oración, como la de «el agente causal es redondo» (que sería adecuado para el suceso de la-pelota-que-rompe-la-ventana) o «el instrumento de un suceso de triturar es duro» (que sería adecuado para un suceso del cuchillo-corta-el-papel). El carácter genérico de las características es deliberado, porque así se permite que cada una de ellas figure en muchas interpretaciones afines. El modelo no tenía representaciones de significados individuales de palabras, sino únicamente una profusa diversidad de conexiones entre el *input* y el *output*, que se fortalecían en un régimen de capacitación. El profesor presentaba el modelo con miles de frases junto con sus interpretaciones correctas, y el modelo llegaba a averiguar qué tipos de sucesos tendían a ser realizados por qué tipos de participantes. En consecuencia, obligaba correctamente a la palabra *with* (con) de *eat pasta with a fork* (comer pasta con un tenedor) a que significara «instrumento»

(ya que había descubierto que las cosas duras se suelen utilizar como instrumentos), y obligaba correctamente al *with* (con) de *eat pasta with clam sauce* (comer pasta con salsa de almejas) a que significara «acompañamiento» (ya que había descubierto que las cosas blandas se suelen utilizar como comida).

Lamentablemente, el modelo pagó un precio por su agilidad. El conocimiento que tenía del significado de las palabras era tan maleable que, cuando se encontraba con una oración que de una u otra forma se salía de lo habitual, sopesaba su significado de acuerdo con el estereotipo más cercano que hubiera absorbido en su proceso de capacitación. Cuando se le daba *The wolf ate a chicken* (El lobo se comió un pollo), interpretaba la comida como «carne de pollo cocinada», porque esto es lo que normalmente significa *pollo* cuando aparece después del verbo *comer*. Cuando se le daba *The plate broke* (El plato se rompió), interpretaba *plato* como «un jarrón o una ventana», ya que éstos se suelen romper. Cuando se le decía que *John touched Mary* (John tocó a Mary), interpretaba *tocar* como «golpear», ya que la mayoría de los casos en que se toca derivan de un movimiento. Y cuando se le daba *The bat broke the window* (El bate [o murciélago] rompió la ventana), que puede significar un animal que va volando hacia la ventana y un objeto que oscila contra ella, crió una quimera que significaba: «Un murciélago rompió la ventana usando para ello un bate de béisbol» —la única interpretación que las personas *no* hacen—. Esto es lo que puede resultar cuando los significados son moldeados por las expectativas y el contexto, en vez de ser agrupados por unas reglas y unas entradas: un hombre cariñoso falsamente acusado de pegar a su mujer, y un *Vespertilio pipistrellus* blandiendo un garrote.

La pragmática radical, en mi opinión, se contradice con una previsión fundamental del lenguaje. Éste actúa como una palanca con la que podemos expresar hechos sorprendentes, ideas nuevas y extrañas, y otras para las que quien escucha es posible que no esté preparado. Este apalancamiento requiere un palo rígido y un sólido punto de apoyo, y esto es lo que deben ser el significado de una frase y las palabras y las reglas que las apoyan. Si los significados se pudieran reinterpretar libremente según el contexto, el lenguaje sería un fideo mojado y no podría realizar el trabajo de elevar nuevas ideas a la mente de los oyentes. Incluso cuando la lengua se emplea de forma no literal en los eufemismos, el juego de palabras, el sub-

texto y la metáfora —*especialmente* cuando se usa de estas formas—, confía en la que se arma en la mente del oyente cuando el significado literal de las palabras de quien habla choca contra una idea verosímil acerca de lo que pretende el hablante. En el capítulo 8 veremos que gran parte de nuestra vida social se negocia tácitamente mediante estos choques.

El determinismo lingüístico

En el cuento infantil *Cuentos judíos de la aldea de Chelm*, de Isaac Bashevis Singer, adaptado de un cuerpo de folclore yiddish sobre la mítica ciudad de los locos, los ancianos se las ven con una escasez de nata agria que pone en peligro la celebración de una próxima fiesta en la que se come una especie de crepes. Los ancianos «se mesaban la barba y se frotaban la frente, señal de que sus cerebros funcionaban a toda máquina», hasta que a uno de ellos se le ocurrió una idea: «Dictemos una ley por la que al agua se la llame nata agria, y a la nata agria se la llame agua. Ya que disponemos de muchísima agua en los pozos de Chelm, todas las amas de casa tendrán un barril lleno de nata agria». El narrador observa que, como consecuencia de esa ley, «no había escasez de "nata agria" en Chelm, pero algunas amas de casa se quejaban de que faltaba "agua". Pero esto era un problema totalmente nuevo, que se resolvería pasada la fiesta».[64]

La fantasía del cuento procede de que sabemos que las personas entienden la realidad independientemente de las palabras que se usen para describirla. Pero aunque todo el mundo sabe que las palabras pueden mangonear los pensamientos cuando recurren al sentido común, muchas personas sostienen la creencia opuesta cuando intelectualizan. La idea de que la lengua que hablan las personas controla la forma de pensar de éstas —el determinismo lingüístico— es un tema recurrente de la vida intelectual. Era popular entre los conductistas del siglo XX, que querían sustituir conceptos vagos como «creencias» por respuestas concretas como las palabras, fueran éstas dichas en público o susurradas en privado. Esta idea tomó cuerpo en la hipótesis whorfiana o de Sapir-Whorf (nombre que toma del lingüista Sapir y de su alumno Benjamin Lee Whorf), que se materializó

64. Singer, 1984.

en una serie de cursos sobre el lenguaje impartidos a lo largo de la década de 1970, unos años en los que ya había penetrado también en la conciencia popular. (Durante la redacción de este libro, tuve que abstenerme de decir a la gente que trataba del «lenguaje y el pensamiento», porque me daba cuenta de que todo el mundo daba por supuesto que se ocupaba de cómo el lenguaje *conforma* el pensamiento, la única relación entre ambos que se les ocurría.) En la década de 1990, la revolución cognitiva de la psicología, que hizo posible el estudio puro del pensamiento, y un conjunto de estudios que demostraban los exiguos efectos que el lenguaje provoca en los conceptos, parecía que acababa con esa hipótesis, y yo le puse una nota necrológica en mi libro *El instinto del lenguaje*. Pero, recientemente, se ha hecho que resucite, y el «neowhorfianismo» vuelve a ser un activo tema de investigación de la psicolingüística. Los medios de comunicación se han hecho amplio eco de varios estudios recientes que pretenden demostrar que el lenguaje determina el pensamiento.[65]

El determinismo lingüístico es la tercera teoría radical que voy a contrastar con la semántica conceptual. Según ésta, el significado de las palabras y las oraciones son fórmulas de un lenguaje abstracto del pensamiento. Según el determinismo lingüístico, la lengua que hablamos *es* la lengua del pensamiento o, al menos, lo estructura de forma importante. Permítaseme que diga de entrada que no hay duda de que el lenguaje *afecta* al pensamiento —como mínimo, si las palabras de una persona no afectaran a los pensamientos de otras personas, el lenguaje en su conjunto no serviría de nada—. La cuestión es si el lenguaje *determina* el pensamiento —si la lengua que hablamos hace imposible o muy difícil pensar determinados pensamientos, o altera la forma en que pensamos, lo cual tiene unas consecuencias sorprendentes—. El fastidioso problema del determinismo lingüístico es que las muchas maneras en que el lenguaje se podría relacionar con el pensamiento suelen desdibujarse, y ocurre a menudo que a observaciones banales se les concede el estatus de descubrimientos radicales. Cuando el *Newsweek* reseñaba un estudio sobre si hay más palabras para

65. Gentner y Goldin-Meadow, 2003; Gumperz y Levinson, 1996; H. Fountain, «Proof positive that people see colors with the tongue», *The New York Times*, 30 de marzo de 1999; G. Cook, «Debate opens anew on language and its effect on cognition», *The Boston Globe*, 14 de febrero de 2002; «Language barriers: Can a concept exist without words to describe it?», *The Economist*, 19 de agosto de 2004.

referirse a la nieve en la lengua esquimal-aleutiana que en inglés, el autor, Jerry Adler, señalaba:

> No es difícil darse cuenta de por qué esta trivial observación debería haber emergido como uno más de entre el puñado de hechos que los principales adeptos de las artes liberales conservaban de la educación recibida. Es fácil de entender, pero tenía unas implicaciones tan profundas que cualquiera que estuviera atento en el curso de introducción a la psicología podía sentirse como otro Descartes. Porque si los esquimales emplean muchas palabras distintas para cosas que los anglohablantes reúnen en una única categoría, ¿no se sigue que realmente perciben el mundo de manera diferente?, ¿que los esquimales no comprenden la unidad de todas las formas de precipitación congelada, mientras que los no esquimales no ven las diferencias, al menos hasta que intentan levantar una palada de nieve medio derretida? ¿La semejanza es así de pesada —la idea, no la palada— o qué?[66]

La verdad es que las palabras para referirse a la nieve de lenguas como el yupik y el inuit probablemente no son más numerosas que las inglesas (depende de cómo cuente uno), pero esto apenas importa.[67] La idea de que los esquimales prestan más atención a la variedades de nieve *porque tienen más palabras para ello* es tan disparatada (¿es que somos incapaces de pensar en *cualquier otra razón* de por qué los esquimales prestan atención a la nieve?) que es difícil creer que se hubiera tomado en serio, a no ser por la sensación de inteligente que da, por haber trascendido del sentido común. La explicación whorfiana de las palabras esquimales para referirse a la nieve no sólo trastoca la relación entre causa y efecto, sino que exagera la profundidad de la diferencia cognitiva entre las personas implicadas en primer lugar. Como observaba el *Newsweek*, aun en el caso de que un esquimal preste realmente más atención a las variedades de nieve, bastaría una palada de lodo para que los no esquimales vieran las diferencias.

El lenguaje se conecta con el pensamiento de muchas formas, algunas banales, otras radicales. Dado que las versiones radicales son las que apasionan a las personas, pero que las aburridas son las que concuer-

66. *Newsweek*, 22 de julio de 1991.
67. G. K. Pullum, 1991.

dan con los descubrimientos, es fundamental distinguir unas de otras. Se me permitirá que empiece con cinco versiones banales de la hipótesis whorfiana:

1. El lenguaje afecta al pensamiento porque la mayor parte de los conocimientos los obtenemos mediante la lectura y la conversación. Es improbable, por ejemplo, que pudiéramos conocer el concepto de *martes*, el hecho de que César conquistara la Galia, o la doctrina del pecado original, a no ser que lo aprendiéramos de otras personas a través del lenguaje. Ésta es una versión trillada de la hipótesis whorfiana porque es, en gran medida, una reafirmación de lo que es el lenguaje —un medio de comunicación—, además de la observación de que el lenguaje es importante en los asuntos humanos, algo que nadie puede poner en duda.

2. Poco más interesante es el hecho de que una frase pueda *enmarcar* un suceso, y así afectar a la forma en que las personas lo construyen o interpretan, además de simplemente expresar quién hizo qué a quién. El capítulo anterior estaba repleto de ejemplos: la elección de la construcción puede determinar si los oyentes piensan de un suceso que causa que el agua se mueva o causa que el vaso se llene, si piensan de ello que simplemente ocurrió o que hubo una causa que hizo que ocurriera, etc. Hace mucho ya que la capacidad de las palabras para enmarcar un suceso se emplea en la retórica y la persuasión (*pro-elección* frente a *pro-vida*, *redistribución* frente a *confiscación*, *invadir* frente a *liberar*), y es fácil documentar sus efectos. Los psicólogos Amos Tversky y Daniel Kahneman, por ejemplo, demostraron que los médicos optan por un programa de prevención en la salud pública (frente a un programa de riesgo) que se traduzca en salvar la vida de 200 personas entre 600 que están en peligro, pero evitan este mismo programa cuando representa la muerte de 400 personas de entre 600.[68]

Naturalmente, es fascinante ver cómo las lenguas aportan los medios para enmarcar los sucesos, y éste es uno de los principales fines de este libro. Pero el hecho de que puedan hacerlo no es más que una extensión de la observación de que empleamos el lenguaje para comunicarnos (versión 1). A nadie se le *obliga* a construir o interpretar una situación del modo en que el hablante la formula (ésta es la razón de que nos riamos

68. Tversky y Kahneman, 1981.

cuando Woody Allen dice que le dio con la barbilla al puño de un tipejo) más de lo que se le obliga a creerse cualquier otra cosa que el hablante le diga (por eso nos reímos cuando Chico Marx dice: «¿A quién se va a creer usted, a mí o a sus propios ojos?»). Cuando no tenemos nada con que continuar sino las palabras de quien habla, es posible que se nos convenciera por la manera en que éste formula las cosas, del mismo modo que nos podría decepcionar el falso testimonio de un testigo ocular. Pero, como veremos en el capítulo 5, las personas poseen los medios cognitivos para *evaluar* si una formulación es fiel a la realidad; la formulación o el encuadre no limita la mente de las personas a una única forma de construir o interpretar el mundo.

3. La reserva de palabras de una lengua refleja los tipos de cosas de las que se ocupan los hablantes en su vida y, por consiguiente, piensan en ellas. Ésta, por supuesto, es la obvia interpretación no whorfiana del factoide nieve-esquimal. La interpretación whorfiana es un ejemplo clásico de la falacia de confundir la correlación con la causalidad. En el caso de las variedades de nieve y de palabras para referirse a ella, no sólo llegó primero la nieve, sino que cuando las personas cambian la atención y la dirigen a la nieve, la consecuencia es que cambian las palabras. Así es como los meteorólogos, los esquiadores y los habitantes de Nueva Inglaterra acuñan expresiones nuevas para el caso en cuestión, sea con circunloquios (*nieve húmeda, nieve pegajosa*) o con neologismos (*apelmazada, en polvo, ráfagas*). Cabe presumir que no ocurrió al revés: que el fanfarrón del vocabulario acuñó palabras nuevas para referirse a la nieve, y luego se hizo con el esquí o con la previsión meteorológica porque estaban intrigados por sus propias acuñaciones.

Pero ¿es posible que la flecha de la causalidad apuntara en sentido contrario? Desde luego es verosímil. Cuando las personas que sienten curiosidad por la lingüística se encuentran con una palabra o una construcción que no les es familiar, es posible que hagan un esfuerzo para aprenderla, y al hacerlo puede que presten atención a un aspecto de la palabra que, de otro modo, habrían pasado por alto. Pero incluso en estas circunstancias, son los intereses, los conocimientos y el razonamiento de las personas los que guían el proceso, más que la propia palabra. Cuando oímos un nombre, es necesario que sintamos interés por la familia de conceptos a la que pertenece para que nos preocupemos de aprender su significado. Podemos

oír cientos de nombres de tipos de pájaros (*pinzón, verderón, gorrión,* etc.), pero, a menos que seamos observadores de aves, las palabras nos entrarán por un oído y nos saldrán por el otro. Y para poder aprender las palabras, tenemos que desarrollar los conceptos subyacentes. Cuando me encuentro con la palabra *neutrino* y aprendo lo que significa, realmente estoy aprendiendo algo de física, y no sólo inglés. Lo mismo se puede decir de conceptos más pedestres.[69]

4. Puesto que el lenguaje funciona mediante la evocación de significados, y dado que éstos son una continuación de los pensamientos a los que se ha llegado por otros medios (por ejemplo, con la vista o la inferencia), si se emplea la palabra «lenguaje» en un sentido laxo para referirse a los significados (como algo opuesto a las palabras, las frases y las construcciones que componen una lengua), entonces el lenguaje afecta al pensamiento —el lenguaje *es* el pensamiento— por definición. Punto interesante éste, porque no es más que una forma descuidada de emplear la palabra «lenguaje», una forma que hace imposible hasta expresar la idea de que pensamos en un medio distinto del lenguaje.[70]

5. Cuando las personas piensan en un ente, entre los muchos atributos en que pueden pensar está su nombre. Esto significa que si a las personas se les formula una pregunta confusa, que no tenga una respuesta correcta ni consecuencia alguna para la vida real, pueden basar su respuesta en el nombre de la cosa por la que se les pregunta. Por ejemplo, si le doy al lector tres palillos separados por igual a lo largo del espectro del color (pongamos por caso, azul, azul verdoso y verde), y le pido que escoja los dos de los tres que vayan juntos, es posible que, al no tener nada más con que continuar, el lector agrupe los dos palillos que se puedan describir con una única palabra de su lengua.[71] Éste es el tipo de experimento más común que se realiza para comprobar la hipótesis whorfiana. Técnicamente, es un ejemplo de lenguaje que afecta al pensamiento, ya que el lenguaje afecta a cualquier pensamiento que vaya a interpretar la ambigua pregunta de quien realiza el experimento. Pero poco dice sobre el razonamiento en el caso de problemas que no tienen una respuesta correcta, o de problemas

69. Bloom, 1999; S. Pinker, 1994a.

70. Éste, en mi opinión, es el problema de Bickerton, 1990 y Spelke, 2003.

71. R. Brown, 1958; Kay y Kempton, 1984.

que son ambiguos pero no tan perfectamente equilibrados que a la palabra se le pueda dar el voto decisorio.

Ahora bien, hay aquí dos versiones de la hipótesis whorfiana que son más interesantes. Pero, como veremos, también ellas se quedan por debajo del determinismo lingüístico.

6. Cualquier sistema computacional debe contar con los medios para almacenar los productos intermedios de sus computaciones.[72] Los ordenadores, por ejemplo, introducen y sacan grandes cantidades de información de su unidad central de procesado, y la almacenan temporalmente en la memoria RAM o en el disco duro (de ahí el icono parpadeante y los molestos retrasos cuando utilizamos el PC). Un ejemplo familiar de la computación humana de todos los días consiste en anotar un dígito nuevo en la parte superior de una columna de cifras mientras se suman. Cuando un producto intermedio se almacena en una mente humana y no en un disco o en un papel, los psicólogos lo llaman memoria en funcionamiento. Las dos formas más claras de memoria en funcionamiento son las imágenes mentales (llamadas también bloc de dibujo visioespacial) y los fragmentos de habla interna (también llamados bucle fonológico).[73] A menudo, las personas empleamos el bucle fonológico para conservar en la mente un número de teléfono, para realizar cálculos mentales, y para orientarnos a la izquierda o a la derecha al seguir unas direcciones o al recordar determinados lugares. El hecho de que el lenguaje tenga un lado físico —el sonido y la pronunciación— lo convierte en útil como medio de la memoria en funcionamiento, porque permite que la información esté descargada temporalmente en las partes auditiva y motriz del cerebro, liberando capacidad en los sistemas centrales que trafican con información más abstracta. Si una lengua ofrece una etiqueta para un concepto complejo, podría hacer más fácil el pensar sobre el concepto, porque la mente puede seguir manejándolo como un único paquete al jugar con un conjunto de ideas, y no tener que mantener en el aire y por separado cado uno de sus componentes. También puede dar a un concepto una etiqueta adicional en la memoria a largo plazo, facilitando así la recuperación de conceptos inefables o aquellos con más descripciones verbales indirectas.

72. Newell y Simon, 1972.
73. Baddeley, 1986.

Sospecho que la porción de la capacidad de recuperación y manipulación de los conceptos con sus propias palabras es una versión de la hipótesis whorfiana que tiene algo de verdad y que no resulta aburrida del todo. Pero se trata de un grito lejano del determinismo lingüístico. Por un lado, la reserva de palabras de una lengua no es un inventario cerrado que apretuje de forma permanente los pensamientos del hablante, sino que se expande de forma continua a medida que las personas responden a las necesidades cognitivas, añadiendo para ello a la lengua jerga, argot y palabras especializadas (como veremos en el capítulo 6). Por otro lado, muchas de las cuerdas verbales que empleamos para sacar a flote la demanda cognitiva no forman parte del propio lenguaje. Será éste un punto importante cuando analicemos una afirmación reciente del muy resistente determinismo lingüístico, así que voy a extenderme ahora un poco más sobre este tema.

Una de las formas en que la mente puede usar un fragmento de lenguaje como agarradero de un concepto es en una mnemotecnia verbal. Las personas se inventan mnemotecnias para listas arbitrarias de conceptos que se pueden confundir fácilmente, por ejemplo: «Treinta días tiene noviembre, con abril, junio y septiembre; de veintiocho sólo uno, y los demás de treinta y uno», para recordar los días que tiene cada uno de los meses del año, o «Marzo ventoso, abril lluvioso» y «Hasta el 30 de mayo no te quites el sayo», para el aficionado a la previsión meteorológica. Un conjunto especialmente útil de mnemotecnias se emplea en el cálculo mental. Muchos científicos cognitivos piensan que la mente humana heredó de nuestros ancestros mamíferos dos sistemas de seguir el rastro de las cantidades.[74] Uno es un sistema de estimación analógica, en la cual las cantidades se calculan aproximadamente relacionándolas con alguna magnitud continua que se tenga en la cabeza, como un vago sentido de «cantidad de materia», o la extensión de una línea imaginaria. El segundo sistema lleva las cuentas de las cantidades exactas, pero sólo hasta un reducido límite, en torno a tres o cuatro. Ninguno de los dos sistemas es adecuado para pensar sobre grandes cantidades, como 9, 37 o 186.272. Para ésta hay que aprender un sistema numérico en la infancia, y las ope-

74. Carey, 2006; Dehaene, 1997; M. D. Hauser, MacNeilage y Ware, 1996; Wynn, 1992.

raciones matemáticas en la escuela. Y cuando esas operaciones se realizan mentalmente, y no sobre el papel, son fragmentos de lenguaje, como las tablas de búsqueda informáticas y los blocs. Por ejemplo, el eco mental de una frase en la memoria («8 × 7 = 56») puede desencadenar otra («6 + 9 = 15»).

En un magnífico experimento sobre cómo se ponen o no se ponen en uso trozos de lenguaje en el cálculo mental, los científicos cognitivos Stanislas Dehaene, Elizabeth Spelke y sus colegas enseñaban a hablantes bilingües de ruso e inglés a sumar parejas de números de dos dígitos, que se les presentaban en una de las dos lenguas.[75] Luego los examinaban en la lengua con que se les había enseñado o en la otra. Dehaene y Spelke preveían que cuando las personas hacen cálculos aproximados, como el de que 53 más 68 se acerca a 120 o 150, recurren a su sistema de estimación analógica (la línea numérica mental), mientras que cuando hacen cálculos exactos, como el de determinar si la suma 53 y 68 es 121 o 127, hablan entre dientes —en este caso, palabras de la lengua con que se les había enseñado—. De modo que cualquier dependencia de las palabras se hubiera puesto de manifiesto en una ralentización cuando se examinara a los participantes en la lengua con la que no se les había enseñado, y también en una ralentización cuando se les planteaban problemas nuevos, en vez de que se les reexaminara sobre los antiguos. Y, efectivamente, la lengua del examen no marcaba diferencia alguna cuando los participantes tenían que *estimar* las sumas, pero sí la marcaba cuando tenían que calcularlas *exactamente.* En un buen seguimiento, los autores del experimento escanearon el cerebro de personas monolingües que realizaban las dos mismas tareas, y descubrieron que las áreas dedicadas a la cognición espacial de ambos hemisferios del cerebro estaban activas cuando los participantes estaban estimando, pero las áreas asociadas al lenguaje del hemisferio izquierdo estaban activas cuando calculaban sumas exactas.

¿Es éste un ejemplo de cómo el pensamiento de uno depende de su lengua? En realidad, no. Por un lado, las habilidades empleadas en los experimentos nada tienen que ver con las propias lenguas inglesa o rusa. Dependían de mnemotecnias que explotaban los recursos del lenguaje (concretamente, tiras de habla silenciosa), pero esas mnemotecnias no son una

75. Dehaene, Spelke, Pinel, Stanescu y Tsivkin, 1999.

parte natural de ninguna lengua, sino que tuvieron que ser inventadas por separado en el transcurso de la historia de la cultura, para que luego se aprendieran en la escuela, mucho después de que se dominara la lengua común hablada. Además, un sistema de lenguaje en funcionamiento no es *necesariamente* para el razonamiento matemático. En un artículo llamado «Agramáticos pero capaces de calcular», la neuropsicóloga Rosemary Varley y sus colegas examinaron a tres hombres que sufrían graves daños en zonas del hemisferio izquierdo del cerebro, responsables del lenguaje.[76] Los hombres no supieron decir ni entender las frases, e incluso tenían problemas con las palabras que denotan número habladas o escritas. No obstante, les era muy fácil sumar, restar, multiplicar y dividir números de varios dígitos, incluidos los números negativos, las fracciones y expresiones entre paréntesis como $50 - [(4 + 7) \times 4]$ (que parecen estructuras sintácticas grabadas, por ejemplo. «El hombre que le gusta a la mujer es calvo»).

El uso de una caja de eco mental en el razonamiento matemático y otras formas de razonamiento consciente es, en mi opinión, la razón principal de que muchas personas digan que «piensan en» su lengua materna. Pero estos ecos no son el suceso principal del pensar; la mayor parte del procesado de información que tiene lugar en el cerebro es inconsciente. Ray Jackendoff señala que la porción consciente del pensamiento parece que se sitúa en un nivel intermedio en la jerarquía que va desde la sensación en bruto al conocimiento abstracto.[77] En la visión, por ejemplo, somos muy conscientes de las superficies que tenemos delante y de sus colores y texturas, pero no de las formas temblorosas y distorsionadas que se proyectan sobre la retina, ni de las categorías abstractas a las que pertenecen los objetos («herramienta», «vegetal», etc.). Y en el lenguaje, señala este autor, las personas son plenamente conscientes del nivel fonológico de la lengua —las secuencias de sílabas que componen las palabras y las oraciones—, no de los silbidos y zumbidos de la onda del habla, ni de las estructuras sintácticas y conceptuales que les dan significado.[78] El resultado es que los sonidos de la lengua son las manifestaciones del pensa-

76. Varley, Klessinger, Romanovski y Siegal, 2005.
77. R. S. Jackendoff, 1987.
78. R. S. Jackendoff, 1997b.

miento que están más presentes y con mayor mordacidad en el despertar de nuestra conciencia, aunque sólo sean la punta del iceberg de la computación mental.

La que sigue es otra versión interesante de la hipótesis whorfiana:

7. Toda lengua obliga a sus hablantes a prestar atención a determinados aspectos del mundo cuando componen o interpretan frases. En inglés, por ejemplo, hay que preocuparse del tiempo verbal —las horas relativas al suceso del que se está hablando y del momento en que se habla— cada vez que se abre la boca para pronunciar una oración. Otras lenguas, como el turco, obligan a los hablantes a indicar si fueron testigos directos del suceso u oyeron hablar de él. Otro ejemplo: los términos espaciales ingleses como *in* y *on* distinguen el apoyo de la contención (más o menos); los verbos espaciales coreanos ignoran esta distinción, pero se preocupan de si el ajuste entre el contenido y el continente es holgado (como la fruta en un frutero o las flores en un jarrón) o apretado (como una pieza de Lego que se ajusta a otra, una casete en su caja o un anillo en el dedo). Otro: los verbos ingleses (como *float* [flotar]) pueden combinar el hecho de moverse con un tipo de movimiento, relegando la dirección del movimiento a una frase preposicional, como en *The bottle floated into the cave* (La botella flotó hacia dentro de la cueva). Los verbos españoles y griegos tienden a combinar el hecho de moverse con una dirección del movimiento, relegando el *modo* de movimiento a un punto posterior, como en *The bottle entered the cave, floating* (La botella entró en la cueva flotando).

Así pues, una forma en que el lenguaje *debe* afectar al pensamiento es que los hablantes atienden a diferentes cosas cuando seleccionan y ensamblan palabras en una frase —un efecto llamado «pensar para hablar»—.[79] La cuestión es si la costumbre de toda la vida de atender a determinadas distinciones e ignorar otras se extiende al pensar para *pensar* —es decir, razonar sobre los objetos y sucesos con fines que no son la simple descripción de ellos—. ¿Es que los anglohablantes, en comparación con los hablantes de otras lenguas, tienen problemas para entender la diferencia entre sucesos de los que se ha sido testigo y aquellos de los que no se ha sido testigo, o entre continentes que ajusten de forma holgada o apretada, o el movimiento en un determinado sentido? Formular esta pregunta sig-

79. Slobin, 1996.

nifica responderla; no hay duda de que dominamos estas distinciones cuando nos ocupamos del mundo social y físico. De modo que si «pensar para hablar» probablemente es el tema más activo de los estudios neowhorfianos, los estudiosos se alejan de estas pruebas del determinismo lingüístico, y apuntan a posibilidades muchísimo más sencillas. Por ejemplo, preguntan si quienes hablan inglés, al asignarles unas tareas confusas como la de reconocer a un hombre extraño en una serie de acciones, tienen menos probabilidades que los hablantes de coreano para destacar la acción que difiere en el grado de ajuste de un continente. En algunos experimentos se han encontrado efectos del lenguaje en este tipo de juicios; en otros, no.[80]

No debería extrañarnos que los efectos del pensar-para-hablar sobre el propio pensamiento sean, en el mejor de los casos, muy pocos. Conceptos como el de cómo se ajustan las cosas y el de si vimos un suceso con nuestros propios ojos o lo averiguamos porque oímos hablar de él, son tan importantes para la vida humana que no parece probable que los accidentes históricos que configuraron una determinada lengua debieran darle un mayor grado de accesibilidad en el razonamiento. Existe la misma probabilidad de que ocurra todo lo contrario. Cuando un proceso de pensamiento se hace automático, se incrusta profundamente en el sistema de la lengua como un reflejo cognitivo, y su funcionamiento interno deja de ser accesible de forma consciente, del mismo modo que no tenemos un acceso consciente a los movimientos de los dedos cuando nos atamos los cordones de los zapatos.

Un par de ejemplos de la vida real pueden esclarecer por qué pensar-para-hablar puede tener escasos efectos sobre el propio pensamiento. Tomemos la semántica del tiempo verbal. El tiempo verbal es una característica destacada de la gramática del inglés, y por el razonamiento whorfiano de una práctica de toda la vida debería hacer que los anglohablantes fueran muy sensibles al orden relativo de cuando algo ocurrió y cuando uno está hablando. Pero los detectives y fiscales piensan todo lo contrario: la computación rápida del orden de los sucesos está integrada en el sistema de la lengua, lo cual provoca que los acusados se traicionen a sí mismos

80. Gentner y Goldin-Meadow, 2003. Para una reseña, véase Gleitman y Papafragou, en prensa.

con sus palabras. En 1994, Susan Smith, que había ahogado a sus dos hijos y afirmaba que habían sido secuestrados, se delató a sí misma cuando dijo a la prensa: «Mis hijos me querían. Me necesitaban. Y ahora no los puedo ayudar». El uso que hizo del pasado la traicionó, pues demostraba que sabía que los niños ya estaban muertos.[81] La misma parte de la gramática inglesa puede significar para Scott Peterson una inyección letal: los fiscales señalaban la mente culpable que lo llevó a referirse a su mujer y a su hijo nonato en pasado, antes de que se hubieran encontrado sus cuerpos.[82] Así pues, incluso con un sólido motivo —literamente, el de vida o muerte— para controlar el orden de los sucesos, el hábito de los anglohablantes de computar el tiempo verbal no sirvió de nada a la hora de la verdad en el razonamiento de qué debieran decir y qué no debieran decir.

Por último, llegamos a las versiones radicales de la hipótesis whorfiana, al genuino determinismo lingüístico:

8. Las palabras y las estructuras gramaticales de una lengua producen un profundo efecto en cómo razonan los hablantes, incluso cuando no están hablando.

9. El medio del pensamiento lo componen las palabras y frases reales de la lengua que habla una determinada persona. Por consiguiente, las personas no podemos concebir un concepto que no tenga nombre en nuestra lengua, y la dirección de la causalidad va del lenguaje al pensamiento: la inefabilidad de un concepto en la lengua materna de uno crea un punto ciego permanente en la capacidad de contemplarlo.

10. Si en dos culturas se hablan lenguas que difieren en los conceptos que éstas pueden expresar, sus creencias no guardarán relación alguna, y la comunicación entre ambas es imposible.

Son éstas, por supuesto, afirmaciones deslumbrantes, con unas implicaciones de largo alcance si fueran verdaderas. De manera que, en este punto, hay que estar muy alerta. Pero los hablantes, los Trampolines, no necesitan el determinismo lingüístico. El propio Whorf dijo estas conocidas palabras:

81. Newman, Pennebaker, Berry y Richards, 2003.

82. Kim Curtis, «Se aduce una aventura amorosa como motivo del marido en los crímenes de California», *Boston Globe*, 25 de febrero de 2004.

> Diseccionamos la naturaleza siguiendo unas líneas marcadas por nuestra lengua materna [...]. Cortamos la naturaleza en pedazos, la organizamos en conceptos y adscribimos significados como lo hacemos debido en gran medida a que somos parte del acuerdo [...] que toma toda nuestra comunidad de habla y se codifica en los patrones de nuestra lengua. El acuerdo es, naturalmente, implícito y no escrito, *pero sus condiciones son absolutamente vinculantes...*[83]

En muchos oráculos de la filosofía y la crítica literaria se puede observar una declaración semejante:

> Tenemos que dejar de pensar si nos negamos a hacerlo en la cárcel que es el lenguaje.
>
> Friedrich Nietzsche

> Los límites de mi lengua son los límites de mi mundo.
>
> Ludwig Wittgenstein

> El hombre se comporta como si fuera el forjador y el dueño del lenguaje, cuando es éste, y lo ha sido siempre, el que es señor del hombre.
>
> Martin Heidegger

> El hombre no existe previamente al lenguaje, ni como especie ni como individuo.
>
> Roland Barthes.[84]

Estos sentimientos no se limitan al campo de las humanidades. Después de exponer una historia sobre cómo el inglés se ha convertido en la *lingua franca* de la ciencia, la revista *Science* publicó en una carta:

> La lengua suele dirigir el pensamiento. ¿Qué nos estaremos perdiendo cuando todos los científicos escriben y piensan en una lengua que encierra las descripciones de los hechos y las teorías en un único orden de Sujeto-Verbo-Objeto (SVO)? Creo que no hay que infravalorar el hecho de que el uso de una lengua universal de SVO en la ciencia, con exclusión de todas las demás, pueda sesgar gravemente la forma en que los científicos contemplan el mun-

83. Whorf, 1956.

84. F. Nietzsche, 1901, *La voluntad de poder*; L. Wittgenstein, 1922, *Tractatus Logico-Philosophicus*; M. Heidegger, 1971, «... Poéticamente habita el hombre...», en *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994; Barthes, 1972, pág. 135.

> do, el tiempo, el espacio y la causalidad, cerrando, tal vez inconscientemente, áreas de investigación de una forma que ni el más omnipresente paradigma kuhniano adopta.[85]

Y su buque insignia de la ciencia estadounidense publicaba hace poco un estudio sobre las capacidades numéricas de una tribu de Suramérica cuyo autor, el psicolingüista Peter Gordon, escribía:

> ¿Es posible que haya algunos conceptos que no podamos contemplar debido a la lengua que hablamos? Está aquí en juego la versión más contundente de la hipótesis de Benjamin Lee Whorf de que el lenguaje puede determinar la naturaleza y el contenido del pensamiento [...]. El presente estudio representa una defensa extraña y quizás exclusiva del determinismo lingüístico más extremo.[86]

La mayoría de los otros neowhorfianos son más comedidos. Sus títulos y sumarios son provocaciones para el determinismo lingüístico, por ejemplo, «el lenguaje puede afectar a nuestra forma de pensar», «el lenguaje puede reestructurar la cognición» y (en lengua académica) «se piensa en el lenguaje como potencialmente catalizador y transformador de la cognición».[87] Pero las provocaciones no distinguen las formas rutinarias en que el lenguaje afecta al pensamiento (que es lo que demuestran los experimentos) de las formas sexys (las versiones del determinismo lingüístico que a las personas les resultan intrigantes).

Una auténtica demostración del determinismo lingüístico debería demostrar tres cosas. Una es que los hablantes de una lengua encuentran imposible, o al menos muy difícil, pensar de una determinada manera que llegue de forma natural a los hablantes de otra lengua (como opuesto a tener menos la *costumbre* de pensar de esta manera). Otra es que la diferente forma de pensar implica un genuino razonamiento, dejando al hablante incapaz de resolver un problema u ofuscado en la paradoja, y no simple-

85. J. J. Hayes-Rivas, «¿Un único idioma científico universal?» *Science, 304*, 28 de mayo de 2004, pág. 1.243.

86. Gordon, 2004, págs. 496, 498.

87. Bowerman y Levinson, 2001, pág. 13. Majid, Bowerman, Kita, Haun y Levinson, 2004.

mente vertiendo sus impresiones subjetivas en juicios similares a los que se emiten en la interpretación de figuras irregulares. Y lo que es más importante, el lenguaje tiene que *causar* la diferencia en el pensamiento, y no una diferencia que surja de otras razones y simplemente se refleje en el lenguaje, o que tanto éste como el patrón del pensamiento sean un efecto de la cultura o el entorno que los rodea.

Permítame el lector que concluya el capítulo con el examen de tres recientes y espectaculares defensas del determinismo lingüístico. Demuestran que se pueden aportar diversos tipos de pruebas que se centren en la vetusta cuestión del lenguaje y el pensamiento, y son una excusa para que arrojemos luz sobre las tres categorías del pensamiento —los objetos, el número y el espacio tridimensional—, cada una de las cuales ha sido atribuida al lenguaje en un reciente estudio.

En un ingenioso estudio sobre la vida mental de los bebés, los psicólogos Fei Xu y Susan Carey demostraron que los bebés de 10 meses no dividen las cosas en clases basadas en sus formas, cuando intentan controlarlas. Al parecer, para un bebé un objeto es un objeto, sin más.[88] Xu y Carey montaron una exposición en la que un pato aparecía por el lado derecho de una pantalla, y luego regresaba a la parte trasera de ésta. Después otro juguete, por ejemplo un camión, aparecía por el lado izquierdo y regresaba. Se repetía la escenografía varias veces, hasta que los niños se aburrían, y en ese momento la pantalla se caía al suelo, dejando los juguetes al descubierto. En unas ocasiones, al caer la pantalla se veía un camión junto a un pato, tal como el lector o yo mismo habríamos esperado que sucediera. Pero en otras ocasiones, un poco por arte de magia, aparecía únicamente el camión (o el pato). Esto es físicamente imposible, sin embargo, los niños de 10 meses no se mostraban sorprendidos, y miraban los juguetes exactamente durante el mismo tiempo que empleaban en mirar un camión solo o un pato solo, sin haber visto que éstos se alternaban detrás de la pantalla. En lo que a los niños se refería, por ambos lados de la

88. Xu y Carey, 1996; Xu, Carey y Welch, 1999.

pantalla había estado saliendo la misma cosa, y el hecho de que unas veces apareciera un camión y otras un pato no les importaba. Pero cuando los bebés tienen ya 1 año, algo cambia. Cuando cae la pantalla y deja al descubierto un solo juguete, se quedan contemplándolo sorprendidos, como el lector y yo haríamos, con o sin el conocimiento de que un camión es una cosa y un pato otra.

¿Qué ocurrió en esos dos meses? Xu y Carey observaron que ésta es la edad en que la mayoría de los niños reaccionan por primera vez ante las palabras. Tal vez, sugieren los autores, el hecho de aprender las palabras era lo que *causaba* que los niños mayores distinguieran las diferentes clases de objetos. Xu y Carey defendieron esta versión del determinismo lingüístico, y para ello demostraron que, durante los meses intermedios, los niños que eran capaces de comprender algunas palabras solían ser aquellos que se sorprendían cuando caía la pantalla y dejaba al descubierto un juguete solo, mientras que los niños que no decían palabra alguna solían estar entre aquellos que no se sorprendían. También demostraron que una voz que acompañara a los objetos («¡Mira, un camión! ¡Mira, un pato!») empujaba suavemente a los bebés de 10 meses a observar que los juguetes eran distintos.

Ante esto, una teoría whorfiana extrema de cómo aprendemos a distinguir los tipos de objetos es inverosímil. Los sordos que crecen sin ningún tipo de lenguaje, ni de signos ni hablado, no actúan como si no supieran distinguir entre bicicletas, plátanos y latas de cerveza cuando observan las cosas que los rodean.[89] Y todos sabemos distinguir entre los diferentes quésesto y estoqués de nuestros armarios y cajones cuyo nombre nunca aprendimos. Así pues, otra forma de interpretar el experimento de los bebés es lanzar la flecha causal. Los niños aprenden los nombres de las cosas cuando tienen la edad suficiente para distinguirlas en su mente. En efecto, es difícil pensar cómo *podría* aprender un niño el nombre de una cosa *si no* supiera pensar sobre ese tipo de cosa como algo distinto de otros tipos de cosas.

En los últimos años, una de las fuentes más sólidas de pruebas sobre el lenguaje y el pensamiento ha procedido del nuevo y fascinante campo de la cognición animal.[90] El golpe de gracia para la idea de que el lenguaje es

89. Schaller, 1991.
90. M. D. Hauser, 2000.

necesario para distribuir los objetos en clases lo asestó una serie de experimentos de los psicólogos Laurie Santos, Marc Hauser y sus colaboradores, realizados en una colonia de macacos de Cayo Santiago, una hermosa isla infestada de monos, frente a la costa de Puerto Rico.[91] Uno de los experimentadores llamaba la atención de uno de los monos y lo situaba ante una versión del experimento del camión y el pato, solamente con objetos que llaman la atención de un mono típico, por ejemplo, una zanahoria y una calabaza. Los monos se sorprendían cuando la zanahoria y la calabaza alternaban su aparición detrás de la pantalla y sólo aparecía una o la otra cuando se quitaba ésta —lo mismo que hacían los bebés de 1 año y nosotros mismos—. Pero, evidentemente, los monos no saben ni una palabra. Otros estudios demuestran que los bebés de los monos (de 4 meses) se comportan como los bebés humanos, no les sorprende la magia, lo cual indica que el cerebro de los primates tiene que desarrollarse hasta un determinado punto de madurez antes de que sepan individualizar los objetos por su tipo. Tiene que ser este logro lo que permite que los bebés aprendan palabras, y no al revés.

La defensa más decidida del determinismo lingüístico de los últimos años es el estudio de Peter Gordon sobre el sentido del número en un pueblo nativo amazónico.[92] Como hemos leído, Gordon se inclinó a favor de «la versión más drástica» de la hipótesis whorfiana, y así es como se reseñó su estudio en la prensa en 2004. La tribu pirahã de Brasil, como muchos pueblos de cazadores y recolectores, cuenta sólo con tres palabras para referirse a los números: «uno», «dos» y «muchos». E incluso éstos se usan de forma imprecisa, un poco como nuestra expresión *a couple* (un par), que técnicamente se refiere a «dos» pero a menudo se emplea para números más pequeños. El físico George Gamow iniciaba su delicioso libro *Un, dos, tres... infinito* con un chiste sobre dos aristócratas húngaros que se desafiaban a ver quién pronunciaba el número más alto. El primero se concentra unos segundos y dice «tres». El segundo analiza el desafío durante quince minutos y dice «tú ganas». Como observa Gamow, la historia probablemente es una maliciosa burla de los aristócratas, pero la conversación habría podido tener lugar perfectamente entre muchos pueblos pre-Esta-

91. Santos, Sulkowski, Spaepen y Hauser, 2002.
92. Gordon, 2004.

do. Les habría superado un niño estadounidense de edad de preescolar, prueba del magnífico logro del sistema de numeración occidental que la mayoría damos por supuesto.

A mí me desconcertaba el predominio de muchos sistemas de contar del tipo uno-dos-muchos entre los pueblos analfabetos, hasta que pregunté al antropólogo Napoleon Chagnon (que había estudiado otra tribu del Amazonas, los yanomamö) cómo se las arreglaban. Me dijo que en su vida cotidiana, los yanomamö no necesitaban números exactos porque controlaban las cosas de forma individual, una a una. Un cazador, por ejemplo, reconoce cada una de sus flechas y, por consiguiente, sabe si falta alguna sin necesidad de contarlas. Es el mismo hábito mental que haría que la mayoría de nosotros nos detuviéramos un momento si alguien nos preguntara cuántos primos tenemos, o cuántos electrodomésticos en la cocina, o cuántos orificios en la cabeza.

Recordemos que, además de la capacidad humana universal de representar conjuntos de individuos, las personas saben controlar pequeños números exactos (hasta tres o cuatro), y también saben calcular cantidades mayores, aunque sólo de forma aproximada (éste era el sistema numérico análogo que Dehaene y Spelke documentaron en su estudio de los bilingües y el escaneo de los cerebros). Estos dos componentes del sentido del número están presentes en los bebés y en los monos y, desde luego, en todas las sociedades humanas.[93] Los sistemas más complejos, capaces de cuadrar números exactos mayores, surgen más tarde, tanto en la historia como en el desarrollo del niño. Se suelen inventar cuando una sociedad desarrolla la agricultura, genera grandes cantidades de objetos indistinguibles, y necesita controlar sus magnitudes exactas, en especial cuando se tasan o se comercia con ellos.

Gordon demostró que los pirahã son sorprendentemente ineptos para cualquier tarea que exija controlar números exactos del tres al nueve. No saben mirar unos cuantos frutos secos sobre una mesa y colocar el mismo número de cajones debajo de ellos, ni trazar una línea en un papel para cada cajón que vean, ni observar cómo se ponen algunos frutos en una lata y adivinar, mientras se van sacando uno a uno, cuándo está vacía la lata.

93. Butterworth, 1999; Dehaene, 1997; Devlin, 2000; R. Gelman y Gallistel, 1978; Wiese, 2003.

Las reacciones de los pirahã no eran ciertamente aleatorias: cuantos más artículos veían, más artículos señalaban, como término medio. Pero eran muy inexactos, y peores aún a medida que los números iban siendo mayores. (Todo esto son rúbricas del sistema de estimación analógica —que refuerza la teoría de que *este* componente del sentido del número existe independientemente de las palabras que se refieren a los números—.) Gordon concluía que la causa de la falta de pensamientos exactos sobre los números entre los pirahã está en su carencia de palabras exactas para los números, la «defensa extraña y quizás exclusiva del determinismo lingüístico más extremo».

Pero, como dijo el científico cognitivo Daniel Casasanto, esto significa «llamar a Whorf»: depende de un dudoso salto de la correlación a la causalidad.[94] No puede ser una coincidencia que la lengua pirahã simplemente no tenga palabras para designar números grandes (a diferencia del inglés) ni que los hablantes del pirahã simplemente se limiten a cazar y recolectar en remotos pueblos de la Edad de Piedra (a diferencia de los hablantes del inglés). Una interpretación más verosímil es que el estilo de vida, la historia y la cultura de un pueblo de cazadores y recolectores tecnológicamente no desarrollado le causen una carencia tanto de palabras para los números como de razonamiento numérico. (En efecto, Daniel Everett, el lingüista que estudió a los pirahã durante veinte años, rechazó la conclusión de Gordon y atribuyó sus limitaciones en el razonamiento numérico a patrones generales de su cultura.)[95] La razón de que la interpretación no whorfiana sea verosímil es que no encontramos sociedades modernas urbanizadas que carezcan de un detallado sistema de palabras para referirse a los números, ni sociedades de cazadores y recolectores que las tengan. Es evidente que un pueblo difícilmente se habría podido desarrollar hasta constituir una civilización humana sin las palabras y los conceptos de los números, de manera que no cabría esperar que una sociedad moderna carezca de palabras para los números y siga siendo moderna. Pero aquí precisamente está la cuestión: cuando surge la necesidad, pronto se desarrollan tanto las palabras para designar números como el razonamiento numérico, a partir de los recursos cognitivos existentes.

94. Casasanto, 2005. Véase también Rochel Gelman y Gallistel, 2004.

95. Everett, 2005.

No es que sea *imposible* que una determinada lengua se separe de un tipo de sociedad, lo cual haría que en principio la hipótesis whorfiana fuera inestable para siempre. Las lenguas evolucionan y divergen de múltiples formas debido a la dinámica interna de la pronunciación y la gramática, y los caprichos de la historia. Por estas razones, sociedades similares pueden tener diferentes tipos de lenguas, como el húngaro y el checo, o el hebreo y el inglés. Para que un determinismo lingüístico sólido fuera verdad, estas diferencias tipológicas solas —y no diferencia alguna correlacionada con el tipo de sociedad— tendrían que canalizar los pensamientos de las respectivas sociedades y hablantes en distintas direcciones. Con el ejemplo que venimos comentando, tendría que haber pueblos que estuvieran privados de desarrollar el tipo de prácticas culturales que incluye la de contar *debido* al accidente histórico de que resulta que su lengua carece de palabras para designar los números, mientras que pueblos similares, que tuvieron la suerte de hablar una lengua con esas palabras para los números, despegaron hasta llegar a la complejidad matemática. En realidad, la historia demuestra que cuando las sociedades se hacen más sedentarias y complejas, sea por sí mismas o por la presión de sus vecinos, enseguida desarrollan o toman prestado un sistema de contar, sea cual fuere su tipo de lengua.[96]

¿Podría haber un grupo de control para los pirahã, un pueblo cuya cultura fuera similar a la suya pero cuya lengua difiriera en el inventario de palabras que denotan números? Una cultura así haría posible un auténtico test del determinismo lingüístico, no confundido por la cultura. Increíblemente, la comparación no sólo es posible, sino que se expuso en el mismo número de *Science*.[97] Los mundurukú *también* son un pueblo analfabeto de cazadores y recolectores de la Amazonia brasileña, pero su lengua tiene palabras para referirse hasta el cinco. Sin embargo, esto no era suficiente para garantizar unos *conceptos* numéricos exactos hasta cinco. Dehaene, junto con el lingüista Pierre Pica y sus colaboradores, demostró que los mundurukú, como los pirahã, empleaban las palabras referidas a los números (distintas de «uno» y «dos») de forma aproximada: las palabras

96. Butterworth, 1999; Dehaene, 1997; Devlin, 2000; R. Gelman y Gallistel, 1978; Wiese, 2003.

97. Pica, Lemer, Izard y Dehaene, 2004.

para tres, cuatro y cinco no se usaban de forma invariable cuando había que nombrar esas cantidades, y a veces se empleaban cuando había que nombrar cantidades aproximadas. Y, al igual que sus vecinos amazónicos, la capacidad de los mundurukú para visualizar el resultado de una resta (por ejemplo, cuando veían que se metían cinco cosas en una lata y se sacaban cuatro, y tenían que adivinar cuántas quedaban) era imperfecta cuando se trataba de números superiores al tres, y empeoraba gradualmente a medida que los números se hacían mayores. De manera que la presencia de palabras para nombrar números adicionales en su lengua poco hacía, si es que hacía algo, en su sentido del número exacto.

Si los mundurukú tenían palabras para el tres, el cuatro y el cinco, ¿por qué no las usaban con exactitud? Los investigadores pusieron el dedo en la llaga: los mundurukú no tienen una rutina de contar. Es tentador equiparar un uso del número *cinco* con la capacidad para contar cinco cosas, pero son logros muy diferentes. Contar es un algoritmo, como las divisiones largas o la tabla de logaritmos; en este caso un algoritmo para valorar la numerosidad exacta de un conjunto de objetos. Consiste en recitar de memoria una tira de verso en blanco («Uno, dos, tres, cuatro, cinco...»), pero emparejando únicamente cada pie del poema con un objeto en el centro de atención, sin saltarse un objeto ni recaer en otro dos veces. Entonces, cuando no queda ningún número sin observar, se proclama el último pie que se tenía en el poema como la numerosidad del conjunto.[98] Éste es simplemente uno de los muchos algoritmos para determinar la numerosidad. En algunas sociedades, las personas emparejan los objetos con partes del cuerpo, y conozco a algunos programadores informáticos que cuentan del siguiente modo: «Cero, uno, dos, tres, cuatro. Hay cinco». Ahora bien, el algoritmo de contar que se enseña a los preescolares, al igual que las matemáticas más complejas que se enseñan a los niños en edad escolar, generan palabras en el lenguaje. Pero no son parte del lenguaje, como la concordancia entre sujeto y verbo, ni entran de balde en la lengua. Así, en el caso del sentido de los números, la comparación adecuada —culturas semejantes, lenguas diferentes— *refuta* el determinismo lingüístico, más que apoyarlo. El requisito para unos conceptos numéricos exactos superiores a «dos» es un algoritmo del contar, no una lengua con palabras para referirse a los números.

98. R. Gelman y Gallistel, 1978.

Si pasamos de los objetos y los números al espacio, nos encontramos con el eje del movimiento neowhorfiano, un conjunto de estudios del antropólogo Stephen Levinson y sus colegas, en los que se pretende demostrar que los términos espaciales de una lengua determinan la forma en que sus hablantes usan las tres dimensiones del espacio para recordar la ubicación de los objetos.[99] El equipo de Levinson examinó la lengua tzeltal, una lengua que hablan los nativos norteamericanos de la región de Chiapas de México, descendientes de los mayas y cuya civilización floreció desde el año 250 al 900 d.C. El tzeltal no tiene palabras generales para referirse a «izquierda» o «derecha». Lo más parecido que tiene son unos términos que designan el brazo o la pierna izquierdos o derechos, pero son unas palabras que se usan raramente para denotar el lado izquierdo de un objeto, una mesa o una habitación.[100] En su lugar, los hablantes del tzeltal describen las relaciones espaciales relativas a la ladera de una montaña que se alza sobre sus pueblos. El vocabulario espacial del tzeltal incluye palabras que significan «cuesta arriba» (que es más o menos hacia el sur), «cuesta abajo» (más o menos hacia el norte) y «a través de la colina». Estas coordenadas se emplean no sólo cuando se va arriba y abajo por la ladera, sino también cuando se está en el llano o dentro de la casa, e incluso cuando se describe la colocación de objetos pequeños. Según Levinson, los hablantes del tzeltal dicen «La cuchara está cuesta abajo de la taza», no «La cuchara está a la derecha de la taza».[101]

Levinson y sus colegas escriben: «El hablante de esa lengua no puede recordar la diversidad de objetos de la misma forma que la recordamos nosotros».[102] Señalan que los hablantes del tzeltal confunden las imágenes es-

99. S. C. Levinson, 2003; S. C. Levinson, Kita y Haun, 2002; Pederson, Danziger, Wilkins, Levinson, Kita y Senft, 1998.

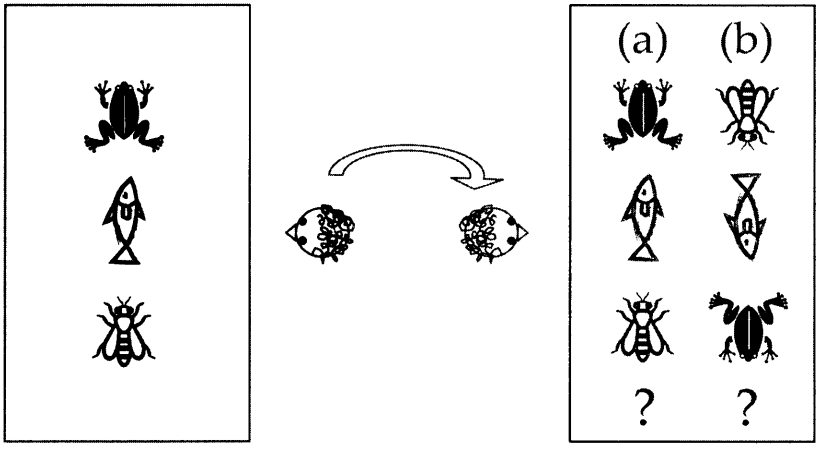
100. Aunque se afirma que los hablantes de la lengua tzeltal nunca extienden los términos corporales de izquierdo y derecho a otros objetos, Linda Abarbanell, que también estudió a esos hablantes, señala que sí lo hacen algunos de éstos, y algunos dialectos (comunicación personal, 28 de marzo de 2006).

101. Yo apruebo esta teoría, pero Abarbanell (véase la nota anterior) es escéptica: «Por lo que yo puedo decir, usan primordialmente un sistema basado en referencias a diversos hitos, y éstos dependen del contexto. Un habitante de Tenejapan (si usara tazas) probablemente diría lo mismo que uno de Boston: "Pásame la cuchara que está junto a la taza; ésta de ahí"».

102. Gumperz y Levinson, 1996, pág. 27.

peculares, pero sorprende lo bien que saben dónde están el norte y el sur —incluso en un recinto cerrado, y hasta con los ojos vendados y después de girar en redondo varias veces, como si tuvieran una brújula insertada en la cabeza (como ocurre con algunas especies de aves migratorias)—. Por ejemplo, ocurriría que una hablante del tzeltal llega una noche a un hotel de una ciudad que desconoce y muy alejada de su casa, y le pregunta a su marido si el agua caliente viene del grifo «cuesta arriba» o del «cuesta abajo».

En varios experimentos, el grupo de Levinson sentaba personas a una mesa de cara a una hilera de juguetes que miraban hacia la derecha (por ejemplo, una mosca, un pez y una rana). A continuación hacían que las personas se giraran 180 grados, hasta situarse frente a otra mesa que tenían a sus espaldas, les daban una serie de juguetes y les pedían que los colocaran de la «misma» manera que estaban en la primera mesa.



La tarea es ambigua. «Misma» puede significar «la misma colocación en relación con el entorno», en cuyo caso, la mosca estaría ahora a la derecha de la persona, pero, a vista de pájaro, estaría en el mismo extremo de la mesa, señalado como (a) en la ilustración. O podría significar «la misma colocación en relación con la persona», en cuyo caso la mosca seguiría estando a la izquierda de la persona, aunque a vista de pájaro estaría en el extremo *opuesto* de la mesa, como en (b). Los hablantes del tzeltal tendían a mantener la hilera de juguetes de la segunda mesa con la misma posición

respecto al entorno, como en (a). Pero los hablantes del holandés (que, como los ingleses, tienen términos generales para expresar «izquierda» y «derecha») conservaban la disposición de izquierda a derecha vista desde su punto de mira, cambiándolos con relación al mundo, como en (b). Por lo tanto, concluía Levinson, «el uso del sistema lingüístico [...] realmente obliga al hablante a hacer computaciones que, de otro modo, no haría».[103]

Como veíamos, una auténtica demostración del determinismo lingüístico tendría que demostrar tres cosas: que a los hablantes de una lengua les es imposible, o al menos muy difícil, pensar de la forma en que pueden pensar los hablantes de otra lengua; que la diferencia lleva al razonamiento a una conclusión, y no sólo a una inclinación en circunstancias confusas; y que la causa de la diferencia del pensamiento está en la diferencia de la lengua, y no está simplemente relacionada con ella por alguna otra razón, como la del medio físico o cultural. Pese a su estatus de insignia del neowhorfianismo en la psicolingüística, la demostración no pasa ninguna de las tres pruebas.

Para entender realmente lo que aquí se está cociendo, es necesario, en primer lugar, considerar de qué forma se *puede* pensar el espacio y de qué forma se *puede* hablar de él.[104] Las personas no disponemos de un GPS en la cabeza para poder recibir las señales de los satélites que trazan la órbita alrededor de la Tierra de forma sincronizada. En su lugar, tenemos que escoger un marco de referencia que las diferentes personas (o la misma persona en momentos distintos) podamos identificar con toda confianza, para luego especificar la dirección y la distancia del objeto en relación con ese marco. Para la dimensión de arriba-abajo, la gravedad es un marco de referencia ubicuo y siempre presente. Pero las otras dos direcciones son problemáticas, porque no hay brújulas ni señales de «usted está aquí» repartidas por el mundo para orientarnos en los sentidos norte-sur y este-oeste.

Una opción es buscar un marco de referencia geocéntrico: un eje norte-sur o este-oeste alineado con unos hitos, una colina o alguna otra ca-

103. Pederson y otros, 1998, pág. 586.

104. S. Pinker, 1997b, cap. 5; Corballis y Beale, 1976; Hinton y Parsons, 1981; Marr, 1982; S. Pinker, 1984, 1988; Rock, 1983; Talmy, 1983.

racterística del terreno que está anclado al planeta. Un marco geocéntrico tiene la ventaja de permanecer colocado, de manera que algo que «apunte hacia el este» siempre apuntará hacia el este, con independencia de dónde nos situemos. Pero tiene la desventaja de no estar disponible cuando se está en espacios interiores o lejos de casa, y a menudo ha de mantenerse estable precisamente en la forma equivocada. Cualquier objeto o parte de él que pueda moverse sólo mantendrá una ubicación constante en relación con algún *otro objeto* al que esté unido, y no en relación con el mundo. El manillar siempre está en la parte delantera *de la bicicleta* (no al norte, al sur, al este ni al oeste), y el grifo del agua fría siempre está en el lado derecho *de la bañera*, cualquiera que sea la dirección a la que apunten la bicicleta o la bañera.

Esto exige un marco de referencia centrado en el objeto: un sistema coordinado que esté sujeto mediante un objeto saliente, permitiendo que sus partes u otros objetos se localicen en relación con su parte superior, su parte inferior, la parte delantera o los lados. Esto, además, tiene ventajas e inconvenientes. Aunque es útil para reconocer formas y para controlar la colocación de los objetos, un marco centrado en el objeto tiene problemas a la hora de distinguir sistemáticamente las dos dimensiones horizontales. Algunos objetos tienen una parte delantera y una parte trasera naturales (la bicicleta, el televisor, la nevera), pero muchos no, por ejemplo, el árbol o la lámpara de pie. Y lo que es peor, aparte de algunas formas obra del hombre, como los coches y las letras, casi todo lo del mundo carece de unos lados derecho e izquierdo que se puedan distinguir de forma sistemática. Muchas veces se publican fotografías como si fueran una imagen especular, sin que nadie lo note, y en 2000 el Servicio Postal de Estados Unidos sin darse cuenta imprimió un sello que mostraba el Gran Cañón tal como aparecería en el espejo.[105] A diferencia de otra metedura de pata anterior que tenía que ver también con el diseño del mismo sello (cuyo pie de foto situaba la maravilla natural en Colorado, y no en Arizona, un error geocéntrico que supuso retirar 100 millones de sellos), en esta ocasión pensaron que el error no significaba diferencia alguna en tal como lo veía la gente, así que no se molestaron en corregir los sellos.

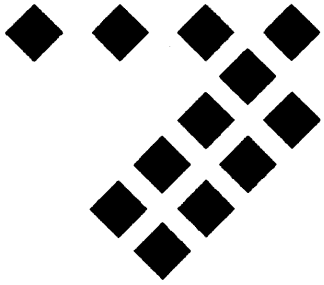
105. «Otro error: un sello con el Gran Cañón al revés», *Boston Globe*, 3 de febrero de 2000.

Esto crea el marco para un tercer tipo de sistema coordinado, el marco egocéntrico, en el que las personas se crucifican mentalmente sobre los ejes que definen el arriba y el abajo, la parte delantera y la parte trasera, y la derecha y la izquierda en relación con sus propios cuerpos, unos ejes que, convenientemente, siempre llevan consigo. Un problema del marco egocéntrico es que las personas se mueven, por lo que el marco no sirve de ayuda alguna para localizar las cosas que no estén adheridas a nosotros mismos, a menos que convengamos en situarnos de pie en un determinado sitio, mirando hacia un determinado lado. Otro problema es que nuestro cuerpo y nuestro cerebro son simétricos en su mayor parte y, en consecuencia, nos las vemos negras para distinguir la izquierda de la derecha. Los niños escriben las letras al revés con frecuencia, y les cuesta recordar qué zapato corresponde a cada pie. Los adultos pueden recordar erróneamente hacia qué lado mira el Lincoln que aparece en las monedas de un centavo, y si la madre de Whistler mira hacia la izquierda o hacia la derecha.[106]

Los estudiosos de la cognición espacial piensan que las personas (y otros muchos animales) nacemos con una capacidad para usar los tres tipos de marco de referencia, en función de la tarea y las circunstancias. Un caso sencillo en que podemos vernos cambiando entre un marco egocéntrico y otro centrado en los objetos es cuando vemos una determinada forma como un diamante puesto cara arriba, y después la vemos como un cuadrado inclinado.[107] Un ejemplo contundente es la ilustración incluida en la página siguiente tomada del psicólogo Fred Attneave, en la que la figura de la parte superior derecha se puede percibir como un diamante o como un cuadrado, según si mentalmente se agrupa con la línea horizontal o la diagonal de las formas y, por lo tanto, si está ensartada en el eje horizontal o en el diagonal.[108]

Nuestra destreza para analizar el mundo visual tiene su contrapartida en los múltiples marcos que el lenguaje pone a nuestra disposición. Muchos términos espaciales de la lengua inglesa, como *front* (frente) y *right* (derecha), se pueden utilizar bien de una forma egocéntrica (*to the right of the car* [hacia la derecha del coche]), bien de una forma centrada en el ob-

106. Corbalis y Beale, 1976.
107. Rock, 1983.
108. Attneave, 1968.



jeto (*the car's right* [la derecha del coche]). El lenguaje tiene también un léxico de términos geocéntricos. No sólo hay palabras para designar los sentidos de la brújula, sino que tenemos palabras como *uphill* (cuesta arriba), *downhill* (cuesta abajo), *seaward* (hacia el mar) y *shoreward* (hacia la costa), y frases como *toward the lake* (hacia el lago) y *away from the hills* (lejos de las colinas). La psicolingüista Lila Gleitman habla de una isla cuyos habitantes, como los mayas, localizan muchos lugares y direcciones con la ayuda de términos geocéntricos. La isla es Manhattan, y los términos *uptown* (hacia el distrito residencial), *downtown* (centro de la ciudad) y *crosstown* (que cruza la ciudad). Asimismo, el sistema del metro de Boston calcula las direcciones con los términos *inbound* (de llegada) y *outbound* (de partida).

Dada la utilidad de los tres tipos de marco, cada uno de ellos resolviendo las deficiencias de los demás, sería de extrañar que un determinado pueblo careciera de la capacidad para usar uno, simplemente debido a los accidentes de la historia de su lengua. Y, en efecto, el propio hecho de que el inglés, como el tzeltal, tenga términos geocéntricos, que sus hablantes entienden perfectamente bien, fastidia los planes de una interpretación whorfiana extrema de las diferencias entre mayas y norteamericanos a la hora de alinear unos juguetes sobre una mesa. Los anglohablantes son capaces, sin duda, de usar las coordinadas geocéntricas, y muchos lo hacen sin ningún tipo de esfuerzo. Conozco a varias personas que saben apuntar al «norte» dentro de una habitación sin ventanas mediante el simple cálculo, y en cierta ocasión, el contratista de obras que me remodeló una casa hablaba de cada uno de los elementos de ésta, incluso de los más pequeños, desde la perspectiva del norte, el sur, el este y el oeste (unos puntos que destacaban visualmente gracias a la línea de la costa que se veía por la ventana). Del mismo modo, cuando estuve en la Universidad de

Utah del Sur, ubicada en medio de las montañas paralelas de la topografía de cuencas y praderas del oeste americano, me di cuenta de que profesores y alumnos se referían a los lugares de los diferentes edificios con las direcciones de la brújula, para gran confusión de los novatos. Así pues, incluso entre quienes hablan inglés, los términos geocéntricos se pueden usar cuando el terreno ofrece un marco de referencia visual manifiesto. De manera que el hecho de poder disponer de *left* (izquierda) y *right* (derecha) en inglés, y la ausencia de términos como *up-the-slope* (ladera arriba) y *across-the-slope* (a través de la ladera), no parece que «reestructure» la cognición de los anglohablantes; siguen teniendo la capacidad de localizar las cosas de forma geocéntrica cuando las circunstancias hacen que resulte útil.

¿Y qué diremos de quienes hablan el tzeltal? Las psicólogas Peggy Li, Linda Abarbanell y Anna Papafragou dirigieron varios experimentos en Chiapas para ver si la ausencia de *izquierda* y *derecha*, y la presencia de *ladera-arriba* y términos similares realmente reestructuraban *su* cognición, haciéndolos incapaces de localizar objetos egocéntricamente.[109] Vendaron los ojos a los mayas e hicieron que giraran varias veces sentados en una silla, pidiéndoles después que sacaran una moneda que ellos habían escondido en una de dos cajas. En una situación, las cajas estaban colocadas en el suelo, de forma que su localización era sistemática en un marco geocéntrico. En otra situación, cada caja estaba en el extremo de una barra adosada a la silla que giraba al mismo tiempo que ésta, de manera que su ubicación era constante en un marco egocéntrico. Los mayas supieron realizar ambas tareas —bien es verdad que les fue más fácil encontrar la moneda que los seguía egocéntricamente, pese a su lengua—. Así pues, los hablantes de la lengua tzeltal *saben* usar un marco egocéntrico cuando la situación lo exige, del mismo modo que los hablantes de la lengua inglesa saben usar un marco geocéntrico.

Evidentemente, en los experimentos originales de Levinson, los hablantes del tzeltal y el inglés sí se comportaban de forma distinta cuando se les giraba y tenían que alinear esos juguetes que estaban en una segunda mesa. Pero, como hemos visto, se trata de una prueba que no tiene una respuesta correcta: «colocar de la misma manera» podía significar de la misma manera respecto al cuerpo de la persona, *o* podía significar de la

109. Abarbanell, Li y Papafragou, 2005; Li, Abarbanell y Papafragou, 2005.

misma manera respecto al mundo, y quienes dirigían el experimento no quisieron decir a los participantes a qué se referían (ya que, por supuesto, no se referían a ninguna de las dos posibilidades). Si el efecto whorfiano es simplemente una cuestión de decantar a las personas de un modo u otro ante una disyuntiva, debería ser fácil hacer que desapareciera la diferencia, o al menos que se redujera considerablemente, facilitando para ello indicios sobre qué opción tiene mayor sentido en unas circunstancias dadas. Li, Abarbanell y Papafragou demostraron que, cuando la tarea lo exigía, los hablantes del tzeltal sabían ir sin vacilar por ambos caminos. Se les podía enseñar a mirar los objetos de una mesa y repetir su colocación en una segunda mesa *bien* preservando la orientación norte-sur, *bien* preservando la orientación izquierda-derecha. Y, en colaboración con las psicólogas Lila Gleitman y Randy Gallistel, las tres convirtieron a los americanos en mayas mediante sencillos recursos, como examinarlos al aire libre (donde el terreno destaca más), pegar una referencia como un estanque de patos en uno de los extremos de la mesa, o hacer que los participantes fueran al otro lado de la misma mesa, en vez de hacer que se dieran la vuelta para situarlos ante una mesa distinta.[110]

El tercer golpe al determinismo lingüístico le llega, como ocurrió con la nieve de los esquimales y los números de los pirahã, de una prueba capaz de distinguir la causalidad de la correlación. Incluso cuando reconocemos que existe una diferencia entre los hablantes del inglés y del tzeltal —concretamente que los últimos son más proclives a extender el marco de referencia geocéntrico a la escala del tablero de una mesa—, podemos enunciar la diferencia de dos formas:

1. Los hablantes del tzeltal habitualmente calculan las direcciones con respecto al terreno, y esto se refleja en su lengua (interpretación no whorfiana).
2. La lengua tzeltal tiene términos para designar las direcciones en relación con el terreno, y esto causa que sus hablantes calculen las direcciones de esta forma (interpretación whorfiana).

110. Abarbanell, Li y Papafragou, 2005; Gleitman, Li, Papafragou, Gallistel y Abarbanell, 2005; Li y Gleitman, 2002. Para una defensa de las conclusiones originales, véase también S. C. Levinson, Kita y Haun, 2002.

¿Cómo decidir cuál es la correcta? Podemos ver si hay alguna característica del hábitat o del estilo de vida de los hablantes del tzeltal que les pudiera llevar a prestar más atención al norte y al sur que a la izquierda y la derecha, con independencia de su lengua. Da la casualidad de que no hay sólo una de estas características, sino varias. A diferencia de los universitarios de Estados Unidos y de los Países Bajos, los hablantes de la lengua tzeltal viven a la sombra de una gran ladera de montaña. Son agricultores, y pasan la mayor parte del tiempo al aire libre, muchas veces subiendo con dificultad la ladera dos veces al año, entre sus tierras de cultivo de las tierras altas y las de las regiones bajas.[111] Y raramente viajan fuera de su región. Todas estas opciones de estilo de vida hacen que el terreno local esté mucho más presente en su conciencia que en la de los estudiantes norteamericanos y la de los Países Bajos, en su mayoría peripatéticos y animales de interior. Por otro lado, los occidentales pasan mucha mayor parte de la vida leyendo, lo cual los sumerge en una tierra de texto en la que no se puede ignorar la dirección de izquierda-a-derecha. (El Servicio Postal de Estados Unidos nunca habría tolerado un sello con la fotografía especular de un trozo de texto, como la señal HOLLYWOOD.) De manera que tenemos muchas razones para esperar que los mayas confíen más en el terreno, y que los norteamericanos y holandeses confíen más en la izquierda y la derecha en relación con su cuerpo, sin necesidad de considerar sus lenguas.[112]

Quienes cortaron el nudo fueron Li, Abarbanell, Gleitman y sus colaboradores, que vieron que otro pueblo maya de Chiapas hablaba una lengua, la tzotzil, que sí usa términos que significan derecha e izquierda para referirse a unas direcciones relativas. Por lo demás, sin embargo, su cultura es similar a la de los hablantes del tzeltal.[113] Y, efectivamente, los hablantes del tzotzil colocan los juguetes de la misma forma que lo hacen los hablantes del tzeltal. Una vez más, vemos que son la cultura y el entorno, y no el lenguaje, los que llevan a diferencias en el grado de perfección con que se pone en uso una u otra habilidad mental.

111. Linda Abarbanell, comunicación personal, 28 de marzo de 2006.

112. Majid, Bowerman, Kita y Levinson, 2004, buscaron posibles influencias ecológicas y culturales, con resultados ambiguos, pero examinaron los factores globales, como la zona ecológica y el modo de subsistencia, más que los factores directamente relevantes para los marcos de referencia, como la topografía local, la movilidad y el grado de alfabetización.

113. Gleitman, Li, Papafragou, Gallistel y Abarbanell, 2005.

Así pues, los nuevos estudios reunidos para avalar el determinismo lingüístico sólo concuerdan con una versión trivial de la hipótesis whorfiana, según la cual los hablantes de las diferentes lenguas se inclinan por direcciones distintas en una tarea imprecisa, y no tienen la mente estructurada de forma diferente. Y es posible, incluso, que esas diferencias no las haya causado su lengua, sino las características de su cultura y su entorno que se reflejan en ella.

La razón de que haya repasado las destacadas afirmaciones del nuevo whorfianismo no es como un ejercicio de demolición. Era, en parte, para demostrar que la eterna curiosidad de las personas sobre el lenguaje y el pensamiento se puede abordar de forma científica y, en parte, por la oportunidad que ofrece de mirar detenidamente la capacidad de la mente para razonar sobre los objetos, los números y las tres dimensiones del espacio. Pero también deseo reafirmar un tema importante de este libro: que el lenguaje es una ventana a la naturaleza humana, y expone características profundas y universales de nuestros pensamientos y nuestros sentimientos que no se pueden equiparar con las propias palabras. Así que el lector me permitirá que concluya con algunos argumentos positivos sobre un lenguaje del pensamiento, como parte de una imagen mayor de cómo funciona la mente, y una visión de dónde nos situamos respecto a las tres teorías radicales.

Una razón de que la lengua no puede ser *demasiado* esencial para nuestro funcionamiento mental es que, antes que nada, tuvimos que aprenderla. No es difícil imaginar cómo podría funcionar la adquisición de la lengua si los niños supieran imaginar algunos de los sucesos y de las intenciones que los rodean, y trataran de delimitarlos mediante sonidos procedentes de la boca de sus padres.[114] Pero de qué forma una cadena primaria de sonidos podría traer a la memoria del niño unos conceptos a partir de la nada es un completo misterio. No es de extrañar que los estudios sobre la mente de los niños prelingüísticos hayan demostrado que éstos son sen-

114. S. Pinker, 1984/1996, 1989; Roy y Pentland, 2002; Siskind, 1995.

sibles a la causa y el efecto, la agencia humana, las relaciones espaciales y otras ideas que forman el núcleo de la estructura conceptual.[115]

También sabemos que los pensamientos humanos se almacenan en la memoria de una forma muchísimo más abstracta que las frases. Uno de los principales descubrimientos de los estudios sobre la memoria es que las personas tienen un débil recuerdo de las frases exactas que les otorgaron el conocimiento. Sin embargo, esta amnesia para la *forma* no les impide retener *lo esencial* de lo que han oído o leído.[116] En un experimento clásico, una serie de personas tenían que recordar conjuntos de frases afines, tales como *The tree was in the front yard* (El árbol estaba en el patio delantero), *The ants ate the jelly* (Las hormigas se comieron la jalea), *The three shaded the man* (El árbol daba sombra al hombre), *The jelly was sweet* (La jalea estaba dulce), *The jelly was on the table* (La jalea estaba sobre la mesa), etc. Poco después, se les daba una lista de frases y se les pedía que señalaran las que habían visto. Ante las frases que concordaban con una combinación de los significados de las originales, por ejemplo, *The ants ate the sweet jelly* o *The tree in the front yard shaded the man* (Las hormigas se comieron la dulce jalea o El árbol del patio delantero daba sombra al hombre), aseguraban que las habían visto antes, y lo afirmaban con mayor seguridad que respecto a las frases que realmente *habían* visto.[117]Esto indica que las cadenas de lenguaje normalmente se descartan antes de que lleguen a la memoria, y que es su significado lo que se almacena, fundido en una gran base de datos de estructura conceptual.

Otra razón de que sepamos que el lenguaje no podría determinar el pensamiento es que cuando una lengua no está a la altura de las exigencias de sus hablantes, éstos no se quedan atónitos y se rascan la cabeza (al menos no durante mucho rato), sino que simplemente cambian la lengua. La extienden con metáforas y metonimias, toman prestadas palabras y frases de otras lenguas, o acuñan jerga y argot nuevos. (Si uno se detiene a pensarlo, ¿cómo podría ser de otra forma? Si las personas tuvieran problemas para pensar sin el lenguaje, ¿de dónde habría provenido su lengua? ¿de una comisión de marcianos?) El cambio imparable es la estrella de la lingüísti-

115. Carey, 2006; Soja, Carey y Spelke, 1991; Spelke, 1995.
116. J. R. Anderson, 1976; J. R. Anderson y Bower, 1973; D. L. Schacter, 1996.
117. Bransford y Franks, 1971. Véase también J. R. Anderson, 1976.

ca, que no es lo que uno esperaría de «una prisión del pensamiento». Por esto los lingüistas ponen los ojos en blanco ante afirmaciones muy habituales, como la de que la lengua alemana es la mejor para la ciencia, que únicamente el francés permite una expresión verdaderamente lógica, y que las lenguas indígenas no son adecuadas para el mundo moderno. En palabras de Ray Harlow, es como decir: «En el inglés antiguo no se hablaba de ordenadores; por lo tanto, no se puede hablar de ellos en el inglés moderno».[118]

Tal vez la razón más profunda de que el efecto del lenguaje sobre el pensamiento tiene que ser limitado es que el propio lenguaje sea tan inadecuado como medio de razonamiento. El lenguaje sólo se puede usar con la ayuda de una inmensa infraestructura de computación mental abstracta. No sólo ocurre que las frases están atestadas de información que se adapta para la comunicación auditiva —como los sonidos del habla, el orden de las palabras en el tiempo y muchos dispositivos para atraer la atención de quien escucha—, sino que no consigue contener información que es esencial para una lúcida inferencia.[119] La deficiencia más evidente es la polisemia. Ningún pensador *compos mentis* sería incapaz de distinguir una abertura en una pared de una hoja de cristal, un pliego de pulpa de madera de una agencia de noticias, un proceso de ensamblaje que dure diez minutos de un edificio de diez plantas, o una especie animal de una bestia de carne y hueso. (Los psicólogos experimentales lo examinan todo, y han demostrado que las personas no confunden los sentidos de un verbo polisémico.)[120] Pero esto es lo que las palabras más corrientes del inglés, si se emplean como un medio interior del pensamiento, obligarían a que hiciera cualquiera que piense. De nada sirve recurrir a la habilidad de la mente para resolver la polisemia en contexto, porque estamos hablando de la mismísima parte de la mente que *sí* la resolvería, y esta parte ha de distinguir las categorías que se apretujan en una palabra.

En este sentido, cada una de las teorías radicales sobre el lenguaje y el pensamiento refuta alguna de las otras, en una especie de juego de piedra-papel-tijera. Las diferencias entre las lenguas, motivo de orgullo del de-

118. Adaptado de Harlow, 1998, pág. 13.
119. S. Pinker y Jackendoff, 2005.
120. Klein y Murphy, 2002.

terminismo lingüístico, son un quebradero de cabeza para el nativismo extremista, que da por supuesto que los conceptos son innatos y, por consiguiente, universales. La precisión del sentido de las palabras, que el nativismo extremista usa para desacreditar las definiciones, pone en duda la pragmática radical, que presume que el conocimiento que uno tiene de una palabra es muy maleable. Y la polisemia, que motiva la pragmática radical, presenta problemas para el determinismo lingüístico, porque demuestra que los pensamientos deben ser más precisos que las palabras.

La teoría de la semántica conceptual, que propone que los sentidos de las palabras se representan mentalmente como expresiones de un lenguaje más rico y más abstracto del pensamiento, se sitúa en el centro de este círculo, y es compatible con todas las complicaciones. Los significados de las palabras pueden variar entre las diferentes lenguas porque los niños las ensamblan y las afinan con exactitud a partir de conceptos más elementales. Pueden ser precisas porque los conceptos apuntan directamente a algunos aspectos de la realidad y se deshacen del resto. Y pueden apoyar nuestro razonamiento porque representan aspectos legítimos de la realidad —el espacio, el tiempo, la causalidad, los objetos, las intenciones y la lógica—, más que el sistema de ruidos que se desarrolló en una comunidad para que sus componentes pudieran comunicarse. La semántica conceptual encaja, también, con nuestra idea de sentido común de que las palabras no son lo mismo que los pensamientos y, desde luego, que gran parte de la sabiduría humana consiste en no confundir unas con los otros. «Las palabras son los contadores de los sabios —escribió Hobbes—; no hacen sino que se cuente con ellas; pero son el dinero de los locos.» Unos siglos después, Siegfried Sassoon hacía una asociación similar cuando decía:

> Las palabras son unas locas
> que prosiguen ciegamente, una vez que consiguen un ejemplo.
> Pero los pensamientos son martines pescadores que rondan los charcos
> de los tranquilos y poco vistos...[121]

121. De «limitations».

Capítulo 4
SURCAR EL VIENTO

Desde que, hace varios años, casi me perdí un viaje porque no sonó el despertador, ahora pongo *dos* alarmas la noche antes de tomar un avión, una en mi asistente digital personal (PDA), la otra en la radio despertador de mi habitación o del hotel. Como la campanilla del PDA me parece menos brusca que la bocina del despertador, pongo el primero para que suene un minuto antes que el segundo. Así que, durante muchas mañanas y a lo largo de varios años, he tenido la experiencia de la campanilla del PDA seguida, unos segundos después, de la estridencia del despertador. Y, según una famosa teoría de la percepción de la causalidad, asociada con el filósofo David Hume, debería pensar que la campanilla *causa* la estridencia.[1]

Evidentemente no lo pienso en modo alguno. La causa de que el despertador suene, creo firmemente, es el manejo que hice de sus dispositivos de alarma unas horas antes. Y lo creo pese al hecho de que el intervalo entre la causa y el efecto puede variar entre ocho y tres horas, pese al hecho de que la alarma no siempre se dispara (puesto que son muchas las cosas en que uno se puede equivocar al poner el despertador), y pese al hecho de que sólo tengo una muy vaga idea de cómo funciona un reloj digital (creo que tiene algo que ver con los chips de silicio).

Pero a pesar de la escasa relación que existe entre los dispositivos del despertador y las estridentes alarmas (y la relación más inmediata entre la campanilla del PDA y la alarma del reloj), mi convicción de cuál es la causa sigue inquebrantable. Ésta es la razón de que, cuando no suena la alarma del despertador, no sacuda el PDA ni lo acerque a la luz, sino que piense en la interacción que la noche anterior tuve con el reloj. Quizá no sea lo bastante inteligente para poner un despertador digital (no me di cuenta de la luz que indicaba PM, o confundí la alarma A con la B, o puse el despertador

1. D. Hume, 1748/1999.

en el modo MÚSICA pero sin sintonizar ninguna emisora). Quizá quienes diseñaron el reloj no fueran lo bastante inteligentes para fabricar un aparato que una persona corriente pudiera manejar. Tal vez una parte del despertador —un hilo o un chip de su interior— esté quemada. Es posible que el funcionamiento del reloj estuviera confundido por los rayos cósmicos, los duendecillos o por el hecho de que la luna creciente se encontrara en Sagitario. Pero, de un modo u otro, estoy seguro de que el funcionamiento del reloj tiene *alguna* causa inteligible, que debe de estar no sólo en lo que ocurre antes de ese funcionamiento, sino en alguna fuerza o mecanismo con poderes causales.

Las personas damos por supuesto que el mundo tiene una textura causal —que sus sucesos se pueden explicar por la propia naturaleza del mundo, y no son una condenada cosa que ocurre después de otra—. «El tiempo es la forma que tiene la naturaleza de evitar que todo ocurra a la vez —según un *graffiti*— y el espacio es la forma que tiene la naturaleza de evitar que todo me suceda a *mí*.»[2] Pero en la mente de las personas, el tiempo y el espacio son mucho más que eso. Parece que existan incluso cuando no hay sucesos que separar; son unos *medios* en los que se deben situar los objetos y los sucesos de nuestra experiencia. Y no sólo los reales, sino también los imaginarios.

La imaginación humana es una inventora maravillosa. Podemos visualizar unicornios y centauros, personas que son más rápidas que una bala, y una hermandad de personas que comparte todo el mundo. Pero hay muchas cosas que *no podemos* imaginar, al menos en forma de imagen mental.[3] Es imposible visualizar una manzana junto a un limón sin que ninguno de los dos esté a la derecha, sino sólo «junto a» la otra cosa (aunque naturalmente podemos *describir* esta colocación, como yo hice). Y como en el comentario de Alicia sobre el Gato de Cheshire (que decía que había visto muchas veces un gato sin sonrisa, pero nunca una sonrisa sin un gato), no podemos imaginar un objeto que sea simétrico o triangular pero que, por otro lado, no tenga una determinada forma (en el caso del trián-

2. La primera parte se suele atribuir al físico John Archibald Wheeler, pero éste escribió que lo había sacado de la pared de un lavabo de caballeros: Wheeler, 1994, nota al pie 1.

3. S. Pinker, 1997b, cap. 4.

gulo, que sea equilátero, isósceles o escaleno).[4] Sabemos que los elefantes son grandes y de color gris, ocupan espacio y en cualquier momento están en un sitio concreto. Pero si puedo imaginar un elefante que no sea grande ni gris, no puedo imaginar uno que no ocupe espacio o que no esté en algún lugar (incluso si lo tengo flotando en torno al ojo de mi mente, siempre está *en algún sitio* en un momento determinado).[5] En aquel viejo chiste, un caballero, al ver a un turista que está buscando una dirección en el mapa, le dice: «No puede llegar usted allí desde aquí». Nos reímos porque sabemos que está en la naturaleza del espacio que todas sus ubicaciones estén conectadas. Y, como señala el psicólogo cognitivo Roger Shepard, las personas a menudo desearían tener un despacho con más espacio, para tener más lugares donde colocar los libros. Pero no desearían tener un despacho con más *dimensiones*, para tener más formas de *colocar* los libros. El espacio continuo tridimensional es una matriz siempre presente en la que se deben situar los objetos de nuestra imaginación.

El ojo de nuestra mente también está sentenciado a vivir en un mundo de tiempo. Del mismo modo que podemos imaginar un espacio vacío, sin objeto alguno, pero no una serie de objetos que no estén situados en el espacio, podemos imaginar un período de tiempo en el que no ocurra nada, pero no un suceso que no se desarrolle en el tiempo o tenga lugar en un determinado momento. Podemos imaginar que el tiempo reduce la marcha, que avanza deprisa, que va hacia atrás o que se detiene por completo, pero no podemos imaginar que tenga dos o tres dimensiones. En realidad, no está claro siquiera que imaginemos de verdad que el tiempo reduce la marcha o se detiene, pues *simulamos* esas posibilidades imaginando cosas que se mueven a medio gas, o que se detienen en un marco congelado, mientras el tiempo sigue como de costumbre.

Es posible que el lector se pregunte si estas características de nuestra experiencia proceden del diseño de la mente o de la naturaleza del universo perceptible. Al fin y al cabo, el mundo existe en tres dimensiones, se despliega en el tiempo y obedece las leyes causales (al menos en las escalas que nuestros órganos de sensación pueden detectar), y quizá la mente no hace sino reflejar sus alrededores observables. Pero hay una diferencia

4. Berkeley, 1713/1929.
5. Cave, Pinker, Giorgi, Heller, Wolfe y Lin, 1994.

fundamental entre el espacio, el tiempo y la causalidad tal como se representan en nuestra mente y tal como existen en la realidad. Nuestra intuición de estos entes está llena de paradojas e incongruencias. Pero *la realidad* no puede estar llena de paradojas e incongruencias; la realidad simplemente *es*.

Tomemos el espacio. Tiene que ser finito o infinito, pero ninguna de las dos posibilidades cuadra con nuestras intuiciones. Cuando intento imaginar un universo finito, recurro a Marcel Marceau, que con su mímica y sus manos crea una pared invisible. O, después de leer cosas sobre los colectores en un libro de física, veo hormigas avanzando sigilosamente por una esfera, o a personas atrapadas en un inmenso tubo interior inconscientes de la extensión que tienen a su alrededor. Pero en todos estos casos, el volumen queda tercamente suspendido en un espacio mayor, que no debería estar ahí en modo alguno, pero que el ojo de la mente no puede evitar mirar.

Un universo infinito podría parecer más agradable, pues el ojo de la mente puede volar por el espacio de forma indefinida, con nuevas extensiones que se materializan continuamente justo a tiempo. Pero un espacio infinito también tiene implicaciones inquietantes. ¿Una cantidad infinita de espacio tendría en él una cantidad infinita de materia? No sólo es posible, sino previsible: los físicos han descubierto hace poco que en escalas grandes la materia se distribuye de forma uniforme por todo el espacio observable.[6] Esto abre la posibilidad de que un espacio infinito estuviera tachonado de un número infinito de universos. Un conjunto dado de partículas elementales sólo puede estar en un número finito de estados y posiciones, por lo tanto, en un volumen dado sólo hay un número finito de disposiciones posibles de la materia. Combinado con una distribución uniforme de la materia en el espacio, esto implicaría que sólo hay tantos universos posibles, lo cual, a su vez, significaría que los universos se repetirían a sí mismos en un multiverso infinito. De ser así, a una distancia de entre 10 y 10^{28} metros hay una réplica exacta del lector leyendo una réplica exacta de este libro, y en algún otro lugar, una réplica del lector que decidió dejar el libro, y aun en otro universo alguien llamado Murray, y en otro una réplica con un pelo que le sobresale —en efecto, un número in-

6. Tegmark, 2003.

finito de dobles fantasmagóricos en sus universos de dobles fantasmagóricos—. Demasiado para el estómago, ¿no? Pero es una implicación de la aparentemente inocua intuición de que el espacio y la materia siguen para siempre.

Tampoco el tiempo quiere ser finito o infinito. Es difícil concebir el tiempo que cobra existencia con el Big Bang, ya que somos capaces de hacer trampas e imaginar un espacio vacío primigenio en el que una pequeña bomba de relojería cósmica aguarda para explotar. En el mejor de los casos, podemos rebobinar una cinta de vídeo en blanco y sin sonido, dejar que la cinta corra durante un rato, y luego rebobinarla un poco más, y así sucesivamente, sin realmente llegar nunca a abarcar una infinidad de pasados. Tampoco podemos imaginar qué significaría el tiempo de no existir la materia y la energía. Nada en ese estado de nada podría distinguir un momento del siguiente, así que no hay manera de entender por qué el Big Bang tuvo que producirse en el momento en que se produjo, y no unos trillones de años antes o después o nunca. Por no hablar de la inquietante posibilidad de que si el tiempo sigue para siempre, se producirá de nuevo, un número infinito de veces, una repetición de todo suceso posible que haya ocurrido, una versión de *Atrapado en el tiempo.*

Como ocurre con el espacio y el tiempo, la parrilla causal que imaginamos que conecta todos los sucesos no resiste un escrutinio exagerado. Programo la alarma, y causo que más tarde se dispare. Pero ¿quién me programa a *mí* y causa que programe la alarma? Por un lado, puedo considerarme un mecanismo de relojería, con las neuronas de mi cerebro incidiendo unas sobre otras como diminutos engranajes y resortes. Pero cuando tomo una decisión sin que nada me coaccione, *parece* ciertamente que elijo la opción que mejor me parece, y no soy la inútil morada de una cadena de mecanismos. Tampoco los espectadores pueden predecir ninguna de las más banales elecciones mías. Por otro lado, puedo no entender una voluntad libre que surge misteriosamente y hace cosas, sin que algo previamente la desencadene. ¿Cómo funciona? Si realmente es aleatoria, ¿cómo puede tomar las decisiones que sean sensatas en el contexto? ¿Y cómo la podemos responsabilizar de sus decisiones si éstas ocurren al azar? Pero si sus elecciones responden realmente al contexto, incluyendo nuestras contingencias morales del crédito y la culpa morales, ¿en qué sentido es auténticamente libre?

Espacio, tiempo, causalidad. No podemos pensar sin ellos, pero no podemos entenderlos. Estas cavilaciones sobre la estructura de nuestra experiencia no son originales, por supuesto; las he tomado (con algunos giros y algún adorno) del filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804).[7] Kant dijo que fue despertado de su «sueño dogmático» al leer a Hume, en particular su escéptica investigación de la causalidad. Hume escribió que no podemos justificar nuestra creencia de que un suceso debe seguir a otro en el mundo. Todo lo que tenemos es una *expectativa* de que uno seguirá al otro, basándonos en experiencias similares del pasado. De acuerdo con el resto de su psicología asociacionista, Hume señaló que una intuición causal no es más que un hábito estampado en la mente cuando observamos de forma repetida un suceso y vemos que le suele seguir otro. Un problema de la exposición de Hume es por qué los observadores no piensan que una alarma causa la otra después de oír la secuencia de forma repetida. Pero el problema que planteó Kant era que tal exposición no puede explicar la convicción que tenemos de que las causas y los efectos se pueden explicar por las fuerzas legítimas que rigen nuestro universo. Como dijo William James un siglo después, el observador de Hume vivía en «un mundo donde sólo existe la relación "CON" (*WITHNESS*), cuyas partes sólo se conectaban entre sí a través de la conjunción "y"».[8]

Los observadores de verdad, concluía Kant, deben vivir en un mundo de qués, dóndes, cuándos y porqués, impuesto por la forma en que una mente como la nuestra puede captar la realidad. Nuestras experiencias se despliegan en un medio de espacio y tiempo, que no ha sido *abstraído* de nuestras experiencias sensoriales (del mismo modo que la paloma puede abstraer el concepto de rojo cuando se la entrena para mirar el punto rojo con independencia de su forma o su tamaño), sino que organiza nuestras experiencias sensoriales en primer lugar. No somos simplemente un público pasivo de estas experiencias, sino que las interpretamos como ejemplos de leyes generales formuladas en conceptos lógicos y científicos como «y», «o», «no», «todos», «algunos», «necesario», posible», «causa», «efecto», «sustancia» y «atributo» (los dos últimos pertenecen a nuestro concepto de materia, como la habilidad para concebir un cubito de hielo que se funde

7. Kant, 1781/1998, 1783/1950; Körner, 1955; W. H. Walsh, 1967.
8. W. James, 1907/2005.

y el charco en que se convierte como la misma cosa). Estos conceptos tienen que surgir de nuestra constitución innata, porque no hay nada en nuestra experiencia sensorial que nos empuje a pensarlos. Observemos tantas manzanas caídas como queramos; nada nos obliga a postular que son objetos de los que tira la gravitación universal, en vez de sentarnos y disfrutar del espectáculo como si de unas figuras caleidoscópicas se tratara. Podemos fijarnos en una vaca hasta que las proverbiales vacas llegan a casa; nada de lo que observemos nos llevará jamás a pensar «no es una jirafa» o «todas las vacas son mamíferos» o «al menos un tipo de animal come hierba» o «debe haber tenido una madre» o «no puede ser la vaca que se murió la semana pasada».

El espacio, el tiempo y la causalidad (junto con la lógica y la sustancia) organizan nuestro mundo, pero las paradojas que infectan a estos conceptos —el hecho de que el tiempo no sea finito ni infinito, el de que las elecciones no sean causadas ni no causadas— demuestran que no forman parte del mundo autocoherente, sino que son parte de nuestra mente no necesariamente autocoherente. *Existe* un mundo, sin duda; incide en nuestros órganos sensoriales, y llena nuestra mente de contenidos sensoriales y, con ello, evita que nuestros pensamientos sean alucinaciones. Pero, dado que captamos el mundo únicamente a través de las estructuras de la mente, no podemos, dijo Kant, conocer de verdad el propio mundo. En general no es un mal acuerdo. Aunque nunca podamos conocer directamente el mundo, no es como si uno pudiera conocer el mundo sin *algún* tipo de mente, y las mentes a las que estamos clavados armonizan lo suficientemente bien con el mundo como para que la ciencia sea posible. Newton, por ejemplo, dijo que en su teoría «el tiempo absoluto, real y matemático, por sí mismo, y por su naturaleza, fluye de la misma manera sin relación con nada», y que «el espacio absoluto, por su propia naturaleza, sin relación con nada exterior, permanece siempre similar e inamovible».[9] Para Kant, éstos son los apoyos para ocuparse de la realidad, y es fútil intentar pensar sin ellos o en torno a ellos.

Este capítulo trata del espacio, el tiempo, la causalidad y la sustancia tal como están representados en el lenguaje, en la mente y en la realidad. Lo he enmarcado en ideas basadas en Kant porque el andamiaje concep-

9. De *Principia*; citado en Körner, 1955, pág. 33.

tual que según él organiza nuestra experiencia también es manifiesto en la organización del lenguaje. Se puede imaginar un lenguaje hipotético cuyas construcciones estuvieran dedicadas a los tipos de experiencia sensorial, como las visiones y los sonidos, a los principales participantes en la ecología humana, como las plantas, los animales, las herramientas y los familiares, o a las obsesiones humanas, como la comida, el intercambio o el sexo. Pero parece que los lenguajes de verdad están organizados por las categorías abstractas kantianas. Las vemos en las partes esenciales del habla: la sustancia en los sustantivos, el espacio en las preposiciones, la causalidad en los verbos, el tiempo en los verbos y en los marcadores del tiempo verbal. Las vimos (en el capítulo 2) en la forma en que los verbos entran en las construcciones, que son selectivas en lo que se refiere a cómo algo se mueve, sea una sustancia o un objeto, sea que un suceso sea instantáneo o prolongado, y qué o quién lo causa. Y las vemos en las metáforas cotidianas que pueblan todo nuestro lenguaje y nuestro razonamiento, como cuando decimos que el precio de la gasolina «sube y baja» como un globo, cuando intentamos contar los sucesos del 11-S como si fueran berenjenas, cuando decimos que dos ciudades pueden estar «a una hora» de distancia, como si fueran despertadores, y cuando hablamos de que «Sonia obliga a Adam a ser simpático» o incluso «se obliga a sí misma a ser simpática», como si estuviera cerrando un cajón repleto de cosas. De modo que, incluso cuando parece que nuestros pensamientos están inmersos en la pura levitación, los encontramos surcando el aire, con el empuje que reciben de los conceptos invisibles pero omnipresentes de espacio, sustancia, tiempo y causalidad. Para comprender la naturaleza humana, necesitamos fijarnos bien en estos conceptos.

Esto no significa decir que Kant sea una guía fiable para nuestra actual interpretación de la naturaleza del pensamiento y su relación con el mundo. Hoy, muchos filósofos piensan que el rechazo de Kant de la posibilidad de conocer el mundo en sí mismo es oscuro, y la mayoría de los físicos cuestionan el hecho de que desdibuje la experiencia que la mente tiene del tiempo y el espacio con nuestra interpretación científica del tiempo y el espacio.[10] Contrariamente a la experiencia de todos los días, nuestra mejor física establece que el espacio no es un marco euclidiano rígido, sino que

10. Körner, 1955; McCormick, 2005; W. H. Walsh, 1967.

está deformado por los objetos, se puede curvar e inclinar, está lleno de agujeros negros y posiblemente carcomido, tiene once o más dimensiones, y mide de forma diferente en función del marco de referencia de uno.[11] El tiempo no es el flujo dinámico y constante de nuestra experiencia, sino la cuarta dimensión de un espacio-tiempo estático, o quizá la solución de un juego de unir los puntos de un multiverso de todos los universos posibles, cada uno vinculado a aquel que lo «sucede» como el fotograma siguiente de una película.[12] En todos estos casos, nuestra mejor interpretación científica del tiempo y el espacio se aleja mucho del paralelismo con las inclinaciones de la mente. Muchos físicos afirman que el espacio y el tiempo, en el sentido de medios vacíos en los que se introducen los objetos y los sucesos, no existen en absoluto, no más de lo que algo llamado «el alfabeto» existe por encima y más allá de las veintiocho letras que componen el abecedario.[13]

Además, Kant tiene la fama de ser un autor opaco, y aún hoy sus estudiosos no se ponen de acuerdo en si formulaba afirmaciones sobre la mente del *Homo sapiens* o daba especificaciones a un intérprete racional genérico. No entiendo cómo no podía estar haciendo afirmaciones sobre nuestra mente, al menos implícitamente, y al menos una estudiosa de Kant, Patricia Kitcher, sostiene que éste no sólo fue un gran filósofo, sino un psicólogo cognitivo ambicioso y clarividente.[14] Pero ya sea que Kant se refiriera realmente a las ideas que hoy se asocian con su nombre, o que sólo las inspirara, dos al menos de esas ideas tienen un valor incalculable para entender la mente.

Kant trataba de forjar una síntesis del empirismo y el racionalismo que, a grandes rasgos, funciona bien en el debate actual sobre naturaleza y crianza o educación. La mente no es un mero asociador de impresiones sensoriales (como en el empirismo de sus tiempos y en el conexionismo de los nuestros), ni viene equipada con conocimientos reales sobre los contenidos del mundo (como en algunas versiones del racionalismo de sus

11. Gardner, 1990; L. Randall, 2005.

12. Barbour, 2000; R. Goldstein, 2005; Hawking y Mlodinow, 2005.

13. Carlo Rovelli, «Revellis's Two Principles: Space Does Not Exist; Time Does Not Exist», www.edge.org/q2004/page7.html#rovelli. La analogía del alfabeto procede de Brian Greene.

14. Kitcher, 1990.

tiempos, y en el nativismo extremista de los nuestros). Lo que el aparato innato de la mente aporta es un conjunto de estructuras conceptuales abstractas que organizan nuestra experiencia —el espacio, el tiempo, la sustancia, la causalidad, el número y la lógica (hoy podríamos añadir otros dominios, como los seres vivos, otras mentes y el lenguaje)—. Pero cada una de esas estructuras es una forma vacía que se debe llenar con ejemplos reales que los sentidos o la imaginación aporten. Como decía el propio Kant, su tratado «no admite en absoluto ninguna *representación* implantada por la divinidad o innata [...] Sin embargo, debe haber en el sujeto una base que haga posible que se originen estas representaciones de esta y no de otra forma [...] Esta base es al menos innata...».[15] La versión kantiana del nativismo, con unas estructuras organizadoras pero sin conocimientos reales integrados en la mente, es la versión más viable hoy, y se puede encontrar, por ejemplo, en la lingüística chomskyana, en la psicología evolutiva, y en el enfoque del desarrollo cognitivo denominado especificidad del dominio.[16] Se podría llegar a decir que Kant previó la forma de una solución del debate naturaleza-crianza: caracterizar la organización de la experiencia, sea lo que ésta sea, que hace posible el aprendizaje útil.[17]

La caracterización que Kant hace del espacio y el tiempo como medios en los que se exhiben las sensaciones es también sorprendentemente moderna. Hablando de forma lógica, el campo visual se puede caracterizar como una gran base de datos de puntos y líneas, y cada uno de ellos especifica un color, un brillo, una posición, una orientación y una profundidad. Pero la posición en el espacio resulta que es psicológicamente distinta.[18] El espacio es un medio siempre presente en el que se sitúa el contenido visual, y no sólo una de las varias entradas del registro de la base de datos del objeto. Recordemos los experimentos acerca del pensamiento sobre lo que podemos y lo que no podemos visualizar, como el cuerpo de un caballo con tronco de hombre, pero no un hombre y un

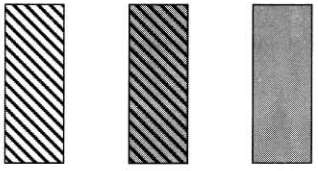
15. Allison, 1973, págs. 135-136, citado por Kitcher, 1990, págs. 15-16.

16. Chomsky, 1972a; Hirschfeld y Gelman, 1994; S. Pinker, 1997b; J. Tooby y Cosmides, 1992.

17. S. Pinker, 2002.

18. S. Pinker, 1997b, cap. 4; Kosslyn, 1980; Kubovy, 1981; S. Pinker, 1984, 1988, 1990; Robertson, 2003; Shepard, 1978.

caballo situados uno al lado del otro sin que ninguno esté a la izquierda.[19] La ubicación es también el principal atributo que la mente emplea para individualizar y contar el objeto. Por ejemplo, vemos esta sucesión de tres objetos: uno a rayas en la posición más a la izquierda, uno gris en la posición más a la derecha, y uno a rayas y gris en el centro.



Teóricamente, *podríamos* haber visto la sucesión como dos objetos: uno a rayas y a la izquierda y en el centro, y uno gris en el centro y a la derecha. Pero no lo vemos así, porque la mente no emplea el color ni la textura como estaquillas para diferenciar los objetos de la forma en que usa la ubicación en el espacio. Asimismo, podemos centrar nuestra atención en una región del espacio, incluso en una vacía, como cuando un jugador de baloncesto, mirando fijamente a los ojos del contrario, ladea su centro de atención interno hacia un lugar vacío del suelo donde espera que aparezca su compañero de equipo. Pero a nosotros nos resulta más difícil centrar la atención en todas las áreas de un color y una textura dados, dondequiera que se puedan encontrar.[20] Incluso las áreas visuales primarias del cerebro muestran la especial función organizadora del espacio. Cada retazo de terreno cortical se dedica a un punto fijo del campo visual, y los contornos del mundo se representan como contornos que cruzan la superficie del cerebro, al menos a gran escala.[21] También el tiempo tiene una presencia en la mente, es algo más que un simple atributo viejo de una experiencia. Los neurocientíficos han descubierto unos relojes biológicos en el cerebro de organismos tan simples como la mosca de la fruta. Y del mismo modo que vemos materia que en el espacio se conecta como un objeto, vemos mate-

19. Para pruebas experimentales de que las imágenes mentales siempre tienen una ubicación en el espacio visual, véase Cave y otros, 1994.

20. L. Isenberg, Nissen y Marchak, 1990; Kubovy, 1981; Robertson, 2003; Treisman y Gelade, 1980.

21. Tootell, Silverman, Switkes y De Valois, 1982; Van Essen y Deyoe, 1995.

ria que en el tiempo se conecta como movimiento, por ejemplo, una trayectoria o un gesto o, en el caso del sonido, una melodía o un fragmento de habla.[22]

Así pues, hay un modelo de espacio y tiempo en la percepción y la imaginación humanas, y varios modelos de espacio y tiempo en la realidad (tal como la caracterizan los mejores físicos de hoy). Pero, a lo largo de este capítulo, veremos que el modelo de espacio y tiempo que se expresa en el *lenguaje* no se parece a ninguno de ellos. Para empezar, el lenguaje no es un medio analógico, sino digital. Aunque experimentamos el espacio como continuo y tridimensional, y el tiempo como continuo y que fluye inexorablemente, no hay nada tridimensional ni fluyente en las expresiones que el lenguaje emplea para referirse al espacio y al tiempo, unas expresiones que son tiras entrecortadas de sonidos. Adelantándonos con el más simple de los ejemplos que vamos a ver, los objetos se sitúan *cerca* o *lejos*; los sucesos, en el tiempo pasado o presente, sin nada que indique la medición exacta de una vara de medir yardas o un cronómetro. Además, la semántica del lenguaje recoge los *aspectos* incorpóreos y los combina y comenta. Yo supe describir con palabras las disposiciones que el lector no supo visualizar, empleando para ello expresiones del tipo *junto a* y *simétrico*, que son agnósticas en lo que se refiere a cómo la materia llena el espacio. También puedo describir un suceso sin comprometerme con un momento del tiempo, empleando una frase sin tiempo verbal del tipo *for Bill to leave* (para que Bill salga). La selectividad de la semántica permite que nuestra mente oscile a través del universo de los conceptos abstractos que no están sujetos a los conceptos de espacio y de tiempo que organizan nuestra experiencia inmediata. Es de presumir que ésta es la moneda mental que hace posible que científicos y matemáticos actuales describan el espacio y el tiempo de forma completamente intuitiva.

Como veremos, los modelos de espacio y tiempo (y de sustancia y causalidad) presentes en el lenguaje son ajenos a la física y la lógica, los puntos de referencia que comúnmente emplean los filósofos y los psicólogos para evaluar nuestro rendimiento cognitivo. Tampoco nuestros modelos cognitivos son simples lecturas de nuestros órganos sensoriales y relojes neuronales. *Son* lecturas de importantes aspectos de la naturaleza humana.

22. Bregman, 1990; Kubovy, 1981.

Cada uno de estos modos de interpretar se ha configurado de forma distintiva para unos propósitos humanos, y nos permiten cortar la sustancia, el espacio y el tiempo en los puntos que más convienen a nuestros fines físicos y sociales. Aunque Kant no previó que nuestras categorías fundamentales de comprensión pudieran estar deformadas por su origen en lo que él llamaba «la torcida madera de la humanidad», las versiones peculiarmente humanas de estas categorías organizan nuestra vida de forma trascendental. Determinan los tipos de entes que contamos y controlamos, los comportamientos en los que encasillamos a las personas y las cosas, la forma en que manipulamos el entorno físico a nuestro favor, y la forma en que asignamos la responsabilidad moral a las personas por sus actos. Por estas razones, los conceptos excéntricos de sustancia, espacio, tiempo y causalidad con que surcamos el aire impulsan no sólo nuestra cogitación abstracta, sino el curso cotidiano de nuestra vida, nuestro trato, nuestra política, nuestras disputas legales, incluso nuestro humor.

Moler, embalar y catalogar: reflexiones sobre la sustancia

El espacio, el tiempo y la causalidad, tan importantes como son a la hora de relacionar nuestros pensamientos entre sí, son estructuras abstractas sobre las que muy raramente se reflexiona de forma consciente, a no ser por parte de filósofos y físicos. Lo que pensamos conscientemente son los entes reales que viven en el espacio y el tiempo y se afectan entre sí. Y los entes más básicos de nuestros pensamientos son los llamados sustantivos —nuestros conceptos de personas, cosas y materia—. Los sustantivos son las palabras más fáciles de identificar en todas las lenguas, normalmente son las primeras que aprenden los niños, y son la etiqueta de los conceptos humanos más estables y mejor comprendidos.[23] Pero pese a esta aparente sencillez, un vistazo a sus significados nos mete en otra madriguera. Los sustantivos no son meros indicadores de trozos de materia del mundo. Cuando la mente humana aprehende una persona, un objeto o una sustancia, los puede interpretar o construir de diferentes formas, y esta rapidez se transfiere a nuestros pensamientos sobre entes más vaporosos.

23. Gentner, 1981.

La mejor forma de apreciar qué significan los sustantivos es empezar con algunos ejemplos que parece que no significan nada en absoluto. Consideremos las siguientes frases (muchas recogidas por la lingüista Anna Wierzbicka):[24]

Los chicos son los chicos.
Un trato es un trato.
¿Qué importa el tipo que te pongan? El café es café.
Un hombre es un hombre, aunque lleve una media en la cabeza.
Deja que lo pasado sea pasado.
Una mujer es sólo una mujer, pero un buen puro es fumar.
Qué será será, será lo que debe ser.
El este es el este, y el oeste es el oeste, y nunca se encuentran los dos.
Debes recordar esto: un beso no es más que un beso, una sonrisa no es más que una sonrisa.
Dejemos que Polonia sea Polonia.
Un caballo es un caballo, claro, claro.

Hay un chiste sobre una señora que llega al abogado especializado en divorcios. Éste le pregunta: «¿Cuántos años tiene usted?». «Ochenta y dos», dice la mujer. Y sigue el abogado: «¿Y cuántos años tiene su marido?». «Ochenta y cinco», responde ella. «¿Y cuánto tiempo llevan casados?» «Cincuenta y siete años.» El abogado no se lo puede creer: «Pero ¿por qué quiere divorciarse ahora?». La señora responde: «Porque lo bastante es lo bastante».

En sus formas literales, estas frases parecen tautologías sin contenido, pero, naturalmente, no lo son. Cualquier hablante sabe lo que significan: un recordatorio de que algún ente posee las cualidades esenciales de su clase, a pesar de las esperanzas o el olvido de uno para que sean lo contrario. «Los chicos son los chicos» significa que está en la naturaleza de los hombres jóvenes hacer cosas que son inútiles, imprudentes o de mal gusto. La última vez que oí esa frase fue cuando los alumnos del equipo masculino de remo esculpieron un pene gigante de nieve en el centro del patio de Harvard.

24. Wierzbicka, 1991.

Dado que los dichos compuestos con la fórmula X-es-X no son circulares, la primera X y la segunda X tienen que significar cosas distintas. A veces un sustantivo se refiere a algo, y sirve de indicador de un ente del mundo que quien escucha debe identificar. Otras veces, un sustantivo indica una clase o un tipo, caracterizados por una definición o un estereotipo. Esta distinción, entre el referente y el predicado, es fundamental en el lenguaje. Un nombre propio, como *Canadá* o *Luciano Pavarotti*, se refiere esencialmente a algo, aunque los nombres propios se puedan convertir en etiquetas de una categoría en expresiones como *Todo productor está buscando un nuevo Pavarotti*. Los nombres comunes, como *chico* y *café* son, por defecto, categorías o tipos (los chicos en general, el café en general), aunque se pueden convertir en expresiones referentes cuando se incorporan a las frases, como en *ese chico* o *el café que se cultiva en Brasil*. Una frase básica —quizás un pensamiento básico— consiste en referirse a algo del sujeto de la proposición, y decir algo sobre sus propiedades en el predicado.

En este libro vengo insistiendo en que los significados que distingue la gramática separan los principales tipos de pensamientos humanos y, por ello, tienen consecuencias reales en nuestra vida, de las que nos ocupamos, por las que luchamos y por las que pagamos. Los nombres de cosas son un ejemplo evidente. Ya hemos visto que la semántica de los nombres propios plantea la pregunta de qué querríamos decir con «William Shakespeare» si resultara que otra persona hubiese escrito sus obras de teatro, y la pregunta práctica de cómo recuperaríamos nuestra identidad si alguien nos robara toda la información que nos identifica. Ahí van otros tres pedazos de vida en los que los nombres importan.

La distinción entre predicado y referente puede tener su precio. La empresa nueva de mayor éxito de este siglo hasta hoy es Google, que amasó su fortuna realmente *vendiendo frases nominales*. El problema de los portales de Internet anteriores era que nadie sabía cómo ganar dinero con ellos: los usuarios odiaban los anuncios al margen y raramente entraban en ellos. Hay un dicho en publicidad que dice que la mitad del presupuesto para publicidad se desperdicia, pero nadie sabe de qué mitad se trata —la mayoría de la gente que ve un anuncio no tiene interés alguno por el producto o el servicio que se anuncia—. Los tipos de Google, Larry Page y Sergey Brin, tuvieron la idea de que las palabras que las personas teclean en un

buscador son un excelente indicador de las cosas que podrían comprar, y fabricaron un buscador que fuera una buena casamentera para compradores y vendedores. Así que, además de los resultados de una búsqueda perfecta en la red, Google muestra, en los márgenes de la pantalla, unos pocos sitios patrocinados comercialmente que son relevantes para el término que se empleó en la búsqueda. Las empresas pagan por este privilegio, pujando en una subasta permanente por los términos que mayores probabilidades tienen de atraer la vista hacia sus sitios en la red. Como entendido en plurales, me intrigaba el hecho de que costaran más que los singulares. «Cámara digital» se puede comprar por 75 centavos por cada clic, mientras que «cámaras digitales» cuesta 1 dólar y 80 centavos. Los anunciantes saben que las personas que piensan en *comprarse* una cámara digital son más proclives a teclear el plural, aunque no saben por qué.[25] La razón es que un sustantivo solo como «cámara digital» es genérico, y es probable que lo teclee alguien que quiere saber cómo funciona. Un plural como «cámaras digitales» tiene mayores probabilidades de ser referencial, y de que lo teclee alguien que quiere enterarse del tipo de cámaras que hay y de cómo conseguir una.

Una versión más agresiva de la lingüística empresarial se puede encontrar en empresas que son víctimas de su propio éxito y necesitan reclamar los nombres de los productos que han llegado a utilizarse de forma genérica como nombres propios (a estos nombres a veces se les llama generónimos, y su paso de nombre propio a nombre común, genericidio). Pocas personas se dan cuenta de que *zipper* (cremallera), *aspirina*, *escalator* (escaleras mecánicas), *granola* (cereales para desayunar), *yo-yó* y *linóleo* eran marcas comerciales que se referían a los productos de determinadas empresas. Hoy, el miedo de genericidio acosa a los propietarios de «Kleenex», «Baggies», «Xerox», «Walkman», «Plexiglas» y «Rollerblade», a quienes les preocupa que la competencia pueda robarles el nombre (y la reputación que se han ganado) de sus propios productos. Los escritores que usan los nombres como verbos, nombres comunes o en minúsculas, se pueden encontrar como destinatarios de una dura carta en que se les conmina a desistir. Les sugiero que respondan al modo de Dave Barry:

25. Vise y Malseed, 2005.

Pido disculpas de manera sinceramente legal a Jockey Internacional Inc., que fabrica la marca de ropa de vestir Jockey. Hace poco, recibí una carta con acuse de recibo de Charlotte Shapiro, abogada de la empresa de la marca Jockey, en la que se me indicaba que, en una columna que trataba del tema de si uno se puede comer o no su ropa interior, empleé de forma incorrecta el nombre original de la marca Jockey en la siguiente frase: «Camarero, ¿son frescos estos Jockeys?».

La señora Shapiro señala que la palabra «Jockey» es una marca oficial, y no una palabra genérica para referirse a la ropa interior, y que se debe usar «como adjetivo seguido del nombre común del producto». Así que, legalmente, debería haber dicho: «Camarero, hay una mosca en estos Jockeys»...

No siento más que un profundo respeto por la empresa Jockey y su grandísimo departamento legal. Así que, en caso de que hubiera empleado mal o con malas intenciones cualquier nombre de marca en esta columna, me permitirá que concluya con esta declaración formal de disculpa a Nike, Craftsman, Kellogg's, Styrofoam, Baggies, Michael Jordan, y cualquier entidad empresarial gigante a la que pueda haber molestado. Lo siento de verdad, ¿vale? Así que no se líe con sus Jockeys.[26]

No son sólo los propietarios de marcas quienes se lían con su jockeys cuando oyen que un preciado referente se identifica con un nombre común. Las personas se sienten aún más agraviadas cuando oyen que *se las* etiqueta con un nombre común. La razón es que un predicado nominal parece que las encasilla en el estereotipo de una categoría, en vez de referirse a ellas como un individuo que resulta que posee un rasgo. Los estudiosos de la lógica se las verían para especificar la diferencia, pero psicológicamente importa muchísimo. Se puede describir inconscientemente el pelo de uno como rubio, moreno o rojo (adjetivos), pero es más peliagudo referirse a toda la persona, sobre todo a una mujer, como «una rubia, una morena» o «una pelirroja» (nombres). Parece que los términos reducen a la mujer a un rasgo de atractivo sexual y que la encasillan como, digamos, frívola, vivaz o irascible.[27] (Recordemos del capítulo anterior que los metonímicos degradan, y los hipernímicos elevan.) Una mayor consideración a la dignidad del individuo ha llevado a que se retiren nombres que se refieren a las

26. Circula ampliamente en la Red.
27. Wierzbicka, 1988c.

personas que padecen alguna enfermedad, como *cripple* (tullido), *hunchback* (jorobado), *deaf-mute* (sordomudo), *mongoloid* (mongólico), *leper* (leproso) e incluso *diabetic* (diabético). Y hoy existe en la psiquiatría un movimiento para evitar llamar a alguien «esquizofrénico» o «alcohólico», y en su lugar llamarlo «una persona con esquizofrenia» o «una persona con alcoholismo». Una sensibilidad frente al poder de encasillamiento de los nombres llevó al director y estudioso de la medicina Jonathan Miller a hablar en nombre de muchas personas de su etnia cuando dijo: «No soy un judío, judío. Simplemente soy de origen judío. No comulgo con todo».

Todavía es seguro referirse a los objetos y las sustancias corrientes con nombres comunes, y a medida que lo hacemos mostramos otro tipo de agilidad mental. A primera vista, la distinción conceptual entre un objeto y una sustancia parece estar aprisionada en la distinción lingüística entre un nombre contable y otro incontable.[28] Los nombres contables como *apple* (manzana) y *pebble* (guijarro) se suelen emplear para referirse a trozos de materia delimitados; los nombres incontables como *applesauce* (salsa de manzana) y *gravel* (gravilla) se suelen emplear para referirse a sustancias sin sus propios límites. La gramática inglesa distingue categóricamente entre los dos tipos de nombre. Podemos enumerar y pluralizar los nombres contables (*two apples* [dos manzanas]), pero no los nombres incontables (**two gravels* [dos gravillas]). Cuando nos referimos a cantidades, tenemos que emplear diferentes palabras de cuantificación: *a pebble* (un guijarro), pero no **a gravel* (una gravilla), *many pebbles* (muchos guijarros), pero no **many gravel* (muchas gravilla), *much gravel* (mucha gravilla), pero no **much pebble* (mucho guijarro) o **much pebbles* (mucho guijarros). Y los nombres incontables pueden aparecer en público desnudos —*gravel is expensive; I like gravel* (la gravilla es cara; me gusta la gravilla)—, mientras que los nombres contables no pueden hacerlo: **pebble is expensive; *I like pebble* (el guijarro es caro; me gusta el guijarro).

28. Chierchia, 1998; R. Jackendoff, 1991; Rijkhoff, 2002; Semenza, 2005; Wierzbicka, 1988a; Y. Winter, 2002.

Una pista importante para entender el modelo mental de la materia que está detrás de los nombres de masa o incontables es que, en cierta forma, actúan como plurales. Comparten algunos de sus cuantificadores (*more wine* [más vino], *more pebbles* [más guijarros]), y su capacidad de aparecer desnudos en una frase (*I like wine* [Me gusta el vino], *I like pebbles* [Me gustan los guijarros]) y su capacidad de aparecer con palabras espaciales como *all over* (por todo), como en *Wine was all over the floor* (El vino estaba por todo el suelo) y *Pebbles were all over the floor* (Los guijarros estaban por todo el suelo) (compárese **A rock was all over the floor* [Una piedra estaba por todo el suelo]).[29] El solapamiento en la gramática refleja una similitud en nuestra forma de concebir las sustancias (las cosas típicamente etiquetadas como nombres de masa o incontables) y las multitudes (las cosas típicamente etiquetadas como plurales), que reunidas se pueden llamar conglomerados.[30] Las sustancias y las multitudes carecen ambas de límites internos y pueden adoptar cualquier forma. Se pueden fusionar: coloquemos unos guijarros con otros guijarros y seguimos teniendo guijarros; pongamos un poco de vino con otro poco de vino y seguimos teniendo vino. Y se pueden dividir: media carga de guijarros sigue siendo guijarros; y media copa de vino sigue siendo vino. Nada de esto ocurre en el típico referente de un nombre contable, como caballo. Nadie duda de dónde termina el caballo y se inicia el aire que lo rodea, y cuando colocamos dos caballos juntos, o partimos uno por la mitad, el resultado no es un caballo; una realidad que, si se aplica a los bebés, es esencial en la historia sobre la sabiduría de Salomón.

El punto en el que el plural difiere del nombre incontable es el de que se concibe como un conjunto de *individuos*, que se pueden identificar y contar. Esto nos da una taxonomía de todo lo que hay en el mundo físico.[31] Un nombre contable singular como «guijarro» se refiere a algo que está limitado (perfilado con una forma fija) y no se compone de individuos. Un nombre de masa o incontable como «vino» significa algo que ni está limitado ni compuesto por individuos. Todo esto indica que nuestras ideas básicas sobre la materia no son los conceptos «contable» e «incontable»,

29. R. Jackendoff, 1991.
30. Chierchia, 1998; R. Jackendoff, 1991; Rijkhoff, 2002; Y. Winter, 2002.
31. *Ibid.*

sino los miniconceptos «limitado» y «compuesto de individuos». De ser así, deberíamos ver una cuarta posibilidad: cosas que a la vez son limitadas *y* están compuestas de individuos. Y así lo hacemos, sin duda. Son los nombres colectivos como *committee* (comisión), *bouquet* (ramo) *rock band* (conjunto de rock), y esas cursis palabras que se refieren a grupos de animales que los escolares deben aprender pero que nadie los usa nunca, como *a gaggle of geese* (una bandada de gansos) y *an exaltation of larks* (una bandada de alondras).

Puede parecer que los nombres contables y los incontables no son más que unas etiquetas de trozos y materia, pero esto significa infravalorar tanto nuestra lengua como nuestra mente. Dentro de una lengua, muchas veces no se puede prever si un tipo de materia se expresa con un nombre contable o uno incontable. Tenemos *noodles* (fideos; contable) pero *macaroni* (macarrones; incontable), *beans* (judías; contable) pero *rice* (arroz; incontable), y tanto *hairs* (pelos) como *hair* (pelo), lo que lleva a Richard Lederer en su *Crazy English* a preguntarse por qué un hombre con pelo en la cabeza tiene más pelo que un hombre con pelos en la cabeza.[32] Las opciones difieren de algún modo entre una lengua y otra —*spaghetti* es incontable en inglés y contable en italiano— y entre los diferentes períodos de una misma lengua. Los anglohablantes comían antes una sustancia llamada *pease* (pudin de guisantes y huevo). Pero algún meticuloso oyente, en algún momento de la historia, lo confundió con el plural *peas* (guisantes), lo que situaba a la palabra a sólo un paso de *pea* (guisante), el nombre contable que hoy utilizamos. (El lingüista matemático John Lambek especulaba en cierta ocasión sobre si, algún día, un grano de arroz [*rice*] se convertiría en *rouse* [excitación].) Quienes han aprendido el inglés ya de mayores tienen muchos problemas con todas estas cosas. Mi abuelo solía decir que se peinaba los pelos, que es lo que uno hace en yiddish, francés y muchas otras lenguas.

Cabe presumir que la razón de que las lenguas opten a menudo de forma arbitraria sobre la contabilidad o la incontabilidad de un determinado tipo de materia es que la mente puede interpretar o construir un conglomerado bien como una multitud de individuos, bien como una sustancia continua. Al fin y al cabo, cuando se parte una piedra en trozos cada vez más pequeños, de roca a guijarros, a gravilla, a arena y a polvo, hay una zona

32. Lederer, 1990.

gris en la que las personas pueden interpretar el conglomerado como una serie de cosas pequeñas o como un medio continuo, en función de lo cerca que estén, de cuánto tiempo haga que no se han revisado la vista e, incluso, de su personalidad (como en el caso de la persona a quien el árbol no le deja ver el bosque). En esta zona gris, una lengua (o mejor dicho, los hablantes pasados de la lengua) decide, sobre la base de palabra-por-palabra, qué construal imponen a los hablantes actuales cuando emplean una palabra.

La atención a la delimitación y a los individuos no es exclusiva de los sustantivos; también afecta a los verbos. Como veíamos en el capítulo 2, verbos como *pour* (verter) exigen un conglomerado, como agua o guijarros; los verbos como *smear* (untar, embadurnar) y *streak* (salir como un rayo) se aplican a las sustancias; y los verbos como *scatter* (esparcir) y *collect* (recopilar, recoger) se aplican a las multitudes. Por eso el concepto de una acción depende del número y el tipo de cosas a las que afecta, como ocurre con la diferencia entre *eat* (comer) y *drink* (beber), *throw* (lanzar) y *scatter* (esparcir), *murder* (asesinar) y *massacre* (masacrar). (El biólogo Jean Rostand señalaba en cierta ocasión: «Matemos a un hombre y seremos unos asesinos. Matemos a millones de ellos y seremos conquistadores. Matémoslo todo y seremos un Dios».)[33] Las opciones pueden diferir entre una y otra lengua e incluso entre los diversos dialectos, como el inglés norteamericano y el inglés británico. Siempre que mi editor inglés se ofrece a *collect me* (recogerme) en el hotel me quedo estupefacto durante unos segundos, pues se me antoja que me he hecho añicos y que viene a recogerlos.

El poder de la mente para construir o interpretar la materia como unidades contables o algo amorfo no se ejerce sólo en las fases intermedias de una trituradora de piedras. *Cualquier cosa* se puede construir o interpretar de estas dos maneras. Siempre podremos mirar una taza (contable) pero sólo podremos pensar en el plástico (incontable) de que está hecha, o mirar el helado (incontable) y pensar en la forma que adopta, por ejemplo, una bola o una barra (contables). Con muchos tipos de materia, los hablantes pasados de una lengua han tenido la consideración suficiente para legarnos una palabra distinta para cada construal. Tenemos *butter* (mantequilla; incontable) y *pat* (porción; contable), *gold* (oro; incontable) e *ingot* (lingote; contable) y *shit* (mierda; incontable) y *turd* (mojón; contable)

33. De *Pensamientos de un biólogo* (1939).

—un caso en el que las palabras tabú se ajustan a la gramática del resto de la lengua—. Como veremos en el capítulo 7, no todas nuestras vulgaridades son muy exigentes.

Con todos estos ejemplos de una lengua que obliga a sus hablantes a construir un ítem como una cosa individual o como una materia continua cuando emplean una palabra en una frase, uno podría preguntarse si nuestra capacidad de *pensar sobre* la materia de estas formas depende de haber dominado antes la distinción entre contable e incontable o masa —una versión del determinismo lingüístico que propuso el lógico W. V. O. Quine—. Las psicólogas Nancy Soja, Susan Carey y Elizabeth Spelke montaron un experimento para averiguarlo. Enseñaban a niños de 2 años (que no mostraban signos de distinguir entre nombres contables e incontables de su lengua) un objeto que no les era familiar, por ejemplo, un tubo en T de plomo, o un pegote de alguna sustancia extraña, por ejemplo, un champú de color rosa.[34] Enseñaban al niño una palabra inventada para designar el objeto y decían: «Éste es mi "tulver"» —un tipo de frase en el que no importa que el nombre sea contable o incontable—. A continuación mostraban al niño dos objetos: uno de la misma forma pero de diferente sustancia, y el otro de la misma sustancia pero de diferente forma, y le pedían que señalara el «tulver». La cuestión estaba en si los niños trataban lo que interpretamos como el objeto de forma distinta de lo que interpretamos como sustancia, sin la ventaja de contar con pistas sacadas de la lengua inglesa.

Esto es lo que sucedió. Cuando a los niños se les había mostrado lo que pensamos que es un objeto, como el tubo en T de plomo, ellos señalaban un objeto de la misma forma pero de diferente sustancia, por ejemplo, un tubo en T de plástico. Pero cuando se les mostraba lo que pensamos que es una sustancia, como el champú, señalaban la misma sustancia fuera cual fuese la forma, por ejemplo, un pegote de crema para las manos exactamente de la misma forma. Quiere decir esto que los niños, mucho antes de que sepan que en inglés los objetos individuales se distinguen de las porciones de una sustancia, los distinguen por sí mismos, y en consecuencia generalizan palabras para denominarlos. Se deduce que los nombres de los sólidos que tienen una forma destacada se aplican a objetos de este tipo; y los nombres de los no sólidos y de forma arbitraria se aplican a las sustancias de este tipo.

34. Soja, Carey y Spelke, 1991.

Una lengua no sólo es innecesaria para inculcar a los niños la distinción entre objetos y sustancias, sino que tampoco tiene poder para determinar la forma en que los hablantes adultos de esa lengua interpretan la materia. Los hablantes pueden desafiar las condiciones de una lengua empaquetando mentalmente los referentes de los nombres no numerables (*I'll have two beers* [tomaré dos cervezas]) o desmenuzando los referentes de los nombres contables (*There was cat all over the driveway* [Había gato por toda la entrada de la casa]).[35] Las personas también empaquetan los nombres de masa o incontables en tipos, como cuando se refieren a diferentes «maderas» (roble, pino y caoba) o «cremas» (como Pond's, Nivea y Vaseline, es decir, Crema Fresca de Pond's™, Crema Nivea™ y Loción de Cuidado Intensivo Vaseline™). Como veíamos en el capítulo 3, este empaquetar y este desmenuzar tienen sus consecuencias: *We labeled the bloods* (Etiquetamos las sangres) es habitual entre la clase médica, pero suena mal a todos los demás, y emplear «gato» como nombre incontable para referirse a la carne de gato demuestra una falta de sensibilidad hacia los animales. Pero el hecho de que se pueda hacer demuestra que la lengua no dicta a la mente de los hablantes los construales de que se dispone.

La ciencia intuitiva de los materiales que se oculta detrás de la distinción entre contable e incontables da por supuesto un mundo en el que los objetos se moldean a partir de los diferentes tipos de material; las piedras están hechas de piedra, las tazas están hecha de plástico, las cervezas están hechas de cerveza, los gatos están hechos de gato. El modelo se rompe cuando no se puede interpretar que un objeto se ha formado a partir de un trozo de material. Un televisor no está hecho de algo llamado «televisor», por lo que no podemos decir que «una apisonadora dejó *televisor* por toda la calle». La distinción también se rompe cuando situamos una sustancia bajo un potente microscopio. Usamos la palabra *rice* (arroz) para referirnos a una taza de arroz, a un grano o incluso a un trozo de grano de arroz, pero al ir acercándonos llegamos a un punto en que dejamos de ver *arroz* (posiblemente no existen moléculas de arroz, ni átomos de arroz, ni quarks de arroz). Tal vez si los seres humanos pudiéramos ver los cristales, las fibras, las células y los átomos que componen la materia, nunca habríamos desarrollado una distinción entre contable y masa (incontable). A quienes

35. Bach, 1986; R. Jackendoff, 1991.

practican la homeopatía, en la que una sustancia se diluye tantas veces que (según los químicos) no queda molécula alguna, se les puede acusar de tomar con exagerada seriedad el modelo mental de la materia que hay detrás de los nombres incontables.

La distinción entre contables y masa que hacemos en la mente no sólo está libre de la distinción entre objeto y sustancia del mundo; está libre de todo el mundo físico. La mejor manera de concebirla es como una lente o una actitud con las que la mente puede construir o interpretar cualquier cosa como algo limitado y contable, o como un medio sin límites y continuo. Podemos verlo en una determinada clase de nombres incontables que hacen lo que normalmente hacen los nombres contables, concretamente referirse a trozos limitados de materia, como sillas y manzanas. Son los hiperónimos incontables (superordenados) como *furniture* (mobiliario), *fruit* (fruta), *clothing* (ropa), *mail* (correo), *toast* (tostada) y *cutlery* (cubertería). Aunque no se refieren a una sustancia —las sillas y las mesas no están hechas de un ingrediente que se llame «mobiliario», ni las postales y las cartas de una sustancia llamada «correo»—, las palabras no se pueden referir tampoco directamente a los objetos individuales que denotan. Requieren un nombre clasificador especial, como una *prenda* de vestir, o el clasificador general *piece* (pieza, aunque también tiene el significado de «trozo»):

Como Dennis va a descubrir, *a piece of toast* (una pieza de tostada) (o de correo o de ropa o de fruta o de mobiliario) no es un trozo en absoluto. Pero tenemos que emplear *piece* (pieza) como clasificador para separar un pedazo de lo que es ropa o mobiliario, para poder identificar y contar fragmentos de sustancias como *a piece of paper* (una hoja de papel), *a blade of grass* (una brizna de hierba) o *a stick of wood* (un palo de madera). En inglés, los nombres incontables que se refieren a objetos se suelen aplicar a clases de cosas que son heterogéneas en el tamaño y la forma, pero que se toman colectivamente, como el mobiliario de una camioneta, la fruta de un cajón, la ropa de una maleta o el correo del saco. Pero en algunas lenguas, como la china, *todos* los nombres se comportan como incontables, y se refieren al propio concepto, no a las diferentes materializaciones de él, y es posible que los hablantes no puedan contarlos ni pluralizarlos sin el uso de un clasificador, como en *two tools of hammer* (dos herramientas de martillo) o *three rods of pen* (tres varillas de pluma estilográfica).

Si los nombres contables e incontables o de masa se pueden aplicar a casi todo, ¿por qué las lenguas se preocupan por ellos? Una razón es que nos permiten ponernos de acuerdo acerca de cómo aislar, contar y medir las cosas. Imaginemos que alguien nos pidiera que contáramos «todas las cosas de esta habitación». ¿Qué contaríamos exactamente? ¿Las sillas? ¿Las patas de las sillas? ¿Los colores? ¿Las paredes? ¿Deberíamos añadir «1» para la propia habitación? La tarea carece de sentido mientras no se especifique algún tipo de unidades, y esto es lo que hacen los nombres contables (no es una coincidencia que se llamen «contables»). Tampoco podemos comparar cantidades sin comprometernos con un término contable o de masa. Si Sally tiene una piedra grande, y Jenny tiene tres piedras mucho más pequeñas, ¿cuál de las dos tiene más? De nuevo, la pregunta en sí misma no tiene respuesta; depende de si se quiere decir «más piedra» o «más piedras». Hasta los niños de 4 años saben que estas preguntas requieren diferentes respuestas (según un experimento realizado por los psicólogos David Barner y Jesse Snedeker), y entender que la diferencia en la forma de cuantificar la materia es fundamental para entender el chiste de la siguiente viñeta:[36]

36. Barner y Snedeker, 2005.

Por la misma razón, el simple juicio de si dos cosas son «lo mismo» depende de que nos pongamos de acuerdo sobre «lo mismo qué» —una taza y un montón de trozos de tazas pueden ser la misma «cerámica», aunque no son la misma «taza»—. Así pues, la distinción entre contables e incontables nos ayuda a ponernos de acuerdo sobre a qué individuos tratamos como entes mentales a los que hay que cuadrar y seguir la pista, y cuáles tratamos como meras materializaciones de una categoría.

Si los nombres contables e incontables son actitudes cognitivas, más que reflejos del tipo de materia, deberíamos verlos aplicados a entes que no están hechos de materia alguna. Y así lo hacemos. La distinción entre contables e incontables aparece en muchos reinos fantasmagóricos del pensamiento, poblados de cosas que no tienen masa ni ocupan espacio. Distinguimos entre *opinions* (opiniones; contable) y el continuo *advice* (consejo; incontable), *stories* (historias) y *fiction* (ficción), *knowledge* (conocimiento) y *facts* (hechos), *holes* (agujeros) y *space* (espacio), *songs* (canciones) y *music* (música), *naps* (sueñecitos) y *sleep* (sueño), *falsehoods* (falsedades) y *bullshit* (sandez).

¿Es que la capacidad de construir entes abstractos del mismo modo que construimos cosas y materia es un logro tardío de la mente madura, el resultado de una exposición permanente a los nombres abstractos contables y de masa? El psicólogo Paul Bloom ha demostrado que la respuesta parece ser «no»: les llega de forma natural a los niños de tan sólo 3 años.[37] Cuando los niños oyen una rápida cadena de campanadas y se les dice: «Son "feps" —aquí hay muchos "feps"—» (nombre contable), y luego se les pide que «hagan un fep» con un palillo y una campanilla, lo más pro-

37. Bloom, 1994, 1996; Giralt y Bloom, 2000.

bable es que den sólo un toque. Cuando se les dice: «Esto es "fep" —aquí hay mucho "fep"—» (nombre de masa), y luego se les pide que «hagan fep», lo más probable es que den varios toques. Esto coincide exactamente con lo que hacían cuando las palabras se referían a un conglomerado físico, como lentejas —a *dame un «fep»* responden con una lenteja, y a *dame «fep»*, con un puñado de ellas—. Así pues, los niños distinguen los nombres contables de los incontables, de la misma manera que se refieren a sucesos evanescentes o a objetos físicos (una proeza de la agilidad mental que, como veremos, subyace a la semántica del tiempo). Otros experimentos han demostrado que los niños saben contar otros entes que no son objetos diferenciados, entre ellos las colecciones, los lóbulos, las acciones, los agujeros y los charcos.[38]

De modo que nuestra capacidad para pensar sobre las cosas y la materia está enraizada con toda seguridad en nuestra percepción de los pedazos y la porquería del mundo físico, y la extendemos con facilidad al mundo de las ideas. La consecuencia es que podemos identificar públicamente, seguir el rastro y cuadrar los contenidos de nuestra conciencia, por etéreos que sean. En efecto, la capacidad de cuantificar lo incorpóreo es una rúbrica de la vida mental. ¿Cómo te quiero? Déjame que cuente las *formas*. Diez judíos, once *opiniones*. Tiene que haber cincuenta *maneras* de dejar a tu amante. ¿Cuántas *veces* tiene que mirar hacia arriba un hombre, antes de que vea el cielo? Cuatro son las *cosas* sin las cuales hubiera estado mejor: el amor, la curiosidad, las pecas y la duda.[39] Y, naturalmente, ¿cuántos *sucesos* se produjeron en Nueva York la mañana del 11 de septiembre de 2001?

Cuestión de centímetros: reflexiones sobre el espacio

«Cuestión de centímetros» es una expresión que se ha aplicado al béisbol, al fútbol, al golf y al sexo. Pero en realidad se aplica a cualquier actividad que implique moverse en el espacio, donde un paso en falso puede ser cuestión de vida o muerte. Valorar la disposición del mundo y guiar un cuer-

38. Bloom, 1996.

39. Elizabeth Barrett Browning; antiguo refrán judío; Paul Simon; Dorothy Parker.

po a través de él son tareas de ingeniería asombrosamente complejas, como podemos observar en la ausencia de lavaplatos que se puedan vaciar solos o aspiradoras que suban las escaleras. Pero nuestros sistemas sensorial y motor logran estas hazañas con facilidad, junto con el montar en bicicleta, enhebrar agujas, encestar pelotas y jugar al tejo. «¡Cuán admirable y rápido en la forma y el movimiento!», dijo Hamlet refiriéndose al hombre.

Sin embargo, cuando se trata del *lenguaje* del espacio, no parece que seamos tan rápidos ni admirables. Se dice que una imagen vale más que mil palabras, porque una descripción verbal puede frustrar los intentos de la persona por formarse una imagen mental de la situación. Los que siguen son algunos ejemplos que recogí de la prensa durante unos días:

- «El primer paso de la construcción será proteger los restos de la columna atravesada de las torres gemelas con un revestimiento tipo piscina y 30 cm de relleno.» (¿El revestimiento está encima o debajo del relleno? ¿Los restos de la columna sólo miden 30 cm de alto? ¿Esos restos sostienen el revestimiento como los mástiles de una tienda, o como las estacas de una tienda?)
- «Diseñados para proteger la zona frente a la playa controlando para ello la erosión de ésta, los muros de piedra ya están colocados en muchas de las orillas de la parte de la bahía de la ciudad.» (¿Son paralelos a la costa, o perpendiculares a ella?)
- «En el centro de la pared de acero que está al final del canal se hizo una abertura de más de 12 m.» (¿Bloqueando el extremo del canal, como hacen las esclusas, o flanqueando el extremo del canal, como hace la puerta del autobús?)
- «Parece que los encargados de mantenimiento dejaron fuera de sitio un tirador giratorio de control de la presión, según el agente relacionado con la investigación.» (¿Quitaron el tirador, o simplemente lo colocaron mal?)
- «Para formar un dique en forma de "I", se colocan pilas de hojas, una especie de valla de acero, en la suciedad compacta del dique. Luego se tienden unos cables de acero de refuerzo a través de la parte superior de la pila, y se vierte cemento para encapsular el punto superior de la pila y formar el muro.» (¿Qué?)

Esta imprecisión puede tener graves consecuencias. Algunos terribles choques de aviones se han producido debido a la mala comunicación entre pilotos y controladores aéreos sobre la ubicación y la dirección de las naves.[40]

La discrepancia entre nuestro movimiento suave y preciso en el espacio, y nuestra lengua tosca y ambigua para referirse al espacio, hunde sus raíces en el diseño del cerebro, que dispone de varios sistemas para aprehender el mundo tridimensional. Hay una compleja red para la coordinación sensorial y motriz que incluye el cerebelo («pequeño cerebro»), los ganglios basales, y varios circuitos que unen la fisura central del cerebro. El sistema es, en su mayor parte, analógico y codifica las ubicaciones con exactitud, pero es invisible, casi en su totalidad, para el pensamiento consciente.[41] En el interior del cerebro visual está el sistema «qué», que discurre por la parte inferior del cerebro, de detrás hacia delante. Este sistema registra las formas de las letras, las caras y los objetos, de modo que cualquier daño que se le produzca puede producir dislexia o agnosia, como en el caso del hombre que confundía a su mujer con un sombrero (título de un conocido libro del neurólogo Oliver Sacks). Y está el sistema «dónde», que discurre desde la parte posterior del cerebro y hacia arriba, hasta la parte superior. Nos permite controlar las ubicaciones de los objetos, de manera que cualquier trastorno que se produzca en él puede provocar el llamado síndrome de la negligencia, en el que una persona es incapaz de observar los muebles de uno de los lados de una habitación, de comerse una parte del plato, y de afeitarse un lado de la cara. Como ocurre con el resto del cerebro, los sistemas «qué» y «dónde» se duplican en los hemisferios izquierdo y derecho, aunque los dos lados no son idénticos en lo que hacen. El sistema «dónde» del hemisferio derecho consigue evaluar mejor las relaciones espaciales analógicas, como la de si dos objetos están exactamente a 2,5 cm el uno del otro. El sistema «dónde» del hemisferio izquierdo consigue evaluar mejor las relaciones espaciales digitales, como la de si dos objetos se tocan, o si uno está a la derecha o a la izquierda del otro.[42]

40. Cushing, 1994.
41. Goodale y Milner, 2004.
42. D. Kemmerer, en prensa; Kosslyn, 1987, 1994; Postma y Laeng, 2006.

No es una coincidencia que las dos divisiones principales del cerebro visual de los primates reciban el nombre de los pronombres interrogativos ingleses. El cerebro es anterior a los pronombres, por supuesto: preguntamos *qué* y *dónde* porque nuestro cerebro está diseñado para controlar las cosas y los lugares. La distinción se refleja en el vocabulario de la mayoría de las lenguas, en las que se encuentra una gran clase de sustantivos que se refieren a las formas (adaptados al sistema «qué» del hemisferio izquierdo), y una clase más reducida de palabras o morfemas que denotan las trayectorias y los espacios (adaptados al sistema «dónde» del hemisferio izquierdo).[41] En inglés, la distinción es extrema. Basta con hojear un diccionario visual para ver que la lengua inglesa tiene un número enorme de palabras para referirse a las formas, tal vez unas diez mil:[43]

En comparación, el inglés tiene unas ochenta preposiciones espaciales:[44]

about (sobre, acerca de), *above* (encima de), *across* (de un lado a otro), *after* (después de), *against* (contra), *along* (a lo largo de), *amid(st)* (en medio de), *among(st)* (entre varios), *apart* (aparte), *around* (alrededor de), *at* (en), *atop* (encima de), *away* (lejos de), *back* (atrás), *backward* (hacia atrás), *behind* (detrás), *below* (debajo), *beneath* (bajo), *beside* (al lado de), *between* (entre dos), *beyond* (más allá de), *by* (al lado de, junto a), *far from* (lejos de), *down* (hacia abajo), *downstairs* (abajo), *downward* (hacia abajo), *east* (este), *forward* (hacia delante), *from* (desde), *in* (en), *in back of* (detrás de), *in be-*

43. D. Kemmerer, en prensa; Landau y Jackendoff, 1993.
44. Biederman, 1995.

tween (entre), *in front of* (enfrente de), *in line with* (a la par de), *here* (aquí), *inside* (dentro), *into* (adentro), *inward* (hacia dentro), *left* (izquierda), *near* (cerca de), *nearby* (cerca), *north* (norte), *off* (de), *on* (sobre), *on top of* (en la parte superior de), *onto* (sobre), *opposite* (frente a), *out* (hacia fuera), *outside* (fuera de), *over* (por encima de), *outward* (hacia fuera), *past* (por delante de), *right* (derecha), *sideways* (de lado), *south* (sur), *there* (allí), *through* (a través de), *throughout* (durante/en todo/toda) *to* (a) *to the left of* (a la izquierda de), *to the right of* (a la derecha de), *to the side of* (al lado de), *together* (centrado), *toward* (hacia), *under* (debajo de), *underneath* (debajo de), *up* (hacia arriba), *upon* (sobre), *upstairs* (arriba), *upward* (hacia arriba), *via* (vía, por medio de), *west* (oeste), *with* (con), *within* (dentro de), *without* (sin).

El espacio también está codificado en sustantivos como *edge* (borde, orilla) y *vicinity* (inmediaciones), en verbos como *enter* (entrar), *spread* (extenderse) y *cover* (cubrir), y en sufijos como los de *homeward* (hacia casa) y *Chicago-bound* (con destino a Chicago).[45] Muchas lenguas dependen más de estas formas que de las preposiciones o sus equivalentes. Pero las ubicaciones normalmente se delimitan mucho más toscamente que las formas.[46]

La disparidad se debe en parte a una diferencia inherente entre la geometría de la forma y la geometría de la ubicación. Para especificar una forma se pueden necesitar tantos fragmentos de información como facetas, rincones y recovecos tenga esa forma. Pero especificar la disposición de un objeto en relación con otro sólo requiere seis fragmentos de información. En teoría, una lengua podría ubicar cualquier objeto de forma exacta simplemente construyendo sus preposiciones a partir de seis sílabas: una para la distancia desde un marco de referencia en las direcciones de arriba abajo, de derecha a izquierda y de cerca y lejos (tal vez utilizando unas unidades de escala logarítmica ancladas por un objeto común), y una para los ángulos de extremo, balanceo y bandazo (tal vez utilizando incrementos angulares de una decimosexta parte de un giro). Pero no hay ninguna lengua que funcione así. Las lenguas describen el espacio de una forma que

45. Sinha y Kuteva, 1995.

46. Landau y Jackendoff, 1993; Talmy, 2000b; Tyler y Evans, 2003.

no se parece a nada conocido de la geometría, y a veces pueden no dar ninguna información a los oyentes de dónde están las cosas se refiere.

La primera peculiaridad es que los términos espaciales son muy polisémicos.[47] A ningún anglohablante se le ocurre jamás que la preposición *on* denota solamente una relación espacial (por ejemplo, una cosa situada en la parte superior de otra, como un libro sobre una mesa), sino varias. Pensemos simplemente en un cuadro en (*on*) la pared, un anillo en (*on*) el dedo, o una manzana en (*on*) una rama. Incluso una lengua tan próxima al inglés como el holandés trata estas relaciones con diferentes preposiciones: *op* para un libro encima de una mesa, *aan* para un cuadro en la pared, y *om* para un anillo en el dedo. Peor aún es lo que ocurre con una preposición como *over*, que tiene más de cien usos distintos, incluidos los de *Bridge over troubled waters* (Puente sobre aguas turbulentas), *The bear went over the mountain* (El oso fue hacia la montaña), *The plane flew over the mountain* (El avión sobrevolaba la montaña), *Amy lives over the hill* (Amy vive en la colina), *Barney spread the cloth over the table* (Barney extendió el mantel sobre la mesa) y *The book fell over* (El libro se cayó).[48] Si el lector se ha preguntado alguna vez, como hace Richard Lederer en *Crazy English*, por qué alguien enamorado está *head over heels* (con la cabeza por encima de los talones) (ya que siempre tenemos la cabeza por encima de los talones —¿por qué no decimos *heels over head* [con los talones por encima de la cabeza]?—), la respuesta es que *over* se puede referir a la trayectoria de un movimiento (como en *The cow jumped over the moon* [La vaca saltó hacia la Luna]), y no sólo a una ubicación.

No es que el inglés siempre agrupe donde otras lenguas dividen. Muchas lenguas no distinguen *on* de *over*, y utilizan un mismo término para indicar la ubicación superadyacente, o no distinguen *in* de *under*.[49] No es que todo valga: las lenguas tienden a tener términos para referirse al contacto, a la alineación vertical, al acoplamiento, a la contención y a la proximidad, como si existiera un alfabeto cognitivo de relaciones espaciales más básico que las preposiciones de una lengua dada. Y tienden a agru-

47. Bowerman y Levinson, 2001; S. Levinson, Meira y The-Language-and-Cognition-Group, 2003; S. C. Levinson, 2003.

48. Brugman, 1988.

49. S. Levinson, Meira y The-Language-and-Cognition-Group, 2003.

par otras relaciones con éstas siguiendo el sentido universal de cuáles son más parecidas. Por ejemplo, el *on* inglés agrupa un libro sobre la mesa (alineamiento vertical más contacto) con un cuadro en la pared (acoplamiento), seguramente porque ambos implican una fuerza que mantiene una cosa en contacto con otra. Por razones similares, la bereber *di* agrupa el acoplamiento (un cuadro en la pared) con la contención (un juguete en una caja), que son también formas en que un objeto dificulta el movimiento de otro. Y difiere del inglés sólo en que divide los impedimentos desde la perspectiva de la verticalidad o de la contención. El español agrupa las tres en *en*. Pero ninguna lengua relaciona el alineamiento vertical con la contención al tiempo que excluye el acoplamiento, ni el hecho de estar por encima con el de estar alrededor al tiempo que excluye el de estar encima, porque estas agrupaciones no tienen sentido cognitivo.[50]

El lenguaje espacial también se queda corto en el hecho de que sus distinciones son digitales, normalmente binarias. En muchas lenguas, la distinción espacial más básica está entre algo que se encuentra cerca de quien habla y algo que está a cierta distancia, como en *aquí* y *allí*. La distinción es relativa, no absoluta: como bien señala Stephen Levinson, *Ponlo ahí* tiene un significado muy distinto para el conductor de una grúa y para el cirujano del cerebro. La mayoría de las lenguas del mundo dividen el espacio que rodea a quien habla sólo en estas dos regiones, aunque aproximadamente una cuarta parte de ellas (incluido el español) hacen una distinción triple entre «cerca de mí», «lejos de mí» y «entre yo y otra cosa», y muy pocas (como el tlingit, una lengua que se habla en Yukon) llegan a cuatro, y añaden «muy lejos de mí». Ninguna lengua tiene unos términos espaciales que midan la distancia en unidades concretas (aunque, naturalmente, una cultura que tenga un sistema contable puede dar una explicación detallada mediante sustantivos y adjetivos, como en *cinco mil doscientos ochenta pies*).

Las distinciones espaciales más comunes en las lenguas del mundo son o-o: o estás dentro o estás fuera, literalmente. No se trata simplemente de que las lenguas corten el espacio a tajos para formar zonas de límites borrosos. Muchas de las relaciones espaciales de las que se ocupan son *inherentemente* cualitativas, e implican las distinciones que, en un sentido amplio, se

50. S. Levinson, Meira y The-Language-and-Cognition-Group, 2003.

podrían llamar topológicas.[51] Se dice que el topólogo es un matemático que no sabe distinguir entre un donut y una taza de café, porque la topología se ocupa de rasgos cualitativos como el contacto, la contención, la conectividad y los agujeros —unas propiedades que no cambiarían si el mundo estuviera hecho de plastilina y se pudiera extender sin que se rompiera—. Entre los conceptos más o menos topológicos codificados en el lenguaje están el contacto, la contención y el acoplamiento. La diferencia entre la topología y las relaciones espaciales continuas queda definida en las palabras de amor de Groucho Marx: «Si estuviera más cerca de usted, estaría a su otro lado».

Los términos espaciales que *son* continuos siguen siendo ajenos a las cantidades suavemente variables que entran en la distancia, el tamaño y la forma.[52] El lingüista Len Talmy observa que empleamos la misma preposición *across* (de un lado a otro) para describir a la hormiga que anda por la palma de la mano y para recordar un viaje en autobús por el país. Sin embargo, la hormiga muestra un movimiento paso a paso y completa el viaje en el espacio de atención de quien la mira, que observa el movimiento desde arriba, como si fuera un dios. Y el autobús se desliza por la carretera en un viaje de muchos días y muchos lugares, cuyas piezas sólo se pueden reunir en el recuerdo. Pese a la desemejanza de las experiencias, aplicamos a ambos casos la misma preposición. Este don para la abstracción geométrica se puede ver en el lenguaje de los niños. El escritor Lloyd Brown señalaba que, en cierta ocasión, su hija pequeña dijo, refiriéndose a dos perros que corrían uno detrás del otro: «Mira, esos perros corren como un coche de bomberos» (el camión de bomberos largo con una cabina dirigible en la parte posterior). Otra vez le pidió una caja de lápices de colores «que se parece a una sala llena de espectadores»; no la caja plana de ocho lápices, sino la mayor, con los lápices dispuestos en filas como si de la platea de un teatro se tratara.[53]

Estas proezas son posibles porque la parte de la mente que interactúa con el lenguaje trata los objetos *esquemáticamente*, desde la perspectiva de la forma en que se extienden por cada una de las tres dimensiones del espacio.[54] En la realidad, cada bocado de materia tiene una longitud, una

51. Talmy, 2000b.
52. Landau y Jackendoff, 1993; Talmy, 2000b.
53. Lloyd L. Brown, comunicación personal.
54. R. Jackendoff, 1991; Talmy, 2000b.

anchura y un grosor, pero cuando hablamos de estos bocados simulamos que algunas de las dimensiones no están presentes. En el caso más simple podemos pasar como lo hace el geómetra y concebir un punto como algo de cero dimensiones; una línea o una curva, como algo de una dimensión; una superficie, como algo de dos; y un volumen, como algo de tres. Pero también podemos pensar en formas más complejas, combinando y ordenando para ello las dimensiones. Se piensa de un objeto que tiene una o más dimensiones primarias, que son lo que realmente cuenta en el razonamiento sobre ese objeto, además de una o más dimensiones secundarias. Una *carretera*, un *río* o una *cinta* se conceptualizan como una línea sin límites (su única dimensión primaria) ampliada por una línea delimitada (su dimensión secundaria) que se traduce en una superficie. Una *capa* o una *losa* tienen dos dimensiones primarias, que definen una superficie, y una dimensión secundaria delimitada, su grosor. Un *tubo* o una *viga* tienen una única dimensión primaria, su longitud, y dos dimensiones secundarias, que definen su sección transversal.

La mente también se puede centrar en los límites de un objeto como si ellos mismos fueran objetos. El geómetra diría que un volumen de tres dimensiones tiene que estar limitado por una superficie de dos dimensiones; una superficie, por un extremo de una dimensión; y una línea, por un punto de cero dimensiones. Pero la mente ve mucho más que esto. También podemos imaginar una *raya*, que tiene dos dimensiones, que limita una superficie de dos dimensiones, como el borde de un plato o la cenefa de una alfombra; el hecho de que su dimensión *primaria* sea de una dimensión basta para convertirla en el límite de una superficie. Asimismo, un *extremo* se imagina como que tiene cero dimensiones primarias y como límite de un objeto de una dimensión primaria. La palabra *extremo*, pues, abarca una serie de entes que en la geometría euclidiana son totalmente diferentes: el punto de cero dimensiones que limita a una línea, el borde de una dimensión que limita a una cinta, o la superficie de dos dimensiones que limita a una viga. Un *borde* funciona de la misma forma, a excepción de que tiene una dimensión primaria, y no cero dimensiones. Muchas veces un extremo o un borde se imaginan como que contienen un trozo minúsculo de la línea o la superficie adyacentes. Ésta es la razón de que podamos cortar el *extremo* de una cinta, o cepillar el *borde* de un tablero, unas proezas que, hablando con precisión, son geométricamente imposibles.

Cuando al límite de dos dimensiones de un sólido de tres dimensiones se le da una pequeña porción de la materia adyacente, lo llamamos *corteza* o *costra*. Aunque la palabra la asociamos más con el pan, también la aplicamos a las heridas o a los planetas, pese a las manifiestas diferencias de tamaño, composición y comestibilidad. El rasgo común es la geometría dimensional que les aplicamos.

El aparato de dimensiones primarias y secundarias, cuando se aplica al espacio negativo que se deja atrás cuando a algo se le saca una porción de materia, nos da todo un vocabulario de espacios vacíos: las muchas palabras para denominar las muescas, las ranuras, las abolladuras, los hoyuelos, los cortes, los agujeros, los túneles, las cavidades, los huecos, los cráteres, las grietas, las hendiduras, las cuevas, las aberturas y los orificios.[55] La similitud cognitiva de las cosas y los agujeros da lugar a muchos enigmas y paradojas. Ya hemos hablado de la polisemia de *window* (ventana) y *door* (puerta) (que pueden ser aberturas o cubiertas). A los filósofos les preocupa cómo insertar los agujeros en una taxonomía ontológica de todos los tipos de cosas que existen en el universo, porque un agujero puede ser alto, lo cual lo convierte en un tipo de «objeto», pero esto implica que debería poder tener un peso, como la materia en general, de la cual los objetos son unos subtipos. Pero un «agujero que pesa mucho» no tiene sentido, como no lo tienen una «mesa feliz» ni una «idea verde».[56] Devanarse los sesos para entender los agujeros —algo real en la mente, pero nada en la realidad— no sólo es un riesgo ocupacional de lingüistas y filósofos.[57] Un agujero puede ser la respuesta a los rompecabezas del estilo: «¿Qué es lo único que se puede meter en un cubo y lo hace más ligero?» y «Cuanto más sacas de mí, mayor me hago, ¿qué soy?». Son la fuente de las preguntas peliagudas, como: «¿Cuánta porquería hay en un agujero de 2 metros de ancho, 2,5 de profundo y 1,5 de largo?» (Respuesta: Ninguna). Los agujeros se han utilizado también para crear ilusiones ópticas, como en el jarrón de la página 69, los dibujos de Escher y Magritte, y la secuencia del «Mar de los Agujeros» de *Yellow Submarine*, en la que el dibujo animado de Ringo se mete un óvalo negro en el bolsillo y, más tarde, lo saca para desinflar la

55. Landau y Jackendoff, 1993.
56. Sommers, 1963.
57. Casati, 2006; Pomerantz, 2003.

burbuja en la que está encarcelada la Banda del Club de Corazones Solitarios del Sargento Pepper («Tengo un agujero en el bolsillo», se recuerda a sí mismo). Y después están las pequeñas porciones de masa que vende Dunkin Donuts, llamadas caprichosamente «agujeros donut».

La idea de que las formas se pueden fundir cognitivamente para formar unas gotas esquemáticas ensartadas en unos ejes procede originariamente de una teoría del reconocimiento de las formas del neurocientífico computacional David Marr. Éste observó la facilidad con que las personas reconocemos las figuras y los animales hechos con desatascadores y globos retorcidos, pese a su desemejanza con los objetos reales en su disposición de los píxeles. Propuso que realmente *representamos* las formas en la mente en modelos de globo-y-eje, y no en imágenes sin pulir, ya que un modelo es estable a medida que el objeto se mueve en relación con el espectador, mientras que los píxeles de una imagen están por todos lados.[58] Los modelos esquemáticos no son la única forma en que reconocemos los objetos —sabemos, por ejemplo, reconocer una camisa en una cesta sólo por su color y textura—, pero parece que realmente pueblan el punto de contacto donde la visión se encuentra con el lenguaje y el razonamiento.[59] No sólo ocurre que los nombres de las formas (como «cinta», «capa», «costra», «trozo» y «muesca») reciben sus definiciones de este mundo de desatascadores, recortables y burbujas, sino que al parecer *concebimos* los objetos que nos rodean en estos términos. Pocas personas imaginan un alambre como un cilindro estrechísimo, ni un CD como un cilindro muy corto, aunque técnicamente esto es lo que son. Los concebimos como que tienen sólo una o dos dimensiones primarias, respectivamente. Normalmente tampoco pensamos en un lago como un volumen similar a un vaso con una superficie plana, unos bordes cerrados y numerosos bultos amoldados a la forma de la parte inferior del lago. Lo pensamos como una superficie de dos dimensiones.[60]

La dimensionalidad esquemática de los objetos no sólo afecta a cómo los reconocemos y visualizamos, sino a veces a cómo razonamos sobre ellos. Por ejemplo, tendemos a pensar en una caja como un contenedor va-

58. Biederman, 1995; Marr, 1982; S. Pinker, 1997b, cap. 4.
59. Tarr y Pinker, 1989.
60. Landau y Jackendoff, 1993.

cío de tres dimensiones. En un experimento clásico sobre resolución de problemas que se enseña a todos los estudiantes de psicología, se da a las personas una caja de cerillas, una caja de chinchetas y una vela, y se les pide que averigüen cómo pueden colocar la vela en la pared.[61] La mayoría no sabe qué hacer. Al pensar en la caja como un contenedor, a nadie se le ocurre vaciarla de chinchetas y clavarla en la pared, componiendo así un estante de dos dimensiones en el que colocar la vela. Y cuando se trata de nuestro cuerpo, la concepción funciona al revés: pensamos en él como algo sólido, no como un contenedor, lo que da lugar a algunas intuiciones extrañas. Los estudiosos de la inteligencia artificial que se preguntan por la naturaleza del sentido común han observado que, si llevamos una bolsa en el coche, y medio litro de leche en la bolsa, las personas convienen en que hay medio litro de leche en el coche. Pero si en éste hay una persona, y medio litro de sangre en esta persona, las personas no pensamos que hay medio litro de *sangre* en el coche. Quienes investigan los sentimientos señalan que a la mayoría de las personas les repugna la idea de comer de un cuenco de sopa en el que han escupido, pero nadie siente repulsión ante la idea de que tenemos la boca llena de saliva.[62] Hay un chiste sobre una niña que está rellenando un hoyo en su jardín cuando un vecino asoma por la valla y, con toda educación, pregunta: «¡Hola! ¿Qué haces?». «Se ha muerto mi pececito —contesta entre lágrimas la niña— y acabo de enterrarlo.» El vecino pregunta: «¿No es un hoyo muy grande para un pececito?». La niña apisona el suelo y contesta: «Es que está dentro de su estúpido gato».

El modelaje esquemático de las formas es el tipo de geometría que define la mayoría de los términos espaciales de la lengua inglesa y de otras.[63] Una preposición, por ejemplo, sitúa una figura en relación con un objeto de referencia y, al hacerlo, tiene que especificar algo acerca de la forma de la figura, y algo acerca de la forma del objeto de referencia. El tipo más común de preposición, como «en», «sobre» y «cerca», no dice nada en absoluto sobre que se está colocando la figura, y la trata como un punto o un trozo amorfo de materia de cero dimensiones.[64] (Ahí está el núcleo del

61. Duncker, 1945; Glucksberg y Danks, 1968.
62. Rozin y Fallon, 1987.
63. Allan, 1977; Denny, 1976.
64. Talmy, 2000b.

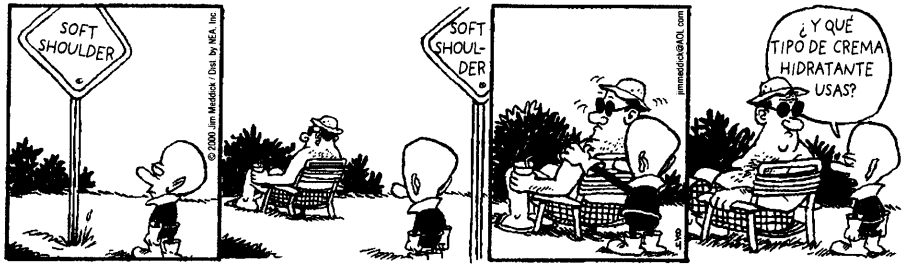
efecto holismo que vimos en el capítulo 2, en el cual se piensa de un ente que está afectado completamente por un movimiento o una carga.) Recordemos que cualquier cosa puede estar *en* o *sobre* algo, sea un guijarro, un lápiz o un bloc, y no importa el sentido en el que apunten. El objeto de referencia, por el contrario, debe tener una determinada geometría para que se le pueda aplicar una preposición. *In* (en), por ejemplo, requiere una cavidad de dos o tres dimensiones. *Along* (a lo largo de) necesita un eje primario de una dimensión: un chinche puede andar *a lo largo de* un lápiz, pero no de un CD, aunque podría andar a lo largo del borde de una dimensión del CD. *Through* (a través de) exige una abertura de dos dimensiones o un conglomerado, como cuando el pez nada a través del agua o el oso corre a través del bosque. *Inside* (dentro de) exige un espacio cerrado, normalmente de tres dimensiones.

Las descripciones reales de las cosas del espacio dependen de la compatibilidad entre la geometría del desatascador de los objetos y las exigencias dimensionales de los términos espaciales. Dado que un lago se concibe como que tiene únicamente dos dimensiones primarias, no podemos nadar *inside the lake* (dentro del lago), aunque parece que tendría sentido geométrico. Lederer pregunta por qué decimos que algo puede estar *underwater* (bajo el agua) o *underground* (bajo tierra) a pesar de que esté rodeado por, y no debajo de, el agua o la tierra. La razón está en que *water* (agua) y *ground* (tierra) se conciben como superficies de dos dimensiones, no como volúmenes de tres dimensiones, aunque sea geológicamente improbable. La dimensionalidad de un objeto es también el aspecto de su geometría que los modificadores «ven» cuando se combinan con él en una frase. Un *CD grande*, por ejemplo, debe tener un diámetro superior a la media, no un grosor superior a la media (esto podría ser un *CD grueso*), y un *lago grande* debe ocupar un área inusualmente grande, con independencia de su profundidad; puede ser de sólo unos metros de ancho y kilómetro y medio de profundo.[65]

En el capítulo 3 veíamos que una vez que el objeto de referencia se reduce a unos pocos palos, hojas o gotas, necesita que se le unan unos ejes que identifiquen sus direcciones y permitan que la figura se sitúe respecto a él. La manera más común que una lengua tiene de asignar lugares y di-

65. Landau y Jackendoff, 1993.

recciones es colocar un cuerpo humano sobre el objeto de referencia y emplear los términos que designan las partes del cuerpo.[66] Así lo vemos en inglés, en los términos espaciales genéricos como *back* (espalda), *face* (cara) y *head* (cabeza), y aún de forma más vívida en palabras que acarrean más geometría del cuerpo, como *eye* (ojo) (de una aguja o un huracán), *nose* (nariz) (de un avión), *foot* (pie) (de una montaña o una mesa), *mouth* (boca) (de un río), *neck* (cuello), *elbow* (codo), *finger* (dedo), *groin* (ingle), *flank* (costado), *butt* (trasero), y una que parece desconcertar al señor Pi alienígena de la tira cómica *Monty* cuando, ante un cartel que anuncia: «*Soft shoulder*» («arcén sin pavimentar» u «Hombro suave»), le pregunta a un señor en bañador que está tomando el sol: «Entonces, ¿qué clase de crema hidratante usa usted?».

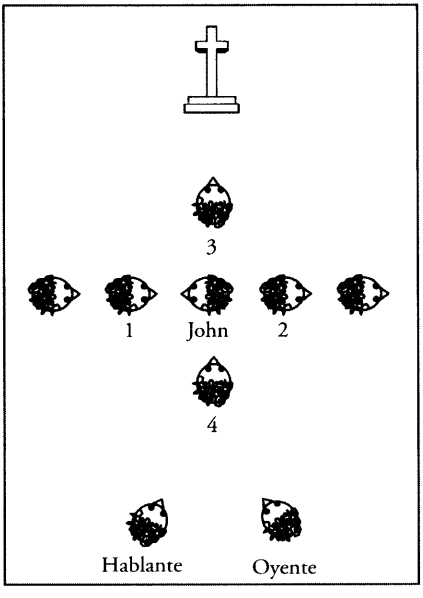


Huelga decir que la metáfora del cuerpo no es la única fuente de palabras para referirse a las relaciones espaciales. En el capítulo 3 veíamos que las diferentes lenguas, y los diferentes términos de una misma lengua, escogen de entre un menú de marcos de referencia. Entre éstos están el marco basado en la gravedad, que se emplea para *above* (encima de); un marco geocéntrico, usado para *north* (norte); un marco centrado en el objeto, usado en *to the car's right* (hacia la derecha del coche); y un marco egocéntrico, usado en *behind the pole* (detrás del poste). El menú es un producto de la destreza de nuestro sistema visual al pinchar los objetos con diferentes sistemas de coordinación, como veíamos en la forma que pasa de cuadrado a diamante en la página 202.

Una de las razones de que nuestras descripciones del espacio puedan ser ambiguas hasta la exasperación es que nuestros términos espaciales no

66. S. C. Levinson, 2003.

establecen con certeza cada grado de libertad en la forma en que un objeto de referencia se puede delimitar con unos ejes. Si una persona está tumbada en el suelo, con las rodillas que le sirven de apoyo del libro que está leyendo, y una mosca se posa en su muslo, podemos decir que la mosca está *debajo de su rodilla*, si empleamos la gravedad como marco de referencia, o podemos decir que está *por encima de su rodilla*, si utilizamos el cuerpo de la persona como marco de referencia. Y aún peor. Talmy pide que imaginemos a un hablante y un oyente en la parte posterior de una iglesia.[67] Una cola de gente va de izquierda a derecha, hacia la pared de la derecha. John está en el centro de la cola, aunque ha dado un giro de 180 grados y está mirando a la izquierda. A su derecha y a su izquierda tiene sendas personas, las dos mirando hacia delante, una un poco más cerca del altar, la otra más cerca de la entrada. Así se vería a vista de pájaro: ¿quién está *in front of* (enfrente de, delante de) John? El hablante podría responder que es la Persona nº 1, si alinea el eje de referencia con el cuerpo de John. Podría responder que es la Persona nº 2, si lo alinea con la cola.



67. Talmy, 2000b.

Podría responder que la Persona nº 3, si lo alinea con la iglesia y sus inherentes delante y detrás. O podría decir que es la Persona nº 4, si lo alinea con la línea de visión que le une a John. No todos los términos espaciales de las lenguas del mundo son tan ambiguos como el inglés *in front of* (enfrente de), pero todos, de una manera u otra, son ambiguos.

¿Por qué es tan malo el lenguaje espacial de todos los días? ¿Por qué describimos el espacio —el medio omnipresente en el que se desenvuelven todas las experiencias— con expresiones o palabras tan a menudo ambiguas, digitales, topológicas, esquemáticas y relativas? Como ocurre con todas las preguntas sobre el diseño del lenguaje (o de cualquier otra cosa), la respuesta está en las compensaciones.

Recordemos mi hipotético vocabulario espacial «ideal», cuyas preposiciones estaban compuestas de seis sílabas, una para cada uno de los grados de libertad de la disposición de un objeto en relación con un marco de referencia. El problema evidente de este esquema es que tendemos a que no nos *gusten* las palabras de seis sílabas, en especial las que tenemos que usar continuamente, como ocurre con las preposiciones espaciales. (*In* y *to*, por ejemplo, están en la lista de las diez palabras más frecuentes de la lengua inglesa, y *on*, *at*, *by* y *from* están muy poco por detrás.)[68] Evidentemente, cada una de estas palabras sixtisílabas se podría sustituir por una palabra corta, pero con ello se multiplicaría el número de palabras distintas que los niños deberían memorizar. Aun en el caso de que hiciéramos sólo siete gradaciones entre la longitud y el ángulo, tendríamos que memorizar más de 100.000 palabras sólo para dominar el vocabulario espacial de una lengua, antes incluso de llegar a *carburador*, *trombón* y *pomo*. Las compensaciones entre la transparencia, la precisión, la longitud y el tamaño del vocabulario fueron las que condenaron al fracaso todos los diseños de la época de la Ilustración para conseguir una «lengua perfecta», y en *Words and Rules* sostengo que muchas características de las lenguas reales emergen como un compromiso entre esas exigencias.[69]

Dado que las palabras y las sílabas no son libres, las lenguas economizan siempre que pueden. Una razón de la ambigüedad de las palabras espaciales (y de las palabras en general) es que muchas expresiones poten-

68. Francis y Kucera, 1982.
69. Eco, 1995; S. Pinker, 1999.

cialmente ambiguas quedan muy claras en la comunicación cara a cara, en la que quien habla y quien escucha comparten lo que les rodea y en todo momento son conscientes de lo que el otro sabe. Pero en la prensa y en otros textos, las palabras se arrancan de este diálogo íntimo y han de ser consumidas por unos extraños y a distancia.

Los términos espaciales economizan de una segunda forma. De todas las maneras posibles en que un objeto puede girar en torno a otro, no todas merecen por igual la pena de distinguirlas. Imaginemos que estamos en medio de un chaparrón, a tres metros de una cornisa que sobresale. Movemos un pie hacia ella; nos seguimos mojando. Movemos el otro pie; nos seguimos mojando. Seguimos moviéndonos, y en algún momento dejamos de mojarnos. Sigamos moviendo un pie en el mismo sentido; no nos mojamos menos. De modo que la naturaleza ha dispuesto una discontinuidad entre la porción del camino donde los cambios de posición graduales nos dejan igualmente mojados, y la porción en la que los cambios graduales no dejan de mojarnos más. Y es exactamente en este punto donde empezaríamos a describir nuestra posición como *debajo de* y no *cerca de*.[70] Los efectos digitalizados de la distancia analógica son el principio en el que se basa el viejo dicho de que el béisbol es una cuestión de centímetros, y otros similares como «De casi no se muere nadie» y «Cerca sólo importa en las herraduras y en las granadas de mano».

Los términos espaciales cuantifican el espacio en los vértices en los que los sucesos causales se comportan de forma distinta en cada lado. A medida que la palma de la mano se va cerrando en torno a una canica, la curvatura en la que dejamos de decir que la canica está *sobre* la mano y empezamos a decir que está *en* ella es, más o menos, la forma que impediría que se cayera rodando al moverla. Del mismo modo, una cuerda que esté *alrededor* de un poste puede hacer cosas que no puede hacer una cuerda que simplemente esté *junto al* poste. Descuidar la semántica cualitativa de una preposición puede tener consecuencias trágicas:

Fallece la mujer de Newton rescatada de un estanque helado en Lincoln

Una mujer que se cayó a través del delgado hielo el domingo y estuvo bajo el agua al menos noventa minutos falleció ayer. Entretanto, el Departa-

70. S. Pinker y Bloom, 1990, pág. XXX.

> mento de Bomberos de Lincoln dijo que un fallo en la comunicación entre la persona que llamó para avisar del accidente y la que recibió el aviso había retrasado el rescate... El jefe del Departamento de Bomberos de Lincoln dijo que el retraso se debió a una confusión que llevó a los trabajadores a pensar que la mujer se había caído sobre el hielo, no a través de él, y dejó que el equipo de rescatadores se tomaran con calma el viaje hasta el lugar del accidente.[71]

Así pues, una preposición tiende a abarcar una variedad de configuraciones que son similares en su manipulabilidad, visibilidad, estabilidad y estado de reposo. La estructura de digitalización es más económica que toda una multitud de coordinadas: con la codificación de una discontinuidad causal del mundo mediante la presencia o la ausencia binarias de un símbolo se sale ganando. Pero su mayor ventaja está en que hace *explícitas* las fuerzas causales de una configuración. Un símbolo espacial, una vez codificado en la memoria, se presta a los algoritmos del razonamiento de forma sistemática. Para determinar si algo se moja, no hay que hacer cálculos geométricos a partir de una base de datos sobre las posiciones de los objetos; basta simplemente con comprobar si el símbolo «debajo de» está presente o ausente.

Esto no implica, naturalmente, que haya una única y óptima manera de delimitar las relaciones espaciales; no puede ser, porque las diferentes lenguas lo hacen de modos distintos.[72] Cabe presumir que la razón está en que la naturaleza dota a cada espacio de muchos vértices causales entre los que escoger, y también en que cada lengua equilibra de modo distinto la expresividad, la precisión, la longitud y el tamaño del vocabulario. Pero la cuantificación de las relaciones espaciales es universal, y las relaciones causales importantes como el contacto, el acoplamiento, la alineación, la verticalidad y la proximidad aparecen en todos los vocabularios espaciales del mundo.

Cuando Paul Bloom y yo señalamos por primera vez que los términos espaciales se alinean con unas interesantes discontinuidades causales, tuvimos que basarnos en nuestra propia intuición.[73] Recientemente, los expe-

71. *The Boston Globe*, 8 de enero de 1991.
72. S. Levinson y Wilkins, 2006; Pederson y otros, 1998; Talmy, 2000b.
73. S. Pinker y Bloom, 1990, pág. XXX.

rimentos de Kenny Coventry, Simon Garrod y otros han corroborado la idea. Estos autores mostraban a las personas unas fotografías de disposiciones extrañas de unos objetos, y les preguntaban en qué medida se podían emplear diversas preposiciones para describirlas.[74] Descubrieron que la intuición de las personas era sensible no sólo a la pura geometría de las disposiciones de los objetos, sino también a lo que éstos podían *hacer*. De una bombilla se decía que estaba *in* (en) el portalámparas cuando se había introducido en éste la base de la bombilla, ya que esto permite que se encienda, pero una persona no está *in* (en) un coche si únicamente extiende el brazo hacia dentro por la ventanilla, ya que esto no permite que el coche se mueva o ni siquiera cobije a esa persona. La posición en que se juzgaba que un paraguas estaba *over* (sobre) un hombre dependía de dónde lo podía proteger mejor de la lluvia, y se decía que un tubo de dentífrico estaba *above* (encima de) el cepillo de dientes no cuando estaba directamente sobre el centro de su masa, sino cuando estaba más cerca de las cerdas, un compromiso entre la geometría y la funcionalidad.

Así pues, vemos que la concepción del espacio que se expresa en el lenguaje es muy diferente del medio euclidiano omnipresente, continuo y vacío que Kant imaginaba como la matriz de la experiencia. Se compone de símbolos digitales, que idealizan un objeto en varillas, hojas y gotas que están atravesadas por ejes y ensambladas en una estructura articulada. Y esos símbolos se corresponden no sólo con las expansiones de la materia y el espacio, sino con las fuerzas y los poderes que gobiernan el uso que hacemos de los contenedores, los cierres y las partes prácticas de las herramientas. No es que Kant se equivocara cuando decía implícitamente que la mente tiene una concepción pura del espacio, abstraída de sus contenidos del mundo real. Ocurre simplemente que esta concepción se encuentra en los dos extremos de la escalera de la cognición humana, saltándose el nivel en el que habitualmente hablamos y pensamos. En el extremo inferior, un medio espacial organiza nuestra facultad integrada de la visión y la imaginería, como veíamos al principio del capítulo, al considerar el papel del espacio en el ojo de la mente. Y en el extremo su-

74. Carlson y van der Zee, 2005; Coventry y Garrod, 2004. Véase también Feist y Gentner; Tyler y Evans, 2003.

perior, se puede aprender en la escuela como parte del sistema explícito de conocimientos sobre el espacio que inventaron los griegos y al que llamamos geometría.

El reloj digital: reflexiones sobre el tiempo

«No despilfarréis el tiempo —dijo Benjamin Franklin—, pues es la materia de la que está hecha la vida.» Nuestra conciencia se desenrolla en el tiempo, más aún de lo que se sitúa en el espacio. Soy capaz de imaginar que el espacio desaparece de mi conciencia, por ejemplo si estuviera flotando en un tanque de privación sensorial o me quedara ciego y paralítico, pero sin dejar de pensar. Pero es casi imposible eliminar el *tiempo* de nuestra conciencia, dejando el último pensamiento inmovilizado, como el claxon agarrotado del coche, pero sin dejar de tener una mente. Para Descartes, la distinción entre lo físico y lo mental dependía de esta diferencia. La materia se extiende en el espacio, pero la conciencia existe en el tiempo, con la misma seguridad con que pasa del «pienso» al «existo».

Como ocurre con cualquier otro aspecto de la naturaleza humana, se ha dicho que hay por ahí culturas que no tienen la noción del tiempo. El lingüista Bernard Comrie analizó tales afirmaciones y señala que no son creíbles.[75] Una persona que perteneciera a una cultura que no tuviese la noción del tiempo sería incapaz de generalizar que las personas invariablemente nacen, crecen, envejecen y luego mueren, y, por consiguiente, no le sorprendería encontrarse con alguien que hubiera empezado por ser un cadáver, llegara a la vida como un anciano, se hiciera cada vez más joven, y al final desapareciera en el seno materno. Ni que decir tiene que no existe ninguna sociedad poblada de tales locos. Y las personas de las sociedades de todo el mundo ordenan los sucesos en sus biografías, genealogías, historias y mitos, tales como la creación del mundo o la llegada de sus ancestros.[76]

Las personas también controlan el tiempo en las palabras y las construcciones de su lengua. En muchas lenguas el orden de los sucesos se ex-

75. Comrie, 1985b.
76. D. E. Brown, 1991; Malotki, 1983.

presa con adverbiales como *ayer* o *hace mucho tiempo*. Y más o menos en la mitad de las lenguas del mundo el tiempo está integrado en la gramática en forma de tiempo verbal.[77] La semántica del tiempo indica que no hay que tomarse demasiado al pie de la letra la afirmación de que muchas personas conciben el tiempo como algo cíclico. Las personas somos conscientes de la repetición de los días, los años y las fases de la Luna, pero esto no borra una conciencia de la secuencia lineal de los sucesos que componen el flujo de la vida. Ninguna lengua dispone de un tiempo verbal que signifique, por ejemplo, «en el momento presente o en un punto equivalente de un ciclo distinto».[78]

Pero nuestra concepción intuitiva del tiempo difiere del flujo cósmico incesante que vislumbraron Newton y Kant. Para empezar, nuestra experiencia del presente no es un instante infinitesimal. Al contrario, abarca cierta duración mínima, una ventana en movimiento a la vida en la que aprehendemos no sólo el instantáneo «ahora», sino un poco del pasado reciente y un poco del futuro inmediato. William James llama a esta realidad el «presente especioso»:

> El presente organizado prácticamente no es como el filo de un cuchillo, con cierta anchura propia donde nos colocamos en una posición privilegiada, y desde la que contemplamos el tiempo en los dos sentidos. La unidad de composición de nuestra percepción del tiempo es una duración, con una proa y una popa, por decirlo de algún modo —una mirada hacia atrás y otra hacia delante...—. No ocurre que primero sintamos un extremo y luego, a continuación, el otro, y a partir de la percepción de la sucesión deduzcamos un intervalo de tiempo intermedio, sino que, al parecer, sentimos el intervalo de tiempo como un todo, con sus dos extremos integrados en él.[79]

¿Cuánto dura el tiempo especioso? El neurocientífico Ernst Pöppel proponía una respuesta en una ley: «Tomamos la vida de tres en tres segundos».[80] El intervalo, más o menos, es la duración de un movimiento intencionado, como el de darse la mano; el de la planificación inmediata

77. J. Bybee, Perkins y Pagliuca, 1994; J. L. Bybee, 1985; Comrie, 1985b.
78. Comrie, 1985b.
79. W. James, 1890/1950, pág. 21.
80. Pöppel, 2003.

de un movimiento preciso, como el de golpear la pelota de golf; el de los cambios de una figura ambigua como las de las páginas 69 y 202; el del espacio en el que podemos reproducir un intervalo con precisión; el de la descomposición de una memoria a corto plazo improvisada; el del tiempo que se tarda en tomar una decisión rápida, por ejemplo en *channel-surfing*, un nuevo sistema de televisión interactiva; y el de la duración de una unidad de habla, un verso de un poema, o un motivo musical, como el inicio de la Quinta Sinfonía de Beethoven.

El tiempo, al menos tal como se expresa en la maquinaria gramatical del lenguaje, también difiere del tiempo newtoniano en el hecho de que no se puede medir en unidades. Los tiempos verbales de una lengua cortan la cinta del tiempo en unos pocos segmentos, como el presente especioso, el futuro hasta la eternidad, y la historia del universo previa al momento en que se habla. A veces, el pasado y el futuro se subdividen en intervalos recientes y remotos, algo parecido a la dicotomía entre *aquí* y *allí* o *cerca* y *lejos*. Pero ningún sistema gramatical reconoce el tiempo desde algún punto fijo de inicio (como hacemos en nuestro vocabulario técnico con el tradicional nacimiento de Jesús), ni usa unidades numéricas constantes, como segundos o minutos.[81] Esto hace que la ubicación de los sucesos en el tiempo sea muy vaga, como cuando Groucho le decía a su anfitriona: «He pasado una velada maravillosa. Pero no fue así».

Existe un estrecho paralelismo en los grados de precisión a los que pueden recurrir las lenguas en la forma en que expresan el número, el espacio y el tiempo.[82] Utilizando frases compuestas de palabras, podemos expresar cantidades, desde las infinitesimales más pequeñas hasta las infinitamente grandes, con cualquier grado de precisión, gracias a las frases numéricas (*trescientos sesenta y dos*), a las direcciones (*la tercera casa a la derecha de la salida 23*), y fechas y horas (*siete cuarenta y dos de la tarde, diecisiete de mayo de mil novecientos setenta y siete*). Mediante palabras y compuestos sencillos, las distinciones se agrupan a miles —palabras numéricas, como *uno, dos, doce* y *veinte* (en muchas lenguas, «uno», «dos» y «muchos»), preposiciones como *a través de* y *a lo largo de*, y adverbios de tiempo, como *ahora, ayer* y *hace mucho tiempo*—. Y en la gramática, las distinciones se hacen

81. Comrie, 1985b.
82. *Ibid.*

aún más esquemáticas. En inglés sólo se distinguen dos números (singular y plural), y quizá cinco tiempos (en función de cómo se cuente); se trata de algo parecido a cómo muchas lenguas dicotomizan la ubicación en «aquí» y «allá».

La imprecisión en el modo que las lenguas tienen de expresar el tiempo guarda relación con la imprecisión de la forma en que lo experimentamos y lo recordamos. Nadie experimenta el tiempo tan toscamente como el puñado de distinciones de un sistema de tiempos verbales, pero tampoco vivimos sometidos a un cronómetro mental.[83] Hay un chiste sobre el padre de un físico que le pide a su hijo que le explique la teoría de la relatividad. El hijo dice: «Mira, papá, es algo así: cuando estás en la silla del dentista, un minuto te parece una hora. Pero cuando tienes sentada en tus rodillas a una hermosa muchacha, una hora te parece un minuto». El padre se queda pensando unos segundos, y dice: «¡No me digas! ¿Y con decir cosas como éstas se gana la vida el señor Einstein?».

Para ser justos con el señor Einstein, su teoría dice que el tiempo es relativo al marco inercial en el que se mide, no que sea subjetivo. La experiencia humana del tiempo es, evidentemente, subjetiva, y se adelanta o se atrasa en función de lo pesado, variado o agradable que sea un intervalo. Pero hay un aspecto de la teoría de Einstein que sí tiene su contrapartida en la psicología del tiempo, al menos tal como se expresa en el lenguaje: la profunda equivalencia del tiempo con el espacio.

La semejanza entre espacio y tiempo es lo bastante límpida para que utilicemos de forma rutinaria el espacio para representar el tiempo en los calendarios, los relojes de arena y otros dispositivos utilizados para controlar el tiempo. Y la semejanza cognitiva aparece también en las metáforas de todos los días, en las que se toman prestados términos espaciales para referirse al tiempo. George Lakoff y Mark Johnson han estudiado una serie de estas metáforas «conceptuales», así llamadas porque no consisten en un único tropo, sino en una familia que comparte una concepción subyacente.[84] En la metáfora de la ORIENTACIÓN EN EL TIEMPO, un observador se sitúa en el presente, con el pasado a su espalda y el futuro delante de él, como en «Todo está detrás de nosotros», «Miramos hacia delante» y

83. R. Ornstein, 1975.

84. G. Lakoff y Johnson, 1980; G. Lakoff y Johnson, 2000.

«Tiene ante sí un gran futuro». Luego se puede añadir a la escena un movimiento metafórico de una o dos maneras. En la metáfora del TIEMPO EN MOVIMIENTO, el tiempo es un desfile que pasa por delante de un observador estático: «Llegará el día en que las máquinas de escribir sean obsoletas»; «Ha llegado el momento de pasar a la acción»; «El plazo se acerca; el verano se está esfumando». Pero también nos encontramos con la metáfora del OBSERVADOR EN MOVIMIENTO, en la cual, el paisaje del tiempo es fijo y el observador avanza a través de él: «Hay problemas de tráfico más adelante»; «Nos acercamos a las Navidades»; «Ella se fue a las 9 en punto; se nos ha pasado el plazo; estamos a mitad del trimestre». Lakoff y Johnson señalan que las dos metáforas son incompatibles, aunque ambas utilizan el espacio por el tiempo. En consecuencia, expresiones como «Movamos la reunión una semana» son ambiguas. Pueden significar «hagámosla antes», si nos referimos al desfile del tiempo por delante del observador, o «hagámosla después», si nos referimos a la trayectoria del observador a través del paisaje. (Obsérvese el paralelismo con la mosca que se posaba en el muslo de ese hombre que tomaba el sol, que está tanto *encima* como *debajo* de su rodilla.)

Parece que el uso del espacio para representar el tiempo es universal, pero el modo en que el tiempo se alinea con una dimensión del espacio puede variar.[85] Sólo en inglés, las metáforas del tiempo en movimiento y del observador en movimiento coexisten con el tiempo como un perseguidor en *Old age overtook him* (La vejez le tomó la delantera), y con el tiempo girado en vertical en *Traditions were handed down to them from their ancestors* (Las tradiciones les llegaron de sus antepasados). Las metáforas verticales del tiempo son aún más comunes en chino, una lengua en la que se dice que los sucesos primeros están «arriba» y los posteriores «abajo», probable legado de su sistema de escritura.[86] Y en aymara, una lengua que se habla en los Andes, la metáfora de la orientación del tiempo da un giro de 180 grados, de manera que se dice que el futuro está detrás de uno, y el pasado, delante.[87] La metáfora es inusual, pero cuando analicemos el concepto de futuro veremos que, como pudiera parecer, no tiene nada de conceptualmente extraño.

85. Haspelmath, 1997.
86. Boroditsky, 2001.
87. Núñez y Sweetser, 2006.

La metáfora no es el único modo en que la lengua relaciona el tiempo con el espacio. El tiempo se puede relacionar con el espacio y con la sustancia de una forma aún más profunda: en la semántica del tiempo verbal y los verbos. La equivalencia es más profunda que la metáfora porque no se trata simplemente de que se compartan unas palabras. Consiste en una congruencia en el *construal* del tiempo, el espacio y la sustancia, sin ningún hilo lingüístico audible que los conecte.

El tiempo se codifica en la gramática de dos formas. La más familiar es el tiempo verbal, que se puede imaginar como la «ubicación» de un suceso en el tiempo, como en la diferencia entre «Ella te quiere», «Ella te quiso», «Ella te querrá». El otro cronometrador se llama aspecto, que se puede imaginar como la *forma* de un suceso en el tiempo. El aspecto pertenece a la diferencia entre «matar una mosca», que se conceptualiza como algo instantáneo (dentro del presente especioso), «correr por algún sitio», que es de duración indefinida, y «trazar un círculo», que culmina en un suceso que marca la finalización del acto. El aspecto también puede expresar un tercer tipo de información relacionada con el tiempo: el «punto de vista» sobre un suceso. Un suceso se puede describir como si se viera desde dentro, como en «Ella estaba trepando por el árbol», o como si se viera desde fuera, como en «Ella trepó por el árbol».[88] (La palabra «aspecto» procede del latín «mirar a», y guarda relación con «perspectiva», «espectador» y «espectáculo».)

La mayoría de las personas han oído hablar del tiempo verbal, pero pocas han oído hablar del aspecto, porque, a veces, uno y otro se confunden en las clases de lengua y en las gramáticas tradicionales. Tanto el tiempo verbal como el aspecto tienen algo que ver con el tiempo, y ambos se expresan en las mismas inmediaciones, es decir, en el verbo o en el auxiliar. Y, como veremos, algunas inflexiones mezclan algo del tiempo con algo del aspecto, haciendo con ello difícil mantenerlos en sus lugares respectivos. Pero, conceptualmente, son distintos por completo. En efecto, en teoría son independientes —un suceso que se desarrolla en el tiempo de un determinado modo (aspecto) lo puede hacer tanto si tuvo lugar ayer, hoy o lo tendrá mañana (tiempo verbal)—. Y, sorprendentemente, el significado del tiempo verbal tiene su propia contrapartida en el reino del espacio y la sustancia. Veremos que el significado del tiempo verbal (la ubicación

88. Sasse, 2002.

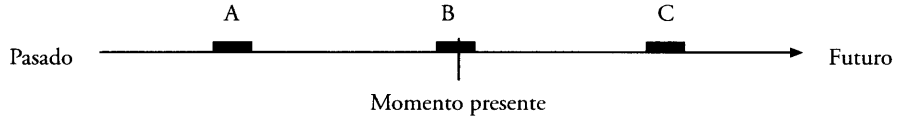
en el tiempo) es como el significado de los términos espaciales, y que el significado del aspecto (la forma en el tiempo y el punto de vista en el tiempo) es como el significado de las palabras que se refieren a las cosas y a la materia —junto a los plurales, los límites y la distinción entre contables e incontables.

El tiempo verbal tiene fama de ser la parte más enrevesada de la gramática. En su columna-dentro-de-una-columna llamada «Pregúntele al señor del lenguaje», Dave Barry responde así a una pregunta:

> *Pregunta:* Por favor, repita la afirmación que Sonda Ward, de Nashville, jura que le oyó a un hombre que se mostraba preocupado porque una mujer no pudo encontrar a nadie que la llevara a una función de la iglesia.
> *Respuesta:* Dijo: «Estelle, si yo hubiera sabido que tú tenías la voluntad de ir, hubiese mirado de encontrarte la forma de que consiguieras ir».
> *Pregunta:* ¿Qué tiempo gramatical es éste?
> *Respuesta:* Es tu tísico pluscuamperfecto.

Esa fama es en parte merecida, debido a las intrincadas formas en que los tiempos verbales se pueden combinar con los verbos, los aspectos, los adverbios y entre sí (como en «Brian dijo que si Bárbara se iba andando a casa, él también se iría andando a casa»). No obstante, el significado básico del tiempo verbal no tiene doblez alguna.

La mejor forma de comprender el lenguaje del tiempo es representándolo, de la forma más natural posible, en el espacio. Imaginemos una línea que parte de la izquierda (el pasado) y pasa por el momento presente hasta llegar a la derecha (el futuro). Las situaciones (es decir, los sucesos o los estados) se pueden representar como segmentos a lo largo de la línea:



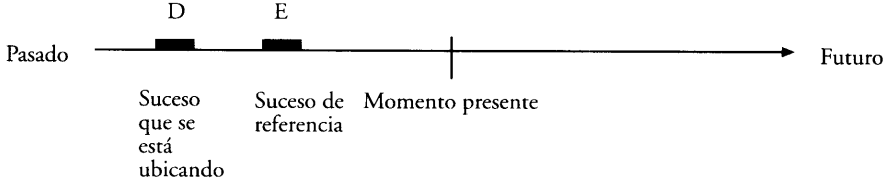
Ahora pensemos en tres momentos: 1) el suceso de que estamos hablando; 2) el momento en el que estamos hablando (es decir, el momento presente); y 3) algún tiempo de referencia: un suceso que se haya identificado en la conversación y que sirve como el «ahora» para los actores de

la narración. (A menudo, el «ahora» para los actores será el mismo que el «ahora» para el hablante, pero algunas veces uno y otro son diferentes.) Entonces el tiempo verbal se puede definir con dos preguntas:

Primera: ¿el suceso ocurre antes que el tiempo de referencia, después de él, o a la vez que él?
Segunda: ¿el tiempo de referencia ocurre antes del momento de hablar, después de él, o a la vez que él?

Con dos trucos extra —algunas lenguas permiten dos o más tiempos de referencia, y algunas distinguen entre «antes» y «mucho antes», y entre «después» y «mucho después»—, según Comrie, las respuestas a las dos preguntas pueden aprehender el significado de todos los tiempos verbales de todas las lenguas (incluso, presumiblemente, el tísico pluscuamperfecto).[89] En inglés, los tres tiempos verbales básicos son cosa de niños: el pasado se usa para la situación A del diagrama de la página anterior; el presente, para la situación B; y el futuro, para la situación C.

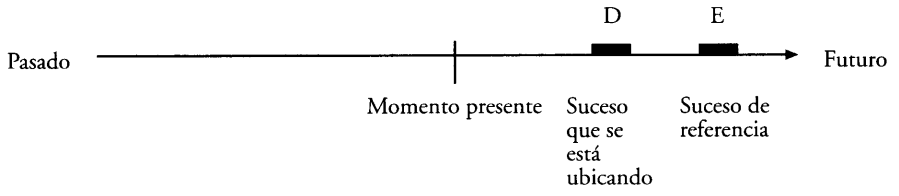
El inglés tiene otros dos tiempos verbales, que también implican un tiempo de referencia. El pluscuamperfecto — *She had written a letter* (Ella había escrito una carta)— se muestra aquí como la situación E:



Implica que el hecho de escribir la carta (D) tuvo lugar antes del «ahora» en la historia que se está narrando, que es anterior al momento de pronunciar la frase. Esto se ve con mayor claridad cuando identificamos de forma explícita a los actores: *Francesca had already written the fateful letter when the count knocked on the door* (Francesca ya había escrito la fatídica carta [suceso que se está ubicando] cuando el conde llamó a la puerta [suceso de referencia, en el pasado]). El futuro perfecto —*Francesca will have*

89. Comrie, 1985b; Reichenbach, 1947.

written the letter (Francesca habrá escrito la carta)— es semejante, salvo que el suceso de referencia se ubica *más tarde* que el momento presente:



Ya he señalado que los tiempos verbales (ubicaciones en el tiempo) funcionan como las preposiciones y otros términos espaciales (ubicaciones en el espacio). Un tiempo verbal ubica una situación únicamente relativa a un punto de referencia (el momento de hablar o un suceso de referencia), y no en unas coordenadas fijas, como el reloj o el calendario. Se ocupa del sentido (antes o después), pero ignora la distancia absoluta (días, horas, segundos). Y normalmente ignora la composición de la cosa que se está ubicando, a la que trata como un punto o una gota sin partes internas visibles.

Pero el tiempo no es idéntico al espacio, ni en la realidad ni en la mente, y esto se traduce en algunas diferencias entre los tiempos verbales y los términos espaciales.[90] Obviamente, el tiempo es unidimensional, de manera que hay menos tiempos verbales que términos espaciales. Y debido a esta unidimensionalidad, el momento presente («ahora») se entromete entre el pasado y el futuro sin rodeo alguno, con lo que, inexorablemente, divide el tiempo en dos regiones no contiguas. De modo que, a diferencia del espacio, donde tenemos términos como «allí», «lejos» y «lejos de», que se refieren a la totalidad del espacio que no sea «aquí», ninguna lengua tiene un tiempo verbal que se refiera a la totalidad del tiempo que no sea «ahora», y que abarque el pasado y el futuro con un único marcador. (El único contraejemplo es una palabra más que un tiempo verbal: *then* (entonces, después) se puede referir al pasado o al futuro, como en *She saw him then* [Lo vio entonces] y *She will see him then* [Lo verá entonces]).

Otra diferencia fundamental entre el tiempo y el espacio es que los dos sentidos del tiempo son muy diferentes.[91] El pasado queda congelado y no

90. Comrie, 1985b; R. Jackendoff, 1997a.
91. Comrie, 1985b.

se puede cambiar (excepto en la ciencia ficción, como *Regreso al futuro*), mientras que el futuro es una mera potencialidad, y las opciones que hacemos en el presente lo pueden cambiar. Esta metafísica intuitiva se refleja en el modo en que muchas lenguas sólo hacen una distinción de dos sentidos entre el pasado y el no pasado, y este último abarca el presente *y* el futuro. Muchas lenguas no expresan el futuro en el sistema de tiempos verbales, sino en una distinción entre los sucesos que realmente han tenido lugar o lo están teniendo ahora (*realis*), y los sucesos que son hipotéticos, genéricos o pertenecen al futuro (*irrealis*). En la metáfora aymara en la que el pasado se sitúa delante y el futuro detrás, también se oculta una diferencia metafísica y epistemológica entre el pasado y el futuro: el pasado ha tenido lugar y es conocible, como si se pudiera contemplar ante los propios ojos, mientras que el futuro está vacío y es inescrutable, como si escapara a nuestra vista.

Incluso en inglés, el tiempo verbal futuro tiene un estatus diferente del de los otros tiempos. Más que ser una forma del verbo, se expresa mediante el auxiliar modal *will*. No es casualidad que el futuro comparta su sintaxis con palabras que expresan necesidad (*must* [deber]), posibilidad (*can, may, might* [puede o podría ser]), y obligación moral (*should, ought to* [debería]) porque lo que sucederá está conceptualmente relacionado con lo que deba suceder, lo que pueda suceder, lo que debería suceder y lo que pretendemos que suceda. La propia palabra *will* conlleva una ambigüedad entre el tiempo verbal futuro y una expresión de determinación (como en *Sharks o no sharks, I will swim to Alcatraz* [Con o sin tiburones, iré a nado a Alcatraz]), y sus homónimos aparecen en *free will* (libre albedrío), *strong-willed* (tenaz) y *to will something to happen* (desear que algo suceda). La misma ambigüedad entre el futuro y lo que se pretende se puede observar en otro marcador del tiempo verbal futuro, *going to* o *gonna*. Es como si la lengua estableciera el principio de que las personas tienen el poder de fabricar su propio futuro. Tal vez se pregunte el lector si esto es el resultado de cierta actitud ambiciosa, de un espíritu dinámico, o de una ética laboral protestante de los que está imbuida la cultura inglesa. No es así: en lenguas de culturas completamente dispares de todo el mundo, los marcadores del tiempo verbal futuro evolucionan a partir de los verbos de volición o de movimiento, tal como ocurrió en la lengua inglesa.[92]

92. J. Bybee, Perkins y Pagliuca, 1994.

El lío de la volición y lo futurible también incide en el hecho de que el futuro verbal se use de forma distinta cuando se refiere a las acciones propias y cuando se refiere a las acciones de otra persona. Aparte de los déspotas totalitarios, las personas pueden determinar su propio futuro inmediato con mayor fiabilidad que el de otra persona, de manera que la mezcla de determinación y previsión que contiene un auxiliar de futuro puede variar entre la primera, la segunda o la tercera persona. Según muchos expertos en el lenguaje, en el inglés correcto el auxiliar de futuro es *shall* para las primeras personas, y *will* para las segundas y las terceras; si se intercambia, lo que se obtiene es una declaración de intenciones, más que un auténtico tiempo verbal futuro. Así pues, *I will drown, no one shall save me* (Me ahogaré, nadie va a salvarme) es la promesa desafiante del suicida; *I shall drown, no one will save me* (Voy a ahogarme, nadie me salvará) es la patética previsión del pobre condenado. No tengo claro que algún inglés hiciera esta distinción en el siglo pasado; Churchill parecía completamente dispuesto cuando dijo: *We shall fight on the beaches, we shall fight on the landing grounds, we shall fight in the fields and in the streets, we shall fight in the hills; we shall never surrender* (Lucharemos en las playas, lucharemos donde desembarquemos, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas; nunca nos rendiremos). Pero es verdad que en muchas lenguas el tiempo verbal futuro se desdibuja con ideas sobre la posibilidad y la determinación. Esto explica también el rompecabezas sobre el tiempo verbal que Zonker Harris observa en *Doonesbury*:

El tiempo verbal futuro lo emplean a menudo los auxiliares de vuelo y los recepcionistas de los restaurantes de moda, como muestra de buena educación. Pretende no cerrar de antemano ninguna posibilidad, como si

en cada momento se solicitara la aprobación de quien escucha, antes de que nada se dé por acabado. Como veremos en el capítulo 8, representa una táctica habitual de cortesía en todas las lenguas del mundo: simular que se dan opciones al oyente.[93]

Aunque quienes tienen el inglés como lengua materna emplean sin esfuerzo alguno su sistema de tiempos verbales, éste a menudo desconcierta a quienes aprenden esa lengua de mayores. Mientras repasaba el capítulo, me encontré con la siguiente frase en un artículo de un lingüista italiano: *It may be useful to step back and get a more general picture of what goes on* (Podría ser útil retroceder un poco para tener una visión más general de lo que ocurre). Ningún anglohablante nativo podría haber escrito esa frase; nosotros diríamos *what is going on* (lo que está ocurriendo). Pero ¿por qué? La respuesta es que el inglés tiene *dos* tiempos de presente: el presente simple (*it goes on* [ocurre]) y el presente continuo (*it is going on* [está ocurriendo]), y no son intercambiables. La diferencia gira en torno a la segunda forma en que las lenguas codifican el tiempo: el aspecto.

El aspecto, recordemos, se refiere a la *forma* de un suceso y al *punto de vista* con el que uno lo ve. Por «forma» entiendo cómo se desarrolla una acción en el tiempo. Los lingüistas dividen los verbos en clases, llamadas, cada una de ellas, una *aktionsart*, palabra alemana que significa «tipo de acción», basándose en su contorno temporal.[94] La división más profunda es la que se establece entre «estados», en los que nada cambia, como «saber la respuesta» o «estar en Michigan», y «sucesos», en los que ocurre algo. Los sucesos, a su vez, se dividen entre los que pueden seguir indefinidamente, «ir por ahí» o «cepillarse el pelo», y los que culminan en un punto final, como «ganar una carrera» o «trazar un círculo». Los que tienen un punto final se llaman «télicos», una palabra relacionada con la *teleología*, del griego *telos*, «fin». El punto final es normalmente un cambio de estado

93. P. Brown y Levinson, 1987b.

94. Bach, 1986; Comrie, 1976; D. R. Dowty, 1979/1991, 1982; R. Jackendoff, 1990, 1991, 1997a; Pustejovsky, 1995; Sasse, 2002; Van Valin, 2005; Vendler, 1957.

en el objeto directo, producido por un agente. El acto de *trazar un círculo*, por ejemplo, se acaba cuando se completa el círculo.[95] Se dice que Lizzie Borden tomó un hacha y le asestó cuarenta hachazos a su madre. Si así fue, la habría *matado* después del primer hachazo, o después de cualquiera que fuera el que causara que su madre se convirtiera en un ser no vivo. (Por cierto, Borden fue absuelta.)

Los verbos se dividen también según si describen un suceso que se extiende en el tiempo, como «correr» o «trazar un círculo» (en cuyo caso se llaman «durativos»), o un suceso instantáneo, como «ganar una carrera» o «matar una mosca». Es evidente que sólo Supermán puede ejecutar una acción sin contar para nada con el tiempo; el resto de los mortales tenemos que levantar el matamoscas, bajarlo, darle a la mosca, etc. Pero se puede imaginar que el suceso es instantáneo si se extiende por el presente especioso. A veces, los lingüistas llaman «momentáneos» a estos sucesos, una bonita palabra que estuvo de moda, por última vez, en el siglo XVII.

Para mejor comprender todo esto, ayuda, una vez más, visualizar el tiempo como una línea.[96] Representemos un suceso que carezca de límites exactos (como *ir por ahí*) y con una frontera borrosa:

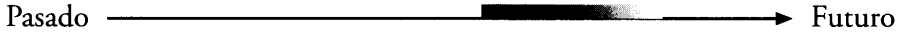
Esto se llama una «actividad», un suceso que es durativo (tarda en el tiempo) y atélico (carece de un punto final inherente). Ahora podemos emplear un punto para representar un suceso momentáneo, como «matar una mosca»:

Un suceso télico no tiene un inicio fijo pero, por definición, tiene un momento de conclusión, cuando el agente ha producido el cambio previsto:

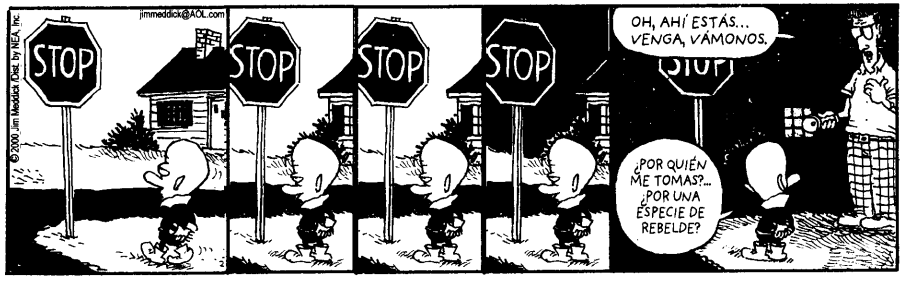
95. Tenny, 1992.
96. S. Pinker, 1989.

Los sucesos télicos se pueden describir de dos maneras: con un verbo durativo, que abarca el proceso y su clímax, como en «trazar un círculo», o con un verbo momentáneo, que apunta directamente al clímax, como en «ganar una carrera», «alcanzar la cumbre» o «llegar». (A estos verbos, los lingüistas, en un ejercicio de confusión, los llaman de *consecución* y de *logro*. Nunca recuerdo cuál es cuál, así que los voy a llamar *culminaciones*.) También tenemos verbos iterativos, como «golpear un clavo»:

y verbos para designar el inicio de los estados, como «sentarse» (que difiere de «estar sentado», que es una actividad):



La diferencia entre los verbos inceptivos y los verbos momentáneos se puede ilustrar con nuestro amigo el señor Pi, el alienígena cuya interpretación literal del inglés ya ha esclarecido una serie de sutiles distinciones semánticas:



Ya he señalado que una característica destacable de las clases de acción del verbo es que están configuradas de la misma forma que los objetos físicos y las sustancias, como si los sucesos se extrudieran de una especie de materia temporal.[97] Del mismo modo que en el ámbito de la materia contemplábamos objetos limitados («taza») y sustancias sin límites («plástico»), en el ámbito del tiempo vemos logros limitados («trazar un círculo»)

97. Bach, 1986; Jackendoff, 1991.

y actividades sin límites («correr»). De la misma manera que vimos palabras referidas a la sustancia que dan nombre a conglomerados homogéneos («barro») y plurales que dan nombre a conglomerados compuestos de elementos individuales («guijarros»), ahora nos encontramos con verbos durativos que dan nombre a una acción homogénea (como «deslizar») y verbos iterativos que dan nombre a una serie de acciones (como «machacar», «golpear» y «mecer»). Y del mismo modo que un inventario inmenso de nombres que denominan figuras (frontón, cornisa, friso, etc.) se redujo a un armazón de líneas, hojas y gotas, un inmenso repertorio de verbos de acción (golpetear, llevar por un tubo, brincar, etc.) se reduce a un armazón de instantes y duraciones. La diferencia es que el tiempo es unidimensional, de modo que hay menos «formas» de ese armazón que los sucesos puedan adoptar, y sólo nos queda una cantidad de clases de acción menor que la de clases de forma. No obstante, incluso a una forma unidimensional se le puede dar un punto final de cero dimensiones. Lederer se pregunta: «¿Por qué decimos *after dark* ("después de lo oscuro": de noche) cuando realmente se trata de *after light* ("después de la luz")?». La respuesta es que *dark* se puede referir al instante en que se inicia un intervalo de oscuridad. Es un espejo perfecto de la respuesta a la pregunta de ese autor de por qué decimos que algo está *underwater* (bajo el agua) o *underground* (bajo tierra), cuando una palabra que se refiera a un sólido tridimensional se puede emplear también para su frontera bidimensional.

¿Por qué fijarse tanto en las clases de acción? Porque desempeñan muchos papeles en el lenguaje y el razonamiento.[98] Las clases de acción determinan las conclusiones lógicas que se pueden sacar de una oración, porque la verdad de una proposición depende del segmento de tiempo al que se refiere. Si Iván *está corriendo* (atélico), podemos concluir que Iván corrió, pero si está *trazando un círculo* (télico), no podemos concluir que trazó un círculo —es posible que alguien lo interrumpiera—. Observemos una vez más la semejanza con las sustancias y los objetos —media porción de vino sigue siendo vino, pero medio caballo no es un caballo.

Las clases de acción afectan a la forma en que los verbos se aparean con expresiones explícitas referidas al tiempo. Podemos decir «Corrió durante

98. D. R. Dowty, 1979/1991, 1982; R. Jackendoff, 1991; S. Pinker, 1989; Sasse, 2002; Vendler, 1957.

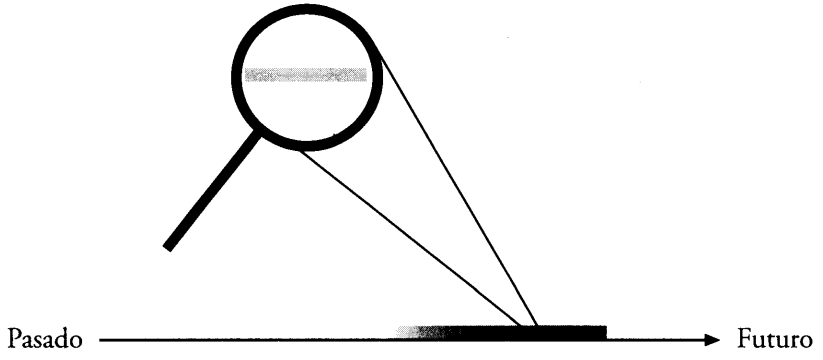
una hora», pero no «Mató una mosca durante una hora», porque la frase «durante una hora» impone un punto final a un suceso. Así es en el caso de una actividad, como la de correr, que se extiende en el tiempo y se puede delimitar, pero no en el caso de un suceso momentáneo como el de matar una mosca. Incluso suena raro decir «Cruzó la calle durante un minuto» o «Hizo la cena durante una hora», ya que estos logros télicos ya están limitados por los sucesos con que culminan, y no aceptan un segundo punto final. Pero la frase «en una hora» funciona completamente al revés: impone una frontera de *inicio* a un suceso, midiendo para ello hacia atrás desde su punto final. Podemos «cruzar la calle en un minuto» o «hacer la cena en una hora», pero no podemos «correr en una hora», porque no tiene punto final, ni «matar una mosca en una hora», porque carece de una actividad durativa que se pueda medir y delimitar. La canción de The Doors «Ámame dos veces» parece extraña en un primer momento, porque la frase temporal «x veces» sólo se aplica a sucesos, no a estados, y «amar a alguien» es un estado. Evidentemente, lo que pretendemos es interpretar el verbo como un eufemismo de hacer el amor, que es una actividad y un logro (a veces, en más de un sentido).

Frases del tipo «en una hora» o «durante una hora» forman parte de un sistema mental en el que los tramos de tiempo se prolongan, se miden y se cortan, como las Parcas de la mitología griega, que determinan la vida de los mortales. Son versiones temporales del empaquetador mental del sistema nominal que puede convertir las sustancias en objetos, como cuando pedimos «una cerveza» o nos tomamos «tres cafés».[99] Otra forma de empaquetar los sucesos consiste en recurrir a partículas inglesas como *out*, *up* y *off*, que ofrecen un punto de culminación de una actividad interminable, como en la diferencia entre *shaking* (agitar) algo y *shaking it up* (reorganizarlo totalmente). Esta segunda forma significa agitar algo hasta que cambie de estado, a veces metafóricamente, como cuando Elvis Presley confesó que estaba *All Shook Up* (Todo agitado). Lo que el alienígena señor Pi nos muestra con su afición a la literalidad de las palabras, el señor Lederer nos lo muestra con su ingenio, y aquí nos llama la atención sobre la forma en que muchas partículas de sentido espacial como *up* (arriba), *down* (abajo), *in* (dentro) y *out* (fuera) también se usan en un sentido aspectual, para rematar una actividad:

99. Bach, 1986.

> ¿Por qué *show down* y *show up* significan lo mismo (aminorar la marcha)? [...]. No cabe sino maravillarse ante una lengua en la que una casa puede *burn up* (quemarse) mientras *burns down* (se quema), y en la que uno puede *fill in* (rellenar) un impreso mientras lo *fills out* (rellenas). El inglés lo inventaron las personas, no los ordenadores [...] Por esta razón, cuando las estrellas están *out* son visibles, pero cuando las luces están *out* no se pueden ver, y por eso cuando *wind up* (doy cuerda a) mi reloj, éste empieza a funcionar, pero cuando *wind up* (pongo fin a) este poema, éste se acaba.[100]

Las lenguas tienen un dispositivo de mayor potencia aún para empaquetar las actividades durativas o desmenuzar las télicas: el segundo aspecto del aspecto, el punto de vista. En realidad, una analogía mejor que las de empaquetar y desmenuzar es *zooming in* (acercar rápidamente una imagen utilizando un teleobjetivo) para escudriñar la materia interna de un suceso, con sus límites que escapan al campo de visión, o *stepping back* (retroceder), dejando que todo el suceso, las difusas fronteras y todo lo demás, se reduzcan a una mancha borrosa.[101] La primera se llama «imperfectiva», y se puede visualizar como sigue:



Y la segunda se llama «perfectiva», y se puede visualizar como sigue:

100. Lederer, 1990.
101. Sasse, 2002.

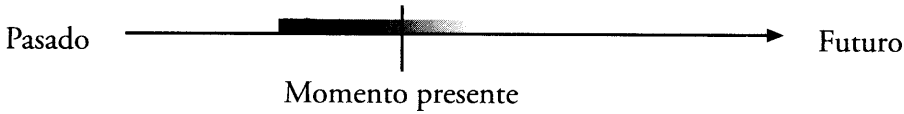
¿Por qué «perfectiva»? Porque «perfecto» puede significar «completo» y no sólo «sin fallos», como en «perfectamente inútil», «un perfecto fastidio», y en términos técnicos como una «quinta perfecta» en música, o un «cuadrado perfecto» en matemáticas.

La lengua inglesa tiene un aspecto imperfectivo en el presente continuo o progresivo *Lisa is running* (Lisa está corriendo) (en oposición a *Lisa runs* [Lisa corre], el presente simple). El tiempo continuo hace un *zoom* sobre una porción de la acción que compone un suceso delimitado, y lo convierte en una actividad sin fronteras, exactamente igual que se puede hacer *zoom* mentalmente sobre el plástico que compone una taza e imaginarlo como una sustancia sin tener que desmenuzarlo, literalmente, en multitud de trozos. Así pues, si suena raro decir que *Lisa drove home, but she never got there* (Lisa se fue a casa en coche, pero nunca llegó), no hay duda de que se puede decir que *Lisa was driving home, but she never got there* (Lisa iba a casa en coche, pero nunca llegó): la terminación *–ing* de *driving* apunta directamente a una porción de su ir a casa en coche, y excluye el punto final de nuestro campo de visión. El imperfectivo se utiliza habitualmente en una narración con la que se crea el marco para un suceso (como si de describir la escenografía se tratara), mientras que el pasado y el presente se usan para avanzar en el guión.

A diferencia de otras muchas lenguas, como la rusa, la inglesa no dispone de una forma de marcar el aspecto perfectivo con su propio sufijo. Pero podemos interpretar que un verbo es perfectivo mediante el contexto, como cuando decimos *After Sarah jogged, she took a shower* (Después de correr, Sarah se duchó). La actividad de correr, que normalmente no tiene fronteras, ahora se toma como un suceso terminado, como si se viera desde una posición estratégica.

Hemos visto todos los tiempos verbales del inglés excepto uno, el llamado perfecto, como en *I have eaten* (He comido). El perfecto, para mayor confusión, no es lo mismo que un perfectivo; en realidad no es un tiempo en modo alguno, sino una combinación de un tiempo verbal y un aspecto.[102] Indica que algo está en este momento en un estado o una condición que deriva de una acción en el pasado:

102. Comrie, 1976, 1985b; Sasse, 2002.



Por ejemplo, *I have eaten* (he comido) (perfecto) indicaba que uno se encuentra ahora saciado y no tiene que volver a comer, mientras que *I ate* (comí) no hace más que describir un suceso dentro de una narración en cualquier momento del pasado. A diferencia del estado que estipula un verbo télico como «derretirse la mantequilla», el estado que implica el perfecto se tiene que interpretar en el contexto —como ocurre con cualquier característica de una consecuencia de una acción que ahora se considera importante—. Ésta es la razón de que suponga cierta osadía decir *I have spoken* (he hablado) o *I have arrived* (he llegado), en vez del más modesto *I spoke* (hablé) o *I arrived* (llegué). («¡No excites la ira del Grande y Poderoso Oz! ¡Dije vuelve mañana! ¡Oh! ¡El Gran Oz ha hablado! ¡Oh! ¡No prestes atención a ese hombre que se esconde detrás de la cortina! ¡El Grande, Poderoso ha hablado!»)

En teoría, el tiempo y el aspecto deberían ser completamente independientes. Y la razón es que el contorno temporal de un suceso, y la posición estratégica de uno sobre éste, deberían ser independientes de su ubicación en el tiempo, de la misma manera que la forma de un objeto, y si hemos hecho *zoom* sobre él, son independientes de su ubicación en el espacio. En la práctica las cosas no siempre funcionan así. Y ello se debe a que la vida, a medida que se despliega, nunca está perfectamente sincronizada con nuestro perorar, de modo que la relación entre los sucesos que tienen lugar en el mundo y el momento preciso en que uno mueve las fauces no tienen nada de sistemático. En consecuencia, la interpretación del tiempo verbal presente no es la misma para todos los verbos, sino que depende de la clase de acción. Al describir un estado actual, por ejemplo, tenemos que usar el presente simple: *He knows the answer* (Él sabe la respuesta); *He wants a drink* (Él quiere una copa); y no *He is knowing the answer* (Él está sabiendo la respuesta); *He is wanting a drink* (Él está queriendo una copa). Pero al describir una actividad o un logro actuales, hay que utilizar el progresivo o continuo: *He is jogging* (Él está corriendo); *He is crossing the street* (Él está cruzando la calle); y no *He jogs* (Él corre);

He crosses the street (Él cruza la calle) (o el *get a general picture of what goes on* [tener una visión más general de lo que ocurre] de mi colega italiano). Cabe presumir que ello se debe a que el progresivo, que convierte una acción en un estado, resulta redundante en verbos como *know* (saber) y *want* (querer), que ya *son* estados. Pero es un requisito previo para las actividades y los logros, que son perfectivos por defecto, y necesitan que se les abra al momento actual para tener una franja de la actividad a la que agarrarse. Los sucesos momentáneos no se pueden describir fácilmente con el presente, en absoluto —tanto *He swats a fly* (Él mata una mosca) como *He is swatting a fly* (Él está matando una mosca) suenan mal—, porque no es previsible que simplemente ocurra que un suceso puntual tenga lugar en el momento exacto en que uno lo está describiendo: *The light is flashing* (La luz está destellando) significa que lo hace repetidamente (compárese con *The light flashed* [La luz destelló], que puede significar una sola vez), y *He is swatting a fly* (Él está matando una mosca) indica que él está repitiendo esfuerzos para hacerlo. Éste es el tipo de complejidad que hace que los hablantes extranjeros de la lengua se suban por las paredes.

En lo que al presente simple se refiere, los hablantes pueden utilizarlo de dos formas diferentes. Es el tiempo verbal del comentarista de deportes, como en «Lafleur avanza por el hielo... dispara y ¡marca!». También nos da el «presente histórico» en la ficción y el periodismo, en los que el escritor intenta lanzar en paracaídas al lector para que caiga en medio de una historia que se está desplegando («Genevieve está tumbada, despierta, en la cama. Cruje una tabla del suelo...»). El presente histórico también es muy habitual en los chistes, como «Un tío entra en un bar con un pato en la cabeza...».[103] Aunque la ilusión del tú-estás-ahí a la que obliga el presente histórico puede ser un eficaz dispositivo narrativo, también se puede sentirse manipuladora. Hace poco, un columnista canadiense se quejaba de los noticiarios de CBC Radio, pues consideraba que hacían un uso excesivo del tiempo presente, como en «Las fuerzas de la ONU abren fuego contra los manifestantes». El director de la emisora le explicó que se supone que el programa debe sonar «menos analítico, me-

103. El camarero le dice: «¿Qué demonios te ha pasado?». Y el pato responde: «Todo empezó con una verruga que me salió en el culo».

nos reflexivo» y «más dinámico, más de actualidad» que el noticiario estrella de la noche.[104]

El otro uso del presente simple es para acciones que son habituales (*Sarah corre todos los días*) o genéricas (*Los castores construyen represas*), donde el verbo describe una *propensión* del sujeto a hacer algo. La propensión se extiende en el tiempo y, por lo tanto, se puede decir que, en efecto, está en el momento presente, aunque Sarah esté en el trabajo o todos los castores del mundo estén durmiendo en el instante preciso en que decimos la frase.

Y ahora, querido lector, tienes ya todo lo necesario para entender el debate más trascendental sobre el tiempo y el aspecto verbales de la historia del hombre:

Pregunta: Señor Presidente, quisiera entrar en otro punto [...] [Su] abogado es plenamente consciente de que la señorita Lewinsky [...] ha hecho una declaración jurada, que ellos poseen, y en la que se dice que no hubo, en absoluto, sexo de ninguna clase o forma con el presidente Clinton. Esta declaración la hizo su abogado ante la juez Susan Webber Wright.

CLINTON: Correcto.

Pregunta: Esta declaración es completamente falsa. Supiera o no [su abogado] de su relación con la señorita Lewinsky, la declaración de que no hubo sexo de ningún tipo ni forma con el presidente Clinton fue una declaración totalmente falsa. ¿Es así?

CLINTON: Depende del significado que tenga la palabra «hay». Si hay significa «hay», y nunca ha habido, es una cosa. Si significa «no hay ninguna», fue una declaración totalmente verdadera.

En agosto de 1998, el presidente Clinton dio este testimonio de infausta memoria (y desde entonces ha quedado inmortalizado en las *Citas famosas de Bartlett*) ante un jurado formado por el fiscal especial Kenneth Starr. Starr investigaba si hubo perjurio y obstrucción a la justicia en una declaración que Clinton había hecho durante el juicio por acoso sexual al que lo llevó Paula Jones unos meses antes de ese mismo año, como respuesta a las acusaciones de que Clinton había tenido una aventura amorosa con Monica Lewinsky. El abogado de Clinton había dicho en la de-

104. Russell Smith: «La mezcla de tiempos verbales de la CBC me produce una tensión lingüística innecesaria», *The Globe and Mail*, 16 de febrero de 2006.

claración que «no hay absolutamente ningún tipo de sexo» entre Clinton y Lewinsky. En este testimonio, Clinton afirma que la declaración contenía el verbo *hay*, el presente, y que su aventura de hecho había concluido en ese momento de hablar, por lo que la declaración, señaló, era verdadera. Observemos cómo distingue correctamente el tiempo verbal presente *hay* del perfecto *ha habido*, que hubiera implicado la existencia de algún estado en activo que incluye el presente. El fiscal, incrédulo, continúa:

> *Pregunta*: Sólo quiero asegurarme de que le interpreto correctamente. ¿Es que usted quiere decir hoy esto porque no estaba metido en actividad sexual alguna con la señorita Lewinsky cuando declaró que la afirmación que hizo el señor Bennett pudiera ser literalmente verdadera?
>
> CLINTON: No, señor. Quiero decir que en el momento de la declaración [...] no existía ningún tipo de contacto impropio entre yo y la señorita Lewinsky. De forma que cualquiera que hablara en general usando el tiempo presente y dijera que no hubo una relación impropia estaría diciendo la verdad si esa persona dijo que no la hubo, en presente —el tiempo verbal presente que abarca muchos meses—. A eso me refería [...] No pretendía darle a usted una respuesta inteligente sobre este asunto.[105]

Clinton saca la mejor nota en esta prueba de semántica del tiempo verbal. Como hemos visto, a excepción de en toda narración que no sea del estilo de la que se emplea en la retransmisión de los deportes, el tiempo verbal presente inglés se usa para referirse a un estado definido por una propensión o costumbre, no a un suceso específico. Y en este punto Clinton y Lewinsky habían roto y no era probable que volvieran a tener relaciones sexuales, de manera que la propensión ya no estaba activa. Hay que reconocer que la interrupción de un estado durativo y atélico definido por la propensión a actuar es inherentemente confusa (como la frontera de un conglomerado como *gravilla* o *guijarros*). ¿Cuánto tiempo debe transcurrir desde el último cigarrillo antes de que quien fuera un antiguo fumador pueda decir: «No fumo»?

105. De «Transcript of Testimony of William Jefferson Clinton, President of the United States, Before the Grand Jury Empaneled for Independent Counsel Kenneth Starr, August 17, 1988» (21 de septiembre de 1998). Office of the Independent Counsel, Washington, D.C. He corregido algunas expresiones poco fluidas del testimonio de Clinton.

En lo que se refiere a si Clinton dio una «respuesta inteligente», ahí está el punto en el que la semántica se retira y empieza la pragmática. Como veremos en el capítulo 8, los oyentes dan por supuesto que quien habla está transmitiendo una información relevante para lo que quieren saber, dejándoles que adivinen los significados de las expresiones vagas. Esto funciona perfectamente cuando los interlocutores se muestran cooperativos y lo que el oyente adivina coincide con lo que el que habla pretende, pero no cuando son adversarios, como en una investigación judicial. Como señaló Clinton: «Mi objetivo en esta declaración era ser sincero, pero no especialmente servicial». Dado que los abogados del juicio de Jones presumiblemente querían saber si Clinton había tenido *alguna vez* una aventura amorosa con Lewinsky, el tema se convierte en si el presidente estaba legalmente justificado al responder a la pregunta de forma limitada (según la semántica de la pregunta), o si el juramento de «decir toda la verdad» exigía que la pregunta se respondiera tal como se pretendía (de acuerdo con su pragmática). El informe Starr llegó a la última conclusión, y citó el testimonio de Clinton sobre el significado de *hay* como uno de los cinco ejemplos de que el presidente había intentado obstruir a la justicia y engañar al pueblo estadounidense. La Cámara de Representantes de Estados Unidos se puso de acuerdo y, en diciembre de 1998, votó a favor de acusar al presidente. El Senado no estaba de acuerdo y, en febrero de 1999, votó a favor de absolverlo. En cualquier caso, Clinton inició una tendencia de los presidentes a meterse en problemas debido a los delicados puntos de la semántica conceptual, como veíamos al hablar de George W. Bush y el verbo *learn* (enterarse).

La semántica del tiempo tiene un último paralelismo con la semántica del espacio, y ésta se refiere al proyecto kantiano de identificar los esquemas abstractos que organizan nuestro conocimiento. Del mismo modo que el lenguaje espacial resulta que viene definido no sólo por la geometría de los objetos, sino por cómo las personas los usan, el lenguaje temporal se define no sólo por la forma en que los sucesos aparecen y se desarrollan según lo que marque el reloj, sino por los objetivos y los poderes de quien actúa. Las clases de acción las perfiló originariamente Aristóteles, y encajan con su teo-

ría de que todo suceso tiene una forma, una sustancia, un agente que lo originó, y una meta a la que se dirige. A Aristóteles no le sorprendería saber que cada una de las cuatro principales clases de acción (el estado, la actividad, la culminación y el logro) se oculta en un concepto de la voluntad humana, además de en su concepto de forma temporal.[106]

Un estado se define no sólo por una ausencia de cambio, sino por el hecho de estar fuera del ámbito del control voluntario. En general, uno puede «persuadir» u «obligar a alguien a saber la respuesta», o hablar sobre él «sabiendo deliberadamente» o «cuidadosamente la respuesta»; tampoco puede uno recurrir al imperativo «Sabe la respuesta». El emparejamiento de la condición de estado y el carácter involuntario de nuestro lenguaje refleja otro emparejamiento más profundo de los conceptos en nuestra adscripción de la responsabilidad moral. Dado que construimos o interpretamos los estados como algo involuntario, tendemos a no hacer a las personas criminalmente responsables de ellos, al menos no después de un detallado examen. En 1962, el Tribunal Supremo de Estados Unidos determinó que si el poder legislativo puede prohibir el *uso* o la *venta* de narcóticos, no puede prohibir *ser adicto* a ellos. Otra decisión judicial consideraba injusto condenar por *estar* borracho en público (el caso implicaba a un hombre que se emborrachó en su casa y la policía lo arrastró hasta la calle), aunque seguía vigente la posibilidad de que alguien fuera condenado por *emborracharse* en público o por *aparecer en público* borracho.[107] Una excepción de esta generalización es el delito de *poseer* narcóticos, que es, en efecto, un estado. Tal vez no sea una coincidencia que muchas personas consideren que este tipo de leyes son injustas.

También es involuntaria la culminación momentánea que consuma un logro, como «ganar una carrera», «encontrar un diamante», «llegar a Boston» u «observar un cuadro». Estos verbos no armonizan con los adverbios de esfuerzo («Él ganó deliberadamente la carrera»), con los verbos que indican el inicio de una acción («Le convencí para que observara el cuadro»), o con el modo imperativo («¡Encuentra un diamante!»). Una vez que se ha emprendido una de estas actividades, es el mundo, y no la intención de uno, el que determina el momento de la culminación.

106. D. R. Dowty, 1979/1991.
107. Katz, 1987.

Las actividades y los logros, por el contrario, normalmente se imaginan como voluntarios. Los verbos que indican un logro como los de «preparar un pastel» y «esconder una llave» pueden estar impuestos por imperativos o acompañados por adverbios de volición como «deliberadamente», «cuidadosamente». En efecto, con los logros, es el objetivo que se propone quien actúa el que determina el suceso exacto que lo consuma, como el de causar que un cuadro llegue a su existencia en «pintar un cuadro», o estar al otro lado de la calle en «cruzar la calle». Una vez más, no se trata de un detalle de la gramática, sino de la piedra clave de nuestro sentido moral. Un delito exige un mal acto y una mente culpable, por eso los actos delictivos se identifican mediante verbos que denotan actividad o logro: «matar», «robar», «violar, «sobornar», etc. Si un logro no se ha consumado (como en el caso de un posible estrangulador a quien ha sorprendido la policía en pleno delito), a la persona sólo se la puede acusar de *intento* delictivo. Y dado que la culminación se construye o interpreta como involuntaria (está determinada por la palabra de uno, más que por su intención), muchas veces la gente no entiende muy bien qué delito se ha cometido cuando hay una desconexión entre el pretendido cambio que supone un verbo de logro y el cambio real que tuvo lugar. En las facultades de Derecho se emplean muchas horas en discutir qué se debe hacer con alguien que ha apuñalado a un cadáver pensando que era un enemigo que estaba durmiendo, o sobre si tiene sentido acusar de intento de asesinato a alguien que ha disparado un arma si el hospital más lejano está a cinco minutos y su víctima sobrevive, y acusarlo de asesinato si el hospital más cercano está a quince minutos y la víctima muere.

Así pues, de la misma manera que el lenguaje espacial no invoca un sistema coordinado vacío, el lenguaje temporal no invoca un reloj que avance como se le antoje. El espacio se reconoce con referencia a los objetos tal como los conciben los seres humanos, incluidos los usos que se les da, y el tiempo se reconoce con respecto a las acciones tal como las conciben los seres humanos, incluidas sus habilidades e intenciones. Al igual que el espacio y el tiempo son fundamentales para el lenguaje y el pensamiento, una apreciación consciente de ellos como medios universales en los que encajan nuestras experiencias es un logro refinado de la ciencia y las matemáticas de los tiempos modernos.

LLENO DE VIDA: REFLEXIONES SOBRE LA CAUSALIDAD

Nuestro sentido de la causalidad, señalaba Hume, es «el aglutinador del universo».[108] A medida que discurre el día no dejamos de aprovechar nuestras intuiciones causales para comprender lo que pasa en el mundo y cómo debemos abordarlo (las ventanas están mojadas, luego debe de haber llovido; si llevo impermeable, no se me mojará la ropa). Cuando estas intuiciones fallan, sabemos que estamos soñando, o que nos hemos lanzado a un País de las Maravillas o algún otro producto de la imaginación. Consideramos que la ciencia es una versión más pura y exigente de nuestra búsqueda de las causas, como la mejor manera de identificar qué fue lo que provocó un terremoto, o la disposición del sistema solar, o el aspecto de la propia especie humana.

Así pues, uno se desconcierta al observar que, si se fija bien en este aglutinador, resulta que es de tan mala calidad como la del material que se emplea en los túneles de Boston. Cuanto más se examina la causalidad, menos sentido tiene, y algunos filósofos señalan que la ciencia debería limitarse a despedirla con un beso. Al mismo tiempo, la causalidad está profundamente enraizada en nuestro lenguaje y nuestro pensamiento, incluido nuestro sentido moral, y ninguna explicación del predicamento humano puede evitar que reflexionemos sobre cómo las intuiciones causales están relacionadas con la textura causal del universo. No es accidental que el punto de partida de la interpretación moderna de la causalidad sea un libro de Hume llamado *Tratado sobre la naturaleza humana.*

Hume (y más tarde Kant, cuando despertó de su sueño dogmático) se preocupaba de cómo podríamos *justificar* nuestras inferencias sobre sucesos no observados —de si podríamos siquiera elevar una deducción como «Si sueltas algo, se caerá; solté un vaso, por lo tanto el vaso se caerá» al nivel de certeza al que estamos acostumbrados en las deducciones lógicas y matemáticas del estilo «Si un triángulo tiene dos lados iguales, tiene dos ángulos iguales; este triángulo tiene dos lados iguales, luego tiene dos ángulos iguales»—. La conclusión de Hume era que no lo podíamos hacer, aunque, evidentemente, no pecamos de insensatos cuando esperamos que el vaso se caiga. Nuestras intuiciones causales son una parte práctica de

108. David Hume, 1740/1955.

nuestra psicología, incluso si no alcanzan a garantizarnos una completa certeza. La duda surge del triste hecho de que nuestras intuiciones causales, allá en lo profundo, no son más que expectativas acuñadas por la experiencia, y estas expectativas sólo se cumplen si el universo está regido por leyes, un basto supuesto que nunca podemos probar. Así explica Hume por qué pensamos que una bola de billar causa que otra se mueva:

> Si un hombre, como Adán, fuera creado con toda la fuerza de la comprensión, pero sin experiencia, nunca podría inferir el movimiento de la segunda bola por el movimiento y el impulso de la primera [...] Habría sido necesario, por consiguiente, que Adán (si no estaba inspirado) hubiera tenido *experiencia* del efecto que se seguía del impulso de estas dos bolas. Debería haber visto, en varios casos, que cuando una bola golpeaba a otra, la segunda siempre se ponía en movimiento. Si hubiera visto un número suficiente de casos de este tipo, siempre que viera que una bola avanzaba hacia la otra, siempre concluiría, sin la más mínima duda, que la segunda bola se pondría en movimiento. Su comprensión se adelantaría a lo que viera, y formularía una conclusión ajustada a su experiencia pasada.
>
> De lo cual se deduce que todos nuestros razonamientos referentes a la causa y el efecto se asientan en la experiencia, y que todos los razonamientos hechos a partir de la experiencia se asientan en el supuesto de que el curso de la naturaleza seguirá siendo uniformemente el mismo.[109]

Metida en este análisis de si podemos justificar nuestras atribuciones causales hay una teoría poco elaborada de la psicología de la causalidad, llamada conjunción constante, según la cual nuestras intuiciones de la causa y el efecto no son más que una expectativa de que si una cosa siguió a otra muchas veces en el pasado, seguirá haciéndolo en el futuro. No es muy distinto de lo que ocurre cuando un perro está condicionado a anticiparse a la comida cuando suena una campana, o una paloma aprende a picotear una tecla ante la expectativa de la comida. La historia con que se iniciaba el capítulo, sobre las dos alarmas que se suceden, plantea un problema evidente para esta teoría. Las personas comprendemos (aunque no lo apliquemos siempre) el principio de que la correlación no siempre implica causalidad. El quiquiriquí del gallo no hace que salga el sol, el true-

109. David Hume, 1740/1955.

no no provoca los incendios de los bosques, y las luces destellantes de la parte superior de una impresora no causan que ésta saque un documento. Todo esto se percibe como *epifenómenos*, productos secundarios de las causas reales.

Decía que la teoría de Hume está «poco elaborada» porque ni el propio autor la sostenía de forma constante. El mismo ejemplo de «causalidad» que aducía en su sumario —«cuando pensamos en el hijo, podemos dirigir la atención hacia el padre»—, no podía ser un contraejemplo más devastador. No pensamos que los hijos causen a los padres, por supuesto, sino todo lo contrario, mientras que en la teoría de la conjunción constante, la causa lleva nuestra atención al efecto. Y lo que es peor, no necesitamos ver que los padres suceden a sus hijos en innumerables ocasiones para entender la conexión que existe entre ellos, porque ni siquiera el padre más amante de sus hijos sigue de cerca a éstos las veinticuatro horas del día. Podemos inferir una asociación entre padre e hijo no sólo por verlos uno después del otro, sino por las habladurías, las genealogías, un labio superior que sospechosamente se parece al del cartero, o bien, hoy en día, por una prueba de ADN. Hasta en las circunstancias más decorosas, deben transcurrir nueve meses completos entre el suceso parental que interpretamos como causa, y el suceso filial que interpretamos como efecto. Y durante este tiempo, el padre puede abandonar a la familia o fallecer, pero no por ello dejará de ser el padre.

No hay duda de que Hume se daba cuenta de este problema, porque —con la misma ligereza— amplió su idea en el siguiente pasaje: «Podemos definir que una causa es un objeto seguido por otro, donde a todos los objetos, similares al primero, les siguen objetos similares al segundo. O, en otras palabras, donde, si el primer objeto no hubiera existido, el segundo nunca habría existido». Pero esta última frase, lejos de expresar la idea de la conjunción constante «en otras palabras», expresa una idea completamente *distinta*. En efecto, en muchos sentidos es una idea mejor, porque acaba con éxito con el bochorno de los epifenómenos. Si la primera alarma no se hubiese disparado, la segunda igualmente lo habría hecho; por consiguiente, la primera alarma no causaba la segunda. Asimismo, si las luces de la impresora se hubieran apagado, la página se hubiera imprimido igual, por lo tanto las luces no eran la causa de la impresión. E *integra* con éxito casos de causalidad que están separados en el tiempo o se han

descubierto de forma tortuosa. Si el padre no hubiera existido, tampoco lo habría hecho el hijo, de modo que el padre es, en cierto sentido, una causa del hijo.

Esta teoría *contrafactual* de la causalidad —«A causó B» significa que «B no habría ocurrido a no ser por A»— es una mejora de la teoría de la conjunción constante.[110] Pero cuanto más pensamos en ello, más extraño se nos antoja. ¿A qué se refieren el «habría» y el «a no ser por»? ¿Cómo determinamos lo que es verdadero o falso en un mundo de fantasía? Sólo se vive una vez, y el mundo se desenvuelve de cualquier forma que lo haga, y no de otra manera determinada. No nos llega con una tecla que nos permita reiniciar la partida, hacer un movimiento distinto y a ver qué pasa. Reconocemos esta futilidad en expresiones como «Si los deseos fueran caballos, los mendigos serían jinetes» y «Si mi abuela tuviera ruedas, sería un tranvía» (versión educada del refrán yiddish «Si mi abuela tuviera pelotas, sería mi abuelo»). Por no hablar de la observación de Woody Allen de que «lo único que lamento de la vida es no ser otra persona».

Muchos filósofos han intentado comprender las afirmaciones contrafactuales recurriendo a «mundos posibles».[111] No son éstos planetas no descubiertos con unos hombrecitos verdes, sino estados de las cosas lógicamente coherentes: formas distintas en que el universo se podría haber desplegado sin violar las leyes de la lógica. Decir que «A causa B» significa que si A no hubiera ocurrido, tampoco lo habría hecho B, lo cual, a su vez, significa que existen mundos posibles en los que A no sucede, y en cada uno de ellos, B no sucede.

Lamentablemente, esto no basta aún para asentar la causalidad en el pensamiento contrafactual. Si podemos ser libres como el viento al imaginar mundos posibles, *cualquier* efecto puede ocurrir, incluso sin su supuesta causa: todo lo que se necesita es soñar alguna otra circunstancia que conduzca a ello. ¿El hecho de rascar la cerilla hizo que se encendiera? Bueno, en este mundo, y en muchos mundos posibles, si no se rasca, la cerilla no se enciende. Pero ¿qué diríamos de un mundo en el que la temperatura de una habitación de repente sube a 250 grados, y la cerilla prende sin que nadie la haya rascado? ¿Es que la existencia de este mundo posible nos

110. Katz, 1987; David K. Lewis, 1973; Spellman y Mandel, 1999.
111. David K. Lewis, 1973.

obliga a concluir que rascar las cerillas no causa que se enciendan en nuestro mundo?

Para preservar la buena idea de que la causalidad depende de contrafactuales que, a su vez, se pueden definir con palabras posibles, los filósofos señalan que los mundos posibles se pueden alinear según su semejanza o su proximidad con el mundo real. El mundo posible en que esta mañana me pongo los calcetines azules y no los rojos está más cerca del mundo real que el mundo posible en que hubiera nacido mujer, o en que estallara la Tercera Guerra Mundial, o en que la atmósfera estuviera compuesta de metano y amoníaco, y no de nitrógeno y oxígeno. Volviendo a la causalidad, podemos decir que el hecho de rascar la cerilla causó que ésta prendiera, porque la cerilla no se enciende en los mundos más cercanos posibles a los nuestros en los que no prendió. Y no hay duda de que estos mundos son unos mundos en los que la temperatura de la habitación es eso, la temperatura de la habitación, y no 250 grados.

Es posible que el lector se pregunte por qué los filósofos se ocupan de los mundos cercanos y distantes posibles, en vez de limitarse a decir «en igualdad de condiciones» o «suponiendo que todo lo demás es constante». La razón es que todo lo demás nunca es igual: no podemos hacer únicamente una cosa. Consideremos el mundo posible en el que la ciudad de Nueva York está en Colorado. ¿Estará la ciudad al oeste del Misisipí? ¿O Colorado está en la costa del Atlántico?[112] Nuestra descripción de un mundo posible ha dejado sin especificar este hecho crucial. Las palabras son baratas, de modo que *cualquier* descripción de un mundo posible nada dirá sobre los hechos cruciales que estén entrelazados con el que hemos cambiado con nuestra varita mágica verbal. Se dice que, en cierta ocasión, se le preguntó a Nikita Kruschev qué cosas habrían cambiado en el mundo si él, y no John F. Kennedy, hubiera sido asesinado en 1963. Y dijo él: «Para empezar, Aristóteles Onassis no se hubiera casado con mi viuda». La broma es posible porque nada de «en igualdad de condiciones» y «suponiendo que todo lo demás es constante» descarta que una de esas cosas fuera «Aristóteles Onassis se casó con la viuda de un dirigente asesinado de una superpotencia». Según un chiste que corrió repetidamente en 1993, Bill y Hillary Clinton se dirigían en coche a la ciudad natal de

112. Katz, 1987.

Hillary cuando ésta vio a un antiguo novio en una gasolinera, poniendo gasolina a los clientes que iban llegando. «Si no te hubieras casado conmigo —dijo Bill— serías la esposa del empleado de una gasolinera.» «Si no me hubiera casado contigo —replicó Hillary—, *él* sería el presidente de Estados Unidos.» El concepto de «mundo lo más cercano posible» pretende dar sentido a estos contrafactuales, pues nos ayudan a delimitar el estado coherente de las cosas que requieren los menores cambios adicionales en el mundo actual, para acomodar la única premisa cambiada. (Dudo de que esto realmente solucione el problema, pero sí haría que nos sintiéramos mejor.)

Definir «A causa B» como «B no ocurre en los mundos posibles más próximos al nuestro en que A no ocurre», es una gran mejora de la idea de qué significa que «cuando ocurre A, también ocurre B». Por ejemplo, se ajusta a la práctica científica por la que distinguimos la causalidad de la correlación mediante la manipulación experimental. Si se descubre que quienes toman café sufren mayor número de infartos, ¿significa esto que el hecho de tomar café cause los infartos? No, porque la correlación no prueba la causalidad. Tal vez los bebedores de café tienden a hacer menos ejercicio físico, o son más propensos a fumar, o comen alimentos con más grasa, y una o más de estas circunstancias es la causa real, mientras que el tomar-café es un epifenómeno. Para que el café causara un infarto, debería ser verdad que en el mundo posible más cercano en el que las personas no toman café se producen menos infartos. ¿Cómo se determina esto? Muy sencillo: *hagamos* un mundo de estas características, dividamos al azar una muestra de personas en dos grupos, uno de los cuales se abstendrá de tomar café, y el otro disfrutará de él tanto como pueda. Si en el primer mundo real-hecho-posible las personas gozan de mejor salud, tendremos derecho a decir que el café es la causa.[113]

Aunque la teoría contrafactual (que se asocia con el filósofo David Lewis) se considera que está entre los análisis más complejos de la causalidad de la filosofía y la jurisprudencia contemporáneas, está plagada de problemas.[114] Uno de ellos aparece siempre que, para que se produzca un efecto,

113. Lagnado y Sloman, 2004; Spellman, 1996; Spellman y Mandel, 1999.

114. D. R. Dowty, 1979/1991; Katz, 1987; Spellman, 1997; Spellman y Mandel, 1999; C. R. Walsh y Sloman, 2005; P. Wolff, 2002; P. Wolff y Song, 2003.

se necesita una *serie* de circunstancias. Rascar la cerilla es necesario para que prenda, pero también lo son que la cerilla esté seca, la presencia de oxígeno, y resguardarse del viento. En todos los mundos posibles similares al nuestro en que la cerilla esté mojada, la habitación esté llena de dióxido de carbono, o quien rasca la cerilla esté al aire libre, la cerilla no se enciende. No obstante, si alguien nos pide que identifiquemos la causa de que la cerilla arda, aislamos el hecho de rascarla, no la presencia de oxígeno, la sequedad de la cerilla, ni la presencia de cuatro paredes y un techo. Por la misma razón, no consideramos que el hecho de casarse sea la causa de la viudedad, ni que el de robar unas joyas sea la causa de que la policía lo descubra, aunque todo ello es necesario en cada caso.

De un modo u otro, las personas distinguen sólo una de las condiciones necesarias para un suceso como su *causa*, y las otras, como meros *posibilitadores* o ayudantes, incluso cuando todas sean igualmente necesarias. La diferencia no tiene nada que ver con la cadena de sucesos físicos o de leyes que siguen, sino que está únicamente en una determinada comparación implícita con otros determinados estados de las cosas (mundos posibles similares, si así se quiere) que guardamos en la parte posterior de la mente como alternativas razonables al *statu quo*.[115] Puesto que el oxígeno siempre está presente, no pensamos que tal presencia sea la causa de que prenda una cerilla. Pero dado que pasamos más tiempo no rascando cerillas que rascándolas, y que en cualquier momento de nosotros depende si rascamos o no, aceptamos que el hecho de rascarla es una causa. Cambiemos el conjunto de la comparación y cambiaremos la causa. Por ejemplo, si normalmente se hiciera un determinado tipo de soldadura en una cámara sin oxígeno pero, un día, entrara oxígeno en esa cámara y se produjera un incendio, *identificaríamos* la presencia de oxígeno como la causa del incendio. (El fuego que mató a tres astronautas del *Apolo* en 1967 se suele achacar al oxígeno puro que entró en la cápsula espacial, causando que una pequeña chispa se convirtiera en un infierno.) Asimismo, podríamos aceptar que el hecho de casarse es una causa de la viudedad si la mujer decidiera casarse con un hombre que yaciera ya en el lecho de muerte (una atribución que se hizo en el caso de la supermodelo y viuda Anna Nicole Smith, cuando se casó con el magnate del petróleo de 89 años J. Ho-

115. D. R. Dowty, 1979/1991; Hilton, 1995.

ward Marshall en 1994, un año antes del fallecimiento de éste).[116] Etiquetar de «causa» a una condición significa identificar un factor que a nuestro parecer podría haber sido fácilmente distinto, o que alguien podría haber controlado, o pudiera controlarlo en el futuro.

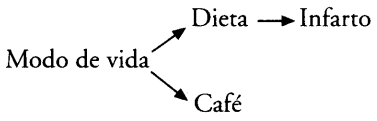
Un problema relacionado con la teoría contrafactual es que la causalidad es *transitiva*: si A causa B, y B causa C, entonces A causa C. Si fumar causa cáncer, y el cáncer causa la muerte, entonces fumar causa la muerte. Pero las condiciones necesarias (aquellas que están detrás de las inferencias contrafactuales) no son transitivas. Parece razonable decir que si Kennedy no hubiera sido presidente, no hubiese sido asesinado. También parece razonable decir que si Kennedy no hubiese sido asesinado, habría sido reelegido. Pero es totalmente *i*rrazonable decir que si Kennedy no hubiera sido presidente, habría sido reelegido.[117]

Otro problema de la teoría se llama *pre-emption* (anticipación preventiva). Dos francotiradores conspiran para asesinar a un dictador en un mitin público. Deciden que el primero que tenga a tiro al dictador dispare, y el otro se esconderá entre la multitud. El asesino 1 abate al dictador con el primer tiro, y es evidente que su acción es la causa de la muerte del dictador. Pero *no es* verdad que si el asesino 1 no hubiera disparado, el dictador no hubiera muerto, porque en ese caso hubiera intervenido el asesino 2. (Cuando en un experimento de la psicóloga Barbara Spellman se preguntaba a las personas sobre esta situación, éstas no exoneraban a ninguno de los dos asesinos.)[118] O consideremos el ejemplo del estudioso de las leyes Leo Katz: «Henri planea una caminata por el desierto. Alphonse, con la intención de matar a Henry, pone veneno en su cantimplora. Gaston también pretende matar a Henry pero nada sabe de lo que Alphonse ha estado haciendo. Pincha la cantimplora de Henry, y éste muere de sed. ¿Quién ha causado la muerte de Henry? ¿Alphonse? ¿Gaston? ¿Ambos? ¿O ninguno de los dos?». Es evidente que la muerte la causó alguien, y la mayoría de las personas apuntan a Gaston, y a veces a ambos.[119] Pero la teoría contrafactual prevé que deberían decir «ninguno de los dos».

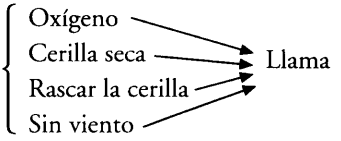
116. D. R. Dowty, 1979/1991.
117. Katz, 1987, pág. 234. David K. Lewis, 1973.
118. Spellman y Kincannon, 2001.
119. Experimento no publicado de Barbara Spellman; véase también Mandel, 2003.

El último problema se llama sobredeterminación (o, a veces, causas múltiples suficientes). Considérese un pelotón de fusilamiento que mata al condenado con disparos perfectamente sincronizados. Si el primer tirador no hubiera disparado, el prisionero seguiría estando muerto, de modo que, según la teoría contrafactual, su disparo no causó la muerte. Pero lo mismo cabe decir del segundo tirador, del tercero, etc., con el resultado de que no se puede decir de *ninguno* de ellos que haya causado la muerte del prisionero. Pero esto simplemente no tiene sentido.

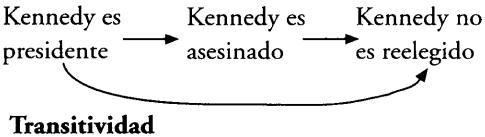
El denominador común de todos estos problemas es que el mundo no es una hilera de fichas de dominó en la que cada suceso cause exactamente un suceso y esté causado por exactamente un suceso. El mundo es un tejido de causas y efectos que se entrecruzan en enmarañados patrones. Los defectos de las dos teorías de la causalidad de Hume (la conjunción y los contrafactuales) se pueden representar como una red donde las líneas se abren o cierran en abanico o serpentean:



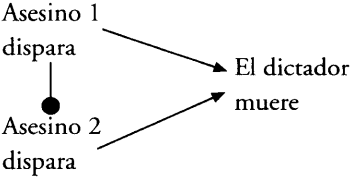
Epifenómenos



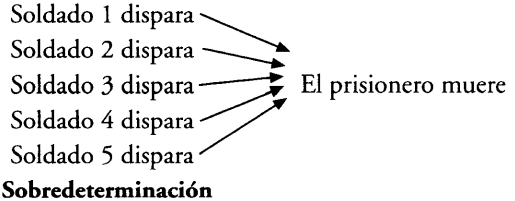
Causas frente a Condiciones



Transitividad



Anticipación preventiva



Sobredeterminación

Una solución al carácter de red de la causalidad es una técnica de la inteligencia artificial llamada redes causales de Bayes.[120] (El nombre corresponde a Thomas Bayes, cuya teoría epónima muestra cómo calcular la probabilidad de una determinada condición a partir de su verosimilitud previa y de la probabilidad de que condujera a ciertos síntomas observados.) Un modelador escoge un conjunto de variables (la cantidad de café tomado, la cantidad de ejercicio físico, la presencia del infarto, etc.), traza unas flechas entre las causas y sus efectos, y etiqueta cada flecha con un número que representa la fuerza de la influencia causal (el aumento o la disminución de la probabilidad del efecto dada la presencia de la causa). Las flechas se pueden dibujar siguiendo el modelo de abrirse o serpentear si es necesario; no hay necesidad de identificar «la» causa de un efecto dado. Con este diagrama en la mano, y las mediciones de las variables (tales como cuántas tazas de café se toma una persona), un ordenador puede arrancar mediante una determinada aritmética y predecir los efectos de una causa dada (por ejemplo, el mayor aumento del riesgo de infarto) o, en el otro sentido, la probabilidad de que una causa estuviera presente dados sus típicos efectos. Por ejemplo, una red causal de Bayes permitiría adivinar que cuando se dispara una alarma antirrobo en la casa del vecino, probablemente alguien irrumpió en ella, pero si también se observa que un gato va dando saltos por el interior de la casa, nos abstendríamos de llamar al 091. Antes de utilizar una red causal de Bayes, hay que montarla, cosa que se puede hacer a partir de ciertos supuestos iniciales referentes a las variables y sus relaciones, un conjunto de intervenciones experimentales (como la de negar el café a las personas y observar qué ocurre con su salud), o un conjunto de mediciones de cómo los factores se correlacionan en un gran conjunto de datos.

Las redes causales de Bayes son una forma óptima de razonar acerca de las causas y los efectos a partir de la información referente a sus intercorrelaciones y en algún sentido se ha enseñado a las personas a adaptarse a los ideales de esa información, como en el caso del gato y la alarma antirrobo. Pero básicamente es Hume con un ordenador. Muestra que el razonamiento causal arranca mediante un conjunto inmenso de correlaciones, sin preocuparse de qué representan esas variables, ni de qué me-

120. Gopnik, Glymour, Sobel, Schulz, Kushnir y Danks, 2004; Pearl, 2000.

canismos del mundo permiten que una incida en la otra. Se aplicaría perfectamente bien a un observador que estuviera sentado enfrente de un gran panel de luces de colores y que controlara si una luz roja de la esquina superior derecha tiende a aparecer unos minutos antes de que lo haga una luz verde de la fila del centro, a menos que, entre medio, destelle un cuadrado amarillo en el extremo inferior izquierdo. Por consiguiente, deja fuera un componente clave de nuestro razonamiento causal: la intuición de que el mundo está hecho de mecanismos y fuerzas con poderes causales —cierto tipo de impulso, energía o brío que se transmite de la causa al efecto— y de que las correlaciones que observamos son productos de esos poderes en acción.[121]

Hasta una mirada al comportamiento humano indica que las personas a menudo pensamos en la causalidad en términos de unos poderes ocultos, y no como simples correlaciones. Muchos experimentos psicológicos han demostrado que cuando las personas disponemos de una teoría favorita sobre cómo funcionan las cosas (por ejemplo, que la humedad produce dolor artrítico), juramos que podemos ver esas correlaciones en el mundo, incluso cuando los números demuestran que no existen ni existieron jamás.[122] La costumbre de imaginar unos poderes causales y obligar a la experiencia a que se ajuste a ellos ha configurado las culturas humanas desde tiempos inmemoriales, dando así origen a todo ese compendio de vudú, astrología, magia, plegarias, idolatría, panaceas de la New Age y otras estupideces. Hasta los científicos respetables no dejan de registrar correlaciones, sino que intentan abrir las cajas negras de la naturaleza para identificar los poderes ocultos que están en pleno trabajo. A veces, los candidatos no aparecen, como el flogisto o el éter lumínico, pero otras muchas veces sí lo hacen, como en el caso de los genes, los átomos y las placas tectónicas.

Otra limitación de las teorías de la causalidad es que se aplican a los promedios a largo plazo (fumar produce cáncer), y nada tienen que decir sobre las causas de los sucesos concretos (el tabaco mató a la abuela). Pero las personas tenemos intuiciones muy precisas sobre los sucesos específi-

121. Dowe, 2000; Shultz, 1982; Talmy, 2000a; P. Wolff, 2002; P. Wolff y Song, 2003; Talmy, 1988; C. R. Walsh y Sloman, 2005; White, 1995.

122. Chapman y Chapman, 1982; Redelmeier y Tversky, 1996.

cos.[123] Imaginemos que tío Irv, fumador de dos cajetillas al día, está vivo y bien de salud a sus 97 años. Todos convendríamos en que el tabaco no le provocó la muerte. Pero si «fumar produce cáncer» no fuera más que una afirmación de las probabilidades, uno no podría decir nada acerca de su aplicabilidad a sí mismo de una u otra manera. De acuerdo, es posible que las personas no seamos *racionales* al insistir en que los sucesos individuales tienen unas causas identificables. Si mucha gente muere de ataques al corazón, y una droga aumenta ligeramente el riesgo de infarto, y John, que tomó esa droga, muere de un ataque al corazón, ¿fue la droga la causa? Se podría argüir que la pregunta no tiene respuesta. Sin embargo, las personas actuamos como si realmente la tuviera. En 2005, la viuda de un señor que había tomado el fármaco Vioxx fue indemnizada con 253 millones de dólares por un jurado que dictó sentencia en la demanda contra el fabricante del medicamento, y hay otras 6.000 demandas similares pendientes de juicio.

Las personas no sólo aplicamos una relación causal a los sucesos individuales; podemos deducir una relación causal de un suceso individual, sin que sea necesario que el suceso se repita muchas veces. Los pasajeros del *Titanic* pensaron sin duda que un iceberg causó que el buque se hundiera, aunque no tuvieran ninguna experiencia previa de que los icebergs iban seguidos de naufragios.[124] La demostración más sencilla de la diferencia que hay entre registrar una correlación a largo plazo y sentir los poderes causales de un suceso individual procede de un experimento clásico que llevó a cabo el psicólogo Albert Michotte.[125] Este psicólogo mostraba a una serie de personas unas animaciones en las que un punto avanzaba a lo largo de la pantalla hasta que tocaba a un segundo punto, momento en que el primero se detenía de repente y el segundo empezaba a moverse en el mismo sentido y con la misma velocidad. En el primer pase, las personas tenían la impresión inequívoca de que el primer punto *causaba* que el segundo se moviera, como una bola de billar que impulsa a otra. Parece que lo mismo ocurre con niños de tan sólo 6 meses y con al menos una especie de monos.[126] Otras muestras de puntos en movimiento producen

123. Goldvarg y Johnson-Laird, 2001; P. Wolff, 2002.

124. El ejemplo es del psicólogo Phillip P. Wolff, 2007.

125. Michotte, 1963.

126. Carey, 2006; L. B. Cohen, Amsel, Redford y Casasola, 1998; M. Hauser, 2006; Leslie, 1995.

la vívida impresión de que existen formas afines de causalidad, tales como las de ayudar, dificultar, permitir y prevenir.[127]

Un reciente experimento llevado a cabo por los psicólogos Marc Hauser y Bailey Spaulding ha demostrado que razonar sobre los poderes causales, sin necesidad de ver antes una larga secuencia de sucesos, forma parte de nuestros derechos de nacimiento como primates.[128] Al analizar a macacos de la India que habían tenido poca o ninguna experiencia con los cuchillos o la pintura, descubrieron que los monos demostraban que apreciaban muy bien sus poderes causales. No se sorprendían al ver una secuencia en la que una manzana desaparecía detrás de una pantalla, la seguía una mano con un cuchillo, y aparecían las dos mitades de la manzana. De modo similar, tampoco mostraban sorpresa alguna al ver que una toalla blanca y un bote de pintura azul desparecían detrás de la pantalla, y que aparecía una toalla azul. Pero se quedaban mirando fijamente, como si no se lo creyeran, cuando se les mostraban sucesos causalmente imposibles, como un vaso de agua que desaparecía detrás de la pantalla y después aparecían las dos mitades de una manzana, o la imagen de un cuchillo azul que desaparecía y a continuación aparecía una toalla azul.

Así pues, la causalidad no se puede reducir a la conjunción constante o a los mundos posibles, y nuestras intuiciones tampoco están a merced de las redes estadísticas. ¿Cómo podemos comprender la intuición de una fuerza que dirige nuestros instintos causales? La respuesta se puede encontrar al echar un vistazo a cómo se expresa en palabras la causalidad.

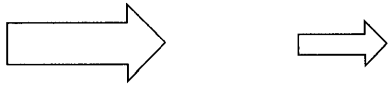
Len Talmy, el lingüista que esclareció la noción de espacio que se encuentra en el lenguaje, también ha aclarado la noción de fuerza causal que se encuentra en el lenguaje.[129] Como veíamos en el capítulo 2, muchos verbos indican una idea de causalidad. Algunos denotan la causalidad pura, como *begin* (empezar), *cause* (causar), *bring about* (ocasionar), *force*

127. Premack y Premack, 2003.
128. M. Hauser y Spaulding, en prensa.
129. Talmy, 1988, 2000a.

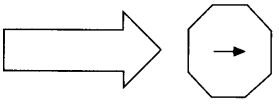
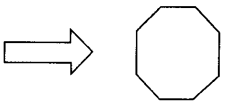
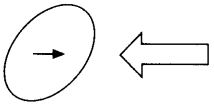
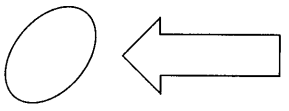
(obligar), *get* (conseguir), *make* (fabricar), *produce* (producir), *set* y *start* (empezar). Otros se suman a la naturaleza del efecto, como *roll* (rodar), *move* (moverse), *paint* (pintar) o *melt* (derretirse). Y otros desprenden un olor a causalidad que significa mucho para las personas, pero que son muy poco estimados en los análisis de la filosofía. Hay verbos de prevención, como *avoid* (evitar), *block* (bloquear), *check* (frenar), *hinder* (dificultar), *hold* (sujetar), *impede* (obstaculizar), *keep* (conservar), *prevent* (impedir), *save* (preservar), *stop* (parar) y *thwart* (frustrar). Hay verbos que permiten como *aid* (auxiliar), *allow* (acceder a) *assist* (asistir), *enable* (capacitar), *help* (ayudar), *leave* (irse de), *let* (dejar), *permit* (permitir), y *support* (apoyar). Y hay toda una variedad de causalidad expresada en conectores como *although* (aunque), *but* (pero), *despite* (pese a), *even* (incluso), *regardless* (con independencia de) e *in spite of* (a pesar de).

Talmy demuestra que todos estos conceptos aprovechan un modelo mental de «dinámica de la fuerza» —una idea de tendencias intrínsecas y poderes compensatorios que recuerda las animaciones de la bola de billar que producen a la vista una impresión tan clara de causalidad—. El jugador básico en un escenario causal se denomina «agonista»: un ente concebido como que tiene una tendencia intrínseca hacia el movimiento (izquierda) o hacia el reposo (derecha):

Al argumento se le une la aparición del *antagonista*: un ente que ejerce una fuerza sobre el agonista, generalmente contraria a su tendencia intrínseca. Si la fuerza del antagonista es mayor que la tendencia del agonista (abajo izquierda), éste pasará del movimiento al reposo o viceversa. Si es menor (abajo derecha), el agonista seguirá con cualquier cosa de las que normalmente hace:



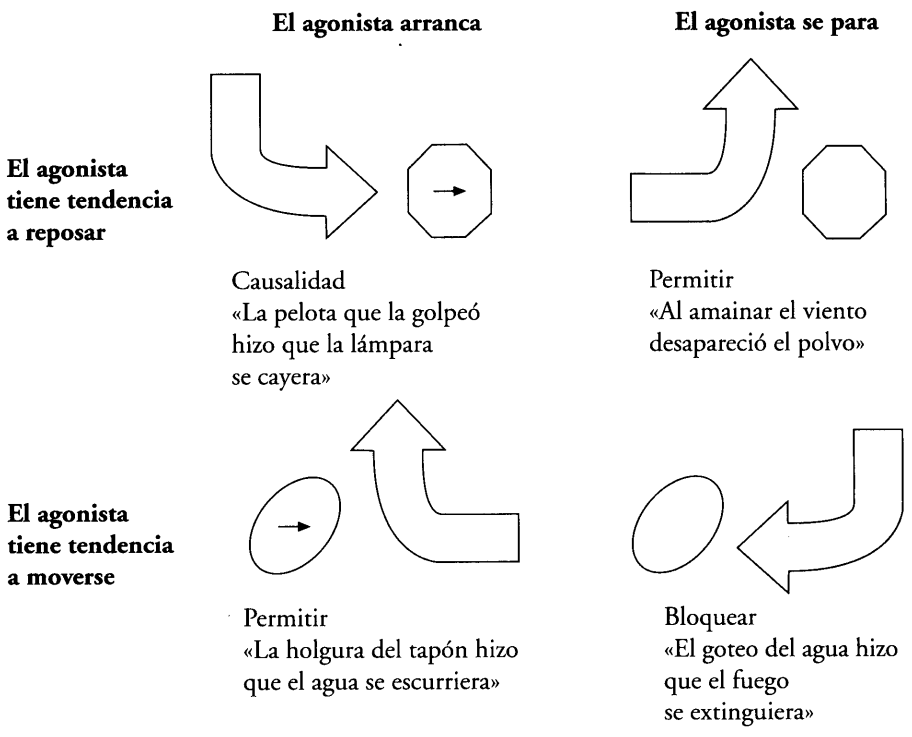
Si imaginamos que pasamos por una situación que ya se está desarrollando, aparecen cuatro posibilidades (la flecha pequeña que está dentro de un agonista indica que se está moviendo):

	El agonista se mueve	**El agonista reposa**
El agonista tiene tendencia a reposar	 Causalidad «La bola sigue rodando gracias al viento que sopla sobre ella»	 A pesar de «El árbol se mantuvo en pie a pesar del viento huracanado que soplaba contra él»
El agonista tiene tendencia a moverse	 A pesar de «La bola siguió rodando a pesar de que el césped estaba crecido»	 Prevención «El tronco permaneció en la ladera gracias al caballón»

Y estas cuatro posibilidades nos dan los significados básicos de causar, impedir y dos versiones de «a pesar de» o seguir: movimiento a pesar de un obstáculo (abajo izquierda) y estabilidad a pesar de un impulso (abajo derecha).

Para redondear los tipos de causas que se expresan en el lenguaje, debemos pasar de las actividades atélicas a los logros télicos. Imaginemos ahora que el antagonista entra o sale, en vez de estar ahí todo el rato (véase la figura de la página siguiente).

Esto nos da la versión dinámica de la causalidad, además del bloqueo y dos tipos de permitir: dejar que algo haga lo suyo (abajo izquierda) y dejarlo estar (arriba derecha). Otros pocos escenarios (como aquel en el que el antagonista y el agonista tienden hacia el mismo sentido, o en el que el antagonista permanece fuera de la trayectoria del agonista) nos dan las otras relaciones causales, como las de ayudar, obstaculizar, permitir, permanecer, seguir y dejar solo. Una última distinción entre los verbos causales está en si anuncian el efecto, dejando que el hablante mencione la causa



como algo que se le ocurre después («La ventana se rompió porque le dio una pelota»), o si anuncian la causa, dejando que el hablante mencione el efecto como algo que se le ocurre después («La pelota dio en la ventana, e hizo que se rompiera»).

No hay duda de que estas frases le habrán parecido al lector un tanto forzadas. Normalmente decimos que el viento se llevó la pelota o que la pelota dio en la lámpara, y no que la pelota siguió rodando debido a que el viento soplaba sobre ella, ni que el hecho de que la pelota golpeara la lámpara hizo que ésta se cayera. Esas frases forzadas pretenden dejar claro el hecho de que sólo un *suceso* puede causar otro suceso, no un objeto por sí mismo. Una pelota, por el mero hecho de existir, no puede hacer nada; sólo cuando alguien la lanza las cosas empiezan a ocurrir. Pero el lenguaje cotidiano pasa por alto estas sutilezas lógicas. Una fuerza autónoma, como el viento, las olas o una persona que ejerza su libre albedrío, aparece como el sujeto de un predicado, y éste expresa el último suceso de la cadena causal, de cuyos eslabones no se habla. De ahí que normalmente digamos *Cal*

gue entre movimiento y reposo como tendencias cualitativamente distintas, mientras que la física trata el reposo como una velocidad que resulta que es cero. La lengua trata el antagonista como alguien que ejerce una fuerza que es más fuerte que la tendencia intrínseca del agonista. En la física newtoniana, una acción y su reacción son opuestas e iguales, de manera que un par de objetos que estén en contacto y en reposo, o que se muevan a una velocidad constante, deben ejercer unas fuerzas iguales una sobre la otra (si una fuerza fuera más fuerte, ambos objetos acelerarían hacia esa dirección). En el lenguaje, las cosas pueden simplemente ocurrir, sin unas causas establecidas —«El libro se cayó de la estantería»; «La acera se agrietó»—, mientras que en la física todo suceso tiene un antecedente regido por leyes. Y en la física, la distinción entre causar, bloquear, permitir y ayudar no desempeña función evidente alguna.

La física intuitiva que está incrustada en el lenguaje también contamina el razonamiento físico de las personas.[135] En un experimento se pide a unos universitarios que representen en un diagrama las fuerzas que intervienen sobre una pelota cuando se lanza hacia arriba, y la mayoría de ellos dice que cuando la pelota está subiendo, la fuerza que la impulsa hacia arriba es más fuerte que la fuerza que tira de ella hacia abajo; que cuando llega a su punto más alto, las dos fuerzas son iguales; y que al descender, la fuerza que tira hacia abajo es más fuerte. La respuesta correcta es que, en todo momento, una única fuerza, la de la gravedad, incide sobre la pelota.

Cuando, en el siglo xx, se aceptaron la física de la relatividad y la cuántica, muchos físicos hablaban de la violencia que ejercen sobre el sentido común. Richard Feynman, por ejemplo, decía: «Creo que puedo afirmar con toda seguridad que nadie entiende la mecánica cuántica [...] No debemos seguir preguntándonos, si es que podemos evitarlo, "pero ¿cómo puede ser que así sea?" [...] Nadie sabe cómo puede ser que así sea».[136] Se habla menos de que la física newtoniana clásica *también* contradice la intuición. De entre todas las teorías de la historia de la física, la que más se aproxima a la dinámica-fuerza intuitiva es la idea medieval de ímpetu, según la cual un objeto en movimiento ha sido impul-

135. M. McCloskey, 1983; M. McCloskey, Caramazza y Green, 1980.

136. Citado en M. Kumar, «Quantum reality», *Prometheus*, nº 2, 1999, págs. 20-21.

de causalidad con una metáfora basada en la física intuitiva, y no con una fórmula de la lógica formal, no es necesario que respete las necesidades lógicas como la transitividad. Si el Antagonista A lanza al Agonista B, al que después detiene el Antagonista C, no hay razón para pensar que A incide en modo alguno sobre C.

Diversos experimentos han demostrado que las personas distinguimos las cadenas causales que ejemplifican las diferentes interacciones de la fuerza-dinámica, incluso cuando son lógicamente equivalentes.[134] En un experimento aburrido pero cargado de información, los psicólogos Clare Walsh y Steven Sloman hablaban a sus sujetos de una moneda que se mantenía sobre su borde y estaba a punto de caer. En un escenario, la moneda está a punto de caerse de cara, y Bill lanza hacia ella una canica que hace que salga cruz. En otro, la moneda está a punto de caer y salir cruz, y alguien desconocido le tira la canica, amenazando con que se caiga de cara, pero Frank detiene la canica antes de que llegue a la moneda, permitiendo así que al caer la moneda saliera cruz. Hablando lógicamente, ambos tipos hicieron algo que era necesario para que al caer la moneda saliera cruz —si no hubieran hecho lo que hicieron, la moneda hubiese caído de cara—. No obstante, en el primer escenario las personas dicen que Bill causó que al caer la moneda saliera cruz, pero en el segundo escenario, dijeron que Frank no había causado que al caer la moneda saliera cruz. La diferencia es que se consideraba que Bill (que tiró la canica) era antagonista de la tendencia intrínseca de la moneda a caerse, pero a Frank (que detuvo la canica) se le veía como antagonista de la tendencia de la canica a moverse, no como antagonista de la tendencia de la moneda a caerse.

Talmy observa que la mentalidad que se esconde detrás de la fuerza-dinámica es muy diferente de nuestra mejor comprensión de la fuerza y el momento de la física newtoniana. El modelo de fuerza-dinámica del lenguaje separa un ente y concibe el otro como que incide en él, mientras que en la física no se privilegia a ninguno de los objetos que haya en una interacción. El lenguaje imagina que el agonista tiene un impulso interior hacia el movimiento o el reposo, mientras que la física trata un objeto como algo que simplemente continúa a su velocidad actual. El lenguaje distin-

134. C. R. Walsh y Sloman, 2005; White, 1995; P. Wolff, 2003; P. Wolff, 2007; P. Wolff y Song, 2003.

(un agonista) que cruzaba un tanque de agua y de repente se zarandeaba debido a un gran ventilador (el antagonista). Al describir lo que éste hacía, las personas empleaban el verbo *causar* cuando el ventilador desviaba el rumbo de la motora y la empujaba hacia una boya. Usaban el verbo *ayudar* (un verbo de capacitación) cuando la motora enfilaba ya hacia la boya y el ventilador la empujaba hacia allí con mayor rapidez. Y empleaban el verbo *impedir* cuando la motora empezaba a dirigirse hacia la boya y el ventilador la desviaba de su rumbo. En una ingeniosa extensión, Wolff demostró que la misma dinámica se aplica a la versión metafórica de la fuerza que subyace a nuestro concepto de influencia personal (como cuando hablamos de *fuerzas sociales* o de *presión de los iguales*). En estas animaciones, una mujer (el agonista) que está de pie en la esquina de una calle indica a un guardia que regula el tráfico (el antagonista) que quiere o no quiere cruzar la calle, y el guardia mueve el brazo para que pase o levanta la mano para que se detenga, con lo cual la mujer cruza o no cruza. Las personas que vieron las diversas escenas las describían con *causar*, *impedir* y *a pesar de*, siguiendo los mismos cálculos que aplicaron a la pequeña motora y el ventilador.

Si las personas concebimos la causalidad desde la perspectiva de la fuerza-dinámica, se entiende por qué el concepto debe estar tan íntimamente conectado al razonamiento contrafactual. La tendencia intrínseca del agonista es, por definición, lo que haría *si* el antagonista no actuara sobre él (en otras palabras, lo que hace en los mundos posibles de los que el antagonista está ausente). Ahí pueden estar los cimientos, enterrados en la profundidad de nuestra composición cognitiva, sobre los que los lógicos modernos han erigido la definición más enrarecida de la causalidad desde la perspectiva de los contrafactuales. Y es posible que sean otras características de estos cimientos cognitivos las que hagan que este edificio construal esté tan destartalado. La distinción entre causas y condiciones (rascar la cerilla frente a resguardarse del viento) tiene poco sentido dentro de la teoría contrafactual, pero tiene una sencilla implementación en la mentalidad de fuerza-dinámica: es la diferencia entre el causar prototípico (en el que el antagonista se impone a la tendencia intrínseca del agonista) y diversas formas de ayudar, capacitar y permitir (en las que el antagonista une sus fuerzas con las del agonista y permanece al margen de la trayectoria de éste). Y puesto que la mentalidad fuerza-dinámica equipara nuestra idea

made the lamp break (Cal hizo que se rompiera la lámpara) (presumiblemente al golpearla), y *The wind made the tree topple* (El viento hizo que el árbol se cayera) (presumiblemente al soplar contra él). El lenguaje causal se puede hacer aún más compacto debido a un proceso que vimos en los capítulos 2 y 3: cuando un antagonista actúa directamente sobre el agonista, el acto y el efecto quedan empaquetados en un único verbo, y decimos *Cal broke the lamp* (Cal rompió la lámpara) o *The wind toppled the tree* (El viento derribó el árbol). Recordemos que la secuencia causal se debe construir o interpretar como directa, sin que intervengan eslabones del mismo tamaño: si Sybil abre la ventana, y el viento derriba la lámpara que está sobre la mesa, normalmente no decimos *Sybil broke the lamp* (Sybil rompió la lámpara).[130] Y con muchos verbos causales, el antagonista debe *tener la intención* de que el efecto se produzca. Una niña que está de pie y causa que el globo que lleva toque una lámpara caliente que pende del techo no ha *reventado el globo*, dicen las personas que participan en los experimentos; tampoco un hombre *ondea la bandera* cuando la iza en un día de viento, ni *atenúa las luces* cuando baja el regulador de la tostadora.[131]

En el significado de la mayoría de construcciones causales (quizás en todas) de las lenguas del mundo, subyace el guión básico de un agonista que tiende, un antagonista que actúa, y el agonista que reacciona, representado en combinaciones diferentes y con distintos resultados. Y lengua tras lengua, el escenario prototípico de fuerza-dinámica —un antagonista que causa directa e intencionadamente que un agonista pasivo cambie a partir de su estado intrínseco— ocupa el lugar de honor en la construcción causativa más concisa del lenguaje.[132]

Para confirmar que la fuerza-dinámica gobierna la forma en que las personas utilizamos el lenguaje causal, incluso cuando vemos un escenario por primera vez, Phillip Wolff dio vida a los diagramas de Talmy en la pantalla del ordenador utilizando un simulador físico, y pedía a las personas que describieran lo que veían.[133] Se mostraba una pequeña lancha motora

130. P. Wolff, 2003.

131. P. Wolff, 2003.

132. Dixon, 2000; Gergely y Bever, 1986; McCawley, 1968; Nedyalkov y Silnitsky, 1973; S. Pinker, 1989; Shibatini, 1976.

133. P. Wolff, 2007.

sado por algún tipo de empuje o brío que lo mueve durante un rato y gradualmente se desvanece.

Así pues, existe una gran discrepancia entre la física intuitiva, con sus episodios diferenciados de causar, ayudar y superar una tendencia hacia el reposo, y la física real, que no es más que un puñado de ecuaciones diferenciales que especifican de qué forma los objetos, con el tiempo, cambian su velocidad y su dirección. Se decía que el Diablo de Laplace, el hipotético pillín que conoce las posiciones y velocidades instantáneas de todas las partículas del universo, era capaz de calcular el futuro o el pasado en su totalidad, integrando estos valores en ecuaciones que expresan las leyes de la mecánica y el electromagnetismo. El concepto de una «causa», y el de un «suceso» diferenciado, no desempeñan función alguna. La discrepancia entre la física intuitiva y la física clásica es científicamente obsoleta, vestigio de un pasado evolucionista en el que arrastrábamos ramas por el suelo y tirábamos piedras a las jirafas. Como dijo Bertrand Russell: «La ley de la causalidad [...] es una reliquia de unos días que se fueron, que sobrevive, como la monarquía, sólo porque erróneamente se supone que es inocua».[137]

Pero esto no puede ser verdad. Cuando los especialistas intentan determinar qué causó que la lanzadera espacial Challenger se cayera, o quién causó la muerte de John F. Kennedy, no son científicamente analfabetos. Como no se sentirían satisfechos con el consejo de que buscaran mediciones de todos los átomos de la lanzadera espacial antes de que se desintegrara, o en la Dealey Plaza aquella tarde de noviembre, y las encajaran en un conjunto muy, pero que muy grande de ecuaciones. En las escalas que las personas encuentran interesantes, que están repletas de fricción y química y los trillones de interacciones microscópicas que hay dentro del cerebro de otras personas, la materia en movimiento obedece sus propios principios, y las leyes de Newton se convierten irremediablemente en no adecuadas.

Hay aquí un patrón. Al resumir el lenguaje de la materia, el espacio y el tiempo, concluía que se miden mediante los objetivos humanos, no simplemente con una escala, un reloj o una cinta. Ahora vemos que la cuarta categoría principal de la semántica conceptual, la causalidad, también se ocupa de nuestras intenciones y nuestros intereses. Tal vez hayamos estado buscando en el lugar equivocado los conceptos que se expre-

137. Russell, 1913.

san en el lenguaje. Más que seguir a Kant y adentrarnos en los vestíbulos de la física y los departamentos de matemáticas, tal vez deberíamos cruzar el campus y dirigirnos a las facultades de Ingeniería y Derecho.

Puros y aplicados

Los psicólogos evolutivos creen que, además del lenguaje, lo que hace que los seres humanos sobresalgan de otros animales es el talento para las herramientas —manipular el mundo físico a nuestro favor— y para la cooperación —manipular el mundo social a nuestro favor—.[138] La ingeniería y el derecho son las versiones institucionalizadas de esos talentos.

Cuando los conceptos de sustancia, espacio, tiempo y causalidad se aplican a los objetos que sirven a los propósitos humanos, estamos en el reino de la ingeniería. Y las explicaciones en la ingeniería usan libremente la lengua habitual, por rara que pueda parecer al físico lógico o teórico. Cuando las palabras se escogen con cuidado, pueden transmitir con toda exactitud qué está ocurriendo en un artilugio humano sin ecuaciones ni simulaciones por ordenador, al menos en el nivel del resumen ejecutivo. Fijémonos en una parte de la explicación de cómo funciona la limpieza del váter, sacada de la página web How Things Work:

> Se vierte en la taza un cubo de agua. Se observará que verter esa cantidad de agua hace que la taza funcione. Es decir, casi toda el agua es aspirada de la taza, y ésta hace el típico ruido de que se está limpiando cuando toda el agua se va por la tubería. Esto es lo que ha sucedido: hemos vertido la suficiente agua en la taza y con la suficiente velocidad para llenar el sifón. Y una vez que la tubería estuvo llena, el resto fue automático. El sifón aspiró el agua de la taza y la vertió a la cañería que llega a la alcantarilla. Tan pronto como la taza estuvo vacía, entró aire en el sifón, con lo que se produjo ese típico borboteo y se detuvo el proceso de sacar el agua con sifón.[139]

En primer lugar, observemos cómo la sustancia entra en la explicación. Los nombres contables se usan para la materia que tiene unas formas y

138. S. Pinker, 1997b; J. Tooby y DeVore, 1987, cap. 5.
139. De <http://home.howstuffworks.com/toilet.htm>.

unos límites estables, y que mantenemos a la vista durante la explicación («la taza», «el sifón», «la tubería»). Los nombres incontables se usan para la materia que recibe su forma de cualquier cosa que en ese momento la contenga, y todo esto pasa sin que nos preocupemos realmente por estas determinadas porciones («agua», «aire»). Observemos también que, cuando surge la necesidad, se recurre a otros nombres contables para medir las porciones incontables —«un cubo de agua», «esta cantidad de agua»— acompañados de cuantificadores, como en «toda el agua» y «la suficiente agua». Por último, fijémonos en que otros nombres contables han reificado sucesos etéreos como si de objetos se tratara: «el sonido de la limpieza», «el sonido del borboteo», «el proceso de sacar con sifón».

Y ahora, el espacio. Tenemos objetos que se pueden conceptuar como fronteras bidimensionales de volúmenes tridimensionales —«cubo» y «taza»— y como los límites de los volúmenes con una dimensión primaria y dos secundarias —«tubería» y «cañería»—. No se menciona ningún otro aspecto de su forma (el cubo o la taza pueden ser redondos, ovalados o rectangulares), ni son necesarios para la explicación. Las fronteras se definen no sólo por su geometría, sino por sus poderes de fuerza-dinámica, como los de contener y dirigir su contenido. Las preposiciones nos dibujan un auténtico diagrama de las notables trayectorias del movimiento. Y luego tenemos el verbo *entrar*, que también incorpora un sentido espacial.

Y el tiempo. «Esto es lo que ha sucedido», dice la explicación. La expresión «que ha sucedido» es la prueba de fuego del lingüista para que un período de tiempo se construya o interprete como un suceso, y no como un estado (la distinción más básica del aspecto). El proceso de limpieza de la taza del váter se presenta como un suceso durativo y télico: el proceso se desenvuelve con el tiempo y termina cuando nace un estado nuevo. El tiempo verbal, también, se usa con toda habilidad para implicar la interpretación del lector. Las primeras frases, que piden al lector que participe en un experimento que ya está en marcha, están en presente: «vierte», «hace que», «es aspirada», «se va». Luego se emplea el perfecto —«ha sucedido», «hemos vertido»— para identificar los sucesos recientes que se tradujeron en un estado de interés actual. Luego se pasa al tiempo pasado para obligar al lector a revisar la secuencia que él mismo ha construido: «la tubería estuvo llena», «el sifón aspiró el agua», «la taza estuvo vacía», «se detuvo el proceso», «entró aire». Y las frases adverbiales —«una vez que la

taza estuvo llena», «tan pronto como la taza se vació»— dan a sus verbos un aspecto perfectivo (los sucesos se ven desde fuera, como ya completados), creando el marco para los sucesos que van a seguir a continuación.

Y, por último, la causalidad. Encontramos verbos que expresan manifiestamente conceptos causales —«hacer que la taza se limpie», «hacer el ruido», «producir el sonido», «detener el proceso»— y verbos cuyas partes causativas están enganchadas a unos efectos específicos —*verter* (dejar fluir), *aspirar* (causar que se mueva por succión), *llenar* (causar que esté lleno)—. Los tres principales tipos de causalidad —causar, permitir y bloquear— están ahí, como lo está un cuarto tipo, el de capacitar, pegado a los adverbiales de tiempo *una vez que* y *tan pronto como*. Luego hay un suceso que se percibe como que no tiene causa, concretamente el de entrar aire en el sifón. Y, por supuesto, tenemos un agonista, el agua que quiere permanecer en la taza, y un antagonista, el agua vertida que la obliga a salir (junto con agonistas y antagonistas más pequeños que aparecen cuando tomamos el microscopio y contemplamos la secuencia causal de forma más detallada).

Así pues, las interpretaciones de los conceptos kantianos que parecen tan desconcertantes al físico, al geómetra y al lógico que trabajan en abstracto, resultan ser extremadamente prácticas para el trabajo del ingeniero a las escalas relevantes para los intereses y los fines humanos. Hay que reconocer que la lengua inglesa no garantiza ofrecernos unas explicaciones claras —es fácil hacer de ellas una chapuza (como veíamos en las desconcertantes descripciones que saqué de la prensa), y aparecen de forma de algún modo distinta en las diferentes lenguas (como veíamos con los marcos de referencia y los términos espaciales polisémicos)—. Pero el inglés y otras lenguas se aprovechan de un inventario de conceptos que se refieren al tamaño y el tipo correctos para captar nuestra comprensión básica de cómo funcionan las cosas. Y si bien es posible que no pasemos mucho tiempo hablando de aseos y otros productos de la ingeniería profesional, sí que empleamos mucho tiempo hablando de los productos de la ingeniería de aficionados, tales como las recetas, los primeros auxilios, los consejos para el gobierno de la casa, las instrucciones para coser, las reparaciones domésticas y las apuestas deportivas.

El concepto de causalidad, que es tan esencial para la forma en que manipulamos nuestro entorno físico, es igualmente indispensable para las formas en que manipulamos nuestro entorno social. En efecto, el concepto de causalidad y el de acción humana van emparejados. Aunque en algún que otro caso el primer eslabón de una cadena causal sea un suceso natural, como el clima o la caída de una roca, lo más frecuente es que lo sea un ser humano, que ejerce lo que entendemos que es el libre albedrío. El sujeto prototípico de un verbo causativo se refiere a una persona y, como hemos visto, el objeto prototípico se refiere a un ente que la persona ha situado directa e intencionadamente en el último eslabón de la cadena causal.

Pensamos que las acciones voluntarias no son causadas, pero no ocurre así en la forma o la intención con que influimos en ellas. Influimos en las personas al hacerlas *responsables* de los efectos que causan. Cuando vemos un suceso que nos gusta o no nos gusta, y atribuimos su causa a la acción intencionada de una persona, colmamos a ésta de alabanzas o de oprobio, esperando que esto la lleve (a ella y a otras personas que oigan hablar de la política) a actuar de esa manera con mayor o menor frecuencia en el futuro. Y el concepto de causalidad que aplicamos cuando escogemos los verbos es también el concepto que aplicamos cuando atribuimos la responsabilidad a las personas. Separamos los actos que una persona causó de forma intencionada, directa y previsible, más que aquellos que simplemente se produjeron en su presencia o que ella provocó por accidente o sin saber que lo hacía. Presumiblemente se deba a que la alabanza o la culpa pueden afectar a estos actos en el futuro (culpamos a un auxiliar por no hacer una copia de seguridad de un archivo, porque es posible que eso haga que sea más cuidadoso en el futuro, pero no le culpamos de que el disco duro se haya roto, porque nada puede hacer él al respecto). Y cuando imponemos un castigo tangible en vez de recurrir a la condena verbal, y codificamos la política por escrito, lo llamamos ley.

«El derecho es una profesión de palabras», se dice. Pero las acciones humanas no vienen etiquetadas con palabras: la película de la vida no tiene voz en *off* ni subtítulos. Para aplicar las palabras de una ley a un determinado suceso, como deben hacer los abogados, hay que andar a la caza de ejemplos de los *conceptos* que las palabras representan. Cuando nuestra idea intuitiva de la causalidad se ajusta claramente a una situación, de for-

ma que todos los observadores puedan ponerse de acuerdo al respecto, el caso se abre y se cierra. Pero cuando hay que meter el concepto en un escenario que contradice nuestro estereotipo de la causalidad directa —algo que ocurre con mayor frecuencia con la conducta de las personas que con la conducta de los aseos—, las partes interesadas discutirán sobre cuál es la mejor forma de acoplarlo. Cada parte del concepto de causalidad que aparece en el lenguaje de ésta ha servido de punto de inflamación en la disputa legal.

Tomemos la distinción más elemental de todas, aquella que se hace entre los sucesos que no hicieron más que seguirse uno al otro, al modo de Hume, y los sucesos que sentimos que están unidos por una fuerza causal. Norman Finkelstein, un crítico de Israel, llama la atención sobre un suceso de 1995 en que un palestino detenido por los israelíes fue zarandeado por un policía y, a consecuencia de ello, murió. Los patólogos forenses y el Tribunal Supremo de Israel investigaron el caso, y Finkelstein citaba a unos y otro diciendo: «Todos convinieron en que Harizad murió a causa del zarandeo». Alan Dershowitz, abogado de Israel, señaló que la cita auténtica era que «el sujeto expiró *después* de ser zarandeado».[140] Dershowitz señaló que «la diferencia entre "murió *a causa del* zarandeo" y "expiró *después de* ser zarandeado" es considerable [...]». Y sí lo es: es la diferencia que se da entre la mera sucesión y la auténtica causalidad (que en este caso refleja la expresión *a causa de*, que aprovecha una metáfora de la fuerza-dinámica de la energía que fluye de la causa al efecto). La distinción semántica entre *después de* y *a causa de* apunta a una distinción causal entre la sucesión y la incidencia, que, a su vez, suscita una diferencia moral entre la tragedia y la maldad.

Otra distinción de la fuerza-dinámica, la que existe entre causar y permitir, ahonda en lo más profundo de nuestro razonamiento moral. La diferencia se muestra en «el problema del tranvía», un conocido experimento del pensamiento que diseñó la filósofa Phillipa Foot y que, desde hace mucho tiempo, ha sido motivo de debate entre los filósofos morales.[141] Un tranvía pasa volando descontrolado y se les viene encima a cinco trabajadores de la vías que no ven cómo se acerca. Estamos de pie junto a unas

140. Dershowitz, 2005.

141. Foot, 1978; Thomson, 1985.

agujas y podemos desviar el tranvía a otra vía, pero entonces atropellará a un solo trabajador que tampoco se ha percatado del peligro. ¿Deberíamos salvar cinco vidas al precio de una cambiando las agujas? La mayoría de las personas dice que sí —no sólo lectores de revistas de filosofía que asienten con la cabeza, sino que en un experimento masivo que dirigió Marc Hauser, casi el 90 % de las 150.000 personas de más de cien países que se prestaron voluntariamente a dilucidar el dilema y compartir sus intuiciones en el sitio web de Hauser dijeron también que sí.[142]

Ahora imaginemos que estamos en un puente sobre las vías y vemos que ese tranvía descontrolado se dirige a los cinco trabajadores. En este caso, la única forma de detenerlo es lanzar un objeto pesado sobre las vías. Y lo único pesado que tenemos a mano es un caballero obeso que contempla la escena a nuestro lado. ¿Tiraríamos al caballero por el puente? Ambos dilemas nos sitúan ante la opción de sacrificar una vida para salvar cinco, y por ello son dos dilemas moralmente equivalentes. Pero la mayor parte de las personas del mundo no están de acuerdo. En el primer dilema cambiarían las agujas, pero en el segundo no levantarían al caballero obeso para tirarlo por el puente. Cuando se les pide una razón, no logran dar con nada que sea coherente, como tampoco puede hacerlo la mayoría de filósofos morales.

Joshua Greene, filósofo y neurocientífico cognitivo, señala que las personas están equipadas con una revulsión configurada por la propia evolución a maltratar a un ser humano inocente, y que esto imposibilita cualquier cálculo utilitarista que pudiera cuadrar las vidas salvadas con las vidas perdidas.[143] El impulso que nos aleja de dar una paliza a una persona explicaría otros ejemplos en que las personas se reprimen de matar a una para salvar a otras muchas, como el de un hospital que llevara a cabo la eutanasia de un paciente para recoger sus órganos y salvar a cinco pacientes a los que sólo puede salvar un trasplante, o el de asfixiar a un bebé en un refugio durante una guerra para evitar que sus lloros atraigan a los soldados, que procederían a matar a todos los ocupantes de ese escondrijo, incluido el bebé. En apoyo de esta idea, Greene, junto con el neurocientífico cognitivo Jonathan Cohen, escaneó los cerebros de un grupo de

142. M. Hauser, Cushman, Young, Kang-Xing y Mikhail, en prensa.
143. J. Greene, 2002.

personas mientras reflexionaban sobre diversos dilemas.[144] Descubrió que los dilemas que implicaban matar a una persona con las propias manos activaban determinadas zonas del cerebro asociadas con la emoción, además de otras zonas que intervienen en la resolución de conflictos.

Así pues, vemos en todo esto el sello inconfundible de la mentalidad fuerza-dinámica al reflexionar sobre un profundo dilema moral. Un escenario en que el autor es un antagonista, y su víctima sacrificial (el caballero obeso) es un agonista —el significado prototípico de los verbos causativos— evoca un sentimiento que abruma nuestro reconocimiento de las vidas salvadas y las perdidas, cosa que no ocurre en el escenario alternativo, donde el actor es un mero *posibilitador* de un antagonista (el tranvía).

¿Significa esto que nuestra mentalidad de fuerza-dinámica nos convierte en irracionales en el ámbito moral? ¿Es que la llamativa diferencia entre causar y posibilitar contamina nuestra ética y hace que nuestras intuiciones no sean de fiar? No necesariamente. Valoramos a las personas no sólo por lo que *hacen*, sino también por lo que *son*. Y alguien que es capaz de enzarzarse con un hombre para tirarlo por un puente, o de tapar la boca de un bebé hasta que deje de respirar, probablemente sea capaz de otros actos espantosos que no pueden tener justificación alguna en el número total de víctimas. Incluso si dejamos de lado la crueldad que sería necesaria para llevar a cabo esos actos, el tipo de persona que decide sus actos sólo en función de sus previstos costes y beneficios (según los cálculos que ella misma se arroga) podría sesgar las cifras a su favor siempre que los costes y las compensaciones sean inciertos, cosa que siempre ocurre en la vida real. De modo que la mayoría de las personas que dieron respuestas «incoherentes» a esos experimentos sobre el pensamiento pueden ser víctimas de una trampa que les hayan tendido los filósofos morales. Éstos amañaron un experimento sobre el pensamiento, en el que una persona de buen carácter, cuya conducta tiende a llevarla a unas buenas consecuencias en circunstancias habituales y, por consiguiente, merece nuestra aprobación, haría cosas que provocarían un mayor número de muertes. La imaginación quizá demasiado fértil del filósofo, con el riesgo que conlleva de desconcertar o atrapar nuestras intuiciones causales, ha sido mo-

144. J. D. Greene, Sommerville, Nystrom, Darley y Cohen, 2001.

tivo de sátira en un compendio de humor filosófico: «Un cerebro propio del experimento Twin Earth que llevó a cabo Hilary Putnam y que dio origen al llamado "externalismo semántico" se encuentra al mando de un tranvía en marcha. En una de las vías hay un trabajador, Jones, que tiene planeado matar a cinco hombres, pero uno de estos hombres pretende volar un puente por el que cruzará un autobús ocupado por treinta huérfanos [...]».

Para ser justos con los filósofos, cualquier aficionado a la serie de televisión *Ley y orden* sabe que el sistema legal realmente desvela escenarios terribles que giran en torno a la cuestión de si se puede pensar que un acto causa la muerte, hace posible la muerte o permite la muerte. De hecho, ni siquiera es necesario encender el televisor; los ejemplos llenan los periódicos y los libros de historia. Ya hemos hablado de Charles Guiteau, el hombre que mató de un disparo a James Garfield y que se hubiera podido salvar de la horca si alguien se hubiese acordado de lavarle las manos antes de hundir el dedo en la herida del presidente, o lo hubiera alimentado por la boca, y no por el otro extremo del canal alimentario. Y en un rompecabezas real de causalidad indirecta que ni siquiera un filósofo hubiera podido concebir, una viuda de Long Island presentó una demanda de 16 millones de dólares por muerte injusta contra la cadena de restaurantes Benihana, porque uno de sus chefs, imitando a Jackie Chan en la película *Mr. Nice Guy*, intentó meterle un langostino en la boca a su marido con una espátula. Antes, el chef había intentado lanzar un langostino al cuñado de aquel hombre pero erró el tiro, y le dio en la frente. Lanzó otro al hijo del mismo caballero, y le dio en el brazo. Al lanzar el tercer langostino a la víctima, ésta intentó esquivarlo echando la cabeza hacia atrás. Concluida la cena, el caballero empezó a sentir un dolor en el cuello. En los meses siguientes, sufrió dos operaciones de la columna vertebral, contrajo una infección después de la segunda, y murió de septicemia. Según un reportaje que publicó el *New York Law Journal*, el abogado de la familia recurrió a la teoría contrafactual de la causalidad: «De no haber sido por el incidente de tirar langostinos [...] [el hombre] seguiría vivo». El abogado de Benihana recurrió implícitamente a la alternativa de la fuerza-dinámica: «Benihana no puede ser culpable de la muerte [del hombre] porque se produjo una interrupción en la cadena de causalidad entre el primer y segundo proceso y su muerte al cabo de cinco meses». El jurado, presumible-

mente basándose en lo que es la realidad de la mente, sentenció a favor de Benihana.[145]

Todos los demás ingredientes que vimos que entran en la semántica de la causalidad han sido la manzana de la discordia en un tribunal de justicia.[146] Se plantea el interrogante del eslabón intermedio, que consiste en la acción voluntaria de otro agente humano. Un despiadado pistolero del IRA ordena a un hombre que lo lleve en su coche a un lugar, donde mata a un policía de un disparo. ¿Fue el conductor cómplice del asesinato? ¿Y qué diríamos de un presunto criminal de guerra que dice que no hacía sino cumplir órdenes, o de la víctima de un secuestro, como Patty Hearst, que dice que le lavaron el cerebro?

Se plantea un interrogante sobre crímenes por omisión (no prevenir, más que causar). ¿Deberíamos aceptar los cargos contra una mujer que no pudo evitar que su novio golpeara a su hijo hasta la muerte? ¿Y qué diríamos de alguien que pasa por delante de un indigente y no puede impedir que muera de frío? ¿Y de un hombre que, para defenderse, dispara a la pierna de alguien que le ataca, y luego, por tardar demasiado en llamar a una ambulancia, el atacante muere desangrado?

Y se plantea el interrogante de cómo identificar el objetivo de un acto causal, que muchas veces se encuentra en la intimidad de la mente de la persona. Es algo que está muy claro cuando distinguimos los resultados accidentales de los intencionados, como en la diferencia que hay entre una mujer que pierde el control del coche en una carretera helada y mata a su marido, y una mujer que enfila hacia su marido, pisa el acelerador y lo atropella. Pero ¿qué ocurre con los casos en que hay un desajuste entre las intenciones privadas de un actor y el resultado público que provoca? Una mujer cree que está robando un paraguas de un paragüero, pero resulta que el paraguas es suyo. Un hombre se acuesta con su hijastra (algo consentido por la muchacha y legal) pensando que es su hija (algo que es fal-

145. A. Harris, «Acusado un chef de Benihana de jugar con la comida y provocar la muerte de un comensal», *New York Law Journal*, 23 de noviembre de 2004, <www.law.com/jsp/article.jsp?id=1101136512535>. C. Kilgannon, «Un jurado decide si el lanzamiento de un langostino provocó la muerte de un hombre», *New York Times*, 9 de febrero de 2006.

146. Katz, 1987.

so). Un practicante del vudú pincha agujas en un muñeco que representa a su mujer, con la esperanza de matarla.

Nuestra idea de la causalidad es indispensable para poder atribuir méritos y culpas en la vida cotidiana. Pero en todo el drama de la experiencia humana, a veces chocará con circunstancias que no se corresponden con su lista de control estándar. Dados los interminables enigmas que se plantean a partir de la idea que tenemos de la causalidad, con su modelo de carácter directo, intencionalidad, contacto y tendencia intrínseca, no es de sorprender que parezca que todos los canales estén repletos, día y noche, de episodios de *Ley y orden.*

No hay duda alguna de que Kant estaba en lo cierto cuando decía que nuestras mentes «surcan el aire» con los conceptos de sustancia, espacio, tiempo y causalidad. Son el sustrato de nuestra experiencia consciente. Son el contenido semántico de los principales elementos de la sintaxis: sustantivo, preposición, tiempo verbal, verbo. Nos dan el vocabulario, verbal y mental, con el que razonamos sobre el mundo físico y social. Son artilugios del cerebro, más que lecturas de la realidad, de ahí que, cuando los empujamos hacia las fronteras de la ciencia, la filosofía y el derecho, nos planteen una serie de paradojas. Y, como veremos en el capítulo siguiente, son una fuente de metáforas con las que abarcamos muchos otros ámbitos de la vida.

Pero cuando se analizan a través de la ventana del lenguaje, descubrimos que estos conceptos son completamente distintos del acuario infinito, el reloj perpetuo o el botón de «Partida terminada», que, en los días de Kant, eran las mejores interpretaciones de la naturaleza del espacio, el tiempo y la causalidad. Son digitales cuando el mundo es analógico, austeros y esquemáticos cuando el mundo es rico y de múltiples texturas, incluso vagos cuando buscamos la precisión, y provincianos para los objetivos y los intereses humanos hasta cuando deberíamos buscar la visión desde ninguna parte.

A veces resulta humillante pensar que los cimientos del sentido común no son más que prevenciones de uno de nuestros órganos. Pero la ciencia

y la razón han sabido desvelar muchos aspectos de la sustancia, el espacio, el tiempo y la causalidad que se oponen al sentido común, pero que vemos que tienen la posibilidad de ser verdaderos. En esta trascendencia, no desempeña una parte pequeña el análisis de estos conceptos, tal como aparecen en el lenguaje y el pensamiento, que hacen posible que se entiendan como parte de nuestra constitución y, en consecuencia, se descarten. Es la forma más cercana que tenemos de llegar al sueño de la ligera paloma de volar en el espacio vacío.

Capítulo 5

LA METÁFORA DE LA METÁFORA

> *When in the course of human events it becomes necessary for one people to dissolve the political bands which have connected them with another and to assume among the powers of the earth, the separate and equal station to which the Laws of Nature and of Nature's God entitle them, a decent respect to the opinions of mankind requires that they should declare the causes which impel them to the separation.* («Cuando en el transcurso de los acontecimientos humanos se hace necesario que un pueblo disuelva los vínculos que lo han unido a otro, y asumir entre las potencias de la tierra el estado separado e igual que las leyes de la naturaleza y el Dios de la naturaleza le reconocen, el respeto decoroso a las opiniones del ser humano exige que declare las causas que lo empujan a la separación.»)

La Declaración de Independencia de Estados Unidos tal vez sea el pasaje más conocido de prosa inglesa que expresa una idea política abstracta. Su tema, un reto al poder, desde hace mucho tiempo forma parte de la condición humana. Pero hasta ese momento, los desafíos al poder habían sido competiciones de pura fuerza, y aquí el reto se justificaba en los primeros principios que formularon los filósofos de la Ilustración. En efecto, no sólo eran la base con la que expresar ese reto, sino la base de las bases.

Pero en el centro de esta argumentación abstracta hay una cadena de metáforas concretas. Se trataba de los «vínculos» (*bands*) que han «unido» (*connected*) las colonias a Inglaterra, unos vínculos que había que «disolver» (*dissolve*) con el fin de obtener una «separación» (*separation*). (Hoy, la palabra inglesa *dissolve* [disolver] significa «absorber un líquido», pero originariamente significaba «soltar por la mitad».) En realidad, las cuatro metáforas aluden a una metáfora única y no formulada: LAS ALIANZAS SON VÍNCULOS. Vemos la metáfora en otras expresiones como *bonding* (vinculación afectiva), *attachment* (apego) y *family ties* (vínculos familiares).

También es evidente la metáfora en «empujar» (*impel*) —obligar a moverse—, cuyo sentido literal se pone de manifiesto en el sustantivo «impulsor» (*impeller*), la parte rotatoria que empuja el agua o el aire en una bomba, y su primo «propulsor» (*propeller*). La metáfora implícita es que LAS CAUSAS DE LA CONDUCTA SON FUERZAS. Subyace a sus parientes morfológicos «repeler» (*repel*) y «forzar» (*compel*), y las metáforas relacionadas con éstos, como «ímpetu» (*impetus*), «empuje» (*drive*), «fuerza» (*force*), «empujar» (*push*) y «presionar» (*pressure*). Se puede encontrar una metáfora afín en «las potencias de la Tierra» (*powers of the Earth*), que recuerda a «caballos de potencia» (*horsepower*) y «potencia eléctrica» (*electric power*): UN ESTADO SOBERANO ES UNA FUENTE DE FUERZA FÍSICA.

Un poco menos evidente es la metáfora de la historia humana, «el transcurso» (*course*), que se refiere a una trayectoria o un flujo, como en el «curso de un río» (*the course of a river*) y una «pista de carreras» (*racecourse*). La metáfora es que UNA SECUENCIA DE SUCESOS ES MOVIMIENTO A LO LARGO DE UNA TRAYECTORIA, un caso especial de la metáfora EL TIEMPO ES MOVIMIENTO, que veíamos en el capítulo anterior.

En el propio título del documento resuenan dos antiguas metáforas, que podemos ver en palabras afines. *To declare* (declarar) y *clarify* (esclarecer) provienen del latín «aclarar», un ejemplo de la metáfora ENTENDER ES VER, como en *I see what you mean, a murky writer* (Entiendo lo que quieres decir, un escritor opaco), y en *Shedding more heat than light* (Arrojando más calor que luz). E *independence* (independencia) significa «no depender de», un significado que se trasluce en *suspend* (suspender), *pendant* (pendiente) y *pendulum* (péndulo). Alude a un par de metáforas: SE APOYA LA DEPENDENCIA (*propped up* [apuntalado], *financial support* [apoyo económico], *support group* [grupo de apoyo]) y el SUBORDINADO ESTÁ POR DEBAJO DE (*control over him* [control sobre él], *under his control* [bajo su control], *decline and fall* [decadencia y caída]).

Si profundizamos todavía más, hasta la raíz de las palabras, desenterramos metáforas físicas de conceptos más abstractos aún: *event* (suceso), del latín *evenire*, significa «salir» (compárese con *venture* [incursión]). *Necessary* (necesario) viene de «persistente» (compárese con *cede* [ceder]). *Assume* (asumir) significaba «hacer suyo». *Station* (estado) es un lugar permanente, un ejemplo de la extendida metáfora que equipara estatus con ubicación. *Nature* (naturaleza) viene del latín «cualidades innatas» o de

«nacimiento», como en *prenatal* (prenatal), *nativity* (natividad) e *innate* (innato). *Law* (ley) en el sentido de «necesidad moral» se basa en *law* (ley) en el sentido de reglamentación elaborada por el hombre, del noruego antiguo *lag*, «algo establecido». La metáfora UNA OBLIGACIÓN MORAL ES UNA NORMA también se oculta detrás de *entitle* (dar derecho a), de la palabra latina que significa «inscripción». *Decent* (decoroso) significa «ser digno». *Respect* (respeto) significa «mirar hacia atrás a» (recordemos la palabra *aspect* [aspecto]), *kind* (tipo, especie) procede de la misma raíz germánica que *kin* (familiares), *require* (requerir) proviene de «buscar a cambio de».

Hasta las palabras con escaso contenido gramatical tienen una procedencia física. A veces es evidente en el inglés moderno, como en el pronombre *it* (ello) (UNA SITUACIÓN ES UNA COSA) y las preposiciones *in* (en) (TIEMPO Y ESPACIO), *to* (a, hacia) (LA INTENCIÓN ES MOVIMIENTO HACIA UNA META) y *among* (entre) (LA AFILIACIÓN ES PROXIMIDAD). A veces sólo es evidente en el ancestro de la palabra, por ejemplo en *of* (de), de la palabra germánica relacionada con «off», y *for* (por, para), del término indoeuropeo que significa «hacia adelante».

Y no queda mucho más. *Political* (político) procede del griego *polités*, que significa «ciudadano», que procede de *polis* «ciudad», que, más que una metáfora, es una metonimia, pero no deja de asociarse con algo tangible. *The* (el, la, los, las) y *that* (ese, esa) proceden de un antiguo término demostrativo indoeuropeo (origen también de *then* [entonces], *there* [allí], *they* [ellos, ellas] y *this* [este, esta]), que comúnmente se usa asociado con el acto de señalar. Solamente nos quedan *God* (Dios), *man* (hombre) y *people* (pueblo), que significan lo que significan y han significado desde hace mucho tiempo, y los términos casi lógicos *and* (y), *equal* (igual) y *cause* (causa).

Así que si el lenguaje es nuestro guía, la noble declaración de unos principios abstractos es realmente una historia con un argumento extraño y chapucero. Unos pueblos cuelgan de otros pueblos, conectados por unas cuerdas. Por una u otra razón, algo obliga al pueblo de abajo a cortar las cuerdas y situarse al mismo nivel que el pueblo que se encuentra arriba, que es lo que las normas exigen. Ven a algunos espectadores, y dejan al descubierto la idea que los espectadores tienen de qué fue lo que los obligó a cortar esas cuerdas.

Pero *¿debería* el lenguaje ser nuestro guía? Parece improbable que cualquiera que lea la declaración contemple las singulares imágenes con el significado literal de esas palabras o de su raíz. Al mismo tiempo, resulta chirriante descubrir que hasta la más etérea de nuestras ideas se exprese («esté presionada») mediante unas metáforas aplastantemente concretas. Lo que en los anteriores capítulos decíamos sobre el lenguaje y el pensamiento está lleno de estas metáforas: los sucesos como objetos, los estados como ubicaciones, saber como tener, comunicar como enviar, ayudar como dar, el tiempo como el espacio, la causalidad como una fuerza. ¿Qué deberíamos hacer con el descubrimiento de que las personas no pueden colocar dos palabras juntas sin recurrir a las alusiones y las alegorías? En este capítulo intentaremos abrirnos camino entre dos respuestas opuestas.

Tal vez no deberíamos hacer nada con todo esto. Todas las palabras debe acuñarlas un artífice de la palabra en algún punto de la nebulosa historia. Tal artífice tenía una idea que expresar, y necesitaba un sonido para hacerlo. En principio, cualquier sonido habría servido —un principio básico de la lingüística es que la relación de un sonido con un significado es arbitraria—, de modo que quien acuñara por primera vez una palabra que significara una determinada filiación política podría haber usado *glorg* o *schmendrick* o *mcgillicuddy*. Pero las personas no son muy dadas a hacer aparecer sonidos de la nada, y probablemente quisieran facilitar a quienes las escuchaban que entendieran la acuñación, en vez de tener que definirla o ilustrarla con ejemplos. Así que echaron mano de la primera metáfora que se les ocurrió y que pensaban que evocaría un significado similar en la mente de sus oyentes, por ejemplo *band* (banda) o *bond* (vínculo). Esta pista metafórica permitía que quienes escuchaban cayeran en la cuenta más rápidamente de lo que lo hubieran hecho de haber confiado sólo en el contexto, dando así a la palabra una ventaja en la competencia darwiniana entre los neologismos (tema que trataremos en el capítulo siguiente). La palabra se extendió y se hizo endémica en la comunidad, sumándose a la reserva de metáforas evidentes de la lengua. Pero luego vino a utilizarse con la suficiente frecuencia y en contextos suficientes para que, en un momento dado, los hablantes dejaran de lado la escalera en que se apoyaban, y hoy no piensan ni pizca en el referente metafórico. Persiste como un fósil semántico, una curiosidad para diversión de etimólogos y observadores de las palabras, pero sin más resonancia en nuestra mente que cualquier

otra secuencia de vocales y consonantes. Llamémosla «teoría del aguafiestas». Según ésta, la mayoría de las metáforas son metáforas muertas, como *Coming to a head* (Llegar a un punto crítico), que seguramente la gente dejaría de usar si supiera que alude a la acumulación de pus en un grano.

El otro extremo es que la mente humana puede pensar directamente sólo sobre experiencias concretas: visiones y sonidos, objetos y fuerzas, y los hábitos de conducta y el sentimiento de una cultura. Todas nuestras ideas son alusiones metafóricas a estos escenarios concretos. No podemos pensar en filiaciones políticas, por ejemplo, sin traer a la mente (quizá de modo inconsciente) algún tipo de adhesivo o de cuerda. Y cuando pensamos en el tiempo, se iluminan las partes del cerebro dedicadas al espacio. La inteligencia humana, con su capacidad para pensar un número ilimitado de pensamientos, evolucionó a partir del sistema de circuitos de los primates para enfrentarse al mundo físico y social, incrementado por una capacidad para extender estos circuitos a nuevos dominios mediante la abstracción metafórica. Y dado que las personas pensamos en las metáforas, la clave para entender el pensamiento humano está en deconstruir esas metáforas. Las personas discrepamos porque enmarcamos un problema con metáforas distintas, que empleamos sin tener conciencia de ello. Una crítica literaria lingüísticamente informada es la clave para resolver el conflicto y la frustración, desde la psicoterapia y el derecho a la filosofía y la política. Llamémoslo «teoría mesiánica». Una teoría que se basa en la idea de que PENSAR ES CAPTAR UNA METÁFORA: la metáfora de la metáfora.

AGUAFIESTAS Y MESÍAS

Las teoría del aguafiestas y la mesiánica pueden parecer las botellas de cien dólares que ocupan los extremos de la estantería del espabilado vendedor de vinos, pero ambas merecen nuestra atención. No puede haber duda de que *algunas* metáforas están completamente muertas —si no es el caso de «Disolver los vínculos» y de «Llegar a un punto crítico», sí lo es de aquellas que se forman a partir de raíces del latín y del antiguo noruego—. Al fin y al cabo, los anglohablantes de hoy no tienen un recuerdo jungiano colectivo de la imaginación metafórica de hablantes que murieron hace

ya mucho tiempo. Y si algunas metáforas pueden subsistir en la lengua como fósiles, todas ellas quedan ubicadas bajo una sombra de sospecha. El simple hecho de detectar una metáfora en el lenguaje no garantiza que los hablantes vean a través de ella. Como observaba en cierta ocasión un experto de lo simbólico, a veces un puro no es más que un puro.

Una señal de que las metáforas a menudo se ven en las inexactitudes es la prevalencia de las metáforas *mixtas*, en las que el hablante o el escritor improvisa dos metáforas relacionadas entre sí por la circunstancia de que subyacen a los significados, pero cuyo contenido literal es ridículo:

> No voy a dormirme en mis laureles [Kate Winslett, en los Oscar de 2002].[1]
> Una vez que se abre un bote de gusanos (se aborda un problema delicado), éstos siempre vuelven a casa a pasar la noche (siempre se pagan las consecuencias).[2]
> Esos profesores arremeten lanza en ristre contra los molinos de viento de un patriarcado capitalista de cuya tetilla se nutren.[3]
> Una vez más, el talón de Aquiles de la defensa de los Eagles ha mostrado su rostro fantasmagórico.[4]

La opacidad de las metáforas cotidianas también se manifiesta en expresiones inadvertidamente carentes de gracia (como el psicoterapeuta de la radio que dijo: «Para algunos pacientes, el cáncer puede significar una mayor experiencia [o un tumor mayor; *a growth experience*]»), en titulares ambiguos («El chef pone todo su empeño en [echa su corazón para; *throws his heart*] alimentar a los necesitados»), en los goldwinismos («Un acuerdo verbal no merece el papel en el que está escrito»), y en las siglas de un club llamado AWFUL (espantoso): Americans Who Figuratively Use «Literally»[5] (Norteamericanos que emplean «literalmente» en sentido figurado). Uno de los socios fundadores fue Rabbi Baruch Korff, defensor de Richard Ni-

1. Observación de Ilavenil Subbiah.

2. Del locutor de radio Mike McConel; <www.calvin.edu/academic/engl/lang/mixmet.htm>.

3. De «The Loafing Class», de David Horowitz, *Salon*, 8 de febrero de 1998.

4. De una retransmisión de la NFL.

5. Roger Tobin acuñó AWFUL; agradezco a David Birdsong que me hiciera reparar en esta palabra.

xon en el juicio sobre el caso Watergate, que en cierto momento protestó: «La prensa estadounidense ha castrado literalmente al presidente Nixon».

Pero en el otro extremo del estante, la ubicuidad de la metáfora en el lenguaje cotidiano es realmente un descubrimiento sorprendente, rico en implicaciones. Hasta el aguafiestas debe admitir que las metáforas estaban vivas en la mente de los acuñadores originarios y llamaban la atención de los primeros que las adoptaron. Y la inmensa cantidad de figuras del habla que caben en una única imagen (a la que no se menciona) indica que la metáfora tácita debe de haber sido transparente para gran cantidad de acuñadores y adoptadores durante mucho tiempo. Consideremos tan sólo unas pocas expresiones que se agrupan bajo el paraguas de DISCUTIR ES LA GUERRA, y que recogieron el lingüista George Lakoff y el filósofo Mark Johnson:[6]

> Tus pretensiones son indefendibles. Él atacó todos los puntos débiles de mi argumentación. Sus críticas dieron en la diana. Yo demolí sus argumentos. Nunca he ganado en una discusión con ella. ¿No estás de acuerdo? Vale, ¡dispara! Si empleas esta estrategia, él acabará contigo. Abatió todos mis argumentos.

O las muchas variaciones de EL AMOR ES UN VIAJE:

> Nuestra relación ha entrado en un callejón sin salida. Se ha parado; no podemos seguir por ese camino. Mira cuán lejos hemos llegado. Ha sido un camino largo y lleno de baches. Ahora no podemos dar marcha atrás. Estamos en una encrucijada. Tal vez debamos seguir por caminos distintos. La relación no va a ninguna parte. Nuestra relación se ha salido del camino. Nuestro matrimonio anda muy mal. Estoy pensando en largarme.

Estas metáforas carecen de la sal poética, por eso se pueden diferenciar de las metáforas literarias, como la de «Julieta es el sol». A veces se las llama «metáforas conceptuales», porque nadie se vio obligado jamás a *decir* «Discutir es la guerra» ni «El amor es un viaje»; la metáfora subyacente está implícita en la familia de tropos afines. También se las llama «metáforas generativas» porque las personas generan fácilmente tropos nuevos que pertenecen a la familia, como «Parapetó su teoría en un búnker», o «Marsha

6. G. Lakoff y Johnson, 1980.

le dijo a John que deberían pisar el freno».[7] Para que las expresiones proliferen con tanta facilidad, los hablantes y los oyentes deben diseccionar la metáfora implícita para poner al descubierto las conexiones entre las cosas a las que alude la metáfora y los conceptos abstractos de la que ésta realmente está hablando. (En la teoría literaria se habla de «vehículo» y «tema» de la metáfora; los científicos cognitivos hablan de «fuente» y «meta».)[8] Por ejemplo, para dominar las diversas expresiones de EL AMOR ES UN VIAJE, hay que comprender la metáfora conceptual con una precisión considerable. Lakoff explica:

> Los amantes son compañeros de viaje, y consideran que las metas de la vida son los destinos a los que deben llegar. La relación es su vehículo, y éste les permite perseguir juntos esos objetivos comunes. Se entiende que la relación cumple con su propósito siempre y cuando permita a los viajeros avanzar hacia sus metas comunes. El viaje no es fácil. Hay obstáculos, y hay lugares (encrucijadas) donde se debe decidir qué dirección tomar, y si conviene seguir viajando juntos.[9]

Quienquiera que no haya captado el sentido de esas expresiones podría usar de memoria algunas de ellas, pero no sería capaz de producir ni entender otras expresiones nuevas. Y una comunidad de mente tan literal nunca hubiera pensado que las metáforas les obligaban lo bastante para permitirles que se acumularan en la lengua del modo en que lo hicieron. Cuando se combina la productividad de las expresiones que encierra una metáfora generativa con la cantidad de metáforas generativas —Lakoff ha documentado cientos de ellas, desde la de LO GRANDE ES IMPORTANTE y EL CAMPO VISUAL ES UN CONTENEDOR, hasta LA ÉTICA ES LIMPIEZA y EL YO ES UN GRUPO DE PERSONAS—, hay que reconocer la posibilidad de que las metáforas generativas sean un fenómeno importante del lenguaje y una pista clara de nuestra constitución cognitiva.[10] Las ideas

7. «Metáfora generativa» de Schön, 1993; «Metáfora conceptual» de G. Lakoff y Johnson, 1980.

8. Los términos «vehículos» y «tema» fueron introducidos en la teoría literaria por I. A. Richards, 1936/1965.

9. G. Lakoff, 1993, pág. 206.

10. G. Lakoff, 1987; G. Lakoff, 1993; G. Lakoff, 1996; G. Lakoff y Johnson, 1980; G. Lakoff y Johnson, 2000; G. Lakoff y Núñez, 2000.

abstractas están conectadas de forma sistemática con experiencias más concretas.

La importancia de la metáfora

En la pregunta de cómo la mente humana maneja las metáforas conceptuales hay mucho en juego. Para empezar, la respuesta puede arrojar mucha luz sobre el desarrollo cognitivo y la educación. Es posible que los niños no comprendan las alianzas políticas ni la argumentación intelectual, pero no hay duda de que entienden qué son las gomas elásticas y las peleas. Las metáforas apuntan a una forma obvia en que las personas pueden aprender a razonar sobre conceptos nuevos y abstractos. Observarían, o se les habría señalado, un paralelismo entre un ámbito doméstico que ya entienden y un ámbito conceptual que aún no comprenden. Esto explicaría no sólo cómo aprenden los niños las ideas difíciles a medida que se hacen mayores, sino también cómo las personas de cualquier edad las aprenden en la escuela o de la prosa expositiva.[11] Las analogías, como EL ÁTOMO ES UN SISTEMA SOLAR O UN ANTICUERPO ES LA CERRADURA DE LA LLAVE, no sólo serían dispositivos pedagógicos, sino el mecanismo que la mente emplea para entender conceptos que, de otro modo, serían inaccesibles.

El atractivo de una metáfora hunde sus raíces a una profundidad aún mayor. Desde que Darwin y Wallace propusieron la teoría de la evolución por selección natural, las personas nos hemos preguntado de qué forma la mente humana desarrolló la capacidad de razonar sobre ámbitos abstractos, como la física, el ajedrez o la política, que no tienen ninguna relevancia para la reproducción ni para la supervivencia. El rompecabezas llevó al propio Wallace a discrepar de Darwin y atribuir la mente humana a un plan divino, anunciando así el movimiento del Diseño Inteligente que apareció en Estados Unidos más de un siglo después.[12] Pero la metáfora conceptual apunta a una forma de resolver el misterio.[13]

11. Kolodner, 1997; Mayer, 1993.
12. Gould, 1980.
13. S. Pinker, 1997b, cap. 5.

Las metáforas conceptuales que veíamos en los capítulos 2 y 4 tenían su raíz en la sustancia, el espacio, el tiempo y la causalidad (ésta, con sus raíces en la fuerza). Estos conceptos entraban sin duda en lo que nuestros ancestros en la evolución podían comprender. En el capítulo precedente veíamos los experimentos de Marc Hauser y sus colegas, que demostraban que los macacos de la India son capaces de razonar sobre la causa y el efecto (por ejemplo, saben que una mano con un cuchillo puede cortar una manzana, pero que una mano con un vaso no lo puede hacer). En otros experimentos, Hauser ha demostrado que los monos tití comprenden muy bien las relaciones espaciales y mecánicas que expresamos con los sustantivos, las preposiciones y los verbos.[14] Cuando se les da la oportunidad de alcanzar algo de comida que está detrás de una ventana, utilizando instrumentos dispuestos delante de ellos, los monos van por los ganchos y bastones más recios, y evitan otros similares que están partidos por la mitad o hechos de cuerda o pasta, y no desperdician el tiempo si se encuentran con una obstrucción o una abertura demasiado estrecha. Ahora imaginemos un paso evolutivo que hiciera posible que los programas neurales que llevan a cabo este tipo de razonamiento se soltaran del trozo de materia y trabajaran sobre símbolos que pueden representar casi cualquier cosa. La maquinaria cognitiva que computa las relaciones entre las cosas, los lugares y las causas, se podría emplear para las ideas abstractas. La ascendencia del pensamiento abstracto se haría visible en las metáforas concretas, una especie de vestigio cognitivo.[15]

Evidentemente, las fuentes de la mayoría de las metáforas de la vasta colección de Lakoff no son sólo los objetos, el espacio, el tiempo y la causalidad. Muchas de ellas son otras obsesiones verosímiles de un ancestro homínido, tales como el conflicto, las plantas y los conceptos básicos. Por ejemplo, el «vehículo» en la metáfora de EL AMOR ES UN VIAJE se puede entender como un contenedor que traslada a las personas por un sendero hasta alcanzar la meta. Si todo pensamiento es metafórico, y todas las metáforas se ensamblan a partir de conceptos biológicamente básicos, entonces tendríamos una explicación para la evolución

14. M. Hauser y Spaulding, en prensa; M. D. Hauser, 1997; M. D. Hauser, Pearson y Seelig, 2002.

15. S. Pinker, 1989, cap. 8; R. Jackendoff, 2002; S. Pinker, 1997b, cap. 5.

de la inteligencia humana. Ésta sería un producto de la metáfora y la combinatoria. La metáfora hace posible que la mente use unas pocas ideas básicas —sustancia, ubicación, fuerza, objetivo— para comprender ámbitos más abstractos. La combinatoria permite que un conjunto finito de ideas simples dé origen a un conjunto infinito de ideas abstractas.[16]

Otra secuela de la metáfora de la metáfora es el fenómeno del encuadre. Muchas de las discrepancias en los asuntos humanos no giran en torno a diferencias en los datos o la lógica, sino en torno a cómo se encuadra un problema. Así lo vemos cuando los adversarios «hablan sin entenderse» o cuando para entender algo se necesita un «cambio de paradigma». En el primer capítulo me refería a algunos casos: por ejemplo, invadir Irak frente a liberar Irak, poner fin a un embarazo frente a asesinar a un bebé que no ha nacido aún, y redistribuir la riqueza frente a confiscar las ganancias. Toda controversia gira en torno a una elección entre diversas metáforas, tales como la de los modelos en competencia de fuerza-dinámica que subyacen a una invasión (un antagonista que entra en una zona superando para ello la resistencia de un agonista) y una liberación (un antagonista quita a otro antagonista que impide el libre movimiento de un agonista). Una de las razones de que explicara las construcciones verbales en el capítulo 2 era que demuestran que hasta nuestros actos más cotidianos se pueden encuadrar de distintas maneras, por ejemplo la diferencia que existe entre *Spraying paint on the wall* (Rociar pintura sobre la pared) (causar que la pintura salga) y *Spraying the wall with paint* (Rociar la pared de pintura) (causar que la pared cambie).

Dentro de la psicología cognitiva, el ejemplo más famoso de los efectos del encuadre (al que aludí brevemente en el capítulo 3) procede de un experimento de Amos Tversky y Daniel Kahneman, que plantearon el problema siguiente a una muestra de médicos:[17] «Se calcula que 600 personas morirán a causa de una nueva cepa de la gripe. Se han diseñado dos programas para combatir la enfermedad». A continuación, a algunos de los médicos se les planteaba el siguiente dilema:

16. S. Pinker, 1997b, cap. 5.
17. Tversky y Kahneman, 1981.

> Si se adopta el programa A, se salvarán 200 personas. Si se adopta el B, hay un tercio de probabilidades de que se salven las 600 personas y dos tercios de probabilidades de que no se salve nadie. ¿Por qué programa se decantaría usted?

Si el lector es como la mayoría de los médicos, escogerá el programa A, la opción segura, y no el B, el programa arriesgado. Al otro grupo de médicos se les presentó un dilema distinto:

> Si se adopta el programa C, morirán 400 personas. Si se adopta el D, hay un tercio de probabilidades de que nadie fallezca, y dos tercios de probabilidades de que mueran las 600 personas. ¿Por qué programa se decantaría usted?

Si el lector es como la mayoría de los médicos que se enfrentaron a *esta* decisión, evitaría el programa C (la opción segura) y jugaría con el programa D (la opción arriesgada). Pero si se releen con cuidado los dos dilemas, se observará que las opciones son idénticas. Si con la ausencia de tratamiento morirían 600 personas, entonces salvar a 200 es lo mismo que perder 400, y no salvar a ninguna es lo mismo que perderlas a todas. Sin embargo, los médicos tomaron una decisión o la otra en función de cómo se enmarcara el menú de opciones. La diferencia esencial en la redacción de los dilemas aludía a una diferencia en las metáforas. Las personas que sobrevivían después de seguir un tratamiento se construían como una «ganancia» sobre lo que habría ocurrido si la epidemia se hubiera dejado sin tratamiento alguno, mientras que el conjunto de personas que morirían se consideraba una «pérdida» respecto a lo que ocurriría si la epidemia nunca se hubiera producido. De modo que se ha demostrado de forma independiente que las personas odian perder algo más de lo que disfrutan al ganarlo.[18] Por ejemplo, no les importa pagar algo con tarjeta de crédito incluso cuando se les dice que si pagan al contado tendrán un descuento, pero odian pagar la misma cantidad si se les dice que hay un recargo si utilizan la tarjeta. En consecuencia, a menudo se niegan a jugar a conseguir un posible beneficio (rechazan apuestas del estilo «Si sale cruz, ganas

18. Kahneman y Tversky, 1979.

120 dólares; si sale cara, pagas 100»), pero jugarían para evitar una posible pérdida (por ejemplo: «Si sale cara dejas de deber 120 dólares; si sale cruz, debes 100 dólares más»). (Este tipo de conducta *lleva de cabeza* a los economistas, pero las entidades de inversión la estudian detenidamente, con la esperanza de usarla a su favor.) La combinación de la aversión a las pérdidas y los efectos del marco explica el paradójico resultado: la metáfora de la «ganancia» hizo que los médicos sintieran aversión al riesgo; la metáfora de la «pérdida» hizo que se prestaran a jugar.

El estudio que Tversky y Kahneman realizaron en 1981, aunque es un tanto complicado, es el patrón oro para demostrar los efectos del encuadre partiendo de la conducta: sucesos idénticos, metáforas diferentes, decisión cambiada —y no simplemente cualquier decisión, sino una que afectaría a cientos de vidas—. Desde entonces, la idea de que el encuadre afecta al pensamiento se ha aplicado a muchos ámbitos de la actividad humana. El urbanista Donald Schön sostiene que una metáfora de «los problemas de las zonas urbanas deprimidas» llevó a los urbanistas a tratar los barrios de mucha población como si fueran plantas enfermas que se debían extirpar para prevenir la expansión de la putrefacción. La consecuencia fueron los desastrosos proyectos de «renovación urbana» de la década de 1960.[19] El juez Michael Boudin sostiene que a los jueces les pueden afectar de forma ilícita metáforas del tipo «la fruta del árbol venenoso» (unas pruebas obtenidas ilegalmente), el «muro de separación entre iglesia y estado», y los «monopolios de cuello de botella» (empresas que controlan un canal de distribución, como una red de suministro de energía o un servicio de listado de propiedades inmobiliarias).[20] En un libro sobre psicoterapia llamado *Metaphors in Mind* se insta a los terapeutas a que trabajen con las metáforas de sus pacientes, como «Tengo un radar sensible a las ofensas» y «Estoy atrapado detrás de la puerta».[21] Un libro sobre liderazgo empresarial llamado *The Art of Framing* analiza las referencias a los negocios como viajes, juegos, guerras, máquinas, organismos y sociedades.[22]

19. Schön, 1993.
20. Boudin, 1986. Véase también S. L. Winter, 2001.
21. Lawley y Tompkins, 2000.
22. Fairhurst y Sarr, 1996; véase también Clancy, 1989.

De la idea de que la mente es una creadora de metáforas se derivan muchas cosas. Analicemos en qué sentido lo es y en qué sentido no lo es.

El mesías de la metáfora

Si el reconocimiento de la metáfora llevara a una edad mesiánica, el mesías sería George Lakoff. Lakoff fue alumno de Chomsky en la década de 1960 y fundó los movimientos desidentes llamados «semántica generativa» y «lingüística cognitiva».[23] En una serie de interesantes libros, empezando por *Metáforas de la vida cotidiana* (del que fue coautor en 1980 junto con Johnson), ha analizado el mundo de las metáforas conceptuales con una deslumbrante perspicacia y una profundidad impresionante. Y ha llegado a unas sorprendentes conclusiones.

Lakoff es, con mucha diferencia, el mejor abogado de la metáfora de la metáfora. Ésta no es una floritura ornamental del lenguaje, dice, sino una parte esencial del pensamiento: «Nuestro sistema conceptual corriente, desde cuya perspectiva pensamos y actuamos, es de naturaleza fundamentalmente metafórica».[24] La vida mental empieza con unas pocas experiencias que no son metafóricas, concretamente las sensaciones, las acciones y los sentimientos que están integrados en nuestra constitución e implican al mundo físico. A partir de ahí, las metáforas conceptuales se adquieren mediante una especie de condicionamiento asociativo. Aprendemos que EL CONTROL ESTÁ ARRIBA porque hemos tenido la experiencia de luchas cuyo vencedor termina por situarse por encima de todos; que LAS METAS SON DESTINOS porque andamos hacia algo que deseamos; y que EL TIEMPO ES UN OBJETO EN MOVIMIENTO porque las cosas que se nos aproximan están cada vez más y más cerca a medida que transcurre el tiempo.

Pero con esto no está todo dicho. Dado que pensamos mediante metáforas asentadas en la experiencia física, y no mediante fórmulas lógicas con diferentes valores de verdad, toda la tradición del pensamiento occidental, desde los antiguos griegos, está fundamentalmente mal interpre-

23. R. A. Harris, 1993.
24. G. Lakoff y Johnson, 1980, pág. 3.

tada.[25] La razón no está basada en leyes abstractas, puesto que el pensamiento hunde sus raíces en la experiencia corporal. Y debemos rechazar el concepto de verdad objetiva o absoluta. Sólo hay metáforas en competencia, que son más o menos aptas para los fines de las personas que viven junto a ellas.

Así pues, la filosofía occidental no es un debate ampliado sobre el conocimiento, la ética y la realidad, sino una sucesión de metáforas conceptuales.[26] La filosofía de Descartes se basa en SABER ES VER, la de Locke en LA MENTE ES UN CONTENEDOR, la de Kant en LA ÉTICA ES UN PADRE RIGUROSO, etc. Las matemáticas tampoco se ocupan de una realidad platónica de verdades eternas.[27] Son una creación del cuerpo y los sentidos humanos, que surge de las actividades de moverse a lo largo de un camino y recoger, construir y medir objetos. Las ideologías políticas tampoco se pueden definir desde la perspectiva de supuestos o valores, sino sólo como versiones opuestas de la metáfora LA SOCIEDAD ES UNA FAMILIA. El derecho político compara la sociedad con una familia a cuyo frente está un padre riguroso, y la izquierda política, con una familia de la que se ocupan un padre o una madre nutrientes.[28]

Los debates políticos cotidianos son también concursos entre metáforas.[29] Los ciudadanos no son racionales ni prestan atención a los hechos, a menos que éstos encajen en unos marcos que están «fijados en las estructuras de [sus cerebros]».[30] George W. Bush, por ejemplo, en su primer mandato prometió *tax relief* (aliviar los impuestos), que enmarca a los impuestos como una dolencia; a quien alivia, como un héroe, y a cualquiera que se le oponga, como un villano. Los demócratas cayeron en la insensatez de ofrecer su versión del «alivio de los impuestos», que aceptaba el encuadre de los republicanos; era como pedir a las personas que no pensaran en un elefante. En vez de eso, deberían haber enmarcado los impuestos como las «cuotas de los socios» necesarias para mantener los servicios y las

25. G. Lakoff, 1987; G. Lakoff y Johnson, 2000.

26. G. Lakoff y Johnson, 2000.

27. G. Lakoff y Núñez, 2000.

28. G. Lakoff, 1996. Para una alternativa, véase S. Pinker, 2002, pág. 16, basado en Sowell, 1987.

29. G. Lakoff, 2004.

30. G. Lakoff, 2003.

infraestructuras de la sociedad a la que pertenecen. En 2005, a Lakoff se le asignó el papel de salvador del Partido Demócrata tras su sorprendente derrota en las elecciones presidenciales del año anterior. Lakoff consultó con sus líderes y estrategas, se dirigió a sus asambleas locales, y vio cómo su libro *Don't Think of an Elephant!* se convertía en un éxito de ventas y en un talismán liberal.[31]

Hoy, la lingüística ha exportado una serie de grandes ideas al mundo intelectual. Entre ellas están la diversificación de las lenguas como una inspiración para Darwin en su propuesta del origen de las especies; el análisis de los sonidos en contraste como paradigma del estructuralismo en la antropología y la crítica literaria; la hipótesis del determinismo lingüístico; y la estructura profunda y la gramática innata universal de Chomsky. Incluso con estos criterios, la teoría de la metáfora conceptual de Lakoff es algo serio. Si Lakoff está en lo cierto, la metáfora conceptual puede hacer cualquier cosa, desde dar la vuelta a 2.500 años de confianza equivocada en la verdad y la objetividad del pensamiento occidental hasta colocar a un demócrata en la Casa Blanca.

Creo que la metáfora conceptual tiene realmente unas profundas implicaciones para la comprensión del lenguaje y el pensamiento, pero opino que Lakoff lleva la idea un poquito demasiado lejos.

Empecemos por arriba, por el rechazo de Lakoff de la verdad, la objetividad y la razón desencarnada. Para ser justos, hay que decir que Lakoff no es un posmoderno ni un relativista cultural radical. Piensa que existe un mundo físico y no metafórico, y cree que una naturaleza humana, incrustada en nuestro cuerpo e interactuando con el mundo, ofrece unas experiencias universales que sirven de base a muchas metáforas que son comunes para la humanidad. Pero también cree que muchas de las metáforas en que se asienta nuestra razón son específicas de una cultura, y hasta el universalismo que profesa es un tipo de relativismo-*de la especie*: nuestro conocimiento no es más que una herramienta adecuada para los intereses y el cuerpo del *Homo sapiens*. Como tal, la versión de Lakoff del relativismo es vulnerable a las dos refutaciones del relativismo en general.[32]

31. M. Bai, «The framing wars», *The New York Times Magazine*, 17 de julio de 2005.

32. Nagel, 1997; J. R. Searle, 1993b.

La primera es que nuestra mejor ciencia y nuestras mejores matemáticas pueden prever que el mundo se comportará de forma que resultaría sorprendente si las teorías no caracterizaran a la realidad. Como ha señalado Richard Dawkins, hasta el relativista más acérrimo acudirá a la próxima conferencia en un jet diseñado según las metáforas de la física moderna, y no en una alfombra mágica diseñada según alguna metáfora opuesta: «Mostradme a un relativista a mil metros de altura y os mostraré a un hipócrita».[33] De nada sirve decir que las metáforas científicas son meramente «útiles», a menos que uno reprima toda curiosidad sobre por qué unas metáforas son útiles y otras no. La respuesta evidente es que algunas metáforas pueden expresar verdades sobre el mundo. Así pues, aun en el caso de que el lenguaje y el pensamiento empleen metáforas, esto no implica que el conocimiento y la verdad estén obsoletos. Puede ser que implique que las metáforas pueden captar de forma objetiva y verdadera aspectos de la realidad. En un apartado posterior, veremos cómo pueden hacerlo.

La otra refutación es que los relativistas, por su propio esfuerzo por convencer a los demás de la verdad del relativismo, están comprometidos con la idea de verdad objetiva.[34] Atraen mediante la persuasión a quienes los apoyan —el servicio de vigilancia de los hechos y la lógica—, y no mediante sobornos ni amenazas. Se enfrentan a sus críticos con el debate y la razón, no con el duelo con pistolas ni arrojándose las sillas como los invitados de un programa de entrevistas. Y si se les pregunta si su clase de relativismo es un montón de mentiras, lo negarán, y argüirán sin aportar razones que la pregunta no tiene sentido. Basta con leer las primeras líneas de *Philosophy in the Flesh* de Lakoff y Johnson:

> La mente está inherentemente encarnada.
> El pensamiento es, en su mayor parte, inconsciente.
> Los conceptos abstractos son, en gran medida, metafóricos.
> Éstos son los tres hallazgos de gran importancia de la ciencia cognitiva. Se ha acabado ya con más dos milenios de especulación filosófica *a priori* sobre estos aspectos de la razón. Debido a esos descubrimientos, la filosofía nunca podrá ser la misma.

33. Richard Dawkins, 1998.
34. Nagel, 1997; J. R. Searle, 1993b.

«La mente está inherentemente encarnada» —y no «Ofrecemos la metáfora de que la mente está inherentemente encarnada»—. «Estos hallazgos; estos descubrimientos» —y no «estos útiles encuadres»—. «Incoherentes con la filosofía occidental.» Lakoff y Johnson no se pueden controlar. En el propio acto de presentar su tesis, presuponen unas ideas trascendentes de la verdad, la objetividad y la necesidad lógica que ellos pretenden, de forma evidente, socavar. Aun suponiendo que aceptemos la idea de Lakoff de que los conceptos abstractos son de algún modo metafóricos, el siguiente paso fundamental es demostrar que el pensar metafóricamente es algo racional, y no abandonar por completo la racionalidad.

Si pasamos de la filosofía a la psicología, descubrimos un gran problema en la afirmación de que la mayor parte de nuestro pensar es metafórico: las personas vamos más allá de las metáforas implícitas en nuestra lengua sin esfuerzo alguno. Ya he hablado de la idea del aguafiestas según la cual muchas, si no la mayoría, de las metáforas conceptuales resultan opacas para los hablantes corrientes. Esto implica que los hablantes disponen de los medios para considerar los conceptos subyacentes: la idea abstracta de una aproximación a un punto culminante, no la idea concreta de la cabeza de un grano; la idea abstracta de una profusión de problemas, no la idea concreta de un bote de gusanos (un problema delicado).

La psicología experimental es un campo de aguafiestas, y varios de ellos han demostrado que las personas no hurgan en busca de una metáfora conceptual cada vez que entienden una metáfora convencional. Los psicólogos Boaz Keysar, Samuel Glucksberg y sus colaboradores mostraban a las personas cadenas de frases construidas en torno a una metáfora conceptual:[35]

> «El amor es un paciente —dijo Lisa—. Me parece que esta relación está en las últimas. ¿Cómo podemos tener un matrimonio sólido si no paras de admirar a otras mujeres?» «Son tus celos», dijo Tom.

Los autores del experimento razonaban que si los lectores realmente pensaran en la metáfora subyacente, deberían estar preparados para un

35. Keysar, Shen, Glucksberg y Horton, 2000; véase también Bowdle y Gentner, 2005.

nuevo ejemplo, como el de «Estás infectado de esta enfermedad». Y entonces deberían reconocerlo más deprisa que si llegara de improviso, después de una sosa introducción en la que no se mencionara la metáfora:

> «El amor es un desafío —dijo Lisa—. Me parece que esta relación tiene problemas. ¿Cómo podemos tener un matrimonio duradero si no dejas de admirar a otras mujeres?» «Son tus celos», dijo Tom.

De hecho *no* había ventaja alguna: la introducción con las metáforas convencionales dejaba a los lectores sin preparación para la nueva, indicando así que simplemente no se detectaba la metáfora conceptual subyacente. En una tercera situación, se obligaba a los lectores a pensar en la metáfora conceptual, porque esta vez las frases introductorias tenían unas metáforas no convencionales:

> «El amor es un paciente —dijo Lisa—. Me parece que esta relación está a punto de que se le termine toda actividad cerebral o cardíaca. ¿Cómo le vamos a administrar la medicina si no dejas de admirar a otras mujeres?» «Son tus celos», dijo Tom.

Esta vez los lectores comprendieron con mayor rapidez la frase sonda que hablaba de estar infectado de una enfermedad —con la misma rapidez que cuando la historia se refería literalmente a estar infectado de una enfermedad real—. La conclusión de los psicólogos fue que las personas saben leer a través de la expresión metafórica hasta llegar a sus conceptos subyacentes, pero sólo cuando se trata de una metáfora recién elaborada. Cuando la metáfora es convencional, como la mayoría de las que aduce Lakoff, las personas van directamente al significado abstracto.

Las personas no sólo podemos ignorar las metáforas, sino que las podemos cuestionar y pasar por alto, y analizar qué aspectos son aplicables y cuáles se deben dejar de lado. En efecto, llamar la atención sobre metáforas convencionales es un género de humor habitual, como cuando Steven Wright preguntaba: «Si todo el mundo es un escenario, ¿dónde se sienta el público?», o en el chiste afroamericano: «Tu mamá es una boba, puso una regla junto a la cama para ver cuánto dormía (de largo)». El siguiente es otro ejemplo, incluido en una viñeta de Dilbert:

Chiste aparte, las personas no podrían analizar sus metáforas si no dominaran un medio de pensamiento subyacente que es más abstracto que las propias metáforas. Como tampoco podrían, en este sentido, usar una metáfora conceptual con la que pensar. Cuando se razona sobre una relación, está bien meditar sobre la contrapartida de un destino común, hasta el punto que uno alcance, y sobre los baches que llenan el camino. Pero estaría gravemente trastornado quien empezara a preguntarse si tuvo tiempo de hacer las maletas o dónde estará la próxima gasolinera. Al prepararme para un debate, puedo imaginar cómo desmontar la argumentación de otra persona y defender la mía, pero más me conviene no preocuparme de salvaguardar mis líneas de aprovisionamiento, ni de imponer bonos de guerra, ni de ocuparme de los pacifistas al estilo de los que se oponían a la guerra de Vietnam y que habitan en mi propia casa. El razonamiento no se puede entregar directamente a las metáforas como parte del pago. Se debe entregar en una moneda más básica que capte los conceptos abstractos que comparten la metáfora y su tema —avanzar hacia una meta compartida en el caso de los viajes y las relaciones, entrar en conflicto en el caso de discutir o de la guerra—, al tiempo que nos deshacemos de las partes irrelevantes.[36]

Por esta razón, no debería sorprendernos descubrir que hasta una metáfora tan omnipresente como la de EL TIEMPO ES ESPACIO no dependa del concepto de tiempo que de hecho acampa en la propiedad neuronal que el concepto de espacio usa. David Kemmerer ha demostrado que algunos pacientes con lesiones cerebrales pueden perder la capacidad de com-

36. R. Jackendoff, 1983, 1992, cap. 3, 2002; R. Jackendoff y Aaron, 1991; Maratsos, 1988; Murphy, 1996 [cap. 3 de Jackendoff, 1992].

prender las preposiciones que se refieren al espacio, como en *She's at the corner* (Ella está en la esquina) y *She ran through the forest* (Ella corría por el bosque), al tiempo que retienen la capacidad de comprender las mismas preposiciones referidas al tiempo, como en *She arrived at 1:30* (Ella llegó a la 1:30) y *She worked through the evening* (Ella trabajó toda la tarde).[37] Otros enfermos mostraban un patrón opuesto. Esto indica que los circuitos del cerebro responsables de la comprensión del espacio y de la comprensión del tiempo son distintos, pese a que en la metáfora se solapen.

Cuando pensamos en cómo se aprenden las metáforas conceptuales, también se nos plantea la necesidad de un estrato del pensamiento más profundo que la metáfora. Recordemos que Lakoff invoca una teoría de Pavlov, según la cual, por ejemplo, aprendemos que MÁS equivale a ARRIBA a través de experiencias como la de observar que una pila de libros va subiendo y subiendo a medida que se van apilando sobre la mesa. Pero esto se convierte en algo absurdo cuando nos enfrentamos a metáforas más complejas. No necesitamos la ayuda de quien se sienta a nuestro lado en un viaje en autobús a través del país para apreciar que el amor es un viaje, ni ver que un par de personas enfrentadas sacan la pistola para imaginar que las discusiones son como la guerra. Así pues, Lakoff apela a la «similitud» como una segunda teoría de cómo se adquieren las metáforas conceptuales: después de que aprendemos que UNA META ES UN VIAJE por el método de Pavlov (es decir, llegamos al patio de recreo sólo después de avanzar hacia él con mucha dificultad), extendemos la metáfora a una relación amorosa porque la meta de una relación es como la meta de un destino físico, como un patio de recreo. Pero entonces es el carácter abstracto de una idea como «meta» el que realiza todo el trabajo. Las ideas abstractas definen las dimensiones de la similitud (por ejemplo, la forma en que un patio de recreo es como una aspiración amorosa) que hacen posible que una metáfora conceptual se aprenda y se use. No se puede pensar con una metáfora sola.

37. D. Kemmerer, 2005.

Bajo la metáfora

Si aprender y usar una metáfora nos obliga a manipular las ideas que se encuentran en un estrato más profundo del pensamiento, ¿tenemos idea de qué son esas ideas? Podemos vislumbrarlas en una versión más moderada de la teoría de la metáfora conceptual que descubrió originariamente Jeffrey Gruber, colega de Lakoff en el MIT, y que desarrolló otro alumno, Ray Jackendoff.[38]

En el capítulo 2 vimos el fenómeno clave: los verbos del tipo *go* (ir), *be* (ser, estar) y *keep* (guardar) no se utilizan únicamente para indicar la ubicación (*The doctor kept Pedro at home* [El médico hizo que Pedro se quedara en casa]), sino también para indicar estados (*The doctor kept Pedro healthy* [El médico mantuvo sano a Pedro]), propiedades (*Pedro kept the house* [Pedro guardó la casa]) y tiempo (*Pedro kept the practice session at noon* [Pedro mantuvo la sesión de entrenamiento al mediodía]). Jackendoff observó que estos verbos conservan una parte de su significado en todos sus usos físicos y no físicos, pero no otras partes. La parte que se preserva es un armazón de conceptos espaciales y de fuerza-dinámica como los que analizamos en los capítulos 2 y 4: cosa, sustancia, conglomerado, lugar, camino, agonista, antagonista, meta, medios. A continuación se etiqueta el armazón con un símbolo de un campo semántico, como ubicación, estado, propiedad o tiempo. Por ejemplo, el armazón que hay detrás de *keep* (guardar) en *He kept the money* (Él guardó el dinero) podría especificar un antagonista que se opone a la tendencia a alejarse de un agonista, con una etiqueta pegada que dice «propiedad». El concepto que se oculta detrás de *keep* (guardar) en *He kept the book on the shelf* (Él guardó el libro en el estante) tendría el mismo armazón, pero llevaría la etiqueta «ubicación».

El sabor metafórico del lenguaje se debe al hecho de que los conceptos propios del armazón, como «ir», «lugar» y «agonista», mantienen las conexiones con el razonamiento físico. Entran en acción con mayor facilidad con la experiencia de observar cómo se mueven las cosas a nuestro alrededor; los niños los usan en sentidos espaciales antes de utilizarlos en sentidos abstractos; y es posible que hayan evolucionado a partir del circuito

38. Gruber, 1965; R. Jackendoff, 1978, 1983, 1990, 2002.

del razonamiento físico de nuestros ancestros primates. Pero, dado que participan en el pensamiento de momento-a-momento, son símbolos abstractos, y no necesitan acarrear consigo imágenes de fragmentos de materia que vayan rodando por ahí. En este sentido, no son genuinamente metafóricos, al menos no en el sentido de Lakoff.

En este punto nos podemos preguntar: si los conceptos que hay detrás de una metáfora conceptual no son, en última instancia, nada más que símbolos abstractos como *x*, *y* y *z*, ¿en qué sentido *cualquier* idea de metáfora desempeña un papel en la mente del adulto? ¿Y por qué, en el transcurso de la historia, los avances o la evolución, la maquinaria mental para la ubicación se emplearía también para la propiedad, la circunstancia o el tiempo, si a todos ellos simplemente se les priva de cualquier contenido que tenga que ver con el espacio real?

La respuesta es que existen unas herramientas de la *inferencia* que se pueden trasladar del ámbito físico al no físico, donde realmente pueden ponerse a trabajar. Por ejemplo, la propia naturaleza del espacio, el tiempo y la causalidad implica que si A traslada B a C, entonces B no estaba en C en un momento anterior, aunque ahora lo esté. También es verdad que si A no hubiera hecho el traslado, B no estaría en C. Y lo más importante es que el mismo silogismo se aplica al ámbito de la propiedad. Si A *da* B a C, entonces B *no era propiedad* de C en un momento anterior, aunque ahora lo sea. Y si A no hubiera hecho la donación, C no poseería B ahora. De manera que si un organismo que sabe razonar sobre el espacio puede deducir sus reglas a partir de los contenidos espaciales *per se*, tendría la capacidad de razonar sobre la propiedad de forma automática, y haría el mismo tipo de predicciones sobre el futuro y los mismos tipos de inferencias sobre el pasado.

Evidentemente, el hecho de que el razonamiento espacial para la propiedad y otros dominios abstractos vayan juntos sólo puede llegar hasta aquí. El espacio físico es tridimensional y continuo, mientras que la propiedad es unidimensional y de carácter «todo o nada». Por esta razón, la metáfora de DAR ES MOVER no siempre tiene sentido: uno puede dar algo *hacia arriba* o *hacia adelante*, o darlo *hasta medio camino hacia Bill*.[39] Pero si algunas partes de las reglas espaciales se injertan en el ámbito de la pro-

39. R. Jackendoff, 1992, cap. 3.

piedad, al tiempo que se podan otras partes, uno dispone ya de la base para razonar sobre la propiedad.

Y lo mismo ocurre con los tiempos, los estados y las causas. El tiempo realmente es una dimensión como el espacio, por lo que podemos emplear herramientas de la cognición espacial para lidiar con él (con condiciones como la de que el tiempo es unidimensional y el futuro difiere del pasado, como veíamos en el capítulo 4). Más en general, podemos usar los mecanismos mentales para el espacio para ocuparnos de *cualquier* variable continua, desde la salud a la inteligencia y al Producto Interior Bruto. Con un razonamiento similar, la maquinaria cognitiva para la dinámica de la fuerza tiene lo suficiente en común con la lógica de los contrafactuales («De no ser por el antagonista, el agonista se habría quedado inmóvil») para que, vaciada de su contenido por la física tradicional, se pueda utilizar para enmarcar pensamientos causales abstractos («De no ser por el escándalo, Melvin seguiría siendo gobernador»), y no simplemente bandazos y trompicones. Ésta es la razón de que el lenguaje del espacio y la fuerza sea tan omnipresente en el discurso humano: pocas son las cosas de la vida que no se pueden caracterizar en términos de variables y de causalidad de los cambios que en ellas se producen.

En este sentido, las metáforas son útiles para pensar en la medida en que son *analogías* —que sirven de base para razonamientos del tipo «A es a B como X es a Y»—.[40] Aunque muchas metáforas y muchos símiles no hacen más que comentar una semejanza perceptual (como en «Las nubes a la puesta del sol se asemejaban a un langostino hervido»), las más útiles aluden a la forma en que la fuente de la metáfora se compone de unas partes. La fuente (por ejemplo, un viaje) se desmenuza en algunos componentes esenciales (A, B y C). La metáfora pone estos componentes en correspondencia con los componentes del objetivo (por ejemplo, una relación amorosa): A con X, B con Y, C con Z. Luego algún concepto que en la fuente está relacionado con A, por ejemplo B, se emplea para reconocer un concepto análogamente relacionado del objetivo, por ejemplo Y. En un viaje, a veces uno debe pasar por sitios llenos de baches para llegar a su destino. La forma en que el amor es como un viaje es que la experiencia de la relación es como la experiencia de viajar por la carretera, y el des-

40. Gentner, Bowdle, Wolff y Boronat, 2001.

tino es como la meta compartida. *Ergo*, podríamos deducir, para que una pareja alcance una meta compartida deben estar preparados para aguantar períodos de conflicto.

Por esta razón Lakoff está en lo cierto al insistir en que las metáforas conceptuales no son sólo unos adornos, sino también ayudas para la razón —son «metáforas con las que vivimos»—. Y las metáforas pueden generar inferencias complejas y no sólo evidentes del estilo «Si te deshaces de algo, ya no lo posees» o «Si te acobardas al primer signo de conflicto, nunca tendrás una relación satisfactoria». Donald Schön cuenta un problema de ingeniería al que se enfrentaron quienes diseñaron las primeras brochas hechas con cerdas sintéticas.[41] Comparadas con las de cerdas naturales, extendían la pintura de forma irregular, y ninguna de las mejoras que se les pudieran ocurrir a los ingenieros (variar el diámetro, separar las puntas como si fueran pelos) resolvía el problema. Entonces alguien dijo: «Mira, una brocha es como una especie de bomba». Cuando el pintor dirige la brocha contra una superficie, ejerce una fuerza sobre la pintura, que sale a través de los espacios que hay entre las diferentes cerdas, los cuales actúan como canales o tuberías. Resultaba que una brocha de cerda natural formaba una curva gradual cuando se aplicaba a una pared, mientras que la sintética formaba un ángulo bien destacado, bloqueando los canales, como hace un plisado en la manguera del jardín. Al variar la densidad de las cerdas a lo largo de su extensión, los ingenieros consiguieron que la brocha sintética se curvara con mayor suavidad y, de este modo, extendiera la pintura de forma más regular. El primer paso y el fundamental fue la metáfora de la bomba, que los llevó a reconstruir una brocha, partiendo de una gran pala que extiende pintura por una superficie, hasta llegar a un conjunto de canales que bombean la pintura hacia las puntas de las cerdas. (Por cierto, obsérvese que estas metáforas usan la geometría esquemática de los nombres y las preposiciones que analizábamos en el capítulo anterior.)

La historia de la brocha demuestra que el poder de la analogía no procede de la observación de una simple similitud de las partes (las cerdas sintéticas son como las naturales; las cerdas naturales tienen las puntas abiertas; hagamos entonces que las sintéticas tengan las puntas abiertas).

41. Schön, 1993.

Procede del hecho de observar las *relaciones* entre las partes, incluso si éstas son muy diferentes. Una brocha no se parece en nada a una bomba, pero las relaciones entre las partes de una brocha son como las relaciones de las partes de una bomba. Un espacio entre las cerdas es como el espacio interior de una manguera; al doblar la brocha se empuja la pintura a través de esos canales, como al comprimir una cámara se empuja agua por la manguera, etc. La psicóloga Dedre Gentner y sus colaboradores han demostrado que centrarse en las relaciones es la clave del poder de la analogía como herramienta del razonamiento.[42] Señalan que muchas teorías científicas se formularon antes como analogías y, a menudo, la mejor forma de explicarlas es como tales: la gravedad es como la luz, el calor es como un fluido, la evolución es como la cría selectiva, el átomo es como un sistema solar, los genes son como mensajes codificados. Pero para que una analogía sea científicamente útil, las correspondencias no se pueden aplicar a una parte de una cosa que meramente se parezca a una parte de la otra. Tienen que aplicarse a las *relaciones* que hay entre las partes, y aún mejor, a las relaciones entre las relaciones, y a las relaciones entre las relaciones entre las relaciones.

Por ejemplo, a principios del siglo XIX, el físico francés Sadi Carnot expuso los principios de la termodinámica que explican el funcionamiento de los motores impulsados por el calor, donde una diferencia de temperatura se puede convertir en trabajo.[43] (Por ejemplo, en un tipo de motor de vapor, el vapor caliente de un extremo de una cámara cerrada se expande y empuja un pistón hacia el otro extremo. Pero el pistón sólo se moverá si el otro extremo está más frío para que su contenido se haya condensado; de no ser así, el vapor de esta parte se limitará a empujar hacia atrás y el pistón no se moverá.) La explicación de Carnot empleaba una analogía punto por punto entre la transferencia de calor entre dos cuerpos conectados y la caída del agua por una catarata. La diferencia de altura entre la parte superior y la inferior de la catarata se corresponde con la diferencia de temperatura entre los cuerpos caliente y frío. La cantidad de agua de la parte superior se corresponde con la cantidad de calor del objeto más caliente.

42. Gentner, 1983; Gentner, Bowdle, Wolff y Boronat, 2001; Gentner y Jeziorski, 1989. Véase también Holyoak y Thagard, 1996.

43. Gentner y Jeziorski, 1989.

La máxima energía de la que se puede disponer en una catarata depende conjuntamente de la diferencia de altura y de la cantidad de agua que haya en la parte superior, del mismo modo que la cantidad de energía de que se puede disponer en un motor de vapor depende conjuntamente de la diferencia de temperatura y la cantidad de calor del cuerpo más caliente. Si hubiera que representar con un diagrama los dos sistemas, indicando qué depende de qué y qué causa qué, la geometría de ambos diagramas sería la misma; sólo cambiarían las etiquetas.

Carnot procuró emparejar los entes de ambos dominios de forma coherente y uno a uno (el calor del cuerpo más caliente con el volumen de agua de la parte superior de la catarata, etc.). Se centró en la relación entre los entes (la diferencia de temperatura para el calor, la diferencia de altura para el agua) y dejó de lado sus propiedades individuales, como el hecho de que el agua es clara y húmeda, o que las cosas calientes se enrojecen. Y no dejó que lo desviara del tema la confraternización real que hay entre un ente de un dominio y un ente del otro, por ejemplo el hecho de que la propia agua puede estar caliente o el de que los motores de vapor utilizan agua (que es lo que el jefe de Dilbert hacía al pensar en unas águilas que usaban *software*).

Gentner y su colaborador Michael Jeziorski señalan que esta disciplina mental es esencial para hacer un buen uso de la analogía en la ciencia, pero no fue nada fácil.[44] La mayoría de profesionales anteriores a la era de la ciencia, y la mayoría de los proveedores de la pseudociencia de hoy, tuvieron o tienen la aparente osadía de mezclar sus metáforas, entrelazar las conexiones y dejarse seducir por una similitud superficial. Los alquimistas, por ejemplo, establecían una analogía entre el sol y el oro porque ambos son de color amarillo, pero a Júpiter lo relacionaban con el estaño, porque Júpiter es el dios del firmamento y se creía que éste estaba hecho de estaño; y a Saturno con el plomo, porque se mueve despacio, como si pesara como el plomo, pero también porque éste es oscuro, como la noche, que, a su vez, es como la muerte, y Saturno es el que está más alejado del sol, el que da la vida, por lo que Saturno es el señor de la muerte. Se pensaba que el amontonamiento de alusiones metafóricas y metonímicas hacía que el sistema fuera *más* convincente, cuando, según los criterios modernos, ocurre todo lo contrario.

44. Gentner y Jeziorski, 1989.

En la actualidad, el simbolismo impreciso, las similitudes superficiales y el voluble trazado de mapas son el sello distintivo de muchos tipos de curanderismo: el principio «lo igual trata a lo igual» de la homeopatía (por ejemplo, tratar la polinosis con una tintura que ha estado en contacto con cebollas), el uso del parecido en la medicina popular (por ejemplo, el polvo de cuerno de rinoceronte para tratar la disfunción eréctil), la lectura del significado de los números que se corresponden con las letras de una palabra en la cábala o apuñalar a un muñeco que se parece a un enemigo en el vudú y otras formas de magia simpatética.

Las analogías poco estables y las que se solapan son también un indicio de mala escritura y enseñanza científicas. El sistema inmunológico es como un centinela, menos cuando es una cerradura con su llave; no, un momento, es un recogedor de basura. Los mejores autores científicos, por el contrario, localizan las coincidencias más significativas en una analogía e interceptan las que inducen a error. En *El relojero ciego,* Richard Dawkins explica cómo la selección sexual puede producir vistosas disposiciones, como la enorme cola del pájaro tejedor. Los rasgos de los machos que atraen a las hembras pueden variar muchísimo en el transcurso de una evolución, explica Dawkins, porque existen muchas combinaciones estables de la longitud de la cola preferida por las hembras y una longitud real de la cola en la población en cuestión (que, a su vez, es un compromiso entre la longitud que preferían generaciones anteriores de hembras difíciles de contentar, y la longitud que es la mejor para poder volar). Los matemáticos llaman a este fenómeno «línea de los equilibrios», y han establecido las condiciones que lo producen, utilizando para ello abstrusas ecuaciones. Pero Dawkins explica la idea como sigue:

> Imaginemos que una habitación cuenta con un dispositivo que produce calor y con otro que produce frío, cada uno con su propio termostato. Ambos termostatos están programados para mantener una temperatura constante de 22 grados centígrados. Si la temperatura baja hasta los 20 grados, el calentador se enciende de forma automática y el refrigerador se apaga, también automáticamente. Si la temperatura supera los 22 grados, el refrigerador se enciende y el calentador se apaga. Lo análogo de la longitud de la cola del pájaro tejedor no es la temperatura (que permanece constante en 22 grados), sino el nivel total de consumo de electricidad. La cuestión es que hay muchas

formas distintas de conseguir la temperatura deseada. Se puede conseguir haciendo que los dos dispositivos funcionen a toda marcha: el calentador echando aire caliente, y el refrigerador trabajando a toda máquina para neutralizar el calor. O se puede conseguir haciendo que el calentador eche un poco menos de aire caliente, y que el refrigerador funcione a marcha más lenta para neutralizarlo. O se puede conseguir haciendo que ambos dispositivos funcionen a una marcha muy lenta. Obviamente, la última es la solución más deseable desde la perspectiva de la factura de la luz pero, por lo que se refiere al objetivo de mantener una temperatura constante, cada una de las otras alternativas es igualmente satisfactoria. Tenemos una *línea* de puntos en equilibrio, y no un único punto.[45]

En los pasajes que he subrayado, Dawkins prevé que los lectores puedan conectar equivocadamente los entes del mundo con los entes de la analogía, y redirige su mirada hacia los puntos de correspondencia que le interesan.

Las analogías científicas legítimas como las de Carnot, Schön y Dawkins plantean la pregunta de por qué las metáforas deben ser tan útiles en el ámbito del conocimiento, donde creemos que controlamos perfectamente la verdad. En el caso de las metáforas basadas en el espacio y la fuerza, hay poco de qué sorprenderse, porque no hacen sino ser utilizadas para hablar sobre las variables y el cambio causal, que son un lenguaje universal de la ciencia. Pero cuando se trata de metáforas más complejas, la utilidad parece algo que casi da miedo. ¿Qué hay en el mundo, o qué hay en *nosotros*, que hace posible que los calentadores y los acondicionadores de aire arrojen luz sobre la cola del pájaro tejedor? Recordemos que Lakoff señala que nuestro conocimiento científico, como todo tipo de conocimiento, está limitado por las metáforas, que pueden ser más o menos adecuadas o útiles, pero no son descripciones precisas de una verdad objetiva. El filósofo Richard Boyd saca la moraleja opuesta.[46] Dice que «el uso de la metáfora es uno de los muchos dispositivos con que cuenta la comunidad científica para llevar a cabo la tarea de *adecuación del lenguaje a la estructura causal del mundo*. Con ello quiero referirme a la tarea de introducir una terminología y modificar el uso de la existente, de manera que

45. R. Dawkins, 1986, págs. 210-211.
46. Boyd, 1993.

podamos disponer de las categorías lingüísticas que describen las características significativas, desde los puntos de vista causal y explicativo, del mundo».

La metáfora en la ciencia, indica Boyd, es una versión del proceso cotidiano en el que se obliga a la metáfora a llenar los vacíos del vocabulario de una lengua, como *rabbit ears* (orejas de conejo) para referirse a aquellas antenas que se colocaban encima del televisor (antenas de cuernos). Los científicos descubren constantemente nuevos entes que carecen de nombre, por lo que a menudo recurren a una metáfora para proporcionar la etiqueta que se necesita: *selection* (selección) en la evolución, *kettle pond* («agujero tetera»; hoya glacial) en geología, *linkage* (mecanismo de conexión) en genética, etc. Pero el contenido de la metáfora no los coarta, porque la palabra, en su nuevo sentido científico, es distinta de la palabra originaria de la lengua (una especie de polisemia). A medida que los científicos van comprendiendo con mayor profundidad y detalle el fenómeno que se han propuesto como meta, destacan los aspectos de la metáfora que se deberían tomar en serio y separan aquellos que conviene olvidar, exactamente como hizo Dawkins en la analogía calentador-refrigerador. La metáfora evoluciona hacia un término técnico para designar un concepto abstracto que subsume el fenómeno propuesto como meta y el fenómeno que ha servido de fuente. Es un ejemplo de lo que todo filósofo de la ciencia sabe sobre el lenguaje científico, y que muchas personas corrientes interpretan erróneamente: los científicos no «definen con cuidado sus términos» antes de iniciar una investigación. Al contrario, usan las palabras de forma laxa para referirse a un fenómeno del mundo, y los significados de las palabras se van haciendo más precisos gradualmente y a medida que los científicos van entendiendo en mayor medida el fenómeno.[47] (En el capítulo siguiente me extenderé sobre este tema.)

Todo esto deja aún abierta la cuestión de por qué las metáforas deben *funcionar*. ¿Por qué muchas analogías científicas nos permiten razonar las conclusiones correctas, y no son simplemente meras etiquetas, como «quark» o «Big Bang», que son memorables pero no aportan información alguna? Boyd apunta a que muchas veces se puede prescindir de las metáforas que se emplearían para referirse a cosas cuya característica quizá sea

47. Putnam, 1975.

un único rasgo o una sola esencia, como la de que el agua es H_2O. Pero son muy útiles en el caso de sistemas más complejos compuestos de numerosas partes y propiedades que funcionan al unísono para mantener estable el sistema (Boyd las llama «tipos de grupo de propiedad homeoestática»). La idea básica es que hay unas leyes superiores de los sistemas complejos que rigen los diversos fenómenos del mundo natural.[48] Un conjunto de leyes explica por qué los sistemas solares, los átomos, los planetas con sus lunas y las pelotas atadas a un poste y que giran a su alrededor siguen un patrón estable de revolución. Otro explica las semejanzas de los ecosistemas, los cuerpos y las economías; por ejemplo, las que dicen que la energía se toma, las funciones internas se diferencian y los recursos se reciclan. Un tercer conjunto explica los bucles de retroalimentación con que los animales controlan su glucosa en sangre, los termostatos regulan la temperatura de la casa y un dispositivo de control de crucero regula la velocidad de un coche. En la medida en que estas leyes existen, los científicos pueden descubrir sus propiedades mientras estudian los sistemas que se rigen por ellas. Y tienen derecho a usar una metáfora como etiqueta para este tipo de sistema, y como un medio para generalizar a partir de un ejemplar bien comprendido hasta otro que se entiende peor.

En la conducta cotidiana de la ciencia, todo esto deja espacio para el debate sobre si un fenómeno *es* realmente un ejemplo de un sistema al que se nombra por su etiqueta metafórica o si la semejanza se detiene al llegar a la terminología metafórica. A nadie le extraña que las lentes del ojo y las del telescopio sean dos ejemplos de la categoría general «lente», de modo que el telescopio no es una «metáfora» del ojo. Como tampoco hay nada de metafórico cuando hablamos de «código genético»: de momento, un código es un término teórico de información para trazar el mapa de un esquema, y subsume a los criptogramas y al ADN como casos especiales. Pero ¿los psicólogos cognitivos usan el ordenador como «metáfora» de la mente, o (como yo creo) se puede decir que la mente se dedica *literalmente* a la computación, y que la mente humana y los ordenadores digitales comerciales son dos ejemplos de la categoría «sistema computacional»?[49]

48. Schelling, 1978, propuso una idea similar.
49. S. Pinker, 1997b, cap. 2.

Así pues, la omnipresencia de la metáfora en el lenguaje no significa que todo pensamiento se asiente en la experiencia corporal, ni que todas las ideas sean unos simples marcos rivales, más que proposiciones verificables. Las metáforas conceptuales se pueden aprender y utilizar sólo si se analizan en elementos más abstractos, como «causa», «meta» y «cambio», que componen la verdadera moneda del pensamiento. Y el uso metódico de la metáfora en la ciencia demuestra que aquélla es una forma de adaptar el lenguaje a la realidad, no al revés, y que puede captar las verdaderas leyes del mundo, y no limitarse a proyectar cómodas imágenes sobre él.

La interpretación realista de la metáfora conceptual arroja una luz distinta sobre la aplicación de la metáfora y el encuadre a la política. Fiel a su teoría cognitiva, Lakoff afirma que «los marcos matan los hechos» —como si de un triunfo de la baraja se tratara—, en la mente de los ciudadanos, y que los marcos dominantes los imponen quienes están en el poder para que sirvan a sus intereses. Es una teoría condescendiente y cínica de la política, una teoría que implica que las personas corrientes son indiscriminadamente crédulas y que el debate político no puede ni debe versar sobre los méritos de las políticas y las personas. Pero la teoría política de Lakoff no se deduce de la naturaleza de la metáfora conceptual en mayor grado de lo que lo hace su teoría del conocimiento científico. Las metáforas y sus encuadres no están «fijos en las estructuras neurales del cerebro de las personas», sino que se pueden examinar, cuestionar y hasta ridiculizar (recordemos al Woody Allen que le partía el puño a un tío con la barbilla).

Uno se imagina el gran ridículo que haría el político que siguiera el consejo orwelliano de Lakoff y llamara «cuotas de los socios» a los «impuestos». (En efecto, el propio Orwell calificó de mayúsculo eufemismo hablar de «mejora de los ingresos» para referirse al aumento de los impuestos, en su famoso ensayo «La política y la lengua inglesa», de 1949.) No es necesario escuchar la metáfora *tax relief* (alivio tributario) para pensar en los impuestos como una dolencia; sospecho que este sentimiento ha estado en el aire tanto como los impuestos han estado vigentes. ¿Y realmente los marcos siempre matan los hechos, como si de triunfos de la ba-

raja se tratara? Las pruebas que Lakoff aduce es que las personas no nos damos cuenta de que nos sale más a cuenta tener unos impuestos más altos, porque cualquier ahorro derivado de una reducción de los tributos federales se vería compensado por el incremento de los impuestos locales y los servicios privados. Pero si así son los hechos, hay que demostrarlos a la vieja usanza, como una argumentación basada en cifras —y teniendo en cuenta la percepción de la gente, que no es tonta del todo, de que una parte de sus impuestos federales se va a proyectos que sólo benefician a una cierta zona o a un grupo determinado, a la asistencia social, al despilfarro burocrático, etc.—. Muchos demócratas censuran a Lakoff por infravalorar a los votantes al intentar reenmarcar el izquierdismo de la década de 1960, en vez de dar con ideas nuevas y atractivas.[50]

Pero ¿no es innegable que el modo en que los hechos se enmarcan incide en las creencias y las decisiones? Sí, pero esto no es algo necesariamente irracional. Las diferentes formas de enmarcar una situación pueden ser igualmente coherentes con los hechos que se describen en esa misma frase, pero adquieren compromisos distintos sobre *otros* hechos que *no* se describen. Como tales, los encuadres rivales se pueden examinar y evaluar, y no sólo extenderlos por su encanto o a la fuerza. Para tomar el ejemplo más obvio, «impuestos» y «cuotas de los socios» no son dos formas de enmarcar lo mismo: si uno decide no pagar una cuota de socio, la organización correspondiente dejará de prestarle sus servicios, pero si decide no pagar impuestos, vendrán unos señores armados y se lo llevarán a la cárcel. Como tampoco son factualmente intercambiables «liberación» e «invasión». Una implica que la mayoría del pueblo se siente airada ante sus actuales caciques y acepta de buen grado la intervención del ejército; la otra implica lo contrario. Los que en un debate enmarcan un suceso de estas dos formas, están haciendo unas predicciones opuestas sobre unos hechos no observados, exactamente igual que los científicos que analizan los mismos datos y adelantan teorías opuestas que nuevas pruebas empíricas pueden diferenciar.

50. M. Bai, «The framing wars», *The New York Times Magazine*, 17 de julio de 2005; K. S. Baer, «Word games», *Washington Monthly*, enero/febrero de 2005; J. Green, «It isn't the message, stupid», *The Atlantic Monthly*, mayo de 2005; M. Cooper, «Thinking of jackosses: The greet delusions of the Democratic Party (Review of George Lakoff's "Don't of an Elephant")», *The Atlantic Monthly*, marzo de 2005.

Incluso en el patrón oro del encuadre, el problema de la gripe de Tversky-Kahneman, los marcos no son verdaderamente sinónimos. La descripción de «200 personas se salvarán» se refiere a aquellas que sobreviven gracias a los efectos causales del tratamiento. Algo coherente con la posibilidad de que otras personas *adicionales* sobrevivan por razones distintas e imprevistas —quizá la gripe sea menos virulenta de lo que se pensaba, tal vez a los médicos se les ocurran remedios alternativos, etc.—. De modo que implica que *al menos* 200 personas sobrevivirán. Por otro lado, el escenario de «400 personas morirán» agrupa todas las muertes, fuere cual fuere su causa. Implica que *no* sobrevivirán *más de* 200 personas.

En otros casos, diferentes marcos distinguen los mismos hechos pero son coherentes con las diferentes políticas. Enmarcar el aborto como «matar a un niño no nacido» implica que legalizarlo equivale lógica y moralmente a legalizar el infanticidio; encuadrar la atención sanitaria nacionalizada como «limitar la elección» implica que equivale a permitir que el gobierno limite otras opciones personales. Estos encuadres se pueden captar mediante la disputa de las generalizaciones que implican: el aborto puede ser legal al tiempo que el infanticidio no lo es, porque los fetos de poco tiempo son, en un sentido fundamental, como los conceptus (cuyas muertes no criminalizamos), mientras que los recién nacidos son como los demás niños (cuyas muertes sí criminalizamos). El seguro de salud nacional puede ser obligatorio, al tiempo que otras opciones privadas no lo son, porque en la categoría de otras opciones se incluyen las consecuencias que asignamos al Estado, como la protección policial y la recogida de la basura. Como ocurre con todas las metáforas, para valorar los méritos de los encuadres opuestos podemos preguntar qué aspectos de la similitud deberíamos tomarnos en serio y cuáles deberíamos ignorar.

No hay duda de que a las personas nos afecta el encuadre, como bien sabemos por siglos de comentarios sobre las artes de la retórica y la persuasión. Y las metáforas —especialmente las metáforas conceptuales que subyacen a familias de expresiones afines— son una herramienta retórica esencial de la comunicación de todos los días y del propio pensamiento. Pero esto no significa que las personas seamos esclavas de nuestras metáforas, ni que la elección de una metáfora sea una cuestión de gusto o de adoctrinamiento. Las metáforas son generalizaciones: subsumen un ejemplo particular en una determinada categoría superior. Diferentes metáfo-

ras pueden enmarcar la misma situación, por la misma razón que distintas palabras pueden describir el mismo objeto, diferentes gramáticas pueden generar el mismo corpus de oraciones y diferentes teorías científicas pueden explicar el mismo conjunto de datos. Como ocurre con otras generalizaciones, se pueden comprobar las predicciones de una metáfora y analizar sus méritos, incluida su fidelidad a la estructura del mundo.

El bueno, el feo y el malo

Antes de pasar a las pruebas sobre si el pensamiento metafórico realmente llega de forma natural a las personas, el lector me permitirá que cierre el círculo con el examen de la fuente de la metáfora de la metáfora, concretamente la propia «metáfora», en el sentido familiar de «dispositivo literario de la poesía, la literatura y el habla afectada».

Es evidente que una metáfora literaria apunta a una semejanza entre una fuente y el objetivo. Julieta, como el sol, hace que me sienta de mejor humor; en la vida, como en el escenario, las personas representamos papeles. Al principio, parece como si una metáfora literaria pudiera ser simplemente un símil concentrado. Pero también es evidente que convertir una metáfora en un símil la priva de vida y de brío. «¿La ventana es como el este, y Julieta es como el sol?» «¿El mundo es como un escenario y todos los hombres y mujeres son como los actores?» Aburrido. El sabor fuerte de una metáfora literaria debe proceder de algunos ingredientes extra que pongan la sal a un simple solapamiento de rasgos. Los ingredientes también deben hacer que la metáfora esté mejor sazonada que una metáfora conceptual de todos los días, como las de «Ella abatió mis argumentos» o «Nuestra relación no va a ninguna parte».

Uno de estos ingredientes es la sintaxis de la metáfora. Al expresar el rasgo como predicado de una frase nominal (o al referirse simplemente a la entidad con la frase nominal), la metáfora recoge la semántica de una categoría o una clase.[51] Es el efecto que veíamos en el capítulo 4 que elimina la circularidad de «Los chicos serán chicos» y que llevaba a Jonathan Miller a decir que él era simplemente judío, y no judío, judío. Una frase nominal,

51. Glucksberg y Keysar, 1993.

cuando es el predicado de un sujeto, muestra un rasgo que se considera esencial para el propio ser del sujeto. El rasgo define una categoría que encasilla al sujeto de una forma que se siente más profunda, duradera y de mayor alcance que la mera adscripción de un rasgo. «El abogado es un tiburón» dice mucho más que «El abogado es como un tiburón».

La forma en que la metáfora reafirma la identidad, más que hacer una comparación, es una de las razones de que Lakoff diga que en realidad pensamos en nuestras metáforas. También es la razón de que propusiera que las metáforas literarias no se distinguen esencialmente de las cotidianas. En un perspicaz libro sobre la metáfora poética, del que es coautor el estudioso de las humanidades Mark Turner, Lakoff observa que las metáforas poéticas muchas veces recurren a las metáforas conceptuales corrientes, pero hacen uso de unos elementos que a menudo se omiten, dan cuerpo a detalles de forma no acostumbrada o yuxtaponen metáforas afines.[52] Por ejemplo, cuando Robert Frost hablaba del «camino no tomado», formulaba la metáfora conceptual de LA VIDA ES UN VIAJE, que también vemos en el habla de todos los días, como en «Ha llovido mucho desde que...» o «Tuvo que serenarse, salirse de la carretera concurrida».

En una reseña del libro, Jackendoff (junto con el estudioso David Aaron) pone en entredicho esta ecuación y señala que las personas distinguimos las metáforas poéticas tanto de las afirmaciones literales como de las metáforas cotidianas.[53] Las metáforas literarias son especiales porque provocan un sentimiento de incongruencia —un escalofrío momentáneo en el que quien escucha cavila sobre algo que no parece tener sentido—. (¿Por qué equiparar la lluvia con una fase? ¿Por qué el hecho de tomar una carretera menos concurrida «marca toda la diferencia»?) Una forma sencilla de demostrarlo es *reconociendo* la incongruencia y luego destacar la similitud metafórica. En el caso de una metáfora poética, parece perfectamente razonable, porque deja al descubierto la lógica de la metáfora:

> Es evidente que el mundo no es una obra de teatro, pero, si lo fuera, podríamos decir que la infancia es el primer acto.

52. G. Lakoff y Turner, 1989.
53. R. Jackendoff y Aaron, 1991.

Es evidente que las personas no son simples cuerpos pesados, pero, si lo fueran, podríamos decir que Julieta es el sol.
Es evidente que la vida no es realmente una carretera, pero, si lo fuera, podríamos decir que es mejor tomar una ruta menos concurrida.

Pero esto no funciona con las afirmaciones literales. Jackendoff y Aaron consideran el pasaje del Levítico: «Porque la vida de un ser está en la sangre». Para nosotros se trata de una metáfora literaria, un retoño de la metáfora conceptual LA VIDA ES UN FLUIDO DEL CUERPO; LA MUERTE ES LA PÉRDIDA DEL FLUIDO, que también nos daba «Ella se siente agotada» (exprimida) y «Se le escurría la vida». Sin embargo, los antiguos hebreos adscribían literalmente las funciones mentales a los órganos y las sustancias del cuerpo, y el pasaje se refiere a la prohibición de consumir sangre de animales. Apliquemos ahora la prueba de fuego:

Es evidente que la vida no es realmente un fluido, pero, si lo fuera, podríamos decir que está en la sangre.

Los antiguos hebreos no estarían de acuerdo con la primera parte, pero nosotros sí. Esto confirma que hay una diferencia entre tomar los términos de una metáfora como una creencia literal y entender la metáfora como un dispositivo literario, y que se distinguen a la perfección con la prueba del «realmente-no».

Esta prueba también demuestra que todas las metáforas conceptuales funcionan de forma distinta a como lo hacen las literarias:

Es evidente que los tiempos no son lugares, pero, si lo fueran, podríamos decir que nos estamos acercando a Navidad.
Es evidente que los propósitos no son destinos, pero, si lo fueran, podríamos decir que no hemos llegado aún a la meta de terminar el libro.
Es evidente que el amor no es realmente un viaje, pero, si lo fuera, podríamos decir que no nos gusta el rumbo que toma nuestra relación.

Estas frases son *non sequiturs*. La incongruencia que se observa en la primera parte es lo suficientemente verdadera, pero parece que no tiene

nada que ver con la segunda parte. La razón es que la expresión de la segunda parte no se interpreta en absoluto como una metáfora, sino que no es más que la forma habitual de pasar el pensamiento a palabras.

La incongruencia de una metáfora literaria nueva es otro ingrediente que le otorga su acritud.[54] El que escucha resuelve la incongruencia con tiempo suficiente al observar la similitud subyacente, pero la reacción inicial y el posterior trabajo del cerebro muestran algo más. Implica que la semejanza no es evidente en el monótono transcurso de la vida cotidiana, y que el autor presenta unas noticias nuevas al obligar al que escucha a prestar atención. Ya vimos este efecto al hablar de la pragmática radical, en el capítulo 3: la tensión entre una interpretación literal y otra pretendida puede conllevar un tercer mensaje, que se puede utilizar en el disfemismo, el humor y los subtextos.

Un tercer sabor de la metáfora literaria proviene del colorido emocional de la fuente y de cómo ésta llega al objetivo.[55] Lakoff analiza la observación de Benjamin Disraeli: «He trepado hasta el extremo superior del grasiento poste», refiriéndose a que ha alcanzado su estatus sin esfuerzo, ha aguantado los contratiempos pasajeros, no puede llegar a nada mejor y probablemente perderá el estatus en poco tiempo. En la exégesis de Lakoff falta un irónico subtexto: que la competencia política puede ser desagradable, puede mancillar y, en última instancia, no tener sentido alguno. Las metáforas que son aún más poéticas, como la de Nabokov «Era yo la sombra del pajarillo muerto contra el falso azul del cristal de la ventana», están llenas de estos remanentes emocionales: la insustancialidad de una sombra, la naturaleza ilusoria de un reflejo y la traición que puede derivar de la falsa idea, el recordatorio de la muerte en una huella inocua puesta en una ventana, el final repentino y patético de una criatura insospechadamente encantadora, y mucho más. Estas alusiones entrelazadas también marcan una diferencia entre las metáforas literarias y las analogías científicas.[56] Las similitudes múltiples, parciales y cargadas de sentimientos se suman a la riqueza de la poesía; sin embargo, desmerecen la comprensión en la ciencia.

54. R. Jackendoff y Aaron, 1991; J. Searle, 1993a.
55. R. Jackendoff y Aaron, 1991.
56. Gentner y Jeziorski, 1989; Gentner, Bowdle, Wolff y Boronat, 2001.

Y si la mejor manera de entender algo es mostrar lo que no es, podemos comprender la metáfora literaria del género de humor que recoge ejemplos de malas metáforas. Durante muchos años, el *New Yorker* llenaba la parte inferior de sus columnas con un artículo llamado «Block that Metaphor» [Toma esta metáfora], que reproducía alusiones afectadas y ridículas de publicaciones provincianas o municipales. Pero el ejemplo que más me gusta es la lista ampliamente divulgada de «Las peores analogías del mundo», que se suelen atribuir a alumnos de instituto del mundo anglohablante, pero que ganaron el premio a la mejor anotación en un concurso que convocaba el *Washington Post*. Veamos estas tres:

John y Mary no se habían visto nunca. Eran como dos colibríes que tampoco se habían visto nunca.

Sus ojos eran como dos círculos marrones con grandes puntos negros en el centro.

Los truenos no auguraban nada bueno, como ocurre con el sonido de una fina hoja de metal que se sacude entre bastidores durante la escena de la tormenta de una obra de teatro.

En estas metáforas, conocer la fuente no añade nada al conocimiento que se tiene de la meta, no facilitan una inferencia. O éstas:

La cita con ella fue agradable, pero ella sabía que si su vida fuera una película, aquel tipo quedaría enterrado en los créditos como algo del estilo «Segundo hombre alto».

Hasta en sus últimos días, el abuelo tuvo la mente como una trampa de hierro, sólo que esa trampa se había dejado al aire libre demasiado tiempo y ya no se podía abrir, porque estaba oxidada.

Hablaba con la sabiduría que da la experiencia, como alguien que se hubiera quedado ciego por mirar un eclipse solar sin una de esas cajas con un agujerito, y que ahora fuera por todo el país para hablar en los institutos sobre los peligros de mirar un eclipse solar sin una de esas cajas con un agujerito.

Aquí el escritor tiene que trabajar tanto para explicar la fuente de la metáfora que no ha dejado incongruencia alguna que el lector deba re-

solver, y éste no consigue disfrutar de unos beneficios retóricos. ¿Y estas tres?

La revelación de que su matrimonio de treinta años se había desintegrado por la infidelidad de su mujer fue como un brusco choque, como un recargo en un cajero automático que antes no lo cobraba.

La bailarina se puso de puntillas con gracia y extendió una fina pierna hacia atrás, como hace el perro en la boca de incendio.

McBride cayó doce pisos, y dio contra el suelo como una pesada bolsa llena de sopa de verduras.

En estas tres, la analogía es suficientemente clara, e incluso informativa, pero el tinte emocional de la fuente encaja tan mal con el tinte emocional del objetivo que vence al propósito de extender el uno al otro.

Las metáforas y las mentes

Una vez visto qué puede hacer y qué no puede hacer la metáfora en la ciencia, la literatura y el razonamiento, el lector me permitirá que vuelva a la pregunta que abría el capítulo. ¿Con qué grado de perfección acuña y capta una metáfora una persona corriente? Toda metáfora y toda analogía tienen que proceder de algún sitio. Tal vez sean raras perlas que caen de la pluma de un cuerpo de bardos y escritorzuelos de élite, para que luego las acumule un pueblo agradecido. Pero dada esta prevalencia en la lengua, parece más probable que sean el producto natural de la forma en que funciona la mente de cada uno. De ser así, deberíamos ser capaces de sorprender a las personas en el acto de sentir las profundas correspondencias entre reinos superficialmente distintos que contribuyen a la formación de una útil analogía o una metáfora conceptual.

Es fácil demostrar que las personas perciben la conexión de las metáforas simples y que implican una dimensión del espacio, como en el caso de LO ACERTADO ESTÁ ARRIBA. Cuando en los experimentos se muestra a los sujetos unas palabras sobre una pantalla y tienen que evaluar si son

positivas (como *ágil, gentil* y *sincero*) o negativas (como *amargo, veleidoso* y *vulgar*) responden con mayor rapidez cuando una palabra positiva se proyecta en la parte superior de la pantalla o una negativa se proyecta en la parte inferior.[57] También son más rápidos al mover la mano hacia un botón que tienen cerca del cuerpo para corroborar una frase como «Adam te transmitió el mensaje» que cuando tienen que corroborar la frase «Tú transmitiste el mensaje a Adam», y viceversa cuando tienen que mover la mano hacia un botón alejado de su cuerpo. Es como si el movimiento físico de la mano estuviera programado en el mismo espacio mental que el movimiento metafórico del mensaje. Lo mismo ocurre con la posesión, como en «Vendiste las tierras a Mike» frente a «Mike te vendió las tierras», y con las buenas obras, como en «Tiana te dedicó su tiempo» frente a «Dedicaste tu tiempo a Tiana».[58]

La psicóloga Lera Boroditsky y sus colaboradores han demostrado, en una serie de inteligentes estudios, que las personas también perciben la alusión espacial en las metáforas EL TIEMPO ES UNA SUCESIÓN Y EL TIEMPO ES UN PAISAJE.[59] Recordemos que las dos son incompatibles, por lo que algunas frases acerca del tiempo resultan ambiguas. *Wednesday's meeting has been moved forward two days* (La reunión del miércoles se ha trasladado dos días) puede significar que se ha pasado al lunes, porque si se parte de la metáfora del tiempo como proceso, *forward* (hacia) se ajusta a la marcha del tiempo hacia uno mismo. O podría significar que la reunión se ha pasado al viernes, porque si se parte de la metáfora del tiempo como paisaje, *forward* (hacia) se ajusta a la propia marcha de uno a lo largo del tiempo. Se puede inclinar a las personas hacia una interpretación o la otra si recientemente han leído una frase que sea compatible con sólo una de las metáforas, por ejemplo *We passed the deadline two days ago* (Pasamos el plazo hace dos días) (que empuja suavemente a las personas hacia la interpretación del «viernes») o *The deadline passed two days ago* (El plazo acabó hace dos días) (que las inclina hacia el «lunes»). La explicación es similar a la del experimento que demuestra que las personas analizamos los ejemplos nuevos de metáforas conceptuales como EL AMOR ES UN PACIENTE. El

57. Meier y Robinson, 2004.
58. Borregine y Kaschak, en prensa.
59. Boroditsky, 2000; Boroditsky y Ramscar, 2002.

único denominador común entre el preámbulo y la frase test es la metáfora conceptual subyacente, de manera que ésta ha tenido que registrarse en la mente de las personas.[60]

Boroditsky dio el siguiente paso lógico al demostrar que una *experiencia* real del movimiento, y no sólo las palabras que usa una metáfora de éste, puede inclinar hacia un lado o hacia el otro las interpretaciones de las personas del ambiguo *forward* (hacia). Las personas se inclinan hacia la interpretación de «viernes» (donde *forward* coincide con su propia marcha a través del paisaje metafórico) si antes se les pide que imaginen que están empujando una silla de oficina. Pero se inclinan hacia la interpretación de «lunes» (donde *forward* coincide con el avance del tiempo hacia ellas) si antes se les pide que imaginen que tiran de la silla hacia ellos con una cuerda. Con la experiencia del movimiento real se pueden inducir inclinaciones similares: las personas son más proclives a decir «viernes» si recientemente han avanzado en una cola de la comida, si han bajado de un avión, o han llegado al final de un viaje en tren.

Pero la capacidad de las personas para vincular una única dimensión del espacio con una única dimensión de la experiencia es un ejemplo muy modesto de pensamiento metafórico, si se compara con las grandiosas ambiciones que tenemos para él. Recordemos que las metáforas tienen fuerza en la medida en que son como las analogías, que aprovechan la estructura *relacional* de un concepto complejo. ¿Podemos demostrar que las personas ven fácilmente las conexiones metafóricas que implican que una serie de entes interactúen de una determinada forma? Y ¿podemos encontrarnos con que distinguen las conexiones metafóricas *nuevas*, y no se limitan a recoger las manidas que ya impregnan el lenguaje?

Un ejemplo de los poderes metafóricos de la mente son los errores que cometen los niños en su habla espontánea. La psicóloga Melissa Bowerman, al estudiar a sus hijas en sus años de preescolar, observó que de vez en cuando utilizaban palabras para el espacio y el movimiento de forma no convencional cuando hablaban de posesión, estados, tiempos y causas:[61]

60. McGlone y Harding, 1998.
61. Bowerman, 1983.

You put me just bread and butter.
(Sólo me has puesto pan y mantequilla.)
You put the pink one to me.
(A mí me has puesto la de color rosa.)

I'm taking these cracks bigger.
(Haré las cáscaras más grandes [al pelar un cacahuete].)
I putted part of the sleeve blue so I crossed out with red.
(Poní parte de la manga de color azul, por esto la he tachado de rojo [al colorear].)

Can I have any reading behind the dinner?
¿Puedo leer un poco detrás de la cena?
Today we'll be packing because tomorrow there won't be enough space to pack.
(Haremos las maletas hoy porque mañana no habrá espacio para hacerlas.)
Friday is covering Saturday and Sunday so I can't have Saturday and Sunday if I don't go through Friday.
(El viernes va antes del sábado y el domingo, por esto no puedo tener el sábado y el domingo si no paso por el viernes.)

My dolly is scrunched from someone... but not from me.
(Mi muñeca la ha apretado de alguien... pero no de mí.)
They had to stop from a red light.
(Tuvieron que parar del semáforo.)

Cuando estudié por primera vez el uso que hacen de los verbos los niños, me di cuenta de lo tremendamente apasionantes que eran estos estudios, porque parecían ser la prueba de la metáfora de la metáfora, una prueba salida de la boca de bebés y niños de pecho. Evidentemente, aquí se habla sólo de dos niñas, las hijas de una profesora, que tenían la oreja dispuesta a oír usos interesantes casi las veinticuatro horas del día y siete días a la semana. Para averiguar cómo hacen estos saltos los niños, contraté a un alumno, Larry Rosen, para que pescara en una base de datos informática de unas 50.000 frases transcritas del habla de otros tres niños.[62] El resultado fue mísero:

62. Experimentos no publicados expuestos en S. Pinker, 1989, pág. 333.

I goin' put the door open.
(Voy a poner la puerta abierta.)
Now I think I take the whole crayoned.
(Creo que voy a coger todos los colores [al colorear un dibujo].)
It's gonna stay raining.
(Va a quedarse lloviendo.)
He put his bread and butter folded over.
(Dobló el pan y la mantequilla.)

A continuación, Rosen y yo hicimos un experimento para ver si podíamos sacar los errores de los niños en directo. Pedimos a unos niños que describieran unas imágenes que mostraban cambios de posesión y de estado, como la de una madre dando una pelota a una niña, o la de un chico coloreando un trozo de papel. Dispusimos el experimento de modo que les decíamos a los niños qué verbo debían emplear —por ejemplo: «¿Sabes decirme qué hace la niña utilizando el verbo *put* (poner)?»—, con la esperanza de tentarles a que cometieran un error ocasional como el de *He's putting the paper blue* (Está poniendo el papel azul). Cada uno de los treinta niños describió diecinueve imágenes, para tener un total de 570 invitaciones a usar metafóricamente un término espacial. Una vez más, la red subió casi vacía:

Mother takes ball away from boy and puts it to girl.
(La madre quita la pelota del niño y se la pone a la niña.)
Square go big.
(El cuadrado se hace mayor.)
Boy puts flowers to girl.
(El niño pone flores a la niña.)
Square went bigger.
(El cuadrado se hizo mayor.)

El otro 99,3 % del tiempo, si los niños empleaban de una u otra forma el verbo propuesto, lo utilizaban en su sentido estándar, como en *He put water on him* (Él puso agua sobre él). Anotemos un punto más para la teoría del aguafiestas. Aunque los niños son sin duda capaces de ver los paralelismos entre cambiar de lugar y cambiar de estado o de

posesión, sólo muy de vez en cuando demuestran tal pericia. La mayor parte del tiempo, usan las palabras espaciales exactamente como lo hacen sus padres.

Tuve otra visión tentadora de la mente metafórica durante una charla sobre la memoria que daba el investigador de la inteligencia artificial Roger Schank, en la que contaba casos en que un suceso le recordaba otro.[63] Schank no fue, por supuesto, el primero en reflexionar sobre la psicología del recuerdo. Con frecuencia nos imaginamos éste como una remembranza de cosas pasadas expuestas por una experiencia sensorial, como en el famoso pasaje de *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust:

> Mandó mi madre por uno de esos bollos, cortos y abultados, que llaman magdalenas, que parece que tienen por molde una valva de concha de peregrino. Y muy pronto, abrumado por el triste día que había pasado y por la perspectiva de otro tan melancólico por venir, me llevé a los labios una cucharada de té en el que había echado un trozo de magdalena. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo, tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior. Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que le causaba. Y él me convirtió las vicisitudes de la vida en indiferentes, sus desastres en inofensivos y su brevedad en ilusoria, todo del mismo modo que opera el amor, llenándose de una esencia preciosa; pero, mejor dicho, esa esencia no es que estuviera en mí, es que era yo mismo. Dejé de sentirme mediocre, contingente y mortal. ¿De dónde podría venirme aquella alegría tan fuerte?[64]

Cinco párrafos después, Swann se sorprende ante la respuesta, al recordar las mañanas de domingo de su infancia cuando su tía Léonie le ponía magdalenas mojadas en té de flores de limonero.

El recuerdo de las cosas pasadas de Schank es un tanto distinto:

> Alguien me habló de una experiencia de esperar en una larga cola en la oficina de correos y observar que la persona que está delante había estado esperando todo aquel tiempo para comprar un sello. Esto me recordó a las personas que compran un dólar o dos de gasolina en la gasolinera.

63. Schank, 1982.
64. Proust, *Por el camino de Swann*, Madrid, Alianza, 1998, pág. 62.

Bien, ¿qué cabe esperar de un científico informático? Pero lo que le falta de ímpetu literario, lo compensa la importancia científica, porque el episodio demuestra algo extraordinario sobre la memoria humana. Los recuerdos pueden estar unidos no sólo por un hilo común de gustos, texturas y formas, sino también por un armazón compartido de ideas abstractas, en este caso «la ineficacia de esperar mucho tiempo para obtener una cantidad pequeña». Schank expone episodios en los que el recordatorio tiene aún menos solapamiento sensorial con la cosa recordada:

> X exponía que su mujer nunca le hacía el filete al punto que él deseaba. Cuando se lo dijo a Y, le recordó treinta años antes, cuando intentaba que le dejaran el pelo corto, al estilo de Inglaterra, y el barbero no se lo dejaba lo corto que él quería.
>
> La hija de X se sumergía para buscar erizos de mar. X le indicó dónde había muchos erizos, pero ella siguió buscando donde estaba. X le preguntó por qué. La niña dijo que había menos profundidad donde ella se sumergía. Esto recordó a X el chiste del borracho que buscaba las llaves bajo una farola porque ahí tenía más luz, aunque las había perdido en otro lugar.[65]

Sentía curiosidad por saber cómo funcionaba esta especie de despertador, por lo que hace poco empecé un diario en el que anotaba mis propios recuerdos, separando los generados por una sensación común, al estilo de Proust, de los generados por una estructura conceptual común, al estilo de Schank. En un par de días se me ocurrieron muchos ejemplos de estos últimos. Por ejemplo:

> Mientras iba andando, escuchaba unas canciones en mi iPod, que seleccionaba de forma aleatoria con la función «andar». Mantenía apretado el botón «saltar» hasta que daba con la canción que mejor se acoplaba a mi ritmo de andar. Esto me recordó al *pitcher* de béisbol que se encuentra en el montículo y señala al *catcher* el *home* al que piensa lanzar: el *catcher* hace una serie de señales con los dedos para indicar los diferentes *homes* y el *pitcher* mueve la cabeza hasta que ve el que aquél pretende utilizar.

65. En el original se habla de un «anillo», no de unas «llaves».

Mientras retocaba una foto digital en el ordenador, quería oscurecer una zona muy clara, pero con ello provocaba que pareciera manifiestamente más oscura que una zona de al lado, así que oscurecí también esa zona, lo cual, a su vez, me obligaba a oscurecer otra zona más, y así sucesivamente. Esto me recordó el ir serrando la pata de una mesa poquito a poquito hasta que dejaba de moverse.

Una colega dijo que estaba impresionada por la complejidad de un hablante, porque ella era incapaz de entender parte de lo que aquél decía. Otro colega replicó que tal vez se debiera a que no estaba ante un buen hablante. Esto me recordó el chiste de un tejano que visitaba el rancho de su primo en Israel. «No puedes decir que esto sea un rancho —dijo—. «En el mío de Texas, puedo partir con el coche por la mañana y no llegar al otro extremo de mis tierras a la puesta del sol.» El israelí replicó: «Sí, una vez tuve un coche de ésos».

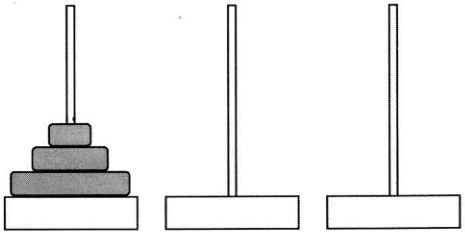
Mientras iba pensando sobre estos tipos de recuerdos, llegué a recordar un recordatorio. En la universidad, en cierta ocasión un amigo y yo estuvimos aguantando sentados la lastimosa actuación de una cantante que padecía de laringitis. Al regresar ésta del intermedio e iniciar la primera canción de la serie, tenía la voz pasable. Mi amigo me susurró: «Cuando vuelves a poner el capuchón en un rotulador seco, éste vuelve a escribir, pero no por mucho tiempo».

Un recordatorio schankiano debe ser el escurridizo acto mental que trae el mundo a una nueva metáfora o analogía. Y no una analogía mala o superficial, como las del jefe del alquimista Dilbert, sino una analogía profunda que, a través del revestimiento de experiencia sensorial, ve un armazón conceptual compartido de sucesos, estados, metas, causas y extensiones. Estos recordatorios nos llegaron de forma espontánea a Schank y a mí, y si son una maniobra que no requiere esfuerzo alguno y que va incluida en el guión, se explicaría por qué las metáforas son tan omnipresentes en el lenguaje y tan útiles en el razonamiento. Incluso podríamos explicar por qué las personas son tan inteligentes: el recordatorio schankiano es el don evolutivo que nos permite situar viejas ideas (empezando por las que heredamos de nuestros ancestros primates) en unos ámbitos nuevos.

O tal vez ocurra que Schank, yo y nuestros amigos seamos unas personas raras. Como ocurre con los errores de los niños pequeños, los saltos analógicos de los recordatorios no son fáciles de reproducir cuando se recurre a personas de la calle y, después de darles una pista, se las anima a que saquen

analogías. De hecho, si preguntáramos a la mayoría de los psicólogos cognitivos cómo emplean las personas las analogías, serían unos auténticos aguafiestas, y dirían que a las personas les impresionan unas similitudes superficiales y no disciernen la estructura común, justo lo contrario de lo que indicaría el recordatorio de Schank.[66]

A partir de la década de 1950, Herbert Simon y Allen Newell, dos de los fundadores de la ciencia cognitiva y la inteligencia artificial, empezaron a programar ordenadores para resolver problemas, destilando primero un problema en una serie de estados (como el de las posibles posiciones de unos ajedrecistas en el tablero) y una serie de operaciones que transforman un estado en otro (por ejemplo, al mover una pieza).[67] A continuación, los estados y las operaciones se podrían representar como símbolos y pasos computacionales en un ordenador, despojados de las trampas sensoriales del propio mundo (por ejemplo, el aspecto del tablero o de los ajedrecistas). El ordenador resolvía un problema al detectar una diferencia entre un estado fijado como meta y el estado actual, y al probar operaciones de las que se sabe que reducen la diferencia. Y si el ordenador podía entender un problema, automáticamente podía generalizar a un nuevo problema con una estructura lógica similar de movimiento tras movimiento, siempre y cuando el segundo problema estuviera representado en el interior del ordenador de forma similar al primero —una especie de razonamiento por analogía—. (Simon llamó «isomorfos del problema» a las diferentes versiones de la resolución de problemas.) Un ejemplo famoso es la torre de Hanoi, que consiste en una serie de anillos apilados en unos postes:



66. Catrambone y Holyoak, 1989; Gentner, Ratterman y Forbus, 1993; Gick y Holyoak, 1980; Keane, 1987; B. H. Ross, 1984, 1987.

67. Newell y Simon, 1972.

Se puede mover un anillo a la vez, y nunca se puede colocar un anillo mayor sobre otro más pequeño. El objetivo es trasladar al poste situado más a la derecha la disposición de los anillos del poste que está más a la izquierda. La mayoría de las personas lo descubren al cabo de un rato. Pero ahora consideremos este problema:

> En algunas tabernas himalayas se celebra una ceremonia en la que participan un anfitrión, un anciano y un joven. El anfitrión realiza tres servicios, ordenados según sea la nobleza de cada uno: avivar el fuego, servir el té y recitar un poema. La ceremonia se debe repetir unas cuantas veces. Después de cada actuación, todos pueden pedir a todos: «Honorable señor ¿puedo realizar esta pesada tarea por vos esta vez?». Pero un invitado puede liberar a otro invitado sólo de la tarea menos noble de las que el otro haya realizado. Además, si una persona acaba de realizar una tarea, no puede iniciar otra que sea más noble. La costumbre obliga a que en la última representación de la ceremonia del té, todos los servicios se hayan transferido al joven. ¿Cómo se puede conseguir?

Esto es un isomorfo de la torre de Hanoi, y se puede reducir a la misma secuencia de pasos (imaginemos que el poste de la izquierda es el anfitrión; el del centro, el anciano; y el de la derecha, el joven, y que los anillos son tareas, de entre las cuales la de «recitar un poema» ocupa la parte inferior).[68] Pero el problema de la ceremonia del té parece mucho más difícil. Contrariamente a la esperanza de que la mente humana tenga una visión de rayos X para un armazón conceptual abstracto, es posible que las personas encuentren que los diversos isomorfos de un problema tienen una dificultad radicalmente distinta, y que, si no se las lleva de la mano, no pueden aplicar fácilmente la solución de un isomorfo a otro.

Otro ejemplo famoso se inspiró en el psicólogo gestáltico Karl Duncker (que también ideó el problema de la vela y la chincheta que veíamos en el capítulo 4).[69] Imaginemos que somos un médico que intenta destruir el tumor que un paciente tiene en el estómago y que no se puede operar. Podemos dirigir un fino rayo de radiación al tumor a una elevada

68. Kotovsky, Hayes y Simon, 1985. He modificado el ejemplo para que se entienda mejor.

69. Duncker, 1945.

intensidad, con lo que también se destruiría el tejido sano que rodea al tumor. En una densidad más baja, se salvaría el tejido sano pero no se conseguiría matar el tumor. Hay una solución, pero sólo se da en una persona de cada diez: dirigir varios rayos al tumor desde diversas direcciones, de modo que reciba una dosis igual a la suma de los rayos, mientras que el tejido sólo recibe la dosis de un único rayo. A Duncker le interesaba saber cómo llegaban las personas al «¡ya está!» que les permite ver la solución de un problema. Unas décadas después, los psicólogos cognitivos Mary Gick y Keith Holyoak se preguntaban si una de las rutas podía ser una analogía.

En un estudio de gran influencia, Gick y Holyoak planteaban a los sujetos de su experimento el problema del tumor, pero antes les daban una especie de pista en forma de un isomorfo del problema junto con su solución.[70] Un dictador gobierna un país desde una fortaleza. De ésta salen muchas carreteras en forma radial. El general de una fuerza de liberación sabe que su ejército es lo bastante grande para apoderarse de la fortaleza. Pero acaba de descubrir que las carreteras están sembradas de minas, que permiten el paso de grupos reducidos, pero que estallarían si pasara todo un ejército, con lo que es imposible una invasión a toda escala. Pero el general da con una solución. Divide el ejército en grupos pequeños, cada uno de los cuales podría sortear una carretera diferente, para luego convergir en la fortaleza y tomarla sin ninguna dificultad. Un buen analogizador se percataría del isomorfismo y transferiría la solución del problema de la invasión al del tumor. Pero sólo el 35% de los participantes vio la luz —un incremento multiplicado por tres, pero sin dejar de ser una minoría—. Otros estudios aguafiestas confirman esta mentalidad literal. Las personas raramente experimentan la luz que les dejaría ver que pueden transferir la solución de un problema a un isomorfo, a menos que los problemas sean semejantes también en la superficie. Por ejemplo, las personas consiguen solucionar el problema del tumor en el estómago después de leer que un médico trata el *tumor cerebral* con rayos de radiación múltiples.[71] Evidentemente, cuando el contenido de una analogía está cercano

70. Gick y Holyoak, 1980.

71. Keane, 1987. Véase también Catrambone y Holyoak, 1989; Gentner, Ratterman y Forbus, 1993; B. H. Ross, 1984, 1987.

a su estructura subyacente *y* a sus cualidades superficiales, apenas merece que se le llame «una analogía». No hace falta mucha perspicacia analógica para saber cómo hacer el pedido en un Burger King basándonos en los conocimientos que tenemos para hacerlo en un McDonald's.

¿Qué es lo que ocurre? Por un lado, parece que el pensamiento analógico es nuestro derecho de nacimiento. Las conexiones metafóricas llenan hasta el borde el lenguaje, impulsan la ciencia, dan vida a la literatura, saltan de repente (al menos de vez en cuando) en el habla de los niños y nos recuerdan cosas del pasado. Por otro lado, cuando los experimentalistas dan un consejo, no pueden obligar a que se siga.

Un factor es simplemente la experiencia. Las ceremonias del té, los tratamientos por radiación y los ejércitos invasores resultan oscuros para muchos estudiantes, por lo que no tienen al alcance de la mano el necesario armazón conceptual. Estudios posteriores demuestran que la experiencia en un tema puede producir que se vean con gran facilidad analogías profundas. Por ejemplo, cuando a unos alumnos que habían seguido un único curso de física se les planteó una serie de problemas y se les preguntó cuáles eran similares, agruparon aquellos que tenían dibujos del mismo tipo de objetos, por ejemplo, planos inclinados. Pero cuando fueron estudiantes de física de cursos más avanzados quienes hacían el reparto, agrupaban los problemas que implicaban los mismos *principios*, por ejemplo, la conservación de la energía, incluyeran o no cajas que se empujan hacia arriba por un plano o pesos que cuelgan de unas cuerdas.[72] Es posible que, en la vida real, seamos adeptos a las metáforas conceptuales porque todos somos expertos en viajes, amores, discusiones y guerras.

Pero hay más aún. El psicólogo Kevin Dunbar y sus colaboradores señalaron otra desventaja que sufren las personas en el laboratorio: quienes realizan el experimento escogen la analogía.[73] A continuación, la entierran en una historia y ponen a prueba a los sujetos para ver si son capaces de encontrarla. Esta búsqueda del tesoro es mucho más difícil que exponer la analogía *propia*, que es lo que ocurre en los errores que cometen los niños, en el recordatorio schankiano, y en la acuñación de nuevas metáforas en la historia de una lengua.

72. Chi, Feltovich y Glaser, 1981.
73. Dunbar, 2001.

Dunbar invitaba a los alumnos a que imaginaran analogías que apoyaran a cada una de las partes de un debate que estaba en el aire en Canadá en aquel momento, el de si se debía equilibrar el presupuesto federal a costa de recortar los programas sociales.[74] En unos pocos minutos el sujeto medio inventó once analogías. El 80 % de ellas no tenían nada que ver con el dinero ni la política, sino que recurrían a fuentes más remotas, como la agricultura («Si se decide que comprar pesticida para las manzanas es demasiado caro, todas las manzanas se perderán») y la vida doméstica («El déficit es como la borra del secador de pelo. Si no se saca, se acumula y bloquea la salida del aire, con lo que el secador resulta inútil»). También rastreó analogías en cuatrocientos artículos de prensa que hablaban sobre el referéndum de 1995 en el que se consultaba sobre la separación política de Québec de Canadá.[75] El resultado de la búsqueda fueron más de doscientas analogías, que, una vez más, se basaban en las semejanzas profundas, más que en las superficiales. Empleaban fuentes tan diversas como las familias («Es como los padres que se van a divorciar, y el hijo ha de quedarse, contra su voluntad, con el que no quisiera de la pareja»), la medicina («La separación es como una operación quirúrgica de alto riesgo; es importante que el paciente esté informado y que el cirujano sea imparcial»), y, naturalmente, el pasatiempo nacional («El camino de Québec hacia la soberanía es como un partido de hockey. El referéndum es el final del tercer tiempo»).

El mesías no ha llegado. Aunque las metáforas son omnipresentes en el lenguaje, muchas de ellas están muertas en la mente de los actuales hablantes de una lengua, y las que están vivas nunca se podrán aprender, comprender ni usar como herramienta del razonamiento a menos que estén construidas con conceptos más abstractos que capten las similitudes y las diferencias entre el símbolo y lo simbolizado. Por esta razón, las metáforas conceptuales no hacen que la verdad y la objetividad sean obsoletas,

74. Blanchette y Dunbar, 2000.
75. Blanchette y Dunbar, 2001.

como tampoco reducen el discurso filosófico, legal y político a un concurso de belleza entre marcos rivales.

No obstante, creo que la metáfora es realmente una clave para explicar el pensamiento y el lenguaje. La mente humana viene equipada con la capacidad de atravesar el revestimiento del aspecto sensorial y discernir la construcción abstracta que se encuentra debajo —no siempre a solicitud del interesado ni de forma infalible, sino muchas veces con la suficiencia necesaria y la suficiente perspicacia para configurar la condición humana—. El poder que tenemos para imaginar analogías nos permite aplicar antiguas estructuras neurales a materia nueva, descubrir leyes y sistemas ocultos de la naturaleza y, no menos importante, ampliar el poder expresivo del propio lenguaje.

El lenguaje, por su propio diseño, parece ser una herramienta con una funcionalidad limitada y bien definida. Con un stock finito de signos arbitrarios y de reglas gramaticales que los disponen en las frases, una lengua nos proporciona los medios para compartir un número ilimitado de combinaciones de ideas sobre quién hizo qué a quién y sobre qué está dónde.[76] Pero, al digitalizar el mundo, el lenguaje se convierte en un medio «perdedor», porque descarta o pierde información sobre la suave y multidimensional textura de la experiencia. El lenguaje destaca por su pobreza, por ejemplo, para transmitir la sutileza y la riqueza de sensaciones como los olores y los sonidos. Y se diría que es igual de inepto para transmitir otros canales de la sensibilidad que no están compuestos de partes discretas y accesibles. Destellos de perspicacia holística (como los que se producen en la creatividad matemática o musical), olas de emoción arrolladora y momentos de nostálgica contemplación, sencillamente no son los tipos de experiencia que las cuentas ensartadas en un hilo a las que llamamos «frases» puedan captar.

Y, pese a todo, la metáfora nos abre un camino para expresar lo inefable. Quizás el mayor placer que el lenguaje puede proporcionar es el acto de rendirse a las metáforas de un escritor experto y, con ello, habitar la conciencia de otra persona. Casi nos permite saber qué se siente al ser un genio de las matemáticas:

76. S. Pinker, 1999.

A veces voy vagando y vagando en círculos, pasando por el mismo lugar, perdiéndome, a veces durante horas y hasta semanas... Pero sé que si me sumerjo en ello lo suficiente, las cosas se van a aclarar y simplificar. Puedo contar con ello. Cuando ocurre, ocurre de forma rápida. ¡Bumba, bumba, bumba! Una cosa después de otra, dejándonos sin aliento. Y luego, ya sabes, siento como si anduviera por una remota esquina del espacio, donde no ha estado mortal alguno, solo con algo hermoso... Una vez, cuando estaba en Suiza, unos amigos me llevaron en teleférico a lo alto de una montaña... En la cima había un restaurante, y se suponía que la vista era sublime. Al llegar arriba sufrimos una gran decepción, porque las nubes lo ocultaban todo. Pero de repente se abrió un claro en las nubes y allí estaban el Jungfrau y otros dos picos erguidos ante nosotros... Esto es lo que se siente.[77]

O al componer una obra musical:

Llegó como un don. Un gran pájaro gris salió volando con el estruendo de una llamada de aviso mientras él se acercaba. Al ganar altura y planear sobre el valle, de su pico salía un trino en tres notas, que él reconoció como el reverso de una línea que ya había escrito para el flautín. ¡Cuán elegante, cuán sencillo! Al darle vueltas a la secuencia, le vino la idea de una canción sencilla y bella, una canción que casi podía oír. Pero no del todo. Le llegó una imagen de una serie de pasos no desplegados, que subían y bajaban, desde la trampilla de un desván, o desde la puerta de un avión ligero. Caía una nota y sugería la siguiente. Él oyó, la tuvo, y luego desapareció. Hubo un destello de los tentadores restos de la imagen y de la desvanecida llamada de una pequeña y triste melodía... Estas notas eran perfectamente independientes, una pequeñas bisagras bruñidas que marcaban un arco perfecto del que se balanceaba la melodía. Casi podía oírla de nuevo llegar a la cima de la angulosa roca, y se detuvo para sacar del bolsillo la libreta y el lápiz.[78]

O al albergar un deseo indescriptible:

Hay que ser artista y loco, un ser infinitamente melancólico, con una burbuja de ardiente veneno en las entrañas y una llama de suprema voluptuosidad siempre encendida en su sutil espinazo (¡oh, cómo tiene uno que

77. De *The Mind-Body Problem*, de Rebecca Goldstein, 1983, págs. 103-104.
78. De *Amsterdam*, de Ian McEwan, 1998, págs. 90-91.

rebajarse y esconderse!), para reconocer de inmediato, por signos inefables —el diseño ligeramente felino de un pómulo, la delicadeza de un miembro aterciopelado y otros indicios que la desesperación, la vergüenza y las lágrimas de ternura me prohíben enumerar—, al pequeño demonio mortífero entre el común de las niñas.[79]

O incluso al reflejarse en los límites del propio lenguaje:

Porque nadie de nosotros podrá jamás dar la exacta medida de sus necesidades o sus pensamientos o sus penas, y el lenguaje es una tetera abollada con la que damos ritmo a melodías para que bailen los osos, mientras no dejamos de añorar que las estrellas sientan lástima.[80]

79. De *Lolita*, de Vladimir Nobokov, 1955/1997, pág. 11 (trad. cast.: *Lolita*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994, págs. 38-39).

80. De *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, 1857/1998, pág. 73; combinación de diversas traducciones.

Capítulo 6
¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

Toda la vida he estado rodeado por los recordatorios de lo común que es mi nombre. Su etimología es muy prometedora: *stephanos*, palabra griega que significa «corona». No obstante, permaneció en la oscuridad durante los dos milenios posteriores a la lapidación del primer mártir cristiano, a quien se recuerda, sobre todo, por el nombre de la fiesta que estableció el Buen Rey Wenceslao. Hasta el siglo XIX no reaparecieron en el escenario mundial unos cuantos Stephens —Austin, Douglas, Foster, Leacock y Crane—, y en las primeras décadas del siglo XX sólo se añadieron Benét, Spender y Dedalus, el último de los cuales ni siquiera llegó a existir.

Pero entre la década de 1930, cuando ocupaba en torno al puesto 75 entre los nombres más populares de los niños norteamericanos (por detrás de Clarence, Leroy y Floyd), y la de 1950, cuando yo nací, *Stephen* (y *Steven* y *Steve*) se disparó hasta el séptimo puesto.[1] Y parecía que era más popular aún en los círculos demográficos en que yo vivía. Porque, cuando mi voluminosa cohorte fue abriéndose al mundo, no dejaba de encontrarme rodeado de Steves. En la escuela me llamaban siempre por la inicial y el apellido, puesto que en cada clase había dos o tres de los nuestros, y a medida que fui ascendiendo por el mundo de la educación, la concentración de Stevens no dejó de crecer. Mi compañero de habitación en la universidad se llamaba Steve, como también mi asesor y otro de sus alumnos, y cuando empecé en mi propio laboratorio, contraté a dos Steves de golpe para que lo dirigieran.

Pero cuando empecé a escribir libros de ciencia comerciales, me encontré rodeado. Aspiraba a situarme a la altura de Gould y Hawking, me encontré debatiendo sobre Gould y Rose (la transcripción lleva el título de «The Two Steves»),[2] y en un determinado momento compartía las estan-

1. Social Security Administration, 2006; Wattenberg, 2005.
2. S. Pinker y Rose, 1998.

terías con todos ellos, además de con Budiansky y Jones. No es que me resultara perjudicial:

Desde entonces se nos han unido Johnson, Landsburg, Levy, Mithen, Weinberg, Wolfram y los dos autores del éxito de ventas *Freakonomics* (Levitt y Dubner). Los Steve dominan también la alta tecnología, incluidos los puestos de jefe ejecutivo de Microsoft (Ballmer) y Apple (Jobs), los dos fundadores de Apple (Jobs y Wozniak) y el fundador de America-On-Line (Case).

La abundancia de Steves en las ciencias del cambio de siglo ha dado origen al arma más formidable de la lucha contra el actual neocreacionismo: el Proyecto Steve.[3] Hija del National Center for Science Education (NCSE), la iniciativa es una parodia de la tradición creacionista de publicar listas de muchos «científicos que disienten del darwinismo». El NCSE replica: «¿Ah, sí? Pues bien, tenemos una lista de varios *cientos* de científicos que *ratifican* la evolución —¡*contando sólo los que se llaman Steven*!—» (y Stephanie, Stefan y Esteban). Sátira en parte, y en parte en memoria de Stephen Jay Gould, el proyecto mantiene el recuento de Steves (que hoy alcanzan los 750) y ha sacado una camiseta, una canción, una mascota (el profesor Steve Steve, un panda de juguete) y un artículo en la respetada revista científica *Annals of Improbable Research* llamado «The Morphology of Steve» (basado en la distribución de las tallas de las camisetas pedidas por los signatarios).[4]

3. <www.ncseweb.org/resources/articles/3541_project_steve_2_16_2003.asp>.
4. Scott, Matzke, Branch &284_scientists_named_«Steve», 2004.

El hiperestebanismo es un fenómeno de la segunda mitad del siglo xx. Al igual que los tulipanes, las acciones de los puntocom y otros ejemplos de la locura de las multitudes, la fortuna de los *Steve* cayó con la misma rapidez con que subió. Hoy ha bajado a niveles que no se habían visto desde la década de 1910, y pueden convertirse en tan geriátricos como *Elmer* o *Clem*.[5]

¿Qué provoca el auge y el declive de un nombre? Como ocurre con la mayoría de los padres que ponen a su hijo un nombre nuevo y poco común, los míos no tenían idea de que formaban parte de lo que la moda dictaba; simplemente les gustaba cómo sonaba. Mis abuelos intentaron convencerlos para que no me pusieran tal nombre; el nombre, decían, les hacía pensar en un zafio peón de albañil. Me gusta pensar que tenía un punto de ardiente masculinidad, como cuando Lauren Bacall le dice a Humphrey Bogart en *Tener y no tener*:

> Sabes que conmigo no tienes por qué disimular, Steve. [No se llamaba Steve.] No tienes que decir nada ni tienes que hacer nada... nada. Bueno, tal vez silbar. Sabes silbar, ¿verdad, Steve? Basta con redondear los labios y soplar.

No es posible que supieran que una generación después las connotaciones de un nombre cambiarían hasta el punto de que el eslogan del movimiento antigay de Estados Unidos sería: *God made Adam and Eve, not Adam and Steve* (Dios creó a Adán y Eva, no a Adán y Esteban).

Este capítulo se ocupa del acto de poner nombre —poner nombre a los niños, poner nombre a las cosas en general—. Poner nombre a un niño es la única oportunidad que tiene la mayoría de la gente de decidir cómo se va a llamar algo. Pero cada una del medio millón de palabras del Oxford English Dictionary tuvo que ser ideada por una persona en algún momento de la historia, aceptada por la comunidad y perpetuada durante millones de años hasta nuestros días. Es un proceso que enreda al mundo, a la mente y a las sociedades de forma sorprendente. Como veremos, recientemente se ha descubierto que un aspecto del humilde acto de nombrar da la vuelta a nuestra forma de entender la lógica, el significado y la

5. Social Security Administration, 2006; Wattenberg, 2005.

relación del conocimiento con la realidad. Se ha descubierto también que otro aspecto da la vuelta a nuestra forma de entender la cultura y la sociedad.

¿En el mundo o en la cabeza?

La revolución en nuestra forma de entender la lógica de los nombres empezó con una pregunta elemental: ¿dónde viven los significados de las palabras? Hay dos hábitats probables. Uno es el mundo, donde encontramos las cosas a las que se refiere una palabra. El otro está en la cabeza, donde podemos encontrar la comprensión de las personas de cómo se puede usar una palabra.

A cualquiera que esté interesado en el lenguaje como ventana a la mente, el mundo exterior le podría parecer un hábitat poco prometedor. La palabra *cat* (gato), por ejemplo, se refiere al conjunto de todos los gatos que han vivido y vivirán. Pero ningún mortal puede estar al corriente de todos los gatos, pasados, presentes y futuros. Además, muchas palabras no tienen ningún referente en el mundo, por ejemplo *unicorn* (unicornio), *Eliza Doolittle* y *The Easter Bunny* (el conejo de Pascua), pero no hay duda de que son significativas para la persona que las conoce. Por último, las personas sabemos emplear palabras con significados muy distintos para referirnos a la misma cosa del mundo. El ejemplo de manual es *The evening star* (la estrella vespertina) y *The morning star* (la estrella del alba), que resultaron ser dos nombres para el planeta Venus. Pero ciertamente tienen significados distintos para las personas que nada saben de astronomía y no tienen forma de saber que se refieren al mismo cuerpo celeste. Hay otro ejemplo muy conocido de dos palabras que se refieren a la misma cosa del mundo, pero que significan cosas distintas para una persona. Las palabras son «Yocasta» y «Mamá», y la persona es Edipo.[6] Como tan a menudo hemos visto, las sutilezas semánticas pueden marcar una diferencia.

La alternativa a la idea de que el significado de una palabra es el conjunto de cosas a las que se refiere es que es una especie de descripción, como una definición del diccionario, o una fórmula de los símbolos lógicos

6. Ejemplos tomados de J. A. Fodor, 1994; véase también S. Pinker, 1995.

o conceptuales. Las matemáticas nos ofrecen un modelo obvio de cómo una descripción finita puede referirse a un conjunto infinito de ítems. Por ejemplo, «el conjunto de números naturales divisibles por dos sin resto» requiere diez palabras, pero abarca el conjunto de números pares, que es infinito. Las matemáticas también nos demuestran que dos expresiones distintas se pueden referir a lo mismo: otra expresión para denominar a los números pares es «el conjunto de números naturales que incluyen el 0 y de todos los números que resultan de añadirle 2 cuantas veces se quiera». Volviendo al lenguaje, el significado de «gato» podría ser «pequeño mamífero domesticado de piel suave, garras afiladas, orejas puntiagudas y, normalmente, cola larga y peluda, y que se suele tener como mascota para que cace ratones».

A veces nos referimos a los dos significados de «significado» como referencia (las cosas del mundo) y sentido (una fórmula resumen).[7] Un sentido no está *necesariamente* en la cabeza de cualquiera; es una caracterización ideal de un concepto que se encuentra detrás de una palabra, que los individuos que hablan una lengua pueden conocer en grado diverso. Pero en la medida en que las personas tenemos *algún* concepto en la cabeza que corresponda al sentido de una palabra, se puede decir que sabemos qué significa la palabra. Una ventaja de la definición de «gato» sobre el conjunto de todos los gatos es que la definición puede caber dentro de la cabeza de la persona. Es evidente que, de un modo u otro, quien conoce una palabra debe ser capaz de identificar las cosas a las que se refiere. Pero, en principio al menos, el sentido de una palabra se puede poner en uso al distinguir sus referentes del mundo. En este caso, basta con buscar pequeños mamíferos domésticos de piel suave, garras afiladas, orejas puntiagudas, etc. Esto puede ser útil incluso si los potenciales referentes son infinitos en número o están alejados de la experiencia.

No puede haber una respuesta única a la pregunta «¿Los significados están en el mundo o en la cabeza?» porque la división del trabajo entre el sentido y la referencia es muy diferente para los distintos tipos de palabras. Con algunas de éstas, como *this* (este, esta, esto) y *that* (ese, esa, eso), el sentido en sí mismo no sirve de nada para distinguir el referente; todo depende de lo que haya en el contexto en el momento y en el lugar en que

7. Chierchia y McConnell-Ginet, 2000.

una persona pronuncie esa palabra. Los lógicos llaman «indéxicos» a estas palabras. El término deriva de la palabra latina que significa «índice», porque el significado de un indexical depende de a qué estemos apuntando efectivamente. Los lingüistas las llaman términos «deícticos», de la raíz griega que significa lo mismo, apuntar. Otros ejemplos son *here* (aquí), *there* (allí), *you* (tú, vosotros), *me* (yo), *now* (ahora) y *then* (después).

En el otro extremo están las palabras que se refieren a cualquier cosa que digamos que significan cuando estipulamos su significado en un sistema de normas. En teoría al menos, no tenemos por qué salir a la calle con los ojos bien abiertos para saber qué es un «aterrizaje», o un «miembro del parlamento», o un «dólar», o un «ciudadano estadounidense» o «Vaya a» en el Monopoly, porque el significado de todas estas palabras lo establecen con toda exactitud las reglas o las regulaciones de un juego o un sistema. A estos tipos de cosas se les llama a veces «nominales», tipos de cosas que sólo se reconocen por cómo decidimos nombrarlas.

Todo esto nos deja con tres categorías poco claras: los tipos naturales como «gato», «agua» y «oro»; los artefactos como «lápiz», «copos de avena» y «ciclotrón»; y los nombres propios, como «Aristóteles», «Paul McCartney» y «Chicago». ¿Qué función desempeñan el mundo y la mente cuando se trata de estos tipos de entes?

Empecemos por los nombres. A primera vista, se diría que para saber un nombre hay que saber cuál es su sentido, y no sólo su referencia. No puede ser obligatorio haber visto o tocado el referente de un nombre, porque todos sabemos los significados de los nombres de persona como el de Aristóteles, que anduvo por el mundo milenios antes de que naciéramos. Y todos dominamos los nombres que tienen diferentes significados pero designan el mismo referente del mundo: no sólo «la estrella vespertina» y «la estrella del alba», sino también «Samuel Clemens» y «Mark Twain», «Clark Kent» y «Supermán» y «Puff Daddy» y «P. Diddy». ¿Qué aspecto tendrá el significado de un nombre almacenado en la mente? Cabe presumir que es como una «descripción definida»: una caracterización que distingue a un único individuo. El significado del nombre «George Washington», por ejemplo, sería «el primer presidente de Estados Unidos». De vez en cuando, las personas o las instituciones utilizan realmente una descripción definida como sobrenombre, como en «El artista conocido antes como Prince». Pero la observación de Voltaire de que el Sacro Imperio Romano no

fue ni sacro, ni romano, ni imperio, la ocurrencia de Groucho cuando decía que «inteligencia militar» es una contradicción en sus propios términos, y la pegatina sobre el grupo de derechas estadounidense que dice «La mayoría moral no es ni lo uno ni lo otro», nos recuerdan la diferencia lógica entre un nombre y una descripción definida. Según la teoría que estamos viendo, el significado de un nombre sería una *abreviatura* de una descripción definida, aunque, como muestran esos chistes, no necesariamente la que se contiene en el propio nombre.

Así pues, tenemos ya el marco para una idea que, en muchos sentidos, fue una de las revelaciones más sorprendentes de la filosofía del siglo xx. La pensaron por separado los filósofos Saul Kripke y Hilary Putnam (y, en una versión anterior, Ruth Barcan Marcus), y gira en torno a unos singulares experimentos sobre el pensamiento.[8] Voy a presentarla con otra más verosímil de la misma época. Este experimento sobre el pensamiento no lo ideó un filósofo, sino un pinchadiscos de Detroit.

Empezaremos con nuestro supuesto actual de que un nombre es una abreviatura de una descripción definida. El significado de «Paul McCartney», por ejemplo, podría ser como la definición que se puede encontrar en una enciclopedia:

> *McCartney,* s. músico británico (1942-) que, como miembro de los Beatles, popular grupo musical (1960-1971), compuso notables canciones junto con John Lennon, entre ellas *A Day in the Life* y *Let it Be* [sin. Paul McCartney, Sir James Paul McCartney].

Y ahora veamos el experimento sobre el pensamiento. Corrió el rumor, tomado muy en serio en el otoño de 1969, de que McCartney había fallecido. Según esta versión, un miércoles por la mañana, a las 5 de la madrugada, en noviembre de 1966, McCartney salió furioso de una sesión de grabación con los Beatles, subió a una autostopista llamada Rita, no se percató de que el semáforo había cambiado, y pereció en un horrible accidente de tráfico. Los Beatles estaban en la cima de su popularidad, y la muerte de Paul hubiera significado el final de su fama y su fortuna. Así que contrataron a un impostor para que ocupara su lugar (el ganador de un

8. Kripke, 1972/1980; R. B. Marcus, 1961; Putnam, 1995.

concurso de parecidos a Paul McCartney, de nombre Billy Shears) y urdieron un exitoso plan para ocultar la verdad al público y a la prensa. Esto explicaba por qué habían dejado sus giras por aquellas fechas (hubiese sido muy fácil percatarse del engaño en una actuación en directo) y por qué se dejaron bigote (para ocultar la cicatriz que el impostor tenía en el labio). Y como cabría esperar en una trama detallada para engañar al mundo, dejaron caer muchos indicios de la conspiración en sus canciones y en las cubiertas de los álbumes.

En la cara principal de la cubierta de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, el grupo aparece en un cementerio adornado con un arreglo floral del bajo para zurdos de Paul. En la cara posterior, Paul es el único Beatle que da la espalda a la cámara. En una canción se habla de un hombre que perdió la razón en un coche, y otra dice que nada se pudo hacer para salvarle la vida. Al final de *Strawberry Fields Forever*, se puede oír a John que canta «I buried Paul» (Yo enterré a Paul), y si *Revolution Nº 9* se reproduce al revés, se le puede oír que canta «Turn me on dead man» (Excítame, hombre muerto). La cubierta de *Abbey Road* muestra un cortejo fúnebre, en el que John es el sacerdote; Ringo, el director de la funeraria; George, el sepulturero; y el que se parece a Paul va descalzo (que es como entierran a las personas en Italia). Y en la primera canción, John habla del renacimiento del grupo: «Uno más uno más uno suman tres /Venid a mí todos, ahora mismo».

Supongamos que el rumor fuera cierto. Como dirían los lógicos, hay un mundo posible en el que *es* cierto. Recordemos ahora la definición que dábamos de «Paul McCartney». En nuestro escenario, el hombre que tenemos en mente no era, de hecho, miembro del grupo que actuó de 1960 a 1971, no compuso *A Day in the Life* ni *Let it Be*, y no es el hombre al que se le concedió el título de *sir* en 1997. De modo que si el significado de «Paul McCartney» es la definición, entonces el hombre que nació en Liverpool en 1942 y murió en Londres en 1966 no es Paul McCartney. Y esto hace caso omiso de la intuición de las personas. La mayoría de ellas diría que el hombre en cuestión seguía siendo McCartney, pese al trágico destino.

Extendámonos un poco más sobre este tema. El «quinto Beatle», Stuart Sutcliffe, dejó el grupo en 1961 y murió en extrañas circunstancias en 1962. *O esto es lo que se dice.* Al igual que McCartney, Sutcliffe era gua-

po, tocaba el bajo, y en la mente de muchos fans personificaba el grupo (él ideó el nombre de Beatles, la forma de vestir y el famoso corte de pelo). ¿Una coincidencia? No lo creo. No hay duda de que en la banda no cabían los dos, de lo contrario Sutcliffe nunca habría abandonado el grupo cuando estaba empezando a saborear el éxito. Tal vez McCartney ideó el siguiente acuerdo. Es perfectamente verosímil —perfectamente concebible— que haya un posible mundo en el que Sutcliffe continuara en secreto como miembro del grupo durante toda la vida de éste, componiendo canciones atribuidas a Paul, tocando el bajo y cantando en los álbumes, de manera que Paul no era más que una cara bonita. Cuando Paul murió en el accidente de tráfico, no había que cambiar nada, excepto al testaferro. Si consultamos la definición una vez más, tendríamos que concluir que el nombre «Paul McCartney» se refiere a Sutcliffe, el hombre que tocó con los Beatles hasta 1971 y compuso *A Day in the Life* con Lennon. Pero, una vez más, no parece que sea correcto. Aun en el caso de que resultara que Sutcliffe se ajustase a la definición estándar de «McCartney», no pensamos que ese nombre se refiera de verdad a él, sino a aquel que fue bautizado como James Paul en 1942.

Todo esto nos debe recordar un problema isomorfo que veíamos en el primer capítulo: la conspiración para ocultar el «hecho» de que Shakespeare no escribió las obras de teatro que se le atribuyen. Y aquí, también, uno intuye que si el rumor fuera cierto, el nombre «William Shakespeare» seguiría refiriéndose al hombre que fue bautizado con este nombre, y no a quienquiera que fuese el que escribió las obras. Ésta es también la conexión en la que hablaba del robo de la identidad, donde uno tiene derecho a decir que su nombre se refiere a él incluso si se ha llegado a asociar con una descripción que no se le ajusta.

Para reafirmarnos en que estos rumores de la vida real captan el espíritu de la argumentación de Kripke, veamos algunos de sus propios ejemplos. Aunque «Aristóteles» se identifica como un filósofo que fue alumno de Platón y maestro de Alejandro Magno, seguiríamos identificando a ese hombre como Aristóteles si éste hubiera decidido ser carpintero y no maestro, o, para el caso, si hubiese fallecido a los 2 años. Muchas personas creen que «Cristóbal Colón» es el nombre de quien demostró que la tierra es redonda, y que «Albert Einstein» es el nombre de quien inventó la bomba atómica. Son unas creencias equivocadas, pero pensamos que

estas personas mal informadas se refieren a los mismos hombres que a los que nosotros nos referimos. Asimismo, la mayoría de las personas no saben nada de Cicerón, excepto que fue un orador romano. Cabe presumir que no fue el único; sin embargo, cuando la gente emplea el nombre «Cicerón», quiere referirse a ese tipo, sólo a ese tipo, y no a cualquier orador de la antigua Roma.

La conclusión de Kripke era que un nombre no es, en absoluto, una descripción abreviada, sino un *designador rígido* —un término que designa al mismo individuo en todos los mundos posibles—. En otras palabras, un nombre se refiere a un individuo en todas las circunstancias concebibles en las que podamos hablar con tino sobre él, sean cuales fueren los hechos biográficos. La referencia de un nombre es fija cuando los padres de la persona, en efecto, señalan a esa pequeña persona a quien quieren poner un nombre, o en cualquier punto posterior en que un nombre queda asociado a la persona. Y luego se sigue señalando a esa persona a lo largo de su vida y más allá, gracias a una cadena de transmisión en la que la persona que sabe el nombre lo utiliza en presencia de otra, que pretende utilizarlo de la misma forma. («Voy a hablarte de un gran filósofo. Se llama Aristóteles...») En cierto sentido, los nombres se acercan más a indéxicos como «este» o «tú» que a descripciones del tipo «El primer presidente de Estados Unidos» o «Pequeño mamífero domesticado de piel suave, garras afiladas, orejas puntiagudas». Cuando conocemos un nombre, implícitamente estamos apuntando a alguien, con independencia de lo que nosotros, o cualquier otra persona, sepamos acerca de ese individuo.

Al lector le parecerá que esta teoría es de fácil digestión cuando se trata de nombres propios, que realmente los pone alguien en un momento que se puede delimitar. Pero ¿qué pasa con las otras dos categorías sobre las que nos estamos preguntando, los tipos naturales y los artefactos? Tomemos unos términos de tipo natural como «oro», «átomo», «agua» y «ballena». Presumiblemente, cada uno de éstos tiene una definición, por ejemplo que el «oro» es el elemento con el número atómico 79, el «agua» es H_2O y las ballenas son unas familias del orden de los cetáceos. Y cabe suponer que corresponde a los científicos averiguar cuáles son estas definiciones.

Pero, como ocurría con las definiciones de McCartney y Shakespeare, esta idea aparentemente inocua choca con algunas intuiciones de mucha fuerza. Una de ellas deriva de la observación de que las definiciones cien-

tíficas modernas de una palabra pueden estar en contradicción con la forma en que las personas (incluidos los propios científicos) solían pensar sobre sus referentes. Se solía pensar que las ballenas eran unos peces muy grandes (en el hebreo original, el animal que se tragó a Jonás se llamaba «Un gran pez»), pero hoy sabemos que son mamíferos. Pero cuando las personas no versadas en la ciencia emplean la palabra «ballena», seguro que se refieren a los mismos animales que nosotros, y no a algún pez que resulta que es tan grande como un tiburón ballena. En el mismo sentido, los antiguos alquimistas y los físicos del siglo XX daban definiciones muy distintas de la palabra «oro», pero se referían a lo mismo. Igual ocurría con los físicos que definían el «átomo» como aquello que no se podía dividir, y con los físicos que dividieron el átomo.

Cuando nuestra comprensión científica de un tipo natural cambia, la palabra empleada para designar el tipo no cambia su *significado*, o al menos no en la medida en que el significado tiene algo que ver con aquello a lo que la palabra se refiere. Los referentes originales siempre cuentan con sus abuelos. Si no fuera así, los científicos de distintas épocas (o aquellos de la misma época pero de teorías distintas) nunca podrían hablar sobre la misma cosa con el fin de discutir sus diferencias. Así pues, el significado de una palabra que se refiera a un tipo natural, como el significado de un nombre, no es una descripción ni una definición, sino un *señalador* de algo que está en el mundo. Adquirió un significado cuando alguien, en los albores de los tiempos, apodó una sustancia o un objeto con la palabra (como el padre que bautiza a su hijo) con la intención de que la palabra se refiriera a ese tipo. Luego la gente pasa la palabra de generación en generación con el mismo objetivo, al decir cosas como «Esto se llama "oro"».

Evidentemente, la referencia de un término de tipo natural no puede ser tan sólo la pepita de oro o el charco de agua a los que señaló el primer creador de apodos, de la misma forma que la referencia de un nombre propio es la persona exacta a la que los padres señalaron. Al fin y al cabo, no es como si esa pepita o ese charco se conservaran en un sótano de quién sabe dónde. La referencia de un término de tipo natural abarca todas las cosas que pertenecen al mismo *tipo* que la cosa apodada —generalmente, aquellas que comparten con él algún rasgo o alguna esencia ocultos, una esencia que la ciencia potencialmente puede descubrir—. Es posible que quien idea la palabra y los posteriores usuarios de ella no sepan cuál es la

esencia, pero sienten que el tipo tiene una, tal vez un rasgo que se pueda captar con alguna fórmula complicada o estadística. Putnam, por ejemplo, confiesa que no sabe cuál es la diferencia entre el olmo y el haya. No obstante, para él las palabras no son sinónimas —aunque no sepa distinguir los árboles, sabe que hay expertos que sí lo saben, y le basta con eso—. Putnam sostiene que las palabras, como los bienes y los servicios, son producto de una división de la mano de obra dentro de una sociedad: muchas veces tenemos que depender de los expertos para distinguir los significados, en vez de hacerlo todo nosotros mismos.

Putnam hace que entendamos el hecho de que los términos de tipo natural no tengan definiciones mediante un experimento sobre el pensamiento que hoy ya es famoso. Imaginemos un planeta lejano que es una réplica exacta de la Tierra, con personas que piensan como nosotros y tienen el mismo aspecto, e incluso hablan una lengua indistinguible del inglés. La única diferencia es que el líquido que los nativos llaman «agua» no es H_2O, sino un compuesto con una fórmula química muy larga y complicada que se puede abreviar como XYZ. En la Tierra Gemela, XYZ es un líquido incoloro que hace posible la vida, sacia la sed, apaga el fuego, cae del cielo y llena lagos y océanos. Esto significa que los conocimientos almacenados en el cerebro de nosotros, los terrícolas, y los conocimientos almacenados en el cerebro de los terrícolas gemelos son idénticos —los terrícolas gemelos nacieron con el mismo tipo de cerebro que nosotros, y su cerebro estuvo expuesto al mismo tipo de experiencias a medida que se iban haciendo mayores—. En las circunstancias en que pedimos «un vaso de agua» (que resulta ser H_2O), ellos también piden un «vaso de agua» (que resulta ser XYZ).

Ahora bien, si el significado está en la cabeza, el significado de «agua» en la Tierra debería ser el mismo que el significado de «agua» en la Tierra Gemela. Pero esto no les encaja a la mayoría de las personas que han reflexionado sobre esta hipótesis —dicen que «agua» significa algo distinto en la Tierra y en la Tierra Gemela—. La diferencia sería ostensible si una nave espacial llena de nuestros químicos visitara alguna vez la Tierra Gemela y analizara eso que sale por los grifos —dirían: «Los terrícolas gemelos no beben agua, beben XYZ»—. Pero aun en el caso de que esto ocurriera alguna vez, pensamos que los terrícolas y los terrícolas gemelos emplean las mismas palabras con significados diferentes, naturalmente sin darse cuen-

ta. Partiendo de la historia de la Tierra Gemela y del ejemplo del haya y el experto, Putnam concluye: «Mirémoslo como queramos, los "significados" simplemente no están en la cabeza».

«De acuerdo —dirá el lector—, tenemos el "agua". Pero ¿qué ocurre con los tipos naturales que pertenecen a sistemas conceptuales más complejos, como los tipos de animales? No podríamos decir que alguien conoce el significado de "gato" si no supiera que un gato es un animal, ¿no?» Pero supongamos que los científicos hacen un descubrimiento asombroso: en realidad los gatos son daleks,[9] descendientes mutantes del pueblo Kaled del planeta Skaro, y viajan por todas partes en cajas mecánicas, inteligentemente disfrazados de animales, una raza despiadada entregada a la conquista y la dominación de todo el universo. ¿Diríamos que no existe nada que sea un gato, ya que la definición de «gato» especifica un animal con pelo? ¿O diríamos que, contrariamente a lo que pensábamos, los gatos no son animales? Y si se descubrieran en otro planeta unos animales pequeños y con pelo que ronronean y maúllan, ¿habríamos hablado de ellos todo este rato? Si respondemos no, sí y no, estamos de acuerdo con Putnam en que los términos de tipo natural son designadores rígidos, como los nombres propios.

Y nos quedan las palabras que designan artefactos. En el peor de los casos, dirá el lector, forma parte del significado de «lápiz» el hecho de que *es* un artefacto, en concreto un instrumento para escribir. Pero ahora supongamos que los científicos hicieran un descubrimiento más espectacular aún: los lápices son organismos vivos. Si los cortamos y los miramos a través del microscopio, vemos que tienen nervios, vasos sanguíneos y órganos diminutos, y cuando nadie mira, desovan y tienen lapicitos que se convertirán en lápices. (Putnam observa: «Es extraño, por cierto, que existan *palabras* sobre muchos de estos organismos —por ejemplo, BONDED *Grants* DELUXE fabricados en Estados Unidos Nº 2—, pero quizá sean organismos inteligentes, y ésta es su forma de camuflarse»).[10] Si convenimos en que siguen siendo lápices (frente a la conclusión «Los científicos han descubierto que no existe nada de eso que se llama lápiz»), entonces hemos admitido que ni siquiera la idea de que un lápiz es un instrumento fabricado por el hombre puede formar parte del significado de «lápiz».

9. Putnam identificó los gatos simplemente como robots, no como «daleks».
10. Putnam, 1975, pág. 161.

Es evidente que *cierta* parte del significado de una palabra debe estar en la cabeza de las personas. No sólo tiene que haber algo que diferencie a una persona que conoce una palabra de otra que no la conoce, sino que, como veíamos antes en este mismo capítulo, dos palabras pueden señalar a la misma cosa («La estrella del alba» y «La estrella vespertina»; «Yocasta» y «Mamá») pero significar cosas diferentes, en función del estado de los conocimientos de quien habla. La tesis de Putnam, entonces, no es «no son», sino un «o-o»: o el significado de una palabra no determina su referencia (las cosas que las palabras denotan), o los significados no están en la cabeza. Hoy, muchos filósofos parten la tarta de un modo un tanto distinto, y dicen que hay *dos* significados de «significado». Los significados *restringidos* están en la cabeza, en forma de definiciones, estructuras conceptuales o estereotipos.[11] («Agua» en español y «agua» en español gemelo tienen el mismo significado restringido.) Los significados *amplios*, además, apuntan a cosas del mundo y dependen de muchas cosas exteriores a la cabeza del que habla: de qué personas el hablante ha aprendido las palabras, de qué personas aprendieron las palabras *aquéllas* y, remontándose lo suficiente, a qué apuntaban los acuñadores originarios cuando emplearon la palabra por primera vez. («Agua» en español y «agua» en español gemelo tienen, pues, diferentes significados amplios.)

¿Por qué normalmente nos podemos permitir ignorar la diferencia que hay entre los significados restringidos de la cabeza y los significados amplios del mundo? ¿Por qué no nos preocupa nunca la posibilidad de que las ideas que se esconden tras nuestras palabras puedan caracterizar erróneamente las cosas que etiquetamos con las palabras? La razón es que fuera de los experimentos sobre el pensamiento y de los teóricos de la conspiración, los significados que tenemos en la cabeza y los que están en el mundo tienden a distinguir las mismas cosas. La mente armoniza con el mundo lo bastante bien para que, la mayor parte del tiempo, aquello sobre lo que pensamos se corresponda con aquello sobre lo que *creemos* que pensamos. Aunque hay algunas excepciones. Hay casos de identidad mal interpretada. Como el de Colón cuando se refería a los habitantes de La Española como «indios». Hay fronteras revisadas, por ejemplo cuando los zoólogos reclasifican a los *delfines* como un tipo de ballena. Y algo ha tenido que ir pésimamente en la cadena de redecir cuando un designador de San Nicolás evolucionó

11. Block, 1986; J. A. Fodor, 1987; J. A. Fodor, 1994.

hasta llegar a *Santa Claus*. Pero la mayoría de las veces no tenemos por qué preocuparnos de estos desajustes. En parte porque hay menos cosas en el cielo y en la tierra de las que soñamos en nuestra filosofía. El mundo real tiene unas determinadas regularidades, y nuestra facultad para aprender palabras las da por supuestas. Podemos apostar sin miedo a que, de hecho, no hay nada en el universo que tenga el aspecto del agua y su mismo sabor que esté compuesto de XYZ; ningún dalek que tenga el aspecto de un gato ni se comporte como él; ningún organismo que se parezca a los lápices; ninguna coincidencia trágica que lleve a alguien a matar a su padre sin darse cuenta y a casarse con su madre; ni maniobra alguna que funcione para encubrir a un Beatle. Gracias a los límites en la manera que tienen de funcionar las palabras, no se nos engaña fácilmente.[12]

Pero nuestra fiable conexión con el mundo exige algo más que la cooperación del propio mundo. También requiere una convicción tácita pero inamovible de que las palabras están encadenadas a las cosas reales, y una fe en que los demás hablantes de nuestra comunidad, pasados y presentes, comparten esta convicción. Es la convicción que impulsa la creencia en que en los experimentos sobre el pensamiento nuestras palabras están unidas indisolublemente a determinadas personas y cosas, incluso cuando descubrimos que son muy diferentes de como las imaginábamos. Es también lo que nos permite aprender palabras cuyos referentes ni nosotros mismos podemos identificar, confiando en que hay otras personas que sí saben hacerlo. Estas intuiciones generalmente no dejan que se rompan las cadenas del aprendizaje de las palabras que se inician con el primer acuñador, pese a las largas separaciones de tiempo y espacio, y a los considerables cambios que se producen en nuestra comprensión. Y cada vez que empleamos una palabra para referirnos a una cosa, nos atamos al extremo de un sinuoso hilo de espacio-tiempo que nos conecta con las primeras personas que miraron esa estrella, esa criatura o esa sustancia, y pensaron que necesitaban un nombre.

La forma en que las palabras nos pueden conectar con las cosas del mundo, y no con lo que *pensamos* de las cosas del mundo, no es una mera cuestión de cómo se impulsan nuestras intuiciones en estrafalarios experimentos sobre el pensamiento. Incluso si dejamos de lado las aplicaciones

12. J. A. Fodor, 1994; S. Pinker, 1995.

prácticas como la de cómo resolver los casos de impostura y de robo de la identidad, en la ciencia y en las leyes hay importantes interrogantes que giran en torno a nuestra comprensión de a qué cosas del mundo se refieren nuestras palabras y nuestros conceptos.

El ejemplo fundamental de la historia de la biología es el significado de los términos empleados para nombrar las especies. Antes de Darwin (y hoy entre los creacionistas), se solía pensar que cada una de las especies se podía definir con un conjunto de rasgos necesarios que caracterizaban su esencia —que había una definición precisa de «atún», «pájaro moscón», «serpiente de cascabel», etc.—. Pero quien así piense se encontrará ante el problema de envolver su mente con la propia idea de evolución, porque ésta conlleva la aparición de formas intermedias que literalmente no son ni peces ni aves. Según esta mentalidad «esencialista», el dinosaurio tiene una esencia dinosauriana y no puede evolucionar hasta llegar a ser un ave más de lo que pueda evolucionar un triángulo hasta llegar a ser un cuadrado. Uno de los grandes avances conceptuales de Darwin fue tratar un término que designara a una especie como indicador de una población de organismos (un designador rígido), y no como un tipo que está estipulado por un conjunto fijo de rasgos. Los miembros de esa población pueden variar en sus rasgos en un momento dado, y la distribución de los rasgos puede cambiar gradualmente en los descendientes de la población. El nombre de la especie, como designador rígido, simplemente apunta a una determinada rama de este gigantesco árbol genealógico, y abarca a los miembros que originariamente se apodaban con la etiqueta, a sus contemporáneos que pudieran criarse con ellos, y a una parte de sus ancestros y descendientes que se les asemejan lo suficiente.[13]

En tiempos más recientes, la naturaleza de los nombres ha entrado a formar parte de una polémica científica que es casi tan incendiaria para el pueblo llano como la teoría de la evolución. El origen de dicha polémica está en un descubrimiento que se parece mucho al agua XYZ, los gatos robot y los lápices vivientes, no en una Tierra Gemela imaginaria, sino en nuestro propio sistema solar. Se trata del planeta Plutón —¿o debería decir el Plutón conocido antes como un planeta?—. Resulta que Plutón se diferencia de Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Urano y Neptu-

13. Hull, 1989; Mayr, 1982.

no. Contrariamente a lo que pensaban los astrónomos que lo descubrieron, Plutón es una insignificante bola helada, más pequeña que nuestra luna, que se mueve a paso de tortuga trazando una órbita torcida en el límite del sistema solar, y no muy diferente de cientos de otras bolas heladas que trazan su órbita por el firmamento. En 2006, un tribunal nombrado por la Unión Astronómica Internacional debatió duramente para clasificarlo, mientras un mundo angustiado mantenía el aliento. Si los astrónomos iban a negarle la condición de planeta, invalidarían millones de colgantes móviles y de mapas y encolerizarían a generaciones de estudiantes que se aprendieron de memoria cosas como *My very eager mother just served us nine pizzas* (Mi propia madre entusiasta sólo nos puso nueve pizzas) o *Many vile earthlings make jam sandwiches under newspaper piles* (Muchos viles terrícolas hacen bocadillos de jamón bajo pilas de periódicos) para que las iniciales de cada una de las palabras les recordaran a cada uno de los planetas. Pero cualquier norma coherente de pertenencia que hubiera dejado a Plutón como miembro del club también habría permitido la entrada de una variopinta serie de asteroides, lunas y bolas heladas. Sólo la manipulación de la definición habría permitido que la palabra «planeta» abarcara a los nueve clásicos.

De hecho, no se trataba de una auténtica polémica científica, sino de una representación de la tesis de Kripke-Putnam sobre la lógica de las palabras. En la mente de muchas personas, la palabra «planeta» era un designador rígido, como un nombre. Se refería al grupo de nueve individuos que la palabra «planeta» vino a significar en nuestra comunidad lingüística —en este caso, no desde un único momento en que se puso tal apodo (pues la palabra «planeta» había estado en uso mucho antes de que se descubriera Plutón en 1930), sino en un prolongado acto de apodar al que se había puesto fin cuando se nos expuso a la palabra—. Como tal, las personas pensaban que el nombre seguía refiriéndose a las mismas cosas a las que siempre se había referido en su memoria colectiva, incluso a medida que nuestros conocimientos sobre ella (el sentido que intentamos darle) cambia. El dilema de los astrónomos era que necesitaban un término técnico que captase un tipo científicamente coherente (el equivalente de «H_2O» de la química o el nombre de una especie en biología), y no podían soportar que tuvieran que deshacerse de la palabra «planeta». Al final, decidieron desobedecer las intuiciones de designador rígido de la comunidad

lingüística en favor de un sentido científicamente defendible, y privaron a Plutón del estatus planetario, para disgusto del resto del mundo.

Los sistemas legales también se han de preocupar por aquello a lo que nos referimos con el significado de nuestras palabras. Para que una ley sea justa, debe trazar unas líneas claras que la gente pueda utilizar para guiar su conducta de antemano, y que, después, puedan usar los jurados para juzgar. Esto requiere que las palabras que componen una ley se refieran a tipos nominales, a acciones que no sean ni más ni menos de lo que la ley dice que son. Pero los conceptos que entran en los pensamientos y las acciones de las personas a menudo son tipos naturales y artefactos. En la medida en que las palabras empleadas para estos conceptos son designadores rígidos, el intento de la ley de reemplazarlas con definiciones es imposible en principio. En *Bad Acts and Guilty Minds*, Leo Katz pone un ejemplo.[14] En la época del colonialismo en África, la administración británica aprobó una Ley de Supresión de la Brujería que incluía una detallada definición de brujería. Por desgracia, quienes redactaron el borrador no eran especialistas en las costumbres locales e hicieron una chapuza al formular esa definición, estipulando como brujería determinados rituales que, de hecho, eran métodos para *detectar* a las brujas o brujos. Así que ¿qué debía hacer el juez con el acusado que sin duda practicaba la brujería pero no hacía lo que la ley *definía* como tal? Si el significado de una palabra es su definición, debería declararle no culpable. Pero si un término como «brujería» es un designador rígido, se refiere a actos que son del mismo tipo que a lo que quiera que los legisladores se refirieran cuando redactaron el borrador de la ley que invoca ese término, incluso si la descripción con la que dieron caracterizara mal lo que querían definir. A muchos estadounidenses les será familiar un problema parecido de nuestro sistema legal. Durante décadas, los legisladores y los tribunales han sido incapaces de dar con una definición coherente de «obscenidad», lo que llevó al magistrado del Tribunal Supremo Potter Stewart a proponer una alternativa en 1964: «Sé lo que es cuando lo veo».

14. Katz, 1987.

Kripke saca otra rara conclusión de la semántica del nombrar, que se refleja en la segunda mitad de su pequeño *El nombrar y la necesidad.* Al menos desde Kant, los pensadores han distinguido dos tipos de conocimientos. El conocimiento *a priori* (anterior al hecho) es el que se puede adquirir en el proverbial sillón —por revelación divina, por introspección, por ideas innatas o, lo más habitual, por deducción lógica o matemática—. El conocimiento *a posteriori* (posterior al hecho) es el que sólo se puede adquirir al salir al mundo y observar. Según cuenta una historia, probablemente apócrifa, un seminario medieval de estudiosos intentó deducir a partir de los principios primeros cuántos dientes hay en la boca del caballo, y se sorprendieron cuando un joven advenedizo les sugirió que buscaran un caballo, observaran su boca y contaran.[15]

«Un conocimiento *a priori*» puede significar toda una serie de cosas para los filósofos, pero una de ellas es el conjunto de hechos que son *necesarios* —unos hechos que no podrían ser de otra forma y que, por consiguiente, se producen en todos los mundo posibles—.[16] El conocimiento *a posteriori*, por el contrario, es sobre los hechos que son *contingentes.* Dependen de la manera en que se organizaron cuando nuestro mundo tomó forma, y podrían ser distintos si rebobináramos la cinta y pasáramos de nuevo la película. Al fin y al cabo, se podría utilizar perfectamente un conjunto de axiomas y normas para deducir algo que dependiera de los caprichos de la forma en que el polvo revoloteó y se asentó en el sistema solar primario, o de qué especies había cuando el planeta tuvo la mala suerte de que un cometa chocara violentamente contra él. Y al revés, si se *puede* deducir algo, se podría pensar que *tiene* que ser de esa forma, bien debido a las implicaciones lógicas de las palabras que se emplearan en la deducción (como en «Ningún soltero está casado»), bien debido a la naturaleza eterna y universal que obliga a que la deducción se produzca exactamente de la forma en que se produce.

Kant intentó defender una tercera posibilidad: el conocimiento que era *a priori*, pero algo más que una simple consecuencia de los significados de las palabras; de hecho caracteriza el mundo físico tal como lo conoce-

15. Ayer, 1936.

16. Kitcher, 1990, págs. 15-16, distingue tres sentidos de *a priori* en las obras de Kant, uno de los cuales es «universal y necesario».

mos. Señaló los teoremas de la geometría euclidiana, de los que creía que caracterizaban el espacio, aunque estos teoremas se dedujeran matemáticamente y no se descubrieran con una cinta de medir ni con un nivel de agrimensor. En la actualidad, casi nadie acepta esta teoría, porque, entre otras cosas, la física moderna ha demostrado que el espacio en realidad no es euclidiano.[17]

Kripke defendía aún otra posibilidad, una posibilidad que los filósofos nunca habían considerado: el conocimiento que es *a posteriori* (descubierto después del hecho), pero necesario. El descubrimiento de que la estrella del alba y la estrella de la noche eran lo mismo (Venus) fue *a posteriori*. Pero una vez descubierto, era una verdad necesaria —no existe un mundo posible en el que la estrella del alba y la estrella vespertina se refieran a cosas distintas (aunque, naturalmente, se las puede *llamar* cosas diferentes: la afirmación de Kripke se refiere a lo que *nosotros* queremos decir con los términos)—. Y de igual modo, si los científicos están en lo cierto al decir que el agua es H_2O, entonces el agua *tiene* que ser H_2O —si algo no es H_2O, entonces, para empezar, no es agua, según lo que queremos decir con el término «agua»—. (Recordemos que negamos que aquello de la Tierra Gemela fuera agua.) Del mismo modo, el oro *tiene* que ser un elemento con el número atómico 79 (si éste es el que resulta ser su número atómico), el calor *tiene* que ser un movimiento molecular (suponiendo que de hecho es un movimiento molecular), y así sucesivamente.

Nada de todo esto es un intento de hacer química sin levantarse del sillón, como ocurría con los estudiosos medievales y el número de dientes de un caballo. Los hechos particulares que al final consideremos que son necesarios dependerán de lo que las personas de bata blanca hayan descubierto. Al contrario, la tesis de Kripke es un intento de esclarecer a qué nos comprometemos lógicamente cuando utilizamos los nombres propios y los nombres para designar los tipos naturales. Sorprendentemente, nos comprometemos con una clase determinada de verdades lógicamente necesarias (aunque no podemos saber qué son *a priori*). Supone esto una importante revisión de nuestra comprensión sobre cuántas verdades hay y cómo las podemos conocer, todo a partir de unas intuiciones sobre cómo utilizamos los nombres.

17. Kant, 1781/1998; Körner, 1955; W. H. Walsh, 1967.

Por cierto, cuando nos situamos tan cerca del concepto de significado empezamos a percibir un olor a paradoja. ¿Qué hago exactamente cuando *quiero decir* algo con una palabra —cuando me refiero a Aristóteles, o a los Alpha Centauri, o al agua, o a los números pares, o al primer niño nacido en 2050, o a cómo sería el mundo si Paul hubiese muerto—? Es lo bastante tonificante como para darse cuenta de que, con tan sólo poner en marcha unas neuronas o mover los labios, puedo situarme en una relación con un filósofo fallecido hace mucho o con un cuerpo celeste muy alejado. Pero, al menos en estos casos, podemos vislumbrar una conexión entre el significante y el significado en una cadena de aprendizaje de palabras que se remonta a un apodador primigenio con un conocimiento de primera mano. Pero cuando pensamos en qué es lo que nos conecta con algunos otros referentes de nuestras palabras, la mente empieza a tambalearse: al agua dondequiera que se pueda encontrar en el cosmos, a una infinidad de entes abstractos, a una persona concreta que todavía no existe (pero no a los miles de millones de personas que aún no existen) o a un universo paralelo que no tiene realidad pero obedece unas determinadas leyes. Estos entes no rocían de energía nuestro camino, y nuestros cuerpos no tienen unos órganos sensoriales para ellos, pero, de un modo u otro, un filamento diáfano de la semántica los conecta con nosotros. Tal como dice el filósofo Colin McGinn, parece que el significado «capacita al pensamiento para que traspase las fronteras del conocimiento: nos puede llevar a cualquier distancia y en cualquier dirección, viajando por unos fragmentos arbitrariamente amplios de la realidad, pero siempre sobre unos raíles fijos».[18] Tal vez no quepa sorprenderse de que las personas de tantísimas culturas piensen que las palabras tienen unos poderes mágicos (como veremos en el capítulo dedicado a las palabrotas y el vocabulario soez), ni de que uno de los evangelios empiece diciendo: «En el principio estaba la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios». McGinn tiene una explicación más prosaica: el problema del significado, como muchos misterios de la filosofía, siempre podrá verse envuelto por el enigma, porque dirige nuestro sentido común hacia ámbitos conceptuales que no evolucionaron para pensar en ellos.[19]

18. McGinn, 1993, pág. 64.
19. McGinn, 1993. Véase también S. Pinker, 1997b, págs. 558-565.

OSTENTACIÓN, *BLOGS* Y NOTAS PUBLICITARIAS. ¿DE DÓNDE VIENEN LAS PALABRAS NUEVAS?

Si el significado de un nombre nos une a un acto original de apodar, ¿qué pasa exactamente en este suceso que marca tal hito? ¿Cómo evocan las personas un sonido nuevo para etiquetar un concepto? ¿Qué conceptos sin nombre se considera que merece la pena que tengan un sonido que los etiquete? ¿Y qué pone en marcha la cadena de transmisión que permite que la palabra se extienda por toda una comunidad y se perpetúe en los descendientes de ésta? En lo que resta de este capítulo nos ocuparemos de estos rompecabezas, uno después de otro.

El origen de las palabras es característico entre las áreas de la curiosidad humana, porque está marcado por 1) una sorprendente cantidad de conocimientos y 2) una sorprendente cantidad de paparruchas. En el origen de las palabras hay algo que lleva a las personas a inventarse cosas. Ahí van algunos ejemplos de un correo electrónico que circuló con toda seriedad con el título de «Para los aficionados a las trivialidades: Historia de las frases»:

> En los tiempos de Shakespeare, los colchones se aseguraban a las camas con cuerdas. Cuando se tiraba de ellas, el colchón se tensaba (*tightened*), con lo que la cama adquiría una mayor firmeza para dormir en ella. De aquí vino la expresión «Buenas noches, que duermas bien» (*sleep tight*).
>
> Hace 4.000 años, en Babilonia era una práctica habitual que, durante el mes posterior a la boda, el padre de la novia abasteciera a su yerno de todo el aguamiel que éste pudiera beber. El aguamiel es agua mezclada con miel y, como el calendario de los babilonios se basaba en la luna, a este período se le llamó el «mes de la miel», o lo que hoy conocemos como «luna de miel».
>
> En la antigua Inglaterra, una persona no podía hacer el amor sin el permiso del rey (a menos que perteneciera a la familia real). Cuando alguien quería tener un hijo, obtenía el consentimiento del rey, que le entregaba un letrero que el solicitante colgaba en la puerta de su casa mientras practicaba el sexo. El letrero decía F.U.C.K. (*joder*) (Fornication Under Consent of the King [fornicación con el permiso del rey]). De ahí, pues, viene esa palabra.

Este tipo de cosas inspiró una etimología para la palabra «etimología»: «Del latín *etus* ("comido"), *mal* ("mal") y *logy* ("estudio de"). Significa "el

estudio de cosas que son difíciles de tragar"».[20] Para desenmascarar este tipo de historias hubiera bastado con echar un vistazo a cualquier diccionario, donde se demuestra que los estudiosos han rastreado el verdadero origen de casi todas las palabras de la lengua, a veces llegando hasta el acuñador, y con más frecuencia hasta la raíz, situada en una lengua ancestral o vecina que se habló hace siglos o milenios. En algunos casos, las auténticas etimologías son menos coloristas que las populares. *Tight* significa «de forma regular y segura», como en *sit tight* (quédate ahí tranquilo); «luna de miel» alude a la dulzura metafórica que mengua como la luna; *fuck* (joder) procede de una palabra escandinava que significa «batir» o «dar estocadas». (Y, por cierto, «testificar» no viene de la costumbre de los antiguos romanos de que los hombres, para dar fe de una afirmación, juraban por sus testículos; ni *shit* (mierda) es el acrónimo de Ship High in Transit, un aviso para que el estiércol se alejara de la parte inferior del barco, para que así no se humedeciera, desprendiera metano, estallara e hiciera añicos el barco.) Pero, como veremos, muchas veces la etimología es mucho más colorista de lo que cualquier falsificador pudiera imaginar.

El proceso de ensamblar las palabras a partir de otras más antiguas o a partir de fragmentos de palabras (morfemas) es, con mucho, el crisol más habitual de las palabras nuevas. Todas las lenguas tienen una batería de operaciones combinatorias que se traducen en palabras nuevas de forma previsible. En inglés, por ejemplo, al añadir a un verbo el sufijo *–able* el verbo se convierte en un adjetivo que se refiere a lo posible y fácil que es realizar esa acción (*learnable* [que se puede aprender], *fixable* [que se puede sujetar], *downloadable* [que se puede descargar]). Y al pegar dos nombres se crea un compuesto que se refiere a una versión del segundo nombre asociada con el primero (*ink cartridge* [cartucho de tinta], *lampshade* [pantalla de la lámpara], *tea strainer* [colador]). Normalmente, ni siquiera nos damos cuenta de estas palabras nuevas, que se acuñan en menos que canta un gallo y se entienden casi sin esfuerzo alguno (*outdoorsiness* [el hecho de estar al aire libre], *uncorkable* [que se puede descorchar], *pinkness* [lo de color rosa], etc.).

Si esto fuera todo lo que hay en lo que a la acuñación de las palabras se refiere, el lenguaje sería mucho más soso y estaría mucho más sometido a

20. Atribuido a Mike Ellen por el programa «Fortunes» de Unix.

las leyes de lo que la realidad nos muestra. Richard Lederer, por ejemplo, nunca hubiera podido preguntar: si los bebés cometen «beberios», ¿qué comen los humanitarios?, ¿de dónde se saca el aceite de bebés?, u otras preguntas que exponía en la página 65. El inglés (y otras lenguas) enloquece a sus hablantes porque las palabras tienen la costumbre de acumular idiosincrasias que la lógica de las reglas que las generaron no puede prever. Una *transmission* (transmisión) no es únicamente un acto de transmitir, sino una pieza del coche, y si una observación es *unprintable* (impublicable), no es porque vaya a romper literalmente la imprenta, sino porque es obscena. Una *arrowhead* (punta de flecha) es la punta de la flecha, pero una *redhead* (cabeza roja) es una persona que tiene el pelo rojo, un *egghead* (cabeza de huevo) es un intelectual, una *blackhead* (cabeza negra) es una espinilla, un *pothead* (cabeza de olla) es alguien que fuma mucha marihuana, y un *Deadhead* (pánfilo) es un fan del grupo musical Grateful Dead. Una razón de esta locura es que el producto de una regla se puede traducir simplemente en otra forma memorizada y que acumule cualquier tipo de significado idiosincrásico que sea útil a sus hablantes (como en «transmisión»). Otra razón es que algunas reglas dejan abiertos algunos de los detalles semánticos de su producto, que se deben rellenar sobre la base de palabra a palabra (como ocurre con los compuestos de *head*).

Junto con las formas más o menos metódicas de ensamblar palabras nuevas a partir de otras más antiguas, como los sufijos y los compuestos, los hablantes disponen de una variedad de formas más espontáneas de dar nuevos usos a las palabras. Estos dispositivos se pueden observar en cualquier listado de palabras nuevas, como los de «Las palabras del año» que anualmente publican los editores de diccionarios. La lista de 2005 del *MacMillan English Dictionary*, por ejemplo, es realmente como una tutoría sobre las formas en que las personas creamos palabras nuevas:[21]

- Prefijos: *deshopping* («descomprar»): «comprar algo con la intención de utilizarlo una vez y luego devolverlo a la tienda para recuperar el dinero».
- Sufijos: *whovian* («whoviano»): «un aficionado a la serie británica de ciencia ficción *Doctor Who*».

21. <www.macmillandictionary.com/2005/index.htm>.

- Cambiar la parte del habla, por ejemplo, convertir un sustantivo en un verbo: *supersize* (supertalla): «proporcionar una versión de talla gigante».
- Compuestos: *gripsite* (quejas + sitio): «sitio web para dar a conocer a los consumidores los bienes y servicios que tengan algún defecto».
- Préstamos de otras lenguas: *wiki* (de una palabra hawaiana que significa «rápido»): «sitio web donde los usuarios pueden modificar un texto o añadir cosas de forma colectiva».
- Acrónimos: *ICE* (In Case of Emergency): «número de contacto guardado en la agenda del teléfono móvil por si se presenta un caso de emergencia».
- Truncamiento: *fanfic* («fánficos»): «historias nuevas en las que aparecen personajes y escenas de una película, un libro, un programa de televisión, que escriben los fans y no el autor original».
- Yuxtaposición (combinar el principio de una palabra con el final de otra): *spim* (*spam* [fiambre] + I.M. [Instant Messaging; mensaje instantáneo]): «anuncios no deseados enviados por medio de mensajes instantáneos».
- Descomposición (descomponer una palabra y reciclar una de sus partes): *preheritance* («preherencia»; de *inheritance* [herencia]: «ayuda económica que los padres prestan en vida a sus hijos como alternativa a dejarles una herencia».
- Metáfora: *zombie* (zombi): «ordenador personal infectado por un virus que hace que mande *spams* sin que el usuario lo sepa».
- Metonimia: 7/7, «bombardeo terrorista» (por los atentados acaecidos en el metro de Londres el 7 de julio de 2005).

De las cuarenta palabras de la lista, sólo una tiene una raíz completamente nueva: *dooced*, que significa «despedido del trabajo por algo que uno ha colgado en un *weblog*». En una historia que supera la etimología popular más imaginativa, la palabra la acuñó una diseñadora que perdió el empleo por colocar un anuncio en su *blog*, <www.dooce.com>. Le puso tal nombre al *blog* por el error que solía cometer de teclear *dooce* por *doode*. Y *doode* era su versión fonética, con una vocal larga exagerada, del término *dude*, habitual en el mundo del *surf* y que significa «tío», «tipo».

Este chiste tan malo plantea la pregunta de cómo las personas elaboran sonidos radicales que no son producto del reciclado de palabras y morfemas existentes, sino combinaciones originales de vocales y consonantes. Huelga decir que la mayoría de ellas son epónimos de *blogs* bautizados a partir de las erratas de las versiones fonéticas de pronunciaciones que se ponen de moda.

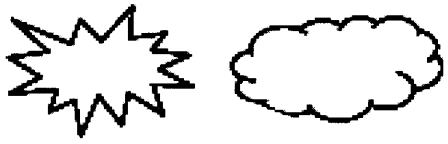
La fuente más obvia de una raíz nueva es la onomatopeya —una palabra que suena de forma parecida a como lo hace su referente, como en *oink* (el gruñido del cerdo), *tinkle* (tilín), *barf* (vomitar), *conk* (porrazo), *woofer* (bafle de bajos) y *tweeter* (bafle de agudos). Pero las posibilidades de la onomatopeya son limitadas. Se aplica sólo a cosas que hagan ruido, e incluso en estos casos el parecido está más que nada en el oído de quien habla o escucha. Las palabras onomatopéyicas se rigen más por el patrón fonológico que por el *output* acústico del productor del sonido, como observamos cuando nos fijamos en las versiones de los sonidos animales en otras lenguas:

ROBOTMAN by Jim Meddick

El simbolismo de los sonidos es un tanto más práctico que la pura onomatopeya, cuando la pronunciación de una palabra simplemente *recuerda* a las personas un aspecto del referente. Las palabras largas se pueden usar para cosas que sean grandes o gruesas; las palabras *staccato*, para cosas que sean afiladas o rápidas; las palabras que se pronuncian desde la parte posterior de la boca o desde la garganta, para cosas que ocurrieron hace mucho tiempo o en un lugar lejano (compárese *this* [este, esta, esto] y *that* [ese, esa, eso], *near* [cerca] y *far* [lejos], *here* [aquí] y *there* [allí]).[22] Estas ali-

22. S. Pinker, 1999; S. Pinker y Birdsong, 1979, págs. 80-82WR; S. Pinker, 1994b, cap. 6. Véase también <www.trismegistos.com/IconicityInLanguage/>.

neaciones, una especie de metáfora acústica, se encuentran en la mayoría de las lenguas del mundo, incluso en palabras inventadas. Por ejemplo, ¿cuál de los dibujos siguientes es la *malooma* y cuál la *takata*?



La mayoría de las personas convienen en que la *takata* es la figura de la izquierda, porque su forma puntiaguda les recuerda los sonidos puntiagudos, y en que la *malooma* es la figura de la derecha, porque su forma de burbuja les recuerda los sonidos con esta misma característica. Y si le dijera al lector que las palabras que en chino significan «pesado» y «ligero» se pronuncian *qīng* (con un tono ascendente) y *zhòng* (con un tono descendente), estaría en lo cierto al adivinar, como hace la mayoría de los anglohablantes, que *qīng* significa ligero y *zhòng* significa pesado, y no al contrario.[23] El simbolismo de los sonidos se ha «descubierto» montones de veces, y siempre su descubridor afirma que esto niega el principio de Ferdinand de Saussure de que la relación entre el significante y el significado es arbitraria. En realidad no lo niega, porque uno nunca puede ni siquiera acercarse a prever cuál es el sonido de una palabra a partir de su significado, ni al revés, pero no hay duda de que el simbolismo acústico es una parte de la inspiración cuando se acuña una palabra o se amplía su significado.

La onomatopeya y el simbolismo del sonido son las semillas de un fenómeno más omnipresente del lenguaje llamado «fonestesia», en la que diversas familias de palabras comparten un fragmento pequeñito de sonido y una pequeñita brizna de significado. Por ejemplo, muchas palabras que tienen el sonido *sn-* tienen algo que ver con la nariz, presumiblemente porque cuando se pronuncian uno puede casi sentir que la nariz se arruga. Entre estas palabras están las de la propia nariz (como *snout* [hocico]), las palabras para instrumentos parecidos a la nariz (como *snorkel* [esnórkel] y *snoot* [cono para dirigir un foco de luz]), palabras referentes a accio-

23. R. Brown, 1958.

nes y cosas que se asocian con la nariz (como *sneeze* [estornudar], *sniff* [oler, olfatear], *sniffle* [resuello fuerte], *snivel* [lloriquear], *snore* [roncar], *snot* [mocos], *snuff* [rapé] y *Snuffleupagus* [o *Snuff*, de la serie «Barrio Sésamo»]), y palabras que se refieren a mirar a alguien «por debajo de la nariz» (en inglés; «por encima del hombro» en español) (como *snarky* [duramente crítico], *sneer* [desdén, sorna], *snicker* [burlarse de algo], *snide* [insidioso], *snippy* [insolente], *snob* [esnob], *snook* [hacerle burla a alguien], *snooty* [altanero], *snotty* [estirado] y *snub* [desairar, desaire]).

Menos evidente es por qué el sonido *sn-* se deba asociar a actos rápidos, furtivos o adquisitivos, como en *snack* (tentempié), *snap* (precipitado, repentino), *snare* (atrapar), *snatch* (agarrar rápidamente), *sneak* (pasar de contrabando), *snitch* (birlar), *snip* (tijereteo), *snog* (darse el lote) y *snoop* (fisgonear) (¿o es una palabra que significa «meter la nariz en cosas ajenas»?). Tal vez se pueda oler cierto indicio de rapidez y suavidad en la pronunciación de *sn-*, pero parece que es algo *a posteriori*, y se podría aplicar prácticamente a cualquier entrada del diccionario. Es más probable que la fonestesia se desarrolle a partir de un núcleo de palabras similares que se han unido por las razones que sean. Algunas pueden ser producto del simbolismo acústico. Otras quizá sean fósiles de una regla morfológica que estaba en vigor en un período anterior de la lengua, o en una lengua de la que se tomaron prestadas las palabras. Y es posible que otras puedan aparecer por pura casualidad, verse metidas juntas en el espacio fonológico porque el patrón fónico de una lengua permite únicamente unas determinadas combinaciones de vocales y consonantes. Pero una vez que estas palabras se encuentran con que se codean por alguna razón, puedan atraer o generar nuevos miembros, gracias a la naturaleza asociativa de la memoria humana, en la que los iguales se atraen mutuamente. (En *Words and Rules*, demostraba yo que esta característica de la memoria dio origen a familias de verbos irregulares similares, como *sing-sang* [cantar-canté], *ring-rang* [sonar-sonó], *drink-drank* [beber-bebí] y *wind-wound* [devanar-devané], *find-found* [encontrar-encontré], *grind-ground* [muelo-molí].) Ahí van unos pocos conjuntos más; el lector podrá juzgar el grado de simbolismo que tienen sus sonidos:

cl- para referirse a un conglomerado cohesivo o a dos superficies en contacto: *clad* (vestido), *clam* (almeja), *clamp* (cepo), *clan* (clan),

clap (aplauso), *clasp* (cierre, broche), *clave* (clave [instrumento musical]), *cleat* (cornamusa), *cleave* (surcar), *cleft* (hendidura), *clench* (apretar), *clinch* (abrazarse [en boxeo]), *cling* (estar aferrado), *clip* (clip), *clique* (camarilla), *cloak* (capa, encubrir), *clod* (terrón), *clog* (zueco), *close* (cercano), *clot* (coágulo), *cloven* (hendido), *club* (club), *clump* (grupo) *cluster* (grupo, racimo), *clutch* (puñado).

gl- para referirse a una emisión de luz: *glare* (resplandor), *glass* (vidrio), *glaze* (vidriado), *gleam* (relucir), *glimmer* (brillar con luz trémula), *glimpse* (vislumbrar), *glint* (destellar), *glisten* (refulgir), *glitter* (relumbrar), *gloaming* (el ocaso), *gloss* (brillo, lustre), *glow* (resplandecer).

j- para referirse a un movimiento repentino: *jab* (pincharse, dar un codazo), *jag* (impulso a beber o drogarse), *jagged* (irregular, recortado), *jam* (atestar), *jangle* (hacer sonar), *jarring* (discordante), *jerk* (detenerse con una sacudida, despertarse con un sobresalto), *jibe* (resistirse a algo), *jig* (brincar), *jigger* (manipular, reorganizar), *jiggle* (mover, sacudir), *jimmy* (abrir con palanqueta), *jingle* (tintinear, hacer sonar), *jitter* (pequeñas y rápidas variaciones), *jockey* (tratar de colocarse, acorralar), *jog* (hacer *footing*), *jostle* (empujar), *jot* (apuntar, anotar rápidamente), *jounce* (sacudir, zangolotear), *judder* (trepidar, retemblar), *juggle* (hacer malabarismos), *jumble* (mezclar las cartas, hacerse un revoltijo), *jump* (saltar), *jut* (sobresalir).

-le para referirse a conglomerados de pequeños objetos, agujeros o marcas: *bubble* (pompa, burbuja), *crinkle* (arruga), *crumble* (desmenuzar, desmigajar), *dabble* (chapotear), *dapple* (colorear con manchas de diversos colores), *freckle* (pecoso), *mottle* (manchar), *pimple* (grano), *pebble* (guijarro), *riddle* (acribillar, estar plagado de), *ripple* (helado con vetas de diferentes sabores), *rubble* (escombros), *ruffle* (banda de material plisado empleado para decorar), *spangle* (lentejuela), *speckle* (parte pequeña y diferenciada de algo), *sprinkle* (unas gotas de, un poco de), *stubble* (rastrojo), *wrinkle* (arruga).

(Una determinada combinación de onomatopeya, simbolismo acústico y fonestesia dio origen también a una serie de palabras para referirse al habla vacía, cuyo listado puse al final del capítulo 1.)

La fonestesia está viva en la mente de los niños, quienes de vez en cuando la usan en sus fantasías. El escritor Lloyd Brown recogió los siguientes ejemplos de su hija Linda:

The water was drindling down the drain.
(El agua se iba por el sumidero como una falda de vuelo.)
A mouse scuttered along the baseboard.
(El ratón se escurrió pegado al zócalo.)
I was scrumbling with the boys.
(Iba corriendo a gatas con los chicos.)
I'm going to sloop up the gravy [*with bread*].
(Voy a navegar por la salsa [con pan].)
Why is grandma's face crimpled?
(¿Por qué la abuela tiene la cara contraída?)

Y la fonestesia da lugar a un precioso rompecabezas para los lingüistas comparativistas: ¿por qué las lenguas rara vez comparten una misma raíz para sus palabras que significan «mariposa»?[24] En Europa occidental, por ejemplo, nos encontramos con *butterfly* en inglés, *Schmetterling* en alemán, *vlinder* en holandés, *somerfugl* en danés, *papillon* en francés, *farfalla* en italiano y *borboleta* en portugués. El rompecabezas es que, como ocurre con casi todos los demás tipos de palabras, estas lenguas comparten las raíces de forma promiscua. Las palabras para «gato», por ejemplo, son *cat*, *Katze*, *kat*, *kat*, *chat*, *gatto* y *gato*. Se puede encontrar una pista en el hecho de que la palabra exacta para referirse a la «mariposa» en muchas lenguas está, digamos, patentada, pero a menudo tiene un sonido reduplicado, en la mayoría de los casos *b*, *p*, *l* y *f*, como en el hebreo *parpar*, en el italiano *farfale* y en el papuano *fefe-fefe*. Es como si se diera por supuesto que las palabras representan el batir de las alas. No todos los nombres son fonestéticos; también encontramos alusiones a las propiedades, reales o míticas, de la mariposa. En inglés es una mosca (*fly*) con el color de la mantequilla (*butter*), o que consume mantequilla, o cuyos excrementos se parecen a la mantequilla (la etimología popular que identifica *butterfly* como una transposición, de efecto cómico, de los sonidos iniciales de dos palabras, *flutter-by* [revolotear-por], es bonita pero

24. Emmon Bach fue el primero en observarlo. Véase W. O. Beeman, 2001.

falsa). ¿A qué se debe esa reticencia a compartir estas metáforas y alusiones? No se sabe, pero a mí me encanta una especulación del lingüista Haj Ross:

> El concepto/imagen de mariposa tiene un poder exclusivo en el grupo de mentes de las culturas del mundo, con su inicio muy poco prometedor como oruga, seguido de su deslumbrante final de simetría visual, unido a la imposibilidad de olvidar el camino que traza el movimiento de la mariposa con su irregular vuelo a través de nuestra conciencia. Las mariposas son unos símbolos tan perfectos de la transformación que casi no hay cultura que se contente con aceptar la poesía de otra para referirse a esta mítica criatura. Cada lengua encuentra su propia belleza verbal para celebrar la deslumbrante peculiaridad del ser de la mariposa.[25]

En días más cercanos, y menos alejados en lo que a la lírica se refiere, la fonestesia tiene que haber desempeñado un papel en muchas de las raíces de la lengua inglesa que han salido de la nada en las últimas décadas, como *bling* (algo que denota riqueza, en especial piezas grandes de joyería), *bonkers* (chiflado, chalado), *bungee* (correa elástica de las que se usan en el *puenting*), *crufty* (viejo o de menor calidad), *dongle* (dispositivo electrónico que hay que conectar al ordenador para poder usar *software* protegido), *dweeb* (alumno anodino al que se ridiculiza por ser afectado o estudiar en exceso), *frob* (cualquier cosa pequeña, que se pueda sostener en la mano), *glitzy* (extravagante y sin gusto), *glom* (hacerse con algo), *gonzo* (inusual o raro), *grunge* (ir cubierto de ropa sucia), *gunk* (música rock con letras deliberadamente ofensivas que expresan ira y alienación social), *humongous* (muy grande), *kluge* (un sistema, en especial informático, cuyos componentes no se ajustan muy bien), *mosh* (participar en actividades desinhibidas y a menudo desenfrenadas, cerca del escenario de un concierto rock), *nerd* (persona sin estilo, atractivo o socialmente inepta), *skank* (persona de débil carácter, sobre todo mujer), *snarf* (largarse con las pertenencias de otras personas) y *wonk* (experto en cuestiones de política, en especial del gobierno, la economía o la diplomacia).

Las débiles asociaciones de la fonestesia, aplicadas a fragmentos de sonido mayores, son también la fuente de una moda, que no se puede ignorar, en las marcas registradas.

25. J. R. Ross, sin fecha, citado en W. O. Beeman, 2001.

Antes, las empresas bautizaban sus productos con el nombre de su fundador (Ford, Edison, Westinghouse), con un descriptor que representaba su inmensidad (General Motors, United Airlines, US Steel), con una palabra que identificaba una tecnología nueva (Microsoft, Instamatic, Polavisión), o con una metáfora o una metonimia que connotaban una cualidad que sus autores deseaban transmitir (Impola, Newpoit, Princess, Trailblezer, Rebel). Pero hoy intentan transmitir un no se sabe qué, utilizando neologismos de falso origen griego o latino, compuestos de trozos de palabras que se supone que denotan determinadas cualidades, sin permitir que las personas pusieran el dedo en lo que son. Se puede entender la perplejidad y confusión de Griffy, *alter ego* del humorista. ¿*Acura* – *accurate* (preciso, exacto)? ¿*Acute* (agudo)? ¿Qué tiene que ver todo esto con un coche? *Verizon*: ¿un auténtico horizonte? ¿Significa que el buen servicio telefónico se alejará para siempre? *Viagra*: ¿virilidad? ¿vigor? ¿Se supone que pensamos que hará que alguien eyacule como si de las cataratas del Niágara se tratara? El ejemplo más disparatado es el nombre que se puso a la nueva tabacalera Philip Morris: Altria, presumiblemente para cambiar la imagen de malas personas que venden cancerígenos adictivos a adolescentes, y ofrecer otra imagen de un lugar o un estado marcados por el altruismo y otros nobles valores.

MADRES SIN INVENTOS:
LOS MISTERIOS DE LO INNOMINADO Y LO INNOMBRABLE

Ahora que ya tenemos un presentimiento del origen de las palabras, llegamos al rompecabezas de cuáles son los significados que se considera que necesitan un sonido. ¿Y de ahí la necesidad de apodar?

La razón más obvia queda reflejada en el tópico de que «la necesidad es la madre de la invención». Podríamos decir que las palabras nuevas se deben materializar para llenar una laguna léxica: un concepto que todo el mundo quiere expresar, pero para el cual no existe *le mot juste*. Basta con escuchar la jerga de cualquier especialidad —la fotografía, el patinaje, el *hip-hop* y el mundo académico— para percatarse de que los usuarios dominan un léxico que era desconocido para la mayor parte de las personas de una generación anterior —módem, reiniciar, RAM, *upload* (transferir un archivo o un programa de un ordenador menos potente a otro ordenador central de remota ubicación), buscador, etc.—. Y en una época que proclama que se trata por igual a los hombres y a las mujeres, ¿qué haríamos sin el *Ms.*?

Pero recordemos otro lugar común: si los deseos fueran caballos, los pordioseros cabalgarían. Ocurre que muchas lagunas de la lengua simplemente se niegan a que se las llene. Encontramos dos de ellas en el primer capítulo: un nombre para la primera década del siglo XXI, y una palabra para una pareja heterosexual de hecho. Hay un sinfín de lagunas de este tipo. En inglés, por ejemplo, un pronombre de tercera persona de género neutro que reemplace al «*he or she*» —a lo largo de los siglos se han llegado a proponer sesenta propuestas (*na, shehe, thon, herm*), pero ninguna se ha afianzado—.[26] En inglés, también, una palabra para designar a los hijos ya mayores, para no seguir llamándolos *children* (niños), o un término común para designar a las sobrinas (*nieces*) y a los sobrinos (*nephews*), o un nombre para los padres del cónyuge de un hijo (como en el yiddish *machetunim*, o en el español *consuegros*). Un hecho que se puede aprender cientos de veces sin que se nos quede en la memoria. Una melodía o un sonsonete que no se nos va de la cabeza. Los desagradables montones de nieve oscura que se acumulan detrás de las ruedas del coche y se desprenden en el garaje. El insomnio de las primeras horas de la mañana debido a que la vejiga está llena, pero uno está demasiado cansado para levantarse, ir al baño y dormirse de nuevo.[27]

26. Metcalf, 2002; Walraff, 2006.

27. El ejemplo del insomnio es de Donald Symons. Algunos de los otros son de Walraff, 2006.

La lengua inglesa está tan llena de lagunas que se ha desarrollado todo un género de humor para llenarlas.[28] Los siguientes son algunos ejemplos:

elbonics n. Las acciones de dos personas que maniobran para ocupar el mismo brazo de la butaca en el cine.

peppier n. El camarero de un restaurante extravagante cuya única función parece ser la de ir de mesa en mesa preguntando si se desea pimienta molida.

furbling v. Tener que andar entre una maraña de cintas en el aeropuerto o el banco, aunque no haya nadie más haciendo cola.

phonesia n. La desgracia de marcar un número de teléfono y, en el preciso instante en que descuelgan al otro extremo, olvidarse de a quién se está llamando.

Pero esas palabras que deberían estar en el diccionario y no están (*sniglets*) no fueron las primeras; antes teníamos los *liffs*, conceptos cuya definición tampoco aparece en los diccionarios. En 1983, el escritor Douglas Adams (más conocido por su *Guía del autoestopista galáctico*) y el productor de televisión John Lloyd publicaron *The Deeper Meaning of Liff*, basado en la siguiente observación: «En la vida (*life*) (y por supuesto en *Liff*), (una ciudad de Escocia), hay muchos cientos de experiencias, sentimientos, situaciones y hasta objetos comunes que todos conocemos y sabemos distinguir, pero para los que no existe una palabra. Por otro lado, el mundo está atestado de miles de palabras de repuesto que pasan el tiempo sin hacer nada que no sea holgazanear en señales que indican determinados lugares». Douglas Adams y John Lloyd decidieron poner nombre a experiencias para las que nadie dispone de una palabra que las denomine, utilizando para ello nombres de lugares a los que nunca nadie necesita ir.[29] Por ejemplo:

sconser n. La persona que mira a su alrededor mientras te habla, para ver si hay alguien más interesante que tú con quien conversar.

28. Hall y Friends, 1984.
29. Adams y Lloyd, 1990.

lamlash n. Las carpetas que suele haber sobre el tocador de la habitación de los hoteles y que están llenas de informaciones de un soso increíble.

shoeburyness n. La sensación vaga e incómoda que nos invade al sentarnos en una silla que conserva aún el calor del trasero de quien la había estado ocupando.

hextable n. El disco que encuentras en la colección de otro, quien te dice de inmediato que nunca podrás irte con él.

La experta en lenguaje Barbara Wallraff invirtió la fórmula en *Word Fugitives*, una historia de la acuñación recreativa de palabras y una recopilación de sus columnas, que llevaban ese título en *The Atlantic Monthly*, en las que el lector presentaba una laguna léxica y otros lectores intentaban llenarla:[30]

Decir algo a tu hijo para luego darte cuenta de que le dices lo mismo que tu padre o tu madre te decían a ti: *déjà vieux, mamamorphosis, mnemomic, patterfamilias, vox pop, nagativismo, parentriloquism.*

El arriesgado momento en que debes presentar a dos personas pero no recuerdas el nombre de una de ellas: *whomnesia, persona non data, nomenclutchure, notworking, mumbleduction, introducking.*

Dar con la réplica perfecta al cabo de tres horas de que alguien haya argumentado su tesis: *hindser, stairwit, retrotort, afterism.*

La confusión momentánea que todo el mundo de los alrededores experimenta cuando suena un teléfono móvil y nadie está seguro de si es o no el suyo: *conphonesion, phonundrum, ringchronicity, ringxiety, fauxcellarm, pandephonium.*

En la columna de Style Invitational (Invitación al Estilo) del *Washington Post*, de vez en cuando se pide a los lectores que llenen una laguna léxica cambiando para ello sólo una letra de una palabra ya existente:

sarchasm n. El abismo que media entre el escritor sarcástico y la persona que no se entera.

30. Walraff, 2006.

hipatitus n. Frialdad terminal.
Dopeler effect n. La tendencia a que las ideas estúpidas parezcan más interesantes cuando se te ocurren de forma inmediata.
Beelzebug n. Satanás en forma de mosquito que entra en la habitación a las tres de la mañana y no se le puede expulsar.

Y por fin están las listas que se suelen mandar por correo electrónico de «palabras nuevas para añadir al vocabulario judío»:

yidentify n. Ser capaz de determinar el origen étnico de personas famosas, aunque se puedan llamar San Juan, Curtis, Davis o Taylor.
mishpochamarks n. Los restos de pintalabios y maquillaje que uno se encuentra en la cara y el cuello después de besar a todas las tías y todas las primas en una reunión.
santa-shmanta n. La explicación que se da a los niños judíos cuando preguntan por qué ellos celebran la Hanukkah mientras los vecinos celebran la Navidad.
meinstein n. Mi hijo, el genio.

A pesar del comezón que producen, la mayoría de las palabras que se acuñan con fines recreativos muy raramente perduran como miembros permanentes de la lengua. Lo mismo ocurre con la mayor parte de las «Palabras del año», como *deshopping* («descomprar», comprar algo con la intención de utilizarlo una vez y luego devolverlo a la tienda para recuperar el dinero) o *preheritance* («preherencia»; de *inheritance*: herencia; ayuda económica que los padres prestan en vida a sus hijos como alternativa a dejarles una herencia). En el capítulo 1 decía que la American Dialect Society (Sociedad Dialectal Estadounidense) designa anualmente las palabras nuevas que más destacan, que resultan de mayor utilidad o que tienen mayores probabilidades de afianzarse en la lengua.[31] Si hacemos un seguimiento de estas palabras desde la década de 1990, se demuestra que los expertos de la sociedad son más o menos tan precisos como los psicólogos de los tabloides. Algunas de esas palabras eran pullas políticas que murieron con quienes las llevaban, por ejemplo *to newt* o *to gingrich* (las dos juntas

31. Metcalf, 2002.

forman el nombre de un político norteamericano de la época, Newt Gingrich, y por separado se solían emplear para designar «bebido como una cuba» [*newt*], y de ideas similares a las del mencionado político [*gingrich*]). Otras dependían de unos gustos de plena actualidad que se fueron esfumando al mismo tiempo que lo hacían esos gustos, como *–razzi* (un perseguidor agresivo, a partir de 1997, el año en que la princesa Diana falleció en accidente de tráfico mientras huía de los paparazzi) y *drive-by* (rápido, somero, superficial, a partir de 1996, el año en que Bill Clinton hizo campaña contra los *drive-by deliveries*, partos rápidos, en los hospitales infantiles, un juego de palabras salido de *drive-by shootings*, rodaje rápido). Y algunas consistían en apuestas por el nombre erróneo para designar una innovación: *notebook PC* (PC libreta; a estos ordenadores se les llama aún *laptop,* ordenador portátil), *s-mail* (ensombrecida por la que era su fuente, *snail mail* [«correo caracol»], por su lentitud: todo correo que el servicio de correos entrega físicamente), *W3* (World Wide Web), *information superhighway* (autopista de la información) e *Infobahn* (del alemán «Autobahn»: también autopista de la información).

La suerte de las palabras nuevas es un misterio. Llenar una laguna léxica no es garantía de éxito; tampoco lo son otras dos características que se podría pensar que favorecen la continuidad de una palabra: la brevedad y la transparencia. *WWW* cuesta más tiempo de decir que lo que abrevia, *World Wide Web* y, a pesar de las veces que tenemos que repetir en inglés esas nueve sílabas al identificar un URL, ha resistido el acoso de opciones más cortas, como *triple-dub*, *wuh-wuh-wuh*, y *sextuple-u.*[32]

En lo que a la transparencia se refiere, los verbos *boot up* (el proceso de cargar el sistema operativo en el ordenador) y *reboot* (el mismo proceso, en este caso cuando hace mucho que no se ha apagado el ordenador) se yerguen con todo desparpajo ante sus sinónimos mucho más claros y transparentes *start up* y *restart* (los términos que aparecen en los menús del sistema operativo), pese a que la mayoría de las personas no tienen ni idea de a qué alude *boot.* No tiene nada que ver con darle una buena patada (*boot*, bota) al ordenador, sino con la forma en que se iniciaban los ordenadores antes, en la era mesozoica de la informática, cuando yo hice mi tesis doctoral. Los miniordenadores de la época eran una tabla rasa, sin ni siquie-

32. Walraff, 2006.

ra la potencia necesaria para leer de una cinta o un disco el sistema operativo. Había que darles los programas y los datos bien mascados, un byte después de otro, pulsando una serie de teclas del panel frontal, cada una de ellas para un bit de byte, que representaba los unos y los ceros que componían un programa o una serie de datos. Dado que era un trabajo tan tedioso, incluso para los universitarios, se tecleaba un programa muy corto que le daba al ordenador los medios suficientes para leer unos cuantos bytes en una cinta de papel perforada. Esos bytes componían un programa un poco mayor, que le decía al ordenador cómo cargar el resto de la cinta, que contenía el sistema operativo. Al programa más pequeño que estaba en el principio de la cinta se le llamaba *bootstrap* (cargador de la secuencia de instrucciones iniciales), porque la magia que suponía que se cargara solo le recordó a alguien el dicho *to lift yourself up by your bootstraps* (levantarse solo tirando de los cordones de las botas: salir adelante sin ayuda de nadie). A todo el proceso se le llamaba *booting up* (arrancar) el ordenador. Tal vez suene como lo de *Fornication Under the Consent of the King* (fornicación con el permiso del rey), pero, en este caso, yo lo vi con mis propios ojos, y puedo jurar que de ahí surgió aquella palabra.

Alan Metcalfe, antiguo presidente de la American Dialectal Society y autor de *Predicting New Words*, ha intentado averiguar por qué unas palabras tienen éxito y perduran y otras no. Resumía sus averiguaciones con el acrónimo FUDGE (amañar): *Frequency* (frecuencia), *Unobtrusiveness* (discreción), *Diversity* (diversidad) de usuarios y situaciones, *Generation* (generación) de otras formas y significados, *Endurance* (aguante) del concepto. Es un buen punto de partida, pero plantea más preguntas de las que responde. Todas las palabras tienen su origen en un único acuñador, así que todas empiezan con una Frecuencia y una Diversidad de 1. El hecho de que algunas aumenten su frecuencia y la diversidad de usuarios es el fenómeno que tratamos de explicar, más que buscar una causa anterior que pueda explicarlo. La propia circularidad pone en peligro la Generación de formas nuevas (polisemia), como en la extensión de *blockbuster* (bomba de demolición) hasta llegar a significar también «éxito de taquilla», «superventas» o «cualquier cosa que alcance el éxito comercial». Las palabras frecuentes son más polisémicas (capítulo 3), así que tal vez esté en el éxito de una palabra la razón de que sea un mejor generador de nuevos significados, y no que el poder generativo de una palabra sea la razón de que cobre

mayor éxito. El Aguante de un concepto tampoco es necesario. Hoy tenemos menos ocasión de hablar de *cabooses* (furgones de cola), *flappers* (chicas de la década de 1920 que iban a la moda), *zoot suits* (trajes de hombre de la década de 1940, que hoy resultan un tanto horteras), y la *Cold War* (Guerra Fría) (los ejemplos son de Metcalfe), pero cuando tenemos que hablar sobre ellas, ahí están al servicio del hablante.

Y con esto llegamos a la Discreción, aleccionador recordatorio para acuñadores de palabras con fines recreativos, y para electores de «la palabra del año», de que la mayor parte de las acuñaciones que llaman la atención acaban en la papelera de la historia, mientras que los auténticos ganadores se deslizan en el lenguaje furtivamente. No hay duda de que la mayor parte de las palabras acuñadas para denominar algo que no tiene nombre, la mayoría de los objetos y experiencias comunes para los que no existe aún una palabra que los designe, y la mayor parte de los fugitivos de las palabras, son muy inteligentes en interés propio, y están destinados a divertir, más que a perdurar. Lo mismo cabe decir de la mayoría de las acuñaciones creadas para una ocasión especial por ocurrentes periodistas, y que llaman la atención de quienes confeccionan las listas de palabras del año, como *brown-out* (disminución de la potencia de la luz) para referirse a la mala gestión en casos de emergencia y que recuerda a la del director de FEMA (organismo federal para la gestión de emergencias, en sus siglas inglesas) después del huracán Katrina, y *flee-ancée* (de *fiancée*, novia), la novia que huye de su propia boda al estilo de Jennifer Wilbanks, que alcanzó cierta notoriedad en 2005. En 1907, el humorista Gelett Burgess (1866-1951) tuvo mejor suerte con *blurb* (nota publicitaria) y *bromide* (frase manida con la que se intenta calmar o apaciguar a alguien), pero no con *alibosh* (mentira descarada), *quisty* (útil pero no hermoso), *cowcat* (la persona que no hace nada más que ocupar espacio) o *skyscrimble* (no querer saber nada del tema).

Incluso al acuñador que salva todas las barreras para difundir una palabra nueva que llene una laguna léxica, el desagradecido pueblo normalmente lo ignora. En el año 2000, el artista conceptual Miltos Manetas se dio cuenta de que la lengua inglesa carece de una palabra que designe la estética de alta tecnología del diseño de productos, como en «El nueva iPod Nano es realmente X», y de una palabra para señalar el género de medios artísticos de base tecnológica como el vídeo arte, los gráficos informáticos

y la animación digital, como en «Nuestra galería expone a artistas nuevos que trabajan en X». Manetas sugirió que una única palabra, usada como adjetivo y como sustantivo, podría llenar ambas lagunas. Siguiendo el espíritu del movimiento al que hacía referencia, recurrió a Lexicon Branding (la empresa que creó Pentium, Celeron, Zima, Vibrance, Optima y Alero) para que, con sus especialistas informáticos y su grupo de lingüistas, generara candidatas. De la lista que le ofrecieron, Manetas escogió *neen*, que en griego antiguo significa «ahora». Hizo rodar la palabra en una fiesta concurridísima celebrada en una importante galería de arte de Nueva York, repleta de periodistas, críticos y comentaristas, incluido yo. Predije que la palabra no arraigaría porque carecía de la adecuada fonestética y recordaba demasiado a las palabras que empiezan por *sn-* y a los insultos de los niños del tipo *nyah-nyah* y *neener-neener*. Demostré que estaba en lo cierto (pruebe, si no, el lector a teclear *neen* en Google), pero fue una predicción fácil, porque la mayoría de las acuñaciones llamativas fracasan, sean del tipo que sean.

Pero ni siquiera es seguro predecir que una acuñación va a fracasar porque sea jocosa o afectada. El inglés incorporó hace poco *podcast* (un espectáculo de audio descargado a un reproductor digital), un juego de palabras entre *iPod* y *broadcast*, y *blog «web log»* (diario de la red), que aprovecha el carácter amorfo de *blob* (gota, mancha) y *bog* (ciénaga, tremedal, retrete), y despreocupadamente corta las palabras por sus sílabas, al estilo de la jerga de los campus de la década de 1970, como *shroom* (*mushroom*; seta), *strawb* (*strawberry*; fresa), *burb* (*suburb*; barrio residencial de las afueras) y *rents* (*parents*; padres). Los canadienses llaman *loonies* a las monedas de un dólar, una alusión irreverente al necio que figura en el anverso, y cuando se introdujo la moneda de dos dólares, inmediatamente vino a llamarse *toonie* (en alusión a *too* [también] o a *two* [dos]). En décadas anteriores teníamos *Yuppie* (Young Urban Professional [joven profesional urbano], un juego con las palabras *hippie* [alguien que rechaza la cultura establecida y aboga por el liberalismo extremo en política y en el modo de vida], *Yippie* [*hippie* políticamente radical de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 en Estados Unidos] y *preppy* [relativo a jóvenes ricos y de buena formación]), *couch potato* («patata de sofá»: teleadicto), *palimony* (pensión alimenticia que se paga a un ex concubino), *qwerty* (inercia tecnológica, por las letras que ocupan la fila superior de una máquina de es-

cribir), y, claro está, la más estúpida de todas, *spam*, a la que ya nos hemos referido antes en varias ocasiones. Tampoco es éste un fenómeno nuevo. *Soap opera* (telenovela; por los muchos anuncios de detergente [*soap*] que se pasaban en los intermedios) proviene de la década de 1930; *hot dog* (perrito caliente; por las sospechas que a finales del siglo XIX hubo de que se fabricaban con carne de perro [*dog*]), de la década de 1890 y, como ya he mencionado, *gerrymander* data de 1812. El verbo *razz* (tomarle el pelo a) y el sustantivo *raspberry* (frambuesa, pero también pedorreta) no son onomatopéyicos. Son el resultado del argot en el que se sustituye una palabra determinada por otra palabra o locución que rime con ella, y se abandona la parte que rima, como son el caso de *loaf* (rebanada) para significar *head* (cabeza) (de *loaf of bread* [rebanada de pan]) o el de *apples* (manzanas) para significar *stairs* (escaleras) (de *apples and pears* [manzanas y peras]). Por la misma lógica, uno intuye qué fue lo que inspiró ese escatológico significado de *raspberry* cuando se entera de que fue la abreviatura de *raspberry tart* (tarta de frambuesas).

Pese a todo, Metcalfe piensa en algo cuando apunta a la discreción de una palabra como permiso de entrada. Pero ese algo no es la simple normalidad, sino una capacidad para satisfacer las exigencias del mundo de las palabras. No todo lo que nos pasa por la mente tiene la coherencia y la estabilidad necesarias para constituirse en el significado de una palabra.[33] Para que un concepto se pueda nombrar, normalmente se debe referir a un tipo ordenado de cosas o a un suceso que en todas las ocasiones se despliega de forma estereotipada. Además, a diferencia de los nombres propios, un concepto nombrable debe ser genérico, no particular. Por ejemplo, un sustantivo común nuevo como *Bush-hater* (odiador de Bush) se refiere al tipo de persona que resulta que en estos momentos odia a Bush. De modo que se puede emplear sin incurrir en contradicción alguna en la frase *Craig is a Bush-hater in every sense except that he doesn't actually hate Bush* (Craig es odiador de Bush en todos los sentidos, a excepción de que en realidad no odia a Bush). (En este sentido difiere de la *frase* correspondiente; no se puede decir *Craig hates Bush in every sense except that he doesn't actually hate Bush* [Craig odia a Bush en todos los sentidos a excepción de

33. S. Pinker, 1989, cap. 5; Bloom, 1999; Carter, 1976; di Sciullo y Williams, 1987; D. R. Dowty, 1979/1991; Markman, 1989.

que en realidad no odia a Bush].) Las palabras tienden a reservarse para entes completos («conejo», no «partes no separadas de conejo»), para cualidades estables («verde», no «verde hasta 2020, y después azul»), para tipos naturales, para sucesos que concluyen con un solo cambio de estado o un único objetivo, para artefactos que tienen una función y para acciones con una causa, un efecto, unos medios o una forma destacados. Y las palabras se entregan a los actores que representan un papel en los sucesos sobre los que hacemos afirmaciones, y no a las propias afirmaciones. Una frase puede ser verdadera o falsa; una palabra, no.

Si consideramos todo lo dicho, la mayoría de los neologismos interesantes se frustran precisamente porque *son* interesantes. No porque su construcción sea inteligente, sino porque lo que en realidad hace el acuñador es *comentar* algo, más que *nombrar* algo. Tomemos las palabras de un listado típico de fin de año, como *egosurfing* (buscar en Internet alusiones al nombre de uno o al de su empresa), *celanthropist* (filántropo famoso, célebre), *infomania* (buscar obsesivamente correos y mensajes electrónicos), *security mom* (votante al que le preocupa el terrorismo), *ubersexual* (varón heterosexual que, sin dejar de ser viril, es sensible y se preocupa por las cuestiones sociales), y *greenwashing* (un gesto de relaciones públicas que hace que una empresa parezca preocupada por el medio ambiente). En realidad, estas palabras son informes sobre noticias acerca de las modas sociales; se puede casi sentir cómo el compilador nos da ligeramente en las costillas, como si quisiera decir: «Fíjate hasta qué punto nuestra vida se revoluciona gracias a Internet», o sentir cómo cambian los roles sexuales, o la tecnología, o el terrorismo, o la conciencia medioambiental.

Por su parte, las palabras acuñadas para designar algo que no tiene un nombre propio, y los parientes de estas palabra, en realidad dicen: «¿No lo odias?» o «¿No es algo estúpido?» o «¿Te has dado cuenta alguna vez de que...?». En efecto, al empaquetar una de estas visiones fugaces en una única palabra, los acuñadores están comentando sus propios comentarios. Dicen: «Este fenómeno es tan trillado y reconocible que debería tener su propia palabra que lo designe». Creo que lo que hace que las palabras ideadas para nombrar algo que no tiene nombre propio resulten tan curiosas es esta explotación de la psicología del mundo de las palabras, tanto como el juego de palabras. También reside ahí el hecho de que las palabras sue-

nen mal. Uno se puede sentir estúpido al utilizar neologismos que nadie conoce, a excepción de quien los haya acuñado, pero no hay muchas ocasiones para poder hablar sobre esos sucesos que no sean al comentar lo estúpido que uno se siente. Y la gran cantidad de palabras nuevas dedicadas a meteduras de pata y a insensateces (como *purpitation*: «tomar algo de la estantería del supermercado, decidir que no vamos a comprarlo para, después, dejarlo en otra sección») puede resultar reconfortante para los incompetentes de turno, pero no se puede decir que sean el tipo de sucesos que tienen un objetivo preciso que los haga merecedores de que se invente un buen verbo que los designe.

Pero incluso con todos estos conocimientos —las herramientas para la formación de las palabras, las lagunas léxicas, el paisaje fonestético, y las exigencias conceptuales del mundo de las palabras— seguimos sin poder predecir cuándo una palabra va a echar raíces. Lo que nos queda del misterio nos lleva a una nueva forma de pensar acerca de la cultura y la sociedad, pero antes debemos volver al misterio de Steve.

Regreso al Proyecto Steve

El auge y la caída de Steve y otros nombres de niño nos dicen que algo más que un sonido agradable y un concepto nombrable pasan a engrosar el cuerpo de palabras aceptadas. Poner nombre a un niño debería ser el ejemplo más directo imaginable de cómo se añade a la lengua una palabra nueva. Los padres tienen plena libertad para escoger el sonido, y la comunidad más o menos tiene que respetar lo que decidan. Pero bautizar a un niño implica unas fuerzas enigmáticas que determinan la difusión de una palabra, y tal vez puedan arrojar luz sobre la razón de que otras palabras triunfen o fracasen.[34]

Nombrar a un niño es distinto de acuñar otras palabras, en diversos sentidos. Nunca nos topamos con una palabra nueva para designar algo que hasta el momento no la tenía, en este caso un niño —un desafortunado niño cuyos padres nunca pensaron en ponerle un nombre—, como tampoco rechazamos nunca la elección de los padres, a no ser en casos

34. Kaplan y Bernays, 1997.

muy raros de apodos que hieran la propia sensibilidad. Y la mayoría de los padres de la mayor parte de las sociedades recurren a una bolsa común de sonidos al bautizar a los neonatos, y no se dedican a inventar un sonido nuevo para la ocasión. Pero dado que poner nombre a un hijo es nuestro acto de apodar más puro y democrático, y dado que los datos sobre los nombres de niño son precisos y abundantes (la Administración de la Seguridad Social dispone de una base de datos de todos los nombres propios estadounidenses desde la década de 1880), son una auténtica mina de información sobre cómo se difunden las palabras.[35]

No hay que ser un Steve para darse cuenta de que los nombres propios pueden experimentar ciclos de auge y ciclos de declive. Dado el nombre de una mujer, la mayoría de los observadores pueden adivinar su edad aproximada, con una precisión muy por encima de lo que es pura casualidad.[36] Las «Edna», «Ethel» o «Bertha» son ciudadanas mayores; las «Susan», «Nancy» o «Debra» son hijas del *baby boom*; las «Jennifer», «Amanda» o «Heather» andan por los 30; y las «Isabella», «Madison» u «Olivia» son todavía unas niñas. Y digo que se puede adivinar el nombre de una «mujer» porque los nombres de chica cambian con mayor rapidez que los de chico: «Robert», «David», «Michael», «William», «John» y «James» simplemente no van a desaparecer. Pero, incluso entre varones, se necesita algo más que echarlo a suertes para adivinar la edad de los «Ethan», «Clarence», «Jason» y, naturalmente, «Steve». Los nombres propios no tienen invariablemente unos ciclos de moda —en muchas sociedades hay que bautizar a los niños con el nombre de algún santo o un antepasado, y muchos padres siguen colocando en los niños la pesada carga de perpetuar el linaje, mucho más que en las niñas—, pero siempre hay cierto cambio y, en este sentido, el que se experimentó en el siglo XX fue de proporciones considerables.[37]

Al igual que hicieron mi madre y mi padre, la mayoría de los padres no recuerdan haber oído hablar de un niño que llevara el nombre que ellos acabaron por ponerle a su hijo. Suelen decir que tenían un pariente al que

35. Lieberson, 2000; P. Ornstein, 2004; Social Security Administration, 2006; Wattenberg, 2005.

36. R. Brown, 1985.

37. Lieberson, 2000.

apreciaban por encima de los demás, o simplemente que les gustaba cómo sonaba el nombre. Pero cuando llegan al centro de día y llaman a su «Tyler» o a su «Zoë», se quedan perplejos al oír que responden tres voces. Resulta que la decisión que tomaron después de haberla considerado con todo detalle era también la decisión cuidada hasta al mínimo detalle de miles de otros padres. Leibniz decía que si se ve un par de relojes que señalan la misma hora, hay tres explicaciones. Puede ser que estén sincronizados por un eje o un alambre que los conecten. Quizás un hábil relojero no deja de ajustarlos y de mantenerlos en sincronía. O es posible que se hayan fabricado con tanta precisión que simplemente están sincronizados por sí mismos. Si los padres no coordinan la elección de los nombres de sus hijos copiándose directamente los unos de los otros, ¿qué diríamos de las otras dos alternativas: una influencia externa y una similitud de gustos?

Podemos dejar de lado inmediatamente los tipos de influencia que se aducen con mayor frecuencia para gustos y modas distintos. Al sociólogo Stanley Lieberson le entraron las ganas de escribir su libro *A Matter of Taste* después de que él y su esposa decidieran ponerle a su hija el nombre de «Rebecca» y se sorprendieran al descubrir que muchos de sus contemporáneos habían tenido la misma idea. Sabía que no podía explicar esa moda apelando a los sospechosos de costumbre:

> No había ninguna campaña publicitaria que patrocinara la NRA —la National Rebecca Association— ni mucho menos un esfuerzo por degradar a quienes prefirieron a un competidor. El auge de «Rebecca» y el declive de otro nombre no era lo mismo que la intensa competencia entre Pepsi y Coca-Cola. Tampoco ocurría que Wal-Mart ni Nieman Marcus estuvieran promocionando el nombre como parte de un conjunto de moda formado por hijas recién nacidas. Y no había descuento alguno de fábrica por ponerle a la hija el nombre de «Rebecca».[38]

Hay otros posibles influjos que llegan del exterior. La teoría popular más conocida sobre las modas de los nombres de los niños es que los padres están influidos por héroes, líderes, actores o los personajes que representan. Hillary Clinton solía decir que sus padres le pusieron el nombre que lleva en honor al primer hombre que alcanzó la cima del Everest. Pero

38. Lieberson, 2000, pág. xi.

ella nació en 1947, cuando Edmund Hillary era un desconocido apicultor de Nueva Zelanda; no coronó el pico hasta 1953, cuando Hillary tenía ya 6 años. Lieberson analizó la correlación entre el auge y la caída de los nombres de niño y la aparición y desaparición de personajes famosos, reales o de ficción. Casi en todos los casos observó un «encarecimiento» del nombre *antes* de que el famoso en cuestión irrumpiera en escena. Y ocurría a menudo que el tipo famoso lanzaba después el nombre hacia cumbres más elevadas —Lieberson llama «dejarse llevar por la curva» a este fenómeno—, pero raramente era la chispa que prendía la mecha.

«Marilyn», por ejemplo, era un nombre bastante popular en la década de 1950, y la mayoría de las personas encontraría una explicación evidente: la fama de Marilyn Monroe. Lamentablemente, el nombre había empezado a cundir hacía décadas y ya era popular cuando Norma Jeane Baker lo adoptó como nombre artístico en 1946. De hecho, la popularidad de «Marilyn» cayó un poco después de que Monroe se hiciera famosa. En este punto la gente supone que fue ella quien hizo que el nombre fuera perdiendo estatus: los padres no querían bautizar a sus hijas con el nombre de una gatita durante la época de mojigatería de la gente bien de la década de 1950, o la del incipiente feminismo de la década de 1960. Una vez más, contra todo pronóstico, el nombre había alcanzado la cumbre en la década de 1930, y ya estaba en declive cuando Monroe entró en escena.

En algunos pocos casos, un personaje famoso, real o de ficción genera realmente un nombre. «Darren» era desconocido en el Reino Unido hasta que a los británicos les presentaron, en la década de 1960, al marido de una bruja en la serie cómica *Embrujada*. Y «Madison», que hoy ocupa el tercer puesto en el *ranking* de popularidad de los nombres de niña, ni siquiera existía como tal hasta que una sirena interpretada por Darryl Hannah en la película *Splash* en 1984 surgió del East River, se colocó en una valla publicitaria y se bautizó con tal nombre.[39] Lieberson observó, además, unos signos y unas tendencias que se podían atribuir a nombres famosos. En la década de 1930, «Herbert» perdió categoría y «Franklin» la fue adquiriendo y, desde entonces, «Adolf» ha desaparecido, todo ello por razones obvias. Pero, en general, el tirón de los nombres famosos es una ilusión cognitiva. La gente recuerda un ejemplo o dos en que un

39. P. Ornstein, 2004; Wattenberg, 2005.

nombre cobra fama debido a algún famoso, y se pone el mismo nombre a gran cantidad de niños, con lo que se presume que el primer fenómeno causó el segundo. Pero es evidente que las personas no tienen forma de distribuir los nombres por años para asegurarse de que la distribución sea correcta, como tampoco pueden desenterrar los contraejemplos, como los millones de niños a los que se les habría podido poner (pero no se les pusieron) los nombres de Humphrey, Bing, Cary, Hedy, Greta, Elvis, Ringo, etc. La gente tampoco sabe distinguir fácilmente la causa del efecto. Los guionistas deben poner a sus personajes nombres verosímiles, y los aspirantes a actor que buscan un nombre artístico deben escoger uno que sea atractivo. Es razonable que se vean zarandeados por las mismas fuerzas que afectan a los futuros padres del momento.

¿Y qué diremos de las modas sociales de mayor amplitud, como los cambios en el nacionalismo, la religión o los roles de género? Una vez más, las cosas no son lo que parecen. Las últimas décadas han sido testigos del resurgimiento de los nombres bíblicos, como «Jacob», «Joshua» «Rachel» y «Sarah». Lo primero que pensamos todos es que se trata de un reflejo del resurgimiento de la religión en la vida de los estadounidenses. Pero Lieberson demuestra que durante este período, la moda de los nombres bíblicos y la de la observancia religiosa van en sentidos opuestos, y también que las personas que ponen nombres bíblicos a sus hijos no son más religiosas que otras que no hacen tal cosa. Podría parecer que el feminismo es una chispa más prometedora, pero incluso en este caso los efectos son equívocos. Algunos nombres de niña basados en flores, por ejemplo, han ido en declive desde la década de 1970 («Rose», «Violet», «Daisy»), pero otros se han hecho más populares («Lily», «Jasmine»).[40] También se puede pensar en la moda que se quiera al rastrear la popularidad de nombres de chica que son la versión femenina de nombres de chico: algunos pierden fuerza, como «Roberta», «Paula» y «Freda», y otros la cobran, como «Erica», «Michaela», «Brianna» y, por supuesto, «Stephanie».[41]

La razón de la distancia que media entre la sabiduría convencional y los hechos es que la mayoría de las personas tienen la muy asentada teoría del cambio cultural. Piensan que los cambios son efectos previsibles de

40. Wattenberg, 2005.
41. *Ibid.*

causas externas: los gobiernos, los publicistas, los famosos, la economía, las guerras, los coches, la tecnología, etc. También creen que los cambios culturales son *significativos*, que se puede dar una explicación sensata de por qué la sociedad hace algo, de la misma manera que se puede dar una explicación sensata de por qué una persona hace algo.[42]

El escritor Edward Tenner ha documentado un ejemplo de esta falacia.[43] Hasta la década de 1960, la mayoría de los hombres llevaban sombrero ligero de fieltro con ala curva en público. Hoy, casi nadie lo lleva. ¿Qué ha pasado? Las explicaciones no son pocas. John F. Kennedy marcó la moda al no llevar sombrero a partir de su toma de posesión. La gente se mudó a las zonas residenciales de las afueras de las ciudades y pasaba mucho tiempo en el coche, de manera que la cabeza no estaba tan expuesta al frío y, además, entrar y salir del coche con el sombrero puesto es complicado. Los hombres se dejaron el pelo más largo como forma de autoafirmación, y no querían ocultarlo. Se ponía mayor énfasis en lo natural, y los sombreros representaban el carácter incompleto de la naturaleza. Se asociaban con la clase política dirigente, y la generación más joven se rebelaba contra esto. La cultura empezó a idolatrar a la juventud, y los sombreros se asociaban con los hombres mayores.

Este tipo de sociología resumida se puede encontrar en cualquier artículo de prensa que trate de la moda social. Pero todas las explicaciones son erróneas. Si medimos la popularidad de los sombreros de varón de copa alta forrada de seda o de piel de castor a lo largo de los años, veremos que la moda fue decayendo de forma sistemática a partir de la década de 1920 (en la década de 1960 simplemente recibió el golpe de gracia, cuando llevar sombrero superó el nivel de lo aceptable). Y en la misma época, ese declive corrió paralelo a la caída de los sombreros y los *guantes* de *señora*.[44] Ninguna de las explicaciones que se dan desde la ciencia social popular referentes a los sombreros, los varones, las décadas de 1950 y de 1960, es compatible con tal cronología. En esta época, *sí hay* algo en perspectiva: el declive de la formalidad en todos los ámbitos, incluidos los del vestir, los de arreglarse, el comportamiento en público y las formas de dirigirse a

42. Lieberson, 2000.
43. Tenner, 1989, descrito en Lieberson, 2000.
44. Lieberson, 2000.

los demás (como en el uso del nombre propio en vez de «Sr. Fulano de Tal o Sra. Mengana de Cual»). Es difícil imaginar cualquier explicación externa o que tenga sentido de esta tendencia (la guerra, la política, la economía, la tecnología), algo que la empujara de forma constante en una determinada dirección a partir de la década de 1920 hasta el año 2000 y los años posteriores. La misma conclusión se saca en estudios cuantitativos sobre las modas de las mujeres. Contrariamente a lo que es la creencia popular, el largo de las faldas no guarda relación alguna con la bolsa, la escasez de tela, las campañas publicitarias dirigidas a públicos muy amplios ni cualquier otra cosa, aunque muestre unas subidas y caídas suaves y lentas a lo largo de los años.[45]

Lieberson sostiene que debemos reconsiderar la forma que tenemos de explicar el cambio cultural. Una moda es el resumen de unos efectos acumulados de millones de hombres y mujeres que toman unas decisiones que afectan a su vida, al tiempo que se anticipan a las decisiones que toman otros y reaccionan ante ellas. Esto da origen a una dinámica *interior* de cambio —el hecho de llevar sombrero un año afecta al hecho de llevarlo al año siguiente—, y a unas tendencias que tienen su propia lógica, más que encajar en alguna narrativa significativa sobre las decisiones de una sociedad en su conjunto.

Muchas modas —el largo de las faldas, el ancho de las solapas, la forma de los faldones, el pelo de la cara y, naturalmente, los nombres de los niños— experimentan suaves vaivenes, más que un salto repentino de un nivel a otro, o el susceptible caos de la bolsa. Resulta tentador invocar una metáfora física, como la del momento o el movimiento pendular, pero aun así necesitamos una explicación de por qué la metáfora va a ser adecuada. El economista Thorstein Veblen y el crítico de arte Quentin Bell observaron que los ciclos de la moda se podían explicar mediante la psicología del estatus.[46] La élite quiere diferenciarse de la chusma en sus guarniciones visibles, pero entonces quienes la siguen en el estrato social la copian, y después lo hace el otro estrato, hasta que el estilo llega en un hilillo hasta la plebe. En este momento, la élite avanza hacia otras apariencias, que marcan la pauta a la burguesía para que las imite, luego a la clase media baja,

45. Bell, 1992; Lieberson, 2000.
46. Bell, 1992; Veblen, 1899/1994.

y así sucesivamente, en un interminable ir y venir de la moda alimentado desde el interior. (Recuerda esto la analogía de Dawkins entre el calentador y el refrigerador referida a la evolución de otro tipo de símbolo del estatus, la enorme cola del pájaro tejedor.) Tradicionalmente, la jerarquía del estatus se ha reconocido por la riqueza y la clase social, pero también se puede reconocer por otras pautas de prestigio —el honor, el estar en la onda, la sofisticación— dentro de diferentes círculos y camarillas.

Lieberson añade que el filo de la moda seguirá empujando en la misma dirección todo el tiempo que le sea posible, porque cualquier retroceso acabaría con el propósito de parecer distintos de los demás. De ahí el momento metafórico. Pero en un determinado punto alcanza un límite práctico —las faldas no se pueden encoger hasta llegar al tamaño de una liga, como tampoco se pueden alargar hasta formar faldones que arrastren por el suelo— y la élite se ve obligada a tirar del estilo en sentido opuesto. De ahí el péndulo metafórico. Es como si esto lo pudiera explicar todo para luego no poder explicar nada, pero Lieberson observa que siempre que una moda cambia de sentido, quienes la fijan introducen *otro* cambio al mismo tiempo, de manera que las faldas o las barbas no se pueden confundir con el modelo de la década anterior.

Y esto nos remite de nuevo a los nombres propios. Los nombres no crecen ni menguan a lo largo de una única dimensión, como hacen las solapas, pero es verdad que tienen muchos rasgos que varían: los sonidos de sus inicios o sus colofones, su etimología (hebrea, latina, griega, celta, anglosajona), sus significados literales (flores, joyas, armas, meses), sus asociaciones con personas famosas, etc.[47] El surtido de nombres es enorme, y se puede aumentar con nombres procedentes de la ficción («Miranda» procede de *La tempestad*; «Wendy», de *Peter Pan*), con el ascenso de apellidos a la condición de segundo nombre y, después, de primer nombre (como «Morgan» y «McKenzie»), con el préstamo de otras lenguas, y con prefijos y sufijos como *-a, -ene, -elle* o, entre los afroamericanos, *La-, Sha-* y *-eesha* («Latonya», «Latoya», «Lakeesha», etc.). Las diferentes clases sociales y los diferentes grupos étnicos se abastecen de distintos surtidos de nombres, lo cual es muy lógico.

47. Kaplan y Bernays, 1997.

La mayoría de los padres desean poner a su hijo un nombre que sea lo bastante distintivo para que no lo compartan otros niños que conocen, siguiendo en ello el consejo que Sam Goldwin dio a uno de sus empleados: «No le pongas William a tu hijo. A todos los Tom, Dick y Harry los llaman William». Por otro lado, no quieren cargar a su hijo con un nombre que sea *tan* distintivo que el niño quede marcado como si procediera de una familia de pardillos o de inadaptados sociales. En un extremo nos encontramos con los famosos, como la actriz Rachel Griffiths, que bautizó a su hijo con el nombre de Banjo, el mago Penn Jillette, que llamó a su hija Moxie CrimeFighter («Resuelto azote de la delincuencia») y la estrella del rock Bob Geldof, que puso a sus hijas los nombres de Pixie («hada o espíritu travieso»), Fifi Trixibelle y Peaches Honeyblossom («Duraznos flor de miel»). En el otro extremo tenemos al boxeador George Foreman, que puso el mismo nombre, George, a sus cinco hijos. La mayor parte de los padres se encuentran en algún punto intermedio de esos dos extremos. El problema de que todo el mundo procure ser moderadamente distintivo es que corren el peligro de ser igual de moderadamente distintivos. De ahí que tengamos escuelas repletas de Susans y Steves en la década de 1960, y de Zoeys y Dylans hoy. Pero, a continuación, la siguiente generación de padres reaccionará contra el hiperestebanismo y el hiperdylanismo y buscará algo nuevo, con lo que las tendencias se escorarán de nuevo en otra dirección. Esta dinámica recuerda la reseña del restaurante del pelotero Yogi Berra: «Nadie vuelve. Está siempre lleno». Los asesores de nombres para niño, como Pamela Satran, intentan aconsejar a los padres sobre las categorías de nombres que hay en el horizonte y que no son ni demasiado comunes ni demasiado estrafalarios —quizá los apellidos de héroes, como «Monet» o «Koufax», o palabras que designan colores, como «Taupe» (marrón topo) o «Cerulean» (azul purpúreo)—.[48] (¿Y *Yogi*? ¿Alguien se atreve?)

La fonestesia es una poderosa fuerza en la búsqueda de nombres moderadamente distintivos. Un nombre popular extiende su encanto a otros nombres, o de él brotan nombres nuevos, que comparten un punto de inicio, una sílaba intermedia o un final. En los primeros años del siglo XX, «Jane» engendró a «Janice», «Janet», «Jan» y «Janelle», todos ellos con muy distintas grafías. «Carol» generó «Carolyn», «Karen», «Carrie», «Cara» y

48. P. Ornstein, 2004.

«Carina». En años más recientes, «Jennifer» dio origen a «Jessica» y «Jenna» en uno de los extremos de la palabra, y a «Heather y Amber» en el otro. Lieberson señala que muchos nombres populares que se atribuyen a la influencia de los famosos (Janet Gaynor, Jessica Lange) en realidad no hacen sino seguir la ola de un *sonido* popular. Así pues, la fonestética puede ayudar a explicar por qué sólo algunos nombres de famosos caen en suelo abonado. «Darren», por ejemplo, se disparó en el Reino Unido en la década de 1960, mientras que no ocurría lo mismo con otros nombres de personajes de la televisión (como «Ricky» y «Maxwell»), porque más de un tercio de los nombres de los niños británicos de la época fueron a terminar en *n*.[49]

El sexo desempeña un papel que trasciende el hecho evidente de que en casi todas las culturas los nombres de chico se pueden distinguir de los de chica. En algunos casos, los padres bautizan a una niña con un nombre de chico, tal vez porque deseaban tener un niño, pero es mayor la probabilidad de que quieran dar a la niña un halo de independencia y fortaleza. Por una u otra razón, parece que estos nombres recaen en niñas que están destinadas a convertirse en actrices sexy y supermodelos (o quizá sean ellas quienes los escojan), como Drew Barrymore, Blair Brown, Glenn Close, Cameron Diaz, Jerry Hall, Darryl Hannah, Mel Harris, James King, Jamie Lee Curtis y Sean Young (nombres, todos ellos, que son raros entre mujeres de la misma edad).[50] El feminismo sería una explicación obvia, a no ser por el hecho de que el proceso lleva en marcha cien años o más. A principios del siglo XX, «Beverly», «Dana», «Evelyn», «Gail», «Leslie», «Meredith», «Robin» y «Shirley» eran ante todo nombres de varón. Y durante todo este tiempo, la costumbre andrógina de poner nombre a niños y niñas ha sido una calle de sentido único.[51] Una vez que un nombre de chico se pone a demasiadas niñas, queda arruinado como nombre de chico, presumiblemente porque los padres son más remilgados ante la posibilidad de conferir rasgos femeninos a sus hijos que ante la de conferir rasgos masculinos a sus hijas. Como bien señalaba Cash: «La vida no es nada fácil para un chico que se llame "Sue"».

La edad es otro impulsor de las modas. Muchos nombres y sonidos se encorvan y arrugan al mismo tiempo que lo hacen quienes los llevan, y

49. Lieberson, 2000.
50. Social Security Administration, 2006.
51. Barry y Harper, 1993; Lieberson, Dumais y Baumann, 2000; Wattenberg, 2005.

han de jubilarse porque los padres no quieren pensar en que sus hijos puedan parecer unos ancianos o unas viejecitas. Éste fue el destino, por ejemplo, de «Ethel», «Dorothy» y «Mildred», y de muchos nombres terminados en *s* (escrita o como sonido), como «Gladys», «Florence», «Lois», «Doris», «Frances» y «Dolores». Pero una vez que quienes así se llamaban han muerto o han desaparecido de la vista, el nombre puede perder sus connotaciones geriátricas y se puede reciclar, al menos si armoniza con la fonestética de la nueva era. «Elizabeth», «Christina» y «Joseph», por ejemplo, disfrutaron de este renacimiento, y si el lector se encuentra entre los Max, Rose, Sam, Sophie, Jake y Sadie, estará o en una residencia para ancianos o en un centro de día.[52]

¿Qué tiene que ver todo esto con la aceptación de palabras nuevas? Como ya he dicho, los nombres propios difieren en ciertos sentidos de los otros tipos de palabras. En lo que a los niños se refiere, todos reciben un nombre, el surtido es inagotable, y el nombre normalmente cuaja, mientras que cuando se trata de los conceptos, muchos se quedan sin nombre, los que se nombran normalmente reciben nuevas combinaciones de sonidos, y la mayor parte de las «palabras del año» son famosas durante quince minutos. No obstante, la dinámica interna que alimenta los ciclos de las modas en los nombres se aplica, en parte, a la acuñación y la aceptación de otros tipos de palabras.

Ya hemos visto las modas en el mundo de la empresa y en los nombres de productos, desde «Buick» a «Mustang» o «Elantra». Y el argot de adolescentes y universitarios se puede datar con la misma precisión que los nombres (*the cat's pajamas* [«el pijama del gato»: alguien o algo especial], *hep* [de moda], *groovy* [súper, genial, guay], *far out* [extravagante], *way cool* [falta trad.], *phat* [excelente], *da bomb* [el mejor]). Otro ciclo de la moda afecta a términos para designar los superlativos. Quienes hablan siempre quieren impresionar a quienes escuchan contándoles lo fantástico que fue algo que han experimentado, de forma que lo describen con un superlativo, pero esto, en una espiral de inflación semántica, reduce el valor del superlativo. De ahí que los hablantes posteriores busquen un nuevo superlativo introduciendo para ello otra palabra que va a designar una experiencia extrema, y así sucesivamente. Hace ya mucho tiempo, nuestros antepasados lingüistas di-

52. Lieberson, 2000; P. Ornstein, 2004; Wattenberg, 2005.

lucidaban los sentidos originales de *terrific* (que causa terror), *fantastic* (digno de fantasía), *tremendous* (que hace que uno tiemble), *wonderful* (que maravilla) y *fabulous* (celebrado en la fábula). Los hablantes de las últimas décadas han hecho algo parecido con *awesome* (imponente), *excellent* (excelente), *outstanding* (destacado) y, en Gran Bretaña, *brilliant* (genial, fenomenal).

Otro ejemplo. Los términos para designar ámbitos de la vida que encierran una carga emocional, como los del sexo, la excreción, el envejecimiento y la enfermedad, tienden a seguir lo que yo llamo una «rutina eufemística». Se contaminan por su conexión con un concepto peligroso, con lo que dan pie para la búsqueda de un término puro, que sólo se mancilla con el cambio. Por ejemplo, *toilet* (cuarto de baño), una palabra que en sus orígenes se refería al aseo personal (como en *toilet kit* [neceser] y *eau de toilette*), vino a aplicarse al dispositivo y a la habitación en los que uno hace de vientre. El término se sustituyó por *bathroom*, lo cual llevó a cosas tan absurdas como *The dog went to the bathroom on the rug* (El perro fue al cuarto de baño en la alfombra) e *In Elbonia, people go to the bathroom on the street* (En Elbonia, la gente va al cuarto de baño en la calle). Cuando *bathroom* se contaminó (como en *bathroom humour* [humor escatológico]), se fue sustituyendo en olas sucesivas por *lavatory*, *WC*, *gent's*, *restroom*, *powder room* y *comfort station*. En las palabras que designan algún tipo de discapacidad se han dado ciclos similares (*lame* [cojo], *crippled* [lisiado], *handicapped* [disminuido físico], *disabled* [discapacitado], *challenged* [desafiado]). Lo mismo ha ocurrido con los nombres de profesiones de nulo atractivo (*garbage collection* [recogida de basura], *sanitation* [servicios sanitarios], *environmental services* [servicios medioambientales]), con las actividades académicas (*gym* [gimnasia], *physical education* [educación física], *human biodynamics* [biodinámica humana]) y con los nombres de minorías oprimidas (*colored* [de color], *negro* [negro], *Afro-American* [afroamericano], *black* [negro], *African American* [africano americano]).[53]

La ciencia no es inmune a estas oleadas de la moda. Originariamente se esperaba que los científicos bautizaran sus descubrimientos con una jerga griega y latina, como *ligand* (ligante), *apoptosis* (apoptosis) y *heteorskedasticity* (heterocedasticidad). Esto dio paso a la tolerancia frente a los cir-

53. S. Pinker, «The game of the name», *The New York Times*, 3 de abril de 1994.

cunloquios ingleses (*frequency-dependent selection* [selección dependiente de la frecuencia], *secondary messenger* [mensajero secundario]), luego a la indulgencia ante alusiones caprichosas (*quark* [palabra que empleó por primera vez el físico estadounidense Gell-Mann, que la copió tal cual de una palabra sin sentido que James Joyce emplea en *Finnegan's Wake*], *Big Bang* [gran estallido], *Red Queen effect* [cuando una empresa supera a otra en producción y competitividad]) y hoy, auténticos malabarismos como *brane theory* en física, para referirse a *membrane* (membrana).

La aparición y los ciclos de la moda no son la única dinámica interna que decide la suerte de las palabras. Aun en el caso de que los gustos permanezcan estables, el éxito de una palabra nueva depende de la epidemiología léxica —la forma en que un neologismo se extiende a partir de quien lo acuña hacia un nuevo hablante, quien a su vez infecta a otros, y así sucesivamente—. Al final, el neologismo o muere o se hace endémico, en función de con cuántas personas habla al día quien conoce esa palabra, y de la rapidez y precisión con que la observan y la recuerdan. Al igual que ocurre con las epidemias de verdad, es difícil prever qué va a ocurrir. Según sean las pequeñas diferencias en lo pegadiza que pueda ser una palabra y según si los primeros que la adoptan están bien relacionados, inspiran confianza o poseen carisma, la palabra puede o no puede alcanzar el punto superior que la afiance en la comunidad y la perpetúe en las generaciones siguientes.[54] Es ésta una forma de entender los componentes de Frecuencia y Diversidad de los factores FUDGE que, según Metcalfe, son el secreto del éxito de una palabra.

Así pues, basta una atenta mirada a las palabras y los nombres propios para deslegitimar lo que la sabiduría convencional podría decir sobre de dónde procede la cultura y cómo cambia. En el siglo XX, se llegó a pensar que una cultura era un superorganismo que persigue unas metas, encuentra un significado, responde a los estímulos y puede ser víctima de la manipulación o beneficiaria de la intervención. Pero el sino de los nombres, una práctica cultural por excelencia, no se ajusta a este modelo. Los nombres cambian con el tiempo, pero no por ello reflejan otras tendencias sociales, están impulsados por los modelos de conducta, y la única influencia que reciben de Madison Avenue es la descabellada cadena de sucesos que hizo que «Madison» se convirtiera en el tercer nombre de chica más

54. Gladwell, 2000.

popular. Para entender el fenómeno, tenemos que contemplar las características de la naturaleza humana que intervienen en la decisión de poner un nombre —la psicología del estatus, de los padres y del lenguaje—, junto con los resultados de las decisiones de nombradores anteriores y la epidemiología de las ideas, un campo que apenas existe.[55]

En su libro de 1978, *Micromotives and Macrobehavior*, el economista Thomas Schelling llama la atención sobre muchos fenómenos sociales que no están planificados y, a menudo, son indeseados, pero que emergen de las personas que toman decisiones individuales que afectan a las decisiones de los demás. Un ejemplo es cómo una ciudad se puede segregar, no por una política de *apartheid* ni porque alguien desee vivir exclusivamente con personas de su propia raza, sino porque nadie quiere estar en una minoría demasiado reducida dentro de su vecindad. A medida que cada familia se muda a esa comunidad o se marcha de ella para evitar tal marginalidad, se convierten en parte de la vecindad de los demás, lo cual afecta a sus decisiones, etc. Al final, pueden emerger barrios habitados sólo por negros y barrios habitados sólo por blancos, unos barrios que nadie planeó de antemano. Otro ejemplo es la forma en que los coches que ocupan un carril se pueden quedar atascados cuando todos y cada uno de los conductores frenan unos segundos para curiosear ante un accidente que se ha producido en esa carretera —un acuerdo que nadie hubiera firmado si hubiera podido coordinar su comportamiento de antemano—. Schelling señala que estos patrones pueden surgir siempre que las decisiones individuales sean interdependientes:

> Si tu problema es que hay demasiado tráfico, formas parte del problema. Si te unes a una multitud porque te gustan las multitudes, engrosas la multitud. Si sacas a tu hijo de la escuela por los alumnos con quien se relaciona, sacas a un alumno con el que *ellos* también se relacionan. Si levantas la voz para que se te oiga, haces que suba el nivel de ruido que producen otras personas que también quieren que se las oiga. Cuando te cortas el pelo y te lo dejas bien corto, cambias, aunque sea en mínimo grado, las impresiones que las personas tienen de lo largo que llevan el pelo sus semejantes.[56]

55. Aunger, 2000; Blackmore, 1999; R. Dawkins, 1976/1989; Sperber, 1985.
56. Schelling, 1978, págs. 27-28.

En su reciente éxito de ventas *The Tipping Point*, el periodista Malcolm Gladwell aplica la idea de Schelling a tendencias sociales actuales, como los cambios en la alfabetización, la delincuencia, el suicidio y la costumbre de fumar entre adolescentes. En cada caso, la sabiduría convencional atribuía las tendencias a unas fuerzas sociales externas, como la publicidad, los programas del gobierno o los modelos de conducta. Y en todos los casos existía realmente el empuje de una dinámica interna de decisiones personales y de influencias que se retroalimentaban mutuamente. Poner nombre a los niños, y a las cosas en general, es otro ejemplo de que un fenómeno social de gran escala —la composición de una lengua— surge de forma imprevisible de las muchas decisiones individuales que inciden las unas sobre las otras.

Un nombre parece algo muy simple: el vínculo entre un sonido y un significado, compartido en una comunidad. Sin embargo, cuanto más nos concentramos en cómo funcionan los nombres, más se amplía la esfera de la experiencia humana que se nos abre. En libros anteriores hablaba de que los nombres están representados en la cabeza de una única persona. Me maravillaba de las muchas palabras que una persona conoce, de la rapidez con que los niños las aprenden, de la elegancia con que se componen de partes, y de la facilidad con que el cerebro las reconoce. En capítulos anteriores de este libro, veíamos la precisión y el carácter abstracto de la estructura conceptual que capta el sentido de una palabra. Ahora vemos cómo los nombres nos enredan en el mundo *externo* a nuestra mente. Un nombre recibe su significado de alguien que lo construye y que escoge un sonido para señalar a un individuo o a un tipo, y que lo pasa a una cadena de hablantes que procuran usarlo de la misma forma. Cada uno de estos pasos nos embrolla en algo irónico. El acto de señalar y el intento de imitarlo nos conecta con la realidad, no sólo con las ideas que tenemos acerca de ella, aunque uno podría haber pensado que no tenemos manera de separar lo uno de lo otro. Y la elección de un sonido nos conecta con la sociedad de una forma que engloba la gran contradicción de la vida social humana: entre el deseo de integrarse y el deseo de ser único.

Capítulo 7

LAS SIETE PALABRAS QUE NO SE PUEDEN PRONUNCIAR EN LA TELEVISIÓN

La libertad de expresión es una de las bases de la democracia, porque sin ella los ciudadanos no pueden compartir sus observaciones sobre la locura y la injusticia, ni poner en entredicho colectivamente a la autoridad que las mantenga. No es casualidad que la libertad de expresión se consagre en la primera de las diez enmiendas a la Constitución que constituyen la Carta de Derechos, ni que se le conceda un puesto de honor en otras declaraciones básicas de la libertad, como en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y en la Convención Europea sobre los Derechos Humanos.

Igualmente obvio es que la libertad de expresión no se puede garantizar en todas las circunstancias. El Tribunal Supremo de Estados Unidos reconoce cinco tipos de expresión no protegida, y cuatro de las exclusiones son compatibles con el principio de consagrar la libertad de expresión como una de las libertades fundamentales. El fraude y el libelo no están protegidos, porque subvierten la esencia de la expresión que la hace merecedora de protección, concretamente buscar y compartir la verdad. Tampoco se protege abogar por la conducta ilegal inminente ni las «palabras enconadoras», aquellas que pueden provocar una lucha, porque su finalidad es desencadenar la conducta de forma reflexiva, en vez de intercambiar ideas, como cuando alguien grita «¡Fuego!» en un teatro abarrotado.

Sin embargo, la quinta categoría de expresión no protegida —la obscenidad— parece que pone en entredicho la justificación. Algunas palabras e imágenes lascivas están protegidas, pero otras cruzan una frontera vaga y discutida hasta entrar en la categoría de «obscenidad», y el Estado es libre para situarlas fuera de la ley. Y en la televisión y los medios de radiodifusión, al Estado se le reconocen poderes aún mayores, y puede

prohibir el lenguaje sexual y escatológico que él mismo clasifica como «indecencia». Pero ¿por qué una democracia iba a sancionar el uso de la obligación impuesta por el Estado para impedir que se digan unas palabras que denotan dos actividades —el sexo y la excreción— que a nadie hacen daño y que son partes inevitables de la condición humana?

En la práctica como en la teoría, la persecución del habla obscena es un rompecabezas. A lo largo de la historia, se ha martirizado y asesinado a las personas por criticar el liderazgo de sus torturadores y asesinos, y éste es hoy el sino de los librepensadores de gran parte del mundo. Pero en las democracias liberales, la batalla por la libertad de expresión se ha ganado en la mayoría de los casos. Todas las noches millones de personas ven programas de entrevistas cuyos invitados ridiculizan libremente la inteligencia y la honestidad de los dirigentes de su país. Evidentemente, la vigilancia eterna es el precio de la libertad, y a los libertarios civiles les preocupan con toda razón los posibles recortes de la libertad de expresión, por ejemplo los que derivan de la ley del derecho de copia, los códigos de habla universitarios, y la Patriot Act de Estados Unidos. No obstante, en el siglo pasado, las batallas legales más famosas sobre la libertad de expresión se libraron no donde la historia nos haría pensar —en los esfuerzos por decir la verdad al poder—, sino en el uso de ciertas palabras para referirse a la copulación, las partes pudendas, los orificios y los efluvios del cuerpo. Los que siguen son algunos casos destacados:

- En 1921, un tribunal estadounidense declaró obsceno un pasaje de *Ulysses*, de James Joyce, y el libro estuvo prohibido en Estados Unidos hasta 1933.
- *El amante de Lady Chatterly*, de D. H. Lawrence, escrita en 1928, no se publicó en el Reino Unido hasta 1960, una publicación que llevó a los tribunales a Penguin Books (sin consecuencia negativa alguna) en apelación a la Ley de Publicaciones Obscenas de 1959.
- *Lady Chatterly* también se prohibió en Estados Unidos, a la vez que *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller, y *Fanny Hill*, de John Cleland. En una serie de sentencias judiciales que reflejaban el cambio de las costumbres sexuales de la década de 1960, se levantaron las prohibiciones, un proceso que culminó con el fallo del Tribunal Supremo en 1973.

- Entre 1961 y 1964, el humorista Lenny Bruce fue arrestado en repetidas ocasiones acusado de obscenidad, y en muchas ciudades se prohibió su actuación. Bruce murió en 1966 mientras recurría una sentencia de cuatro meses de cárcel que había dictado un tribunal de Nueva York, y al final, treinta años después de su muerte, fue indultado por el gobernador George Pataki.
- El Comité Federal de Comunicaciones (FCC, en sus siglas inglesas) multó en 1973 a la red Pacifica Radio por retransmitir el monólogo de George Carlin «Siete palabras que no se pueden pronunciar en la televisión». El Tribunal Supremo confirmó la demanda, y dictaminó que el FCC podía prohibir el lenguaje «indecente» durante las horas en que los niños pudieran escuchar las retransmisiones.
- El FCC ha multado en múltiples ocasiones al popular programa de radio de Howard Stern, lo cual provocó que Stern abandonara la radio convencional en 2006 por la libertad de la radio por satélite. Muchos expertos en medios de comunicación predijeron que sería el punto culminante de la popularidad de ese medio.

Otros objetivos de la sanciones incluyen a Kenneth Tynan, John Lennon, Bono, 2 Live Crew, Bernard Malamud, Eldridge Cleaver, Kurt Vonnegut, Eric Idle y los productores de *Hair* y *M*A*S*H*.[1]

La persecución de quienes juran, dicen palabrotas y sueltan tacos tiene una larga historia. El tercer mandamiento establece: «No tomarás el nombre de Dios en vano», y en Levítico, 24,16 se habla de las consecuencias: «Quien blasfemara con el nombre del Señor debe morir». Por cierto, en el siglo pasado se ampliaron los ámbitos en los que las personas pueden emplear palabrotas. Ya en 1934, Cole Porter escribía la letra: «Los buenos autores, también, que en su día conocían mejores palabras/Hoy sólo emplean obscenidades/y escriben en prosa. Todo vale». La mayoría de los malhablados célebres del siglo xx se impusieron (aunque fuera a título póstumo), y muchos presentadores actuales, como Richard Pryor, Eve Ensler y el elenco de *South Park*, despotrican con total impunidad. Pero aún no es verdad que todo valga. En 2006, George W. Bush firmó la Ley

1. Allan y Burridge, 1991; Dooling, 1996; Hughes, 1991/1998; Jay, 2000; Wajnryb, 2005.

de Decencia en la Radiodifusión, que multiplicaba por diez las multas por emplear un lenguaje indecente, y amenazaba con retirar la licencia a los infractores contumaces.

Así pues, el lenguaje tabú entra a formar parte de una asombrosa variedad de preocupaciones humanas, desde los delitos capitales de la Biblia hasta el futuro de los medios de comunicación electrónicos. Mantiene vigilada la frontera de la libre expresión en las democracias liberales, no sólo en el control del Estado sobre los medios de comunicación, sino en las discusiones sobre el habla que incita al odio, las palabras enconadoras y el acoso sexual. Y, por supuesto, incluye todos nuestros juicios cotidianos sobre el carácter y las intenciones de las personas.

Estas expresiones (se llamen «jurar», «maldecir», «irreverencia», «obscenidad», «indecencia», «vulgaridad», «blasfemia», «palabrotas», «juramentos o epítetos»; sean palabras sucias, de cuatro letras [muchas palabras inglesas malsonantes constan de cuatro letras], tabú o malsonantes; o sea lenguaje malo, basto, grosero, ordinario, picante, desenfadado, escabroso o subido de tono) dan lugar a muchos quebraderos de cabeza para cualquiera que esté interesado en el lenguaje como ventana por la que asomarse a la naturaleza humana. El miedo y el odio no los provocan los propios conceptos, porque los órganos y las actividades que nombran tienen cientos de sinónimos biensonantes. Tampoco los originan los sonidos de las palabras, pues muchas de ellas tienen homónimos respetables en nombres de animales, acciones e incluso personas. Lo impublicable se puede convertir en publicable con sólo añadir un guión o un asterisco, y lo indecible en decible con sólo cambiar una vocal o una consonante. Todo lo que se refiera al *emparejamiento* de determinados significados con sonidos produce un fuerte efecto en los sentimientos de las personas.

Dice Shakespeare: «Las palabras son palabras. Y nunca he escuchado decir/que el corazón herido fuera asaetado a través del oído». Pero son muchos los que no piensan como Shakespeare. El FCC y los censores de la red no son mojigatos empedernidos; responden a una gran multitud de oyentes que encienden todas las luces rojas de alarma, como si de un árbol de Navidad se tratara, siempre que un actor o un invitado deja caer una obscenidad. Para estos guardianes de la decencia, la blasfemia corrompe por definición, especialmente a los jóvenes. Así se razona, pese al hecho de que a todos les son familiares esas palabras, incluida la mayoría de los niños, y

de que nunca nadie ha explicado de qué forma el simple hecho de oír una palabra puede corromper los principios morales por los que uno se rija.

Para los libertinos, lo que es evidente por su propia esencia es que los tabúes lingüísticos son ridículos. El auténtico moralista, dicen, debería pensar que lo «obsceno» son la violencia y la desigualdad, no el sexo y la excreción. Y no hablar con toda claridad sobre el sexo sólo conduce a embarazos no deseados de adolescentes, al contagio de enfermedades por vía sexual y a convertir la sana energía sexual en una conducta destructiva. Este aire de progresismo contribuyó a que Bruce se convirtiera en un mártir entre artistas e intelectuales: «Nadie está por encima de la conciencia moral», escribió el crítico Ralph J. Gleason; «San Lenny, debería llamarlo; murió por nuestros pecados», dijo el artista Eric Bogosian.[2]

Sin embargo, a partir de la década de 1970, parte de los progresistas que más admiraban a Bruce habían impuesto sus propios tabúes lingüísticos. Durante el juicio de O. J. Simpson, el fiscal Christopher Darden se refirió a la palabra-*n* («negrata») como «la palabra más sucia, indecente y repugnante de la lengua inglesa, y no tiene cabida en una sala de juicios». Pese a todo, ha sabido infiltrarse en estas salas, y de forma muy destacada y conocida durante el juicio de Simpson, para demostrar que un oficial de policía era racista, y en otros juicios para determinar si se puede disparar a alguien por usarla o exculpar a alguien que haya atacado a otra persona que la empleara.[3] Y en el «nuevo victorianismo», las alusiones informales al sexo, aunque carezcan de un sexismo evidente, se pueden considerar como formas de acoso sexual, como ocurre en las observaciones de Clarence Thomas sobre las actrices de cine pornográfico y el vello púbico.[4] De modo que hasta aquellos que vilipendian a los puritanos al uso se pueden sentir gravemente ofendidos al oír palabras que figuren en sus propias listas de tabúes.

Otro quebradero de cabeza sobre las palabrotas y blasfemias es la variedad de tópicos que constituyen el objetivo del tabú.[5] Las siete palabras que no se pueden pronunciar en la televisión se refieren a la sexualidad y a

2. Bruce, 1965/1991.
3. Kennedy, 2002.
4. Denfeld, 1995; Dooling, 1996; Patai, 1998; Saporta, 1994.
5. Allan y Burridge, 1991; Jay, 2000; Wajnryb, 2005.

la excreción: son nombres que designan las heces, la orina, el coito, la vagina, los pechos, la persona que practica la felación y aquella que representa la satisfacción del deseo de Edipo. Pero el mayor delito de los diez mandamientos procede de un sujeto distinto, la teología, y las palabras tabú de muchas lenguas se refieren a la condenación, las deidades, los mesías y las correspondientes reliquias materiales o corporales. Otro campo semántico que abarca las palabras tabú en todas las lenguas del mundo es el de la muerte y la enfermedad, y otro aún son las clases de personas desfavorecidas, como los infieles, los enemigos y los grupos étnicos sometidos. Pero ¿qué pueden tener en común todos estos conceptos, desde las glándulas mamarias a los mesías, las enfermedades o las minorías étnicas?

Un último rompecabezas sobre el lenguaje malsonante es la alocada diversidad de circunstancias en que lo empleamos. Hay unas palabrotas catárticas, como cuando nos damos con el martillo en el dedo gordo o nos caemos sobre un vaso de cerveza. Hay imprecaciones, como cuando le sugerimos un epíteto o le damos algún consejo a quien nos ha cerrado el paso mientras conducimos. Hay términos vulgares para las cosas y las actividades cotidianas, como cuando pidieron a Bess Truman que aconsejara al presidente que dijera «fertilizante» en vez de «estiércol», y la mujer contestó: «No sabéis lo que me ha costado conseguir que diga "estiércol"». Hay figuras del habla que dan otros usos a palabras obscenas, como el vulgar epíteto para referirse a la falta de sinceridad, el acrónimo militar para decir «metedura de pata», y el término ginecológico y flagelador para referirse al dominio de la esposa. Y luego están los expletivos similares a los adjetivos que sazonan el habla y dividen las palabras que se refieren a los soldados, los adolescentes, los australianos y otros que utilizan un estilo de habla descuidado.

En este capítulo nos ocupamos del rompecabezas que suponen las palabrotas y las blasfemias —de la extraña repulsión y, al mismo tiempo, el raro atractivo de palabras como *fuck* (joder), *screw* (follar) y *come* (correrse); *shit* (mierda), *piss* (meada) y *fart* (pedo); *cunt* (coño), *pussy* (coño), *tits* (tetas), *prick* (polla), *cock* (verga), *dick* (pijo) y *asshole* (ano); *bitch* (perra), *slut* (fulana) y *whore* (puta); *bastard* (hijo de puta), *wanker* (gilipollas), *cocksucker* (cabrón) y *motherfucker* (hijo de puta); *hell* (infierno), *damn* (maldita sea) y *Jesus Christ* (por Dios); *faggot* (marica), *queer* (maricón) y *dike* (tortillera); y *spick* (sudaca), *dago* (italiano, español, gallego, sudaca),

kike (judío), *wog* (extranjero), *mick* (irlandés), *gook* (asiático), *kaffir* (negro africano) y *nigger* (negrata)—. Examinaremos las raíces biológicas de todo este tipo de palabras, las áreas de la experiencia que abarcan a las palabras tabú y las ocasiones en que las personas las ponemos en uso. Por último, preguntaré por qué se tiene la sensación de que estas palabras no son solamente desagradables, sino tabú —por qué el simple hecho de oírlas o leerlas se siente como algo que corrompe—, antes de hacer algunas reflexiones sobre qué cabe hacer con todos estos términos y expresiones.

Bocas de orinal

Como ocurre con el resto del lenguaje, se puede decir que las palabrotas y las blasfemias son universales, aunque con algunos matices.[6] Es verdad que las palabras y los conceptos concretos considerados tabú pueden variar según sean los tiempos o los lugares. A lo largo de la historia de una lengua, nos encontramos a menudo con palabras limpias que se ensucian, y palabras sucias que se limpian.[7] La mayoría de los anglohablantes de hoy se sorprenderían si en un texto médico leyeran que «En las mujeres el cuello de la vejiga es corto, y va directamente al coño», sin embargo, el *Oxford English Dictionary* data la palabra en una fuente del siglo xv. Al documentar este tipo de cambios, el historiador Geoffrey Hughes señala: «Los días en que al diente de león se le podía llamar *pissabed* (nombre que se aplica a diversas plantas silvestres, pero también con connotaciones escatológicas), a la garza se la podía llamar *shitecrow* (con las connotaciones de *shit* [mierda]) y al cernícalo se le podía llamar *windfucker* (con las connotaciones que *fuck* tiene hoy [joder]) son ya cosa del pasado, como lo son esas piezas de tela que, en los hombres, se colocaban en la entrepierna para sujetar bien las nalgas».[8] La suerte cambiante de las palabras tabú puede sacudir la acogida de una obra literaria. *Huckleberry Finn*, por ejemplo, ha sido objeto de repetidas prohibiciones en las escuelas estadounidenses debido a la palabra *nigger*, que, a pesar de que nunca fue un término respe-

6. Allan y Burridge, 1991; Jay, 2000; Wajnryb, 2005.
7. Hughes, 1991/1998.
8. Hughes, 1991/1998, pág. 3.

tuoso, hoy es muchísimo más incendiario de lo que lo era en el momento y el lugar en que Mark Twain escribía.

Con el tiempo, las palabras también se pueden despojar de los tabúes. Cuando Eliza Doolittle decía alegremente «Ningún jodido (*bloody*) parecido» en una reunión social de la clase media-alta en *Pygmalion*, no sólo escandalizaba a sus compañeros de ficción, sino al público que veía la obra cuando se estrenó en 1914. Pero cuando la obra se adaptó para el cine en el musical *My Fair Lady* en 1956, *bloody* se había convertido en una palabra tan poco excepcional que a los dramaturgos les preocupaba que el público no captara el humor, y añadían la escena en que Eliza acude a las carreras de Ascot y grita a un caballo: «¡Mueve tu maldito (*blooming*) culo!». Hoy, muchos padres se horrorizan cuando sus hijos llegan de la escuela y con toda inocencia emplean las palabras *suck* (chupada), *bite* (bocado) y *blow* (soplido), desconocedores de que, en sus orígenes, estas palabras se referían a la felación. Pero esos mismos padres probablemente ni se daban cuenta de que empleaban palabras hoy inocentes como *sucker* (imbécil; de *cocksucker*, hijo de puta), *jerk* (sacudida; de *jerk off*, hacerse una paja) y *scumbag* (cerdo o cerda, pero también condón). Los humoristas progresistas han procurado contribuir a este proceso, repitiendo para ello obscenidades hasta el punto de convertirlas en algo insensible (un proceso que los psicolingüistas llaman «saciedad semántica»), o convirtiéndose momentáneamente en profesores de lingüística para llamar la atención sobre el principio de la arbitrariedad del signo lingüístico. El siguiente es un pasaje de los famosos números de Lenny Bruce:

> Aaaaaaaaaaa es una preposición: A es una preposición. Coooooooooorrerse es un verbo. A es una preposición. Correrse es un verbo. A es una preposición. Correrse es un verbo, el verbo intransitivo. Correrse. Correrse... Es como el solo del tambor. Correrse, correrse, correrse también, correrse, correrse uh uh uh uh uh um um um um um uh uh uh uh uh —¡CORRERSE! ¡CORRERSE! ¡CORRERSE! ¡CORRERSE! ¿Te has corrido? ¿Te has corrido? Bien. ¿Te has corrido bien? ¿Te has corrido bien? ¿Te has corrido? Bien. A. Correrse. A. Correrse. ¿Tehascorridobien? ¿Tehascorridobientehascorridobien?[9]

9. Del CD que acompaña a Collins y Skover, 2002.

Y éste es del monólogo de Carlin sobre las «Siete palabras»:

> Mierda, Meada, Joder, Coño, Mamón, Hijo de puta y Tetas, ¡ah! Las tetas no pertenecen a la lista, ¿sabes? Es una palabra que suena tan bien. Suena como un apodo. «Hola, Tetas, ven aquí. Tetas te presento a Juergas, Juergas, Tetas, Tetas, Juergas». Suena como un tentempié, ¿no? Sí, ya lo sé, así es, correcto. Pero no me refiero al tentempié sexista, quiero decir, Tetas Nuevas Nabisco. Las nuevas Tetas Chinas, y Tetas de maíz, y Pizza de Tetas, Tetas de sésamo, Tetas de cebolla, Tetas de tubérculo, ¡síííí!

Tits (tetas) es hoy una palabra lo suficientemente limpia como para excluirla de la Ley de Limpieza de las Ondas y para que aparezca en «The Gray Lady», en *The New York Times*. Pero muchas palabras siguen siendo tabú durante siglos, y que algunas palabras se conviertan en más limpias o más sucias es algo tan caprichoso como el auge y la caída de *Steve*.[10]

Se han hecho campañas de insensibilización similares para palabras como los epítetos utilizados para referirse a las mujeres y a las minorías sociales, quienes a menudo tratan de «reclamar» las palabras, y para ello las usan de forma muy llamativa entre ellos mismos. De ahí que tengamos NWA («Niggaz With Attitude» [Negratas con disposición], grupo de música hip-hop); «Queer Nation» (País Maricón), *queer studies* (estudios sobre maricones) y «Queer Eye for the Straight Guy» (Ojo Maricón para el Tipo Hétero); «Dikes on Bikes» (Tortilleras sobre Bicis; grupo ciclista de lesbianas) y <www.classicdykes.com>; y «The Phunky Bitches» (Las perras funky), una «comunidad en tiempo real de mujeres (y hombres) que se dedican a la música en directo, a viajar y a un montón de otras cosas». Nunca he oído hablar de una reunión de una hermandad religiosa cuyos asistentes se saluden diciendo: «¿Passsa tío?», pero en la década de 1970, el novelista Kinky Friedman dirigía una banda de música country llamada The Texas Jewboys (Los muchachos judíos de Texas), y hay una revista muy en la onda y dirigida a lectores judíos que se llama *Hebe*. Al mismo tiempo, estos términos no se han neutralizado en la misma medida en que se han erigido en signo de desafío y solidaridad, precisamente porque todavía *son* ofensivos en la lengua de la comunidad en su conjunto. Pobre del marginado que

10. Hughes, 1991/1998.

malinterpreta todo esto, como el detective de Hong Kong que Jackie Chan representa en *Hora punta,* que con toda inocencia sigue la pista de su socio afroamericano y saluda a los dueños negros de un bar de Los Ángeles diciendo: «¿Passsssa, negrata?», lo cual provoca un pequeño disturbio.

La fuerza de palabras específicas puede cambiar más aún de una lengua a otra.[11] En el francés de Québec, *merde* (mierda) es mucho más suave que su equivalente inglesa, un poco más cercana a *crap* (mierda), y muchos hablantes, en el mejor de los casos, son tímidamente conscientes de que *coné* (idiota) originariamente significaba *cunt* (coño). Pero una de las peores cosas que se le puede decir a alguien es *Tabernac!* (tabernáculo), *Calisse!* (cáliz) y *Sacrement!* (sacramento). En 2006, la Iglesia católica intentó recuperar estas palabras, y para ello las colocó en los tablones de anuncios con sus definiciones religiosas originales al pie. (Un columnista suspiraba: «¿Es que ya no queda nada que sea sagrado?».) La blasfemia es habitual en otras regiones católicas, como lo era en Inglaterra antes de la Reforma, cuando empezaron a imponerse los términos sexuales y escatológicos.[12]

Pero a pesar de la variación a lo largo del tiempo, se puede decir con toda seguridad que la mayoría de las lenguas, probablemente todas, tienen palabras cargadas de sentimientos que tal vez no se usen en la conversación educada. Quizás el ejemplo más contundente sea la lengua djirbal, una lengua aborigen de Australia, en la que *todas* las palabras son tabú cuando se dicen en presencia de la suegra y de determinados primos. Los hablantes tienen que emplear un vocabulario completamente distinto (pero la misma gramática) cuando estos familiares están cerca. En la mayoría de las otras lenguas, las palabras tabú se sacan del mismo tipo de lista de tópicos de la que el inglés y el francés obtienen sus palabrotas: el sexo, la excreción, la religión, la muerte y la enfermedad, y los grupos desfavorecidos.[13]

No conviene tomarse al pie de la letra las afirmaciones de que una determinada lengua carece por completo de blasfemias. Es verdad que, en muchos sitios, si se pide a los hablantes que hagan un listado de sus blasfemias, es posible que pongan reparos. Pero las palabrotas y la hipocresía van de la mano, hasta el punto de que algunos tests de personalidad inclu-

11. Allan y Burridge, 1991; Jay, 2000; Wajnryb, 2005.
12. Hughes, 1991/1998.
13. Allan y Burridge, 1991; Aman, 1987; Cristal, 1997; Jay, 2000; Wajnryb, 2005.

yen ítems como «A veces digo palabrotas», para comprobar si se miente o no. En *Expletive Deleted: A Good Look at Bad Language*, la lingüista Ruth Wajnryb dice:

> Uno de mis informantes, un inglés casado con una japonesa, dirigía a su esposa las preguntas que yo empleaba para obtener datos sobre el japonés. La señora me dijo que no podía ayudarme, porque no conocía ninguna palabrota en su lengua. Y lo decía, créame el lector, con cara de inocente a un marido que era totalmente consciente, tanto como lo era ella de que su marido lo sabía, de la destreza de su mujer en ese tipo de habilidades.[14]

Una reseña de una publicación periódica llamada *Maledicta: The International Journal of Verbal Agression* contiene una exhaustiva lista de insultos sexuales y palabras groseras japonesas, y las otras encuestas transculturales que aparecen en esa revista también contienen términos parecidos.[15]

El habla tabú forma parte de un fenómeno más amplio conocido como «magia de la palabra».[16] Aunque uno de los fundamentos de la lingüística es que el emparejamiento entre un sonido y un significado es arbitrario, la mayoría de los seres humanos piensan intuitivamente todo lo contrario. Tratan el nombre que designa a un ente como parte de su esencia, de manera que el simple acto de pronunciar un nombre se considera una forma de incidir en su referente. Los ensalmos y conjuros, los hechizos, las plegarias y las maldiciones son formas en que las personas afectan al mundo mediante las palabras, y los tabúes y eufemismos son formas en que las personas *intentan* no afectarlo. Hasta el materialista más testarudo se encuentra con que toca madera después de mencionar un evento en el que tiene puestas todas sus esperanzas, o con que inserta «Dios no lo quiera» después de pronunciar otro cuya materialización teme, tal vez por la misma razón por la que Niels Bohr colgaba una herradura en la parte superior del marco de la puerta de su despacho: «Me he enterado de que funciona aunque uno no se lo crea».

14. Wajnryb, 2005, pág. 223.
15. Aman, 1987; Solt, 1987.
16. Allan y Burridge, 1991; Rosemblum y Pinker, 1983.

El cerebro blasfemo

La ubicuidad y el poder de las palabrotas indican la posibilidad de que las palabras tabú se aprovechen de partes profundas y antiguas del cerebro emocional. En el capítulo 1 veíamos que las palabras no sólo tienen una denotación, sino también una connotación: un colorido emocional distinto de aquello a lo que la palabra se refiere literalmente, como en *principled* (de principios) frente a *stubborn* (terco), y *slender* (esbelto) frente a *scrawny* (esquelético). La diferencia recuerda la forma en que se distinguen las palabras tabú y sus sinónimos, por ejemplo *shit* (mierda) y *feces* (heces), *cunt* (coño) y *vagina* (vagina), o *fucking* (joder) y *making love* (hacer el amor). Hace mucho tiempo, los lingüistas identificaron las tres formas en que varían las connotaciones de las palabras: bueno frente a malo, débil frente a fuerte, y activo frente a pasivo.[17] «Héroe», por ejemplo, es bueno, fuerte y activo; «cobarde» es malo, débil y pasivo; y «traidor» es malo, débil y activo. Las palabras tabú se agrupan en los límites muy malos y muy fuertes del espacio, aunque existen también con toda seguridad otras dimensiones de la connotación.

¿Las connotaciones y las denotaciones se almacenan en partes diferentes del cerebro? No hay duda de que es posible. El cerebro de los mamíferos contiene, entre otras cosas, el sistema límbico, una antigua red que regula la motivación y la emoción, y el neocórtex, la superficie arrugada del cerebro que se hinchó con la evolución humana y es la sede de la percepción, el conocimiento, la razón y la planificación. Los dos sistemas están interconectados y funcionan al unísono, pero no es ningún disparate suponer que las denotaciones de las palabras se concentren en el neocórtex, especialmente en el hemisferio izquierdo, mientras que sus connotaciones se extienden por todas las conexiones entre el neocórtex y el sistema límbico, especialmente en el hemisferio derecho.[18]

Un probable sospechoso dentro del sistema límbico es la amígdala, un órgano en forma de almendra enterrado en la parte anterior del lóbulo temporal del cerebro (una en cada lado), que ayuda a revestir de sentimiento los recuerdos.[19] Un mono al que se le hayan extirpado las amígda-

17. Osgood, Suci y Tannenbaum, 1957.
18. J.-J. Beeman, 2005.
19. LeDoux, 1996; Panksepp, 1998.

las puede aprender a reconocer una forma nueva, por ejemplo un triángulo a rayas, pero tiene problemas para aprender que la forma oculta un suceso desagradable, por ejemplo una descarga eléctrica. En los seres humanos, la amígdala «se enciende» —muestra una mayor actividad metabólica en los escaneos del cerebro— cuando la persona ve una cara de enfado o una palabra grosera, en especial una palabra tabú.[20] Mucho antes de que los psicólogos pudieran escanear el cerebro en funcionamiento, ya podían medir la sacudida emocional que producía una palabra tensa, para lo cual sujetaban con cinta adhesiva un electrodo en el dedo de la persona y medían el cambio en la conductividad de la piel producido por la repentina ola de sudor. La reacción de la piel acompaña a una actividad en la amígdala y, al igual que la actividad registrada en la propia amígdala, se puede generar a causa de las palabras tabú.[21] Parece que el sabor emocional de las palabras se adquiere en la infancia: las personas bilingües sienten a menudo que su segunda lengua no es tan picante como la primera, y su piel reacciona más al oír las palabras tabú y las reprimendas de su primera lengua que al oír las de la segunda.[22]

El escalofrío involuntario que provoca el hecho de oír o leer una palabra tabú tiene su origen en una característica básica del sistema de la lengua: la comprensión del significado de una palabra es automática. No se trata sólo de que no tengamos unos párpados en los oídos para cerrarlos ante sonidos no deseados, sino de que, una vez que una palabra se ve o se oye, somos incapaces de tratarla como si fuera un garabato o un ruido cualquiera, sino que de forma reflexiva la llevamos a la memoria y reaccionamos ante su significado, incluida su connotación. La demostración clásica es el efecto Stroop, que aparece en cualquier manual de introducción a la psicología, y es el tema de más de cuatro mil artículos científicos. Se pide a las personas que miren una lista de filas de letras y que digan el color de la tinta en el que está impresa cada una de ellas. Vamos a intentarlo con la lista que sigue, y diremos «negro», «blanco» o «gris» para señalar a cada ítem, de izquierda a derecha:

20. N. Isenberg, Silbersweig, Engelien, Emmerich, Malavade, Beati, Leon y Stern, 1999; LaBar y Phelps, 1998; P. A. Lewis, Critchley, Rothstein y Doland, en prensa.

21. C. L. Harris, Gleason y Aycicegi, 2006; Jay, 2000; Matthew, Richards y Eysenck, 1989.

22. C. L. Harris, Gleason y Aycicegi, 2006.

palabra palabra palabra palabra **palabra** palabra

Muy fácil. La siguiente lo es aún más:

gris blanco **negro** blanco **negro** gris

Pero ésta es mucho, pero que mucho más difícil:

blanco negro gris negro gris **blanco**

La explicación es que entre las personas adultas y alfabetizadas, leer una palabra es una destreza aprendida con tal exageración que se ha convertido en algo obligatorio: no podemos «desbloquear» el proceso, ni siquiera cuando queremos leer las palabras atendiendo únicamente al color de la tinta. Ésta es la razón de que uno se vea ayudado cuando quienes dirigen el experimento disponen la tinta en una palabra que también signifique su color, y de que se vea entorpecido cuando la disponen en una palabra que designa un color distinto. Algo parecido ocurre con las palabras *habladas*: cuando las personas han de nombrar fragmentos de color como los siguientes:

la tarea se hace mucho más difícil si una voz que se escucha por los auriculares recita palabras que designan colores con la intención de distraer, por ejemplo: «Negro, blanco, gris, blanco, gris, negro».[23]

Ahora bien, las palabras tabú son especialmente eficaces para captar la atención del lector. Podemos sentir nosotros mismos el efecto en el test de Stroop. Intentemos decir el color de la tinta de cada una de las palabras siguientes:

coño mierda joder **tetas** meada ano

23. Roelofs, en prensa.

El psicólogo Don MacKay ha realizado el experimento, y ha descubierto que las personas realmente se frenan, como si se quedaran atónitas, tan pronto como dirigen la vista a cada una de las palabras.[24] El resultado final es que el hablante o el lector puede emplear una palabra tabú para evocar una reacción emocional en un público, totalmente en contra de los que son los deseos de ese público.

Algunas empresas explotan este efecto al poner a sus productos nombres que se parezcan lo suficiente a una palabra tabú para captar la atención de las personas, como la cadena de restaurantes Fuddruckers (que recuerda a *food* [comida] y a *fucker* [cabrón, hijo de puta]), la marca de ropa FCUK (French Connection UK) (de *fuck* [joder]), la película que lleva por título *Meet the Fokkers* (*ídem*). Las reacciones involuntarias a las palabras tabú en realidad pueden configurar una lengua a lo largo de su historia, por una versión lingüística de la Ley de Gresham: las palabras malas ponen fuera de circulación a las palabras buenas. Las personas solemos evitar términos inocentes por temor a que, por error, se oigan como blasfemias. *Coney*, palabra antigua para denominar al «conejo» y que rima con *honey* (miel), quedó fuera de uso a finales del siglo XIX, probablemente porque sonaba de forma muy parecida a como suena *cunt* (coño).[25] Lo mismo está ocurriendo con los significados bien ortodoxos de palabras como *cock* («gallo»; pero también «verga»), *prick* («pinchazo»; pero también «polla»), *pussy* («gatito»; pero también «coño») y *ass* («asno»; pero también «culo», al menos en Norteamérica, pues en el Reino Unido la palabra malsonante sigue siendo *arse*). Las personas que llevan los apellidos Koch, Fuchs y Lipschitz suelen cambiárselo, como fue el caso de la familia de Louisa May Alcott, antiguamente Alcox. En 1999, un asesor del alcalde de Washington, D.C. dimitió después de que, en una reunión del personal, describiera el presupuesto que había elaborado como *niggardly*. Uno de los reunidos se sintió ofendido, pese a que *niggard* es una palabra del inglés medio que significa «mísero», y nada tiene que ver con el epíteto basado en *negro*, la palabra española que llegó al inglés unos siglos después.[26] Por injusto que pueda

24. MacKay, Shafto, Taylor, Marian, Abrams y Dyer, 2004.

25. Allan y Burridge, 1991; Hughes, 1991/1998.

26. S. Pinker, «Racist language, real and imagined», *The New York Times*, 2 de febrero de 1999.

parecer, tanto para el asesor como para la palabra, *niggardly* está condenada. También lo están los significados originarios de *queer* (hoy, maricón) y *gay* (hoy, gay).

Soltar tacos en voz alta, al igual que oír que los sueltan los demás, se aprovecha de las partes más profundas y antiguas del cerebro. La causa típica de la afasia, una pérdida de la lengua articulada, está en el daño producido en el córtex y la materia blanca en la que subyace a lo largo de la hendidura horizontal (la fisura de Sylvian), en el hemisferio izquierdo del cerebro.[27] Durante el largo tiempo que han empleado en estudiar la afasia, los neurólogos han observado que los pacientes son capaces de retener la capacidad para emitir palabrotas y blasfemias.[28] En un estudio de casos sobre un afásico inglés se registró que el paciente repetía continuamente *Bloody hell, Fuck off, Fucking fucking hell cor blimey* y *Oh you bugger* (maldito infierno; vete a la mierda; joder, joder, jo; oye, hijo de puta). El neurólogo Norman Geschwind estudió a un paciente estadounidense al que se le había extirpado todo el hemisferio izquierdo debido a un tumor cerebral. El paciente no era capaz de nombrar dibujos, producir o entender frases ni repetir palabras polisílabas; sin embargo, en una entrevista, en cinco minutos, dijo *Goddammit* (maldita sea) siete veces, y *God* (Dios) y *Shit* (mierda) una vez cada una.[29]

La supervivencia de las palabras malsonantes en la afasia indica que los epítetos tabú se almacenan como fórmulas prefabricadas en el hemisferio derecho.[30] Este tipo de fórmulas se sitúan en el extremo opuesto de un continuo en cuyo otro extremo está el habla proposicional, en la cual las combinaciones de las palabras expresan combinaciones de ideas de acuerdo con las reglas gramaticales. No es que el hemisferio derecho contenga un módulo de blasfemias, sino que sus habilidades lingüísticas se limitan a unas fórmulas memorizadas, más que a unas combinaciones que se rigen por unas determinadas reglas. Una palabra es el pedazo quintaesencial memorizado, y en muchas personas el hemisferio derecho tiene un vocabulario de proporciones respetables, al menos en lo que se refiere a la com-

27. Dronkers, Pinker y Damasio, 1999.
28. Jay 2000; Van Lancker y Cummings, 1999.
29. Van Lancker y Cummings, 1999.
30. Jay, 2000; Van Lancker y Cummings, 1999; Van Lancker y Sidtis, 2006.

prensión. A veces, el hemisferio derecho también puede almacenar contrapartes idiosincrásicas de las formas regidas por reglas, por ejemplo, los verbos irregulares.[31] El hemisferio derecho puede dominar también fórmulas memorizadas más extensas, por ejemplo la letra de canciones, plegarias, expresiones de relleno, como «pues», «hombre», «bueno», «pues sí», e iniciadores de frases como «Creo que...» o «No se puede...».

Es posible que el hemisferio derecho intervenga en los juramentos y reniegos por otra razón: está mucho más implicado en el sentimiento, en especial el sentimiento negativo.[32] Pero es posible que no sea el córtex cerebral del hemisferio derecho el que inicia los epítetos, sino una estructura cerebral más antigua desde la perspectiva de la evolución: los ganglios basales.[33] Son éstos una serie de grupos de neuronas enterradas muy en lo hondo de la mitad frontal del cerebro. Su sistema de circuitos recibe información de muchas otras partes del cerebro, incluidos la amígdala y otras partes del sistema límbico, y la manda al córtex, sobre todo a los lóbulos frontales. Una de sus funciones es empaquetar secuencias de movimientos, o secuencias de pasos de razonamiento, en grupos que están al alcance para realizar posteriores combinaciones al aprender una destreza. Otra es inhibir la ejecución de las acciones empaquetadas en esos fragmentos.[34] Los componentes de los ganglios basales se inhiben mutuamente, de ahí que dañar partes diferentes puede producir unos efectos contrarios. La degeneración de una parte de los ganglios basales puede ser la causa de la enfermedad de Parkinson, que se caracteriza por los temblores, la rigidez y la dificultad para iniciar el movimiento. La degeneración de otra parte puede provocar la enfermedad de Huntington, que se traduce en corea (enfermedad nerviosa convulsiva, con contracciones musculares crónicas involuntarias) o movimientos incontrolados.

Hay dos pruebas que demuestran que los ganglios basales, con su función de empaquetadores e inhibidores de la conducta, intervienen en los juramentos. Una es un estudio de casos de un hombre que recibió un golpe en el ganglio basal derecho, lo cual le provocó un síndrome que es la imagen es-

31. Dronkers, Pinker y Damasio, 1999; Pinker, 1997a; S. Pinker, 1999.
32. N. L. Etcoff, 1986.
33. Wise, Murray y Gerfen, 1996.
34. M. Ullman, Corkin, Coppola, Hickok, Growdon, Koroshetz y Pinker, 1997.

pecular de la afasia clásica.[34] Podía conversar con fluidez utilizando frases gramaticales, pero era incapaz de cantar canciones conocidas, recitar oraciones muy repetidas o decir palabrotas, ni siquiera cuando se le ayudaba iniciando una palabra o expresión malsonante y él debía terminarla.

Los ganglios basales tienen una función muchísimo más famosa en el mal hablar gracias a un síndrome que era muy poco conocido para la mayoría de la gente, hasta que en la década de 1980 de repente se representó en muchos argumentos de la televisión: el síndrome de Gilles de la Tourette, abreviado como síndrome Tourette.[36] Se trata de una situación neurológica muy poco conocida vinculada a anormalidades, en parte hereditarias, en los ganglios basales. Como bien sabe cualquier teleadicto, su síntoma más florido es un llamativo tic que consiste en gritar obscenidades, términos étnicos tabú y otros tipos de maltrato verbal.[37] Este síndrome se llama *coprolalia* (habla de estiércol), de una raíz griega que también se encuentra en *coprofagia* (alimentarse de estiércol) y *coprolito* (excremento fósil). De hecho, la coprolalia únicamente se produce en una minoría de personas que padecen el síndrome Tourette; los tics más habituales son los parpadeos, los tics nerviosos, los sonidos resultantes de aclararse la garganta y la repetición de palabras o sílabas.

La coprolalia refleja toda la variedad de términos tabú, y abarca significados similares de diferentes lenguas, lo cual indica que proferir juramentos y obscenidades es un fenómeno neurobiológico coherente. Una reciente reseña bibliográfica establece el siguiente listado de palabras de pacientes del síndrome Tourette, ordenadas de mayor a menor frecuencia:[38]

> *fuck* (joder), *shit* (mierda), *cunt* (coño), *motherfucker* (hijo de puta), *prick* (polla), *dick* (verga), *cocksucker* (cabrón, hijo de puta), *nigger* (negrata), *cockey* (chulo, gallito), *bitch* (perra), *pregnant-mother* (madre preñada), *bastard* (hijo de puta), *tits* (tetas), *whore* (puta), *penis* (pene), *queer* (maricón), *pussy* (coño), *coitus* (coito), *cock* (polla), *ass* (culo), *bowel movement* (evacuación intestinal), *fangu*

35. Speedie, Wertman y Heilman, 1993.
36. Singer, 2005.
37. Jay, 2000; Van Lancker y Cummings, 1999.
38. Van Lancker y Cummings, 1999.

(joder, en italiano), *homosexual* (homosexual), *screw* (follar), *fag* (maricón), *faggot* (maricón), *schmuck* (gilipollas), *blow me* (chúpamela), *wop* (italiano, en sentido despectivo).

Los enfermos pueden emplear también expresiones más largas, como *God damn it* (Maldita sea), *You fucking idiot* (Idiota de mierda), *Shit on you* (Me cago en ti) y *Fuck your fucking fucking cunt* (Jódete el muy jodido coño). La lista de los hispanohablantes incluye «puta», «mierda», «coño», «joder», «maricón», «cojones», «hijo de puta» y «hostia». La lista japonesa, *sukebe* (libidinoso), *chin chin* (polla), *bakatara* (estúpido), *dobusu* (feo), *kusobaaa* (abuela de mierda), *chikusho* (hijo de puta), y un espacio vacío en la lista que discretamente se identifica como «partes sexuales femeninas». Incluso existe un artículo sobre un paciente sordo del síndrome Tourette que decía «joder» y «mierda» con el lenguaje de signos norteamericano.

Las personas enfermas de Tourette experimentan sus arrebatos no como algo literalmente involuntario, sino como una reacción a un impulso que los supera, algo muy parecido a un picor irresistible o a un deseo irrefrenable de parpadear o bostezar. Este juego de tira y afloja entre un impulso no deseado y las fuerzas del autocontrol recuerda a uno de los síntomas del trastorno compulsivo obsesivo (TCO), que se llama «tentaciones horrorosas» —el miedo obsesivo a que uno pueda hacer algo terrible, como gritar «¡Fuego!» en un teatro abarrotado, o empujar a alguien a las vías del metro—. Al igual que el síndrome Tourette, al que a veces acompaña, parece que el TCO implica un desequilibrio entre los circuitos de los pedales del freno y el acelerador de los ganglios basales. Esto indica que una de las funciones de los ganglios basales es catalogar determinados pensamientos y deseos como impensables —tabú— con el fin de mantenerlos controlados. Al etiquetar, compendiar e inhibir estos pensamientos, los ganglios basales resuelven la paradoja de tener que pensar lo impensable para poder saber lo que se supone que se está pensando —la razón de que las personas tengan dificultades para cumplir la orden «No piense en un oso polar»—.[39] Normalmente, los ganglios basales pueden ocultar nuestros malos pensamientos y acciones con la orden «No vayas ahí», pero cuando enferman, se pueden romper los candados y las cerra-

39. Wegner, 1989.

duras de seguridad, e imponerse los pensamientos que consideramos impensables o impronunciables.

En las personas que están perfectamente sanas, los llamados «sistemas ejecutivos del cerebro» (que comprenden el córtex prefrontal y otra parte del sistema límbico, el córtex cingulado anterior) pueden controlar la conducta que emana del resto del cerebro y anularla a medio recorrer. Ahí puede estar el origen de las blasfemias truncadas que empleamos cuando estamos entre gente educada, y que son los epítetos más fuertes que salen de los labios de los párrocos y de las tías solteras cuando les pisan el callo. Todas y cada una de las obscenidades ofrece una alternativa expurgada:[40]

Para *God* (Dios): *egad, gad, gadzooks, golly, good grief, goodness gracious, gosh, Great Caesar's ghost, Great Scott.*
Para *Jesus* (Jesús): *gee, gee whiz, gee willikers, geez, jeepers creepers, Jiminy Cricket, Judas Priest, Jumpin' Jehoshaphat.*
Para *Christ* (Cristo): *crikes, crikey, criminy, cripes, crumb.*
Para *damn* (maldito): *dang, darn, dash, dear, drat, tarnation* (de *eternal damnation*, la condenación eterna).
Para *goddam* (maldición, carajo): *consarn, dadburn, dadgum, doggone, goldarn.*
Para *shit* (mierda): *shame, sheesh, shivers, shoot, shucks, squat, sugar.*
Para *fuck* y *fucking* (joder, jodido): *fiddlesticks, fiddledeedee, foo, fudge, fug, fuzz; flaming, flipping, freaking, frigging, effing.*
Para *bugger* (hijo de puta, sodomita): *bother, boy, brother.*
Para *bloody* (maldito, puñetero): *blanking, blasted, blazing, bleeding, bleeping, blessed, blighter, blinding, blinking, blooming, blow.*

En *Pygmalion*, la ama de llaves reprocha a Henry Higgins que utilice palabras malsonantes en presencia de Eliza:

MRS. PEARCE: ... hay una palabra que debo pedirle que no use. La chica acaba de usarla porque el agua del baño estaba demasiado caliente. Acaba con las mismas letras que «jabones». Ella no da más de sí: la aprendió en el regazo de su madre. Pero no debe oírla de sus labios.

40. Allan y Burridge, 1991; Hughes, 1991/1998.

HIGGINS (*altivo*): No me puede acusar de haberla pronunciado nunca, Mrs. Pearce. (*Ella lo mira sin parpadear. Él añade, ocultando una conciencia desasosegada con un aire judicial.*) Excepto, quizá, en un momento de irritación extrema y justificable.

MRS. PEARCE: Esta misma mañana, señor, la aplicó al rebuscar en los cajones, al soltársele dos botones y cuando se le han roto los cordones de las botas.

HIGGINS: ¡Ah, ya! Pura aliteración, Mrs. Pearce, natural en el poeta.

Los dispositivos que son naturales en el poeta constituyen la fuente de la mayoría de eufemismos para evitar las palabras tabú. La aliteración y la asonancia aparecen en las blasfemias desviadas de la lista que acabamos de ver. La rima nos da *ruddy* (condenado) para *bloody* (maldito), *son of a gun* (hijo de pistolero) para *son of a bitch* (hijo de perra), y las muchas sustituciones de palabras tabú en el argot *cockney*, como *raspberry* (frambuesa; pedorreta) por *fart* (pedo) (de *raspberry tart*, tarta de frambuesas), y *Friar* (fraile) por *fuck* (joder) (de *Friar Tuck*, Fray Tuck, el compañero de Robin Hood). También derivó al estereotipado epíteto francés *Sacre bleu*!, de *Sacré Dieu*.

Los dispositivos poéticos generalmente repiten una de las estructuras mentales que organizan las palabras en nuestra mente, tales como los comienzos, las rimas y los colofones.[41] Los fonólogos también han identificado estructuras que son más abstractas que éstas. Las sílabas que componen una palabra van unidas a un armazón que define la métrica rítmica de la palabra y su descomposición en morfemas.[42] Cuando en la poesía y la retórica se repiten las partes del armazón lingüístico, tenemos el dispositivo que se llama «paralelismo estructural» (como en el Salmo XXIII: «Hizo que me tumbara en verdes pastos/Me llevó más allá de las tranquilas aguas»). En el reino del juramento y el reniego, observamos el paralelismo estructural en los numerosos eufemismos empleados para referirse a *bullshit* (gilipolleces), y que sólo comparten su estructura métrica y morfológica. Muchos términos que se refieren a la insinceridad son compuestos de dos palabras acentuadas, sean monosílabas o troqueos, con el acento primario en la primera:

41. Kiparsky, 1973.
42. S. Pinker, 1994b; 1999.

applesauce, balderdash, claptrap, codswallop, flapdoodle, hogwash, horsefeathers, humbug, moonshine, poppycock, tommyrot (todas ellas con el mismo significado de «tonterías», «paparruchadas», «estupideces», «sinsentidos, etc.).

Otro campo fértil para términos que se refieren al maltrato es el simbolismo fonético. Las imprecaciones tienden a emplear sonidos que se perciben como rápidos y severos.[43] Suelen ser monosílabos, y contienen vocales cortas y consonantes oclusivas, en especial la *k* y la *g*:

fuck (joder), *cock* (polla), *prick* (verga), *dick* (pija), *dike* (tortillera), *suck* (mamada), *schmuck* (gilipollas), *dork* (lerdo), *punk* (punk), *spick* (sudaca), *mick* (de ascendencia irlandesa, en sentido despectivo), *gook* (oriental, en sentido despectivo), *chink* (chino, en sentido peyorativo), *kike* (judío, en sentido despectivo), *wog* (extranjero, en sentido despectivo), *frog* (franchute, gabacho), *fag* (maricón), *pecker* (polla), *honky* (blanco, en sentido peyorativo), *cracker* (blanco pobre estadounidense del sur), *nigger* (negrata), *bugger* (hijo de puta), *faggot* (maricón), *dago* (sudaca), *paki* (paquistaní, en sentido despectivo).

En la década de 1970, un amigo vio una pegatina que decía NO NUKES (NO A LAS ARMAS O CENTRALES NUCLEARES), ¡y pensó que se trataba de un eslogan racista! Hughes señala: «Aunque se pueda objetar, con bastante razón, que la mayoría de las palabras malsonantes no pretenden ser originales... se pueden observar ciertas similitudes con la poesía. En ambos campos, la lengua que se usa está muy cargada y tiene un alto contenido metafórico; los efectos más extremos y destacados se crean mediante la aliteración o con la confrontación mutua de los diferentes registros del vocabulario que uno posee, y la rima es muy importante».[44]

43. Allan y Burridge, 1991; Crystal, 2003.
44. Hughes, 1991/1998, págs. 22-23.

La semántica del reniego: los pensamientos sobre los dioses, la enfermedad, la inmundicia y el sexo

Una vez que hemos finalizado la gira por los cimientos lingüísticos, psicológicos y neurológicos del lenguaje soez y blasfemo, ¿podemos identificar algún hilo común en su significado y en su uso? El más evidente es un fuerte sentimiento negativo. Gracias a la naturaleza automática del habla, un expletivo nos secuestra la atención y nos obliga a considerar sus connotaciones desagradables. Esto nos hace vulnerables al asalto mental siempre que estemos al alcance de los tiros sonoros de otros hablantes, como si estuviéramos atados a una silla y nos pudieran dar un puñetazo o una descarga eléctrica en cualquier momento. Así pues, para entender el habla soez y las blasfemias, tenemos que examinar qué tipos de pensamientos nos resultan desagradables, y por qué una persona puede desear infligir este tipo de pensamientos a otra.

La raíz histórica del reniego en inglés y otras muchas lenguas es, por extraño que parezca, la religión.[45] Así lo vemos en el tercer mandamiento, en la popularidad de *hell* (infierno), *damn* (condenado), *God* (Dios) y *Jesus Christ* (Jesucristo), y en muchos otros términos que se refieren al propio lenguaje tabú: *profanity* (irreverencia; que no es sagrado), *blasphemy* (blasfemia; literalmente «habla diabólica» pero, en la práctica, falta de respeto hacia una deidad), y *swearing* (jurar), *cursing* (maldecir) y *oaths* (juramentos), que originariamente contaban con el aval de la invocación a una divinidad o alguno de sus símbolos, como el tabernáculo, el cáliz, la hostia que, incomprensiblemente, se encuentran entre las blasfemias católicas.

En los países de habla inglesa, el juramento religioso apenas sorprende. El viento se llevó los días en que un personaje de la pantalla podía excitar sexualmente a alguien al decirle: «Francamente, querida, me importa un bledo». Si hoy este tipo de lenguaje ofende a algún personaje, sólo denota que es un gazmoño trasnochado. La pérdida de fuerza de las palabras religiosas tabú es una consecuencia obvia de la secularización de la cultura occidental. Como señalaba G. K. Chesterton: «La propia blasfemia no podría sobrevivir a la religión; si alguien lo pone en duda, que pruebe

45. Allan y Burridge, 1991; Hughes, 1991/1998.

a blasfemar contra Odín». De manera que, para entender la vulgaridad religiosa, tenemos que ponernos en la piel de nuestros antepasados lingüísticos, para quienes Dios y el Infierno eran una auténtica presencia.

Los juramentos, en el sentido literal de garantías de las promesas que hace una persona, nos llevan a un mundo similar al del doctor Strangelove, antiguo nazi y experto en estrategia militar, un mundo de tácticas paradójicas, donde presentar excusas por algo que debiéramos hacer y no hemos hecho, antes incluso de intentarlo, puede ser beneficioso para uno mismo.[46] Supongamos que necesitamos hacer una promesa. Quizá queramos pedir dinero y, por lo tanto, tenemos que prometer que lo devolveremos. Tal vez queramos que alguien aguante o ayude a nuestro hijo y que se olvide de los demás, por lo que debemos asegurar que cumpliremos nuestras promesas. Es posible que queramos hacer negocios con otra persona, y por ello tenemos que prometer entregar las mercancías o facilitar los servicios en el futuro, a cambio de algo que recibimos hoy. ¿Por qué tiene que creernos la persona a quien prometemos todo eso, que sabe que incumplir la promesa nos puede beneficiar? La respuesta es que tenemos que someternos a una contingencia que nos impondría una sanción si realmente no cumpliéramos con lo prometido, un castigo tan seguro y severo que siempre será mejor cumplir lo prometido que echarnos atrás. De este modo, nuestro socio ya no tiene que fiarse de nuestra palabra; puede confiar en lo que es nuestro propio interés.

Hoy en día avalamos nuestras promesas con contratos legales que nos hacen responsables si no las cumplimos. Hipotecamos nuestra casa, y damos permiso al banco para que se quede con ella si no pagamos el crédito. Nos sometemos a las leyes del matrimonio, reconociendo a nuestro cónyuge el derecho a una pensión alimenticia y a una división de bienes si lo abandonamos o lo maltratamos. Establecemos un vínculo, que se romperá si no cumplimos con nuestras obligaciones. Pero antes de que podamos contar con un aparato comercial y legal para que cumplamos cualquier contrato, tenemos que excusarnos por no cumplir lo pactado antes incluso de haberlo intentado. Los niños siguen asentando sus juramentos en expresiones como «Que me muera si miento». Los adultos solían hacer lo propio e invocaban la ira de Dios: «Que Dios me parta con un rayo si

46. Frank, 1988; S. Pinker, 1997b; Schelling, 1960.

miento» y variaciones como «A Dios pongo por testigo», «Que me parta un rayo» y «Que Dios me deje ciego», *God Blind me!* De ahí la interjección inglesa *blimey!* (¡caray!).[47]

Estos juramentos, claro está, hubieran sido más creíbles en una época en que las personas creían que Dios escuchaba sus ruegos y tenía poder para hacerlos realidad. Al mismo tiempo, siempre que alguien incumple un juramento y no recibe castigo alguno por parte de ese que está en los cielos, surge la duda de la existencia de éste, de su poder o, como mínimo, del grado de atención que nos presta. Los representantes de Dios en la tierra se apresuran a preservar la creencia en que ese Dios escucha y actúa en asuntos de importancia, por lo que no les gustan las personas que atenúan esa creencia al invocar a Dios como la fuerza que se esconde detrás de asuntos de poca monta. De ahí la prohibición de tomar el nombre del Señor en vano.

A menos que pidamos a Dios que nos sirva de fideicomisario, podemos santificar nuestras promesas de forma más diplomática, incorporando a Dios en el debate de forma indirecta. (Como veremos en el capítulo siguiente, algunas de las amenazas más efectivas son veladas.) Podemos vincular nuestra credibilidad a las pertenencias de Dios a las que presumiblemente presta un interés continuado, tales como su nombre, sus símbolos, sus escritos y las partes de su cuerpo. De ahí el fenómeno de «jurar por» y «jurar sobre». Aún hoy en día, los testigos que acuden a los tribunales estadounidenses tienen que jurar sobre la Biblia, como si un acto de perjurio que pasara desapercibido al sistema legal se castigara por un Dios que escucha a escondidas y que se ofende con facilidad. En tiempos pasados, los ingleses juraban por los recuerdos más truculentos de la crucifixión: la sangre de Dios (*blood*), sus clavos, sus heridas (*wounds*, de ahí *zounds*: antigua exclamación utilizada como juramento y expresión de enfado o sorpresa), sus ganchos (*hooks*, de ahí *gadzooks* [exclamación para expresar sorpresa o como blasfemia suave]) y su cuerpo (*body*, de ahí *odsbodikins* [interjección arcaica]).[48] También juraban por la cruz, origen de la expresión que emplean los niños *Cross my heart* (Te lo juro). Posiblemente el más creativo fuera Oliver Cromwell, quien escribió a la Iglesia de Es-

47. Hughes, 1991/1998.

48. Allan y Burridge, 1991; Hughes, 1991/1998.

cocia: «Por las entrañas de Cristo os pido que penséis que tal vez estáis en un error».

Aunque no se entiende de forma literal que estos juramentos tienen el poder de atraer el castigo divino por incumplir sus leyes, el hecho es que indican una distinción entre garantías cotidianas sobre pequeños favores y las promesas solemnes sobre cuestiones de más peso. La santidad de una reliquia religiosa es una construcción social que depende de que todos los miembros de la comunidad la traten con respeto y reverencia. Esto exige un control colectivo de la mente en el que uno no contempla por pura casualidad una cosa sagrada, como no habla de ella ni piensa en ella fortuitamente. Introducir lo sagrado en el debate al hacer una promesa significa obligar al oyente a que piense en algo en lo que no piensa casualmente y, por consiguiente, indicar que uno habla de cosas muy serias. Por la misma razón, si alguien jura por un ente sagrado con excesiva libertad, el carácter sagrado de ese ente se ve amenazado por la inflación semántica, y las autoridades que basan su poder en ese carácter sagrado tomarán medidas para que no ocurra tal cosa. Las leyes que prohíben «jurar» pueden contar incluso con el apoyo popular, ya que todos quieren mantener la singularidad del lenguaje para los momentos en que *ellos* quieran hacer un juramento, y no permiten que los demás lo estropeen por un uso excesivo.

Aunque la invocación de la sangre y las entrañas al hacer un juramento puede parecer arcaica, la verdad es que la psicología que se oculta tras ello sigue aún activa. Ni siquiera el padre o la madre que no tengan la más mínima superstición dirían «Juro por la vida de mi hijo» a la ligera. El mero *pensamiento* de matar al propio hijo para obtener una ganancia posterior no sólo es algo desagradable: tiene que ser impensable si uno es un verdadero padre, y todas y cada una de las neuronas del cerebro de uno deben estar programadas en contra de tal posibilidad. Pensar voluntariamente en ello no es cuestión baladí, y es un tipo de autoamenaza que puede mejorar la credibilidad de una promesa. El carácter literalmente impensable de traicionar a un allegado o un aliado es la base de la psicología del tabú en general, y ésta es la mentalidad a la que se recurre al jurar sobre algo sagrado, sea un símbolo religioso o la vida de un hijo.[49] Y gracias al carácter

49. S. Pinker, 2002, cap. 15; Tetlock, Kristel, Elson, Green y Lerner, 2000.

automático del proceso de hablar, las mismas palabras sagradas que consagran las promesas —el sentido de vinculación de «jurar»— se pueden usar para atraer la atención, para impresionar o para infligir dolor físico a quien escucha: el lado sucio de «jurar».

La religión aparece también en el otro verbo ambiguo que denota lenguaje tabú, *cursing* (maldecir). Como veremos, se puede desear que prácticamente cualquier infortunio o indignidad caigan sobre alguien al que se ha maldecido, pero la cristiandad se ha abastecido de imprecaciones con la idea particularmente desagradable de que recaigan en quienes ella pretende: la posibilidad de que se pasen toda la eternidad en el infierno. Hoy, *Go to hell!* (¡Vete al infierno!) y *Damn you!* (¡Ojalá te condenes!) figuran entre los epítetos más suaves, pero debieron de suponer un fuerte golpe en la época en que las personas realmente temían condenarse para siempre al fuego eterno, a la sed del que agoniza, a horribles demonios necrófagos y a gritos y alaridos que helarían la sangre. Tal vez lo más parecido de que disponemos para imaginar el impacto originario que producían los deseos de condena sea imaginar a alguien que nos mira a los ojos y dice: «Confío en que seas reo de fraude fiscal y en que te condenen a veinte años de cárcel. Espero que te metan en una celda húmeda y en la que te ases de calor, que esté llena de cucarachas y apeste a orines y excrementos. Ojalá que tengas tres compañeros de celda viciosos que te golpeen y sodomicen todas las noches». Cuando pensamos en lo brutal que *puede* ser una maldición, y lo brutal que debió de ser cuando las personas creían en el infierno, debemos agradecer que, en la actualidad, la mayor parte de los exaltados estén confinados en un reducido léxico de manidas imprecaciones escatológicas y sexuales que hace mucho tiempo que han perdido la imaginería con que esos exaltados las revistieron.

Otro campo semántico que ha perdido su escozor es la enfermedad y la pestilencia, como en *A pox on you!* (¡Así enfermes de sífilis! ¡Mal rayo te parta!), *A plague on both your houses* (¡Ojalá caiga una plaga sobre vuestras dos casas!, de *Romeo y Julieta*), y el yiddish-polaco *Cholerya!* (cólera). En una era de servicios sanitarios y antibióticos, es difícil hacerse una idea del poder de estas alusiones. Para ello ayuda visualizar la escena de «Desentierra a tus muertos» de *Monty Python y el Santo Grial*, o leer algún manual médico sobre las pústulas, las hemorragias, las úlceras oculares, la diarrea y otros truculentos síntomas de estas enfermedades. El equivalente de hoy

pudiera ser: «Ojalá te quedes atrapado en un incendio y sufras quemaduras de tercer grado en todo el cuerpo. Ojalá te des un porrazo y te pases la vida encorvado en una silla de ruedas, babeando. Ojalá sufras cáncer de huesos y te vayas consumiendo ante tus más allegados». Una vez más, los críticos culturales que consideran que los juramentos son signo de la ordinariez que está envolviendo nuestra cultura deberían pensar lo suaves que son nuestras maldiciones si las medimos con criterios históricos. Resulta revelador que en la enfermedad más temida de nuestros tiempos, el *cáncer*, haya un tinte de tabú. Ha originado eufemismos como *the big C* (la C mayúscula), *malignancy* (malignidad, tumor maligno), *neoplasm* (neoplasia), *mitotic figure* (figura mitótica), y uno que sigue estando omnipresente en los obituarios, «una larga enfermedad».

Aunque ya no nos sirvamos de la enfermedad para echar maldiciones y juramentos, sí nos abastecemos en los efluvios y sus orificios y en los actos de excreción. *Shit* (mierda), *piss* (meada) y *asshole* (ano; gilipollas) siguen vetadas en la televisión estándar y en la mayor parte de la prensa. El *New York Times*, por ejemplo, actualmente identifica un éxito de ventas del filósofo Harry Frankfurt como *On Bull...* (Sobre las gili...).* *Fart* (pedo) no es mucho más aceptable: el *Times* lo puede imprimir como parte de la expresión *old fart* (pedo viejo), una referencia despectiva a la gente mayor, pero no como término que designa la flatulencia. *Ass* (o *arse*) (culo), *bum* (trasero, culo), *snot* (mocos) y *turd* (cerdo, referido a una persona) bordean también la respetabilidad.

Bloody (sangrante, maldito, puñetero) también recuerda un fluido corporal aunque, como la mayor parte de los tabúes, nadie sabe realmente de dónde procede, porque la gente no suele dejar por escrito sus obscenidades y blasfemias. Esto no ha impedido que aparezcan muchas etimologías populares, como veíamos en el capítulo 6 con lo de *Fornication Under Consent of the King* (fornicación con el permiso del rey; *fuck*, joder) y *Ship High In Transit* (un aviso para que el estiércol se alejara de la parte inferior

**On bullshit: sobre la manipulación de la verdad,* Barcelona Paidós, 2006. *(N. del t.)*

del barco, para que así no se humedeciera; *shit*, mierda). Dice Hughes: «Estoy seguro de que no soy el primer logófilo al que se le ha dicho (varias veces y con toda seguridad) que el origen de *bloody* está en la jaculatoria *By our lady!* (¡Por nuestra Señora!)».[50] Mentira puñetera, dicen los historiadores. Tampoco está ese origen en *God's blood*. Probablemente, *bloody* es otra palabra que se convirtió en tabú porque se refiere a una sustancia corporal blanda y pegajosa, quizá la sangre que sale por la herida, tal vez la sangre menstrual. La menstruación está en el punto de mira de varios tabúes judeocristianos. Un judío ortodoxo, por ejemplo, no puede dar la mano a una mujer por la posibilidad de que no esté «limpia».

A algunas personas les sorprende que *cunt* (coño) sea tabú. No sólo es una palabra impublicable que se refiere a la vagina, sino el epíteto más ofensivo que se pueda decir a una mujer estadounidense, y un término no demasiado educado para un varón de Inglaterra y de la Commonwealth. Uno podría pensar que en el mundo de los juramentos, un mundo dominado por los hombres, no se vilipendiaría a la vagina, sino que se la trataría con toda reverencia. Al fin y al cabo, se ha dicho que tan pronto como el niño sale de ella, se pasa la vida intentando penetrar en ella de nuevo. El misterio se desvanece un tanto si imaginamos las connotaciones en unos tiempos en que no existían los tampones, el papel higiénico, el baño regular y los fármacos fungicidas.

En su conjunto, la aceptabilidad de las palabras tabú sólo está débilmente unida a la aceptabilidad de aquello a lo que se refieren, pero en el caso de los términos tabú que se refieren a los efluvios hay mucha correlación. *Shit* (mierda) es menos aceptable que *piss* (meada), que, a su vez, es menos aceptable que *fart* (pedo), que es menos aceptable que *snot* (mocos), que es menos aceptable que *spit* (saliva) (que no tiene nada de inaceptable). Es el mismo orden de la aceptablidad de eliminar estas sustancias en público.[51]

Los lingüistas Keith Allan y Kate Burridge intentaron ampliar esta observación, y para ello pasaron un Cuestionario sobre la Repugnancia al profesorado y los alumnos de sus respectivas universidades australianas.[52]

50. Hughes, 1991/1998, pág. 12.
51. Hughes, 1991/1998.
52. Allan y Burridge, 1991.

En primer lugar, y vinculados, aparecían los excrementos y el vómito. A continuación venía la sangre menstrual (en los cuestionarios para los varones), seguida de la orina y el semen. Luego, en orden decreciente de repugnancia, había un triple vínculo entre la flatulencia, el pus y el moco nasal, seguidos de la sangre menstrual (en los cuestionarios para mujeres), los eructos, las escamas de la piel, la leche de las mamas y las lágrimas. La correlación con la vulgaridad dista de ser perfecta: es evidente que el pus y el vómito son repugnantes, y no tienen en inglés ningún término tabú. No obstante, las palabras vulgares para referirse a los efluvios se concentran en el extremo superior de la escala, incluidos los términos tabú para referirse al semen, como *cum*, *spunk*, *gizzum*, *jizz* y *cream*.

Las palabras para referirse a los efluvios corporales son tabú en muchas culturas, como son tabú los propios efluvios. Los biólogos Valerie Curtis y Adam Biran resumen los resultados de unos cuestionarios pasados en Europa, India y África: «Las secreciones corporales son las causantes de sentimientos de asco que más se citan. Las heces aparecen en todas las listas, mientras que el vómito, el sudor, la baba, la sangre, el pus y los fluidos sexuales aparecen con frecuencia».[53] Los efluvios tienen una carga emocional que los hace aparecer de forma destacada en el vudú, la hechicería y otros tipos de magia.[54] En muchas culturas se cree que se puede hacer daño a una persona al mutilar sus heces, su saliva, su sangre, sus uñas y su pelo, y que la persona se puede proteger del daño si se maldicen estas sustancias, o se entierran, se sumergen o se hacen desaparecer de cualquier otro modo. El poder que estas sustancias tienen en la mente de las personas también las lleva a ser utilizadas en remedios o hechizos, a menudo en dosis homeopáticas o purificadas. La sensación de asco y la psicología de la magia están entrelazadas. Los psicólogos Paul Rozin y April Fallon han demostrado que los occidentales modernos respetan las leyes del vudú, un respeto que se manifiesta en las reacciones que tienen ante esas prácticas, como la de retroceder ante un objeto que simplemente se parezca a una sustancia asquerosa o con la que hayan tenido contacto en el pasado.[55] La magia de las palabras no hace sino alargar esta cadena de asociaciones con

53. Curtis y Biran, 2001, pág. 21.
54. Allan y Burridge, 1991; M. Harris, 1989; Rozin y Fallon, 1987.
55. Rozin y Fallon, 1987.

un eslabón más, y además otorga un espantoso poder a las *palabras* que se refieren a los efluvios corporales.

El espanto de los efluvios también se puede modular, por supuesto, como hay que hacer en el sexo, los remedios, la crianza y el cuidado de animales y bebés. Como veremos, esta insensibilización a veces cuenta con la ayuda del uso de eufemismos que minimizan la repulsión ante los efluvios.

La gran atención que las personas prestan normalmente a los efluvios, tanto a las palabras que los designan como a las propias sustancias, ha extrañado a muchos observadores. Como dice el erudito en religiones A. K. Reinhart: «El pus, el vómito, la orina, la menstruación, los fluidos sexuales, etc.: todas las sustancias y todos los actos que, por una razón u otra, muchas culturas tienden a considerar repelentes y, pese a su presencia constante en la vida humana, anormales».[56] Curtis y Biran señalan cuál es la razón.[57] No puede ser una coincidencia, dicen, que las sustancias más asquerosas sean también los portadores más peligrosos de enfermedades. Las heces son un medio de contagio de los virus, las bacterias y los protozoos que provocan al menos veinte enfermedades intestinales, además de ascariasis, hepatitis A y E, poliomielitis, ameobiasis, anquilostomiasis, oxiuros y áscaris, *trichuris trichiura*, cólera y tétanos. La sangre, el vómito, la mucosidad, el pus y los fluidos sexuales son también buenos transmisores de patógenos. En los países modernos, los baños con cisterna y la recogida de basuras nos alejan enseguida de nuestros efluvios, pero en el resto del mundo, provocan millones de enfermedades todos los años. En tiempos de guerra o de desastres naturales, como las inundaciones de Nueva Orleans de 2005, hasta los ciudadanos de países industrializados se pueden ver amenazados por el cólera y el tifus.

El componente más fuerte de la reacción de asco es el deseo de no comer ni tocar la sustancia que lo provoca.[58] Pero también es asqueroso *pensar* en los efluvios, y en las partes del cuerpo y las actividades que los excretan y, debido a la involuntariedad de la percepción del habla, resulta repugnante oír las palabras que designan todo ello. Los efluvios que pro-

56. Citado en Curtis y Biran, 2001.

57. Curtis y Biran, 2001. Véase también Rozin y Fallon, 1987 y Pinker, 1997b, cap. 6.

58. Rozin y Fallon, 1987.

vocan la mayor reacción de asco son los viscosos, pero la orina también es medianamente asquerosa, y la palabra *piss* (meada) casi es un tabú. La orina no suele ser infecciosa, pero es, evidentemente, un producto de desecho que se lleva metabolitos y toxinas que el cuerpo no quiere, con lo que no debiera ser atractiva. Los bichos constituyen una clase importante de portadores de enfermedades, y producen un asco generalizado.[59] De ahí que no sea de extrañar que en inglés presten sus nombres para imprecaciones verbales, como *rat* (rata), *louse* (piojo), *worm* (gusano), *cockroach* (cucaracha), *insect* (insecto) y *slug* (babosa), aunque las palabras no alcancen el nivel de tabúes. La razón de que unas palabras para referirse a cosas desagradables sean tabú en una cultura y una época determinadas y otras no, es todo un misterio. Tal vez los términos tabú se deben de adquirir en situaciones de tinte emotivo durante la infancia. O es posible que se trate de términos que se perpetúan a sí mismos, y siguen siendo tabú durante el tiempo que las personas los consideran como tabúes.

La otra fuente importante de palabras tabú es la sexualidad. Desde la década de 1960, muchos pensadores progresistas consideran que estos tabúes son algo totalmente risible. El sexo es una fuente de placer mutuo, dicen, y debe eliminarse de él cualquier estigma o vergüenza. La mojigatería sobre el lenguaje sexual no puede ser más que una superstición, un anacronismo, tal vez producto del rencor, como en la definición que H. L. Mencken da de «puritanismo» como «el inquietante miedo de que alguien pueda ser feliz». Lenny Bruce terminaba su actuación «*Did you come?*» (¿Vino usted? o ¿Te has corrido?) diciendo: «Si alguien de esta sala cree que el verbo intransitivo «venir» (y «correrse») es obsceno, vil y vulgar; si realmente el hecho de oírlo le supone un trauma y piensa que soy la persona más nauseabunda por decirlo en voz alta, es posible que *esa persona* no pueda venir (correrse)».

A Bruce le extrañaba también sumamente nuestra imprecación sexual más extendida:

59. Curtis y Biran, 2001; Rozin y Fallon, 1987.

> ¿Qué es lo peor que se le puede decir a alguien? «Oiga, váyase a joder». Es extraño de verdad, porque si yo quisiera hacer daño a una persona con toda intención, diría: «No se vaya a joder». Porque «Váyase a joder» es algo *bonito*. «Hola, mamá, soy yo. Sí, acabo de llegar. Oye, vete a joder, ¿mamá? Sí, esto es lo que quiero decir. ¡Vamos, vete a joder!»[60]

Parte de la extrañeza proviene de la rara sintaxis del *Fuck you* (Jódase, o váyase a joder), que, como veremos, en realidad no significa «tener sexo». Pero también procede de una miopía actual (particularmente en los varones jóvenes) que no deja ver lo incendiaria que puede ser la sexualidad en toda la extensión de la experiencia humana.

Pensemos en dos personas adultas que acaban de hacer el amor. ¿Se han divertido los dos? No necesariamente. Es posible que una de ellas considere el acto como el inicio de una relación que va a durar toda la vida, y que la otra lo entienda como un ligue. Es posible que una contagie a la otra alguna enfermedad. Tal vez se ha concebido un bebé, en cuyo bienestar no se pensaba en el calor de la pasión. Si esas dos personas están emparentadas, es posible que el bebé herede dos copias de un gen nocivo recesivo y pueda sufrir algún defecto genético. Quizás existan rivales románticos a quienes los celos carcomerían si se enteraran, o un marido cornudo en peligro de tener que criar al hijo de otro hombre, o una esposa engañada en peligro de perder el apoyo de sus propios hijos. Es posible que los padres hagan planes de matrimonio para uno de los participantes, lo cual implica grandes sumas de dinero o una alianza importante con otro clan. Y en otras ocasiones puede que alguno de los participantes no sea mayor de edad o que uno de ellos se haya visto forzado a hacer el amor.

En el sexo hay mucho en juego, como la explotación, la enfermedad, la ilegitimidad, el incesto, los celos, el maltrato conyugal, los cuernos, el abandono, las peleas, el maltrato a los hijos y la violación. Hace mucho que existen estos peligros, que han dejado su huella en nuestras costumbres y nuestros sentimientos. Lo previsible es que los pensamientos sobre el sexo estén cargados de tensiones, y no sean algo que se considere interiormente. Las *palabras* referentes al sexo pueden ser incluso más emotivas, porque no sólo evocan los pensamientos, sino que implican el hecho

60. De la película biográfica *Lenny*.

de compartir esos pensamientos entre dos personas. Los pensamientos, además, se comparten «oficialmente», y cada una de las partes sabe que la otra sabe que él o ella ha estado pensando en el sexo del que están hablando. Como veremos en el capítulo siguiente, esto envuelve el diálogo con una capa más de intriga.

La psicología evolutiva ha expuesto los conflictos de intereses que son inherentes a la sexualidad humana, y algunos de estos conflictos aparecen en el ámbito de la lingüística.[61] Hablar del sexo sin tapujos supone considerarlo algo informal, como lo pueden ser el tenis o la filatelia, y así se lo puede parecer a la pareja en el momento que sea. Pero puede que un círculo más amplio de partes interesadas sienta con mayor agudeza las implicaciones a largo plazo. Es posible que a los padres y otros familiares mayores les preocupe que se hayan frustrado sus planes sobre el linaje de la familia, y la comunidad puede interesarse por los hijos ilegítimos que aparecen en su entorno, y por las ideas y la competencia, a veces violentas, que pueden acompañar a la libertad sexual. El ideal del sexo como una comunión sagrada entre una pareja monógama puede ser algo pasado de moda y hasta irrealista, pero no hay duda de que es algo que conviene a los mayores de una familia o a una sociedad. No es de extrañar que se produzcan tensiones entre los individuos y los guardianes de la comunidad acerca del habla informal sobre el sexo (acompañadas de la hipocresía de los guardianes cuando se trata de su propio sexo informal).

El conflicto entre hombres y mujeres es más tenso aún que los conflictos sexuales entre jóvenes y mayores y entre el individuo y la sociedad. Somos mamíferos, y hemos heredado la asimetría que caracteriza a esta clase: en todo acto de reproducción, las hembras se comprometen a largos períodos de embarazo y lactancia, mientras que los machos acaban con el asunto en unos pocos minutos de copulación. El macho puede tener una mayor progenie si se aparea con muchas hembras. Éstas, en cambio, no tendrán más embarazos si se juntan con muchos machos —aunque a su retoño le irá mejor si la madre escoge a un compañero que desea invertir en ellos o puede proporcionarles unos buenos genes—. No es de extrañar que, en todas las culturas, los hombres deseen practicar el sexo con mayor impaciencia, estén más dispuestos a hacerlo de manera informal, y sean más procli-

61. Buss, 1994; Symons, 1979.

ves a seducir, engañar o coaccionar para obtener sexo.[62] En igualdad de condiciones, el sexo ocasional supone una ventaja para los varones, tanto genética como emocionalmente. Podríamos pensar que el *hablar* informal sobre el sexo mostrara la misma asimetría, y así es. En términos porcentuales, los hombres usan más el lenguaje soez, y se considera que los términos sexuales tabú son especialmente degradantes para las mujeres, de ahí la antigua prohibición de jurar o blasfemar «en compañía mixta».[63]

La diferencia sexual en lo que se refiere a la tolerancia ante el lenguaje sexual puede recordar el estereotipo de la mujer victoriana que, al oír una observación grosera, levantaba la mano hasta la frente y se desvanecía sobre el diván. Pero una consecuencia imprevista de la segunda ola del feminismo de la década de 1970 fue un renovado sentimiento de sentirse ofendido por el lenguaje soez y blasfemo, el compañero lingüístico en la campaña contra la pornografía. Groucho Marx tal vez se sorprendería al ver que en las universidades y las empresas actuales han puesto en práctica su propuesta de gobernar Freedonia en *Sopa de ganso*: no está permitido fumar a nadie, y nadie puede contar un chiste verde. Muchas directrices publicadas sobre el acoso sexual incluyen «contar chistes verdes» en sus definiciones, y en 1993, el veterano periodista del *Boston Globe*, David Nyhan, tuvo que disculparse e indemnizar con 1.250 dólares a una organización de mujeres cuando una de sus miembros oyó que, en la sala de redacción, empleaba el término «calzonazos» para referirse a un compañero que declinaba la invitación a ir a jugar al baloncesto al salir del trabajo.[64] La escritora feminista Andrea Dworkin, famosa por su activismo contra la pornografía y su teoría de que todo acto sexual es una violación, relacionaba de forma explícita el lenguaje sexual grosero con la opresión de las mujeres:

> Para joder se requiere que el macho actúe sobre otra persona que tiene menos poder, y esta tasación es tan profunda, está tan completamente implícita en el acto, que se estigmatiza a la persona a la que se jode... en el sistema machista, el sexo es el pene; el pene, el poder sexual; su uso al joder, la virilidad.[65]

62. Buss, 1994; Symons, 1979.
63. Jay, 2000; Van Lancker y Cummings, 1999; Wajnryb, 2005.
64. Denfeld, 1995; Dooling, 1996; Patai, 1998.
65. Dworkin, 1979, pág. 133; citado en Denfeld, 1995, pág. 23.

Por un lado, uno siente la tentación de ridiculizar la reacción violenta contra el lenguaje sexual grosero al remontarse a la finura victoriana, pero, por otro, sigue siendo verdad que un ambiente de libertinaje puede ser menos propicio para los intereses de las mujeres que para los de los hombres. En la década que media entre la revolución sexual de la década de 1960 y la revolución feminista de principios de la década de 1970, en muchas obras sobre cultura popular se celebraba el derrocamiento del puritanismo con retratos comprensivos de hombres lascivos (entre los ejemplos de ello están las obras de Joe Orton, Tom Lehrer, Woody Allen, los Rolling Stones, las películas de James Bond y la serie *Rowan and Martin's Laugh-In*). Volver a estas obras puede contribuir al dolor. Su tinte lascivo, que en su momento se consideraba sofisticado y subido de tono, hoy parece misógino, al retratar a las mujeres como unas memas y una tolerar de forma divertida la violación, el acoso y el maltrato conyugal. (Una canción del musical *Hair* empezaba así: «Sodomía, felación, cunnilingus, pederastia/Padre, ¿por qué suenan tan mal estas palabras?», una indulgencia hacia la paidofilia que hoy sería impensable.) La breve glorificación de la lascivia en la cultura de clase media, que encontraba su apoyo, en un extremo, en el desafío de los jóvenes a los mayores y del individuo a la sociedad, y, en el otro extremo, en el desafío de las mujeres a los hombres, pone de manifiesto algunos de los conflictos de intereses que cargan el lenguaje del sexo.

Aunque las personas hablan del sexo, lo ven y lo practican hoy con mayor facilidad que en el pasado, el tema no está aún exento del tabú. La mayoría de las personas todavía no copulan en público, no intercambian a los cónyuges después de una fiesta, no practican el sexo con sus hermanos ni con sus hijos, y ofrecen abiertamente favores a cambio de sexo. Incluso después de la revolución sexual, nos queda aún mucho trecho que recorrer antes de «explorar nuestra sexualidad» hasta sus mínimos detalles, y esto significa que las personas aún levantan vallas protectoras en la mente para bloquear determinadas tendencias del pensamiento. El lenguaje del sexo puede tirar de esas vallas.

Cinco formas de despotricar

Una vez que hemos visitado el contenido del lenguaje tabú (su semántica), podemos pasar a las formas en que se usa (su pragmática). Recordemos que el denominador común del contenido del lenguaje soez o blasfemo es una carga emocional que preferiríamos que no se desvelara en nuestra mente en cualquier momento: una sensación de sobrecogimiento (ante Dios y todo lo que lo acompaña), de miedo (al infierno y la enfermedad), de asco (por los efluvios corporales), de odio (a los traidores, los heréticos y las minorías) o de depravación (por la sexualidad). La percepción del habla es automática, por eso el hecho de pronunciar una palabra tabú puede obligar a la mente de quien escucha a ir en una dirección que normalmente evita. Esto nos ayuda a centrar la cuestión de cómo se usa la blasfemia. ¿Por qué los hablantes intentan imponer así su voluntad a la mente de quien escucha? No hay una respuesta única, porque las personas juran y blasfeman al menos de cinco formas distintas: descriptivamente («Vamos a follar»), con expresiones idiomáticas («La hemos cagado»), de forma grosera («Jódete, hijo de puta»), comprensiva («Es jodidamente sorprendente»), y catártica («¡¡¡Joder!!!»). Veámoslas una después de otra.

Muchos de los rompecabezas que rodean al lenguaje soez proceden de una pregunta sencilla: ¿qué hace que una palabra tabú sea distinta de un sinónimo refinado que se refiere a la misma cosa? ¿A qué reaccionamos exactamente y con tanta fuerza las personas cuando preferimos «heces» a «mierda», «pene» a «polla», «vagina» a «coño», «hacer el amor» a «follar»?

La principal diferencia es que el término tabú es disfemístico —lleva a la mente los aspectos más desagradables del referente, en vez de limitarse a señalarlo—. A las personas no nos disgusta pensar en las heces más de lo que nos pueda disgustar verlas, olerlas o tocarlas. Sin embargo, somos seres de carne y hueso, para quienes las heces son parte de la vida, y hay ocasiones en que no nos queda más alternativa que determinar qué podemos hacer con ellas. La solución es dividir el trabajo lingüístico entre los eufemismos, que se refieren a algo sin evocar los sentimientos no deseados, y los disfemismos, incluidas las palabras tabú, para aquellas ocasiones retóricas en que queremos insistir en lo realmente horrible que es ese algo.

Los eufemismos y disfemismos que se refieren a conceptos tabú se materializan y cambian con rapidez. Allan y Burridge calculan que la lengua

inglesa ha acumulado más de ochocientas expresiones para denominar la copulación; mil para el pene; mil doscientas para la vagina y dos mil para la mujer desvergonzada (algo que nos lleva a pensar por qué a la gente le preocupa tanto el número de palabras de que disponen los esquimales para referirse a la nieve).[66] En el inglés actual encontramos muchos términos especializados que se refieren a las heces, presumiblemente porque son tan asquerosas como inevitables:

tabú: *shit* (mierda)
ligeramente disfemísticos: *crap* (mierda), *turd* (mojón)
ligeramente eufemísticos: *waste* (excrementos), *fecal matter* (materia fecal), *filth* (mugre, roña), *muck* (estiércol)
formal: *feces* (heces), *excrement* (excremento), *excreta* (excreciones), *defecation* (defecación), *ordure* (inmundicia)
con los niños: *poop* (caca), *poo* (caca), *poo-poo* (caca), *doo-doo* (caca), *doody* (caca), *ka-ka* (caca), *to do a big job* (hacer caca), *business* (*ídem*), *Number 2* (caca; nombre que recibe uno de los personajes de la serie *Austin Powers*), *BM* (siglas de *bowel movement*, movimiento de los intestinos)
de los pañales: *soil* (suciedad), *dirt* (suciedad), *load* (carga)
en medicina: *stool* (deposición), *bowel movement* (movimiento de los intestinos)
en animales, grandes cantidades: *pats* (porciones), *chips* (papas), *pies* (pasteles)
en animales, pequeñas cantidades: *droppings* (boñigas, cagarrutas)
en animales, científico: *scat* (excrementos de animal), *coprolites* (excrementos fósiles), *dung* (bosta)
en animales, agrícola: *manure* (estiércol), *guano* (guano)
en humanos, agrícola: *night soil* (excrementos humanos usados como fertilizante), *humanure* (ídem reciclados), *biosolids* (biosólidos)

La mayor parte de los términos educados son específicos de un contexto en el que hay que hablar de las heces y de las acciones que son apropiadas en ese contexto (extenderlas como fertilizante, cambiar los pañales,

66. Allan y Burridge, 1991.

analizarlas con fines médicos o científicos, etc.). Así pues, el uso del eufemismo no deja lugar a dudas de por qué quien participa de la conversación saca a colación el tema.

En lo que a los referentes de los términos tabú se refiere, la lengua inglesa se ha ido de la mano con la especialización, y no consigue ofrecernos términos neutrales para la conversación informal. Incluso las personas que sólo emplean el lenguaje soez en momentos de agitación extrema y justificable parecerían bastante estiradas si, al hablar con un amigo, emplearan «heces», «flatulencia» o «ano» en vez de sus alternativas tabú. Y las palabras «pene» y «vagina» nos obligan a hablar en derivados del latín, mientras que otras partes del cuerpo tienen unas concisas raíces anglosajonas, para seguir con el resto de nuestro vocabulario informal. Como decía C. S. Lewis: «Una vez que te pones a hablar de él [el sexo] explícitamente, te ves obligado a escoger entre la lengua de la guardería, la de los bajos fondos o la de la clase de anatomía».[67]

Hay momentos, claro está, en que deseamos recordar a quienes nos escuchan los aspectos desagradables de algo, y entonces es cuando nos dirigimos a la lengua de los bajos fondos. A veces en aras de la viveza de la narración, a veces por ira, empleamos palabras tabú para expresar sencillamente lo vil que es ese algo:

> «El fontanero quería hablar conmigo mientras trabajaba arrodillado debajo del fregadero, y yo no podía dejar de mirarle la raja del culo.»
> «Su lema en la vida es: si se mueve, fóllatelo; si no, apuñálalo.»
> «¿Podría usted recoger la mierda del perro y hacer que deje de mear sobre mis rosas?»
> «Entonces John me enseñó el álbum, y se supone que debía decir: "¡Ay, qué bonito!", como si no se le viera la polla, ahí, colgando» (Ringo Starr, al describir su reacción cuando le mostraron la cubierta de *Two Virgins*, en la que Lennon y Yoko Ono posaban desnudos).

Intentemos sustituir los términos tabú de estas frases por sus sinónimos educados («trasero», «hacer el amor», etc.). Les falta algo, ya no se transmite la fuerza emocional de la reacción de quien habla. Y las palabras

67. Citado en Hughes, 1991/1998.

tabú, como evocan detalles carnales en la mente de los oyentes y los lectores, se emplean en la pornografía y en la fórmula para excitarse sexualmente que piden con plena conciencia muchos adultos: «Dime guarradas».

Ni que decir tiene que no todo el mundo se guarda las palabras tabú para producir un efecto retórico especial. Las expresiones «Jurar como un marinero», «Mal hablado como un estibador» y «Lenguaje de machos» apuntan al hecho de que los tacos y las blasfemias son el lenguaje por el que se opta en muchos círculos de clase trabajadora y dominados por los hombres. Una razón es que jurar, que obliga al oyente a pensar en cosas desagradables, es ligeramente agresivo, por eso encaja con los otros atributos que los hombres de ambientes truculentos blanden para advertir de que pueden causar daño (recias botas, tachuelas metálicas, músculos al aire, etc.). La otra razón es que la notoria decisión de romper con los tabúes crea un ambiente de informalidad, una libertad para no tener que pensar en qué se dice ni cómo se dice. Evidentemente, en las últimas décadas las expresiones soeces e irreverentes se han extendido a las mujeres y a la clase media (en mi adolescencia, en el cenit de la «brecha generacional», el padre de una de mis amigas solía decirle: «Nancy, tienes la boca como un cuarto de baño»). La tendencia forma parte de un avance de mayor envergadura del siglo XX hacia la informalidad, el igualitarismo y la difusión de los gustos machistas y las poses de estar en la onda.

La capacidad de las palabras tabú para recordar una reacción emocional es de utilidad no sólo cuando los hablantes desean expresar su propia desazón a quien los escuche, sino también cuando quieren crear esa desazón en uno de los oyentes desde el principio. De ahí el uso de la blasfemia en los insultos, las imprecaciones y en otras formas de maltrato verbal.

Hay ocasiones en la vida en que las personas ansiamos intimidar, castigar o degradar la reputación acumulada de otros. La elaboración de maldiciones probablemente ha ejercitado el instinto lingüístico de las personas de forma más vigorosa que todos los demás tipos de actos de habla juntos, y en muchas culturas ha alcanzado el estatus de gran arte, llamado, a veces, «competencia entre poetas». Por ejemplo, hay insultos shakespearianos:

PRÍNCIPE ENRIQUE: ...este sanguíneo cobarde, este vago macarra desfondador de camas, este deslomapencos, esta inmensa montaña de carne.

FALSTAFF: Maldito, muerto de hambre, esquelético, pijoseco, pene de toro, bacalao seco. ¡Cuán difícil es decir cómo eres! Vara de medir de sastre, piel de bálano, aljaba y vaina; vil vergajo.

Y maldiciones yiddish:

«¡Ojalá alumbre piedras en vez de hijos!»

«¡Así se te caigan todos los dientes menos uno, para que puedas tener dolor de muelas!»

«Deberías caerte en una letrina después de que un regimiento de cosacos se hubiera hartado de col y ciruelos.»

Y luego toda la tradición afroamericana conocida como sonar, chasquear, significar, clasificar y demás:

«Eres tan feo que, cuando naciste, el médico te miró a la cara, luego al culo, y dijo: "Son gemelos"».

«Tu madre es como un bolo: se coge, se le meten los dedos, se tira a los bajos fondos, y luego regresa a por más.»

«Tu madre es tan tonta que piensa que Moby Dick es una enfermedad venérea (*dick:* "polla").»

Al idear una maldición, la disponibilidad de palabras que desencadenan pensamientos desagradables en un oyente o un espectador es un arma que está tan a mano que es difícil reprimirse, de ahí que en las imprecaciones destaquen las palabras tabú. Las personas o sus partes se pueden comparar a los efluvios y a sus respectivos órganos y accesorios (*piece of shit* [pedazo de mierda], *asshole* [ano; gilipollas], *cunt* [coño], *twat* [huevón], *prick* [polla, pendejo], *schmuck* [gilipollas], *putz* [polla; bobo, idiota], *old fart* [pedo viejo; anciano], *shithead* [cabeza de mierda; estúpido, desagradable], *dickhead* [cabeza de polla; estúpido, gilipollas], *asswipe* [papel higiénico; persona despreciable], *scumbag* [bolsa de escoria; cerdo, guarro], *douchebag* [bolsa de irrigadores vaginales; asqueroso]). Se las puede acusar

de intervenir en actividades sexuales como el incesto (*motherfucker*, jodedor de tu madre; hijo de puta), la sodomía (*bugger*, fastidioso; sodomita, hijo de puta), la felación (*cocksucker*, chupapollas; cabrón; *You suck! You bite! You blow!* [¡chúpamela!]) y la masturbación (*wanker*, pajero; *jerk*, meneársela). Se las puede aconsejar que realicen actos degradantes (*Kiss my ass*, bésame el culo; *eat shit*, come mierda; *fuck yourself!* ¡jódete!, *shove it up your ass*, métetela por el culo; y mi favorita, *kiss the cunt of a cow*, bésale el coño a una vaca, que data de 1585).[68] Se las puede amenazar con violencia acompañada de degradación, como en *I'll stick a pig's leg up your cunt until your back-teeth rattle* (de Japón: Te meteré la pata de un cerdo por el coño hasta que te castañeteen las muelas) y *I'll rip your head off and shit down your windpipe* (Te arrancaré la cabeza y me cagaré en tu tráquea), que oí en una parada de autobús en Boston. Los estudios sobre los improperios de otras lenguas revelan temas similares.[69] Y luego está la maldición obscena más común en inglés, *Fuck you* (jódete), pero para entenderla debemos fijarnos con mayor detalle en los términos tabú referidos al sexo.

Los verbos que se refieren al sexo muestran un patrón curioso. El antropólogo Ashley Montagu se refería a *fuck* (joder) como «un verbo transitivo para lo más transitivo de las acciones humanas», y ahí se encierra una historia.[70] Pensemos en los verbos transitivos que se refieren al sexo, aquellos que encajan en *John verbed Mary* (John «verbeó» a María):

fuck, screw, hump, ball, dick, bonk, bang, shag, pork, shtup.

No son muy agradables, ¿verdad? En el mejor de los casos, son verbos jocosos o irrespetuosos y, en el peor, ofensivos. Entonces, ¿cuáles son los verbos que empleamos en buena compañía para referirnos al acto del amor?

68. Hughes, 1991/1998, pág. 122.
69. Allan y Burridge,1991; Aman, 1987.
70. Citado en Wajnryb, 2005, pág. 48.

Have sex (tener sexo), *make love* (hacer el amor), *sleep together* (dormir juntos), *go to bed* (irse a la cama), *have relations* (tener relaciones), *have intercourse* (ídem), *be intimate* (tener relaciones íntimas), *mate* (copular, aparear), *copulate* (copular).

Son *intransitivos*, todos ellos. La palabra que designa al compañero sexual va siempre introducida por una preposición: tener sexo «con», hacer el amor «a», etc. En efecto, la mayoría de ellos ni siquiera son verbos, sino modismos que se unen a un nombre, o un adjetivo que se une a un «verbo *light*» insustancial, como «tener», «ser» o «hacer». (En *Crazy English*, Richard Lederer pregunta: «"Dormir con alguien." Entonces, ¿quién es el que duerme? *One-night stand* [estar de pie una noche; un ligue]. Entonces, ¿quién es el que se queda de pie?) En el último apartado veíamos muchos casos en los que el sentido del decoro obliga a elegir una palabra. Pero ¿por qué tiene que obligar a algo tan abstruso como una construcción gramatical?

Es ésta otra compensación del análisis de las construcciones del verbo que veíamos en el capítulo 2. Recordemos que toda construcción elige sus verbos de entre un conjunto de microclases, cada una con un significado que es conceptualmente compatible con la construcción, aunque sólo sea en sentido metafórico. Al usar este principio, ¿podemos descubrir algo acerca de la sexualidad humana a partir de la sintaxis de los verbos que se refieren al sexo (los «verbos copulativos», en un sentido muy distinto al de la gramática tradicional)?

Los modismos educados tienen una serie de reveladores rasgos gramaticales. Carecen de una raíz verbal distintiva, por lo que no consiguen especificar una acción con una manera característica de movimiento o tipo de efecto. Carecen de objeto directo, por lo que no especifican ningún ente sobre el que se incida o se cause que cambie. Además, son semánticamente simétricos: que John hiciera el amor con Mary implica que Mary hizo el amor con John, y viceversa. Y todos ellos alternan con otra construcción intransitiva en la que el compañero no se menciona en un objeto preposicional, sino que forma parte de un sujeto plural: «John y Mary hicieron el amor», «John y Mary tuvieron relaciones íntimas», etc. La semántica de los verbos *no* sexuales que se comportan de esta forma implica una acción conjunta y voluntaria, como «bailar», «hablar» y «trabajar»: «John bailó con Mary», «John y Mary bailaron», etc. De modo que, en el

modelo mental que presuponen los verbos educados para referirse al sexo, éste es una actividad, de modales no especificados, en la que participan conjuntamente dos personas.

Comparemos los verbos transitivos y más groseros que se refieren al sexo. Recordemos del capítulo 2 que los verbos transitivos describen un agente que, de forma deliberada, lleva a cabo una acción que incide en un ente, que afecta al ente, o ambas cosas. *Fuck* (joder) no entra perfectamente en ninguna de las cinco clases de verbos transitivos que veíamos en el capítulo 3, pero sí que tiene afinidades con la microclase de verbos de movimiento-contacto-efecto.[71] Se puede aceptar en las construcciones conativas, las de ascenso del poseedor y las intermedias, pero no en la construcción locativa de contacto ni en la anticausativa. (Un sentimiento de propiedad, o lo que pueda quedar de él, me empuja a poner los ejemplos en una nota al pie.)[72] Esto es coherente con la etimología del verbo de una palabra del noruego antiguo que significaba golpear, pegar o empujar, y con el hecho de que sus sinónimos transitivos incluyan *bang* (tirarse) y *bonk* (echar un polvo). (La palabra mezcla de yiddish e inglés *shtup* [tener relaciones sexuales] procede de una metáfora distinta: en yiddish, el verbo significa «rellenar», «ponerse morado».)

En un famoso artículo sobre lingüística, el lingüista Quang Fuc Dong observa que *fuck* (joder) ocurre con mucha mayor frecuencia con un sujeto masculino que con uno femenino, y que algunos hablantes sólo saben usar el verbo con un sujeto masculino.[73] Para ser más exactos, su exigencia semántica es que el sujeto sea la parte activa. En las relaciones sexuales

71. Levin, 1985, 1993; S. Pinker, 1989.

72. En mi opinión, los ejemplos que siguen rozan lo inaceptable (por su gramática, cuando no por su práctica): *Clarence fucked at the goat for three minutes but twas interrupted by Old MacDonald* (conativa) (Clarence llevaba tres minutos follándose a la cabra, cuando la interrumpió el viejo MacDonald); *He fucked her in the armpit / He fucked her armpit* (ascenso del poseedor) (La jodió en la axila); *Goats fuck easily* (medio) (Las cabras joden con facilidad). Los siguientes no son aceptables: *John fucked a dildo into the goat* (locativa de contacto) (John jodió un consolador a la cabra); (compárese con *John fucked the goat with a dildo* [John jodió la cabra con un consolador], que es gramaticalmente correcto), *At 3 o'clock, the goat fucked* (anticausativa) (A las tres en punto la cabra jodió).

73. Dong, 1971/1992b.

entre dos hombres, dice, *Boris fucked Lionel* (Boris se tiró a Lionel) se ajusta a la gramática si Boris estaba encima, y en los encuentros entre dos mujeres *Cynthia fucked Gwendolyn* (Cynthia se tiró a Gwendolyn) se ajusta a la gramática si Cynthia utilizaba el consolador. El objeto del verbo, por otro lado, no tiene por qué ser femenino, ni humano, ni siquiera un ser animado. En un pasaje memorable de *El lamento de Portnoy,* de Philip Roth, el narrador le confiesa unos hechos que tuvieron lugar cuando él era adolescente y descubrió un trozo de hígado crudo en la nevera: «Ahora conoces lo peor que jamás he hecho. Me tiré a la cena de mi propia familia».

Si los verbos transitivos que se refieren al sexo implican que el objeto directo se vea afectado, ¿cómo debe verse afectado exactamente? La respuesta se puede encontrar en un análisis lakoffiano de la forma en que los verbos referentes al sexo se pueden usar en sentido metafórico para referirse a la explotación, como en el chiste que solíamos contar sobre la razón de que el gobierno de Québec planeara cambiar el símbolo provincial de la flor de lis por un condón: éste evita la concepción, permite la inflación, protege a un puñado de gilipollas, y provoca un falso sentimiento de seguridad cuando a uno lo están jodiendo. Entre las metáforas de esta familia están *I was screwed* (fui atornillado; me jodieron), *They fucked me over* (me trataron como un perro; me jodieron), *We got shafted* (nos dieron la patada; nos jodieron), *I was reamed* (me escariaron) y *Stop dicking me around* (deja de joderme).

El otro tópico metafórico de los verbos transitivos que se refieren al sexo es el daño de extrema gravedad, como en *fucked up*, *screwed up* y *buggered up* (jodido), y las palabras del inglés británico *bollixed* (cagada) y *cockup* (liada). En el argot del ejército de la Segunda Guerra Mundial figuraban los acrónimos *snafu* (Situation Normal, All Fucked Up; sin novedad, todos jodidos) y *fubar* (Fucked Up Beyond All Recognition; jodidos más allá de lo imaginable). Las palabras pasaron a la jerga de los ingenieros y, en la actualidad, cuando los programadores informáticos crean un archivo temporal, o enseñan a algún novato a ponerle nombre, usan el nombre de archivo *foo.bar* (acrónimo de *fucked/fouled/ «fixed» up beyond all recognition/repair*; jodidos más allá de lo imaginable, toda una muestra de humor negro). Así pues, las metáforas que se esconden debajo de los verbos transitivos referentes al sexo son TENER SEXO ES EXPLOTAR A ALGUIEN Y TENER SEXO ES HACER DAÑO A ALGUIEN.

Estas metáforas conceptuales se encuentran también en muchas otras lenguas. En el portugués brasileño, el equivalente vulgar de «joder» es «comer», cuyo sujeto es el hombre (o, en una pareja homosexual, el miembro activo). Esto supondría un misterio si el verbo fuera una metáfora basada en la mecánica de la copulación, porque tendría que ser el cuerpo de la mujer el que metafóricamente se comiera el del hombre. Sin embargo, encaja con la interpretación de que el hombre explota el cuerpo de la mujer y goza de él.

Así pues, podemos decir que la sintaxis de los verbos del sexo desvela dos modelos mentales de sexualidad muy distintos. El primero recuerda los currículos de educación sexual, los manuales para el matrimonio y otras opiniones aprobadas: el sexo es una actividad conjunta, de detalles no especificados, en la que intervienen de mutuo acuerdo dos personas de igual condición. La segunda es una opinión más oscura, algo intermedio entre la sociobiología de los mamíferos y el feminismo al estilo de Dworkin: el sexo es un acto obligado, al que instiga un macho activo que incide en una hembra pasiva, a la que explota y daña. Ambos modelos abarcan la sexualidad humana en toda su amplitud de manifestaciones y, si tomamos como guía el lenguaje, el primer modelo se aprueba para el discurso público, mientras que el segundo es tabú, aunque en privado goce de un amplio reconocimiento.

Como ya he dicho, la línea divisoria entre los términos que son meramente disfemísticos y aquellos que llegan al ámbito de lo tabú es un misterio. Para muchas personas, *excrement* (excrementos) tiene una connotación mucho más desagradable que *shit* (mierda), porque se encuentra sobre todo en descripciones que recuerdan la mugre y la miseria, mientras que *shit* se usa en una variedad más amplia de expresiones idiomáticas y de contextos informales. No obstante, *shit* es menos aceptable que *excrement*. Asimismo, el desasosiego que expresa la conducta que denota el verbo *fuck* (joder) no tiene punto de comparación con el que expresa el verbo *rape* (violar), aunque *rape* no sea una palabra tabú. Las personas tratamos como tabú una palabra en la medida en que todas las demás personas la

traten también como tabú, de modo que el estatus de las palabras puede estar a merced de la epidemia de avance y regresión que marca el destino de las palabras y los nombres en general.

La consecuencia de todo esto es que las palabras tabú, aunque recuerdan aspectos más desagradables de sus referentes, no reciben su agresividad únicamente de esas connotaciones. El *propio* estatus de tabú da a una palabra una chispa emocional, sea cual fuere de hecho su referente. Esto da origen a las incontables expresiones idiomáticas que incorporan términos tabú. Algunas de ellas, como *bullshit* (mierda de toro; gilipolleces), *They fucked me over* (Me jodieron; Me trataron como a un perro), *He pissed on my proposal* (Se meó en mi propuesta), y *She pissed away her inheritance* (Derrochó la herencia) son claramente metafóricas, y proyectan uno de los aspectos desagradables de su vehículo en un aspecto de su tópico. Pero hay una cantidad mucho mayor que no muestran analogía discernible alguna con la materia de su sujeto, e incorporan la palabra tabú sólo por su capacidad para captar el interés del oyente:

«Dijo mucha mierda». «Mierda seca.» «Estamos de mierda hasta el cuello» (estamos en apuros). «No tenemos una puñetera mierda de suerte.» «Toda una carga de mierda de dinero.» «Mierda, querida» (Nueva Zelanda). «Mierda ¿eh?» (Nueva Zelanda). «Vamos a matar la mierda» (vamos a darle a la sin hueso). «Vamos a fumarnos un poco de mierda.» «Pon tu mierda por aquí.» «Mucha mierda de moda.» «No sabe una mierda.» «No sabe escribir una mierda.» «Reúne toda tu mierda.» «¿Te estás cagando conmigo?» «Se cree que es una mierda caliente.» «¡No mierda!» «Toda esa mierda.» «Una sonrisita comemierda.» «Cara de mierda» (borracho). «Mierda de mono» (hecho un basilisco). «Una mísera mierda» (poca cantidad). «Seguro como la mierda.»

«Es un pobre meado» (no tiene un céntimo, no vale nada). «Cabréate» (*piss off*). «Me estoy meando en él» (le tomo el pelo). «Está cabreado» (*pissed off*). «Está meado» (borracho). «Lleno de pis y vinagre» (es como la pólvora). «Le sacaron los meados» (inglés británico) (le tomaron el pelo).

«¡Mi culo!» «Ponte en marcha el culo» (ponte en movimiento). «Del culo hacia atrás.» «Culo mudo» (completamente estúpido)». «Culo

grasiento.» «Bésate el culo y despídete» (vete ya). «Pon tu culo por ahí» (acomódate). «Es un coche de gran culo» (todo un señor coche). «Puedes apostar el culo.» «Un dolor en el culo» (me fastidia).

«No te líes las tetas» (Nueva Zelanda). «Mi supervisor me ha estado tocando las tetas» (me ha hinchado las pelotas) (inglés británico).

«¡Joder! ¡Vamos, jódete! Bonita jodienda.» «Maldita jodienda.».«Deja de joder.» «Es jodidamente listo» (Nueva Zelanda). «Este lugar es toda una jodienda» («situación desorganizada», en el ejército). «¡Jódete un pato!» (*Fuck a duck*). «Es un jodido liante.» «Jódete esta mierda.»

En el diccionario especializado del lexicógrafo Jesse Sheidlower, *The F-Word*, hay más de 250 entradas de este tipo.[74] Como veíamos en el capítulo 5, las metáforas y los modismos pueden cuajar en unas fórmulas que las personas dejan ya de analizar. Esto es lo que parece que ha sucedido, en parte al menos, con los modismos vulgares, que, junto con expletivos como *fucking amazing* (jodidamente alucinante), constituyen la forma menos ofensiva de usar las palabras tabú.

El peso afectivo de las palabras tabú las puede convertir en extraños sinónimos: se sustituyen entre sí en modismos incluso cuando no tienen afinidad sintáctica ni de significado. Muchos epítetos desconcertadamente agramáticos deben de haberse originado en epítetos *religiosos* más inteligibles, durante la transición del lenguaje religioso al sexual y escatológico en los países de habla inglesa:

«¿Quién demonios eres tú?» → «¿Quién jodido eres tú?» (También «¿Adónde jodido vas?» «¿Qué jodida estás haciendo?» «¡Quita de ahí esta jodienda!», etc.)

«No le doy un condenado» → «No le doy un jodido.» «No le doy una mierda»; «No le doy un coñazo.»

«¡Santa María!» → «¡Santa mierda!» «¡Santo joder!»

«¡Por el amor de Dios!» → «¡Por el amor del joder!» «¡Por el amor de la mierda!»

En lo que se refiere a palabras tabú para designar los vínculos familiares, la connotación es un filamento más fuerte que el significado o la sin-

74. Sheidlower, 1995.

taxis. Esto ayuda a explicar los dos grandes misterios de la sintaxis de la blasfemia inglesa: qué hace la palabra *fuck* (joder) en *Close the fucking door* (Cierra la jodida puerta), y qué hace en *Fuck you!* (¡Jódete!).

Los misterios se analizaron por primera vez en el que debe de ser el libro homenaje más extraño de la academia, *Studies Out in Left Field: Defamatory Essays Presented to James D. McCawley on the Occasion of His 33rd or 34th Birthday*[75] (Estudios que no vienen a cuento: ensayos difamatorios en honor a Jim McCawley con motivo de su 33 o 34 aniversario). El difunto lingüista Jim McCawley fue uno de los fundadores, junto con George Lakoff y Haj Ross, de la escuela de lingüística llamada «semántica generativa». Entre sus aportaciones hay una guía a ese quisquilloso campo llamada *Thirty Million Theories of Grammar* (Treinta millones de teorías de la gramática), un manual llamado *Everything That Linguists Have Always Wanted to Know About Logic (But Were Ashamed to Ask)* (Todo lo que los lingüistas siempre quisieron saber sobre la lógica, pero se avergonzaban de preguntarlo), y *The Eater's Guide to Chinese Characters* (Guía del comensal sobre los caracteres chinos), una guía que posibilita que los lectores pidan fijándose en el lado chino de la carta y reciban los platos realmente buenos que los clientes chinos siempre están comiendo. Entre los muchos aspectos nada convencionales de este libro dedicado de 1971 destaca el hecho de que varias de las colaboraciones son obra del propio McCawley, que las escribió bajo los seudónimos Quang Fuc Dong y Yuck Foo, ambos del «Instituto de Tecnología de Hanoi Sur» (está claro, ¿no?). Pese al humor a veces un tanto petulante y los ejemplos de poco gusto, los artículos son complejos análisis de la gramática de las expresiones tabú inglesas, y se siguen citando aún hoy en los artículos sobre la materia (a veces como «Quang (1971)» o «Dong, Q. P.»).

Los expletivos *bloody* (sanguinolento) y *fucking* (jodido) son probablemente las palabras tabú de uso más común en el habla informal, pese a su semántica y su sintaxis sin sentido. En un diccionario de argot inglés de hace cien años se incluye la siguiente entrada para *bloody*: «Lo más frecuente (es que)... salga de forma tediosa cada dos o tres sílabas de la boca de los matones de peor ralea de Londres; no se le puede atribuir a su uso ningún significado especial, y mucho menos uno sanguina-

75. Zwicky, Salus, Binnick y Vanek, 1971/1992.

rio».[76] Observaciones similares se han hecho acerca de un dialecto llamado «Jodido Patois», como la historia del soldado que decía: «Regreso a mi jodida casa después de tres jodidos años de jodida guerra, y ¿con qué jodido me encuentro? ¡Con mi mujer en la cama, entregada a unas relaciones sexuales ilícitas con un macho!».

La gramática de *fucking* en su función expletiva fue noticia en 2003, cuando la NBC retransmitió la ceremonia de entrega de los Globos de Oro y Bono dijo: «Esto es, de verdad, de verdad, jodidamente genial». El FCC (Comité Federal de Comunicaciones) decidió no sancionar a la cadena en cuestión porque sus estatutos definen «indecencia» como «material que describe o representa órganos o actividades sexuales o excretoras». Los conservadores culturales montaron en cólera, y Doug Ose, representante de California, intentó resolver la laguna jurídica con la ley de redacción más grosera que el Congreso jamás haya considerado, la Ley de Limpieza de las Ondas:

PROYECTO DE LEY

Enmienda del artículo 146 del título 18, del Código de Estados Unidos, para contemplar el castigo de determinadas retransmisiones irreverentes, y para otros fines.

El Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos en Congreso, determinan enmendar el artículo 1464 del título 18, del Código de Estados Unidos:

(1) insertando «(a)» antes de «Quienquiera», y

(2) añadiendo al final lo que sigue: «(b) Tal como se utiliza en este artículo, el término "profano", usado con respeto a la lengua, incluye las palabras "mierda", "meada", "joder", "coño", "gilipollas", y las frases "chupapollas", "jodemadres, hijoputa" y "agujero del culo", el uso compuesto (incluidos los compuestos mediante guión) de tales palabras y frases entre sí o con otras palabras o frases, y otras formas gramaticales de esas palabras y frases (incluidos verbos, adjetivos, gerundios, participios e infinitivos)».

76. J. S. Farmer y W. E. Henley, *Slang and its Analogues*, 1890-1904, citado en Hughes, 1991/1998, pág. 271.

Para infortunio del representante Ose, en última instancia el proyecto de ley no habría resuelto la laguna jurídica, porque no especifica adecuadamente la sintaxis de la expletiva de Bono (por no hablar de la falta de ortografía que supone no separar las palabras «chupapollas», «jodemadres» e «hijoputa». O del error de considerarlas «frases»).

La Ley de Limpieza de las Ondas da por supuesto que *fucking* es un adjetivo de participio. Pero no es así. Como bien señala Quang, con un auténtico adjetivo como *lazy* (perezoso), se puede alternar entre *Drown the lazy cat* (Ahoga al gato perezoso) y *Drown the cat which is lazy* (Ahoga al gato que es perezoso).[77] Pero *Drown the fucking cat* (Ahoga al jodido gato) no es en modo alguno intercambiable con *Drown the cat which is fucking* (Ahoga al gato que está jodiendo). (Asimismo, *Drown the bloody cat* [Ahoga al maldito gato] no significa lo mismo que *Drown the cat which is bloody* [Ahoga al gato que está maldecido].) Tampoco se puede decir *The cat seemed fucking* (El gato parecía jodiendo), *How fucking is the cat* (¿Cuán jodiendo es el gato?) ni *The very fucking cat* (El mismísimo gato jodiendo), tres pruebas más para la posibilidad de otorgar la calidad de adjetivo.[78]

Algunos críticos han ridiculizado la Ley de Limpieza de las Ondas por otro síntoma de analfabetismo gramatical. Si hay que adscribir *fucking* a una categoría gramatical, sería un adverbio, porque modifica a un adjetivo, cosa que sólo pueden hacer los adverbios, como en *truly bad* (verdaderamente malo), *very nice* (muy bonito) y *really big* (realmente grande). Pero «adverbio» es la única categoría gramatical que Ose olvidó incluir en su lista. Da la casualidad de que los expletivos tabú tampoco son auténticos adverbios. En otro «estudio que no viene a cuento» se señala que se puede decir *That's too fucking bad* (Esto es demasiado jodidamente malo) y *That's no bloody good* (Es no es condenadamente bueno), pero no se puede decir *That's too very bad* (Esto es demasiado muy malo) ni *That's no really good* (Esto es no realmente bueno).[79] Además, como decía Geoffrey Nunberg, podemos imaginar el diálogo *How brilliant was it? Very* (¿Estuvo genial?

77. Dong, 1871/1992a.

78. Nunberg, 2004. Algunos adjetivos, como *former* (antiguo) y *alleged* (presunto), tampoco superan estas pruebas, pero se distinguen de *fucking* en otros sentidos.

79. Shad, 1971/1992.

Mucho), pero nunca oímos *How brilliant was it? Fucking* (¿Estuvo genial? Jodido).[80]

Y lo más anárquico de todo es que los expletivos pueden aparecer en medio de una palabra o un compuesto, como en *in-fucking-credible* (in-jodidamente-creíble), *hot fucking dog* (perrito jodidamente caliente), *Rip van Fucking Winkel* (Rip van jodidamente Winkel), *cappu-fucking-ccino* (capu-jodidamente-chino) y *Christ al-fucking-mighty* (Cristo todo-jodidamente-poderoso) —el único caso conocido en la lengua inglesa del proceso morfológico conocido como infijación—. *Bloody* también puede funcionar como un infijo, como en *abso-bloody-lutely* (abso-maldita-lutamente) y *fan-bloody-tastic* (fan-maldito-tástico). En sus memorias tituladas *Retrato del artista cachorro* Dylan Thomas dice: «Es muy fácil distinguir un cucú de Bridge End... canta cu-maldito-cú, cu-maldito-cú, cu-maldito-cú».

La semántica de los expletivos es tan extraña como su sintaxis. *Bloody* y *fucking* normalmente denotan desaprobación, pero ésta no se refiere necesariamente al sustantivo modificado:

> ENTREVISTADOR: ¿Por qué es tan mala la comida inglesa?
> JOHN CLEESE: Porque tuvimos que gobernar un maldito imperio, ¿sabe?[81]

Cleese no ponía en entredicho el imperio en el que nunca se ponía el sol; simulaba estar exasperado por la pregunta del entrevistador. De modo semejante, si digo: «Me han robado el jodido portátil», no hay necesidad de que el portátil sea execrable; bien podía ser un pulcro Powerbook de titanio con pantalla de 17 pulgadas y procesador de 1,67 gigaherzios.[82] Los expletivos indican que hay algo de lamentable en un completo estado de cosas, no en el ente que el sustantivo denomina, aunque es posible que las propiedades de este ente tengan algo que ver con la razón de que el estado de esas cosas sea lamentable. Y la misma importancia tiene que la situación

80. Nunberg, 2004.
81. La entrevista sigue:

> ENTREVISTADOR: ¿Cuál es su ángel de Charlie preferida?
> CLEESE: Noam Chomsky

82. Agradezco a Geoffrey Pullum el ejemplo del portátil.

debe ser lamentable desde el punto de vista de quien habla, y no desde el de ninguno de los personajes mencionados en la frase o el discurso. Si alguien nos dice: «John dice que su casero es un jodido jefe de grupo de scouts», interpretamos que la persona a quien caen mal los *scouts* es la que habla, no John, pese a que la palabra *jodido* está dentro de la frase que expresa lo que John dijo.[83]

Parte de la solución a este rompecabezas lingüístico está en que expletivos como *bloody* y *fucking* surgen de los procesos por los que una palabra tabú sustituye a otra a pesar de que no tienen nada más en común (el proceso que permitía que «¿Adónde demonios vas?» se convirtiera en «¿Adónde jodido vas?» y «¡Santa María!» inspirara «¡Santa mierda!»). Con los expletivos «jodido jefe de grupo de scouts» y «maldito imperio» la fuente está en *damned* (condenado), que hoy se conserva en *Damn Yankees* (Malditos yanquis), *They stole my goddam laptop* (Me han robado el maldito portátil), y *abso-goddam-lutely* (abso-maldito-lutamente). (*Damned* se convirtió en *damn* cuando la insustancial terminación *–ed* desapareció en la pronunciación y se dio por supuesta en la percepción, como ocurrió con *ice cream* [*iced cream*; nata helada, helado], *mincemeat* [*minced meat*; carne picada] y *box set* [*boxed set*; decorado en forma de caja: tres paredes y un techo].) Si algo ha sido condenado, es condenable, digno de lástima y no sirve para nada de nada. Para imaginar esta connotación podemos resumir palabras que tengan unos tintes emocionales semejantes, como *fucking* (jodido), *bloody* (condenado), *dirty* (sucio), *lousy* (asqueroso) y *stupid* (estúpido). Probablemente encontraron su sitio a la vez que *damned*, cuando los expletivos religiosos empezaron a perder su escozor a lo largo de la historia de la lengua inglesa.

La otra parte de la solución es que las palabras que arrastran una carga afectiva a veces pueden eludir la habitual maquinaria gramatical que computa, a partir de la disposición de las palabras en el árbol sintáctico, quién hizo qué a quién. Lingüistas como Christopher Potts sostienen que la gramática inglesa no sólo permite que los hablantes hagan una declaración en una frase —el «tema en cuestión»—, sino que además les proporciona formas de editorializar y comentar lo que se declara.[84] Estos dispositivos, que

83. Dong, 1971/1992a; Potts, 2005.

84. Potts, 2005.

a veces se llaman «implicaturas convencionales», hacen posible que quien habla manifieste su actitud ante aquello de lo que se habla, por ejemplo, su opinión sobre los resultados, o su grado de respeto por uno de los participantes. Uno de estos dispositivos hace posible que una palabra cargada de actitud se libere de los actores de la obra que se describe y gravite en torno de la visión del mundo de quien habla. Por ejemplo, si digo *Sue believes that that jerk Dave got promoted* (Sue piensa que ese estúpido de Dave fue ascendido), es posible que Sue tenga una muy buena opinión de Dave, pero yo digo implícitamente que a mí no me merece respeto alguno. Éste es precisamente el esquema de la interpretación al que se ajustan los expletivos como *fucking* y *bloody*.

La posibilidad de intercambio o permuta de los términos tabú explica también el misterio de *Fuck you* (Jódete). El chiste de Woody Allen cuando le dice al conductor que crezca y se multiplique, pero no con estas palabras, presume que *Fuck you* es un imperativo de segunda persona, como *Get fucked* (Que te jodan) o *Fuck yourself* (Jódete a ti mismo). Lenny Bruce daba por supuesto lo mismo, como lo hace Bill Bryson en su delicioso libro *The Mother Tongue: English and How I Got it That Way*:

> La lengua inglesa se sale de lo común al incluir lo imposible y lo que puede proporcionar placer. Es una idiosincrasia extraña y poco observada de nuestra lengua que cuando deseamos expresar una furia extrema retamos al objeto de nuestra cólera a que emprenda una imposibilidad anatómica o, más extraño aún, a que se dedique a una actividad que es muy posible que le produzca más placer que cualquier otra cosa. Si se piensa bien, ¿puede haber un sentimiento más improbable que «que te jodan»? También podríamos soltar «Hazte con mucho dinero» o «Que pases un buen día».[85]

Pero Quang hace trizas esta teoría.[86] Para empezar, en un imperativo de segunda persona, el pronombre debe ser *yourself*, no *you* —la canción de tanto éxito de Madonna se llamaba *Express yourself* (Exprésate), no *Express you*—. Pero, además, los auténticos imperativos, como «Cierra la puerta», se pueden intercalar en toda una serie de construcciones:

85. Bryson, 1990, pág. 211.
86. Dong, 1971/1992a.

«He dicho cierra la puerta.»
«No cierres la puerta.»
«Ve y cierra la puerta.»
«Cierra la puerta o me llevo las galletas.»
«Cierra la puerta y apaga la luz.»
«Cierra la puerta mañana por la tarde.»

Pero no ocurre lo mismo con *Fuck you*:

**I said to fuck you* (He dicho jódete).
**Don't fuck you* (No te jodas).
**Go fuck you* (Ve y jódete)
**Fuck you or I'll take your cookies* (Jódete o me llevo las galletas).
**Fuck you and turn off the light* (Jódete y apaga la luz)
**Fuck you tomorrow afternoon* (Jódete mañana por la tarde)

La diferencia se puede observar también en los objetos de tercera persona, como en *Fuck communism*! (¡Que se joda el comunismo!). También se pueden juntar dos imperativos que comparten un mismo objeto, como en *Clean and press these pants* (Lava y plancha estos pantalones), pero no se puede juntar la imprecación y un auténtico imperativo, como en **Describe and fuck communism* (Describe y jode el comunismo).

Quang no analiza otra etimología popular de *Fuck you*, concretamente la de que es la abreviatura de *I fuck you* (Yo te jodo) (como en la historia que veíamos en el capítulo 1 sobre aquel cliente impaciente y la empleada de la compañía aérea). No hay duda de que esto es compatible con la metáfora conceptual en la que el sexo es una especie de explotación o daño, pero no tiene sentido en el ámbito lingüístico. El tiempo verbal no es el adecuado, no se da razón del sujeto ausente, y no existen construcciones paralelas. Tampoco hay ninguna prueba histórica de que *I fuck you* fuera en algún momento una maldición habitual en la lengua inglesa.

La explicación más sencilla es que el *fuck* de *Fuck you* es como el *fuck* de *Where the fuck...* (¿Dónde jodido...?) y *a fucking scoutmaster* (un jodido jefe de grupo de scouts): la sustitución de un epíteto religioso más antiguo con una fuerza emocional similar. En este caso, la fuente obvia es *Damn you* (Condénate) (quizá la abreviatura de *God damn you* [Dios te condene]

o *May God damn you* [Así te condene Dios]). La semántica originaria habría sido un imperativo de tercera persona que significa «que así sea», que es habitual en las bendiciones («Que seas joven para siempre») y en las maldiciones («Así vivas como una lámpara araña: colgada durante el día, y quemándote durante la noche»). Pero la maldición se disolvió en un pronunciamiento holístico de desaprobación. Como señala Quang, *Fuck you* se asemeja no sólo a *Damn you*, sino a otras construcciones que no expresan más que una fuerte actitud de quien habla hacia el objeto: *To hell with you!* (¡Al infierno contigo!), *Shit on you!* (¡Me cago en ti!), *Bless you!* (¡Bendito seas!), *Hooray for you!* (¡Hurra por ti!) y el sarcástico *Bully for you* (Que te acosen [literalmente]. ¡Bravo!).

Lo que queda del uso del lenguaje tabú pertenece al ámbito de lo catártico: el hecho de espetar *damn* (condenado), *hell* (infierno), *shit* (mierda), *fuck* (joder) o *bugger* (hijo de puta) en momentos de un dolor, una frustración o un lamento repentinos. Si se pregunta a las personas la razón de estos exabruptos, dicen que «liberan la tensión» o que les ayudan a «soltar vapor». Es la metáfora hidráulica del sentimiento, que también se observa en *venting one's feelings* (dar rienda suelta a los sentimientos), *finding an outlet* (encontrar escapatoria), *bottling up rage* (reprimir la cólera) y *exploding with anger* (explotar de rabia). La metáfora hidráulica, aunque sin duda capta qué se siente al expresar la frustración, no *explica* el sentimiento. Los neurocientíficos no han encontrado en el cerebro vasos ni canales que transporten fluido caliente, tan sólo redes de neuronas que se disparan siguiendo complejos patrones. Tampoco existe una ley de la termodinámica que pudiera explicar por qué la articulación *Oh, fuck* (¡Joder!) permite una descarga de energía con mayor eficacia que *Oh my* (¡Ooooh!) o *Fiddle-dee-dee* (¡Venga, va!).

No obstante, el cerebro tiene otros mecanismos que pueden desempeñar un papel en el maldecir catártico. Uno de ellos es la reacción electrofisiológica que se produce cuando nos damos cuenta de que acabamos de cometer un error.[87] Emana del córtex cingulado anterior, una parte del sis-

87. Yeung, Botvinick y Cohen, 2004.

tema límbico que interviene en la monitorización del conflicto cognitivo. Los neurocientíficos cognitivos, cuando hablan en público, llaman a esta reacción «negatividad relacionada con el error»; si hablan en privado, la siguen llamando «Onda del ¡Oh, mierda!».

También tienen su importancia los circuitos límbicos de los mamíferos en los que se asienta la experiencia de la cólera. Uno de ellos, llamado el circuito de la cólera, baja desde una parte de la amígdala a través del hipotálamo (la diminuta porción cerebral que regula la motivación) para introducirse después en la materia gris del cerebro medio.[88] Originariamente, el circuito de la cólera albergaba un reflejo por el que un animal acorralado o herido repentinamente saltaba en una lucha desesperada para asustar y herir al predador y escapar de él, todo ello acompañado a menudo de un chillido aterrador. Quien, sin querer, se haya sentado sobre un gato o haya pisado la cola de un perro habrá descubierto un sonido nuevo en el repertorio de sus mascotas, a veces seguido de unas marcas de sus garras o sus dientes en la pierna. La reacción se ha estudiado en una larga cadena de investigaciones de la psicología experimental sobre una idea llamada hipótesis de la frustración-agresividad.[89] Por ejemplo, si se coloca a dos ratas en una cámara y se les aplica una descarga eléctrica, empiezan a pelearse. La rata atacará también a otra rata si de repente se le retira una recompensa, como puede ser la comida, lo cual es, presumiblemente, una adaptación al repentino robo de comida, espacio u otros recursos por parte de otro animal. Los circuitos cerebrales que subyacen a este fenómeno se han conservado a lo largo de la evolución humana. Cuando, en intervenciones quirúrgicas en el cerebro, se estimula este circuito en pacientes neurológicos, éstos experimentan una furia repentina e intensa.[90]

Así pues, aquí tenemos una hipótesis sobre el mal hablar catártico. Un dolor o una frustración repentinos ponen en marcha el circuito de la cólera, que activa partes del cerebro límbico relacionadas con el sentimiento negativo. Entre ellas están las representaciones de conceptos que tengan una fuerte carga emocional y las palabras relacionadas con ellas, en par-

88. Panksepp, 1998.
89. Dollard, Miller, Doob, Mowrer y Sears, 1939; Panksepp, 1998.
90. Panksepp, 1998.

ticular las versiones del hemisferio derecho, con su mayor implicación en los sentimientos desagradables. La fuerza de un impulso hacia la violencia defensiva también puede eliminar el pestillo de seguridad de los actos agresivos que normalmente se mantiene en su sitio gracias a los ganglios basales, pues la discreción no es la madre de la ciencia durante los que pueden ser los últimos cinco segundos de nuestra vida. En los seres humanos, estas reacciones inhibidas pueden incluir el soltar palabras tabú. Recordemos que la reacción de cólera en los animales también incluye un gañido aterrador. Tal vez la combinación de una activación de los conceptos y las palabras negativas, la liberación de la inhibición sobre actos antisociales, y el impulso a hacer un ruido seco y repentino, culmina en una obscenidad, y no en el tradicional chillido de los mamíferos. (Es evidente que las personas experimentan profundos dolores, y que también retienen la capacidad de gritar y dar alaridos.) Así pues, el mal hablar catártico tendría su origen en un empalme del circuito de la cólera de los mamíferos con los conceptos humanos y las rutinas vocales.

El problema de la teoría del empalme es que los expletivos airados son *convencionales*. Al igual que el resto de nuestras palabras y fórmulas, dependen de un emparejamiento memorizado entre un sonido y un significado que comparte toda la comunidad de una lengua. Cuando nos damos un golpe en la cabeza, no nos ponemos a gritar «¡Coño!» ni «¡Puta!» ni «¡Polla!» Aunque estas palabras son tan tabú como «mierda», «joder» y «maldita sea» (y desde luego lo son las traducciones de los gritos de otras lenguas que inconscientemente se profieren al hacerse daño). Además, los expletivos se adaptan a la causa del infortunio. Gritamos «¡Gilipollas!» cuando sufrimos una repentina afrenta de otra persona, pero no cuando agarramos una cazuela caliente o nos pillamos los dedos en una ratonera. De modo que las palabras malsonantes catárticas son específicas de la ocasión y específicas de la lengua. Como Mrs. Pearce decía del uso que Eliza hacía de la palabra-*b*, aprendemos esas palabras en el regazo de nuestra madre o, quizá con mayor frecuencia, en el de nuestro padre. Tenía yo 3 años e iba sentado en el asiento delantero del coche junto a mi padre cuando de repente, en una curva, se abrió la puerta, y solté: «¡Oh, mierda!», orgulloso de saber lo que diría un adulto en aquellas circunstancias. Enseguida me llegó la reprimenda en un espectáculo de hipocresía, que es uno de los requisitos de la paternidad.

¿Por qué nos tomamos la molestia de aprender palabras específicas para el mal hablar catártico, en vez de dejar simplemente que la propia cólera encuentre cualquier vieja palabra tabú? Las palabrotas catárticas forman parte de un fenómeno lingüístico mayor llamado exclamaciones o gritos de respuesta.[91] Consideremos la siguiente lista de exclamaciones inglesas:

aha, ah, aw, bah, bleh, boy, brrr, eek, eeuw, eh, goody, ha, hey, hmm, hmph, huh, mmm, my, oh, ohgod, omigod, ooh, oops, ouch, ow, oy, phew, pooh, shh, shoo, ugh, uh, uh-oh, um, whee, whoa, whoops, wow, yay, yes!, yikes, yipe, yuck.

A primera vista, parecen menos palabras reales que transliteraciones de los ruidos que nos salen de la boca cuando nos encontramos en medio de un fuerte sentimiento. No se pueden emplear en una frase gramatical (**I like goody* [Me gusta *goody*]; *I like ouch* [Me gusta *ouch*]), y muchas de ellas contravienen el patrón fónico del inglés (como *eeuw*, *hmph* y *shh*). Tampoco se dicen cuando el hablante salta a la pista en el toma y daca que supone la conversación.

Pero sin duda son palabras, con sonidos y significados convencionales. Los sonidos son estandarizados, y no se emiten simplemente a medida que surgen los sentimientos, hasta el punto de que muchas personas articulan la grafía que los autores de tiras humorísticas emplean para expresar de forma onomatopéyica las exclamaciones de los personajes, como *Gulp! Tisk, tisk!* y *Phew!* Y una de las señales que indican que estamos ante un hablante extranjero es que usa exclamaciones inapropiadas, por ejemplo la del estadounidense que interrumpe su fluido francés con el inconfundible anglófono *um* o *ouch*. Dicen que una mujer judía que intentaba pasar como blanca, anglosajona y protestante a la helada piscina de un club exclusivo gritó: «*Oy vay!...* «significue esto lo que significue».

Lo que *oy vay* y otros gritos de reacciones signifiquen es tan convencional como otras palabras de la lengua. ¿Qué decimos cuando vemos a un bebé adorable? ¿Y cuando tenemos frío? ¿Y cuando descubrimos un gusano en la manzana? ¿Y cuando se nos cae la servilleta? ¿Y cuando descubrimos una ventana abierta que provoca una corriente de aire? ¿Y cuando nos

91. E. Goffman, 1978.

calentamos con una cucharada de sopa caliente? Todos los anglohablantes saben qué palabra de la lista escoger.

El sociólogo Erving Goffman fue un crítico teatral de la vida cotidiana, y analizaba la puesta en escena y los diálogos que empleamos para gestionar la impresión de un público real o imaginario.[92] Una de las metas de esta actuación, señalaba, es asegurar a los espectadores que somos personas cuerdas, seres humanos razonables, con unos objetivos transparentes y unas reacciones inteligibles ante la situación actual. Normalmente, esto requiere que no nos hablemos a nosotros mismos en público, pero hacemos una excepción cuando un repentino giro de los acontecimientos pone a prueba nuestra racionalidad o nuestra eficiencia. Mi ejemplo favorito es cuando damos media vuelta en un pasillo y farfullamos un soliloquio para explicar, a nadie en particular, que se nos olvidó algo en el despacho, como si quisiéramos tranquilizar a nuestros oyentes y decirles que no somos ningún lunático que va por ahí dando bandazos.

Goffman sostiene que hay una buena razón para estos gritos de reacción: señalar nuestra competencia y nuestra comprensión compartida de la situación a un público genérico.[93] Una persona que tire un vaso puede ser un patoso, pero si dice *whoops* (¡ay!) al menos sabemos que no pretendía producir el resultado y lamenta que haya ocurrido. Una persona que diga *yuck* (¡puaj!) después de derramarse sobre la camisa la salsa de la pizza, o después de pisar los excrementos de un perro, es alguien a quien entendemos mejor que a alguien al que pareciera no importarle. Y lo mismo ocurre con las expresiones catárticas malsonantes. Cuando nos enfrentamos a un desafío repentino a nuestros objetivos o nuestro bienestar, informamos al mundo de que el contratiempo nos importa, sin duda, que nos importa a un nivel emocional que nos trae a la memoria los peores pensamientos y que se encuentra al borde del control voluntario. Al igual que otros gritos de reacción, los exabruptos tabú se corresponden con la gravedad del revés, de manera que *shoot* (¡mecachis!) indica un trastorno de poca importancia, y *fuck* (¡joder!) otro más grave. Y en función de la elección de la palabra y del tono en que se pronuncia, un exabrupto puede reclamar ayuda, intimidar al adversario, o advertir a un despreocupado actor

92. Erving Goffman, 1959.
93. E. Goffman, 1978.

del daño que, de forma inadvertida, está causando. Goffman resume así su teoría: «Así pues, los gritos de reacción no marcan una inundación de sentimiento hacia el exterior, sino una inundación de la relevancia interior».[94]

La teoría del circuito de la cólera, que considera las palabras malsonantes catárticas como un efecto secundario, y la teoría del grito de la reacción, que las considera una adaptación, no se excluyen mutuamente. Muchos gritos de reacción habituales deben de haber surgido como expresiones convencionales de sonidos vocales, por ejemplo *brr* para imitar el castañeteo de los dientes, o *yuck* para tirar algo que se nos ha quedado en el fondo de la boca. Es posible también que la ritualización haya configurado las expresiones malsonantes catárticas. Puede ser que los epítetos tengan su origen en exabruptos de palabras tabú al estilo Tourette y se profieran por el circuito de la cólera, para luego tornarse en convencionales en los grupos estándar de las reacciones para ese tipo concreto de pecado o infortunio. Algunos neurocientíficos cognitivos han retomado la sugerencia de Darwin de que los exabruptos verbalizados son el eslabón perdido de la evolución entre los gritos de los primates y la lengua de los humanos.[95] De ser así, el lenguaje malsonante habría desempeñado en la carrera humana un papel más importante del que la mayoría de las personas reconocen.

El lenguaje malsonante, pros y contras

Así pues, ¿qué debemos hacer con el lenguaje malsonante? ¿Es que lo irreverente y blasfemo arroja alguna luz sobre las polémicas acerca de los presentadores o invitados de programas de radio y televisión que se valen de expresiones malsonantes, acerca de la limpieza de las ondas o acerca de la decencia en las emisiones? En lo que a la política se refiere, mis observaciones serán pocas y banales. Me parece que la libertad de expresión es la base de la democracia, y que entre las funciones legítimas del Estado no figura penalizar a las personas que emplean determinadas palabras o permiten que otras lo hagan. Por otro lado, los medios de comunicación privados tienen

94. E. Goffman, 1978, pág. 814.
95. Code, en prensa; Darwin, 1874; Wray, 1998.

la prerrogativa de imponer su libro de estilo, inspirado en los criterios del buen gusto y las exigencias del mercado, que excluyen aquellas palabras que sus públicos repudian oír. En otras palabras, si un presentador dice *fucking brilliant* (jodidamente genial), al Estado no le importa lo más mínimo, pero si algunas personas prefieren no explicar a sus hijos más pequeños qué es una felación, debería haber canales de televisión que no los obligaran a hacerlo. En vez de repasar cuestiones de política más profundamente, confío en decir unas pocas palabras sobre la forma en que los psicolingüistas del lenguaje tabú pueden influir en nuestro juicio sobre cuándo reprimir, tolerar o incluso fomentar el lenguaje soez.

Se ha dicho muchas veces que la lengua es un arma, y deberíamos pensar hacia dónde la apuntamos y cuándo apretamos el gatillo. El denominador común de las palabras tabú es el acto de imponer a alguien un pensamiento desagradable, y merece la pena considerar con qué frecuencia uno realmente quiere que su público se acuerde de los excrementos, la orina y el sexo explotador. Incluso en su forma más suave, con la única pretensión de mantener la atención de quien escucha, el uso desganado de palabras soeces se puede parecer a una serie de codazos a las costillas. Molestan al oyente, y suponen la confesión del hablante de que es incapaz de imaginar otra forma de hacer que sus palabras merezcan ser atendidas. Y es mucho más imperdonable para el escritor, que goza de la posibilidad de poder escoger sus palabras, antes de ponerlas por escrito, de entre el medio millón de fantasmagorías de la lengua inglesa. El periodista que escriba sobre la crueldad del policía stasi de Alemania del este y al que no se le ocurra llamarle otra cosa que no sea *fucker* (jodedor), necesita hacerse con un buen diccionario de ideas afines.[96]

También merece que se considere si los tabúes lingüísticos son siempre algo malo. ¿Por qué nos ofendemos —por qué *debiéramos* ofendernos— cuando un extraño llama «negrata» a un afroamericano, o «coño» a una mujer, o «jodido judío» a una persona judía? Los términos no tienen un significado real, de modo que la ofensa no puede provenir de que perpetúen un estereotipo ni de que ejerzan una opresión. Tampoco es una reacción ante el descubrimiento de que el hablante alberga una actitud abo-

96. De una reseña de un libro aparecida en un número reciente de una respetada revista de opinión.

minable. Hoy en día, alguien que anunciara: «Odio a los afroamericanos, a las mujeres y a los judíos» se estigmatizaría a sí mismo mucho más que a quienes son objeto de sus insultos, y enseguida se le haría añicos, como si de un asqueroso chiflado se tratara. Sospecho que el sentido del insulto tiene su origen en la naturaleza del reconocimiento del habla y en qué significa entender la connotación de una palabra. El anglohablante puede oír las palabras *nigger* (negrata), *cunt* (coño) o *fucking* (jodido) sin que le llegue a la mente lo que significan en una comunidad de hablantes implícita, incluidos los sentimientos que están adheridos a esas palabras. Escuchar «negrata» supone poner a prueba, aunque sea brevemente, el pensamiento de que algo hay de deleznable en los afroamericanos, y de este modo ser cómplice de una comunidad que ha estandarizado ese juicio en una palabra. Lo mismo ocurre con otras imprecaciones tabú. El simple acto de oír las palabras parece algo moralmente corrosivo, de manera que las consideramos no sólo algo desagradable en que pensar, sino algo en lo que no hay que pensar en absoluto, es decir, un tabú. Ninguna de estas dos cosas significa que haya que prohibir las palabras, sólo que hay que entender y prever sus efectos sobre los oyentes.

También merece la pena preguntarse por qué las generaciones anteriores de hablantes nos legaron una lengua que trata determinados temas con cautela y circunspección. Recordemos que los libertinos léxicos de la década de 1960 pensaban que los tabúes sobre el lenguaje sexual no tenían sentido e incluso eran dañinos. Sostenían que el hecho de eliminar el estigma de la sexualidad supondría eliminar la vergüenza y la ignorancia, con lo que disminuirían las enfermedades venéreas, los hijos ilegítimos, las enfermedades de transmisión sexual, las violaciones y las secuelas de la competencia sexual, como la anorexia en las jóvenes y la cultura de la fanfarronería en los jóvenes. Aunque no se pueda precisar la causa y el efecto, los cambios coinciden con el debilitamiento del miedo y la aversión que solían acompañar a los pensamientos sobre el sexo y que llenaban de tabúes el lenguaje sexual.

Ésas son algunas de las razones para pensárselo dos veces antes de dar carta blanca al lenguaje malsonante. Pero hay otra razón. Si el uso exagerado de las palabras tabú, sea de forma intencionada o por costumbre, mella su filo emocional, nos habrá privado de un instrumento lingüístico que a veces necesitamos con urgencia. Y esto me lleva a los argumentos del lado que considera los pros del lenguaje malsonante.

Para empezar, es un hecho que las personas empleamos el lenguaje soez. La responsabilidad de los escritores es ofrecer «una imagen justa y vívida de la naturaleza humana», y esto incluye mostrar de forma realista el retrato de la lengua de un personaje cuando el arte de la literatura lo exige. Cuando Norman Mailer escribió su realista novela sobre la Segunda Guerra Mundial, *Los desnudos y los muertos,* en 1948, sabía que sería una traición hacer que los soldados a los que retrataba hablaran sin emplear palabrota alguna. El compromiso del autor con la sensibilidad de la época fue hacer que emplearan el pseudoepíteto *fug* (que fonéticamente se asemeja a *fuck*, pero que significa atmósfera viciada). (Cuando Dorothy Parker conoció al novelista le dijo: «Así que es usted ése que no sabe cómo se escribe *fuck*».) Lamentablemente, esta remilgada actitud no es cosa del pasado: hay en nuestros días algunas cadenas públicas de televisión que tienen miedo de emitir el documental de Martin Scorcese sobre la historia del *blues*, y el documental de Ken Burns sobre la Segunda Guerra Mundial, por el ácido lenguaje que se emplea en las entrevistas con músicos y soldados. La prohibición de emplear el lenguaje malsonante en los medios de radio y teledifusión convierte a artistas e historiadores en unos mentirosos, y subvierte la responsabilidad de las personas adultas de descubrir cómo se vive la vida en unos mundos muy alejados del suyo.

Incluso cuando sus personajes no son soldados, los escritores a veces deben dejar que suelten tacos y palabrotas para reflejar así, de modo convincente, la pasión humana. En la adaptación al cine de la novela *Enemigos: una historia de amor* de Bashevis Singer, una dulce campesina polaca oculta a un judío en un pajar durante la ocupación nazi y, cuando termina la guerra, se convierte en su amante esposa. Cuando se enfrenta a él por unas relaciones amorosas que estaba manteniendo, el marido pierde el control y le da una bofetada. Reprimiéndose las lágrimas de ira, lo mira a los ojos y dice despacio: «Te salvé la vida. Me sacaba el último bocado de comida de la boca y te lo daba mientras estuviste en el pajar. ¡Me llevaba tu *mierda*!». Ninguna otra palabra hubiera podido expresar mejor la profundidad de su cólera por la ingratitud de su marido.

Para los amantes del lenguaje, las joyas del mal hablar no están confinadas en las obras de escritores de fama. Todo modismo tiene que haber sido obra de algún hablante creativo perdido en la niebla de los tiempos, y

muchos de los profanos merecen nuestra admiración. Deberíamos detenernos a aplaudir el genio poético que nos dio el término que se emplea en el ejército para referirse a la carne de vaca ahumada y cortada en rodajas, servida sobre pan tostado: *shit on a shingle* (mierda sobre un guijarro); y el consejo de hombre a hombre de ser discreto en las cuestiones sexuales: *keep your pecker in your pocket* (guárdate la polla en el bolsillo). Hay que descubrirse también ante el artífice de palabras como los indispensables *pissing contest* (concurso de meadas), *crock of shit* (antigualla de mierda), *pussy-whipped* (calzonazos) y *horse's ass* (culo de caballo), por no mencionar a quien con tanta exquisitez describió la incapacidad: *he doesn't know shit from Shinola* (no distingue la mierda de la cera para suelos). Entre quienes figuran en los anales de la historia, Lyndon Johnson daba siempre con la palabra oportuna cuando se trataba de catalogar a las personas de las que desconfiaba, incluido un asesor de Kennedy («No sabría verter los meados de una bota aunque las instrucciones estuvieran impresas en el tacón»), Gerald Ford («No sabe tirarse un pedo y mascar chicle a la vez»), y J. Edgar Hoover («Prefiero tenerlo en la tienda meando hacia afuera, que fuera de la tienda meando hacia adentro»).

Lo profano se puede emplear de forma efectiva en la poesía, como en «This Be the Verse», de Philip Larkin, un poema sobre cómo «el hombre regala la miseria al hombre»:

> Te joden, mamá y papá.
> No es su intención hacerlo, pero así es.
> Te sueltan los fallos que cometen
> Y te añaden algunos más, todo para ti.[97]

Y se puede utilizar en la argumentación científica, como en el caso de Judith Rich Harris contra la creencia de que los padres configuran el carácter de los hijos:[98]

97. Larkin, 2003.
98. R. Harris, 1998, pág. 350.

Pobres mamá y papá: acusados en público por su hijo, el poeta, y sin tener nunca oportunidad de responder a sus acusaciones. Deben tener ahora una, si es que puedo tomarme la libertad de hablar en su nombre.

Cuánto más afilado que el diente de la sierpe
Oír a tu hijo montar tal desmadre.
No es justo —no es verdad—
Está jodido, sí, pero no por nosotros.

Se puede utilizar incluso en una protesta contra las sanciones del Estado a lo profano, como en la canción de Eric Idle, miembro de Monty Python:

Jódete mucho, FCC.
Jódete mucho por multarme.
Cinco mil pavos por jodienda,
Así que no tengo suerte.
Es más de lo que me cobraba Heidi Fleiss.

Lo cual es, también, el ejemplo más claro que conozco de la distinción del experto en lógica entre la «mención» y el «uso» de las palabras.

En el ámbito jurídico, el lenguaje soez puede resultar gracioso, patético y asombrosamente descriptivo. Más que cualquier forma de lenguaje, reúne nuestras facultades expresivas para sacarles el mejor provecho: el poder combinatorio de la sintaxis; las evocaciones de la metáfora; el placer de la aliteración, la métrica, la rima; y la carga emocional de nuestras actitudes, tanto las imaginables como las inimaginables. Abarca toda la amplitud del cerebro: a la izquierda y a la derecha, arriba y abajo, lo antiguo y lo moderno. Shakespeare, a quien no le eran extrañas las imprecaciones mundanas, hace que Calibán hable en nombre de toda la raza humana cuando dice: «Me enseñaste el lenguaje, y lo que de él aprovecho es que sé cómo maldecir».

Capítulo 8
LOS JUEGOS QUE LA GENTE PRACTICA

La identidad falsa es un artilugio dramático tan revelador de las flaquezas humanas que Shakespeare lo utilizó en no menos de ocho de sus comedias.[1] El engaño y el autoengaño, la ilusión y la realidad, y la presentación de uno mismo en la vida cotidiana son sólo algunos de los temas psicológicos que se pueden ejemplificar al observar cómo los personajes reaccionan ante personas que no son quienes parecen ser. Nuestras palabras forman tanta parte de nuestro yo social como nuestro aspecto y nuestra conducta, por lo que una trama basada en la identidad falsa puede explicar algunas de las formas en que encubrimos nuestras intenciones en el lenguaje.

En la comedia de 1982 *Tootsie*, Michael Dorsey (interpretado por Dustin Hoffman) es un actor en paro que se disfraza de mujer de mediana edad, Dorothy Michaels y, contra todo pronóstico, consigue un importante papel en una telenovela. En un giro argumental equiparable al de *La duodécima noche*, Dorothy entabla amistad con una actriz joven y atractiva, Julie Nichols (que interpreta Jessica Lange), mientras el disfrazado Michael se enamora de ella. Durante una sesión de charla entre muchachas a altas horas de la noche, Julie se apiada de Dorothy por las dificultades que supone ser mujer soltera en nuestros días:

> ¿Sabes lo que deseo? Que algún tipo tuviera la valentía de acercárseme sin más y me dijera: «Mira. ¿Sabes? Yo también me siento confuso. Podría andarme con rodeos, disimular mucho. Pero ésta es la pura verdad: te encuentro muy interesante. Y de verdad que me gustaría hacer el amor contigo». Así de sencillo. ¿No sería un descanso?

1. *Los dos caballeros de Verona, La fierecilla domada, La duodécima noche, Como gustéis, El mercader de Venecia, Cymbelina, Cuento de invierno, Medida por medida.* D. B. Cohen, 2004.

Más adelante, por un capricho del destino, Julie conoce a un irreconocible Michael en una fiesta en Nueva York. Michael se le acerca en la terraza:

> Hola. Mike Dorsey. Bonita vista, ¿no? ¿Sabes? Podría andarme con rodeos, disimular mucho. Pero la pura verdad es que te encuentro muy interesante. Y de verdad que me gustaría hacer el amor contigo. Así...

Y antes de que pueda decir: «Así de sencillo», ella le tira un vaso de vino a la cara y sale corriendo.

Cuando las personas hablamos, nos andamos con rodeos, disimulamos mucho, nos andamos por las ramas, titubeamos, y adoptamos otras formas de vaguedad y de segundos sentidos. Todos lo hacemos, y esperamos que los otros lo hagan también, pero al mismo tiempo admitimos que añoramos hablar sin rodeos, que la gente vaya al asunto y diga lo que quiere decir, así de sencillo. Tal hipocresía es un universal humano. Hasta en las sociedades más francas, las personas no se limitan a soltar lo que quieren decir, sino que ocultan sus intenciones en diversas formas de cortesía, evasión y eufemismo.[2]

En el capítulo 1 ponía algunos ejemplos de habla indirecta —fragmentos de diálogo en los que el sentido literal de lo que dice quien habla difiere de lo que pretende decir, pero sabe que quien lo escucha lo va a interpretar como él desea; el que escucha sabe que quien habla pretendía que se le interpretara de esa manera; el que habla sabe que el que escucha sabe que el que habla pretendía que quien escucha lo interprete de esa manera; y así sucesivamente.

Las insinuaciones sexuales son un ejemplo clásico. «¿Te apetece subir a ver mi colección de sellos?» se ha reconocido como un señuelo sexual durante tanto tiempo que, hacia 1939, James Thurber dibujaba una viñeta en la que aparecía un hombre desventurado en un apartamento diciéndole a su compañera: «Espera aquí y te bajo los sellos».[3] La idea de una amenaza velada también tiene un estereotipo: el inteligente mafioso que ofrece protección con publicidad sugerente y persuasiva: «Tienes aquí una

2. Allan y Burridge, 1991; P. Brown y Levinson, 1987b.
3. Véase www.phrases.org.uk/bulletin_board/12/messages/1223.html

buena tienda. Sería una pena que le ocurriera algo». El soborno velado es otro artilugio dramático reconocible, como cuando el secuestrador de *Fargo* enseña a un policía el permiso de conducir en una cartera de la que sobresale un billete de cincuenta dólares, y sugiere: «Quizá lo mejor sea que nos ocupemos de esto aquí en Brainerd». A cualquiera que haya estado en un cena benéfica le resultará familiar la eufemística adulación de: «Contamos contigo para seguir siendo los primeros» o «Confiamos en que nos ayudes a configurar el futuro de Huxley College». Y las solicitudes educadas se hacen de formas incontables y exageradamente comedidas: «Me preguntaba si podría usted pasarme el guacamole», «¿Cree usted que podrá pasarme el guacamole?», «Si pudiera usted pasarme el guacamole, sería estupendo», etc., cualquier cosa que evite el directo «Páseme el guacamole».

Este capítulo se ocupa del habla indirecta: por qué tan a menudo no nos limitamos a decir lo que queremos decir. Los actos de habla indirecta aparecen en muchos ámbitos en los que nuestra elección de las palabras puede marcar una diferencia, incluida la retórica y la persuasión, la negociación y la diplomacia, la intimidad y la seducción, y la persecución de la extorsión, el soborno y el acoso sexual. Pero también plantean preguntas sobre nuestra naturaleza como seres sociales. Como ocurre con muchos aspectos de la mente, un peligro al que nos enfrentamos es la tentación de explicar un rompecabezas apelando a las intuiciones que parecen completamente naturales, pero que ellas mismas necesitan una explicación. La teoría de que blasfemamos para soltar vapor es un ejemplo de esta falacia, y la teoría de que empleamos palabras escurridizas para huir de la vergüenza, evitar lo embarazoso, salvar la cara o reducir la tensión social es otro. Estos principios son verdaderos, pero, científicamente, son insuficientes. Debemos saber qué es la «cara», y por qué tenemos sentimientos como el de lo embarazoso, la tensión y la vergüenza que acompañan a estos principios. Lo ideal sería que estos enigmas se explicaran desde la perspectiva de los problemas inherentes a los que se enfrentan los agentes sociales que intercambian información. Es evidente que no tenemos garantía alguna de que el habla indirecta sea un principio oculto. Pero, como veremos, sus detalles se ajustan con tanta precisión a las peculiaridades de quien habla, de quien escucha y de la situación, que es casi cierto que encarnan una lógica oculta, más que ser un ritual arbitrario.

Empezaremos con una famosa teoría de la filosofía del lenguaje que intenta asentar el habla indirecta en la pura racionalidad: las exigencias de una comunicación eficaz entre dos agentes cooperantes. Esta teoría al estilo de Spock se mejorará después con una dosis de psicología social, que nos recuerda que las personas no nos limitamos a intercambiar datos como hacen los modems, sino que intentamos salvar la cara, tanto la del hablante como la del oyente. Incluso esta teoría demostrará ser demasiado simple, porque da por supuesto que las personas que están en una conversación siempre cooperan. Una reflexión sobre cómo una pareja de hablantes pueden tener objetivos *en conflicto* y que, a la vez, coinciden, nos llevará a la peliaguda lógica de la negación plausible, tanto en contextos legales, donde las palabras de las personas se pueden tornar en su contra, como en la vida cotidiana, donde las sanciones son sociales, no judiciales. Esto va a exigir nada menos que una teoría de los distintos tipos de relación que constituyen la vida social humana, una consideración de las vertiginosas maquinaciones en que A puede saber que B sabe que A sabe que B sabe que A sabe que *x*, y la paradoja de la ignorancia racional, en la que decidimos no saber algo que es relevante para nuestros intereses.

Tête à tête

Imaginemos que un crítico escribiera sobre una actuación musical: «Ms. Winterbottom emitió una serie de sonidos que se parecían mucho a la partitura de *Candle in the Wind*». Probablemente lo interpretaríamos como un insidioso comentario sobre la calidad de la cantante. ¿Por qué? Porque el crítico empleó un ampuloso circunloquio en vez del conciso término «cantó», y presumimos que debió de hacerlo por una razón, concretamente la de comentar que la actuación de la cantante estuvo muy por debajo del nivel que normalmente se merece la acción de «cantar».

Es éste un ejemplo de cómo leemos entre líneas al interpretar el lenguaje, una parte de nuestra inteligencia que el filósofo Paul Grice expone en uno de los artículos más importantes de la historia de la lingüística, «Lógica y conversación».[4] Empezaba Grice con el tan conocido hecho de

4. Grice, 1975. Véase también P. Brown y Levinson, 1987b; G. M. Green, 1996; Holtgraves, 2002; Potts, 2005; N. V. Smith, 1982; Sperber y Wilson, 1986.

que los términos lógicos como *and* (y), *not* (no), *or* (o) *all* (todo/s) y *some* (algunos) tienen en el lenguaje de todos los días significados diferentes de los que tienen en la lógica formal. En una conversación corriente, *He sat down AND told me he was a Republican* (Él se sentó Y me dijo que era republicano) implica que realizó los actos en este orden, no simplemente que hizo los dos (el significado lógico de *AND*). *Your money OR your life* (La bolsa O la vida) implica que nos podemos quedar con la bolsa o nos podemos quedar con la vida, pero no con ambas cosas, mientras que *O*, hablando estrictamente, es compatible con que las dos disyuntivas sean ciertas. Y *A horse is a horse* (Un caballo es un caballo) es lógicamente circular y, por consiguiente, debería carecer de sentido; sin embargo, usamos estas tautologías con un fin determinado, por ejemplo, para señalar que la mayoría de los caballos tienen unas propiedades estereotipadas similares tipo caballo.

No era intención de Grice acusar a los hablantes corrientes de ser descuidados o ilógicos. Al contrario, proponía que el uso del lenguaje en la conversación tiene una racionalidad propia, enraizada en las necesidades de quienes intervienen en la conversación para conseguir transmitir sus mensajes. Tácitamente, los hablantes se adhieren a un «principio cooperativo», decía: adaptan lo que dicen al propósito y la dirección momentáneos de la conversación. Esto exige monitorizar los conocimientos y las expectativas de nuestro interlocutor y prever su reacción a nuestras palabras. (A propósito, en este capítulo me voy a referir al hablante genérico como «él», y al oyente genérico como «ella», con la única intención de que el lector no se confunda; es una convención habitual en los textos sobre lingüística.) Grice desarrolló el principio cooperativo en cuatro máximas conversacionales, que son los mandamientos que las personas acatan (o deberían acatar) tácitamente para seguir con eficacia la conversación:

Cantidad:
- Decir no menos de lo que la conversación requiere.
- Decir no más de lo que la conversación requiere.

Cualidad:
- No decir lo que pensamos que es falso.
- No decir cosas de las que no tengamos pruebas.

Estilo:
- No ser oscuro.
- No ser ambiguo.

- Ser breve.
- Ser ordenado.

Pertinencia:

- Ser pertinente.

A primera vista, las máximas pueden sorprender por ridículas. Si se exigiera a las personas que dijeran sólo aquello de lo que tienen pruebas, que evitaran la verborrea y la oscuridad, que se ciñeran al tema y que expusieran sus ideas de forma ordenada, un extraño silencio caería sobre el mundo académico, el gobierno y los bares. Pero las máximas no son en modo alguno absurdas, por dos razones.

No hay duda de que las personas podemos ser prolijas, herméticas, mendaces, caballerosas, oscuras, andarnos por las ramas o salirnos del tema. Pero, si lo analizamos con detalle, observamos que lo somos mucho menos de lo que *podríamos* serlo, dadas las posibilidades. Si le pregunto a un amigo cómo puedo comprar una entrada para el cine a través de Internet, no va a empezar su respuesta con lecciones sobre cómo usar el teclado, ni se limitará a decir: «Busca un sitio web donde vendan entradas para el cine». No me va a dirigir a un sitio pornográfico, ni me va a decir la dirección www.comprarentradasdecineonline.com porque parece verosímil. No va a enterrar su respuesta en una disquisición de media hora sobre cómo Internet cambia nuestras vidas, ni me va a dar consejos sobre cómo preparar un buen bacalao. Ninguna de estas proezas se pueden dar por supuestas. Los sistemas informáticos y de menús por voz pueden salirse del tema hasta llevar a la exasperación a quien los emplea, y la jerigonza de los abogados, que se dirige a un lector adversario y no a uno cooperativo, es un matorral de prolijidad. Los oyentes humanos podemos leer entre líneas, eliminar ambigüedades no intencionadas y unir los puntos cuando escuchamos y oímos, y todo ello porque contamos con *cierto* grado de adhesión a las máximas. En un chiste que fue elegido como el más gracioso del mundo en un experimento multinacional que se realizó a través de Internet en 2002, dos cazadores están en el bosque cuando uno de ellos se desmaya y deja de respirar.[5] Su compañero llama por el móvil al número de urgencias y grita: «¡Mi amigo está muerto! ¿Qué debo hacer?». La ope-

5. <www.laughlab.co.uk/>.

radora dice: «Tranquilícese; desde aquí yo no puedo hacer nada. En primer lugar, asegúrese de que está muerto». Sigue un silencio, luego se oye el disparo de una escopeta, y el cazador dice: «Vale, ya está, ¿y ahora qué?». Dos millones de personas se rieron porque el cazador no supo aplicar las máximas de Grice al interpretar la ambigua frase *asegúrese*.

Pero la forma más interesante en que las máximas se aplican a nuestra conversación es cuando se observa que se incumplen. A menudo los hablantes desobedecen las máximas, contando con que, en última instancia, sus oyentes interpretarán sus intenciones de forma que sea coherente con el principio cooperativo. Ésta es la razón de que cuando el crítico dice de un cantante que «emite una serie de notas» pensemos que es como si hablara de un animal imaginario. El autor violó intencionadamente la máxima de Manner (no fue sucinto); los lectores dan por supuesto que el crítico ofrecía la información que se espera de una reseña, y concluyen que el crítico decía de forma implícita que la actuación dejaba mucho que desear. Grice llamaba a este tipo de razonamiento una implicatura conversacional. No es lógicamente necesaria; el crítico podría haber eliminado la inferencia, sin contradecirse, si hubiera continuado: «y fueron los sonidos más gloriosos que este crítico ha escuchado en muchos años». Pero, en ausencia de tal disculpa, el hablante cuenta con que la oyente capta lo que quiere decir.

Las implicaturas conversacionales propulsan la comprensión de muchos tipos de habla no literal. En la película *Shakespeare in Love*, Will cuenta entusiasmado el argumento de su obra más reciente:

> Romeo es desterrado por haber asesinado a Tibaldo, el pariente de Julieta y asesino de Mercucio, el amigo de Romeo. Pero el fraile que los casó le da a beber a Julieta una poción. Hace que parezca que esté muerta. La colocan en el panteón de los Capuleto. Despertará a la vida y al amor cuando Romeo llegue de nuevo a su lado. Pero por un destino maligno, el mensaje en que se advertía a Romeo de la estratagema del fraile se pierde. Únicamente se entera de que Julieta ha muerto. Y se va al boticario. Compra una pócima mortífera. Entra en el panteón para despedirse de Julieta, que yace fría como la muerte. Se toma la poción. Muere al lado de Julieta. Y luego ella se despierta y lo ve muerto. Coge el puñal de Romeo y se suicida.

Uno de los productores dice: «Bueno, el público se morirá de risa». Ha desobedecido la máxima de la calidad, al decir algo que manifiestamente no es verdad. Pero gracias a una implicatura, su público interpreta que

quiere decir que la obra es totalmente deprimente. Es la lógica de la ironía y el sarcasmo, incluidas las descripciones exageradas y las comedidas.

El incumplimiento de las otras máximas puede explicar otros artilugios retóricos (de algunos de los cuales hablamos en el capítulo 3). Cuando la autora de una carta de recomendación dice de un alumno que tiene un pelo excelente, implícitamente dice, al contravenir la máxima de la pertinencia, que es un estudiante mediocre —la lógica del cumplido que no se sabe si es tal o una grosería—. Y cuando en la camiseta de un estudiante se lee: «Estuve en la Universidad de Harvard cuatro años. No estuvo mal», la violación de la máxima de la cantidad nos avisa de que el estudiante piensa que la fama de la universidad es exagerada, de que él es un petimetre imparcial y un tío legal, o de ambas cosas.

Grice llegó a la conversación desde el mundo incruento de la lógica, y dijo muy poco sobre *por qué* las personas se molestan en implicar lo que quieren decir, en vez de limitarse a soltarlo. Descubrimos la respuesta cuando recordamos que las personas no se dedican simplemente a la tarea de descargar información mutuamente en sus respectivas cabezas, sino que son animales sociales a quienes preocupa la impresión que causan. Una implicatura supone dos significados: el contenido literal (a veces llamado el significado de la frase) y el mensaje pretendido (llamado a veces el significado del hablante). El significado literal de la frase debe de tener algo que ver con que el hablante se preocupe de utilizarlo en primer lugar, y con las implicaturas que acabamos de ver, con que los mensajes pretendidos son negativos pero el contenido literal, positivo o neutral. Es posible que los hablantes quieran nadar y guardar la ropa. Quieren atacar algo como falso o erróneo, y al mismo tiempo evitar dar la impresión de que son unos quejicas o unos descontentos. La psicóloga Ellen Winner y sus colegas han demostrado que las personas nos llevamos una mejor impresión de los hablantes que expresan una crítica con sarcasmo («¡Qué gran partido acabas de jugar!») y no con el lenguaje directo («¡Vaya porquería partido acabas de jugar!»). Los hablantes sarcásticos, comparados con los directos, dan una sensación de estar menos airados, de ser menos críticos y de tener un mayor control de sí mismos.[6] Esto, por supuesto, poco puede servir de consuelo para aquel a quien va dirigido el sarcasmo, ya que la

6. Dews, Kaplan y Winner, 1995; Winner y Gardner, 1993.

crítica es más dañina cuando se considera que proviene de un crítico juicioso que cuando lo hace de uno dispéptico.

SUSCEPTIBLE, SUSCEPTIBLE: LA LÓGICA DE LA BUENA EDUCACIÓN

El doble mensaje que transmite una implicatura en ningún otro caso tiene un mejor uso que en el tipo más común de todas las hablas indirectas, la cortesía o buena educación. La cortesía en lingüística no se refiere a los buenos modos sociales, como el de comerse los guisantes sin usar el cuchillo, sino a los innumerables ajustes que los hablantes hacen para evitar las igualmente innumerables formas en que sus oyentes se pueden desanimar. Las personas somos muy, pero que muy sensibles, y los hablantes tienen mucho cuidado en no pisarnos el callo. En su obra magistral *Politeness: Some Universals in Language Use*, los antropólogos Penelope Brown y Stephen Levinson (el mismo Levinson que conocimos en el capítulo 3) extienden la teoría de Grice al demostrar que todas las personas del mundo emplean la educación para suavizar sus interacciones sociales.[7]

La teoría de la cortesía empieza con la observación de Erving Goffman de que cuando las personas interactúan no dejan de preocuparse por la conservación de un bien nebuloso pero vital llamado «cara» (de la expresión «salvar la cara»).[8] Goffman definía la cara como un valor social positivo que una persona reclama para sí misma. Brown y Levinson la dividen en cara positiva, el deseo de que a uno lo aprueben (especialmente, que los demás quieran para uno lo que uno quiere para ellos), y la cara negativa, el deseo de no ser obstaculizado o de ser autónomo. La terminología, aunque torpe, apunta a una dualidad fundamental de la vida social, que se ha descubierto en muchas formas y a la que se conoce por diversos nombres: solidaridad y estatus, conexión y autonomía, comunión y agencia, intimidad y poder, compartir comunal y nivel de autoridad.[9] Más adelante veremos que estas palabras proceden de dos de las tres principales relaciones que se dan en la vida humana.

7. P. Brown y Levinson, 1987b. Véase también R. Brown, 1987; R. Brown y Gilman, 1972; B. Fraser, 1990; G. M. Green, 1996; Holtgraves, 2002.

8. E. Goffman, 1967.

9. Fiske, 1992, 2004; Haslam, 2004; Holtgraves, 2002.

Brown y Levinson sostienen que el principio cooperativo de Grice se aplica a la conservación de la cara del mismo modo que se aplica a la comunicación de datos. Los conversacionalistas trabajan juntos, todos intentando conservar su propia cara y la de su compañero. El reto está en que la mayor parte de tipos de habla suponen al menos cierta amenaza para la cara de la oyente. El mero acto de iniciar una conversación impone una demanda del tiempo y la atención de la oyente. Emitir un imperativo pone en entredicho su estatus y autonomía, como si quien habla se sintiera con el derecho de disponer de ella. Hacer una solicitud pone a la oyente en la posición de poder tener que rehusar, lo cual le valdría la fama de mezquina o egoísta. Decir algo a alguien implica, en primer lugar, que esta última ignora el hecho. Y luego hay críticas, alardes, interrupciones, exabruptos, contar noticias malas y mencionar temas divisivos, todo lo cual puede herir directamente la cara de la oyente. No es de extrañar que lo primero que nos sale de la boca al dirigirnos a un extraño es pedir disculpas: «Perdón».

Pero, pese a las muchas formas que el hablante tiene de poner el dedo en la llaga, no puede estar andando constantemente como si pisara huevos. Las personas tenemos que proseguir con los asuntos que nos ocupan y, al hacerlo, debemos dar noticias y formular peticiones y quejas. La solución está en que el hablante, cuando corrige, recurre a la cortesía. Endulza lo que dice con cosas agradables que reafirman su preocupación por la oyente o que reconocen su autonomía. Brown y Levinson llaman cortesía positiva y negativa a esas estratagemas, pero les van mejor los términos comprensión y deferencia.

La esencia de la «cortesía como comprensión» es simular un grado de proximidad fingiendo querer lo que la oyente quiere para sí misma. Dos ingeniosos lexicógrafos comentaban esta estratagema al definir la palabra *cortesía* en sus diccionarios. Samuel Johnson la explicaba como «benevolencia ficticia»; Ambrose Bierce la llamaba «la hipocresía más aceptable». Dos ejemplos familiares de cortesía son los impotentes deseos de buena suerte («¡Que te vaya bien!», «¡Que tengas un buen día!») y el fingido interés por el bienestar de la persona («¿Cómo estás?», «¿Cómo te van las cosas?»). También hay cumplidos de escasa entidad («Bonito jersey»), presunciones sobre las necesidades de la oyente («Debes de tener hambre»), consejos sensatos pero inútiles («Ten cuidado»), y la mención de temas sobre los que es inevitable ponerse de acuerdo, y que dio pie a la queja de

Charles Dudley Warner de que todo el mundo habla del tiempo pero nadie hace nada al respecto.[10]

A un paso más de la benevolencia ficticia está la solidaridad ficticia.[11] Los hablantes se pueden dirigir a sus oyentes con falsas expresiones de cariño, como *my friend* (amiga mía), *mate* (compañera), *buddy* (compinche, amiga), *pal* (ídem), *honey* (cariño), *dear* (querida), *luv* (amor), *brother* (hermano) y *fellas* (compañera). Pueden usar una jerga que se considera propia del grupo al que se presume que pertenecen las oyentes, como en *Lend me two bucks* (Préstame dos de los verdes) o *two quid* (dos libras). Pueden incluir a la oyente en sus planes, como en *Let's have another beer* (Vamos a tomarnos otra cerveza). Pueden combinar una serie de dispositivos, como el de solicitar el acuerdo de la oyente (*¿sabes?*), ilustrar sus opiniones (*como, un tipo de*), reconocer la familiaridad de la oyente con la situación (*sabes*), y confirmar la atención y aprobación de su oyente haciendo afirmaciones como si fueran preguntas. Éstas son, por supuesto, las rúbricas del dialecto que comúnmente se atribuye a los adolescentes y a los californianos (en especial a las chicas criadas en los adosados de San Fernando Valley), pero que se ha extendido rápidamente a otros ámbitos demográficos. En1993, el periodista James Gorman escribía:

> Yo hablaba de forma normal. Sabía afirmar, pedir, preguntar. Luego empecé a dar clases. ¿En una universidad? Y mis alumnos empleaban esa entonación ascendente que hacía que todo pareciera una pregunta. Se notaba de forma particular en los mensajes que se daban por teléfono. «¿Oiga? ¿Profesor Gorman? ¿Soy Albert? ¿El de la redacción para el concurso?»
>
> Yo no tenía ni idea de que el cambio en el «contorno de la entonación» de una frase, como lo llaman los lingüistas, pudiera ser tan contagioso como el resfriado común. Pero pronto observé en mi forma de hablar una transformación al estilo de Jekyll y Hyde. La primera vez que la oí fue al dejar yo mismo un mensaje. «¿Soy Jim Gorman? ¿Estoy escribiendo un artículo sobre Klingon? ¿El idioma? ¿El de "Star Trek"?» Me percaté de que, sin darme cuenta ni querer, hablaba con una entonación ascendente. ¿Me sentía, pues, consternado?[12]

10. A menudo atribuida equivocadamente a Mark Twain.

11. Véase Isaacs y Clark, 1990.

12. J. Gorman, «Like, uptalk?», *New York Times Magazine*, 1993, reimpreso en Hirschberg y Hirschberg, 1999.

Aunque el hablar en tono ascendente probablemente empezara como un reflejo de la cortesía (una parte de la tendencia del siglo xx hacia el igualitarismo y la proximidad social), hoy se está convirtiendo en una característica neutral del inglés estadounidense estándar, como lo ha sido durante siglos de algunos dialectos irlandeses, ingleses y del sur de Estados Unidos. La difusión de esta forma de hablar es uno de los pocos casos en que podemos sentir qué significa participar de un cambio histórico en la lengua, observando el paso de una construcción que tiene un principio razonable a convertirse en una simple convención.

La historia de la cortesía cobra mayor interés, y nos remite al habla indirecta, cuando pasamos a los gestos de la deferencia verbal (lo que Brown y Levinson llaman cortesía negativa). Las solicitudes y las órdenes figuran entre los actos de habla que mayor amenaza suponen para la cara, porque ponen en entredicho la autonomía de la oyente al presumir que pueden contar con su complicidad. El hablante mandonea a la oyente, o al menos la margina, algo que no hacemos con un extraño ni un superior, y que incluso podríamos pensárnoslo dos veces antes de hacerlo con algún allegado. Por esto las solicitudes suelen ir acompañadas de diversas formas de imploración:

Preguntar más que ordenar: «¿Me prestarás el coche?»
Expresar pesimismo: «Imagino que no podrías cerrar la ventana.»
Cercar la solicitud: «Cierra la puerta, si puedes.»
Minimizar la imposición: «Sólo quiero pedirte un trocito de papel.»
Dudar: «¿Podría, esto... pedirte la bicicleta?»
Reconocer las molestias: «Ya sé que estás muy ocupada, pero...»
Indicar reticencia: «Normalmente no te lo pediría, pero...»
Disculparse: «Siento molestarte, pero...»
Despersonalizar: «No se permite fumar.»
Reconocer una deuda: «Te lo agradecería eternamente si pudieras...»

La cortesía se calibra según el grado de amenaza para la cara de la oyente. El grado de amenaza depende del tamaño de la imposición, la distancia social a que se está de la oyente (la carencia de intimidad o solidaridad), y la laguna de poder que hay entre ambos. Las personas adulamos más servilmente cuando pedimos un favor mayor, cuando la oyente es una extraña, y cuando la oyente tiene mayor estatus o poder. Una solicitud con to-

dos los requisitos que manda la cortesía, por ejemplo, «Siento muchísimo molestarla, y no se lo pediría si no estuviera desesperado, pero le estaré eternamente agradecido si cree que usted pudiera...» sonaría a adulación si se empleara para pedir a un extraño algo de poca importancia, por ejemplo, preguntar la hora, o si se utilizara para pedir un favor de más entidad (por ejemplo, usar el ordenador) al cónyuge o al ayudante.

Las dos dimensiones sociales que intervienen en las amenazas a la cara, la solidaridad y el poder, no están en lugar alguno más presentes que en las formas de dirigirse a las personas, en las que el hablante ha captado la atención de la oyente y ahora debe tener cuidado de lo que haga con ella, como si se tratara de agarrar a un tigre por la cola. Muchas lenguas disponen de dos formas de pronombres de segunda persona, como el francés *tu* y *vous*, el español *tú* y *usted* y el alemán *du* y *sie*. El inglés tenía esta distinción en *thou* y *ye* (hoy *you*), pero *thou* está limitado a las plegarias y a otros estilos de habla arcaicos. La distinción entre los pronombres T y los pronombres V, como los llaman los lingüistas, hace que ambos giren en torno a la solidaridad y el poder, de forma que los T resultan familiares (se dirigen a personas allegadas o subordinadas) y los V, respetuosos (se dirigen a desconocidos o superiores).[13] Las personas allegadas normalmente se hablan con los T, mientras que los extraños lo hacen con los V. Los subordinados se dirigen a sus superiores con los V; los superiores se dirigen a sus subordinados con los T. Los detalles varían con la lengua, las díadas (hijos y padres, camareros y clientes, profesores y alumnos) y la época histórica. Los pronombres V a menudo están prohibidos en los contextos que conscientemente se tienen por igualitarios, como el que siguió a la Revolución Francesa, los mítines de los partidos socialistas y las comunidades religiosas como los amish, que conservan los arcaicos *thou* y *thee*. El psicolingüista Roger Brown y el estudioso de la lengua inglesa Albert Gilman demostraron que la mayoría de las lenguas occidentales han seguido una tendencia inexorable. El poder ha ido perdiendo terreno en favor de la solidaridad, de forma que uno se dirige a los extraños de cualquier condición con los pronombres V (por ejemplo, el cliente que se dirige al encargado de ventas), y a los allegados de cualquier condición con los pronombres T (por ejemplo, el adulto que se dirige a su padre o a su madre.) Con estas

13. R. Brown y Gilman, 1972.

convenciones de fondo, las personas podemos blandir deliberadamente los pronombres como arma que pone en entredicho la cara. Dirigirse con un T (en español, *tutear*; en francés, *tutoyer*) a alguien que normalmente espera un V puede ser signo de falta de respeto; dirigirse a un allegado con un V (*vouvoyer*, en francés) puede ser signo de frialdad. En *La duodécima noche*, sir Toby Belch intenta incitar a Andrew Aguecheek para que desafíe a la disfrazada Viola como sigue: «Hostígale con la licencia de la pluma y la tinta, si la tuteas tres veces, no habrá problema».

El respetuoso pronombre V suele evolucionar de un pronombre plural genérico de segunda persona, y puede seguir cumpliendo en el lenguaje una doble función. Es decir, los hablantes utilizan la forma V cuando se dirigen a más de un hablante, sea cual sea el poder o la solidaridad. La fuente histórica de estas fusiones es que una lengua que no posea un pronombre respetuoso tiende a incorporar un pronombre plural que cumpla ese cometido, porque sus hablantes se sienten repetidamente tentados a usar el pronombre plural para dirigirse a un superior o un extraño.[14] Una razón es la de inclinarse ante el poder de la oyente: en vez de subrayar el hecho de que la oyente es el único objetivo de lo que uno comunica, se habla como si la oyente contara tras sí con un formidable séquito. La otra tentación es que un nombre plural parece que da a la oyente la opción de que nos ignore, como si nos dirigiéramos a una multitud difusa en vez de apuntar exclusivamente a ella. En muchas sociedades, el miedo a utilizar el pronombre singular de segunda persona se extiende al tabú o miedo de dirigirse a los demás utilizando, de uno u otro modo, su nombre propio; uno se dirige a las personas mediante expresiones de respeto o eufemismos.[15] En nuestra sociedad, determinados semidioses no pueden tolerar que el vulgo los perfile como si fueran meros individuos; el suplicante debe dirigirse a una de sus elevadas cualidades, como «Su Alteza», «Su Señoría», «Su Eminencia», «Su Excelencia». Incluso entre la plebe, dirigirse a una oyente con el singular *you* (tú) puede ser muestra de una gran falta de respeto, por ejemplo cuando ha pasado ya el momento de la buena educación y uno le grita a un niño: «¡Tú! Llévate de aquí este perro ahora mismo». Y ¿cuál es la forma más basta de llamar la atención de alguien? *Hey, you!* (¡Eh, tú!).

14. P. Brown y Levinson, 1987b; R. Brown y Gilman, 1972.
15. Kaplan y Bernays, 1997.

Los hablantes ingleses han perdido la distinción entre *thou* (usted) y *you* (tú, vosotros); sin embargo, la delicadeza de referirse a las personas en su presencia se muestra en otras maneras de referirse a ellas. Existe aún el protocolo de decir *Professor Pinker* (profesor Pinker) frente al escueto *Steve*. La primera forma la emplean habitualmente los alumnos de grupos universitarios y los desconocidos que me escriben solicitándome algún favor. La segunda, los universitarios que trabajan en mi laboratorio y los licenciados y colegas de mi departamento. Cuando se trata de dirigirse de forma respetuosa a adultos que no tienen título alguno, se puede recurrir a las expresiones de respeto *Mr.* (sr.), *Mrs.* (sra.), *Miss* (srta.) y *Ms.* (sra. o srta.), aunque no se usan referidas a niños, subordinados o personas allegadas —de ahí la expresión *to be on a first-name basis* (tratarse de tú)—. En *The Complete Upmanship*, Stephen Potter demuestra que las dos dimensiones de la cortesía definen un arco de formalidad en la forma en que un presidente británico de una empresa se dirige a sus subordinados:[16]

El gobernador se dirige:
al codirector Michael Yates como MIKE
al subdirector Michael Yates como MICHAEL
al administrador de sección como MR. YATES
al viceadministrador de sección como YATES
al indispensable secretario Michael Yates como MR. YATES
al aprendiz Michael Yates como MICHAEL
al portero de noche Michael Yates como MIKE

Al igual que ocurre con los pronombres T y V, los términos que empleamos para dirigirnos a las personas cambian con el tiempo. Los alumnos licenciados se dirigían a sus profesores como *Professor* (profesor, catedrático), y mis abuelos se dirigían a sus amigos, incluso a los más íntimos, como *señor y señora. Tal y Cual.* Una queja habitual de los pacientes mayores de los hospitales es que sienten que se les falta al respeto cuando médicos más jóvenes se dirigen a ellos por su nombre propio. Curiosamente, aunque en la vida real es menos probable que uno se dirija a las personas empleando títulos extravagantes, sí que es posible que lo hagan en situaciones formales.

16. Potter, 1950/1971, pág. 190.

Hoy en día, en las universidades casi cualquier administrador es decano, y en las empresas, cualquier ejecutivo es vicepresidente. La inflación de los títulos se produce en mayor grado en la parte superior de la escala, donde los potentados deben otorgarse a sí mismos los títulos de mayor nobleza. Haile Selassie, emperador de Etiopía de 1934 a 1974, se otorgó el título de «Rey de Reyes, Elegido de Dios, Conquistador del León de Judá». El rey Juan Carlos de España tiene treinta y ocho títulos, entre ellos los de «Duque de Atenas» y «Gran Maestro Soberano de la Orden del Toisón de Oro». Para no quedarse atrás, Kim Jong Il, de Corea del Norte, ostenta los títulos de «Guardián de Nuestro Planeta», «Estrella Polar del siglo xx», y otros mil títulos que él mismo ha acuñado.[17]

Parece que la cortesía, en el sentido que le dan los lingüistas, es un universal humano. Se han documentado formas de dirigirse a los demás que denotan poder y distancia en más de veinticinco lenguas en las que los lingüistas han buscado. Brown y Levinson documentaron con exquisito detalle toda una variedad de formas educadas en dos lenguas que, desde los puntos de vista geográfico y cultural, están muy alejadas de Europa: el tzeltal, la lengua maya que se habla en México y que mencionábamos en el capítulo 3, y el tamil, una lengua no indoeuropea que se habla en el sur de la India y en Sri Lanka. Encontraron equivalentes de cada una de las formas de deferencia y comprensión que habían documentado en inglés, con la única diferencia de unos pocos detalles. Por ejemplo, las solicitudes pesimistas seguidas de una negación, un subjuntivo y un epílogo, se pueden oír en tamil («Oye, no habrías traído dinero, ¿verdad que no?») y en tzeltal («Tal vez no venderías el pollo, se decía»). Preguntar por las razones de no hacer algo, como en el inglés *Why don't we go to the seashore?* (¿Por qué no vamos a la costa?) tiene su equivalente en el tzeltal: «¿Por qué no nos dejas a todos tu tocadiscos?» y en el tamil: «¿Por qué no tendríamos que ir a Kangayam?». Brown y Levinson reafirman su compendio de estrategias de cortesía también con ejemplos de otras muchas lenguas.[18]

Huelga decir que las culturas difieren también en el uso de la cortesía que de ellas se espera. Por esto, las meteduras de pata verbales que amenazan con provocar un incidente internacional son la materia prima de los

17. C. Murphy, «Feeling entitled?», *The Atlantic Monthly*, marzo de 2005.

18. Aunque, para una visión escéptica, conviene ver también B. Fraser, 2005.

desenfadados escritos sobre viajes. Las culturas difieren no sólo en la formulación verbal exacta de sus estrategias de buena educación, sino también en sus sensibilidades en lo que se refiere a los momentos en que se deben emplear. Difieren en lo bien que las personas perciben que los actos cotidianos son una amenaza para la cara y, por tanto, necesitan de la cortesía para que los mitigue. Difieren en si a los moradores los obsesiona más el poder o la distancia y, por tanto, si se sienten con más derecho a la deferencia o a la comprensión. Y difieren en quién merece qué tipo de cortesía por parte de qué tipo de hablantes (mujeres, niños, profesores, camareros, extraños, etc.). Las diferencias en la ubicación de esas formas de cortesía pueden hacer que una cultura parezca distante y sospechosa a quienes no pertenecen a ella, o jactanciosa y engreída, o cálida y amistosa, o dura y formal. En el libro *Dave Barry Does Japan*, el humorista intenta captar la diferencia entre una cultura que exige una gran cantidad de cortesía y deferencia, y una cultura que requiere una módica cortesía comprensiva:

La típica reunión de negocios japonesa:

PRIMER EMPRESARIO: Hola, señor.
SEGUNDO EMPRESARIO: Hola, señor.
PRIMER EMPRESARIO: Lo siento.
SEGUNDO EMPRESARIO: Lo siento muchísimo.
PRIMER EMPRESARIO: No me soporto.
SEGUNDO EMPRESARIO: Soy la escoria de la ciénaga.
PRIMER EMPRESARIO: Estoy sucio como las uñas del pie
SEGUNDO EMPRESARIO: Deberían condenarme a muerte.

La típica reunión de negocios estadounidense:

PRIMER EMPRESARIO: ¡Bob!
SEGUNDO EMPRESARIO: ¡Ed!
PRIMER EMPRESARIO: ¿A cómo?
SEGUNDO EMPRESARIO: Unos más que otros.
PRIMER EMPRESARIO: ¡Ja!
SEGUNDO EMPRESARIO: Mira, de esos R-243-J, el mejor precio que te podemos ofrecer es a 3,80 dólares la unidad.
PRIMER EMPRESARIO: ¡No me jodas, Bob!
SEGUNDO EMPRESARIO: ¡Ja!

Algunas culturas tienen fama por las pocas formas de que disponen para expresar cortesía y deferencia. Una de ellas es la israelí, a cuyos ciudadanos nativos se les llama «sabras», palabra hebrea que significa un cactus comestible que se dice que tiene espinas por fuera pero es muy dulce por dentro. Otra queda retratada en el chiste de cuatro personas que bajan por una calle: un árabe saudí, un ruso, un norcoreano y un neoyorquino. Un periodista sube corriendo hacia ellos y dice: «Perdonen, ¿podrían darme su opinión sobre la escasez de carne?». El árabe saudí dice: «¿Escasez? ¿Qué es eso de escasez?». El ruso: «¿Carne? ¿Qué es eso de carne?». El norcoreano: «¿Opinión? ¿Qué es eso de opinión?» y el neoyorquino: «¿Perdonen? ¿Qué es eso de perdonen?».[19]

¿Por qué las lenguas difieren en el grado y el tipo de cortesía? Las sociedades jerárquicas están más obsesionadas por reforzar el poder que las sociedades igualitarias, y esperan una mayor cortesía deferente. Las élites, cuyo estatus se asienta en las convenciones sociales y que rechazan las imposiciones, suelen mantener mayor distancia a su alrededor y usar y esperar mayor cortesía. Las masas, que carecen de poder y son más independientes, emplean menos la cortesía, y la que emplean suele ser más comprensiva que deferente. Otros aspectos de la historia, la clase, la ideología y la ecología pueden entrar también en estos ajustes. El psicólogo social Richard Nisbett señala que las sociedades con una «cultura del honor», en las que las afrentas se deben enmendar deprisa y, muchas veces, de forma violenta, a menudo son extremadamente educadas, porque un insulto involuntario puede llegar a provocar un duelo o una enemistad.[20] El sur estadounidense fue históricamente una cultura del honor, y Nisbett recuerda que, como tejano nativo que estudiaba en Yale, su primera impresión fue lo mal educados que parecían todos.

Una vez que hemos explorado la mentalidad de la cortesía, volvamos al tema que nos ocupa, el habla indirecta. Bajo todas las capas de expre-

19. J. Tierney, «The big city; You could look it up», *New York Times*, 24 de septiembre de 1995.

20. Nisbett y Cohen, 1996.

siones corteses y disculpas y salvaguardias que integran la cortesía deferente, debe haber, en algún sitio, una solicitud, una solicitud que, también, se debe tratar con delicadeza. Muchas veces no se expresa directamente, sino de forma indirecta con la ayuda de una implicatura. El resultado es un imperativo interrogativo (*whimperative*) como: *Can you pass the salt?* (¿Puede usted pasarme la sal?) o *If you could pass the salt that would be terrific* (Si pudiera pasarme la sal sería estupendo). Tomados literalmente, el primer ejemplo viola la máxima de la relevancia, porque ya se sabe cuál es la respuesta de la pregunta. La segunda expresión viola la máxima de la calidad, porque la consecuencia de la condicional es una exageración. De modo que la oyente interpreta estas dos frases como solicitudes (una conclusión razonable si está sentada al extremo de la mesa con el salero, y el que habla está sentado al otro extremo, sin el salero), al tiempo que, por la formulación verbal literal, observa que el hablante procuraba evitar que pudiera parecer que la está tratando como a una lacaya.

La formulación verbal literal de una solicitud cortés no puede ser simplemente cualquier *non sequitus*. Lo habitual es que reúna uno de los requisitos para hacer que una solicitud sea sensata, a los que los lingüistas denominan condiciones de acierto. No tiene sentido pedir a alguien que nos pase la sal si ya tenemos la sal, si no nos gusta la sal, si no queremos que quien escucha nos pase la sal, si es incapaz de pasarnos la sal, si no está dispuesta a pasarnos la sal, o si estamos seguros de que no nos pasará la sal. Todos estos prerrequisitos se pueden afirmar, cuestionar o dudar como una forma indirecta de pedir la sal:[21]

«Aquí abajo no hay sal.»
«Podría usar un poco de sal.»
«Le agradecería que me pasara la sal.»
«¿Puede pasar la sal?»
«¿Podría pasar la sal?»
«¿Me pasaría la sal?»
«¿Hay sal por ahí abajo?»
«Me preguntaba si podría pasarme la sal.»

21. Herbert H. Clark, 1996; H. H. Clark y Schunk, 1980; Francik y Clark, 1985; Gibbs, 1986; J. Searle, 1975.

El principio oculto es que a la oyente no se le da una orden ni se le hace una solicitud, sino que se le pregunta o se le aconseja sobre una de las condiciones necesarias para que pueda pasar la sal. Si no se sintiera dispuesta a atender la solicitud, podría ejercer su prerrogativa de no hacerlo sin tener que manifestar un rechazo que resultara amenazante para la cara. Por ejemplo, si la solicitud indirecta se hizo como un comentario sobre el estado de las cosas, todo lo que tendría que hacer la oyente es ignorarla, ya que un comentario no exige respuesta. Si se formula como una pregunta sobre uno de los prerrequisitos de pasar la sal, podría, en teoría, negar que se cumplan esos prerrequisitos. En todos estos casos, ella se ha librado.

Ahora bien, nadie cree que quien pide la sal y quien la pasa hagan literalmente estas deducciones mientras negocian sobre la sal. En esta fase de la historia de la lengua, las implicaturas se han quedado congeladas como convenciones.[22] Fórmulas como *Can you pass the salt?* (¿Puede pasarme la sal?) son, en su mayor parte, opacas, como lo son los modismos y las metáforas muertas, y se emplean como solicitudes directas. Así lo vemos en la forma en que los imperativos interrogativos (*whimperatives*) emplean inicios meramente formales como *Can you...?* (¿Puede...?), en vez de otras formulaciones verbales de significado idéntico como en *Are you capable of passing the salt?* (¿Es usted capaz de pasarme la sal?). Y a menudo ignoramos el significado literal de una solicitud indirecta hasta que nos llama la atención, como cuando un impertinente chaval de 13 años, al que se le pregunta si puede pasar la sal, asiente juguetón con la cabeza, pero no mueve un dedo. En un chiste que contaba un cierto grupo étnico, una pareja mayor está tumbada en la cama cuando la mujer dice: «Irving, hace frío fuera». Irving se levanta, cierra la ventana y le dice a su mujer: «¿Ahora hace *calor* fuera?».

No obstante, la formulación verbal de las solicitudes indirectas embalsama una línea de razonamiento que debe de haber funcionado en la mente de anteriores hablantes. En última instancia, no pedimos la sal haciendo antes alguna referencia a sus orígenes o sus características, como en «Los fenicios fueron los primeros en extraer sal del agua marina» o «La sal es un compuesto iónico de sodio y cloro». Además, el contenido literal de las solicitudes indirectas es similar en muchas lenguas, demasiadas para ser una coincidencia. Las solicitudes indirectas han fosilizado una determinada línea de razonamiento:

22. P. Brown y Levinson, 1987b; Grice, 1975; Potts, 2005.

la lógica de la negabilidad verosímil, de darle al oyente una «escapatoria». En efecto, hay que seguir teniendo en cuenta algunos aspectos del significado literal. El psicólogo Herbert Clark señala que al formular una solicitud como una pregunta, el hablante debe evitar cualquier obstáculo a una respuesta que sea mínimamente verosímil. Se puede preguntar la hora diciendo: «¿Sabe usted qué hora es?», pero no se nos ocurre preguntar a nadie cuál es su apellido diciendo: «¿Sabe usted cómo se llama de apellido?». Todas las oyentes saben su apellido, de modo que, incluso en el mundo imaginario de su cortesía, una oyente reacia nunca podría usar tal ignorancia como escapatoria.

Cualquier anglohablante competente reconoce como solicitud una solicitud indirecta estereotipada, de ahí que ésta sea «oficial». No es probable que un hablante que, en circunstancias normales y mientras está en la mesa comiendo, dice *Can you pass me the salt?* (¿Puede pasarme la sal?), niegue que haya pedido algo. Pero, según Brown y Levinson, si un acto de habla indirecta es de acuñación reciente, y no sacado de los que se guardan en la estantería, su efecto en la oyente es distinto. Ahora la solicitud es «extraoficial». Cuando el hablante imagina una solicitud indirecta nueva, como *The chowder is pretty bland* (La sopa de pescado está bastante sosa) o *They never seem to have enough salt shakers at this restaurant* (En este restaurante parece que nunca tengan suficientes saleros), la oyente puede ignorar el comentario sin rechazar la oferta de forma pública y sin dudarlo. Por esta razón, Brown y Levinson sostienen que los actos de habla indirecta extraoficiales acuñados para la ocasión — las insinuaciones, la mesura y el comedimiento, las generalizaciones vanas y las preguntas retóricas— son las formas más educadas de todas. El hablante puede decir *It's too dark to read* (Está demasiado oscuro para leer) como una forma de pedir a la oyente que dé la luz, o *The lawn has got to be mown* (Habría que cortar el césped) en vez de *Mow the lawn* (Corta el césped), o *It looks like someone may have had too much drink* (Parece que alguien se ha pasado con la bebida) en vez de *You're drunk* (Estás borracho). El habla indirecta cortés puede utilizar cualquier insinuación que no se pueda tomar como una solicitud por su contenido literal, pero que puede llevar a la oyente inteligente a deducir lo que se pretende decir, de ahí que no exista límite en el número de formas que puede adoptar.

Y ahora podemos volver al problema que dio origen a este capítulo, el habla indirecta. La teoría de la cortesía nos permite comprender una de sus variedades, la solicitud extraoficial. A la oyente se le da, de forma implícita, la oportunidad de ignorar la solicitud sin tener que rechazarla públicamente, lo cual significa también que si *atiende* la solicitud no es porque cumpla órdenes. Y según Brown y Levinson, esto salva la cara a ambos, en especial el deseo de autonomía de la oyente.

¿Resuelve, pues, esto el rompecabezas? Aún no. Primero debemos ver la calidad de las pruebas. La teoría de la cortesía se ha comprobado en muchos experimentos, en los que los psicólogos preguntan a las personas qué dirían en determinadas circunstancias, o les piden que puntúen la cortesía de cosas que otras personas pudieran decir.[23] Se han confirmado muchas partes de la teoría. No es de extrañar que el uso de las estrategias de cortesía propuestas hagan, en efecto, que una solicitud parezca más educada. Las solicitudes indirectas suenan más educadas que las directas. Y el grado de imposición tiene su importancia, como la tiene el poder relativo del hablante y de la oyente.

Pero hay una hipótesis que no se confirmó con la misma contundencia. Brown y Levinson sostenían que la amenaza a la cara era una escala única, el resultado de sumar la disparidad de poder, la distancia social y el grado de imposición. Decían también que los tres tipos de cortesía estaban dispuestos en una escala. La comprensión expresa cierta cortesía, y es adecuada para amenazas más pequeñas a la cara. La deferencia expresa más, y es adecuada para amenazas mayores. Y los actos de habla extraoficiales (aquellos acuñados para la ocasión) expresan la máxima cortesía, y son adecuados para las mayores amenazas.

Pero es posible que, en ambos casos, Brown y Levinson hayan metido en una única escala dimensiones cualitativamente distintas. En vez de tener en la cabeza un único metro para medir la amenaza a la cara, y un único metro para medir la cortesía que le sigue la pista a ésta, las personas tendemos a abordar determinados *tipos* de amenazas a la cara con determinados *tipos* de cortesía. Por ejemplo, para criticar a un amigo (algo que amenaza a la solidaridad), las personas solemos poner el énfasis en la

23. P. Brown y Levinson, 1987a; H. H. Clark y Schunk, 1980; B. Fraser, 1990; Holtgraves, 2002.

cortesía comprensiva (por ejemplo: «Oye, tú, vamos a ver este artículo, a ver si encontramos la forma de que quede todo lo bien que estoy seguro que quieres que quede»). Pero para pedir un gran favor (lo cual amenaza al poder), solemos poner el énfasis en la cortesía deferente, por ejemplo en una comprometida solicitud de que prestemos nuestro ordenador («Siento muchísimo molestarte...»).[24]

Además, el habla indirecta extraoficial —la obsesión de este capítulo— no encajaba en la escala en absoluto. La teoría de la cortesía la consideraba la estrategia más educada de todas, pero la gente decía que era mucho *menos* educada que la cortesía deferente.[25] De hecho, en algunos casos puede resultar descortés, sin más, como en *Didn't I tell you yesterday to pick up your room*? (¿No te dije ayer que recogieras la habitación?) o en *Shouldn't you tell me who is coming to the party*? (¿No deberías decirme quién va a venir a la fiesta?). Una razón es que si se cuestionan con tanto descaro la competencia y la disponibilidad de la oyente, se indica que ésta es inepta o que no quiere cooperar. Otra razón es que una solicitud indirecta puede hacer que quien habla parezca taimado y manipulador, y obligar a la oyente a hacer gran cantidad de trabajo preparatorio para calcular qué es lo que el hablante intentaba decir. Ahí estaba el *quid* en la queja de Julie en la escena mencionada de *Tootsie*.

El hecho de que los actos de habla indirecta no sean tan considerados con la oyente plantea, en última instancia, otro problema. Los ejemplos con los que iniciaba el capítulo —amenazas veladas, sobornos indirectos, insinuaciones sexuales— difícilmente pueden ser ejemplos de que el hablante sea *cortés*. Estoy seguro de que el comerciante que escucha la advertencia que le llega de parte del mafioso local sobre los muchos accidentes que se pueden producir en su tienda no lo ve así. Ni al policía con su bloc de multas, ni a la mujer que está a la puerta del ascensor, que perciben la propuesta indecente oculta en aquellas preguntas inocentes, se les podría perdonar por pensar que quien les hacía las propuestas buscaba su propio interés, no el de ellos (aunque, como veremos, también en estos casos puede existir complicidad).

Un último problema de la teoría de la cortesía es el dilema que implica en el trato que da a las solicitudes extraoficiales. Si una implicatura es demasiado alambicada, el hablante habrá perdido una oportunidad. La oyen-

24. Holtgraves, 2002.
25. *Ibid.*

te podría haberse sentido perfectamente satisfecha de atender la solicitud del hablante, ¡si hubiera sabido que se la estaba haciendo! (recordemos a George de *Seinfeld*, que se dio cuenta demasiado tarde de que *café* no significaba café [sino sexo]). Por otro lado, si la implicatura es pan tan comido que la oyente puede descifrarla sin posibilidad de equivocarse, entonces debería ser lo suficientemente obvia para que cualquier otra persona inteligente la descifrara también, de modo que no está claro por qué la solicitud se debería percibir como «extraoficial». ¿Quién podría argüir que la confundió lo de subir a ver los sellos, o lo de arreglar lo de la multa ahí en Brainerd?

La teoría de la cortesía es un buen punto de partida, pero no basta. Al igual que muchas buenas teorías de las ciencias sociales, presume que el hablante y la oyente trabajan en perfecta armonía, intentando cada uno salvar la cara del otro.[26] (El propio Grice cayó en este error al tratar de deducir las leyes de la conversación de un «principio cooperativo».)[27] Necesitamos comprender qué pasa cuando los intereses del hablante y de la oyente están parcialmente en conflicto, como suele ser habitual en la vida real. Y necesitamos distinguir los *tipos* de relaciones que las personas tienen, y de qué forma cada una se negocia y se mantiene, en vez de colgar todas las formas de amenaza a la cara de una única escala, y hacer lo mismo con todas las formas de salvar la cara. Por último, necesitamos un análisis más profundo de ese enigmático producto llamado «cara», y de cómo depende de la igualmente elusiva «oficialidad» que se puede aplicar o no a las solicitudes.

TODO EMBARRADO: LA VAGUEDAD, LA NEGABILIDAD Y OTRAS ESTRATEGIAS DE CONFLICTO

Para hacernos una idea de conceptos tan nebulosos como «ofrecer una escapatoria», «negabilidad verosímil» y «oficial», empecemos con un escenario en que los significados de estas expresiones están bien acotados. Consideremos a un perfecto hablante griceano que dice exactamente lo que quiere decir cuando dice algo. Se le dice al Hombre de las Máximas que se pare en el arcén por saltarse un semáforo, y está pensando en si sobornar o

26. S. Pinker, 2002.
27. Kasher, 1977; Sampson, 1982.

no al policía. Puesto que obedece las máximas de la conversación con mayor asiduidad que la que emplea en obedecer las normas de tráfico o las leyes sobre el soborno, la única forma que tiene de sobornar al policía es decirle: «Si no me multa y deja que me vaya, le doy cincuenta dólares».

Lamentablemente, no sabe si el agente es corrupto y aceptará el soborno, o si es íntegro y lo arrestará por intentar sobornar a un policía. Cualquier escenario como éste, donde el mejor curso de la acción depende de las decisiones de otro actor, está en el ámbito de la teoría del juego. En la teoría del juego, el acertijo en el que un actor no conoce los valores del otro ha sido analizado por Thomas Schelling, que lo llama problema de la identificación.[28] Los desenlaces se pueden resumir en el diagrama que sigue, donde las filas representan las opciones del conductor, las columnas representan los diferentes tipos de policía con los que se puede encontrar, y el contenido de los cuadros representa lo que le ocurrirá al conductor:

	Policía corrupto	Policía íntegro
Sin soborno	Multa	Multa
Con soborno	Queda libre	Arresto por soborno

El atractivo de cada opción (fila) está determinado por la suma de los desenlaces de las dos celdas de cada fila ponderados según sus probabilidades. Veámoslos uno después de otro. Si el conductor no intenta sobornar al agente (primera fila), entonces no importa lo íntegro que pueda ser el agente; en todos los casos, el conductor sale con una multa. No se arriesga nada, no se gana nada. Pero si ofrece el soborno (segunda fila), las apuestas suben de precio en los dos casos. Si el Hombre de las Máximas tiene suerte y está ante un policía corrupto, éste aceptará el soborno y dejará que siga adelante sin multarlo. Pero si no tiene suerte y se encuentra con un policía íntegro, éste lo esposará, le leerá sus derechos y lo arrestará por intento de soborno. La opción razonable entre sobornar o no sobornar dependerá del volumen de la multa, la proporción de policías buenos y policías malos que circulen por las carreteras, y las penas por intento de

28. Schelling, 1960, págs. 139-142.

soborno, pero ninguna de las opciones es atractiva. El Hombre de las Máximas se encuentra entre la espada y la pared.

Pero ahora consideremos a un conductor diferente, el Hombre de la Implicatura, que sabe cómo implicar un soborno ambiguo, como en «Quizá lo mejor sea que nos ocupemos de esto aquí». Supongamos que sabe que el agente se da cuenta de la implicatura y la reconoce como un intento de soborno, y el conductor sabe también que el policía sabe que no conseguiría que prosperara una acusación de intento de soborno debido a la formulación verbal tan complicada, que impediría que el fiscal demostrara su culpabilidad más allá de toda duda razonable. Ahora el Hombre de la Implicatura tiene una tercera opción:

	Policía corrupto	Policía íntegro
Sin soborno	Multa	Multa
Con soborno	Queda libre	Arresto por soborno
Soborno implicado	Queda libre	Multa

Los desenlaces en esta nueva tercera fila combinan la gran ventaja de sobornar a un policía corrupto con la pena relativamente pequeña de no conseguir sobornar a uno íntegro. Es una decisión fácil. Hemos explicado la evolución del Hombre de la Implicatura.

Bueno, casi. Hemos de considerar también el punto de vista del agente íntegro y el sistema legal al que se atiene. ¿Por qué un policía íntegro no iba a arrestar a alguien que le ofreciera un soborno velado? Si a él le parece obvio, se lo deberá parecer también a un jurado, de modo que tiene la oportunidad de meter entre rejas a un bandido. Para explicar por qué el policía no arrestaría a las personas ante la insinuación de un soborno, haciendo de la implicatura algo tan peligroso como el simple y puro soborno, debemos presumir dos cosas, ambas razonables. Una es que, aun en el caso de que todos los conductores deshonestos digan algo que se puede interpretar (correctamente) como un soborno implicado, algunos conductores honestos dicen eso mismo como inocentes observaciones. Así que cualquier arresto podría ser un arresto equivocado. La segunda presunción es que un arresto fallido tiene su precio: expone al policía a la acusación de arresto injustifi-

cado y al departamento de policía a unas determinadas sanciones. Entonces, la matriz de la decisión del policía tendría este aspecto:

	Conductor deshonesto	Conductor honesto
Sin arresto	Multa	Multa
Arresto	Condena efectiva	Arresto injustificado

(Naturalmente, desde el punto de vista del agente la multa es algo bueno, no malo.) El atractivo de arrestar al conductor dependerá de los valores de los resultados incluidos en las cuatro celdas y de sus probabilidades. Y esas probabilidades dependerán de la proporción de conductores deshonestos y conductores honestos que digan cosas ambiguas, es decir, de la ratio de las cantidades de sucesos incluidos en las columnas de la izquierda y de la derecha. Si lo que diga el conductor se parece lo suficiente a una observación inocua que muchísimos conductores podrían hacer (o, al menos, los suficientes para que un jurado no pudiera condenar al hablante por esas palabras más allá de toda duda razonable), entonces bajan las probabilidades de una condena efectiva, suben las de un arresto injustificado, y el atractivo de la fila «Arresto» disminuiría. Y así es cómo el Hombre de la Implicatura puede dejar sin otra salida al agente. Puede elaborar su observación de manera que un policía corrupto detecte en ella un soborno implicado, pero un policía honesto no estaría seguro de que lo es (o al menos no lo podría probar). (Obsérvese, por cierto, que, contra muchos lingüistas, este análisis demuestra que el habla indirecta no es un ejemplo de pura cooperación. El Hombre de la Implicatura manipula las decisiones de un policía honesto en beneficio propio y en perjuicio del policía. Ello es coherente con la teoría de los biólogos Richard Dawkins y John Krebs según la cual la comunicación en el reino animal suele ser más una forma de manipulación que de compartir información.)[29]

En la vida real, los sobornos velados son un quebradero de cabeza para la aplicación de la ley y el sistema penal. En la mayoría de los casos, los tribunales estadounidenses se guían por el sentido común y consideran que un soborno velado es un soborno sin más. Si el acusado dijera: «No pretendía sobornarlo; sólo me preguntaba (por pura curiosidad) si había al-

29. Dawkins y Krebs, 1978.

guna forma de pagar la multa allí mismo», no pasaría el test de la risita, como se suele decir. Así que los sobornos de la vida real deben velarse con mayor discreción, con el riesgo de que le pasen desapercibidos al policía sobornable. Pero hay otras circunstancias de la vida real en las que interviene la libertad de expresión. El soborno, por definición, se debe tratar como una excepción del derecho a la libertad de expresión, por esto los tribunales se preocupan de que se defina con precisión cuando interviene en un proceso político, por ejemplo al hablar con un representante político. En ese caso, la distinción entre habla directa e indirecta puede ser decisiva.[30]

Esta lección de lingüística le llegó demasiado tarde a la miembro del grupo de presión Organización Nacional de Mujeres, de nombre Wanda Brandstetter, quien en 1980 fue condenada por soborno por sus esfuerzos por conseguir que un representante del estado de Illinois votara a favor de la ratificación de la Enmienda de la Igualdad de Derechos. Brandstetter le había entregado una tarjeta de presentación en la que había escrito: «Mr. Swanstrom, oferta de ayuda en su elección más 1.000 dólares para su campaña por el voto a favor de la Enmienda de la Igualdad de Derechos». El fiscal lo llamó «contrato de soborno», y el jurado estuvo de acuerdo. La sentencia podrá parecer increíble a la mayoría de los estadounidenses, que están completamente hastiados de la influencia del dinero en el proceso político. ¿Qué hacen todos estos miembros de grupos de presión en Gucci Gulch si no sobornar a los legisladores? La respuesta es que lo hacen con implicaturas. Si Brandstetter hubiera dicho: «Como usted sabe, Mr. Swanstrom, la ONM tiene tras de sí una historia de colaboración en las campañas políticas. Y su costumbre ha sido la de cooperar más con los candidatos que mejor recojan nuestros objetivos. Hoy, uno de nuestros objetivos es la ratificación de la Enmienda de la Igualdad de Derechos», no hubiese tenido que pagar 500 dólares, dedicar 150 horas al servicio de la comunidad, ni pasarse un año en libertad condicional.[31]

30. Alan Dershowitz, ponencia en un seminario sobre el Habla Indirecta, en el Programa de Dinámica Evolutiva, Universidad de Harvard, 16 de mayo de 2006; Harvey Silverglate, comentarios en el mismo seminario.

31. «Mujer condenada por soborno por buscar el voto a favor de la propuesta de ley sobre los derechos», *The New York Times*, 23 de agosto de 1980; «La mujer condenada por soborno deberá realizar servicios a la comunidad», *The New York Times*, 8 de noviembre de 1980.

El uso estratégico de la vaguedad tiene también una larga historia en la diplomacia. Según un chiste de otra época, ésta es la diferencia entre una señorita y un diplomático:

Cuando una señorita dice «no», quiere decir «quizá».
Cuando dice «quizá», quiere decir «sí».
Si dice «sí», no es una señorita.
Cuando un diplomático dice «sí», quiere decir «quizá».
Cuando dice «quizá», quiere decir «no».
Si dice «no», no es un diplomático.

Esto dio pie a una revisión feminista:

Cuando una mujer dice «sí», quiere decir «sí».
Cuando una mujer dice «quizá», quiere decir «quizá».
Cuando una mujer dice «no», quiere decir «no».
Si el hombre insiste, es un violador.

La revisión puede que sea una buena política para las relaciones entre los sexos, pero cuando se trata de la diplomacia, lo que vale es la versión original. En un artículo de las páginas de opinión titulado «The language of Diplomacy», Michael Langan, antiguo funcionario del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, recuerda:

> En cierto momento de mi carrera en el gobierno federal, redacté una explicación sobre un asunto complejo en el que yo consideraba un estilo extremadamente claro y contundente. El funcionario superior del gobierno a quien iba dirigido mi informe lo leyó con detenimiento, cavilando y ajustándose las gafas mientras lo hacía. Luego levantó la vista hacia mí y dijo: «Esto no tiene mérito. Lo entiendo perfectamente. Lléveselo y embárrelo. Quiero que lo que diga se pueda interpretar de dos o tres maneras». La consecuente ambigüedad hizo posible cierto compromiso entre intereses gubernamentales opuestos.[32]

32. M. Langan, «El lenguaje de la diplomacia», *Boston Globe*, 19 de abril de 2001.

Tras la Guerra de los Seis Días de 1967, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó su famosa resolución 242, que, entre otras cosas, exigía «la retirada de las fuerzas armadas israelíes de los territorios ocupados en el reciente conflicto». La frase «territorios ocupados en el reciente conflicto», oración sustantiva carente de un cuantificador manifiesto, es ambigua entre «algunos de los territorios» y «todos los territorios». A los israelíes y sus aliados les gustó la resolución por la primera interpretación, y a los árabes y sus aliados les gustó por la segunda. Cualquier versión no ambigua hubiera sido rechazada por una o la otra parte.

Pero, como indica la respuesta feminista al chiste de la señorita y el diplomático, la vaguedad creativa puede ser también peligrosa. Los miembros de la resistencia llevan cuarenta años discutiendo la semántica de la resolución 242, como si se tratara de alumnos que asisten a un seminario sobre lingüística (otro ejemplo de lo mucho que hay en juego en la «simple semántica»).[33] Y, claro está, la disputa de mayor envergadura entre Israel y los países árabes sigue sin resolver, por decirlo suavemente. La vaguedad estratégica también puede provocar que en los acuerdos comerciales el tiro salga por la culata. En un caso famoso, Johnson & Johnson invirtió diez millones de dólares en Amgen en los primeros momentos de su historia, y obtuvo el derecho a un compuesto para «usos secundarios». El significado de «secundarios» se dejó ambiguo, y es posible que la ambigüedad los haya ayudado a «llegar al sí», como gustan decir los negociadores. Pero, desde entonces, las dos empresas han gastado trescientos cincuenta millones de dólares en honorarios de abogados para resolver la ambigüedad, y una y otra se odian a muerte.[34]

Así pues, ¿la vaguedad creativa es una táctica inteligente? Si lo único que hace es posponer el día del juicio, ¿por qué los negociadores no perfilan un acuerdo bien delimitado, o reconocen las diferencias irreconciliables y se largan? En el caso de la diplomacia internacional, una razón es que el lenguaje de un acuerdo debe agradar no sólo a los dirigentes políticos, sino también a sus ciudadanos. Los líderes razonables podrían llegar a un entendimiento entre ellos, al tiempo que cada uno explota la ambigüedad

33. Véase en: <wikipedia.org/wiki/UN_Security_Council_Resolution_242#Semantic_dispute>.

34. Max Bazerman, comunicación personal, 11 de abril de 2006.

del acuerdo para venderlo a su electorado, mucho más belicoso. Otra razón es que limitarse a alcanzar un acuerdo, incluso uno cuya aplicación sea peliaguda, puede uncir a dos enemigos en el yugo de un mismo propósito, posiblemente suavizando así sus odios por puro simbolismo. Por último, los diplomáticos pueden pensar en que los tiempos cambiarán y las circunstancias aproximarán a las dos partes, momento en el que podrán resolver amistosamente la vaguedad. Según una vieja historia, un hombre condenado a la horca por insultar al sultán propuso un trato al tribunal: concederle un año, y enseñaría a cantar al caballo del sultán, con lo que él recuperaría la libertad; si no lo conseguía, iría al cadalso por su propio pie. Al regresar al banquillo de los acusados, un compañero de mazmorra le dijo: «¿Estás loco?». El hombre replicó: «Imagino que en un año pueden ocurrir muchas cosas. Quizá muera el sultán, y el nuevo me perdone. Quizá muera yo; en este caso no habré perdido nada. Quizá muera el caballo; así me libraré de la horca. Y ¿quién sabe? Quizá le enseñe a cantar al caballo».

Estos ejemplos de vaguedad creativa proceden de ámbitos en que las palabras de una persona son oficiales y es evidente lo que hay en juego: multas, arrestos por intento de soborno, guerra y paz. Pero ¿qué pasa en la vida cotidiana, donde las ofertas y las solicitudes se pueden plantear sin temor a sanciones legales? Al fin y al cabo, nadie espera la Inquisición española. En el toma y daca de la conversación corriente debemos contar con la libertad de decir lo que pensamos, sin preocuparnos de que la forma en que la oyente interprete nuestras palabras pueda llevarnos a la cárcel. Pero, de hecho, las cosas no funcionan así. Cuando se trata de los intentos de soborno, las amenazas y las ofertas de todos los días, nuestros propios sentimientos hacen que empleemos las palabras con el mismo cuidado que pondríamos en un proceso legal, y todos nos convertimos en el Hombre de la Implicatura.

¿Los «sobornos cotidianos»? ¿Cuándo se sentiría tentado a ofrecer un soborno el ciudadano observador de la ley? Consideremos lo siguiente: queremos ir al restaurante de mayor fama de la ciudad. No tenemos reserva. ¿Por qué no ofrecer cincuenta dólares al *maître* si nos da mesa enseguida? Ésta fue la misión que la revista *Gourmet* encargó al escritor Bruce Feiler en 2000.[35] Los resultados son reveladores.

35. B. Feiler, «Pocketful of Dough», *Gourmet*, octubre de 2000.

El primer resultado es evidente para la mayoría de las personas que se imaginan en la piel de Feiler: la misión es espantosa. Aunque, por lo que yo sé, nunca se ha detenido a nadie por sobornar a un *maître*, Feiler se sentía como el secuestrador de *Fargo*:

> Estoy nervioso, muy nervioso. A medida que el taxi va acusando todos los baches mientras baja por los barrios más de moda de Manhattan —Flatiron, el Village, SoHo— sigo imaginando las posibles réplicas de algún *maître* indignado.
>
> «¿Dónde se cree que está usted?»
>
> «¿Cómo se atreve a insultarme?»
>
> «¿Cree que puede entrar con *esto*?»

El segundo resultado es que cuando Feiler reunió el coraje para intentar sobornar a un *maître,* imaginó sobre la marcha un acto de habla indirecta. Se presentó en Balthazar, un popular restaurante de Manhattan y, con el sudor que le corría por la frente y el corazón descontrolado, fijó la vista en el *maître,* le pasó un billete de veinte dólares plegado y, entre dientes, dijo: «Podrá darnos mesa, ¿verdad?». Dos minutos más tarde, estaban sentados, para asombro de la chica que lo acompañaba. En sucesivas misiones, implicaba los sobornos con indirectas similares:

> Me pregunto si habrán tenido alguna anulación.
>
> ¿Hay alguna forma de que pueda hacerme la espera más corta?
>
> Nos preguntábamos si tiene una mesa para dos.
>
> Es una noche muy importante para mí.

La matriz de resultados es de estructura idéntica a la del soborno del policía:

	Maître deshonesto	*Maître* honesto
Sin soborno	Larga espera	Larga espera
Con soborno	Se sientan enseguida	Vergüenza en público
Soborno implicado	Se sientan enseguida	Larga espera

La tercera lección —tan intrigante para el asiduo a los restaurantes como para el psicolingüista— es que *la treta funcionó en todos los casos*. Invariablemente, Feiler conseguía su mesa en dos o tres minutos. En un arranque de audacia de su editor, Feiler a continuación intentó entrar en Alain Ducasse, un restaurante francés nuevo donde una comida cuesta 375 dólares, las reservas se hacen con seis meses de antelación, y si el cliente «pide un té de verbena, le traen a la mesa la *planta*, y el camarero, con guantes blancos, corta las hojas con unas tijeras de plata». Apareció Feiler, preguntó al *maître* si habían tenido alguna anulación, y le deslizó un billete de cien dólares. El *maître* reaccionó con una mirada de «auténtico y completo horror». Y dijo: «No, no, *monsieur*. Usted no lo entiende. Sólo tenemos dieciséis mesas. Es completamente imposible». Feiler dejó caer su tarjeta por algún sitio. Dos días después sonó su teléfono y le ofrecían una mesa para cuatro. Gracias a un billete de cien y a una implicatura griceana, Feiler se había saltado una cola de 2.700 personas.

Cuando el *maître* dice «no», quiere decir «quizá». Al igual que Julie en *Tootsie* —y que todos nosotros—, los restaurantes eran sistemáticamente hipócritas. Cuando Feiler los llamó para preguntarles sobre sus normas, las reacciones fueron desde el «No tiene gracia» hasta el «Se despide al *maître* si llega a oídos de la dirección que acepta dinero por reservar una mesa». Pero en todos los casos, se les podía untar. La lógica de la negabilidad verosímil forma parte de la respuesta. El carácter indirecto del acto de habla solucionaba el problema de la identificación teórico del juego, pues se permitía que Feiler ofreciera un soborno sin correr el riesgo de que se le aplicara algún castigo social. Pero debe haber habido algo más, ya que, de hecho, se podía sobornar a *todos* los restaurantes. De algún modo, la naturaleza implicada del soborno hacía posible que ambas partes simularan que podían negar que habían intervenido en un caso de soborno, como si pensaran que algún casete oculto pudiera estar en marcha y alguien los pudiese acusar ante el juez de contravenir la etiqueta del pretencioso restaurante.

La trama se complica. ¿Por qué ha de ser tan terrorífica la idea de que le descubran a uno en un soborno —o en cualquier oferta similar, como una insinuación sexual o una solicitud de un donativo—? Y si se produce la transacción, ¿por qué el hecho de mantenerla como «extraoficial» (¿oficial o extraoficial con referencia a qué?) facilita las cosas a ambas partes?

Para responder a estas preguntas debemos pasar de la lingüística y la teoría del juego a la psicología social evolutiva, donde podemos buscar las raíces de la vergüenza y el tabú.

COMPARTIR, CLASIFICAR, COMERCIAR: REFLEXIONES SOBRE LAS RELACIONES

¿Qué es eso que tanto miedo da en la posibilidad de sobornar a un *maître*? Lo peor que puede decir es que no. Parece que no es ético, pero ¿por qué? Pagamos los servicios que se nos prestan, por ejemplo la entrega de paquetes, viajar en primera clase, y otras transacciones comerciales, y damos propina a todo tipo de personal, como los taxistas y los guías turísticos, por un mejor servicio después de haberlo recibido. De algún modo, pensamos que un *maître* exige un *tipo* de relación diferente con nosotros, una relación que excluya los intercambios *quid pro quo* que en cualquier otro lugar no tienen nada de excepcionales. Intentar cruzar esa frontera resulta bochornoso, hasta inmoral.

El antropólogo Alan Fiske ha desarrollado una teoría arrolladora de la socialidad humana que plantea los principales tipos de relaciones que tenemos entre nosotros, y los pensamientos, los sentimientos y las prácticas sociales que las mantienen.[36] Como en la teoría de la cortesía de Brown y Levinson, uno de los tipos de relación se centra en la solidaridad y el otro, en el poder. Pero Fiske sostiene que los dos tienen una lógica muy distinta, y no son en absoluto las dos caras de una misma moneda llamada «cara». Y Fiske añade un tercer tipo de relación, centrada en el intercambio social. Los tres tipos de relaciones hunden sus raíces en nuestra historia evolutiva, y cada uno se aplica de forma instintiva a determinados tipos de díadas humanas. Pero con el uso de ciertos canales de comunicación, incluido el lenguaje, podemos tratar de forzar la mentalidad de un determinado tipo de relación sobre otras díadas. Estas negociaciones impulsan muchas de las prácticas culturales documentadas por la antropología y, como veremos, parece que motivan la «hipocresía aceptable» del habla indirecta.

36. Fiske, 1992, 2004; Haslam, 2004.

El primer tipo de relación se llama el compartir comunal o, dicho de forma breve, la comunalidad. La lógica en la que se asienta es: «Lo mío es tuyo; lo tuyo es mío». Es la relación que se mide como «distancia social» en la teoría de la cortesía, y es la que se salvaguarda gracias al sentimiento llamado «cara positiva», el deseo de que las otras personas deseen para ti lo que tú quieres para ti mismo. La comunalidad surge de forma natural entre los parientes de sangre, por razones que son evidentes para el biólogo evolutivo. En la historia de nuestra evolución, cualquier gen que predispusiera a una persona a ser agradable con un familiar habría tenido alguna oportunidad de contribuir a copiarse a *sí mismo* dentro de ese familiar (pues los familiares comparten genes), y él y sus copias habrían contado con el favor de la selección natural y estarían incrustados en el genoma.[37] La herencia genética compartida no es el único vínculo que nos une a otras personas. Una pareja monógama de toda la vida tiene sus destinos genéticos mezclados en un único paquete, sus hijos, de modo que lo que es bueno para uno es bueno para el otro (al menos si no infravaloran la importancia y la calidad de los vínculos en competencia de sus familiares de sangre). Además, los gustos compartidos, o los enemigos compartidos, pueden unir a los amigos en un compacto de intereses comunes. Si dos compañeros de habitación tienen gustos musicales parecidos, uno se beneficiará del otro cada vez que traigan un CD, de modo que cada uno debería valorar el bienestar del otro, un análogo social de la relación que los ecologistas llaman mutualismo.[38]

Muchos lectores creen erróneamente que los argumentos evolutivos significan que los organismos realmente calculan su posibilidad de relación genética mutua y, de acuerdo con ello, calibran su conducta, una idea ridícula. Incluso la mayoría de los sociólogos se ocupan muy poco de cómo los intereses comunes de los genes o los recursos se traducen en una conducta altruista, tratando a los organismos como si fueran zombis programados para cumplir los dictados de sus genes. De hecho, la comunalidad se implementa en la mente como un *sentimiento* y como un conjunto de *ideas*. El sentimiento es la sensación cálida y confusa que tenemos cuando estamos en íntima comunión con nuestros amigos y familiares. Las

37. R. Dawkins, 1976/1989.
38. J. Tooby y Cosmides, 1996.

ideas consisten en metáforas conceptuales. Una es que LA SOLIDARIDAD ES LA PROXIMIDAD FÍSICA, la fuente de muchos modismos para expresarla, incluido el propio término técnico *distancia social.* Otra es que LA SOLIDARIDAD ES ESTAR CONECTADO, con la que nos encontramos al principio del capítulo 5, en la Declaración de Independencia (*vinculación afectiva, vínculos*, etc.). Y una metáfora de una fuerza particular es la de LA SOLIDARIDAD ESTÁ HECHA DE LA MISMA CARNE. Estas intuiciones pasan a los actos primarios que nos vinculan con aquellos a quienes amamos: el abrazo de una madre a su pequeño, el de dos amantes, el darse la mano y el abrazarse entre los amigos, el intercambio de fluidos corporales en el amamantamiento y en el sexo, el compartir la comida en una familia y entre amigos.

El compartir comunal nunca es perfecto, ni siquiera entre los más allegados y los amigos más íntimos, y es aún más difícil de conservar entre los conocidos informales y otras personas a las que nos unen vínculos poco estables. La razón es que cuando existe el espíritu de que cada uno tome lo que quiera sin tener que dar cuentas ni pagar gravamen alguno, las personas con vínculos genéticos mutuos más flojos con sus semejantes se sienten tentadas a tomar más de lo que les corresponde de sus cosas preciadas. La comunalidad es vulnerable a la codicia. Esto supone una tragedia para el grupo y, en especial, para sus líderes, ya que la mentalidad de todos para uno y uno para todos, si fuera posible que se hiciera instintiva, conduciría a una comunidad con mayor poder y más próspera. Por esto las personas hemos desarrollado ingeniosas técnicas de control de la mente para implantar y nutrir pensamientos comunales en los demás.

Una técnica es el uso de las metáforas del parentesco, que impregnan los cultos, las religiones, los clubes, los partidos políticos y los movimientos sociales: «hermanos, «hermandad», «fraternidad», «congregación», «hermanas», «la tierra de nuestros padres», «la madre patria», «la familia humana».[39] Recordemos que una de las herramientas de la cortesía comprensiva es el uso de términos que expresan cariño, como en *Hermano, ¿me prestas diez centavos?* Ahora vemos que la cortesía comprensiva no es tanto un esfuerzo cooperativo por salvar la cara, como una treta para desencadenar sentimientos comunales en los extraños, o para reforzarlos en los amigos y los aliados.

39. Daly, Salmon y Wilson, 1997.

La otra técnica consiste en reforzar la intuición medio popular y medio biológica de que las personas estamos hechas de la misma carne y, por consiguiente, formamos parte de un gran superorganismo. Las comidas comunales son uno de los rituales de vinculación más comunes en todo el mundo, como si la gente creyera que se es lo que se come y, por lo tanto, si uno come lo mismo que otro, es lo mismo que ese otro. Un corolario es que los tabúes de la comida protegen las fronteras del grupo, porque impiden que sus miembros compartan la comida con grupos vecinos. Muchas tribus y muchas coaliciones (como la mafia) se hacen un corte en los dedos y se los frotan mutuamente para hacer que se mezclen las sangres, de ahí la expresión «hermanos de sangre». Las personas también se desfiguran el cuerpo —mediante cicatrices, tatuajes, *piercings*, estiramientos, rellenos, peinados exagerados, la circuncisión y otras formas de mutilación genital— para hacer que el grupo parezca una especie separada, biológicamente distinta de otros grupos humanos.

Las personas de los grupos también participan de movimientos sincronizados, como bailar, hacer reverencias, ponerse de pie, sentarse, la marcha y la instrucción militares y el ejercicio físico. La impresión desde fuera es la de un único cuerpo comunal, más que la de muchos cuerpos individuales, debido a una ley de la percepción llamada «destino común»: las cosas que se mueven juntas se ven como unidas. La impresión desde dentro es aún más engañosa. Normalmente las personas sentimos los límites de nuestro propio cuerpo al observar qué se mueve cuando hacemos que lo haga una parte de nuestro cuerpo. Ésta es la razón de que sintamos que las herramientas, las bicicletas y los coches son extensiones de nuestro propio cuerpo, y de que un psicólogo, con el uso de espejos o vídeos, pueda engañarnos y llevarnos a pensar que controlamos voluntariamente la mano de otro, o incluso una mano fantasma propia que había sido amputada años antes.[40] Combinemos este pedazo de nuestra psicología sensorial y motriz con un movimiento rítmico de todo el grupo y una persona se puede sentir literalmente como si formara parte de un cuerpo comunal. Las fronteras personales también se pueden erosionar cuando las personas sufrimos juntas una intensa experiencia emocional, como el hambre, el terror, el dolor o un estado de conciencia alterado por las dro-

40. Ramachandran y Blakeslee, 1998; Wegner, 2002.

gas. Estos trucos baratos son habituales en los ritos iniciáticos de todo el mundo.

Los mitos y las ideologías también pueden reforzar un sentimiento de comunalidad originado en la biología popular. Se nos dice que descendemos de un patriarca o una pareja primigenia, o que estamos vinculados a una tierra natal, o que nacimos en el mismo acto de la creación, o que estamos relacionados con el mismo animal totémico. La siguiente es una regla general de la antropología: siempre que un pueblo (nosotros incluidos) tiene una práctica cultural que parece extraña, es posible que estén manipulando su biología intuitiva para mejorar los sentimientos de comunalidad.

Llamativo por su ausencia es aquel mecanismo que los teóricos sociales y políticos consideran la base de la sociedad: un contrato social. Los amigos, las familias, las parejas y los clanes no se sientan a formular verbalmente los derechos y las obligaciones que los unen. Si de un modo u otro emplean el lenguaje, es para reconocer su solidaridad en una sucesión unísona o próxima, como en «Te quiero», «Prometo serte fiel» y «Creo con toda mi fe». Lo que no les gusta hacer es negociar los términos de su comunalidad.[41] El propio acto de delimitar con palabras los incentivos y las obligaciones socava la naturaleza de fusión emocional (y, en sus mentes, física) que les permite compartir de forma instintiva, sin preocuparse de quién toma qué ni de quién se lleva qué. Naturalmente, cuando las personas entran en conflicto a menudo recurren a la negociación verbal, desde la terapia de pareja a los tribunales. Pero no es éste el núcleo de una relación comunal y muchas veces se siente como algo extraño y fuera de lugar. En 1996, se ridiculizó ampliamente una propuesta de norma del Antioch College contra las violaciones entre compañeros, porque exigía que los alumnos hallados *in flagrante delito* obtuvieran el consentimiento verbal explícito en cada una de sus aventuras. La letra de una canción de *My Fair Lady* (que usaba en el capítulo 2 para ilustrar la construcción dativa) se puede usar también para ilustrar el medio preferido por el que cimentamos nuestras relaciones íntimas: No me cantes ninguna canción, no me leas ningún poema, no me hagas perder el tiempo. ¡Demuéstramelo!

41. Fiske, 2004, pág. 88.

A las personas no sólo no nos gusta hablar de nuestros lazos más íntimos, tampoco nos gusta pensar en ellos. Una persona de la que se sabe que cavila sobre los términos de su matrimonio, de su paternidad, de su amistad, o de su lealtad al grupo es considerada un bellaco, un amigo de cuando las cosas marchan bien, un mal padre o madre, un traidor, un infiel, alguien que simplemente «no se entera». Una vez más vemos las huellas de la psicología del tabú.[42] Un ejemplo claro es la paradoja del acuerdo prematrimonial. En una concepción de la racionalidad, toda pareja afianzada debería firmar un contrato prematrimonial que establezca los términos de la división de bienes en caso de que el matrimonio termine en divorcio, como ocurre con la mitad de ellos. Sin embargo, muchas parejas se resisten a tal sugerencia, y no son irracionales del todo. El propio acto de negociar un acuerdo prematrimonial hace más probable que vaya a ser necesario, porque se obliga a la pareja a pensar precisamente aquello que no debería pensar si su matrimonio se debe basar en los adecuados sentimientos comunales.

El segundo tipo de relación se llama clasificación de la autoridad, conocido también como poder, estatus, autonomía y dominio. La lógica de la autoridad es «No te metas conmigo». Sus raíces biológicas están en las jerarquías del dominio que se encuentran por todas partes en el reino animal. Un organismo reclama el derecho a un recurso en disputa basándose en su volumen, su fuerza, su edad o sus aliados, y otro animal cede ante él cuando se pueden prever de antemano los resultados de una batalla, y a ambas partes les interesa no resultar heridos en una pelea cuyo resultado sería una conclusión prevista.[43] De esta forma, ellos mismos se sitúan en el lugar que les corresponde dentro de una jerarquía.

En los seres humanos, la clasificación de la autoridad, como el compartir comunal, no se indica primordialmente mediante las palabras, sino

42. Fiske y Tetlock, 1997; McGraw y Tetlock, 2005; Tetlock, Kristel, Elson, Green y Lerner, 2000.

43. R. Dawkins, 1976/1989; Maynard Smith, 1988.

con la participación de las facultades perceptuales ajustadas para otro ámbito de la vida. En el caso de la comunalidad era la biología intuitiva. en el caso de la autoridad es la física intuitiva, concretamente las categorías kantianas de espacio, tiempo, sustancia y fuerza que veíamos en el capítulo 4. La ubicación de las personas en una jerarquía de dominación se simboliza normalmente como un orden en el tiempo, el espacio, el tamaño o la fuerza. Los individuos dominantes (jefes, presidentes, sacerdotes, chamanes, generales) avanzan al frente de sus subordinados, son los primeros en entrar o salir, se sitúan en posiciones más altas (a menudo en plataformas o balcones), parecen mayores (con la ayuda de sombreros, cascos y tocados), *son* mayores (los líderes, incluidos los presidentes de Estados Unidos, suelen ser más altos que los segundones), se les pinta como mayores (en imágenes y estatuas desproporcionadas), y tienen mayores despachos, palacios y monumentos. Cientos de metáforas expresan su equivalencia, como «el primero entre iguales» (tiempo), «el hombre fuerte» (fuerza), «el pez gordo» (tamaño) y «el que va a la cabeza» (posición en el espacio).

Los signos visibles de la capacidad de imponerse en una pelea son la publicidad más destacada de la autoridad, pero no fueron necesariamente las cualificaciones las que se ganaron la autoridad en primer lugar. La dominación en los seres humanos va unida al estatus: la posesión de unos bienes como el talento, la belleza, la inteligencia, la destreza y la sabiduría. Y al final, la dominación y el estatus son construcciones sociales que dependen crucialmente de la percepción de los otros y de uno mismo. El grado de autoridad que uno posee depende de cuánta autoridad está dispuesto a reclamar, y de cuánta autoridad están dispuestos a concederle los demás. Ésta, en mi opinión, es la auténtica naturaleza del concepto de «cara» que hicieron circular Brown y Levinson sin una teoría satisfactoria (aunque Goffman lo mencionaba una y otra vez). La «cara negativa» de estos autores, el deseo de no ser obstaculizado, es una exigencia de la dominación; su «cara privada», a la que a veces definen como un deseo de aprobación o estima, es una exigencia de estatus. (Otras veces la definen como un deseo de comprensión, pero pienso que éste es otro sentimiento, más vinculado a la comunalidad.)

Si se piensa desde la perspectiva de la autoridad, la cara no es simplemente el cálido baño de autoestima, sino un tipo de moneda social con un valor real. En muchos ámbitos de la vida, lo que conseguimos depende de aquello que pensamos que tenemos derecho a reclamar. Cuando el com-

prador y el vendedor se ponen a negociar, siempre hay un nivel de precios en el que ambos preferirían consumar la transacción a no realizarla. Por ejemplo, en el caso de un coche que al concesionario le costó 20.000 dólares, al comprador le puede parecer que 30.000 sería un buen precio, y cualquier precio intermedio deja a ambos en mejor situación que si el trato no llega a buen puerto. El precio que fijen dentro de ese margen depende de la resolución de cada uno. El concesionario aceptará un precio más bajo si el comprador lo convence de que no va a hacer más concesiones; el comprador aceptará un precio mayor si está convencido de que el vendedor tampoco las va a hacer.[44] Del mismo modo, cuando dos personas se disputan un taxi o una plaza de aparcamiento, ganará quien parezca más dispuesto a mantenerse en sus trece, verbal o físicamente. En los dos casos, las apariencias tienen su importancia. Cada reclamante irá retrocediendo en la medida en que piense que el otro no se va a mover, y se mantendrá en su postura en la medida en que piense que el otro va a ceder. Naturalmente, ninguno puede comprobar el temple del otro mediante una política suicida, pero los costes para ambas partes —abandonar el trato, llegar a las manos— pueden ser elevados. La bravuconería y la confianza en uno mismo, apoyadas por la deferencia y la estima de terceras partes, pueden ser un arma decisiva. Para ganarse este respeto pueden servir los bienes que otras personas valoran, o el hecho de haberse impuesto en otras batallas por la voluntad o por la fuerza. Quedar desarmado de tales recursos por una derrota o una falta de respeto públicos que todos puedan ver —«perder la cara»— es doloroso.

Las personas nos protegemos la cara de forma natural, y quienes no están dispuestos a desafiarla —como aquellos con quien compartimos mesa y quisieran que les pasaran la sal, pero no quieren montar una escena— utilizarán técnicas de la cortesía deferente, incluida el habla indirecta. Las implicaturas se pueden usar para protegerse la propia cara, así como para respetar mejor la de otro, y a veces el mensaje implicado se insinúa con toda claridad. En la película *Marea roja*, un autoritario capitán de la marina al mando de un submarino (Gene Hackman) cuenta con un inteligente lugarteniente (Denzel Washington); su relación es respetuosa pero fría. En el transcurso de la descabellada trama de la película, reciben un confu-

44. Schelling, 1960.

so comunicado en el que se les ordena lanzar unos misiles nucleares, con lo que seguramente se iniciaría la Tercera Guerra Mundial. El lugarteniente desafía al comandante, y después de muchos gritos, peleas y destrozos, el primero consigue evitar el lanzamiento, lo cual es algo bueno, porque la orden había sido un error. En el desenlace de la película, después de que a Washington se le retire la acusación de motín, Hackman se le acerca despacio y le dice: «Tenías tú razón, y yo estaba equivocado». Washington levanta las cejas. «En lo de los caballos, los lippizaner. *Son* de origen español. No portugués.» La lingüista Deborah Tannen, en un artículo sobre por qué los hombres no se disculpan, recuerda la escena y escribe airada: «¿Por qué no dijo simplemente lo que tenía que decir? "Cometí un error. Tenías razón. Estaba en un error al pretender iniciar una guerra nuclear"». Ni siquiera una observadora astuta como Tannen parece haberse dado cuenta de que Hackman *se disculpó*, pero con un mensaje ultrasónico que tal vez sólo sean capaces de oír los hombres, un mensaje cuya forma literal no cedió un ápice del dominio del comandante. Todo esto avalaría la teoría más amplia de Tannen (que se hizo famosa en su libro *Yo no quise decir eso*)* de que los hombres y las mujeres a menudo se comunican de forma diferente, no en lo que a las palabras o la sintaxis se refiere, sino a sus implicaturas.

La implicatura se puede usar tanto para retar a la autoridad como para mantenerla, y cuando así se hace llamamos «humor» al discurso. En 2001, Dick Cheney fue hospitalizado por una arritmia cardíaca, y un humorista dijo que la situación era grave porque George W. Bush se encontraba ahora a un latido de la presidencia. Esto contraviene la máxima de la calidad, porque el humorista abordó a la inversa el tópico de los vicepresidentes y la presidencia. Pero el público podía deducir que lo que estaba diciendo era que Bush estaba relegado como presidente y Cheney era quien llevaba los pantalones. Se puede hacer un chiste de casi todo el mundo, reírse de alguien en vez de reírse con él. El ridiculizado se pinta como inepto o idiota y, en consecuencia, pierde autoridad a los ojos de los espectadores. Como decía George Santayana: «Derribar algo, sobre todo si se mantiene en una posición arrogante, es todo un placer para el cuerpo». Al ocultar el insulto en una implicatura, quien plantea el desafío lo hace mucho más

* Barcelona, Paidós, 1999.

atractivo, porque cualquiera que sepa volver sobre los pasos de la implicatura —cualquiera que «coja el chiste»— se da cuenta de que hacía ya tiempo que sabían lo de la enfermedad del ridiculizado, y que los otros que se ríen con ellos también lo sabían.

No obstante, gran parte del humor consiste en bromas amistosas y autorreprobación, donde el objeto del chiste es quien habla o un compinche, y no una autoridad a la que haya que bajarle un poco los humos. Las siguientes son algunas frases sacadas de conversaciones reales entre alumnos universitarios, y que el psicolingüista Robert Provine grabó a escondidas:[45]

¿Es esto un vestido o un cobijo?
Pagaría cien dólares por caminar por encima de su mierda (expresión de cariño).
¿Sales alguna vez con alguien de tu especie?
¡Intento llevar una vida normal!

No es un humor agresivo sino cordial, pero no deja de haber un componente clave que implica una reducción de la dignidad. Creo que se emplea como señal de que la base de una relación es la comunalidad y no la autoridad. Siempre que las personas interactúan, están presentes las semillas de una relación de autoridad, porque como señaló Samuel Johnson: «No hay dos hombre que puedan estar juntos media hora sin que uno asuma una superioridad evidente sobre el otro». A primera vista se podría pensar que la parte superior siempre estaría en una posición de dominio, pero no siempre ocurre así. El desasosiego habita en la cabeza coronada: la dominación es útil mientras se tiene, pero puede desaparecer con la edad y las circunstancias. Los amigos están siempre ahí, en las duras y en las maduras, y todos necesitamos de ellos. Una forma de indicar a un compañero que la base de la relación es la amistad y no la dominación, es llamar la atención sobre un rasgo indecoroso de uno mismo o del compañero, renegando así de la posibilidad de que uno de los dos tenga algo sobre lo que imponerse en el otro.[46]

45. Provine, 1996.
46. S. Pinker, 1997b, cap. 8.

El tercer tipo de relación se llama coincidencia de la igualdad, aunque los términos más familiares son los de reciprocidad, intercambio e imparcialidad. La lógica es: «Si me rascas la espalda, te rascaré la tuya», y su base evolutiva es el altruismo recíproco.[47] En una relación de intercambio, las personas se reparten los recursos por igual, o por turnos, o cambian unos bienes y servicios por unos bienes y servicios equivalentes, o comercian con favores en un intercambio paritario. Cuando la coincidencia de igualdad se emplea para dividir un recurso entre personas que no lo pueden compartir de forma comunal, sino que cada una reclama su derecho sobre él, evita una contienda de autoridad y los costes que cada uno debería pagar por una disputa violenta. También permite que las personas disfruten de las ganancias del comercio, en el que dos partes con mayor cantidad de un bien de la que pueden disfrutar de una vez se intercambian sus excedentes, con lo que ambas se benefician.

Fiske indica que la implementación psicológica del intercambio es una operación concreta: un algoritmo conductual que asegura que los que intervienen en el juego aportan el mismo grado de esfuerzo y reciben un idéntico beneficio. Echan una moneda al aire, sacan pajitas, recitan versos como «pito pito gorgorito», alinean objetos en filas, o los pesan en una balanza. Pero el intercambio es un reino en el que el lenguaje literal interviene por derecho propio. «Si tú haces esto, entonces yo haré lo otro» es una práctica forma de comerciar con bienes y servicios intangibles, o con tangibles que se dan y se reciben en momentos distintos. El lenguaje es también el canal por el que extendemos la información sobre la veracidad de una persona, el fenómeno que llamamos cotilleo. Tal vez no sea una coincidencia que usemos el término «cara» como metáfora de la reputación en cuestiones de autoridad (con lo que posiblemente nos remontamos a la mirada fija de dominio de los primates), y que empleemos el «buen nombre» como metáfora de la reputación en cuestiones de imparcialidad.

La taxonomía de Fiske también contempla un cuarto tipo de relación, al que él llama «precio del mercado». Abarca todo el aparato de las economías de mercado modernas: moneda, precios, salarios, beneficios, rentas, intereses, crédito, opciones, derivativos, contabilidad y transferencias digitales, y el lenguaje de los contratos formales. A diferencia de los otros tres

47. Cosmides y Tooby, 1992.

tipos de relaciones, el precio del mercado dista mucho de ser universal. Una cultura que no tenga lenguaje escrito y que disponga de un sistema numérico que se detenga en «3» no puede manejar ni el más mínimo rudimento del precio del mercado. Y la lógica del mercado permanece cognitivamente como no natural también. En todo el mundo las personas piensan que todo objeto tiene un precio justo intrínseco (en oposición a valer sea lo que fuere lo que las personas estén dispuestas a pagar por él en un momento dado), que los intermediarios son parásitos (pese al servicio que prestan al reunir los bienes de lugares alejados y ponerlos a disposición de los compradores), y que el interés es inmoral (a pesar de que el dinero tiene para las personas mayor valor en un momento que en otros).[48] Estas falacias acuden de forma natural en una mentalidad de intercambio en la que las distribuciones son justas sólo cuando cantidades equivalentes de lo que sea cambian de manos. El modelo mental de los intercambios de cara a cara o tanto por cuanto no cuenta con lo necesario para manejar el abstruso aparato de una economía de mercado, que hace fungibles diversos bienes y servicios entre un vasto número de personas, a grandes distancias de tiempo y espacio.

En lo que yo alcanzo a entender, esto sitúa el precio del mercado fuera del reino de la naturaleza humana, y parece que no hay pensamientos que evolucionen de forma natural ni sentimientos que se ajusten a él. En este sentido, el precio del mercado se puede agrupar con otros ejemplos de organización social formal que se han puesto a punto a lo largo de los siglos como una buena forma de organizar a millones de personas en una sociedad tecnológicamente desarrollada, pero que no ocurren de forma espontánea a mentes no gobernadas. Un ejemplo paralelo se puede encontrar en las instituciones políticas de una democracia, donde el poder se asigna no a un hombre fuerte (la autoridad), sino a unos representantes que se seleccionan mediante un proceso formal de votación y cuyas prerrogativas están delimitadas por un complejo sistema de comprobaciones y balances. Y otro ejemplo más es una gran institución, como una empresa, una universidad, o una organización sin ánimo de lucro. Las personas que trabajan en ellas no tienen libertad para contratar a amigos y parientes (la comunalidad) ni para repartir las sobras como favores (intercambio), aunque sean éstas ten-

48. Sowell, 1980.

taciones humanas universales. Al contrario, su conducta se ve constreñida por unas obligaciones y unas normas fiduciarias.

La comunalidad, la autoridad y el intercambio son modos universales en que las personas conciben sus relaciones, pero las culturas difieren en qué tipo de relación se puede aplicar a qué recurso, para qué clase de díada, en qué contexto. En las culturas occidentales, compramos, vendemos e intercambiamos nuestra tierra (Intercambio), pero no hacemos lo mismo con las mujeres prometidas como novias; en otras culturas ocurre lo contrario. El jefe de una empresa puede controlar el salario y el espacio del despacho de los empleados (autoridad), pero es posible que no sepa cómo arreglárselas consigo mismo o con su mujer, aunque estos *derechos señoriales* eran los beneficios extra de muchos reyes y déspotas en otros tiempos y lugares. El invitado a una cena en Estados Unidos (comunalidad) no debe sacar la cartera al final de la velada para pagarle la cena a su anfitrión, ni debe corresponder con una cena en su casa a la noche siguiente. Pero en muchas culturas este tipo de reciprocidad se calcula de forma abierta, un poco al modo en que las personas de nuestra cultura reconocen en privado el intercambio anual de tarjetas de Navidad.

Cuando una persona de una determinada cultura calcula mal qué tipo de relación se aplica a una situación dada, se pueden desatar los sentimientos. Al fin y al cabo, es cuestión de la forma aprobada de una cultura para distribuir los recursos y el poder. Servirse uno mismo un determinado bien puede ser una prerrogativa en el contexto de un tipo de relación, pero un hurto mayúsculo en otro tipo. Dar órdenes puede ser una exigencia del trabajo en un determinado contexto, pero un caso de extorsión en otro.

A veces, estas confusiones son casos aislados, el resultado de un malentendido, la prueba de una nueva relación o una exigencia singular. Esto desata el sentimiento que denominamos «torpeza» y los sucesos que llamamos «meteduras de pata» o «paso en falso». La persona torpe es ahora consciente de sí misma, está muy atenta a los detalles de la situación (en especial de las reacciones de las otras personas ante su conducta y sus ac-

tos), y paralizada en palabra y obra hasta que sale de la cáscara una estrategia de reparación. Prácticamente cualquier desajuste de relación puede originar un sentimiento de torpeza. De sobras es conocido que los buenos amigos (comunalidad) no deben acordar una importante transacción económica entre ellos (intercambio), como la de vender un coche o una casa; puede poner en peligro la amistad. Puede haber momentos delicados en que un supervisor o un director (autoridad) entable amistad con un empleado o un alumno (comunalidad), una transición que se puede indicar mediante las formas de dirigirse el uno al otro o el uso de los pronombres T y V. Cuando la relación de autoridad amenaza con tornarse en sexual, el resultado puede ser no sólo la torpeza, sino una demanda por acoso sexual. La sexualidad, por su parte, es un tipo especial de relación comunal, que puede chocar con otros tipos de comunalidad como la amistad, creando así otro motivo para que se desencadene la tensión social. La industria del ocio explota esta torpeza como un recurso argumental en comedias de insinuaciones sexuales, como *Seinfeld* y *Friends*.

Si un malentendido no es algo aislado, sino algo deliberado y prolongado, el sentimiento puede pasar de la torpeza a la condena moral. La madre que vende a su bebé, el profesor que exige sexo a un alumno, el amigo que usa a otro amigo para beneficiarse, son casos que todo el mundo condena. Al igual que en la paradoja del acuerdo prematrimonial, interviene aquí la paradoja del tabú: incluso *pensar* en traspasar los límites de un tipo de relación con otra puede ser algo recriminable. El psicólogo Philip Tetlock, colaborador en su día de Fiske, ha demostrado que las personas se indignan por el solo hecho de que les pidan que apliquen una mentalidad de intercambio o de mercado a unas relaciones comunales o de autoridad. Por ejemplo, se ofendían cuando se les preguntaba su opinión sobre si debería haber un mercado que regulara las adopciones de hijos, y si las personas deberían tener el derecho de vender su voto o sus órganos, o de comprar el evitarse formar parte de un jurado o cumplir con el servicio militar.[49]

Desde la cómoda distancia en que nos sitúa la ficción, es posible que nos fascinen personajes que se ven obligados a pensar lo impensable sobre sus relaciones íntimas, como en *La decisión de Sofía* o *Una proposición in-*

49. Fiske y Tetlock, 1997; McGraw y Tetlock, 2005; Tetlock, Kristel, Elson, Green y Lerner, 2000.

decente. Y desde la distancia más cómoda aún del humor, nos podemos reír de ellos. En una tira cómica del *New Yorker*, un caballero sentado en un sillón le dice a un joven: «Hijo, ya eres mayor. Me debes doscientos catorce mil dólares». Y en otro chiste antiquísimo sobre los sexos, que es demasiado opuesto como para omitirlo, un hombre pregunta a una mujer: «¿Te acostarías conmigo por un millón de dólares?». Ella responde: «Hmm... Supongo que podría». Continúa él: «¿Te acostarías conmigo por cien dólares?». Y ella replica: «¿Qué tipo de mujer se cree usted que soy?». Y él responde: «Esto ya lo hemos dejado claro; ahora sólo hablamos del precio».

Y ahora podemos volver a los actos de habla indirecta extraoficial de todos los días. Tomemos a nuestro escritor que visitaba los restaurantes, sudoroso y temblando mientras intenta sobornar a un *maître*. Si estuviera ante un *maître* honesto, cometería un malentendido entre la autoridad (la relación habitual con los clientes que reclama un *maître)* y el intercambio (los términos que Feiler trataba de ofrecer). No es de extrañar que Feiler se sintiera torpe, si no inmoral; su temor era producto directo de la teoría de los modelos relacionales. A Feiler lo salvó una implicatura. El contenido literal (como el de *me preguntaba si tenían ustedes alguna anulación*) es coherente con la relación de la autoridad, pero el contenido implicado («Le daré cien dólares si me encuentra una mesa enseguida») transmitía el deseado intercambio. Un *maître* honesto podría no haberse ofendido, y uno deshonesto podría aceptar el soborno. (Se tiene también la sensación de que el *maître* sentiría que había mantenido su autoridad, aunque por qué esta mala simulación podría funcionar es otro rompecabezas, el último que abordaremos en este capítulo.)

La lógica de la seducción es prácticamente la misma, aunque con un cierto giro. La matriz teórica del juego nos es familiar:

	Pareja dispuesta	Pareja no dispuesta
No se dice nada	Apretón de mano	Apretón de manos
«Me encantaría hacer el amor con usted»	Sexo	Le tira el vino a la cara
«¿Le gustaría subir a ver mi colección de sellos?»	Sexo	Apretón de manos

Pero la celda de «Le tira el vino a la cara» merece un comentario. En la escena de *Tootsie*, ¿por qué la transgresión de Michael se tiene que reducir sólo a la torpeza —el castigo habitual para un desajuste en la relación— y no a un sentirse ofendido? Aunque una relación romántica comprometida es una relación comunal, una relación sexual naciente tiene en sí un componente de intercambio, dada la mayor demanda de sexo por parte de los hombres que por parte de las mujeres.[50] Una mujer deseable puede esperar una atención y una generosidad especiales de una posible pareja, y puede situar muy alto el listón de la deseabilidad mínima de ésta, en especial el de su estatus social. Julie era una joven actriz guapísima que aspiraba al estrellato; Michael era un don nadie, que apenas le ofrecía un cumplido. Su empuje no fue sólo cualquier desajuste en la relación, sino un desajuste que amenazaba la cara de ella —la posición negociadora a la que ella se sentía con derecho en el mercado sexual— y ella se sentía empujada a defenderla.

Solicitar de un benefactor un donativo cuantioso tiene mucho en común con el cortejo sexual. Es obligatoria una comida suntuosa, pues establece un ambiente de cálida comunalidad. En todo el proceso se mantiene un aura de amistad, de la que goza mucho la persona objetivo de la seducción. A veces se añade algún acto de entretenimiento (aquí intervendría yo, y otros profesores presentables). Durante la mayor parte de la velada no se habla del negocio que se lleva entre manos, aunque las personas lo tienen muy presente. El seductor debe tener cuidado de que la velada no se le vaya de las manos sin lograr lo que se propone, pero no debe mover ficha antes de hora, antes de que se haya creado el ambiente propicio. Una diferencia es que, a la hora de la verdad, cualquier decano se puede acercar al donante y, con aire desenfadado, deslizar la mano hasta dar con su talonario de cheques. Pero «la petición», como se llama en ese mundillo, debe tratarse con delicadeza, llamando «líder» y «amigo» al donante, y subrayando repetidamente el carácter altruista del «regalo».[51] El análisis cínico de la transacción — la universidad le vende al donante los derechos de nombramiento, prestigio y un simulacro de amistad con personas interesantes— es tabú. El intercambio sólo es implicado dentro de un ambien-

50. Buss, 1994; Symons, 1979.

51. Rosovsky, 1990.

te de comunalidad, y los términos reales se dejan para la fase de «mi gente ya se pondrá en contacto con ustedes». Y como ocurre con el cortejo sexual, las partes acaban realmente como buenos amigos.

Las amenazas, por su parte, tienden a velarse en implicaturas por dos razones. Una es familiar: el extorsionista sin pelos en la lengua se expondría a sí mismo y, de este modo, correría el peligro de tener que acarrear penas legales, igual que el sobornador. Pero también se enfrenta al peligro de que el objetivo de su extorsión lo ponga en evidencia al desafiar su amenaza. Con el fin de mantener la reputación de la que vive, el extorsionista tendría que llevar a cabo la amenaza, lo cual puede ser arriesgado y caro, y además no tiene sentido después de que no ha conseguido coaccionar a su objetivo. Una amenaza implicada resuelve ambos problemas. Si la amenaza es extraoficial, será más difícil condenar al extorsionista, y si se le desafía, puede optar por no llevarla a cabo sin desdecirse y socavar su credibilidad. La lengua inglesa le ofrece una opción especialmente práctica: la ambigüedad inherente del tiempo verbal futuro entre la futuridad y la volición (de lo que hablábamos en el capítulo 4). «Si no contrata con nuestra empresa de transportes, su sindicato irá a la huelga» siempre se puede defender como una previsión clarividente, más que como una política intencional. Otro ejemplo creativo es el de *El Padrino II*. Frank Pentangeli está a punto de testificar en una sesión del Congreso contra Michael Corleone, y el FBI lo secuestra para que nadie pueda amenazarlo. Michael aparece en la galería de los espectadores acompañado del hermano de Pentangeli, que acaba de llegar en avión desde Sicilia, y ambos se sientan a la vista de Pentangeli cuando va a empezar a declarar. (Tom Hagen explica: «Vino por su cuenta para ayudar a su hermano en este problema».) Frankie inmediatamente se retracta de lo que había contado.

La amenaza velada de Corleone ante la mera visión de un hermano es una de las muchas formas en que las personas han resuelto el problema de transmitir un mensaje cuando las palabras no sólo serían torpes, sino peligrosas. En su autobiografía, Roger Brown explica el ritual que seguían los gay a principios de la década de 1950 cuando él estudiaba en la universidad, y cómo solucionaban el problema de la identificación en los lavabos de caballeros a los que iban en busca de plan:

Debes llevarte un libro y, sentado en la taza, con la puerta cerrada, leer con toda la concentración que te permita el estar al acecho del pato en tu escondite. En cuanto llega el pato y sienta sus plumas en la cabina de al lado, abandonas el libro y te concentras en el pie y el tobillo que te son visibles. Un cierto taconeo no significa nada, más que una impaciencia neurológica. A lo que debes estar al acecho es a un PATRÓN. Hay varios tipos de patrones interpretables, pero el más fácil de descifrar es el del pie que se mueve sistemáticamente hacia donde tú estás; primero la punta, luego el tacón, siempre con incrementos muy pequeños, nunca los suficientes para justificar un desafío, ni siquiera para que los perciba el criptoanalista más ducho. La posible pesadilla es una voz profunda que diga: «Oye, tío, ¿qué pasa?»...

Volvamos a los aseos uno debe mover los pies como lo hace el tipo que tenemos al lado, dirigiéndolos hacia él. Luego llegamos a un Rubicón inevitable. Uno de los dos se debe arriesgar... CONTACTAR. En realidad no es tan gran riesgo; a menos que haya una presión claramente voluntaria, cualquier otra cosa se puede borrar con una disculpa. Sin embargo, una vez que se ha ensayado la presión y ha sido correspondida, la escena cobra toda una energía eléctrica de potencial erótico.[52]

La ingenuidad de estos subterfugios demuestra que las implicaturas reúnen la totalidad de la inteligencia humana, y no se limitan a la interpretación del propio lenguaje.

PASAR EL TEST DE LAS RISITAS: LA LÓGICA DE LA NEGACIÓN NO TAN VEROSÍMIL

Queda por resolver un problema: la importancia de si una insinuación es «oficial» o «extraoficial» en la conversación de todos los días. El rompecabezas se plantea en los casos en que dos cosas son verdaderas. En primer lugar, el problema de la identificación se ha solucionado, y cada una de las partes conoce las intenciones de la otra. En segundo lugar, la implicatura es tan evidente que no deja duda en la mente de la oyente sobre lo que se pretende. La colección de sellos, la anulación en el restaurante, el liderazgo, la posibilidad de accidentes, son estratagemas transparentes, de mane-

52. R. Brown,1996, pág. 8.

ra que cualquier «negabilidad verosímil», en realidad no es verosímil: no pasaría la prueba de las risitas. En la sala de juicios, el criterio de demostrar la culpabilidad más allá de toda duda razonable, en especial en los casos en que interviene la libertad de expresión, puede explicar por qué la más mínima posibilidad de negabilidad puede salvar a alguien de la condena. Pero ¿por qué tenemos que actuar como abogados de la defensa en la vida cotidiana? ¿Por qué habría sido peor para el *maître* que ha aceptado el soborno si el cliente hubiera formulado su propuesta de forma clara y precisa? ¿Por qué debería sentirse avergonzado un donante ante una solicitud directa formulada como un *quid pro quo*, cuando en lo más profundo debe de tener la conciencia de que así son realmente las cosas? ¿Y por qué una insinuación sexual rechazada es más incómoda cuando se planteó como una proposición pura y simple que si se hubiera hecho con una insinuación inconfundible o mediante el lenguaje corporal?

Al igual que ocurre con las interacciones humanas, la dinámica de la seducción es demasiado sutil y delicada para poderla reproducir en el laboratorio. En estos casos, nuestra mejor tecnología puede ser el tipo de experimento llamado «comedia de costumbres», donde los personajes verosímiles representan ante nuestros ojos las normas no escritas del compromiso social. Harry, que había conocido a Sally hacía unas horas, ha calibrado mal el nivel óptimo de carácter indirecto de una observación sobre el aspecto de ella, y Sally lo acusa de propasarse.

HARRY: ¿Qué? ¿Es que un hombre no le puede decir a una mujer que es atractiva sin que ello signifique propasarse? Está bien. De acuerdo. Está bien, digamos que me he propasado, sólo para seguir con la discusión. ¿Y qué quieres que haga ahora? Lo retiro, ¿vale? Lo retiro.
SALLY: No lo puedes retirar.
HARRY: ¿Por qué no?
SALLY: Porque ya lo has dicho.
HARRY. Pero, bueno. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Llamar a la poli? Lo hecho, hecho está.

¿Qué significa exactamente en una proposición esto de que «hecho está», de modo que «no lo puedes retirar»? Como señala Harry, no es como si fueras a llamar a la poli.

Aunque muchas características de la implicatura pueden recoger procesos de inferencia racional, al cabo del día nos encontramos con algo en la mente de las personas que es específico del propio lenguaje. Expresar un sentimiento en una frase —de forma simple, oficial, con muchas palabras— marca una diferencia. Hay cosas de las que, una vez dichas, uno jamás se puede desdecir.

En los casos que hemos analizado, una o ambas partes quieren preservar el tipo de relación que es coherente con la formulación literal de una frase (el hombre y la mujer son amigos o colegas, el *maître* es una figura de la autoridad, el donante y el decano son amigos) mientras negocian lo que llevan entre manos (la proposición sexual, el soborno, la donación), lo cual presupone un tipo de relación diferente y está implicado entre líneas. ¿Por qué las personas creen que el habla indirecta les permite escaparse con esa hipocresía, de una forma que no les permitiría el habla directa? No sabría decir cuál es la respuesta, pero ahí van algunas ideas.

La reverencia simbólica.[53] Al formular una proposición como un acto de habla indirecta, el hablante indica a la oyente que está haciendo un esfuerzo para salvaguardarle la dignidad, los sentimientos o la cara. La mera percepción de que el hablante ha iniciado este esfuerzo hace que la oyente aprecie su consideración, y los sentimientos se calman. Una simple proposición, por su propia eficacia, indica que el hablante no ha puesto esfuerzo alguno por suavizar los sentimientos de la oyente.

No digas nada; demuéstramelo. Una relación de comunalidad no se negocia con el lenguaje, sino que se consagra con los signos físicos de la comunión, tales como los rituales, las celebraciones y el contacto físico. El propio acto de intentar articular una relación en palabras es un signo de que no puede ser una relación comunal, porque ésta se siente en lo más íntimo, y no se decide sobre ella de forma racional. Lo mismo ocurre con las relaciones de autoridad, que se proyectan de forma no verbal mediante signos de tamaño, fuerza y prioridad.

El público virtual. Es posible que el hablante y la oyente no alberguen duda alguna sobre la intención del acto de habla indirecta porque saben la historia de fondo y cada uno puede ser testigo de los modales y las pecu-

53. P. Brown y Levinson, 1987b. Véase también Herbert H. Clark, 1996; Isaacs y Clark, 1990.

liaridades del otro. Pero una persona que escuche la conversación, o una tercera parte, que desde la distancia se entere de lo que ocurre, carece de información, y sólo cuenta con las propias palabras para proseguir. Evidentemente, un público virtual es capaz también de leer las implicaturas, pero su grado de certeza es mucho menor que el del hablante y la oyente, y la negabilidad puede ser verosímil para él, aun en el caso de que no lo sea para los participantes. Comparemos los efectos de una proposición pura y simple. No sólo es más transparente para el testigo auditivo, sino que se puede transmitir con mayor precisión en una cadena de cotilleos. La razón está en que el lenguaje es un medio digital, y los mensajes digitales se pueden transmitir sin pérdida alguna. Naturalmente, el lenguaje, incluso en su mayor grado de precisión, está plagado de vaguedad, y la memoria de las personas para recordar la formulación exacta de una frase dista mucho de ser perfecta. No obstante, el contenido de una frase es más reproducible que la información análoga sobre el tono de voz de un hablante, o la proximidad con que dos personas se sientan. Según esta línea de pensamiento, siempre actuamos ante un público imaginario (como Goffman insistía con tanta frecuencia), aunque sólo sea para gestionar cualquier información que le pueda llegar con cuentagotas a quien escucha o un cotilleo.

Preservar el hechizo. La relación pública que comparten hablante y oyente es una ilusión agradable, como ver una obra de teatro, sentarse en un planetario o contemplar un jarrón de flores de seda. El *maître* puede reinar sobre su feudo. La mujer puede disfrutar de la atención y la amabilidad que le demuestra el hombre que está interesado por lo que piensa. El donante puede gozar de la cordialidad de una cálida cena con gente importante. La ilusión puede sobrevivir al mensaje implicado de un acto de habla indirecta, pero una proposición pura y simple la haría añicos, del mismo modo que el actor que EMBARRA SUS VERSOS rompe el encanto de una obra, o que la etiqueta MADE IN TAIWAN acaba con la ilusión de una rosa de seda. Una vez roto el hechizo, los participantes pueden disfrutar de la simulación sólo a costa de ser mentirosos e inocentones. En esta teoría, el yo se divide con el propósito de la autodestrucción, y la negabilidad es verosímil para una parte del yo aun en el caso de que la otra parte no crea en ella.

La certeza es un punto esencial. La norma legal de condenar a una persona sólo si las pruebas demuestran su culpabilidad fuera de toda duda ra-

zonable puede tener su símil en la vida cotidiana. Los tipos de relación son modos discretos y muy diferentes de interacción, y que una díada pase de una a otra no es cuestión baladí. Para bailar el tango se necesitan dos personas, de ahí que las personas deban reconocer conjuntamente la norma de cuándo cambiar. El umbral no se puede negociar abiertamente más de lo que pueda negociarse la propia relación, por lo que tiene que evolucionar como un compacto no declarado. Exactamente ¿cuál es el grado de proximidad en el que puede sentarse un hombre junto a una mujer, con qué esplendidez puede halagarla, cuán infundado puede ser el pretexto para invitarla a su piso, antes de que ella llegue a la conclusión de que las intenciones de él son sexuales? La cautela privada de la mujer puede percibir todos los indicios, pero su relación con el hombre debe ser «chicha o limoná». Es posible que, antes de hacer que el asunto no vaya a más, tenga que aguantar una considerable cantidad de sugerencias e insinuaciones, porque cambiar el tipo de relación tiene su precio, y es difícil saber dónde trazar la línea. Una proposición clara y sin ambages se sitúa claramente en el otro lado, y la diferencia entre ella y el continuo de insinuaciones puede ser el único lugar claro donde trazar esa línea. La verosimilitud de la negativa puede ser muy pequeña —el uno por ciento, o una décima por ciento—, pero mientras no sea cero (como sería el caso de una proposición pura y simple) la mujer no puede despachar al pretendiente.

Éste es un ejemplo del juego de la coordinación, otro escenario que Schelling[54] analizó. Una pareja se separa en unos grandes almacenes, y cada una de las dos personas debe adivinar dónde reunirse con la otra. O dos paracaidistas se lanzan a un territorio extraño y se deben reunir sin comunicarse, con la sola ayuda del mapa. Cada uno debe prever dónde preverá el otro que él preverá que el otro preverá que va a aparecer, y así hasta el infinito. En un juego de coordinación, cualquier punto que pueda servir de referencia a los dos jugadores se puede constituir en solución, aunque nada, excepto el hecho de ser punto de referencia para ambos, lo haga intrínsecamente adecuado para tal tarea. Los paracaidistas se pueden encontrar en el único árbol de un desierto, o en la colina más alta del territorio, o en la confluencia de dos ríos, incluso en el caso de que ese punto esté a una larga caminata de donde cada uno haya caído, simple-

54. Schelling, 1960.

mente porque es el único lugar que se puede destacar en un paraje sin otras características. Schelling señala que ésta es la razón de que dos negociadores a menudo repartan la diferencia entre sus posturas de partida, o se avengan a una cifra redonda. «El vendedor que hace sus cálculos y fija el precio mínimo del coche en 2.507,63 dólares de hecho pide que se le libre de 7,63 dólares.»[55] Asimismo, «si uno ha estado pidiendo un 60 % y rebaja a un 50 %, se puede pillar los dedos; si rebaja al 49 %, el otro dará por supuesto que ha empezado a ir cuesta abajo y que seguirá bajando».[56]

El conocimiento común. Supongamos que una mujer acaba de declinar la invitación de un hombre a que suba a ver su colección de sellos. Ella sabe —o, al menos, está bastante segura— que ha rechazado una invitación a hacer el amor. Y él sabe que ella ha declinado la invitación. ¿Pero sabe él que ella sabe que él lo sabe? ¿Y sabe ella que él sabe que ella lo sabe? Una pequeña incertidumbre en la propia mente se puede traducir en una incertidumbre mucho mayor cuando alguien intenta leerla. Al fin y al cabo, la mujer puede basar en privado su confianza de que él le hizo una proposición sexual en su propia astucia social, en el amplio conocimiento que tiene del sexo opuesto, y en su merecida diligencia para deducir la conducta de ese hombre a partir de los cotilleos de otras personas que han salido con él anteriormente. Pero todo lo que *él* se debe preguntar es qué podría haber deducido una persona genérica en las circunstancias que él ha creado. Del mismo modo, él es lo bastante listo para saber que el «no» de ella significa «no», pero ella no puede estar segura de que él no es un inocente que confía en que quizás ella no se diera cuenta de lo que se cocía. Una negación de la intención sexual puede no ser verosímil, pero una negación de que la *otra parte* sabía que se trataba de una intención sexual sí puede ser verosímil. Comparemos esto con lo que ocurre cuando el hombre hace una proposición manifiesta y la mujer la rechaza. Esta incertidumbre de mayor envergadura queda al descubierto. No sólo ocurre que cada una de las partes sabe que ella lo ha rechazado, sino que cada una sabe que la otra lo sabe.

Éste es el estado de la cuestión al que los estudiosos denominan conocimiento mutuo, conocimiento conjunto, conocimiento común o base

55. Schelling, 1960, pág. 67.
56. *Op. cit.*, pág. 71.

común.[57] Empezando por Grice, muchos teóricos han dado por supuesto que el conocimiento común de las reglas de una lengua, de las creencias tradicionales de una cultura, y de la racionalidad humana, es necesario para que exista una auténtica comunicación, en especial vía la implicatura. Pero el conocimiento común puede desempeñar también un papel en el lenguaje. Es posible que el conocimiento común de una solicitud o una oferta determinadas sea un prerrequisito para que dos personas se vean obligadas a cambiar su tipo de relación, cosa que no ocurre con el conocimiento individual (en el que ambas personas son sabedoras de lo mismo, pero ninguna de las dos es sabedora de lo que la otra sabe). Si tú sabes que te he pedido sexo y que me lo has negado, y yo sé que te he pedido sexo y que me lo has negado, ambos podemos simular que esto nunca ocurrió y seguir siendo amigos (o, al menos, fingir que lo somos). Pero si yo sé que tú sabes, y tú sabes que yo sé que tú sabes, y así sucesivamente, no se puede mantener por más tiempo la farsa.

La capacidad del lenguaje para explotar el conocimiento individual y convertirlo en conocimiento común es la base de una serie de fábulas y de rompecabezas. La más conocida es la del traje nuevo del emperador. Todos los que miraban sabían que el emperador estaba desnudo, pero no había forma de que estuvieran seguros de que los demás lo supieran, por lo que, por miedo, guardaban silencio. Bastó con que un muchacho gritara «¡El emperador no va vestido!» para que la multitud prorrumpiera en risas. Lo fundamental fue que el chico no le decía a una persona individual nada que ésta no supiese ya. Pero sus palabras seguían llevando información. La información era que todas las *demás* personas sabían lo mismo que sabía cada una de ellas.

Un ejemplo más sorprendente ha aparecido en diversos isomorfos, y se podría llamar el problema de la salsa barbacoa.[58] Veinte expertos en lógica están en una merienda en la que se les sirve costillas, sin otro condimento que salsa barbacoa. Tres de los lógicos llevan salsa la cara, pero no hay nin-

57. H. H. Clark y Brennan, 1991; H. H. Clark y Marshall, 1991; D. K. Lewis, 1969; Schelling, 1960; Schiffer, 1972; N. V. Smith, 1982; Stalnaker, 1978; Vanderschraaf y Sillari, 2005. La terminología es confusa: algunos autores reservan «conocimiento mutuo» para el conocimiento individual idéntico, en oposición a «conocimiento común»; otros emplean los términos de forma indistinta.

58. Vanderschraaf y Sillari, 2005.

gún espejo a mano, de modo que no lo saben, como tampoco saben los demás que llevan la cara limpia. Evidentemente, todos los lógicos pueden ver que algunos de los demás lógicos llevan la cara sucia, pero nadie quiere decírselo para no avergonzarlos, como tampoco quieren limpiarse la cara si la llevan limpia para no parecer idiotas. El chef regresa con una sandía, supervisa la situación, y anuncia: «Uno al menos de ustedes lleva salsa barbacoa en la cara. Tocaré la campanilla para darles oportunidad de que se limpien la cara con la servilleta. Luego la voy a tocar otra vez, y otra vez, etc. Cuando todos tengan la cara limpia, serviré la sandía». Toca la campanilla, y nadie se mueve. La toca por segunda vez, y todos siguen sin moverse. La toca de nuevo, y esta vez los tres lógicos que llevaban salsa en la cara se la limpian. Se sirve la sandía.

Antes del anuncio del chef, todo el mundo sabía que al menos una persona tenía la cara sucia, de modo que el chef no le estaba diciendo a nadie nada que no supiera ya. Pero el hecho de que pronunciara esas palabras en presencia de todos cambió el conocimiento que tenían de la situación. Les informó de que *todos los demás* sabían lo que ellos sabían. Y ésta era una información a la que podían recurrir. La solución es la que sigue.

Imaginemos una versión más sencilla de la historia, en la que sólo un lógico tiene la cara sucia. Cuando el chef dijo que al menos un invitado llevaba la cara sucia, quien tenía la cara sucia miró a su alrededor y vio que todos los demás llevaban la cara limpia, y dedujo que era él quien se la había ensuciado. Cuando suena la campanilla, se lava la cara. Fácil. Ahora supongamos que hay dos comensales con la cara sucia. Cuando el chef hace su anuncio, el primer lógico ve que la cara de otro lógico está sucia, pero nada sabe de su cara, de modo que se queda quieto. El segundo lógico con la cara sucia piensa lo mismo. Pero una vez que ha sonado la campanilla y nadie se ha movido, uno de los que lleva la cara sucia se da cuenta de su situación, porque si el segundo lógico hubiera sido el único, habría sabido que se debía lavar la cara, como veíamos en la situación de un solo lógico con la cara sucia. El hecho de que no lo hiciera significa que debió haber visto otra cara sucia y, como todas las demás caras que ve están limpias, concluye que la sucia debe ser la suya. Cuando la campanilla suena por segunda vez, el primero de los lógicos se lava la cara. Lo mismo hace el segundo lógico, porque ha llegado a la misma conclusión. La mis-

ma lógica se aplica a la tercera señal de la campanilla cuando hay tres comensales con la cara pringosa de salsa barbacoa: de la ausencia de actividad después de las dos primeras señales de la campanilla, y del hecho de ver dos caras sucias, cada uno de los tres sacó la conclusión de que la tercera era la suya. La lógica se puede ampliar a cualquier número de comensales sucios, que simultáneamente se irán lavando la cara después del correspondiente número de toques de la campanilla (diez comensales con la cara sucia se la limpiarían después del décimo toque, once comensales con la cara sucia lo harían después de la undécima señal, y así sucesivamente).

Aunque lo más fácil es explicar el conocimiento común diciendo que A sabe *x*, y B sabe *x*, y A sabe que B sabe *x*, y B sabe que A sabe *x*, y así *ad infinitum*, es evidente que ningún inicio finito puede contener un conjunto infinito de proposiciones. Y, aparte del problema de la salsa barbacoa, las personas generalmente no *necesitan* sentirse mareadas con capas superpuestas de proposiciones del estilo «A sabe B sabe». Al igual que en otros casos de la lingüística en que se dice que una persona «sabe» un conjunto infinito de expresiones (palabras, frases, proposiciones) el conocimiento del conocimiento común es *implícito*. Realmente, todo lo que la persona debe tener en la mano es una fórmula que es recursiva, es decir, que contiene un ejemplo de sí misma. Lo que las personas compartirían en la mente es la siguiente afirmación, que podemos llamar *y*: «Todo el mundo sabe *x*, y todo el mundo sabe *y*».[59] Si es necesario, pueden repetir cuantos niveles de proposiciones necesiten para un problema dado, siempre y cuando puedan seguirlos controlando en la memoria. Pero pueden captar que *tienen* un conocimiento común con la simple observación de la naturaleza recursiva de esa información que tienen en la mente. Más fácil aún; pueden inferir la comunalidad de su conocimiento al observar las circunstancias públicas en las que ellas y otras personas lo adquirieron, por ejemplo al oír el suave tañido de una campanilla o el grito de un muchacho.

El conocimiento común puede explicar gran parte del salvar la cara y el perder la cara que vemos en la vida cotidiana, porque la «cara» es inherentemente un fenómeno de conocimiento común. Uno se siente con valentía para presionar y conseguir una posición favorable porque sabe que

59. Herbert H. Clark, 1996.

los otros saben que él sabe que los otros saben que él sabe que cuenta con la estima o con el poder suficientes para mantenerse en sus trece. Las manifestaciones de falta de respeto son perjudiciales cuando son públicas porque pueden cortar de raíz este círculo. Toda persona madura sabe que las otras personas, hasta sus amigos íntimos, pueden cotillear sobre ella a sus espaldas. Es posible incluso que uno oiga sin querer una observación referida a él en una conversación telefónica, o adivinarla en algún correo electrónico. Pero mientras nadie sepa que él lo sabe, la cosa puede no ir a mayores. En cambio, si desde una tercera parte nos llega una observación desagradable, o la oímos al acercarnos a un grupo de personas que de repente se dan cuenta de que hemos estado oyendo lo que iban diciendo, o si la difunde de forma inadvertida en un correo electrónico alguien que no distingue la diferencia entre «Responder» y «Responder a todos», la herida es más profunda, y mayor el deseo de enfrentamiento. La diferencia es que ahora todos saben que sabemos que saben, etc., lo cual nos amenaza la cara si lo aceptamos sin ánimo de deshacer el entuerto.

La destreza que llamamos «tacto» consiste en impedir que un conocimiento individual delicado se convierta en conocimiento común. En una cena es posible que todos sepan que uno de los comensales está gordo, o que otro tiene un defecto del habla. Pero decirlo en voz alta, creando así un conocimiento común, sería tremendamente embarazoso. O pongamos un ejemplo más sutil que yo mismo viví y analicé en un experimento. Un alumno se me queja de la nota que le ha puesto un profesor ayudante (PA). Leo el examen y convengo en que se ha sido demasiado duro con el alumno, al que le digo que hablaré con el PA para que se la cambie, y le digo al PA que he hablado con el alumno de cambiarle la nota. Pero me cuido mucho de no decirles nada a ninguno en presencia del otro, y de ni siquiera mandarles el mismo correo electrónico a los dos, porque me parece que hacerlo socavaría la autoridad del PA. Los mensajes individuales impiden el conocimiento común. Es posible que el profesor ayudante sepa que se ha invalidado su juicio, y es posible que el alumno lo sepa. Pero éste no sabe que el profesor sabe que él lo sabe; el alumno podría sospechar que el PA pudiera pensar que el alumno simplemente me agotó con sus quejas. Y el PA no sabe que el alumno sabe que *él* lo sabe; el PA podría sospechar que el alumno pudiera pensar que pedí al PA que hiciera la vista gorda simplemente para aumentar la reputación del curso. Un mensaje conjun-

to se habría convertido en conocimiento común, y éste cierra todas estas posibilidades de salvar la cara.

Creo que el conocimiento común es la explicación más sólida de por qué las personas manipulan con el habla indirecta aun en el caso de que pueden ver a través de ella, sin embargo, las otras cinco explicaciones no son compatibles con ésta. Tal vez haya una conspiración de razones de por qué una proposición pura y simple es tantísimo más dañina para una relación que una proposición velada. No sólo ocurre que la proposición llana y simple no se puede ignorar si es conocimiento común, sino que es la única línea clara en la arena, y sería demasiado fácilmente reconocible por un público virtual. Esto hace añicos la ilusión de la relación, malbaratando así cualquier placer que las personas obtengan de ella. Y eso es así mucho más en las relaciones comunales, a las que corroe el propio acto de negociar abiertamente sus condiciones. Y quizás un hablante considerado tome medidas para evitar este riesgo y, para ello, implique su intención en el habla indirecta, ganando puntos por su reverencia a la cara del hablante. Por todas estas razones tenemos la sensación de que una proposición pura y simple «está ahí», y de que el hablante no la puede «retirar».

DECIDIR NO SABER: LA PARADOJA DE LA IGNORANCIA RAZONABLE

Los juegos que practicamos las personas al hablar pueden ser cualquier cosa menos frívolos. Proceden del hecho de que la conversación es una actividad intrínsecamente social. Las personas hacemos cosas con las palabras —ofrecemos, ordenamos, amenazamos, proponemos— y las cosas que hacemos afectan necesariamente a las relaciones que tenemos. Escogemos con cuidado las palabras porque deben cumplir dos funciones a la vez: transmitir nuestras intenciones, y mantener o renegociar nuestros vínculos con nuestros semejantes.

¿El hecho de evitar el habla sin rodeos es un trastorno en el diseño de nuestra mente, o es posible que tenga una explicación más profunda —una explicación que prevería que *cualquier* comunicador social se entregaría al habla indirecta—? A primera vista, parece algo improbable. La auténtica razón de *tener* un lenguaje es transmitir información y, dado que el conocimiento es poder, es razonable pensar que cuanta mayor informa-

ción transmita, mejor. En su inocencia, uno podría pensar que siempre es mejor saber algo que no saberlo, por la misma razón que es mejor ser rico que pobre: si se es rico, siempre se puede regalar el dinero y ser pobre. Y si se sabe algo, siempre se puede decidir ignorarlo.

Evidentemente, es un lugar común de nuestros tiempos que sufrimos una sobrecarga de información debido a la omnipresencia de los medios electrónicos. Y, durante cincuenta años, los científicos cognitivos han estado insistiendo en las limitaciones del cerebro para procesar información. Algunos han dicho que las máximas cooperativas de Grice son una forma de gestionar el flujo de información que se da en una conversación, elevando todo lo posible el grado de transmisión de conocimiento utilizable.[60] Pero la razón definitiva de que nuestra habla sea tan indirecta quizá resida en un peligro distinto de la información: no el de que nos abrume lo mucho que hay, sino que lo que dice nos pueda envenenar. La paradoja de la ignorancia razonable es que, aun en el caso de que pudiéramos albergar tanta información como quisiéramos, y siempre pudiésemos separar el trigo de la paja, hay ciertos mensajes que es posible que una mente razonable no desee recibir.[61]

A veces decidimos no saber determinadas cosas porque podemos prever que producirán un efecto incontrolable en nuestros sentimientos. En apoyo a esta «Ley de la ignorancia indispensable», el psicólogo Gerd Gigerenzer relaciona algunos ejemplos. Las personas que no han visto una película o no han leído un libro evitarán las reseñas en que se cuente el final. El aficionado al baloncesto que se graba un partido se aislará de todos los medios de información para no enterarse del resultado antes de ver el partido que ha grabado. Muchos futuros padres deciden no averiguar el sexo del hijo que va a llegar, y en los países devastados por el aborto de las niñas, divulgar la información puede constituir un crimen. El considerable número de familias en las que el hijo no se parece en nada al padre oficial, probablemente serían más felices si nadie se hiciera la prueba del ADN. Los hijos de padres con la enfermedad de Huntington normalmente se niegan a realizarse las pruebas que les dirían si llevan o no el gen corres-

60. Sperber y Wilson, 1986.

61. Gigerenzer, 2004; Schelling, 1960. El término «ignorancia razonable» lo acuñó Sylvain Bromberger Bromberger, 1992, aunque referido a un concepto distinto.

pondiente. Y la mayoría de nosotros preferimos no saber el día en que vamos a morir.

Otra razón de que un sistema razonable pueda decidir ser ignorante es que, si está diseñado para tomar un decisión imparcial, el fragmento más diminuto de información externa puede decantar la balanza hacia un lado o el otro. Por esto se impide que los jurados conozcan el historial delictivo del acusado, o información que la policía haya obtenido con medios ilegales. Los científicos prueban los fármacos con estudios de doble ciego, en los que se abstienen de saber quién tomó el fármaco y quién un placebo. En el ámbito académico, los originales se reseñan de forma anónima, ocultando la identidad del autor y del crítico. Y los contratos públicos se conceden sin saber de antemano quién presenta la oferta.[62]

Pero el tipo de ignorancia razonable que nos lleva a velar el habla procede de los dilemas strangelovianos en los que nuestra propia racionalidad se nos puede volver en contra, y la única contramedida es el desarme unilateral del conocimiento (otro conjunto de paradojas que Schelling fue el primero en explorar).[63] La gente se siente mejor si está a salvo de amenazas. De ahí que los niños que se portan mal eviten la mirada de los padres, y los testigos públicos puedan permanecer incomunicados, y yo conozco a un colega que salvó una chaqueta preciosa, y tal vez la vida, porque no conseguía entender a unos atracadores que lo amenazaban con un acento muy fuerte. Estar en posesión de un secreto hace que uno sea vulnerable a la extorsión por parte de quienes quieren saberlo, y a que le hagan callar quienes desean que no se sepa. De ahí que a los secuestrados les convenga no ver la cara del secuestrador, que los mensajeros se mantengan ignorantes de la información sensible por su propia seguridad, y tenemos el lugar común de la película de espías: «Te lo podría contar, pero entonces tendría que matarte». En un juego de coordinación, la persona que dispone de menos información es la que se encuentra en mejor posición: si dos amigos negocian adónde ir a cenar, el que sugiera un restaurante que le guste justo antes de que el móvil se le quede sin batería será quien saldrá beneficiado.

El mero hecho de que a uno le hagan determinadas preguntas puede situarlo en desventaja, pues es posible que una respuesta haga daño, la otra

62. Gigerenzer, 2004.
63. Schelling, 1960.

sea una mentira, y negarse a contestar es una confesión *de facto* de que éstas son las dos opciones de quien tiene que responder. Los testigos que ejercen el derecho de la Quinta Enmienda contra la autoincriminación, y se niegan a responder a una pregunta, a menudo *se incriminan* a sí mismos ante el tribunal de la opinión pública. Cuando hay vacante un puesto de prestigio y empieza la búsqueda de ejecutivos y personal especializado, los candidatos no pueden admitir que lo quieren porque, si lo consigue otro, habrán sido humillados; tampoco pueden decir que no lo quieren, porque esto podría eliminarles de la competición. Ni siquiera pueden decir «sin comentarios», ya que ¿por qué iban a hacerlo si no tuvieran interés por el puesto? Durante la reciente búsqueda de decano de Harvard, la prensa averiguó que los posibles candidatos misteriosamente (e increíblemente) no podían ser localizados por sus ayudantes. Y, claro está, hemos visto muchos ejemplos en que el conocimiento común puede transformar la información negativa en una dañina pérdida de la cara. Muchos autores se niegan a leer las críticas desfavorables, y así pueden decir con toda sinceridad que no han recibido réplica alguna. Otros autores no leen *ninguna* crítica, no fuera que los conocidos sacaran las peores conclusiones sobre las que quisieran evitar.

Así pues, el conocimiento puede ser peligroso porque una mente razonable se puede sentir empujada a utilizarlo de forma razonable, permitiendo con ello que los hablantes malevolentes o descuidados dirijan nuestras facultades contra nosotros mismos. Esto hace que el poder expresivo del lenguaje sea una bendición a medias: nos permite averiguar lo que deseamos saber, pero también nos permite averiguar lo que no queremos saber. Así que el lenguaje no es sólo una ventana a la naturaleza humana, sino una fístula: una herida abierta a través de la cual nuestras tripas quedan expuestas a un mundo infeccioso. No es extraño que confiemos en que las personas envainen sus palabras en la cortesía, las indirectas y otras formas de ambigüedad.

Capítulo 9
ESCAPAR DE LA CAVERNA

Al igual que el paquidermo al que palpa el afectado por algún trastorno visual, la naturaleza humana se puede explorar de muchas maneras. La antropología puede catalogar en qué sentidos las personas de las diferentes culturas son iguales y en qué sentidos se distinguen. La biología puede delimitar los sistemas del cerebro, o el programa evolutivo de los genes, o los problemas adaptativos que se deben resolver en el nicho humano. La psicología puede engañar a las personas para que desvelen sus flaquezas en el laboratorio, o puede documentar de qué forma varían dentro de la diversidad normal y traspasan los límites de la patología. La literatura puede explorar los temas que desde siempre han obsesionado a las personas en los mitos y las historias del mundo, o incluso en las obras de Shakespeare solas.

En este libro, le he dado al lector la visión desde el lenguaje: lo que podemos averiguar sobre la naturaleza humana a partir de los significados y las construcciones de las palabras y de cómo se usan. Como ocurre con todas las posiciones estratégicas, deja al descubierto algunas cosas al tiempo que esconde otras. El lenguaje es un medio público y digital, y como tal debe ocultar los aspectos de nuestra experiencia que son privados: nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, nuestros presentimientos y nuestras intuiciones, y la coreografía de nuestro cuerpo. No obstante, somos animales gregarios, y nos gusta enseñar y cotillear y mangonear, de modo que pocos aspectos de nuestras vidas no están afectados por el trato que tenemos con los demás. Como canal por el que discurre gran parte de esta información, el lenguaje se adapta a cada característica de nuestra experiencia que se puede compartir con los demás, y una gran parte de la condición humana se sitúa en este ámbito.

¿Cómo podría el proverbial científico marciano —en este caso el lingüista marciano— caracterizar a nuestra especie, si sólo conociera la semántica y la pragmática de nuestra lengua? En este capítulo ofreceré una

visión de la naturaleza humana a través de la mirada de la palabra. Muchos de los ejemplos proceden del inglés, pero me he ceñido a los fenómenos que tienen las mayores posibilidades de decir algo a las personas en general, porque se encuentran en lenguas de todo el mundo y que no guardan relación histórica alguna. Es posible que los fenómenos no sean literalmente universales, ya que las palabras y las construcciones de una lengua dada dependen no sólo de la psicología de sus hablantes, sino de su historia de modas pasajeras, conquistas y vecinos. Tampoco deben ser los fenómenos reflejos directos de los patrones genéticos de nuestro cerebro; algunos pueden emerger de los cerebros y los cuerpos que interactúan en las ecologías humanas a lo largo de grandes espacios de tiempo. Aun con estas cautelas, la visión desde el lenguaje revela una especie con formas distintivas de pensar, sentir e interactuar.

Los seres humanos construyen una interpretación del mundo que es muy diferente del flujo análogo de sensación que el mundo les ofrece. Reúnen su experiencia en objetos y sucesos. Ensamblan estos objetos y sucesos en proposiciones, que presumen que son caracterizaciones de los mundos reales y posibles. Las generalizaciones son altamente esquemáticas: recogen algunos aspectos de una situación e ignoran otros, permitiendo que la misma situación se construya de múltiples formas. De modo que las personas pueden no estar de acuerdo sobre qué es realmente una situación dada, incluso cuando convienen en cómo la materia se movió a través del espacio.

Las caracterizaciones humanas de la realidad se construyen a partir de un inventario reconocible de pensamientos. El inventario empieza con algunas unidades básicas, como los sucesos, los estados, las cosas, las sustancias, los lugares y los objetivos. Especifica las formas básicas en que estas unidades pueden realizar cosas: actuando, yendo, cambiando, siendo, teniendo. Se puede considerar que un suceso incide en otro, porque lo causa, lo permite o lo impide. Una acción se puede iniciar con un objetivo en la mente, en particular el destino de un movimiento (como en el cargar heno), o el estado que resulta de un cambio (como en el cargar un carro). Los objetos se diferencian en si son humanos o no humanos, animados o inanimados, sólidos o conglomerados, y cómo están dispuestos a lo largo de las tres dimensiones del espacio. Los sucesos se conciben como que adoptan franjas de tiempo y que están ordenados unos respecto de otros.

Cada una de estas ideas tiene una anatomía diferente. Los humanos reconocen a los individuos singulares, y también los clasifican en categorías. Distinguen las categorías estable, que captan la esencia de un individuo, de unas propiedades transitorias que puede ocurrir que posean. Disponen de un zoom mental que les permite adentrarse en la sustancia de la que está hecho un ente (plástico) o retroceder para ver sus límites (una taza). Una sustancia se puede ver como un medio continuo (como el vino) o como un conglomerado de partes (por ejemplo, los guijarros).

Los seres humanos poseen un concepto primitivo del número, que distingue sólo entre uno, dos y muchos, aunque también saben calcular aproximadamente cantidades mayores. Emplean esta tosca forma de cuantificar no sólo cuando cuadran objetos (como en singular, dual y plural), sino también cuando colocan las cosas en el espacio (como en *en*, *cerca* y *lejos*), y cuando las localizan en el tiempo (como en el presente, el pasado reciente o el pasado remoto).

Cuando los seres humanos piensan sobre dónde está un ente, o qué es, o cómo cambia y se mueve, tienden a concebirlo de forma holística, como una burbuja o un punto sin partes internas. El objeto como un conjunto se piensa que está ubicado en un punto, o que se mueve como un todo, o que tiene un rasgo que lo envuelve, o que cambia de un estado a otro en su totalidad (como en un carro cargado de heno, o un jardín por el que revolotean las abejas). Pero los humanos también son capaces de formular un objeto en sus partes y registrar cómo se relacionan entre sí (como en *la parte inferior del carro* o *el lado del jardín*). Cuando el objeto es un cuerpo humano, el conjunto se ve como algo más que la suma de sus partes: se piensa que las personas *tienen* las partes de su cuerpo y, a la vez, *son* las partes de su cuerpo. Entre las posesiones de las personas no sólo están las partes de su cuerpo y sus bienes muebles, sino también sus ideas (que se pueden mandar los unos a los otros) y su buena fortuna.

Cuando los seres humanos ven el mundo o lo visualizan en una imagen mental, sitúan los objetos y los sucesos en un medio continuo de espacio. Pero este medio no gobierna la forma en que piensan cuando utilizan la parte de la mente que interactúa con el lenguaje. En este sistema, los humanos no reconocen el espacio en unas suaves coordenadas como las que revelan las reglas, los semicírculos o los niveles de los agrimensores. En su lugar, imponen un marco de coordenadas a un objeto de referencia, y

localizan una figura en relación con el marco, utilizando conceptos cualitativos o dicotómicos de relación espacial (como «en», «sobre» y «encima»). Los humanos saben alinear un marco de referencia con la tierra, sus cuerpos o un objeto prominente, y saben cambiar mentalmente entre estos marcos, lo cual les permite razonar de múltiples formas sobre una figura ubicada en ese marco. Los marcos de referencia distinguen arriba de abajo, y delante de detrás, pero son muy poco fiables cuando distinguen la izquierda de la derecha. Los humanos observan perfectamente las relaciones topológicas entre una figura y un objeto de referencia, por ejemplo si uno está tocando a otro, adjunto a él o dentro de él, y también si la figura está sobre o por encima de su objeto de referencia, y si está cerca o lejos de él. Un zoom mental hace posible que estos conceptos espaciales se apliquen a cualquier escala, desde la subatómica a la intergaláctica.

La mente humana funde los objetos en moldes esquemáticos, que se componen de materia genérica esparcida sobre cierto número de dimensiones (cero, uno, dos o tres). La materia alineada con una o más de estas dimensiones se puede recortar mediante una frontera, se puede desenrollar indefinidamente, o tener un poco de materia pegada a ella (como en las cintas, las vigas o las losas). Esta geometría también se puede aplicar a la frontera que separa un trozo de materia del espacio que lo rodea (como en los extremos, las costras y los bordes), o a la nada que queda detrás cuando un trozo de materia se saca del todo. Los contornos, los ángulos y las extensiones que componen una forma se van desvaneciendo mientras retroceden cuando las personas piensan desde una perspectiva espacial (por esto, *across* [a través] se puede aplicar a una mano o un país), pero se pueden traer de nuevo a la conciencia cuando las personas colocan el objeto en una categoría etiquetada por un nombre. El pensamiento espacial se ajusta a las exigencias de la manipulación de las cosas, de modo que no se define por la geometría sola, sino que se adapta a una física intuitiva del ensamblado, el apoyo, el contener, el cubrir y otras formas en que los humanos ponen en uso a los objetos.

El medio de nuestra conciencia es un flujo continuo de tiempo, pero el tiempo se trata de forma diferente dentro de la división del pensamiento relacionado con el lenguaje. En esta división, el tiempo se trata como una dimensión del espacio, y los seres humanos piensan en los sucesos como un material extendido sobre él. Se puede pensar en el tiempo como

una carretera por la que avanzamos, o como un desfile que marcha por delante de nosotros. No se mide con un cronómetro ni un calendario, sino que se divide en regiones discretas. Los humanos tienden a tricotomizar el tiempo en un presente psicológico (un momento de conciencia de unos tres segundos de duración), un pasado indefinido (a veces dividido entre lo reciente y lo distante), y un futuro indefinido (divisible también entre lo inminente y lo alejado). El pasado y el futuro a menudo no son conceptos temporales puros, sino que están infectados de una metafísica intuitiva: el pasado se confunde con lo actual; el no pasado, con lo hipotético; el futuro, con lo deseable. Los sucesos que pueblan la línea mental temporal se conciben como extrusiones de la materia del tiempo: al igual que los objetos, se pueden puntear o extender, pueden tener unos límites bien definidos o pueden ir desvaneciéndose de forma infinita, y se pueden componer de un único suceso o de un conglomerado de repeticiones. Un zoom mental puede apuntar directamente a la naturaleza microscópica de la actividad («cruzando la calle») o puede retroceder para abarcar el suceso en su totalidad («cruzó la calle»). Y al igual que la medición mental con cinta, el cronómetro mental está calibrado para los propósitos humanos. Funciona de forma distinta cuando un acto se ve como materializado de forma voluntaria y cuando se ve como que simplemente ocurre, y empieza cuando los actores ejercen su voluntad, y se detiene cuando consuman sus objetivos.

Los seres humanos ven algunas cosas como que simplemente ocurren, y otras, como causadas. La causalidad se evalúa no sólo mediante la correlación de las cosas en el tiempo o la ponderación de qué hubiera ocurrido si las cosas fueran de otra forma, sino mediante la detección de una fuerza o un ímpetu que se transfiere de un agente potente con tendencia hacia el movimiento, a una entidad más débil que mejor está detenida. Las variedades sobre esta viñeta mental de empujar y resistir dan origen a las intuiciones del ayudar, dificultar, impedir y permitir.

El primer eslabón de una cadena de causas a menudo se construye como una acción que inicia un agente, normalmente una persona. Los humanos demarcan las acciones según sean su modo, el cambio que aportan, o ambas cosas. A los seres humanos les interesa mucho determinar si un cambio se produce de forma intencionada o accidental, directamente o con la intervención de un agente, y como un medio o un fin. Moralizan

estas distinciones, y hacen que los agentes carguen con las culpas de los sucesos que de forma voluntaria, intencionada o directa hacen que ocurran.

Ningún humano es una isla. Los seres humanos almacenan en su mente artefactos mentales, como nombres y otros tipos de palabras, que son productos de la mente de otros seres humanos. Algunos de estos artefactos son omnipresentes en una sociedad dada y en un determinado momento, y colectivamente componen lo que llamamos cultura, una de cuyas partes es el lenguaje. Aunque un artefacto mental como una palabra puede ser omnipresente entre las personas de una sociedad, tiene que haberse originado en la mente de un inventor que hace el bien sin mirar a quién, y su destino depende tanto de su atractivo para otras mentes como de las redes de influencia que las conectan. Todo ser humano es a la vez productor y consumidor de estos artefactos, sobre todo cuando se trata de bautizar a un niño, y son ambivalentes en lo que se refiere a sus funciones en esta red de influencia, divididos entre los deseos de integrarse y de sobresalir.

Los humanos no sólo albergan ideas, sino que las maceran con el sentimiento. Se sienten intimidados por las deidades, sus partes y propiedades, y los reinos sobrenaturales que controlan. Los horrorizan la enfermedad, la muerte y el padecimiento. Les dan asco las secreciones de su cuerpo. Sienten un interés lascivo por la sexualidad en todas sus variantes. Odian a los enemigos, los traidores y los pueblos sometidos. Pese a lo desagradables que son estos pensamientos, las personas se los recuerdan mutua y conscientemente, a veces para intimidar o denigrar a los demás, a veces para llamar su atención, a veces para demostrar que son capaces de aguantar de buen grado esos pensamientos. Mientras avanzan por la vida, los humanos reaccionan emocionalmente ante sus altibajos, en especial las frustraciones y los reveses, y a veces advierten de estas reacciones a los demás.

Los seres humanos son delicados en lo que se refiere a sus relaciones. Mantienen una «cara» que los envalentona para plantear sus exigencias en la negociación y el conflicto. Son sensibles a su rango social, y también a su solidaridad y su simpatía con los demás. Con algunos de sus semejantes —normalmente familiares, amantes y amigos— los humanos comparten recursos, hacen favores de forma gratuita, y sienten unos vínculos de empatía y proximidad, que ellos mismos desdibujan con la intuición de ser una misma carne. Con otras personas, tratan de dominarlas o de pavonearse de su estatus, que les da derecho a ejercer el poder o la influencia. Y aun con

otras, intercambian bienes y servicios sobre la base de ojo por ojo y diente por diente, o dividen las cosas y las responsabilidades en porciones iguales.

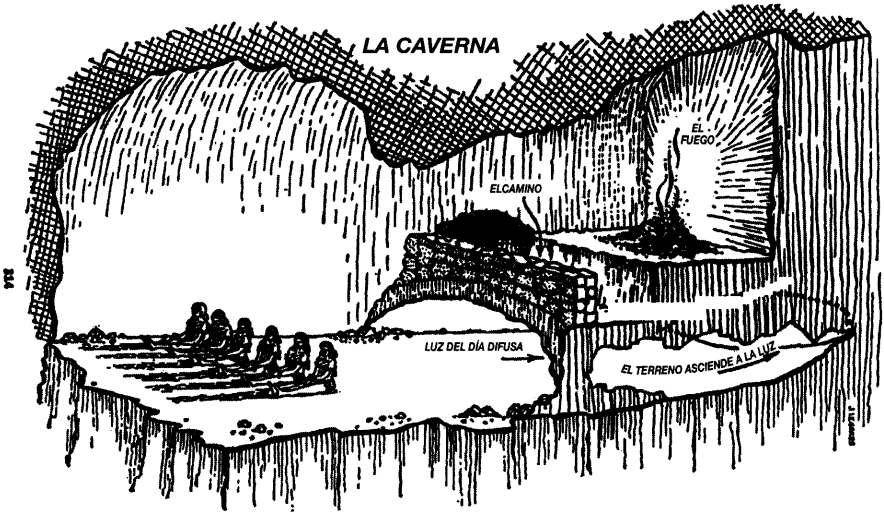
Las personas dan a sus relaciones un color moral. Se avergüenzan cuando infringen la lógica de una relación con un acto involuntario, y sienten desprecio por quienes la infringen de forma deliberada. Las relaciones humanas se ratifican con el conocimiento común, en el que las personas saben que los demás saben que ellas saben que la relación es de un determinado tipo. Esto hace que los seres humanos sean especialmente sensibles al reconocimiento público de un acto que viola la lógica de una relación, por ejemplo, la amenaza, una oferta, una solicitud o un insulto. No obstante, los humanos a menudo arriesgan estas violaciones, a veces para seguir con las cosas de la vida, a veces para renegociar una relación. Como consecuencia de ello, entran en la hipocresía y el tabú, diseñados para preservar el conocimiento común que mantiene una relación incluso cuando se entra en cosas que se contradicen con ella.

Cualquier inventario de la naturaleza humana tiende a provocar cierta aprensión en las personas optimistas, porque se diría que impone unos límites a las formas en que podemos pensar, sentir e interactuar. «¿Esto es todo lo que hay?», uno se siente tentado a preguntar. «¿Estamos condenados en el juego de la vida a escoger nuestros pensamientos pensables, nuestros sentimientos sensibles o nuestros posibles movimientos de entre un corto menú de opciones?»

Es una ansiedad que se remonta a la famosa alegoría de Platón de los prisioneros de la cueva. Los cautivos se encuentran atados con grilletes en una caverna, con la cabeza y el cuerpo encadenados de tal manera que sólo pueden mirar a la pared trasera. La cueva es una especie de sala de cine sacada de Los Picapiedra, con una hoguera sobre una terraza situada detrás de los prisioneros y ante la cual los proyectores colocan recortes o muñecos, que producen sombras que se mueven sobre la pared. Esta película es todo lo que los prisioneros conocen del mundo. Lo que creen que son objetos son meras semejanzas, y si alguna vez consiguieran salir de la caverna, la visión de los objetos a la luz del día deslumbraría sus ojos adaptados a la os-

curidad. En una interpretación de la alegoría, la caverna es nuestro cráneo, y nuestra relación con el mundo consiste únicamente en las representaciones ensombrecidas que nuestra mente nos pone a nuestra disposición.[1]

En estas páginas, he intentado exponer los principales tipos de pensamientos, sentimientos y relaciones sociales que entran en el significado y



el uso del lenguaje. ¿Son las sombras sobre la pared de la caverna en la que nuestra mente está apresada para toda la eternidad? Mucho de lo dicho en el libro hace que aparezca tal miedo, porque indica que la maquinaria de la semántica conceptual nos hace permanentemente vulnerables a las falacias del razonamiento y a la corrupción de nuestras intuiciones.

Una limitación manifiesta de nuestra racionalidad es que la capacidad que tenemos para enmarcar un suceso de formas distintas nos hace capaces de dar un viraje de 180 grados sobre un determinado curso de acción únicamente en función de cómo se describe (por ejemplo, asegurar una ganancia, frente a evitar una pérdida). Otra es que nuestros propios conceptos, aunque suficientemente útiles en la elaboración de herramientas y la cooperación de todos los días, se ven presionados a ocuparse de los nue-

1. De *Great Dialogues of Plato: Complete Texts of the* Republic, Apology, Crito Phaido, Ion, *y* Meno, *vol. 1,* en Warmington and Rouse (Comps.), Nueva York, Signet Classics, 1999, pág. 316.

vos mundos conceptuales que la ciencia y la sociedad han creado para que vivamos en ellos. Las personas pueden pensar sobre un ente de forma holística, lo cual las puede llevar a confundir las diferencias estadísticas entre diversos grupos con la absoluta superioridad de uno sobre el otro. Estiman que las propiedades son bienes físicos que sólo pueden estar en un sitio en un momento dado, y eso las priva de lo necesario para regular un nuevo mercado de medios digitales. Piensan que el movimiento tiene su origen en un ímpetu que un antagonista transfiere a un agonista, y eso las lleva a una falsa interpretación de la física (a pensar, por ejemplo, que una pelota que va volando posee una fuerza que la empuja). La comprensión que tienen de la evolución es también así de endeble; hasta las personas que dicen creer en la teoría de Darwin piensan que los organismos cambian sus rasgos como respuesta a una necesidad (como si fueran agentes que persiguen una meta), y que todos los miembros de una población evolucionan hombro con hombro (como si la especie tuviera una esencia que cambiara de forma holística).[2] Piensan que los actores humanos son causas no causadas, y producen efectos con la inmediatez de las bolas de billar, con el resultado de que una mejor comprensión de las causas en el interior del cerebro, y un examen más detallado de la tortuosa estructura causal del mundo, pueden dejar aturdidos a jueces y jurados.

Al igual que ocurre con el mundo físico, los conceptos naturales del mundo social pueden engañar a las mentes que los albergan. Nuestra orientación instintiva sobre cómo tratar a nuestros semejantes (la comunalidad, la dominación y la reciprocidad) nos puede haber aprovechado en la vida pueblerina del cara a cara, pero puede provocar que nos extraviemos en los ámbitos formales de una sociedad moderna. El nepotismo y el amiguismo constituyen peligros permanentes para las instituciones. La arrogación de la autoridad amenaza constantemente a una democracia. Y la expectativa de una reciprocidad basada en el ojo por ojo y diente por diente emponzoña la interpretación de la función de los intermediarios en una economía compleja. El economista Thomas Sowell ha documentado que los intermediarios —minoristas y prestamistas— han sido mal vistos a lo largo de la historia porque no son ellos quienes hacen que las cosas se produzcan, ni truecan cosas iguales por cosas iguales, sino que, al pasar por sus manos bie-

2. Shtulman, 2006.

nes o dinero, obtienen un beneficio. Cuando las minorías étnicas se especializan en el nicho del intermediario, se las ve como una raza de sanguijuelas, y se convierten en el objeto de la persecución o el genocidio, pese a su papel indispensable en la economía local.[3] En *World on Fire*, la experta en derecho Amy Chua sostiene que exportar la democracia del libre mercado puede alimentar el odio étnico y la inestabilidad global, porque un mercado libre abre los nichos de los intermediarios, en los que prosperan determinadas minorías, que irritan con ello a la mayoría que no lo comprende.[4]

Los sentimientos que recubren nuestro lenguaje nos pueden alejar también del mundo espléndidamente iluminado de la realidad. El puñetazo automático de las palabras entrelazadas emocionalmente nos puede llevar a pensar erróneamente que las palabras tienen unos poderes mágicos, cuando en realidad son convenciones arbitrarias. Y los tabúes sobre el pensar y el hablar que protegen nuestras relaciones personales del conocimiento común que pudiera romper su hechizo, nos pueden dejar incapacitados cuando intentamos abordar problemas a la escala sin precedentes de una sociedad moderna. Los descubrimientos científicos que parecen poner en entredicho a la autoridad o amenazar la solidaridad social, desde la astronomía copernicana a la biología evolutiva, se han puesto en duda como si fueran meteduras de pata sociales, o se han condenado como si fueran traiciones personales.[5] Y los problemas que a gritos exigen soluciones técnicas, como el sistema de la Seguridad Social estadounidense, siguen siendo «terceras vías» que electrocutan a cualquier político que las toque. Los opositores pueden enmarcar cualquier solución como «poner precio al bienestar de nuestros ciudadanos mayores» (o nuestros hijos, o nuestros veteranos), activando así un tabú que tiene cabida cuando tratamos con la familia y los amigos, pero no cuando se hace política para un país de trescientos millones de personas.[6]

3. Sowell, 1980, 1996.
4. Chua, 2003.
5. S. Pinker, 2007.
6. Tetlock, 1999.

El lenguaje pone al descubierto las paredes de nuestra caverna, pero también nos muestra cómo aventurarnos a salir de ella, al menos en parte. Al fin y al cabo, las personas captan destellos del mundo de la realidad iluminado por el sol. Aun dentro de nuestros padecimientos, hemos conseguido alcanzar la libertad de una democracia liberal, la riqueza de una economía tecnológica, y las verdades de la ciencia moderna. Dudo de que alguna vez alcancemos la utopía cognitiva en la que todos los problemas que nos quitan el sueño sean solucionables, pero es verdad que la mente humana dispone de los medios para ir más allá de unas pocas repeticiones que se reflejan en la pared de la caverna. En efecto, el lenguaje constituye la ventana más diáfana por la que podemos trascender de nuestras limitaciones cognitivas y emocionales.

La primera salida está en la metáfora conceptual. Los seres humanos toman sus conceptos de espacio, tiempo, causalidad y sustancia, se deshacen de los plomizos contenidos físicos para los que fueron diseñados, y aplican el armazón residual a cuestiones de mayor frescura. Las personas acogen el concepto de un objeto en una ubicación y lo utilizan para un ente en una circunstancia («ir de Detroit a Chicago» → «ir de mal en peor»). Acogen el concepto de un antagonista que ejerce una fuerza y lo usan para otros tipos de causalidad, por ejemplo la presión social o el conflicto interno («forzar el cajón para que se cierre» → «forzar a Anne para que se vaya). Juntas, estas abstracciones proporcionan los medios para expresar una variable con un valor y una causa y su efecto —una maquinaria conceptual suficiente para enmarcar las leyes básicas de la ciencia—. Y los humanos tienen a su disposición metáforas más articuladas que explotan para una serie de pensamientos más complejos —viajes para significar el amor, guerras para significar la discusión, chaquetas para significar la filiación política—. Las metáforas no son sólo ejércitos literarios, sino que pueden captar las profundas equivalencias de las redes causales, y las personas no las usan sólo para hablar, sino para razonar.

La segunda salida es el poder combinatorio del lenguaje —el «uso infinito de unos medios finitos» con los que las palabras se componen en frases y oraciones cuyo significado se puede deducir del de las palabras y de la forma en que están dispuestas—. El aparato combinatorio de la gramática es la imagen especular del aparato combinatorio del pensamiento, de modo que cada frase expresa una idea compleja. En mis libros anteriores

se celebraba la composicionalidad infinita del lenguaje, de ahí que no la haya fustigado en los capítulos anteriores. Pero ha llegado el momento de recordar que la naturaleza combinatoria de la lengua y el pensamiento nos permite contemplar una explosión de ideas pese al hecho de que estemos equipados con un inventario finito de conceptos y relaciones. Del mismo modo que en un Starbucks se puede pedir un café de casi cien mil formas (multiplicando los tamaños, el tueste, el nivel de cafeína, el tipo de azúcar, las formas de prepararlo y los tipos de leche), el propietario de una mente humana puede fabricar una variedad asombrosa de pensamientos multiplicando las formas en que se pueden combinar los objetos, los sucesos, las causas y los objetivos.

Los proveedores de la lingüística han imaginado muchas formas de exponer la fecundidad del lenguaje y los pensamientos que expresa. Mi preferida y más reciente es la familia de sitios *web* en los que las personas depositan cosas extrañas que oyen en despachos, el metro y otros espacios de la vida. Estos trozos de conversación real entre personas reales (nadie las podría crear) son la mejor publicidad de la exuberancia combinatoria de la mente humana, por su eterno poder de dejarnos atónitos con pensamientos que nunca antes se habían pensado:[7]

El conductor: Por favor, señores pasajeros, eviten obstruir las puertas con algún objeto o con el niño.

Niña nº 1: Como dijo Shakespeare en cierta ocasión: «No matarás».
Niña nº 2: No, eso lo dijo Dios.

Compañero de la oficina: Creo que a partir de ahora voy a hablar en tercera persona para referirme a mí mismo, y me llamaré «almeja china airada». La almeja china airada está hasta el moño de lo que hacéis.

Un señor por el móvil: Intenté llamarte ayer, pero no estabas en casa. ¿Dónde estabas? ¿Qué? ¿Colonoscopia? O sea que al final te compró flores y te dijo guarradas. Lo siento, sí, no me refería a esto. Voy a dejar de hacerme el gracioso. Oh, ja, ja. No era más que un juego de palabras. No... no... ¿Oye? ¿Oye?

7. <www.overheardinnewyork.com; www.overheardintheoffice.com>.

Cuando se combinan estas dos aptitudes —la metáfora y la composicionalidad— se puede presionar el lenguaje para que conciba y exprese un géiser inagotable de ideas. Las personas sabemos descubrir nuevas metáforas en nuestros esfuerzos por comprender algo, y sabemos combinarlas para formar metáforas y analogías aún más nuevas y más complejas.

Estas habilidades, claro está, también pueden alimentar un géiser incesante de *malas* ideas. Pero hay otras dotes mentales que ofrecen los medios para distinguir lo mejor de lo peor. Las personas no estamos esposadas a una única metáfora cuando pensamos sobre algo, sino que podemos cambiar entre ellas, escogiéndolas en función de cómo se ajusten mejor a las relaciones entre los conceptos de la metáfora y las relaciones entre las cosas que intentamos comprender. Y ese cambio puede estar impulsado por una intuición principal. Sentimos que nuestras palabras son *sobre* cosas del mundo, y no son simples definiciones atrapadas en un círculo autorreferencial de términos (como vemos en las intuiciones sobre la semántica de verbos factivos como *averiguar* y *saber*). La intuición de que las ideas pueden apuntar a cosas reales del mundo o pueden perderlas, y que las creencias sobre el mundo pueden ser verdad o simples creencias, puede impulsarnos a comprobar sus analogías por fidelidad a la estructura causal de la palabra, y a eliminar las características irrelevantes para centrarnos en las explicativas.

Huelga decir que esta combinación de aptitudes no nos dota a nadie de una máquina para producir verdades como quien produce salchichas. No sólo la mente individual es limitada en experiencia e ingenuidad, sino que ni siquiera una comunidad de mentes va a hacer una bolsa común de sus inventos y los va a diferenciar, a menos que sus relaciones sociales se reajusten con tal propósito. Los desacuerdos de la vida cotidiana pueden amenazar nuestro sentido de cara, donde radica la razón de que nuestras interacciones educadas se centren en temas a los que ninguna persona razonable puede poner reparos, como el tiempo, la ineptitud de las burocracias, y la pésima calidad de la comida de los aviones o los colegios mayores. Las comunidades que se supone que evalúan el conocimiento, como la ciencia, la empresa, el Estado y el periodismo, tienen que encontrar formas de superar cualquier obstáculo que se entrometa en el opresivo deseo de consenso cortés. En una conferencia científica, cuando un estudiante señala un fallo en el experimento de uno de los ponentes, de nada servirá

hacer que calle porque el ponente sea mayor y merezca un respeto, ni porque el ponente haya preparado con mucho esfuerzo el experimento y la crítica pueda herir sus sentimientos. Sin embargo, podrían ser éstas inhibiciones perfectamente legítimas en unas interacciones sociales cotidianas basadas en la autoridad o la comunalidad.

En la esfera de las relaciones sociales, no menos que en la de las ideas puras, tenemos que liberar nuestros modelos mentales de los dominios para los que fueron diseñados y aplicarlos metafóricamente y en combinaciones nuevas a lo que llevemos entre manos. Sabemos que disponemos de las herramientas para ello, porque las culturas difieren en la forma de asignar los tipos de relación a los bienes y las comunidades. En la ciencia y en otras culturas regidas por los conocimientos, la mentalidad de comunalidad se debe aplicar al bien que suponen las buenas ideas, que se tratan como recursos que hay que compartir. Esto significa alejarse de la mentalidad más natural, en la que las ideas se imaginan como rasgos que se reflejan bien en una persona, o deseos inherentes que los camaradas deben respetar si quieren mantener su relación comunal. La evaluación de las ideas hay que arrancarla también de nuestras intuiciones de la autoridad: los jefes de departamento pueden exigir un despacho mayor o un salario más alto, pero no que sus colegas acaten sus teorías. Estas relaciones radicalmente nuevas constituyen la base del debate abierto y la revisión entre iguales de la ciencia, y de las comprobaciones, los balances y los sistemas contables que se encuentran en otras instituciones formales.

Cuando todas las piezas encajan, las personas podemos andar a tientas hacia la salida de la caverna. En la educación primaria, se puede enseñar a los niños a ampliar su sentido del número más allá del «uno, dos, muchos», haciendo para ello que se percaten de la analogía que existe entre un incremento en una magnitud dada y el orden de las palabras que significan números en la secuencia del contar.[8] En la educación superior, a las personas se las puede desengañar de sus falacias en la estadística o la evolución estimulándolas para ello para que piensen en una población como una serie de individuos, y no como una figura holística.[9] O pueden desaprender su falsa economía popular y pensar que el dinero es algo que cam-

8. Carey, 2006.
9. Cosmides y Tooby, 1996; Gigerenzer, 1991; Shtulman, 2006.

bia de valor mientras va de aquí para allá a lo largo de una línea de tiempo, y de interés a coste de empujarlo hacia adelante. En la ciencia y la ingeniería, las personas pueden imaginar analogías para comprender los objetos de que se ocupan (un pincel es una bomba, el calor es un fluido, la herencia es un código) y para comunicarlos a los demás (la selección sexual es una habitación con un calefactor y un refrigerador). Estas analogías, si se interpretan con cuidado, no son únicamente unos marcos seductores, sino auténticas teorías, que hacen previsiones comprobables y pueden propiciar nuevos descubrimientos. En el gobierno de las instituciones, la transparencia y el rendir cuentas se pueden reforzar recordando a las personas que las instituciones de la verdad en las que confían en su vida privada —su defensa cuando se las tima, se las informa mal o se las engaña— también se aplican al ámbito social más amplio. Estos recordatorios pueden incidir negativamente en nuestras inclinaciones naturales hacia el tabú, el consenso educado y la sumisión a la autoridad.

Nada de todo esto nos llega con facilidad, por supuesto. Abandonados a nuestros propios dispositivos, somos capaces de retroceder a nuestras formas conceptuales instintivas. Esto pone de relieve el lugar de la educación en una democracia científicamente alfabetizada, e incluso sugiere una determinación en su favor (un principio sorprendentemente difícil de aprehender en la actual educación superior). El objetivo de la educación es compensar las deficiencias de nuestra forma instintiva de pensar sobre el mundo físico y social. Y es previsible que la educación alcance sus propósitos no tratando de implantar afirmaciones abstractas en unas mentes vacías, sino tomando los modelos mentales que son nuestro equipamiento estándar, aplicándolos a nuevos sujetos en analogías selectivas, y ensamblándolos en unas combinaciones nuevas y complejas.

La visión desde el lenguaje nos muestra la caverna en que habitamos, y también la mejor forma de salir de ella. Con el uso de la metáfora y la combinación, podemos considerar nuevas ideas y formas nuevas de gestionar nuestros asuntos. Así lo podemos hacer incluso cuando nuestra mente oscila con los agonistas y los antagonistas, los dioses, el sexo y los efluvios, y la comprensión, la defensa y la imparcialidad que constituyen la materia del pensamiento.

BIBLIOGRAFÍA

Abarbanell, L., P. Li y A. Papafragou, «Spatial language and reasoning in Tseltal», trabajo presentado en la reunión anual de la Linguistics Society of America, 2005.

Adams, D. y J. Lloyd, *The deeper meaning of Liff*, Nueva York, Harmony Books, 1990.

Allan, K., «Classifiers», *Language*, nº 53, 1977.

Allan, K. y K. Burridge, *Euphemism and dysphemism: Language used as shield and weapon*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.

Allison, H. E., *The Kant-Eberhard controversy: An English translation, together with supplementary materials*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973.

Aman, R., *The Best of Maledicta: The International Journal of Verbal Aggression*, Filadelfia, Running Press, 1987.

Anderson, J. R., *Language, memory, and thought*, Mahwah, NJ, Erlbaum, 1976.

Anderson, J. R. y G. H. Bower, *Human associative memory*, Nueva York, Wiley, 1973.

Anderson, S. R., «On the role of deep structure in semantic interpretation», *Foundations of Language*, nº 6, 1971, págs. 197-219.

Apresjan, J. D., «Regular polysemy», *Linguistics*, nº 142, 1973.

Attneave, F., «Triangles as ambiguous figures», *American Journal of Psychology*, nº 81, 1968, págs. 447-453.

Aunger, R., *Darwinizing culture: The status of memetics as a science*, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

Ayer, A. J., *Language, truth, and logic*, Nueva York, Oxford University Press, 1936 (trad. cast.: *Lenguaje, verdad y lógica*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1986).

Baayen, R. H. y F. Moscoso del Prado Martín, «Semantic density and past-tense formation in three Germanic languages», *Language*, nº 81, 2005, págs. 666-698.

Bach, E., «The algebra of events», *Linguistics and Philosophy*, nº 9, 1986, págs. 5-16.

Baddeley, A. D., *Working memory*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.

Baker, C. L., «Syntactic theory and the projection problem», *Linguistic Inquiry*, nº 10, 1979, págs. 533-581.

Barbour, J. B., *The end of time: the next revolution in physics*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

Barner, D. y J. Snedeker, «Quantity judgements and individuation: evidence that mass nouns count», *Cognition*, nº 97, 2005, págs. 41-66.

Barry, H. y A. Harper, «Feminization of unisex names from 1960 to 1990», *Names*, nº 41, 1993, págs. 228-238.

Barthes, R., «To write: An intransitive verb?», en R. Macksey y E. Donato (comps.), *The languages of criticism and the science of man: The structuralist controversy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1972 (trad. cast.: *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre: controversia estructuralista*, Barcelona, Barral, 1972).

Bates, E., *Language and context: The acquisition of pragmatics*, Nueva York, Academic Press, 1976.

Bates, E. y B. MacWhinney, «Functionalist approaches to grammar», en E. Wanner y L. R. Gleitman (comps.), *Language acquisition: The state of the art*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982.

Beeman, J. J., «Bilateral brain processes for comprehending natural language», *Trends in Cognitive Science*, nº 9, 2005, págs. 512-518.

Beeman, W. O., «The elusive butterfly», *Iconicity in Language*, 2001, <http://www.trismegistos.com/IconicityInLanguage/>.

Bell, Q., *On human finery*, Londres, Allison and Busby, 1992.

Berent, I., S. Pinker y G. Ghavami, «The dislike of regular plurals in compounds: Phonological familiarity or morphological constraint?», (en revisión).

Berent, I., S. Pinker y J. Shimron, «Default nominal inflection in Hebrew: Evidence for mental variables», *Cognition*, nº 72, 1999, págs. 1-44.

—, «The nature of regularity and irregularity: Evidence from Hebrew nominal inflection», *Journal of Psycholinguistic Research*, nº 31, 2002, págs. 459-502.

Berkeley, G., «Three dialogues between Hylas & Philonous» (1713), en M. W. Calkins (comp.), *Berkeley selections*, Nueva York, Scribners, 1929.

Berko, J., «The child's learning of English morphology», *Word*, nº 14, 1958, págs. 150-177.

Bertolo, S. (comp.), *Language acquisition and learnability*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

Bickerton, D., *Language and species*, Chicago, University of Chicago Press, 1990 (trad. cast.: *Lenguaje y especies*, Madrid, Alianza, 1994).

Biederman, I., «Visual object recognition», en S. M. Kosslyn y D. N. Osherson

(comps.), *An invitation to cognitive science*, vol. 2, *Visual cognition and action*, Cambridge, MA, MIT Press, 1995.

Blackmore, S. J., *The meme machine*, Nueva York, Oxford University Press, 1999 (trad. cast.: *La máquina de los memes*, Barcelona, Paidós, 2000).

Blakemore, S.-J. y U. Frith, *The learning brain: Lessons for education*, Malden, MA, Blackwell, 2005.

Blanchette, I. y K. Dunbar, «How analogies are generated: The roles of structural and superficial similarity», *Memory and Cognition*, nº 28, 2000, págs. 108-124.

—, «Analogy use in naturalistic settings: The influence of audience, emotion, and goals», *Memory and Cognition*, nº 29, 2001, págs. 730-735.

Block, N., «Advertisement for a semantics for psychology», en P. A. French, T. E. Uehling y H. K. Wettstein (comps.), *Midwest Studies in Philosophy: Studies in the Philosophy of Mind*, vol. 10, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1986.

Bloom, P., «Syntax-semantics mappings as an explanation for some transitions in language development», en Y. Levy (comp.), *Other children, other languages: Theoretical issues in language development*, Mahwah, NJ, Erlbaum, 1994.

—, «Possible individuals in language and cognition», *Current Directions in Psychological Science*, nº 5, 1996, págs. 90-94.

—, *How children learn the meanings of words*, Cambridge, MA, MIT Press, 1999.

—, *Descartes' baby: How the science of child development explains what makes us human*, Nueva York, Basic Books, 2003.

Bok, D. C., *Our underachieving colleges: A candid look at how much students learn and why they should be learning more*, Princeton, Princeton University Press, 2006.

Borer, H., *Structuring sense*, vol. I, *In name only*, Nueva York, Oxford University Press, 2005a.

—, *Structuring sense*, vol. II, *The normal course of events*, Nueva York, Oxford University Press, 2005b.

Boroditsky, L., «Metaphoric structuring: understanding time through spatial metaphors», *Cognition*, nº 75, 2000, págs. 1-28.

—, «Does language shape thought?: Mandarin and English speakers' conceptions of time», *Cognitive Psychology*, nº 43, 2001, págs. 1-22.

Boroditsky, L. y M. Ramscar, «The roles of body and mind in abstract thought», *Psychological Science*, nº 13, 2002, págs. 185-188.

Borregine, K. L. y M. P. Kaschak, «The action-sentence compatibility effect: Its all in the timing», *Cognitive Science*, en prensa.

Boudin, M., «Antitrust doctrine and the sway of metaphor», *The Georgetown Law Journal*, nº 75, 1986, págs. 395-422.

Bowdle, B. y D. Gentner, «The career of metaphor», *Psychological Review*, nº 112, 2005, págs. 193-216.

Bowerman, M., «Evaluating competing linguistic models with language acquisition data: Implications of developmental errors with causative verbs», en *Quaderni di Semantica*, nº 3, 1982a, págs. 5-66.

—, «Reorganizational processes in lexical and syntactic development», en E. Wanner y L. R. Gleitman (comps.), *Language acquisition: State of the art*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982b.

—, «Hidden meanings: The role of covert conceptual structures in children's development of language», en D. R. Rogers y J. A. Sloboda (comps.), *The acquisition of symbolic skills*, Nueva York, Plenum, 1983.

—, «The "no negative evidence" problem: How do children avoid constructing on overly general grammar?», en J. A. Hawkins (comp.), *Explaining language universals*, Oxford, Blackwell, 1988.

Bowerman, M. y S. C. Levinson, «Introduction», en M. Bowerman y S. Levinson (comps.), *Language acquisition and conceptual development*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

Boyd, R., «Metaphor and theory change: What is "metaphor" a metaphor for?», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

Braine, M. D. S., «On two types of models of the internalization of grammars», en D. I. Slobin (comp.), *The ontogenesis of grammar: A theoretical symposium*, Nueva York, Academic Press, 1971.

Bransford, J. D. y J. J. Franks, «The abstraction of linguistic ideas», *Cognitive Psychology*, nº 2, 1971, págs. 331-350.

Breedin, S. D. y E. M. Saffran, «Sentence processing in the face of semantic loss: A case study», *Journal of Experimental Psychology: General*, nº 128, 1999, págs. 547-562.

Bregman, A. S., *Auditory scene analysis: The perceptual organization of sound*, Cambridge, MA, MIT Press, 1990.

Bresnan, J., *Is knowledge of syntax probabilistic?: Experiments with the English dative alternation*, Stanford University, 2006.

Bresnan, J., A. Cueni, T. Nikitina y R. H. Baayen, «Predicting the dative alternation», trabajo presentado en Cognitive Foundations of Interpretation, Amsterdam, 2004.

Bresnan, J. y T. Nikitina, *On the gradience of the dative alternation*, Stanford University, 2003.

Bromberger, S., *On what we know we don't know: Explanation, theory, linguistics, and how questions shape them*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

Brown, D. E., *Human universals*, Nueva York, McGraw-Hill, 1991.
Brown, P. y S. C. Levinson, «Introduction to the reissue: A review of recent work», en *Politeness: Some universals in language use*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987a.
—, *Politeness: Some universals in language usage*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987b.
Brown, R., *Words and things*, Nueva York, Free Press, 1958.
—, *Social psychology: The second edition*, Nueva York, Free Press, 1985.
—, «Theory of politeness: An exemplary case», trabajo presentado en la Society of Experimental Social Psychologists, 1987.
—, *Against my better judgment: An intimate memoir of an eminent gay psychologist*, Binghamton, NY, Haworth Press, 1996.
Brown, R. y A. Gilman, «The pronouns of power and solidarity», en *Psycholinguistics: Selected papers by Roger Brown*, Nueva York, Free Press, 1972.
Brown, R. y C. Hanlon, «Derivational complexity and order of acquisition in child speech», en J. R. Hayes (comp.), *Cognition and the development of language*, Nueva York, Wiley, 1970.
Bruce, L., *How to talk dirty and influence people: An autobiography* (1965), Nueva York, Simon and Schuster, 1991.
Brugman, C., *The story of over: Polysemy, semantics, and the structure of the lexicon*, Nueva York, Garland Publishing, 1988.
Bryson, B., *The mother tongue: English and how it got that way*, Nueva York, Morrow, 1990.
Burchfield, R., *The English language*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.
Buss, D. M., *The evolution of desire*, Nueva York, Basic Books, 1994 (trad. cast.: *La evolución del deseo: estrategias del emparejamiento humano*, Madrid, Alianza, 2004).
Butterworth, B., *The mathematical brain*, Londres, Macmillan, 1999.
Bybee, J., R. Perkins y W. Pagliuca, *The evolution of grammar: Tense, aspect, and modality in the languages of the world*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.
Bybee, J. L., *Morphology: A Study of the relation between meaning and form*, Filadelfia, Benjamins, 1985.
Carey, S., *Origins of concepts*, Cambridge, MA, MIT Press, 2006.
Carlson, L. y E. van der Zee (comps.), *Functional features in language and space*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.
Carter, R. J., «Some constraints on possible words», *Semantikos*, nº 1, 1976.
—, «Some linking regularities», en B. Levin y C. Tenny (comps.), *On linking:*

Papers by Richard Carter (Lexicon Project Working Paper n. 25), Cambridge, MA, MIT Center for Cognitive Science, 1988.

Casasanto, D., «Crying "Whorf" (letter)», *Science*, nº 307, 2005, págs. 1.721-1.722.

Casati, R., «The cognitive science of holes and cast shadows», *Trends in Cognitive Science*, nº 10, 2006, págs. 54-55.

Catrambone, R. y K. J. Holyoak, «Overcoming contextual limitations on problem-solving transfer», *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory, and Cognition*, nº 15, 1989, págs. 1.147-1.156.

Cave, K. R., S. Pinker, L. Giorgi, C. Thomas, L. Heller, J. M. Wolfe y H. Lin, «The representation of location in visual images», *Cognitive Psychology*, nº 26, 1994, págs. 1-32.

Chapman, L. J. y J. Chapman, «Test results are what you think they are», en D. Kahneman, P. Slovic y A. Tversky (comps.), *Judgement under uncertainty: Heuristics and biases*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982.

Chi, M. T. H., P. Feltovich y R. Glaser, «Categorization and representation of physics problems by experts and novices», *Cognitive Science*, nº 5, 1981, págs. 121-152.

Chierchia, G., *Plurality of mass nouns and the notion of «semantic parameter»*, Boston, Kluwer, 1998.

Chierchia, G. y S. McConnell-Ginet, *Meaning and grammar: An introduction to semantics*, 2ª ed., Cambridge, MA, MIT Press, 2000.

Chomsky, N., *Aspects of the theory of syntax*, Cambridge, MA, MIT Press, 1965 (trad. cast.: *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Barcelona, Gedisa, 1999).

—, *Language and mind* (ed. ampliada), Nueva York, Harcourt Brace, 1972a (trad. cast.: *El lenguaje y la mente humana*, Barcelona, Ariel, 2002).

—, *Studies on semantics in generative grammar*, La Haya, Mouton, 1972b.

—, *Lectures on government and binding*, Dordrecht, Países Bajos, Foris, 1981.

—, *Language and problems of knowledge: The Managua lectures*, Cambridge, MA, MIT Press, 1988 (trad. cast.: *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Boadilla del Monte, A. Machado, 1992).

—, *New horizons in the study of language and mind*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

Chua, A., *World on fire: How exporting free market democracy breeds ethnic hatred and global instability*, Nueva York, Doubleday, 2003 (trad. cast.: *El mundo en llamas*, Barcelona, Ediciones B, 2003).

Chung, T. T. R. y P. Gordon, «The acquisition of Chinese dative constructions», trabajo presentado en la Boston University Conference on Language Development, Boston, 1998.

Clancy, J. J., *The invisible powers: The language of business*, Lexington, MA, Lexington Books, 1989.

Clark, H. H., *Using language*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

Clark, H. H. y S. E. Brennan, «Grounding in communication», en L. B. Resnick, J. M. Levine y S. D. Teasley (comps.), *Perspectives on socially shared cognition*, Washington, DC, American Psychological Association, 1991.

Clark, H. H. y C. R. Marshall, «Definite reference and mutual knowledge», en A. K. Joshi, B. L. Webber e I. A. Sag (comps.), *Elements of discourse understanding*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.

Clark, H. H. y D. Schunk, «Polite responses to polite requests», *Cognition*, nº 8, 1980, págs. 111-143.

Code, C., «First in, last out? The evolution of aphasic lexical speech automatisms to agrammatism and the evolution of human communication», *Interaction Studies*, en prensa.

Cohen, D. B., *Plays of genius: A psychological exploration of Shakespeare's ten great themes*, manuscrito no publicado, Departament of Psychology, University of Texas, 2004.

Cohen, L. B., G. Amsel, M. A. Redford y M. Casasola, «The development of infant causal perception», en A. Slater (comp.), *Perceptual development: Visual, auditory, and speech perception in infancy*, East Sussex, UK, Psychology Press, 1998.

Cole, P., *Radical pragmatics*, Nueva York, Academic Press, 1981.

Collins, R. K. L. y D. M. Skover, *The trials of Lenny Bruce: The fall and rise of an American icon*, Naperville, Ill., Sourcebooks.

Comrie, B., *Aspect*, Nueva York, Cambridge University Press, 1976.

—, «Causative verb formation and other verb-deriving morphology», en T. Shopen (comp.), *Language typology and syntactic description III: Grammatical categories and the lexicon*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985a.

—, *Tense*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985b.

Corballis, M. C. e I. L. Beale, *The psychology of left and right*, Hillsdale, N. J., Erlbaum, 1976.

Cosmides, L. y J. Tooby, «Cognitive adaptations for social exchange», en J. H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby (comps.), *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

—, «Are humans good intuitive statisticians after all? Rethinking some conclusions from the literature on judgment under uncertainty», *Cognition*, nº 58, 1996, págs. 1-73.

Coventry, K. R. y S. C. Garrod, *Saying, seeing, and acting: The psychological semantics of spatial prepositions*, Nueva York, Psychology Press, 2004.

Croft, W., *Verbs: Aspect and argument structure*, NuevaYork, Oxford University Press, en prensa.

Croft, W. y The Manchester Cognitive Collective, «Discriminating verb meanings: the case of transfer verbs», trabajo presentado en la reunión anual de la Linguistic Association of Great Britain, Reading, 2001.

Crystal, D., *The Cambridge encyclopedia of language*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1997 (trad. cast.: *Enciclopedia Cambridge del lenguaje*, Madrid, Taurus, 1994).

—, *The Cambridge Encyclopedia of the English Language*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 2003.

Curtis, V. y A. Biran, «Dirt, disgust, and disease: Is hygiene in our genes?», *Perspectives in Biology and Medicine*, nº 44, 2001, págs. 17-31.

Cushing, S., *Fatal words: Communication clashes and aircraft crashes*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

Daly, M., C. Salmon y M. Wilson, «Kinship: The conceptual hole in psychological studies of social cognition and close relationships», en J. Simpson y D. Kenrick (comps.), *Evolutionary social psychology*, Mahwah, NJ, Erlbaum, 1997.

Darwin, C., *The descent of man, and selection in relation to sex*, 2ª ed., Nueva York, Hurst and Company, 1874 (trad. cast.: *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, Madrid, Edaf, 1982).

Dawkins, R., *The selfish gene* (1976), nueva ed., Nueva York, Oxford University Press, 1989 (trad. cast.: *El gen egoísta*, Barcelona, Salvat, 1993).

—, *The blind watchmaker: Why the evidence of evolution reveals a universe without design*, Nueva York, Norton, 1986 (trad. cast.: *El relojero ciego*, Cerdanyola, Labor, 1989).

—, *Unweaving the rainbow: Science, delusion and the appetite for wonder*, Boston, Houghton Mifflin, 1998 (trad. cast.: *Destejiendo el arco iris*, Barcelona, Tusquets, 2000).

Dawkins, R. y J. R. Krebs, «Animal signals: Information or manipulation?», en J. R. Krebs y N. B. Davies (comps.), *Behavioral ecology*, Malden, Mass., Blackwell.

Dehaene, S., *The number sense: How the mind creates mathematics*, Nueva York, Oxford University Press, 1997.

Dehaene, S., L. Spelke, P. Pinel, R. Stanescu y S. Tsivkin, «Sources of mathematical thinking: Behavioral and brain-imaging evidence», *Science*, nº 284, 1999, págs. 970-974.

Denfeld, R., *The new Victorians: A young woman's challenge to the old feminist order*, Nueva York, Warner Books, 1995.

Dennett, D. C., «Darwinian fundamentalism: An exchange», *The New York Review of Books*, nº 44, 1997.

Denny, J. P., «What are noun classifiers good for?», en *Papers from the Twelfth Regional Meeting of the Chicago Linguistics Society*, 1976.

Dershowitz, A., «The marketplace of ideas: Know who you are listening to or reading», *The Norman Finkelstein Top Ten Lists*, 2005, <http://www.law.harvard.edu/faculty/dershowitz/currentlist.html>.

Devlin, K., *The Math Gene: How mathematical thinking evolved and why numbers are like gossip*, Nueva York, Basic Books, 2000.

Dews, S., J. Kaplan y E. Winner, «Why not say it directly? The social functions of irony», *Discourse Processes*, nº 19, 1995, págs. 347-367.

Di Sciullo, A. M. y E. Williams, *On the definition of word*, Cambridge, MA, MIT Press, 1987.

Dixon, R. M. W., «A typology of causatives: Form, syntax, and meaning», en R. M. W. Dixon y A. Y. Aihenvald (comps.), *Changing valency*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

Dollard, J., N. E. Miller, L. W. Doob, O. H. Mowrer y R. R. Sears, *Frustration and aggression*, New Haven, Yale University Press, 1939.

Dong, Q. F., «English sentences without overt grammatical subject», en A. M. Zwicky, P. H. Salus, R. I. Binnick y A. L. Vanek (comps.), *Studies out in left field: Defamatory essays presented to James D. McCawley on the occasion of his 33rd or 34th birthday* (1971), Filadelfia, John Benjamins, 1992a.

—, «A note on conjoined noun phrases», en A. M. Zwicky, P. H. Salus, R. I. Binnick y A. L. Vanek (comps.), *Studies out in left field: Defamatory essays presented to James D. McCawley on the occasion of his 33rd or 34th birthday* (1971), Filadelfia, John Benjamins, 1992b.

Dooling, R., *Blue streak: Swearing, free speech, and sexual harassment*, Nueva York, Random House, 1996.

Dowe, P., *Physical causation*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

Dowty, D. R., *Word meaning and Montague grammar*, Dordrecht, Países Bajos, Reidel, 1979a.

—, «Dative "movement" and Thomason's extensions of Montague Grammar», en S. Davis y M. Mithun (comps.), *Linguistics, philosophy, and Montague Grammar*, Austin, University of Texas Press, 1979b.

—, *Word meaning and Montague Grammar: The semantics of verbs and times in generative semantics and in Montague's PTQ* (1979), Boston, Kluwer, 1991.

—, «Tenses, time adverbs, and compositional semantic theory», *Linguistics and Philosophy*, nº 5, 1982, págs. 23-55.

Dronkers, N., S. Pinker y A. R. Damasio, «Language and the aphasias», en J. H. S. E. R. Kandel y T. M. Jessell (comps.), *Principles of neural science*, 4ª ed., Norwalk, CT, Appleton, Lange, 1999.

Druks, J. y J. Masterson, «The neural basis of verbs», *Journal of Neurolinguistics*, nº 16, número especial, 2003.

Dryer, M. S., «Primary objects, secondary objects, and antidative», *Language*, nº 62, 1986, págs. 808-845.

Dunbar, K., «The analogical paradox: Why analogy is so easy in naturalistic settings yet so difficult in the psychological laboratory», en D. Gentner, K. J. Holyoak y B. N. Kokinov (comps.), *The analogical mind: Perspectives from cognitive science*, Cambridge, MA, MIT Press, 2001.

Duncker, K., «On problem solving», *Psychological Monographs*, nº 58, 1945.

Dworkin, A., *Pornography: Men possessing women*, Nueva York, Penguin, 1979.

Eco, U., *The search for the perfect language*, Cambridge, MA, Blackwell, 1995 (trad. cast.: *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Crítica, 1999).

Etcoff, N. L., *Liking, wanting, having, being: The science of happiness*, Nueva York, 2007.

—, «The neuropsychology of emotional expression», en G. Goldstein y R. E. Tarter (comps.), *Advances in Clinical Neuropsychology* (vol. 3), Nueva York, Plenum, 1986.

Everett, D., «Cultural constraints on grammar and cognition in Pirahã: Another look at the design features of human language», *Current Anthropology*, nº 46, 2005, págs. 621-646.

Fairhurst, G. T. y R. A. Sarr, *The art of framing: Managing the language of leadership*, San Francisco, Jossey-Bass, 1996.

Fareh, S. y J. Hamdan, «Locative alternation in English and Jordanian spoken Arabic», *Papers and Studies in Contrastive Linguistics*, nº 36, 2000, págs. 71-93.

Feist, M. I. y D. Gentner, «On Plates, Bowls, and Dishes: Factors in the Use of English IN and ON», trabajo presentado en la 20th Annual Conference of the Cognitive Science Society, 1998.

Fillmore, C., «The grammar of hitting and breaking», en R. Jacobs y P. Rosenbaum (comps.), *Readings in English transformational grammar*, Waltham, MA, Ginn, 1967.

—, «The case for case», en E. Bach y R. J. Harms (comps.), *Universals in linguistic theory*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1968.

Fiske, A. P., «The four elementary forms of sociality: Framework for a unified theory of social relations», *Psychological Review*, nº 99, 1992, págs. 689-723.

—, «Four modes of constituting relationships: Consubstantial assimilation; spa-

ce, magnitude, time, and force; Concrete procedures; Abstract symbolism», en N. Haslam (comp.), *Relational models theory: A contemporary overview*, Mahwah, NJ, Erlbaum Associates, 2004.

Fiske, A. P. y P. E. Tetlock, «Taboo trade-offs: Reactions to transactions that transgress the spheres of justice», *Political Psychology*, nº 18, 1997, págs. 255-297.

Flaubert, G., *Madame Bovary: Life in a country town* (1857), Nueva York, Oxford University Press, 1998 (trad. cast.: *Madame Bovary*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998).

Fodor, J. A., *Psychological explanation: An introduction to the philosophy of psychology*, Nueva York, Random House, 1968 (trad. cast.: *La explicación psicológica*, Madrid, Cátedra, 1980).

—, «Three reasons for not deriving "kill" from "cause to die"», *Linguistic Inquiry*, nº 1, 1970, págs. 429-438.

—, *The language of thought*, Nueva York, Crowell, 1975 (trad. cast.: *El lenguaje del pensamiento*, Madrid, Alianza, 1985).

—, «The present status of the innateness controversy», en J. A. Fodor (comp.), *RePresentations*, Cambridge, MA, MIT Press, 1981a.

—, *RePresentations: Philosophical essays on the foundations of cognitive science*, Cambridge, MA, MIT Press, 1981b.

—, *Psychosemantics: The problem of meaning in the philosophy of mind*, Cambridge, MA, MIT Press, 1987 (trad. cast.: *Psicosemántica*, Madrid, Tecnos, 1994).

—, *The elm and the expert: Mentalese and its semantics*, Cambridge, MA, MIT Press, 1994 (trad. cast.: *El olmo y el experto: el reino de la mente y su semántica*, Barcelona, Paidós 1996).

—, *Concepts: Where cognitive science went wrong*, NuevaYork, Oxford University Press, 1998 (trad. cast.: *Conceptos: donde la ciencia cognitiva se equivocó*, Barcelona, Gedisa, 1999).

—, *The mind doesn't work that way: The scope and limits of computational psychology*, Cambridge, MA, MIT Press, 2000 (trad. cast.: *La mente no funciona así: alcance y límites de la psicología computacional*, Madrid, Siglo XXI, 2003).

—, «Doing without what's within: Fiona Cowie's critique of nativism», *Mind*, nº 110, 2001, págs. 99-148.

Fodor, J. A., M. F. Garrett, E. C. T. Walker y S. Parkes, «Against definitions», *Cognition*, nº 8, 1980, págs. 263-367.

Fodor, J. A. y Z. Pylyshyn, «Connectionism and cognitive architecture: A critical analysis», Cognition, nº 28, págs. 3-71.

Fodor, J. D. y S. Crain, «Simplicity and generality of rules in language acquisition», en B. MacWhinney (comp.), *Mechanisms of language acquisition*, Mahwah, NJ, Erlbaum, 1987.

Foley, W. A. y R. D. Van Valin, «Information packaging in the clause», en T. Shopen (comp.), *Language typology and syntactic description I: Clause structure*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985.

Foot, P., *Virtues and vices and other essays in moral philosophy*, Berkeley, University of California Press, 1978.

Francik, E. P. y H. H. Clark, «How to make requests that overcome obstacles to compliance», en *Journal of Memory and Language*, nº 24, 1985, págs. 560 568.

Francis, N. y H. Kucera, *Frequency analysis of English usage: Lexicon and grammar*, Boston, Houghton Mifflin, 1982.

Frank, R. H., *Passions within reason: The strategic role of the emotions*, Nueva York, Norton, 1988.

Fraser, B., «Perspectives on politeness», en *Journal of Pragmatics*, nº 14, 1990.

—, «Whither politeness», en R. T. Lakoff y S. Ide (comps.), *Broadening the horizon of linguistic politeness*, Filadelfia, John Benjamins, 2005.

Fukui, N., S. Miyagawa y C. Tenny, *Verb classes in English and Japanese: A case study in the interaction of syntax, morphology, and semantics*, Cambridge, MA, MIT Center for Cognitive Science, 1985.

Gardner, M., *The new ambidextrous universe*, Nueva York, W. H. Freeman, 1990 (trad. cast.: *El nuevo universo ambidiestro*, Barcelona, RBA, 1994).

Gelman, R. y C. R. Gallistel, *The child's understanding of number*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1978.

—, «Language and the Origin of Numerical Concepts», *Science*, nº 306, 2004, págs. 441-443.

Gentner, D., «Evidence for the psychological reality of semantic components: The verbs of possession», en D. A. Norman y D. E. Rumelhart (comps.), *Explorations in cognition*, San Francisco, W. H. Freeman, 1975.

—, «Some interesting differences between verbs and nouns», *Cognition and Brain Theory*, nº 4, 1981.

—, «Structure-mapping: A theoretical framework for analogy», *Cognitive Science*, nº 7, 1983, págs. 155-170.

Gentner, D., B. Bowdle, P. Wolff y C. Boronat, «Metaphor is like analogy», en D. Gentner, K. J. Holyoak y B. N. Kokinov (comps.), *The analogical mind: Perspectives from cognitive science*, Cambridge, MA, MIT Press, 2001.

Gentner, D. y S. Goldin-Meadow (comps.), *Language in mind: Advances in the study of language and thought*, Cambridge, MA, MIT Press, 2003.

Gentner, D. y M. Jeziorski, «Historical shifts in the use of analogy in science», en B. Gholson, W. R. Shadish, R. A. Beimeyer y A. Houts (comps.), *The psychology of science: Contributions to metascience*, Nueva York, Cambridge University Press, 1989.

Gentner, D., M. J. Ratterman y K. D. Forbus, «The roles of similarity in transfer: Separating retrievability from inferential soundness», *Cognitive Psychology*, nº 25, 1993, págs. 524-575.

Gergely, G. y T. G. Bever, «Relatedness intuitions and mental representation of causative verbs», *Cognition*, nº 23, 1986, págs. 211-277.

Gibbs, R., «What makes some speech acts conventional?», *Journal of Memory and Language*, nº 25, 1986, págs. 181-196.

Gick, M. y K. J. Holyoak, «Analogical problem solving», *Cognitive Psychology*, nº 12, 1980, págs. 306-355.

Gigerenzer, G., «How to make cognitive illusions disappear: Beyond heuristics and biases», *European Review of Social Psychology*, nº 2, 1991, págs. 83-115.

—, «Gigerenzer's Law of indispensable ignorance», *Edge*, 2004, <http://www.edge.org/q2004/page2.html#gigerenzer>.

Gilbert, D., *Stumbling on happiness*, Nueva York, Knopf, 2006.

Giralt, N. y P. Bloom, «How special are objects? Children's reasoning about objects, parts, and wholes», *Psychological Science*, nº 11, 2000, págs. 497-501.

Gladwell, M., *The tipping point: How little things make a big differences*, Boston, Little Brown, 2000.

Gleitman, L. R., P. Li, A. Papafragou, C. R. Gallistel y L. Abarbanell, *Spatial reasoning and cognition: Cross-linguistic studies*, 2005.

Gleitman, L. R. y A. Papafragou, «Language and thought», en K. Holyoak y B. Morrison (comps.), *Cambridge Handbook of Thinking and Reasoning*, Nueva York, Cambridge University Press, en prensa.

Glucksberg, S. y J. Danks, «Effects of discriminative labels and of nonsense labels upon availability of novel function», *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, nº 7, 1968, págs. 72-76.

Glucksberg, S. y B. Keysar, «How metaphors work», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

Goffman, E., *The presentation of self in everyday life*, Nueva York, Doubleday, 1959 (trad. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid, H. F. Martínez de Murguía, 1987).

—, «On face-work: An analysis of ritual elements in social interaction», en *Interaction ritual: Essays on face-to-face behavior*, Nueva York, Random House, 1967.

—, «Response cries», *Language*, nº 54, 1978, págs. 787-815.

Gold, E. M., «Language identification in the limit», *Information and Control*, nº 16, 1967, págs. 447-474.

Goldberg, A., *Constructions: A Construction Grammar Approach to Argument Structure*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.

—, *Constructions at work: The nature of generalization in language*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.

Goldstein, R., *The mind-body problem: A novel*, Nueva York, Random House, 1983.

—, *Incompleteness: The proof and paradox of Kurt Gödel*, Nueva York, Norton, 2005 (trad. cast.: *Gödel: paradoja y vida*, Barcelona, Antoni Bosch, 2006).

Goldvarg, E. y P. N. Johnson-Laird, «Naive causality: a mental model theory of causal meaning and reasoning», *Cognitive Science*, nº 25, 2001, págs. 565-610.

Goodale, M. A. y A. D. Milner, *Sight unseen: An exploration of conscious and unconscious vision*, Nueva York, Oxford University Press, 2004.

Goodman, N., *Fact, fiction, and forecast*, 4ª ed., Cambridge, MA, Harvard University Press, 1983 (trad. cast.: *Hecho, ficción y pronóstico*, Madrid, Síntesis, 2004).

Gopnik, A., C. Glymour, D. M. Sobel, L. E. Schulz, T. Kushnir y D. Danks, «A theory of causal learning in children: Causal maps and Bayes nets», *Psychological Review*, nº 11, 2004, págs. 3-32.

Gordon, P., «Numerical Cognition Without Words: Evidence from Amazonia», *Science*, nº 306, 2004, págs. 496-499.

Gould, S. J., «Natural selection and the human brain: Darwin vs. Wallace», en *The panda's thumb*, Nueva York, Norton, 1980.

Green, G., *Semantics and syntactic regularity*, Bloomington, Indiana University Press, 1974.

Green, G. M., *Pragmatics and natural language understanding*, 2ª ed., Mahwah, NJ, Erlbaum Associates, 1996.

Greene, J., *The terrible, horrible, no good, very bad truth about morality and what to do about it*, tesis doctoral inédita, Princeton University, 2002.

Greene, J. D., R. B. Sommerville, L. E. Nystrom, J. M. Darley y J. D. Cohen, «An fMRI Investigation of Emotional Engagement in Moral Judgment», *Science*, nº 293, 2001, págs. 2.105-2.108.

Grice, H. P., «Logic and conversation», en P. Cole y J. L. Morgan (comps.), *Syntax and Semantics* (vol. 3, *Speech acts*), Nueva York, Academic Press, 1975.

Gropen, J., S. Pinker, M. Hollander y R. Goldberg, «Affectedness and direct objects: The role of lexical semantics in the acquisition of verb argument structure», *Cognition*, nº 41, 1991a, págs. 153-195.

—, «Syntax and semantics in the acquisition of locative verbs», *Journal of Child Language*, nº 18, 1991b, págs. 115-151.

Gropen, J., S. Pinker, M. Hollander, R. Goldberg y R. Wilson, «The learnability and acquisition of the dative alternation in English», *Language*, nº 65, 1989, págs. 203-257.

Gruber, J., *Studies in lexical relations*, disertación doctoral no publicada, Cambridge, MIT, 1965.

Guerrero Valenzuela, L., *Macroroles and double-object constructions in Yaqui*, manuscrito no publicado, 2002.

Guerssel, M., *On Berber verbs of change: A study of transitivity alternations* (9), Cambridge, MA, MIT Center for Cognitive Science, 1986.

Gumperz, J. J. y S. C. Levinson (comps.), *Rethinking linguistic relativity*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

Hall, R. y amigos, *Sniglets (Snig'lit: Any word that doesn't appear in the dictionary but should)*, Nueva York, Collier, 1984.

Halpern, D., *Sex differences in cognitive abilities*, 3ª ed., Mahwah, NJ, Erlbaum, 2000.

Harlow, R., «Some languages are just not good enough», en L. Bauer y P. Trudgill (comps.), *Language myths*, Nueva York, Penguin, 1998.

Harris, C. L., J. B. Gleason y A. Aycicegi, «When is a first language more emotional? Psychophysiological evidence from bilingual speakers», en A. Pavlenko (comp.), *Bilingual minds: Emotional experience, expression, and representation*, Clevedon, UK, Multilingual Matters, 2006.

Harris, J. R., *The nurture assumption: Why children turn out the way they do*, Nueva York, Free Press, 1998.

Harris, M., *Our kind: The evolution of human life and culture*, Nueva York, HarperCollins, 1989 (trad. cast.: *Nuestra especie*, Madrid, Alianza, 1997).

Harris, R. A., *The linguistics wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

Haslam, N. (comp.), *Relational models theory: A contemporary overview*, Mahwah, NJ, Erlbaum Associates, 2004.

Haspelmath, M., «More on the typology of inchoative/causative verb alternations», en B. Comrie y M. Polinsky (comps.), *Causatives and transitivity*, Filadelfia, John Benjamins, 1993.

—, *From space to time: Temporal adverbials in the world's languages*, Newcastle, UK, Lincom Europa, 1997.

—, «Argument marking in ditransitive alignment types», *Linguistic Discovery*, nº 3, 2005, págs. 1-21.

Hauser, M., *Moral minds*, Nueva York, Penguin, 2006.

Hauser, M., F. Cushman, L. Young, J. Kang-Xing y J. Mikhail, «A dissociation between moral judgements and justifications», *Mind and Language*, en prensa.

Hauser, M. y B. Spaulding, «Monkeys generate causal inferences about possible and impossible physical transformations», *Proceedings of the National Academy of Science*, en prensa.

Hauser, M. D., «Artifactual kinds and functional design features: What a primate understands without language», *Cognition*, nº 64, 1997, págs. 285-308.

—, *Wild minds: What animals really think*, Nueva York, Henry Holt, 2000 (trad. cast.: *Mentes salvajes: ¿qué piensan los animales?*, Barcelona, Granica, 2004).

Hauser, M. D., P. MacNeilage y M. Ware, «Numerical representations in primate: Perceptual or arithmetic?», *Proceedings of the National Academy of Sciences USA*, nº 93, 1996, págs. 1.514-1.517.

Hauser, M. D., H. E. Pearson y D. Seelig, «Ontogeny of tool use in cotton-top tamarins (*Saguinus oedipus*): Recognition of functionally relevant features in the absence of experience», *Animal Behavior*, nº 64, 2002.

Hawking, S. W. y L. Mlodinow, *A brief history of time*, Londres, Bantam, 2005 (trad. cast.: *Brevísima historia del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2005).

Hilton, D. J., «Logic and language in causal explanation», en D. Sperber, D. Premack y A. Premack (comps.), *Causal cognition: A multidisciplinary debate*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

Hinton, G. E. y L. M. Parsons, «Frames of reference and mental imagery», en J. L. a. A. Baddeley (comp.), *Attention and Performance IX*, Hillsdale, NJ, Erlbaum, 1981.

Hirschberg, S. y T. Hirschberg (comps.), *Reflections on language*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

Hirschbühler, P., «Cross-linguistic variation patterns in the locative alternation», trabajo presentado en el 13th Colloquium on Generative Grammar, Ciudad Real, Madrid, 2003.

Hirschbühler, P. y S. Mchombo, «The location object construction in Romance and Bantu: Applicatives or not?», *The Bantu-Romance Connection*, 2006, <http://www.modern.lang.leeds.ac.uk/BantuRom/index.php?option=com_content&task=view&id=35&Itemid=40>.

Hirschfeld, L. A. y S. A. Gelman, «Toward a topography of mind: An introduction to domain specificity», en L. A. Hirschfeld y S. A. Gelman (comps.), 1994.

Holtgraves, T. M., *Language as social action*, Mahwah, NJ, Erlbaum Associates, 2002.

Holyoak, K. J. y P. Thagard, *Mental leaps: Analogy in creative thought*, Cambridge, MA, MIT Press, 1996.

Hughes, G., *Swearing: A social history of foul language, oaths, and profanity in English* (1991), Nueva York, Penguin, 1998.

Hull, D. L., *The metaphysics of evolution*, Albany, State University of New York Press, 1989.

Hume, D., «An abstract of a treatise of human nature», en *An inquiry concerning human understanding: With a supplement, An abstract of a treatise of human*

nature (1740), Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1955 (trad. cast.: *Resumen del tratado de la naturaleza humana*, Mataró, Literatura y Ciencia, 1999).

—, *An enquiry concerning human understanding* (1748), Nueva York, Oxford University Press, 1999 (trad. cast.: *Investigación sobre el conocimiento humano*, Madrid, Alianza, 2006).

Isaacs, E. A. y H. H. Clark, «Ostensible invitations», *Language in Society*, nº 19, 1990, págs. 493-509.

Isenberg, L., M. J. Nissen y L. C. Marchak, «Attentional processing and the independence of color and orientation», *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance*, nº 16, 1990, págs. 869-878.

Isenberg, N., D. Silbersweig, A. Engelien, K. Emmerich, K. Malavade, B. Beati, y otros, «Linguistic threat activates the human amygdala», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, nº 96, 1999, págs. 10.456-10.459.

Jackendoff, R., «Grammar as evidence for conceptual structure», en M. Halle, J. Bresnan y G. A. Miller (comps.), *Linguistic theory and psychological reality*, Cambridge, MA, MIT Press, 1978.

—, *Semantics and cognition*, Cambridge, MA, MIT Press, 1983.

—, *Semantic structures*, Cambridge, MA, MIT Press, 1990.

—, «Parts and boundaries», *Cognition*, nº 41, 1991, págs. 9-45.

—, *Languages of the mind*, Cambridge, MA, MIT Press, 1992.

—, *The architecture of the language faculty*, Cambridge, MA, MIT Press, 1997a.

—, «How language helps us think», en *The architecture of the language faculty*, Cambridge, MA, MIT Press, 1997b.

—, *Foundations of language: Brain, meaning, grammar, evolution*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.

Jackendoff, R. y D. Aaron, «Review of Lakoff and Turner's "More than cool reason: A field guide to poetic metaphor», *Language*, nº 67, 1991, págs. 320-339.

Jackendoff, R. S., *Consciousness and the computational mind*, Cambridge, MA, MIT Press, 1987.

James, W., *The principles of psychology* (1890), Nueva York, Dover, 1950.

—, *Pragmatism and The Meaning of Truth* (1907), Cambridge, MA, Harvard University Press, 2005 (trad. cast.: *Pragmatismo: un nuevo nombre para viejas formas de pensar*, Madrid, Alianza, 2000).

Jay, T., *Why we curse: A neuro-psycho-social theory of speech*, Filadelfia, John Benjamins, 2000.

Jespersen, O., *Growth and structure of the English language* (1938), Chicago, University of Chicago Press, 1982.

Kahneman, D. y A. Tversky, «Prospect theory: An analysis of decisions under risk», *Econometrica*, nº 47, 1979, págs. 313-327.

Kant, I., *The critique of pure reason* (1781), Nueva York, Cambridge University Press, 1998 (trad. cast.: *Crítica de la razón pura*, Madrid, Tecnos, 2002).

—, *Prolegomena to any future metaphysics* (1783), Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1950 (trad. cast.: *Prolegómenos a toda metafísica futura que haya de poder presentarse como ciencia*, Madrid, Istmo, 1999).

Kaplan, J. y A. Bernays, *The language of names*, Nueva York, NY, Simon and Schuster, 1997.

Kasher, A., «Foundations of philosophical pragmatics», en R. E. Butts y J. Hintikka (comps.), *Basic problems in methodology and linguistics*, Dordrecht, Países Bajos, Reidel, 1977.

Katz, L., *Bad acts and guilty minds: Conundrums of criminal law*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.

Kay, P. y W. Kempton, «What is the Sapir-Whorf hypothesis?», *American Anthropologist*, nº 86, 1984, págs. 65-79.

Keane, M., «On retrieving analogues when solving problems», *Quarterly Journal of Experimental Psychology: Human Experimental Psychology*, nº 39, 1987, págs. 29-41.

Kemmerer, D., «Grammatical relevant and grammatical irrelevant features of word meaning can be independently impaired», *Aphasiology*, nº 14, 2000a, págs. 997-1.020.

—, «Selective impairment of knowledge underlying prenominal adjective order: Evidence for the autonomy of grammatical semantics», *Journal of Neurolinguistics*, nº 13, 2000b, págs. 57-82.

—, «Why can you hit someone on the arm but not break someone on the arm? A neuropsychological investigation of the English body-part possessor ascension construction», *Journal of Neurolinguistics*, nº 16, 2003.

—, «The spatial and temporal meanings of English prepositions can be independently impaired», *Neuropsychologia*, nº 43, 2005, págs. 797-806.

—, «The semantics of space: Integrating linguistic typology and cognitive neuroscience», *Neuropsychologia*, en prensa.

Kemmerer, D., C. Weber-Fox, K. Price, C. Zdanczyk y H. Way, «*Big brown dog* or *brown big dog*? An electrophysiological study of semantic constraints on prenominal adjective order», *Brain and Language*, en prensa.

Kemmerer, D. y S. K. Wright, «Selective impairment of knowledge underlying *un*-prefixation: Further evidence for the autonomy of grammatical semantics», *Journal of Neurolinguistics*, nº 15, 2002, págs. 403-432.

Kennedy, R., *Nigger: The strange career of a troublesome word*, Nueva York, Pantheon, 2002.

Keysar, B., Y. Shen, S. Glucksberg y W. S. Horton, «Conventional language: How metaphorical is it?», *Journal of Memory and Language*, nº 43, 2000, págs. 576-593.

Keyser, S. J. y T. Roeper, «On the middle and ergative constructions in English», *Linguistic Inquiry*, nº 15, 1984, págs. 381-416.

Kim, J. J., G. F. Marcus, S. Pinker, M. Hollander y M. Coppola, «Sensitivity of children's inflection to morphological structure», *Journal of Child Language*, nº 21, 1994, págs. 173-209.

Kim, J. J., S. Pinker, A. Prince y S. Prasada, «Why no mere mortal has ever flown out to center field», *Cognitive Science*, nº 15, 1991, págs. 173-218.

Kim, M., *A cross-linguistic perspective on the acquisition of locative verbs*, disertación doctoral no publicada, Newark, DE, University of Delaware, 1999.

Kiparsky, P., «The role of linguistics in a theory of poetry», *Daedalus*, 1973.

Kitcher, P., *Kant's transcendental psychology*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.

Klein, D. E. y G. L. Murphy, «Paper has been my ruin: Conceptual relations of polysemous senses», *Journal of Memory and Language*, nº 47, 2002, págs. 548-570.

Klein, D. E. y G. L. Murphy, «The representation of polysemous words», *Journal of Memory and Language*, nº 45, 2001, págs. 259-282.

Kolodner, J. L., «Educational implications of analogy», *American Psychologist*, nº 52, 1997, págs. 57-66.

Kordoni, V., «Locative alternation in Modern Greek: At the syntax-semantics interface», trabajo presentado en la Sixth International Conference of Greek Linguistics, Rethymno, Grecia, 2003.

Körner, S., *Kant*, Londres, Penguin Books, 1955 (trad. cast.: *Kant*, Madrid, Alianza, 1995).

Kosslyn, S. M., *Image and mind*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1980.

—, «Seeing and imagining in the cerebral hemispheres: A computational approach», *Psychological Review*, nº 94, 1987, págs. 184-175.

—, *Image and brain: The resolution of the imagery debate*, Cambridge, MA, MIT Press, 1994.

Kotovsky, K., J. R. Hayes y H. A. Simon, «Why are some problems hard? Evidence from the Tower of Hanoi», *Cognitive Psychology*, nº 17, 1985, págs. 248-294.

Kripke, S., *Naming and necessity* (1972), Cambridge, MA, Harvard University Press, 1980 (trad. cast.: *El nombrar y la necesidad*, México, UNAM, 1995).

Kubovy, M., «Concurrent-pitch segregation and the theory of indispensable at-

tributes», en M. Kubovy y J. R. Pomerantz (comps.), *Perceptual organization*, Mahwah, NJ, Erlbaum, 1981.

LaBar, K. S. y E. a. Phelps, «Arousal-mediated memory consolidation: Role of the medial temporal lobe in humans», *Psychological Science*, nº 9, 1998, págs. 490-493.

Lagnado, D. A. y S. Sloman, «The advantage of timely intervention», *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory and Cognition*, nº 30, 2004, págs. 856-876.

Lakoff, G., *Women, fire and dangerous things: What categories reveal about the mind*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.

—, «The contemporary theory of metaphor», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

—, *Moral politics: What conservatives know that liberals don't*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

—, «Lakoff's First Law», *Edge*, 2003, <http://www.edge.org/q2004/page4.html#lakoff>.

—, *Don't think of an elephant! Know your values and frame the debate: The essential guide for progressives*, White River Junction, Vt., Chelsea Green Pub, 2004.

—, *Whose freedom? The battle over America's most important idea*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2006.

Lakoff, G. y M. Johnson, *Metaphors we live by*, Chicago, University of Chicago Press, 1980 (trad. cast.: *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1986).

—, *Philosophy in the flesh*, Cambridge, MA, MIT Press, 2000.

Lakoff, G. y R. E. Núñez, *Where mathematics comes from: How the embodied mind brings mathematics into being*, Nueva York, Basic Books, 2000.

Lakoff, G. y M. Turner, *More than cool reason: A field guide to poetic metaphor*, Chicago, University of Chicago Press, 1989.

Landau, B. y R. Jackendoff, «"What" and "where" in spatial language and spatial cognition», *Behavioral and Brain Sciences*, nº 16, 1993, págs. 217-238.

Lawley, J. y P. Tompkins, *Metaphors in mind: Transformation through symbolic modeling*, Londres, The Developing Company Press, 2000.

Lederer, R., *Crazy English*, Nueva York, Pocket Books, 1990.

LeDoux, J. E., *The emotional brain: The mysterious underpinnings of emotional life*, Nueva York, Simon and Schuster, 1996 (trad. cast.: *El cerebro emocional*, Barcelona, Planeta, 2000).

Lefebvre, C., «New facts from Fongbe on the double object construction», *Lingua*, nº 94, 1994, págs. 69-123.

Lehrer, A., «Polysemy, conventionality, and the structure of the lexicon», *Cognitive Linguistics*, nº 1-2, 1990, págs. 207-246.

Leibniz, G. W., *New essays concerning human understanding* (1768), 3ª ed., LaSalle, Ill., Open Court Pub. Co., 1949 (trad. cast.: *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, Madrid, Alianza, 1992).

Leslie, A. M., «A theory of agency», en D. Sperber, D. Premack y A. Premack (comps.), *Causal cognition: A multidisciplinary debate*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

Lessig, L., *The future of ideas: the fate of the commons in a connected world*, Nueva York, Random House, 2001.

Levin, B., *Lexical semantics in review: An introduction* (Lexicon Project Working Paper n. 1), Cambridge, MA, Center for Cognitive Science, MIT, 1985.

—, *English verb classes and alternations: A preliminary investigation*, Chicago, University of Chicago Press, 1993.

—, «Verbs and constructions: Where next?», trabajo presentado en WECOL: The Western Conference on Linguistics, University of Southern California, 2004.

Levin, B. y S. Pinker (comp.), *Lexical and conceptual semantics*, Cambridge, MA, Blackwell, 1992.

Levin, B. y M. Rappaport Hovav, *Unaccusativity: At the syntax-lexical semantics interface*, Cambridge, MA, MIT Press, 1995.

—, *Argument realization*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

Levinson, S., S. Meira y The Language and Cognition Group, «"Natural concepts" in the spatial topological domain: adpositional meanings in crosslinguistic perspective: An exercise in semantic typology», *Language*, nº 79, 2003, págs. 485-514.

Levinson, S. y D. Wilkins (comps.), *Grammars of space*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006.

Levinson, S. C., *Space in language and cognition*, Nueva York, Cambridge University Press, 2003.

Levinson, S. C., S. Kita y D. Haun, «Returning the tables: Language affects spatial reasoning», *Cognition*, nº 84, 2002, págs. 155-188.

Lewis, D. K., *Convention: A philosophical study*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1969.

—, *Counterfactuals*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1973.

Lewis, P. A., H. D. Critchley, P. Rothstein y R. J. Dolan, «Neural correlates of processing valence and arousal in affective words», *Cerebral Cortex*, en prensa.

Li, P., L. Abarbanell y A. Papafragou, «Spatial reasoning skills in Tenejapan Mayans», trabajo presentado en la Twenty-Sixth Annual Conference of the Cognitive Science Society, 2005.

Li, P. y L. R. Gleitman, «Turning the tables: Spatial language and spatial cognition», *Cognition*, nº 83, 2002, págs. 265-294.

Lieberson, S., *A matter of taste: How names, fashions, and culture change*, New Haven, Yale University Press, 2000.

Lieberson, S., S. Dumais y S. Baumann, «The instability of androgynous names: The symbolic maintenance of gender boundaries», *American Journal of Sociology*, nº 105, 2000, págs. 1.249-1.287.

Loewer, B. y B. Rey, *Meaning in mind: Fodor and his critics*, Cambridge, MA, Blackwell, 1991.

MacKay, D. G., M. Shafto, J. K. Taylor, D. E. Marian, L. Abrams y J. R. Dyer, «Relations between emotion, memory, and attention: evidence from taboo Stroop, lexical decision, and immediate memory tasks», *Memory and Cognition*, nº 32, 2004, págs. 474-488.

Majid, A., M. Bowerman, S. Kita, D. Haun y S. Levinson, «Can language restructure cognition? The case for space», *Trends in Cognitive Science*, nº 8, 2004, págs. 108-114.

Malotki, E., *Hopi time: A linguistic analysis of temporal concepts in the Hopi language*, Berlín, Mouton, 1983.

Mandel, D. R., «Judgement dissociation theory: An analysis of differences in causal, counterfactual, and covariational reasoning», *Journal of Experimental Psychology: General*, nº 132, 2003, págs. 419-434.

Maratsos, M. P., «Metaphors of language: Metaphors of the mind?», *Contemporary Psychology*, 1988.

Marcus, G. F., «Negative evidence in language acquisition», *Cognition*, nº 46, 1993, págs. 53-85.

Marcus, G. F., U. Brinkmann, H. Clahsen, R. Wiese y S. Pinker, «German inflection: The exception that proves the rule», *Cognitive Psychology*, nº 29, 1995, págs. 189-256.

Marcus, G. F., S. Pinker, M. Ullman, M. Hollander, T. J. Rosen y F. Xu, «Overregularization in language acquisition», *Monographs of the Society for Research in Child Development*, nº 57, 1992.

Marcus, R. B., «Modalities and intensional languages», *Synthèse*, nº 13, 1961, págs. 303-322.

Markman, E., *Categorization and naming in children: Problems of induction*, Cambridge, MA, MIT Press, 1989.

Marr, D., *Vision*, San Francisco, W. H. Freeman, 1982.

Marshall, J., S. Chiat, J. Robson y T. Print, «Calling a salad a federation: An investigation of semantic jargon. Part 2: verbs», *Journal of Neurolinguistics*, nº 9, 1996, págs. 251-260.

Mateu, J., «Locative and locatum verbs revisited: Evidence from Romance», en Y. D'Hulst, J. Rooryck y J. Schroten (comps.), *Romance languages and linguistic theory 1999*, Filadelfia, John Benjamins, 2001.

Matthew, A., A. Richards y M. Eysenck, «Interpretation of homophones related to threat in anxiety states», *Journal of Abnormal Psychology*, nº 98, 1989, págs. 31-34.

Mayer, R. E., «The instructive metaphor: Metaphoric aids to students' understanding of science», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

Maynard Smith, J., *Games, sex and evolution*, Nueva York, Harvester Wheatsheaf, 1988.

Mayr, E., *The growth of biological thought*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1982.

Mazurkewich, I. y L. White, «The acquisition of the dative alternation: Unlearning overgeneralizations», *Cognition*, nº 16, 1984, págs. 261-283.

McCawley, J. D., «The role of semantics in grammar», en E. Bach y R. T. Harris (comps.), *Universals in linguistic theory*, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1968.

McClelland, J. L. y A. H. Kawamoto, «Mechanisms of sentence processing: Assigning roles to constituents of sentences», en J. L. McClelland y D. E. Rumelhart (comps.), *Parallel Distributed Processing: Explorations in the microstructure of cognition*, vol. 2, *Psychological and Biological Models*, Cambridge, MA, MIT Press, 1986.

McCloskey, M., «Intuitive physics», *Scientific American*, nº 248, 1983, págs. 122-130.

McCloskey, M., A. Caramazza y B. Green, «Curvilinear motion in the absence of external forces: Naive beliefs about the motion of objects», *Science*, nº 210, 1980, págs. 1.139-1.141.

McCormick, M., «Immanuel Kant: Metaphysics», *The Internet Encyclopedia of Philosophy*, 2005, <http://www.iep.utm.edu/k/kantmeta.htm>.

McEwan, I., *Amsterdam*, Londres, Jonathan Cape, 1998.

McGinn, C., *Problems in philosophy: The limits of inquiry*, Cambridge, MA, Blackwell, 1993.

McGlone, M. S. y J. L. Harding, «Back (or forward?) to the future: The role of perspective in temporal language comprehension», *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory and Cognition*, nº 24, 1998, págs. 1.211-1.223.

McGraw, A. P. y P. E. Tetlock, «Taboo trade-offs, relational framing, and the acceptability of exchanges», *Journal of Consumer Psychology*, nº 15, 2005, págs. 2-15.

Meier, B. P. y M. d. Robinson, «Why the sunny side is up: Associations between affect and vertical position», *Psychological Science*, nº 15, 2004, págs. 243-247.

Metcalf, A., *Predicting new words: The secret of their success*, Boston, Houghton Mifflin, 2002.

Michotte, A., *The perception of causality*, Londres, Methuen, 1963.

Miller, G. A., *The science of words*, Nueva York, W. H. Freeman, 1991.

Morgan, J. L., K. Bonamo y L. L. Travis, «Negative evidence on negative evidence», *Developmental Psychology*, nº 31, 1995, págs. 180-197.

Morgan, J. L. y L. L. Travis, «Limits on negative information on language learning», *Journal of Child Language*, nº 16, 1989, págs. 531-552.

Murphy, G., «On metaphoric representation», *Cognition*, nº 60, 1996, págs. 173-204.

Myers, D. G. y E. Diener, «Who is happy?», *Psychological Science*, nº 6, 1995, págs. 10-19.

Nabokov, V. V., *Lolita* (1955), Nueva York, Vintage, 1997.

Nagel, T., *The last word*, Nueva York, Oxford University Press, 1997.

Nedyalkov, V. P. y G. G. Silnitsky, «The typology of morphological and lexical causatives», en F. Kiefer (comp.), *Trends in Soviet theoretical linguistics*, Dordrecht, Países Bajos, Reidel, 1973.

Newell, A. y H. A. Simon, *Human problem solving*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1972.

Newman, M. L., J. W. Pennebaker, D. S. Berry y J. M. Richards, «Lying words: Predicting deception from linguistic styles», *Personality and Social Psychology Bulletin*, nº 29, 2003, págs. 665-675.

Nisbett, R. E. y D. Cohen, *Culture of honor: The psychology of violence in the South*, Nueva York, HarperCollins, 1996.

Nowak, M. A. y N. L. Komarova, «Towards an evolutionary theory of language», *Trends in Cognitive Sciences*, nº 5, 2001, págs. 288-295.

Nunberg, G., «The nor-uniqueness of semantic solutions: Polysemy», *Linguistics and Philosphy*, nº 3, págs. 143-184.

—, «Imprecational categories», *The Language Log*, 2004, <http://itre.cis.upenn.edu/~myl/languagelog/archives/000614.html>.

—, *Talking Right: How conservatives turned liberalism into a tax-raising, latte-drinking, sushi-eating, Volvo-driving, New York Times-reading, body-piercing, Holywood-loving, left-wing freak show*, Nueva York, PublicAffairs, 2006.

Núñez, R. E. y E. Sweetser, «With the future behind them: Convergent evidence from Aymara language and gesture in the crosslinguistic comparison of spatial construals of time», *Cognitive Science*, nº 30, 2006, págs. 401-450.

Nwachukwu, P. A., *The argument structure of Igbo verbs*, (documento de trabajo 18), Cambridge, MA, MIT Center for Cognitive Science, 1987.

Oehrle, R. T., *The grammatical status of the English dative alternation*, disertación doctoral no publicada, Cambridge, MA, MIT, 1976.

Ornstein, P., «Where have all the Lisas gone?», en S. Pinker (comp.), *The best American science and nature writing 2004*, Boston, Houghton-Mifflin, 2004.

Ornstein, R., *On the experience of time*, Nueva York, Penguin, 1975.

Osgood, C. E., G. Suci y P. Tannenbaum, *The measurement of meaning*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1957.

Osherson, D. N., M. Stob y S. Weinstein, *Systems that learn*, Cambridge, MA, MIT Press, 1985.

Ostler, N. y B. T. S. Atkins, «Predictable meaning shift: Some linguistic properties of lexical implication rules», en J. Pustejovsky y S. Bergler (comps.), *Lexical Semantics and Knowledge Representation*, Berlín, Springer-Verlag, 1992.

Panksepp, J., *Affective neuroscience: The foundations of human and animal emotions*, Nueva York, Oxford University Press, 1998.

Patai, D., *Heterophobia: Sexual harassment and the future of feminism*, Nueva York, Rowman and Littlefield, 1998.

Pearl, J., *Causality*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

Pederson, E., E. Danziger, D. Wilkins, S. C. Levinson, S. Kita y G. Senft, «Semantic typology and spatial conceptualization», *Language*, nº 74, 1998, págs. 557-589.

Piatelli-Palmarini, M., «The rise of selective theories: A case study and some lessons from immunology», en W. Demopoulos y A. Marras (comps.), *Language learning and concept acquisition*, Norwood, NJ, Ablex, 1986.

—, «Evolution, selection, and cognition: From "learning" to parameter setting in biology and the study of language», *Cognition*, nº 31, 1989, págs. 1-44.

Pica, P., C. Lemer, V. Izard y S. Dehaene, «Exact and approximate arithmetic in an Amazonian indigene group», *Science*, nº 306, 2004, págs. 499-503.

Pinker, S., «Words and rules in the human brain», *Nature*, nº 387, 1997a, págs. 547-548.

—, «Formal models of language learning», *Cognition*, nº 7, 1979, págs. 217-283.

—, «Visual cognition: an introduction», *Cognition*, nº 18, 1984, págs. 1-63.

—, *Language learnability and language development* (1984), Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996.

—, «A computational theory of the mental imagery medium», en M. Denis, J. Engelkamp y J. T. E. Richardson (comps.), *Cognitive and neuropsychological approaches to mental imagery*, Amsterdam, Martinus Nijhoff, 1988.

—, *Learnability and cognition: The acquisition of argument structure*, Cambridge, MA, MIT Press, 1989.
—, «A theory of graph comprehension», en R. Friedle (comp.), *Artificial intelligence and the future of testing*, Hillsdale, NJ, Erlbaum, 1990.
—, «How could a child use verb syntax to learn verb semantics?», *Lingua*, nº 92, 1994a, págs. 377-410.
—, *The language instinct*, Nueva York, Harper Collins, 1994b (trad. cast.: *El instinto del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1995).
—, «Beyond folk psychology, (revisión de "The Elm and the Expert", de J. A. Fodor)», *Nature*, nº 373, 1995, pág. 205.
—, *How the mind works*, Nueva York, Norton, 1997b (trad. cast.: *Cómo funciona la mente*, Barcelona, Destino, 2001).
—, *Words and rules: The ingredients of language*, Nueva York, HarperCollins, 1999.
—, *The blank slate: The modern denial of human nature*, Nueva York, Viking, 2002 (trad. cast.: *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós, 2003).
—, «So how *does* the mind work?», *Mind and Language*, nº 20, 2005, págs. 1-24.
—, «Introduction», en J. Brockman (comp.), *What is your dangerous idea?*, Nueva York, HarperCollins, 2007.
Pinker, S. y D. Birdsong, «Speakers' sensitivity to rules of frozen word order», *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, nº 18, 1979, págs. 497-508.
Pinker, S. y P. Bloom, «Natural language and natural selection», *Behavioral and Brain Sciences*, nº 13, 1990, págs. 707-784.
Pinker, S. y R. Jackendoff, «The faculty of language: What's special about it?», *Cognition*, nº 95, 2005, págs. 201-236.
Pinker, S. y S. Rose, «The Two Steves: A debate», *Edge*, 1998, <http://www.edge.org/3rd_culture/pinker_rose/pinker_rose_p1.html>.
Pomerantz, J. R., «Wholes, holes, and basic features in vision», *Trends in Cognitive Science*, nº 7, 2003.
Pöppel, E., «Pöppel's Universal», *Edge*, 2003, <http://www.edge.org/q2004/page5.html#poppel>.
Postma, A. y B. Laeng, «New insights in cateogical and coordinate processing of spatial relations, *Neuropsychologia*, nº 44, número especial, 2006.
Potter, S., *The complete upmanship* (1950), Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1971.
Potts, C., *The logic of conventional implicatures*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.
Prasada, S. y S. Pinker, «Generalizations of regular and irregular morphological patterns», *Language and Cognitive Processes*, nº 8, 1993, págs. 1-56.

Premack, D. y A. Premack, *Original intelligence*, Nueva York, McGraw-Hill, 2003.
Proust, M., *Remembrance of things past* (1913), Nueva York, Vintage Books, 1982 (trad. cast.: *En busca del tiempo perdido*, Madrid, Alianza, 1997).
Provine, R. R., «Laughter», *American Scientist*, nº 84, 1996, págs. 38-45.
Pullum, G. P. K., *The great Eskimo vocabulary hoax and other irreverent essays on the study of language*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.
—, «Passive voice and bias in Reuter headlines about Israelis and Palestinians», *Language Log*, 2003a, <http://itre.cis.upenn.edu/~myl/languagelog/archives/000236.html>.
—, «Verb semantics and justifying war», *Language Log*, 2003b, <http://itre.cis.upenn.edu/~myl/languagelog/archives/000015.html>.
Pustejovsky, J., *The generative lexicon*, Cambridge, MA, MIT Press, 1995.
Putnam, H., «The meaning of "meaning"», en K. Gunderson (comp.), *Language, mind and knowledge*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1975.
Pylkkänen, L., R. Llinás y G. Murphy, «The representation of polysemy: MEG evidence», *Journal of Cognitive Neuroscience*, nº 18, 2006, págs. 97-109.
Quine, W. V. O., *Word and object*, Cambridge, MA, MIT Press, 1960 (trad. cast.: *Palabra y objeto*, Cerdanyola, Labor, 1968).
—, «Natural kinds», en W. V. O. Quine (comp.), *Ontological relativity and other essays*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.
Ramachandran, V. S. y S. Blakeslee, *Phantoms in the brain: Probing the mysteries of the human mind*, Nueva York, William Morrow, 1998.
Randall, D. B. J., «X me no X's: Some examples (mainly from the Renassance) of the Neologizing Imperative Retort», *American Speech*, nº 64, 1989, págs. 223-243.
Randall, L., *Warped passages: Unraveling the mysteries of the universe's hidden dimensions*, Nueva York, HarperCollins, 2005.
Rappaport Hovav, M. y B. Levin, *All dative verbs are not created equal*, manuscrito no publicado, The Hebrew University of Jerusalem and Stanford University, 2005.
Rappaport, M. y B. Levin, *A case study in lexical analysis: The locative alternation*, manuscrito no publicado, Hebrew University of Jerusalem, 1985.
—, «What to do with theta-roles», en W. Wilkins (comp.), *Syntax and semantics 21: Thematic relations*, Nueva York, Academic Press, 1988.
Reddy, M., «The conduit metaphor: A case of frame conflict in our language about language», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993.
Redelmeier, D. A. y A. Tversky, «On the belief that arthritis pain is related to the weather», *Proceedings of the National Academy of Science*, nº 93, 1996, págs. 2.895-2.896.

Reichenbach, H., *Elements of symbolic logic*, Nueva York, Macmillan, 1947.
Richards, I. A., *The philosophy of rhetoric*, Nueva York, Oxford University Press, 1936/1965.
Rijkhoff, J., *The noun phrase*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.
Robertson, L. C., *Space, objects, brains and minds*, Nueva York, Psychology Press, 2003.
Rock, I., *The logic of perception*, Cambridge, MA, MIT Press, 1983.
Roelofs, A., «The visual-auditory color-word Stroop asymmetry and its time course», *Memory and Cognition*, en prensa.
Rosenblum, T. y S. Pinker, «Word magic revisited: Monolingual and bilingual preschoolers' understanding of the word-object relationship», *Child Development*, nº 54, 1983, págs. 773-780.
Rosovsky, H., *The university: An owner's manual*, Nueva York, Norton, 1990.
Ross, B. H., «Remindings and their effects on learning a cognitive skill», *Cognitive Psychology*, nº 16, 1984, págs. 371-416.
—, «This is like that: The use of earlier problems and the separation of similarity effects», *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory and Cognition*, nº 13, 1987.
Ross, J. R., *Butterfly Gazette*, manuscrito inédito, University of North Texas, s. f.
Roy, D. y A. Pentland, «Learning words from sights and sounds: A computational model», *Cognitive Science*, nº 26, 2002, págs. 113-146.
Rozin, P. y A. Fallon, «A perspective on disgust», *Psychological Review*, nº 94, 1987, págs. 23-41.
Russell, B., «On the notion of cause», *Proceedings of the Aristotelian Society*, nº 13, págs. 1-26.
Sadock, J., «Whither radical pragmatics?», en D. Schiffrin (comp.), *Georgetown University Round Table on Languages and Linguistics*, Georgetown University Press, 1984.
Salkoff, M., «Bees are swarming in the garden», *Language*, nº 59, 1983, págs. 288-346.
Sampson, G., «The economics of conversation», en N. V. Smith (comp.), *Mutual knowledge*, Nueva York, Academic Press, 1982.
Santos, L. R., G. M. Sulkowski, G. M. Spaepen y M. D. Hauser, «Object individuation using property/kind information in rhesus macaques (*Macaca mulatta*)», *Cognition*, nº 83, 2002, págs. 241-264.
Saporta, S., *Society, language and the university*, Nueva York, Vantage, 1994.
Sasse, H. J., «Recent activity in the theory of aspect: Accomplishments, achievements, or just non-progressive state?», *Linguistic Typology*, nº 6, 2002, págs. 199-271.

Schacter, D. L., *Searching for memory: The brain, the mind and the past*, Nueva York, Basic Books, 1996.

—, *The seven sins of memory: How the mind forgets and remembers*, Boston, Houghton Mifflin, 2001.

Schaller, S., *A man without words*, Nueva York, Summit Books, 1991.

Schank, R. C., *Dynamic memory: A theory of reminding and learning in computers and people*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982.

Schelling, T. C., *The strategy of conflict*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1960.

—, *Micromotives and Macrobehavior*, Nueva York, W. W. Norton, 1978.

Schiffer, S. R., *Meaning*, Nueva York, Oxford University Press, 1972.

Schön, D. A., «Generative metaphor: A perspective on problem-setting in social policy», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

Schütze, C., *The empirical basis of linguistics: Grammaticality judgments and linguistic methodology*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

Scott, E. C., N. J. Matzke, G. Branch y 284 scientists named «Steve», «The morphology of Steve», *Annals of Improbable Research*, 2004, págs. 24-29.

Searle, J. R., «Indirect speech acts», en P. Cole y J. Morgan (comps.), *Syntax and semantics 3: Speech acts*, Nueva York, Academic Press, 1975.

—, «Metaphor», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993a.

—, «Rationality and realism: What is at stake?», *Daedalus*, nº 122, 1993b, págs. 55-83.

Semenza, C., «The (neuro)-psychology of mass and count nouns», *Brain and Language*, nº 95, 2005, págs. 88-89.

Senghas, A., J. J. Kim y S. Pinker, *The plurals-in-compounds effect*, manuscrito no publicado, Barnard College, 2004.

Shad, U. P. y (aka_Peter_Salus), «Some unnatural habits», en A. M. Zwicky, P. H. Salus, R. I. Binnick y A. L. Vanek (comps.), *Studies out in left field: Defamatory essays presented to James D. McCawley on the occasion of his 33rd or 34th birthday* (1971), Filadelfia, John Benjamins, 1992.

Sheidlower, J., *The F word*, Nueva York, Random House, 1995.

Shepard, R. N., «The mental image», *American Psychologist*, nº 33, 1978, págs. 125-137.

Shibatani, M., «The grammar of causative constructions: A conspectus», en M. Shibatani (comp.), *Syntax and semantics 6: The grammar of causative constructions*, Nueva York, Academic Press, 1976.

Shtulman, A., «Qualitative differences between naïve and scientific theories of evolution», *Cognitive Psychology*, nº 52, 2006, págs. 170-194.

Shultz, T. R., «Rules of causal attribution», *Monographs of the Society for Research in Child Developments*, vol. 47, nº 1, serie nº 194, 1982.

Simonson, I. y A. Tversky, «Choice in context: Tradeoff contrast and extemeness aversion», *Journal of Marketing Research*, nº 29, 1992, págs. 281-295.

Singer, H. S., «Tourette syndrome: From behavior to biology», *Lancet Neurology*, nº 4, págs. 149-159.

—, *Stories for children*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1984 (trad. cast.: *Cuentos para niños*, Madrid, Anaya, 2004).

Sinha, C. y T. Kuteva, «Distributed spatial semantics», *Nordic Journal of Linguistics*, nº 18, 1995, págs. 167-199.

Siskind, J., «A computational study of lexical acquisition», *Cognition*, nº 50, 1995.

Slobin, D. I., «From "thought and language" to "thinking for speaking"», en J. J. Gumperz y S. C. Levinson (comps.), *Rethinking linguistic relativity*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

Smith, L. y E. Thelen (comps.), *A dynamic systems approach to development: Applications*, Cambridge, MA, MIT Press, 1993.

Smith, N. V. (comp.), *Mutual knowledge*, Nueva York, Academic Press, 1982.

Social Security Administration, «Popular baby names», 2006, <http://ssa.gov/OACT/babynames>.

Soja, N. N., S. Carey y E. S. Spelke, «Ontological categories guide young children's inductions of word meaning: Object terms and substance terms», *Cognition*, nº 38, 1991, págs. 179-211.

Solt, J., «Japanese sexual maledicta», en R. Aman (comp.), *The best of Maledicta: The International Journal of Verbal Aggression*, Filadelfia, Running Press, 1987.

Sommers, F., «Types and ontology», *Philosophical Review*, nº 72, 1963, págs. 327-363.

Sowell, T., *Knowledge and decisions*, Nueva York, Basic Books, 1980.

—, *A conflict of visions: Ideological origins of political struggles*, Nueva York, Quill, 1987.

—, *Migrations and cultures: A world view*, Nueva York, Basic Books, 1996.

Speedie, L. J., J. T. Wertman y K. M. Heilman, «Disruption of automatic speech following a right basal ganglia lesion», *Neurology*, nº 43, 1993, págs. 1.768-1.774.

Spelke, E., «Initial knowledge: Six suggestions», *Cognition*, nº 50, 1995, págs. 433-447.

—, «What makes us smart? Core knowledge and natural language», en D. Gent-

ner y S. Goldin-Meadow (comps.), *Language in mind: Advances in the study of language and thought*, Cambridge, MA, MIT Press, 2003.

Spellman, B. A., «Acting as intuitive scientists: Contingency judgements are made while controlling for alternative potential causes», *Psychological Science*, nº 7, 1996, págs. 337-343.

—, «Crediting causality», *Journal of Experimental Psychology: General*, nº 126, 1997, págs. 323-349.

Spellman, B. A. y A. Kincannon, «The relation between counterfactual ("but for") and casual reasoning and implications for jurors' decisions», *Law and Contemporary Problems (Special issue on Causation in Law and Science)*, nº 64, 2001, págs. 241-264.

Spellman, B. A. y D. R. Mandel, «When possibility informs reality: Counterfactual thinking as a cue to causality», *Trends in Cognitive Science*, nº 8, 1999, págs. 120-123.

Sperber, D., «Anthropology and psychology: Towards an epidemiology of representations», *Man*, nº 20, 1985, págs. 73-89.

Sperber, D. y D. Wilson, *Relevance: Communication and cognition*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1986.

Stalnaker, R. C., «Assertion», en P. Cole (comp.), *Syntax and semantics 9: Pragmatics*, Nueva York, Academic Press, 1978.

Symons, D., *The evolution of human sexuality*, Nueva York, Oxford University Press, 1979.

Talmy, L., «How language structures space», en H. Pick y L. Acredolo (comps.), *Spatial orientation: Theory, research and application*, Nueva York, Plenum, 1983.

—, «Lexicalization patterns: Semantic structure in lexical forms», en T. Shopen (comp.), *Language typology and syntactic description III: Grammatical categories and the lexicon*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985.

—, «Force dynamics in language and cognition», *Cognitive Science*, nº 12, 1988, págs. 49-100.

—, «Force dynamics in language and cognition», en *Toward a cognitive semantics 1: Concept structuring systems*, Cambridge, MA, MIT Press, 2000a.

—, «How language structures space», en L. Talmy (comp.), *Toward a cognitive semantics*, Cambridge, MA, MIT Press, 2000b.

Tarr, M. J. y S. Pinker, «Mental rotation and orientation-dependence in shape recognition», *Cognitive Psychology*, nº 21, 1989, págs. 233-282.

Tegmark, M., «Parallel universes», *Scientific American*, 2003, págs. 41-51.

Tenner, E., «Talking through our hats», *Harvard Magazine*, nº 91, 1989, págs. 21-36.

Tenny, C., «The aspectual interface hypothesis», en I. A. Sag y A. Szabolcsi

(comps.), *Lexical matters*, Stanford, Center for the Study of Language and Information, 1992.

Tetlock, P. E., «Coping with tradeoffs: Psychological constraints and political implications», en A. Lupia, M. McCubbins y S. Popkin (comps.), *Political reasoning and choice*, Berkeley, University of California Press, 1999.

Tetlock, P. E., O. V. Kristel, B. Elson, M. C. Green y J. Lerner, «The psychology of the unthinkable: Taboo tradeoffs, forbidden base rates, and heretical counterfactuals», *Journal of Personality and Social Psychology*, nº 78, 2000, págs. 853-870.

Thomson, J. J., «The trolley problem», *Yale Law Journal*, nº 94, 1985, págs. 1.395-1.415.

Tomasello, M., *Constructing a language: A usage-based theory of language acquisition*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003.

Tooby, J. y L. Cosmides, «Psychological foundations of culture», en J. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby (comps.), *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

—, «Friendship and the Banker's Paradox: Other pathways to the evolution of adaptations for altruism», *Proceedings of the British Academy*, nº 88, 1996, págs. 119-143.

Tooby, J. e I. DeVore, «The reconstruction of hominid evolution through strategic modeling», en W. G. Kinzey (comp.), *The evolution of human behavior: Primate models*, Albany, N.Y., SUNY Press, 1987.

Tootell, R. B., M. S. Silverman, E. Switkes y R. L. De Valois, «Deoxyglucose analysis of retinotopic organization in primate striate cortex», *Science*, nº 218, 1982, págs. 902-904.

Treisman, A. y G. Gelade, «A feature-integration theory of attention», *Cognitive Psychology*, nº 12, 1980, págs. 97-136.

Tversky, A. y D. Kahneman, «The framing of decisions and the psychology of choice», *Science*, nº 211, 1981.

Tyler, A. y V. Evans, *The semantics of English prepositions: Spatial scenes, embodied meaning and cognition*, Nueva York, Cambridge University Press, 2003.

Ullman, M. T., S. Corkin, M. Coppola, G. Hickok, J. H. Growdon, W. J. Koroshetz y otros, «A neural dissociation within language: Evidence that the mental dictionary is part of declarative memory, and that grammatical rules are processed by the procedural system», *Journal of Cognitive Neuroscience*, nº 9, 1997, págs. 289-299.

Ullman, M. T., «Acceptability ratings of regular and irregular past-tense forms: Evidence for a dual-system model of language from word frequency and

phonological neighbourhood effects», *Language and Cognitive Processes*, nº 14, 1999, págs. 47-67.

Valiant, L., *Circuits of the mind*, Nueva York, Oxford University Press, 1994.

Van Essen, D. C. y E. A. Deyoe, «Concurrent processing in the primate visual cortex», en M. S. Gazzaniga (comp.), *The cognitive neurosciences*, Cambridge, MA, MIT Press, 1995.

Van Lancker, D. y J. L. Cummings, «Expletives: Neurolinguistic and neurobehavioral perspectives on swearing», *Brain Research Reviews*, nº 31, 1999, págs. 83-104.

Van Lancker, D. y B. Sidtis, «Formulaic expressions in spontaneous speech of left-and-right-hemisphere-damaged subjects», *Aphasiology*, nº 20, 2006.

Van Valin, R. D., *Exploring the syntax-semantics interface*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

Vanderschraaf, P. y G. Sillari, «Common knowledge», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, invierno de 2005, <http://plato.stanford.edu/archives/win2005/entries/common-knowledge/>.

Varley, R. A., N. J. C. Klessinger, C. A. J. Romanowski y M. Siegal, «Agrammatic but numerate», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, nº 102, 2005, págs. 3.519-3.524.

Veblen, T., *The theory of the leisure class* (1899), Nueva York, Penguin, 1994 (trad. cast.: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Hyspamérica, 1988).

Vendler, Z., «Verbs and times», *Philosophical Review*, nº 66, 1957.

Vise, D. y M. Malseed, *The Google story*, Nueva York, Delacorte Press, 2005.

Wajnryb, R., *Expletive deleted: A good look at bad language*, Nueva York, Random House, 2005.

Walraff, B., *Word Fugitives*, Nueva York, HarperCollins, 2006.

Walsh, C. R. y S. A. Sloman, «The meaning of cause and prevent: The role of causal mechanism», trabajo presentado en la Conference of the Cognitive Science Society, Stresa, Italia, 2005.

Walsh, W. H., «Immanuel Kant», en P. Edwards (comp.), *The encyclopedia of philosophy*, Nueva York, Macmillan, 1967.

Wattenberg, L., *The Baby Name Wizard's Name Voyager*, 2005, <http://www.babynamewizard.com/namevoyager/lnv0105.html>.

Wegner, D., *White bears and other unwanted thoughts: Suppression, obsession, and the psychology of mental control*, Nueva York, Guilford Publications, 1989.

—, *The illusion of conscious will*, Cambridge, MA, MIT Press, 2002.

Wheeler, J. A., «Time today», en J. J. Halliwell, J. Pérez-Mercader y W. H. Zurek (comps.), *Physical origins of time asymmetry*, Nueva York, Cambridge University Press, 1994.

White, P. A., «Use of prior beliefs in the assignment of causal roles: Causal powers versus regularity-based accounts», *Memory and Cognition*, nº 23, 1995, págs. 243-254.

Whorf, B. L., *Language, thought, and reality: Selected writings of Benjamin Lee Whorf*, Cambridge, MA, MIT Press, 1956 (trad. cast.: *Lenguaje, pensamiento y realidad: selección de escritos*, Barcelona, Barral, 1971).

Wierzbicka, A., *English speech act verbs: A semantic dictionary*, Nueva York, Academic Press, 1987.

—, «Oats and wheat: Mass nouns, iconicity and human categorization», en *The semantics of grammar*, Filadelfia, John Benjamins, 1988a.

—, *The semantics of grammar*, Filadelfia, John Benjamins, 1988b.

—, «What's in a noun? (or: How do nouns differ in meaning from adjectives?)», en *The semantics for grammar*, Filadelfia, John Benjamins, 1988c.

—, *Cross-cultural pragmatics: The semantics of human interaction*, Nueva York, Mouton de Gruyter, 1991.

—, «The semantics of English causative constructions in a universal-typological perspective», en M. Tomasello (comp.), *The new psychology of language*, Mahwayh, NJ, Erlbaum, 1998.

Wiese, H., *Numbers, language and the human mind*, Cambridge; Nueva York, Cambridge University Press, 2003.

Williams, G. C., *Adaptation and natural selection: A critique of some current evolutionary thought*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1966.

Winner, E. y H. Gardner, «Metaphor and irony: Two levels of understanding», en A. Ortony (comp.), *Metaphor and thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

Winter, S. L., *A clearing in the forest: Law, life and mind*, Chicago, University of Chicago Press, 2001.

Winter, Y., «Atoms and sets: A characterization of semantic number», *Linguistics Inquiry*, nº 33, 2002, págs. 493-505.

Wise, S., E. Murray y C. Gerfen, «The frontal cortex-basal ganglia system in primates», *Critical Reviews in Neurobiology*, nº 10, 1996, págs. 317-356.

Wolff, P., «A vector model of causal meaning», en W. D. Gray y C. D. Schunn (comps.), *Proceedings of the 24th Annual Conference of the Cognitive Science Society*, Mahwah, NJ, Erlbaum, 2002.

—, «Direct causation in the linguistic coding and individuation of causal events», *Cognition*, nº 88, 2003, págs. 1-48.

—, «Representing causation», *Journal of Experimental Psychology: General*, 2007.

Wolff, P. y G. Song, «Models of causation and the semantics of causal verbs», *Cognitive Psychology*, nº 47, 2003, págs. 276-332.

Wray, A., «Protolanguage as a holistic system for social interaction», *Language and Communication*, nº 18, 1998, págs. 47-67.

Wynn, K., «Addition and subtraction in human infants», *Nature*, nº 358, 1992, págs. 749-750.

Xu, F. y S. Carey, «Infants' metaphysics: the case of numerical identity», *Cognitive Psychology*, nº 30, 1996, págs. 111-153.

Xu, F., S. Carey y J. Welch, «Infants' ability to use object kind information for object individuation», *Cognition*, nº 70, 1999.

Yang, C., *Knowledge and learning in natural language*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.

Yeung, N., M. M. Botvinick y J. D. Cohen, «The neural basis of error detection: Conflict monitoring and the Error-Related Negativity», *Psychological Review*, nº 11, 2004, págs. 931-959.

Zwicky, A. M., P. H. Salus, R. I. Binnick y A. L. Vanek (comps.), *Studies out in left field: Defamatory essays presented to James D. McCawley on the occasion of his 33rd or 34th birthday* (1971), Filadelfia, John Benjamins, 1992.

ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES

Aaron, David, 348-349
Abarbanell, Linda, 197, 203-204, 205
Acoso sexual, 43, 276, 430-431, 461-462, 495, 539
Acrónimos, 33-34, 390-391, 393-394, 471
Acuerdos prematrimoniales, 531, 539
Adams, Douglas, 402
Adjetivos:
  comparativos, 68
  expletivos, 432, 476-479
  significado de, 164-165
  superlativos, 421-422
  y sustantivos, 166-167, 227-228
  y verbos, 120, 391-392
Adler, Jerry, 177
Adquisición del lenguaje, *véase* Aprendizaje de la lengua
Afasia, 122, 183, 239, 332-333, 442, 444
Afroamericanos, 39, 422, 435, 488-489
Agnosia, 239
Agonista, 294-300, 304, 308, 323, 334, 336, 565, 571
Agua, 380-381, 384, 388
Aktionsart, 267
Alcott, Louisa May, 441
Alemán, 117, 398, 405
Allan, Keith, 455, 463-464
Allen, Woody, 36, 79-80, 178-179, 284, 344, 462, 480
Alquimia, 339
Alternancia, 58-59, 81, 86-87, 198
«Ámame dos veces» (Doors), 271
Amenazas:
  ignorancia razonable y, 553-555
  veladas, 41, 451, 494-495, 515, 542-543
American Dialect Society, 35, 404, 406
Amgen, 522
Amígdala, 438-439, 443, 483
Analogía:
  en la ciencia, 337-342
  estructura relacional y poder de, 337-338, 354
  experiencia y, 363
  isomorfos del problema, 360-362
  «Las peores analogías del mundo», 351-352, 359-360
  metáforas conceptuales comparadas con, 336-337
  propensión a, 363-364
  recordatorio en el origen de, 359-360
Ano, 432, 440, 465
Antagonista, 294-299, 300, 304, 308, 323, 334, 336, 565, 567, 571
Antioch College, propuesta de norma contra las violaciones entre compañeros del, 530
Aprendizaje de la lengua, 48-51, 57-67, 114-123, 206-207
  determinismo lingüístico y, 206-207
  problema de la inducción y, 49-51, 66, 138-139
Argot, 182, 207, 409, 421, 447, 471, 475
Aristóteles, 164-165, 278-279, 374, 377-378, 389

Artefactos, significado de, 373, 378, 381-382
Ascenso del poseedor, construcción de, 147-149, 151, 152, 170
Asco, 456-458
Asimov, Isaac, 47
Asociacionista, psicología, 216
Aspecto, 92, 267-273
  y tiempo verbal, 261-262, 274-275
  Véase también Punto de vista
Astronautas del *Apolo*, 287
Atélicos, sucesos, 268, 270
Attneave, Fred, 201
Auxiliares, 120
Aymara, lengua, 260, 265

Bad Acts and Guilty Minds (Katz), 127, 386
Baños, 303, 457
Barner, David, 235
Barry, Dave, 226-227, 262, 509
Barthes, Roland, 188
Bates, Elizabeth, 154-155
Beatles, 375-377
Bell, Quentin, 417
Benefactivos, 94-96
Benihana, restaurantes, 309-310
Bereber, lengua, 117, 243
Berra, Yogi, 419
Bichos, imprecaciones verbales basadas en, 458
Bierce, Ambrose, 502
Big Bang, 215, 342, 423
Biran, Adam, 456-457
Blasfemia, 429-430, 449-450
Bloc de dibujo visioespacial, 181
Blog, 35, 393-394
Blonde (rubio), 162-163, 227
Bloody (maldito), 434, 442, 446-447, 454-455, 475-476, 477, 479-480
Bloom, Paul, 236-237, 254-255
Bogosian, Eric, 431
Bohr, Niels, 437
Bono, 429
Boot (verbo aplicado a ordenadores), 405-406
Borden, Lizzie, 268
Boroditsky, Lera, 353-354
Boudin, Michael, 325
Bowerman, Melissa, 62-63, 354-355
Boyd, Richard, 341-343
Brandstetter, Wanda, 520
Brecht, Bertolt, 102-103
Bresnan, Joan, 112
Brin, Sergey, 225-226
Brochas, 337-338
Brooks, David, 112
Brown, Lloyd, 244, 398
Brown, Penelope, 501-502, 504, 508, 513-514, 526, 532
Brown, Roger, 505, 542-543
Bruce, Lenny, 429, 431, 434, 458, 480
Bryson, Bill, 480
Bucle fonológico, 181
Bullshit (gilipolleces), 447, 454, 473
Burgess, Gelett, 407
Burridge, Kate, 455, 463-464
Bush, George H. W., 35
Bush, George W., 22, 24, 102-103, 113, 121, 278, 327, 409-410, 429-430, 534
Butterfly (mariposa), 398-399

Cálculos mentales, 181-184
Calvin y Hobbes, 32
Cáncer, eufemismos sobre el, 454
Cara:
  autoridad y, 532-533
  como metáfora de la reputación, 536
  conocimiento común y, 551-552, 555
  cortesía como medio para evitar amenazas a, 501-502, 512, 569
  en naturaleza humana, 562-563
  positiva y negativa, 501, 526-527, 532

relación de intercambio y, 540-541
«salvar» la, 42, 495, 501, 514-516, 545, 552-553
Carey, Susan, 190-191, 232
Carlin, George, 37-38, 429, 434-435
Carnot, Sadi, 338-339, 341
Carroll, Lewis, 45, 212
Casasanto, Daniel, 194
Cash, Johnny, 420
Categorías, 138-139, 190-193, 216-217, 222-223, 223-228, 532. *Véase también* Conceptos
Causalidad, 281-312
anticipación preventiva, 288-289
asunción de su importancia en el mundo, 212, 281-282
condiciones frente a causas, 286-287, 289-290, 298-299
en construcciones locativas, 81, 84
en ingeniería, 301-302, 304
en semántica conceptual, 120-121, 123, 139-140, 152-153, 217, 223, 311-312, 561-562
física intuitiva que subyace en, 291-292, 299-302
Hume sobre, 211, 216, 281-284, 290, 306
interrogantes de la, 127-128
Kant sobre, 216, 281
libre albedrío frente a, 215
mecanismos y fuerzas como creadores de, 291-292
modelo de la fuerza-dinámica, 293-300, 306-310, 336
obsoleta científicamente, 301-302
sobredeterminación, 289
teoría contrafactual, 284-288, 298-299, 310-311, 336
teoría de la conjunción constante, 216, 281-284
teorías de la probabilidad, 289-293
transitiva, 288-289, 298-299
variaciones lingüísticas, 119-120
y responsabilidad moral, 305-311
veáse también Construcciones causativas
Causalidad directa, 101-106, 296-297, 305-309
Caverna, alegoría platónica de la, 563-567
«Cebar» (técnica psicolingüística), 163-164
Cerebro:
amígdala, 438-439, 443, 483
áreas asociadas al lenguaje, 183-184, 442-443
córtex cingulado anterior, 446, 482-483
córtex prefrontal, 446
espacio representado en el, 221-222, 239-240, 332-333
formas de objetos representadas en el, 239-240
ganglios basales, 239, 443-446, 484
hemisferio derecho, 438, 442-443
hemisferio izquierdo, 438, 442
hipotálamo, 483
lesiones en, 122, 184, 239, 332-333, 442-443
neocórtex, 438, 442-443
palabras tabú y, 36, 437-438
representación del tiempo, 332-333
significado de los verbos en, 122-123
sistema límbico, 438-439, 443, 446, 482-483
sistemas «qué» y «dónde», 239-240
sistemas ejecutivos del, 443, 446, 483
y blasfemia, 36, 438-448, 482-485
Véanse también Afasia; Agnosia; Síndrome de Tourette
Certeza y frases directas, 546-548
Chagnon, Napoleon, 193
Checo, 195

Cheney, Dick, 38, 534
Chesterton, G. K., 449-450
Chicas criadas en San Fernando Valley, 503
Chichewa, 117
Chino, 117, 235, 395
Chiste y su relación con el inconsciente, El (Freud), 42
Chomsky, Noam, 51, 54, 68, 137, 159, 220, 326, 328, 478
Chua, Amy, 566
Churchill, Winston, 266
Ciencia:
  analogía en, 337-342
  comunalidad y, 570-571
  definiciones en, 378-379
  evitar dogmatismo en, 566, 569-570
  ignorancia razonable, 555
  inglés, *lingua franca* de la, 188-189
  metáforas en, 328-329, 342-344
  moda en, 422-423
  Véanse también Evolución; Filosofía de la ciencia; Física
Clark, Herbert, 513
Clasificación de la autoridad, 531-535, 538-539, 545, 563-564, 566, 570
Cleese, John, 478
Clinton, Bill, 276-278, 285-286, 405
Clinton, Hillary, 285-286, 413-414
Código genético, 343
Cognición en animales, *véase* Monos
Cohen, Jonathan, 307-308
Coincidencia de la igualdad, 536-538
Cólera, circuito de la, 483-484, 487
Color de la piel, palabras que denotan, 163
Color, palabras que indican, 158, 162-163, 439-440
Combinatoria, 323, 567-569
Comedia de costumbres, 493-494, 544
Competencia entre poetas, 466-467
Complete Upmanship, The (Potter), 507
Comprensión, cortesía como, 502-503, 508, 510, 514
Computación, 181, 208, 343
Comrie, Bernard, 256
Comunalidad, 527-531, 539, 541, 545, 562-563, 566, 570
Conceptos:
  básicos, 114-123, 122-123, 130-131, 134-135, 558-561
  efecto holismo, 75-76, 126-127, 559-560
  matices en su significado, 142-143
  que se pueden nombrar, 409-410
  según el determinismo lingüístico, 175-209
  según el nativismo extremista, 133-153
  según la pragmática radical, 153-175
  semántica de, 211-223
  Veánse también Categorías; Conceptos abstractos; Conceptos innatos
Conceptos abstractos:
  en el lenguaje del pensamiento, 114-123114-123, 125-126, 133-134, 176-177, 184-185, 207-208, 208-209, 216-217, 218, 220, 255-256, 332-337, 344, 357-360
  escenarios concretos en la comprensión de, 17-18, 21-22, 73-74, 97-98, 567
  metáforas para expresar, 21, 316-1317, 321-323, 330
  nombres contables e incontables, 235-237
Conceptos innatos:
  en nativismo extremista, 133-153
  Kant sobre, 219-220
  teoría de la tabla rasa frente a, 130
Conciencia, 184-185, 256-257, 365-367
Conductismo, 175

Conexionismo:
Fodor sobre la sintaxis y, 142
Kant y, 219-220
pragmática radical y, 154-155, 712-173
Conjunciones, 120
Connotación, 36, 371, 421, 438-439, 474-475
Conocimiento:
a priori y *a posteriori*, 387-388
común, 548-553, 556, 563, 566
saber y tener, 98, 124-125
Conocimiento *a priori* frente a conocimiento *a posteriori*, 387-388
Conocimiento común, 548-553, 556, 563, 566
Construcción anticausativa, 150-151
Construcción locativa de contacto, 149-150, 151
Construcción locativa de continente y locativa de contenido, 59, 68-69, 76-77, 78, 85, 113, 117, 145
Construcciones causativas, 98-109
e idiosincrasia, 108, 114
tipos de causalidad, 293-294
variación en las lenguas, 117-120
Construcciones conativas, 146-147, 151
Construcciones locativas, 57-62, 79-85
paradoja del habla, 58-65
teoría del cambio gestáltico aplicada a, 67-79
universales y variación, 117
usos según idiosincrasia, 113-114
Construcciones verbales, 52-54
chistes basados en la ambigüedad de, 53-54
distinciones sutiles, 114-115, 160
elementos universales en, 116-121
extensión e innovación, 109-114
paradoja de su aprendizaje, 57-79
significado de, 54-55, 108
Véanse también Construcción anticausativa; Construcción locativa de continente y locativa de contenido; Construcciones causativas; Construcciones locativas; Dativo, construcciones en; Verbos intransitivos; Verbos transitivos
Contrato social, 530
Coprolalia, 444-445
Coreano, 117, 186, 443
Correo electrónico, 33
Cortesía, 501-516
como comprensión, 502-503, 508, 510, 514
como elemento universal en seres humanos, 508
deferente, 502-503, 504-508, 510, 515, 533
diferencias culturales, 508-510
peticiones indirectas, 42, 495, 504-508, 511-513
y consenso intelectual, 569-570, 571
Córtex cingulado anterior, 446, 482-483
Cosa, 121, 126-127
Costumbre andrógina de poner nombres, 420
Cotilleo, 536, 546, 548, 552, 557
Coventry, Kenny, 254-255
Crazy English (Lederer), 65-66, 230, 242, 249, 270, 271-272, 392, 469
Creacionismo, 321, 370, 384
Criminal, responsabilidad, 127, 280
Criptotipo, 68
Cromwell, Oliver, 451-452
Cuando Harry encontró a Sally, 31
Culminaciones, *véase* Verbos de consecución
Cultura, *véase* Sociedad
Cultura del honor, 510
Cunt (coño), 432, 436, 438, 441, 444-445, 455, 467-468, 489
Curtis, Valerie, 456-457

Damn (maldito), 432, 445-446, 449, 453, 479, 481-482
Danés, 398
Darden, Christopher, 431
Darwin, Charles, 321, 328, 384, 487, 565
Dativo, construcciones en, 87-98
  criterios abstractos en utilización de, 115-116
  universales y variaciones en, 117, 119
  usos de, 111-112
Dativo ditransitivo o de doble objeto, 86-87, 88, 89, 91, 92-95, 97, 113, 116, 118
Dativo preposicional, 86-87, 95, 113-114
  preposiciones, 240-242, 244, 248-249, 253-254, 303, 311, 332-333
Dawkins, Richard, 329, 340-341, 342, 418, 527
Debate naturaleza-crianza, 130-131, 133-134, 220
Debate político:
  marcos y, 19-20, 70-71, 178, 323, 344-347, 566
  metáfora en el, 344
Declaración de Independencia, 313-315
Deferente, cortesía, 502-503, 504-508, 510, 515, 533
Definiciones, 135-136, 143-146, 372-373, 378-379, 385-386
Dehaene, Stanislas, 183, 193, 195-196
Democracia, 427-428, 430, 487-488, 537, 565-566
Dennett, Daniel, 131
Dennis el Diablillo, 234
Denotación, 36, 438
Dershowitz, Alan, 306
Descartes, René, 177, 256, 327
Descomposición, 393
Descripción definida, 374-375, 378-379
Designadores rígidos, 378-379, 381, 384, 385-386
Designadores rígidos, 378-379, 381, 384, 385-386
Desnudos y los muertos, Los (Mailer), 490
Determinismo lingüístico (hipótesis whorfiana), 132-209
  argumentos en contra, 206-208
  criterios para demostrar el, 189-190, 199-200
  definición, 132
  palabras en lengua esquimal para nombrar la nieve, 176-177, 179
  versiones banales, 177-181
  versiones interesantes, 181-187
  versiones radicales, 187-206
  y distinción de nombres contables e incontables, 232
Dickens, Charles, 157
Diferencias de sexo:
  en implicatura y habla indirecta, 534
  en lenguaje soez, 461-462
  en sintaxis de verbos referentes al sexo, 469-470
  generalizaciones estadísticas, 126-127
  y nombres, 415, 419-420
Dike (tortillera), 432, 435, 448
Dilbert, 331-332
Dios, palabras para designar a, 39, 449-452, 474
Diplomacia, 42-43, 399, 495, 521-523
«Discutir es la guerra», 319, 332, 333
Diseño inteligente, *véase* Creacionismo
Disfemismo, 169, 172, 350, 463-464, 472
Dispositivos poéticos, 447
Disraeli, Benjamin, 350
Djirbal, 436
Dominio del lenguaje, 57-79, 138-139

Dominio, 531-535, 562-563, 565. *Véase también* Clasificación de la autoridad
Donativos, solicitud de, 541-542, 545
Dooced, 393
Doonesbury, 266
Dualismo mente-cuerpo, 148
Dunbar, Kevin, 363-364
Duncker, Karl, 361-362
Dworkin, Andrea, 461-462, 472

Eames, Charles y Ray, 45
Edipo, 372, 382, 432
Educación, 130, 133-134, 501
Efecto del «pensar para hablar», 185-187
Efecto holismo, 71-72, 74, 75-76, 118, 126-127, 148-149, 559-560, 565
Efluvios corporales, palabras tabú sobre, 453-454
Einstein, Albert, 18, 20, 259, 377-378
«El amor es un viaje», metáfora, 319-320, 322-323, 333, 336-337
Email (enviar por correo electrónico), 87
Emociones/sentimientos:
  blasfemias asociadas a sentimientos negativos, 463-464
  connotaciones de las palabras y, 36-39, 438
  en la naturaleza humana, 562-563
  secreciones corporales y asco, 456-457
  y cerebro, 36, 438-439, 443, 482-483
Empirismo, 134, 136, 219-220
Enfermedad:
  palabras tabú pertenecientes al ámbito de la, 432, 436, 453-454
  sustancias repulsivas como portadoras de, 456-457
Enmarcar sucesos, 19
  capacidad de la mente para cambiar marcos, 19-20, 47-48, 67-71, 79-80, 88-89, 100-101
  en el debate político, 19-20, 70-71, 178, 323, 344-347, 566
  «los marcos matan los hechos», 344-345
  metáfora en, 323-325
  y determinismo lingüístico, 178-179
Epifenómenos, 283, 286, 289
Epítetos, *véase* Palabrotas y blasfemias (lenguaje tabú)
Escher, M. C., 246
Esencias, 384
Espacio, 237-256
  como marco cognitivo, 212-215, 223
  como medio, 211-212, 218, 219-222, 254-255
  determinismo lingüístico y, 185-186, 196-205
  diferencias respecto al tiempo, 264-266
  dimensiones, 213-214, 244-252
  discontinuidad en sucesos causales expresada en términos de, 253-254
  distinciones o-o, 243-244
  economía de términos sobre, 252-253
  en física, 218-219, 387-388
  en ingeniería, 301-302, 304
  en la clasificación de la autoridad, 531-532
  en metáforas temporales, 20-21, 332-333, 335, 353-354, 355, 560-561
  en semántica conceptual, 122-123, 139-140, 152-153, 217, 223, 311-312, 561-562
  finito frente a infinito, 214-215
  imaginación, limitada por el, 212-213, 255-256
  imprecisión en lenguaje, 238-239
  Kant sobre, 217, 255-256

palabras referentes a la forma y la ubicación, 240-241
polisemia en términos sobre, 242
precisión en expresiones sobre, 258-259
semejanzas entre tiempo y, 20-21, 259-262, 317, 332-333, 353-354, 355, 560-561
términos del cuerpo humano para designar lugares y direcciones, 249-250
uso metafórico en otros ámbitos, 20-21, 73-74, 335-336, 341-342, 353-356
variaciones lingüísticas y recuerdo de ubicación, 185-186, 197-205
vocabulario ideal, 241-242, 252
Espacio negativo, 246
Español, 90, 117, 185, 243, 382, 401, 432, 441, 505-506
Especies, conceptos de, 328, 384, 565
Especificidad del dominio, 220
Especioso, presente, 257-258, 261, 268
Estadística, mente y, 127-128
Estado:
aspecto (*Aktionsart*), 267
como elemento involuntario, 279
efecto del cambio de, 76, 80-81
en lenguaje del pensamiento, 120-121, 557
espacio del, 73-74, 78-79
Estatus, 531, 532, 541, 562
Estrella del alba, 372, 374, 382, 388
Estrella vespertina, 372, 374, 382-383, 388
Etimología, 33-34, 390-391, 398
Eufemismos:
en habla indirecta, 494
para dirigirse a las personas, 506
para evitar palabras tabú, 447, 453-454, 463-464
«rutina eufemística», 422
y pragmática radical, 169-170, 174-175
Everett, Daniel, 194
Evolución:
comprensión endeble de, 565
cría selectiva como analogía de la, 338
de la capacidad de razonar sobre ámbitos abstractos, 321-322
de la clasificación de la autoridad, 531-532
de la coincidencia de la igualdad, 536
del compartir comunal, 527-528
en el mal hablar catártico, 483-484
en emociones sexuales, 459-460
en sentimientos de asco, 456-458
nativismo extremista y, 137-139
Proyecto Steve y, 370
y términos que designan especies, 384
Véase también Creacionismo
Excepciones negativas, 66-67
Excreción:
carga emocional de las palabras referentes a, 36-37, 456-458
palabras tabú relacionadas con, 432, 436, 454-458
«rutina eufemística» en términos sobre, 422
siete palabras que no se pueden pronunciar en televisión, 431-432
Expletivos, 432, 476-479. *Véase también* Palabrotas y blasfemias (lenguaje tabú)
Expresiones de respeto, 506-508

Faldas, largo de las, 417-418
Fallon, April, 456
Fargo, 41, 495, 524
Fax (enviar un fax), 87

FCC (Comité Federal de Comunicaciones), 429-430, 476, 492
Feiler, Bruce, 523-525, 540
Feynman, Richard, 300
Fields, W. C., 171
Fillmore, Charles, 54
Filosofía:
de la causalidad, 212-219, 281-291
de la ciencia, 49-50, 281-282, 300-301, 341-342
del lenguaje, 496-501
epistemología, 23, 549-551
moral, 305-309
occidental, 327-330
y determinismo lingüístico, 187-188
y nombres, 372-389
y significado, 134, 138-140, 372-389
Finkelstein, Norman, 306
Física:
cuántica, 300-301
de la relatividad, 259, 300
intuitiva, 291-292, 299-302
newtoniana, 257-258, 299-300, 301
y espacio, 213-214, 217-219, 388
y tiempo, 214-215
Física newtoniana, 257-258, 299-300, 301
Fiske, Alan, 526, 536-537, 539
Flying Circus, de Monty Python, 34, 453, 492
Fodor, Jerry, 130-131, 132, 133-146
Fonestesia, 395-398, 399-400, 419-420
Fonético, simbolismo, 448
Foot, Philippa, 306-307
Foreman, George, 419
Forma, concepción de la, 244-249, 269-270
Formas de dirigirse a las personas, 505-507
Formas genéricas en nombres de productos, 226-227
Formas irregulares:
aprendizaje de, 65-66
origen de, 141-142
Francés de Québec, 436
Francés, 49, 208, 230, 398, 436, 447, 505-506
Frankfurt, Harry, 454
Franklin, Benjamin, 157, 256
Freud, Sigmund, 42
Friedman, Kinky, 435
Frost, Robert, 348
Fuck (joder), 391, 432-433, 438, 441-442, 444-445, 446, 447-448, 454, 459, 468-480, 481-482, 486, 488-489, 490
Fuerza:
en la clasificación de construcciones locativas, 81-85
en la clasificación de la autoridad, 531
en la semántica conceptual, 81, 85, 92, 116, 123, 323
influencia en razonamiento, 218, 297-298, 336, 340
y distinción de construcciones verbales, 81, 91-92, 114-115
Fuerza-dinámica, modelo de causación, 293-300, 306-310, 336
Futuro perfecto, 263-264
Futuro, 259, 262, 264-265, 561
Futuro, tiempo verbal, 262-263, 265-266

Gallistel C. R., 204
Gamow, George, 192-193
Ganglios basales, 239, 443-446, 484
Garfield, James, 127-128, 309
Garrod, Simon, 254-255
Geldof, Bob, 419
Género biológico, *véase* Diferencias de sexo
Género gramatical, 122, 152-153, 401, 497-498

de nombres de persona, 415, 421-422
Gentner, Dedre, 143, 338-339
Geometría euclidiana, 218-219, 245, 388
Gerrymander (dividir injustamente para beneficiar a una de las partes), 34, 142, 409
Geschwind, Norman, 442
Gestáltico, cambio:
construcción causativa y, 100-101
construcción de dativo y, 88-89
construcción locativa y, 69-70, 71, 76, 88-89
Gibson, Mel, 30
Gick, Mary, 362
Gigerenzer, Gerd, 554
Gilman, Albert, 505-506
Gladwell, Malcolm, 425
Gleason, Jean Berko, 63
Gleason, Ralph J., 431
Gleitman, Lila, 204
Glucksberg, Samuel, 330
Goffman, Erving, 486-487, 501, 532, 546
Going to, 265
Goldstein, Rebecca Newberger, 11
Goldwinismos, 318, 419
Google, 35, 225-226
Gordon, Peter, 189, 192-194
Gorman, James, 503
Gould, Stephen Jay, 369-370
Gramática:
criterios, 49, 55-56, 111-114
en el aprendizaje lingüístico, 49-55
universal, 51, 328
Véase también Sintaxis; *y partes del habla*
Gramática de casos, 54
Gramática universal, 51, 328. *Véase también* Variaciones en las lenguas y universales
Greene, Joshua, 307-308
Gregory, Dick, 54
Grice, Paul, 496-497, 499-500, 501-502, 516, 549, 554
Griego, 117, 185
Griffiths, Rachel, 419
Gritos de reacción, 485-487
Gropen, Jess, 63, 78, 87, 99
Gruber, Jeffrey, 334
Guiteau, Charles J., 127-128, 309

Habla indirecta, 493-556
diplomacia y, 42-43, 521-523
ejemplos de, 43, 494-495
vaguedad y, 521-523
Véanse también Cortesía; Implicatura conversacional
Habla interna, 181
Hablar en tono ascendente, 504
Haile Selassie, 508
Hair (musical), 429, 462
Hall, Rich, 402
Harlow, Ray, 208
Harris, Judit Rich, 491-492
Hauser, Marc, 192, 293, 307, 322
Hearst, Patty, 310
Hebreo, 120, 141, 195, 379, 398
Heces, 432, 438, 456-457, 463-464, 465
Hechizo, preservar el, 546
Hechos contingentes, 387
amenazas veladas y, 542
convencionales, 512
en el humor, 534-535
Heidegger, Martin, 188
Hemisferio derecho del cerebro, 438, 442-443
Hill, Anita, 43
Hiperónimos, 170-171, 227, 234
Hipocresía, 38, 436, 460, 484, 494, 502, 526, 545, 563
Hipótesis de la frustación-agresividad, 483
Hobbes, Thomas, 209

Holandés, 199, 205, 242, 398
Holandés, 242, 398
Holyoak, Keith, 362
«Hombre», 170
Hombre de paja, 133
Hombres:
nombres de chico, 30-32, 369-372, 419-420
diferentes de mujeres en cuanto al lenguaje sexual, 461-462
expresiones soeces, 465-466
Véanse también Diferencias de sexo; Mujeres
Hombres son de Marte, las mujeres de Venus, Los (Gray), 126-127
Homofonía, 119
Homonimia, 119
Hora punta, 436
Hovav, Malka Rappaport, 68
Huckleberry Finn (Twain), 433
Hughes, Geoffrey, 433, 448
Hume, David, 211, 216, 281-282, 283, 289-290, 306
Humor, 534-535
Húngaro, 117, 195

Idle, Eric, 429, 492
Igbo, 117-118
Ignorancia razonable, 496, 553-555
Ilusión óptica del jarrón y las caras, 69
Imágenes mentales, 212-213, 238, 559-560
Imaginación, *véase* Imágenes mentales
Imperfectivo, aspecto, 272-273
Ímpetu, teoría de la física basada en, 300-301
Implicatura:
convencional, 479-480
conversacional, 499-501, 511-512, 515-516, 518-520, 533-535, 540, 542-543, 545-546, 549
Importancia de llamarse Ernesto, La, 171
In (en), 121, 185, 242-243, 248-249, 252-253, 255, 559-560
Indecencia, 427-428, 430, 476-477
Indexicales, 374, 378-379
Indonesio, 117
Inducción, 49-50, 51, 66-67, 138-139
Ingeniería, 302-304
Inglés:
americano frente a británico, 164, 231
efecto del «pensar para hablar», 185-186, 187
lingua franca en la ciencia, 188-189
palabras anglosajonas, 37, 167-168, 464-465
palabras sobre formas, 240
preposiciones espaciales, 242-243
pronombres de segunda persona, 505-506
términos del cuerpo humano para designar lugares y direcciones, 249-250
términos espaciales, 202-203, 204-205
términos sobre sexo, 463-464
tiempos verbales, 259, 261-274
Insinuación sexual, 41, 494-495, 513, 515, 525, 539, 544
Instinto del lenguaje, El (Pinker), 13, 176
Inteligencia artificial, 360
Inteligencia, evolución de, 322-323, 567-571
Intercambio, 536-538, 539-540, 541-542
Intermediarios, 537, 565-566
Internet, 17, 35, 38-39, 97, 225, 410, 498
Inuit, 177, 179
Irrealis, 265
Irreverencia, *véase* Palabrotas y blasfemias (lenguaje tabú)
Isomorfos del problema, 360-362

Italiano, 230, 398
Ivanhoe (Scott), 168

Jackendoff, Ray, 73-74, 184, 334, 348-349
James, William, 153-154, 216, 257
Japonés, 117, 134, 437, 445
Jerga, 136, 140, 182, 207, 401
Jerigonza legal, 498
Jeziorski, Michael, 339
Jillette, Penn, 419
Jodido Patois, 476
Johnson & Johnson, 522
Johnson, Lyndon, 491
Johnson, Mark, 259-260, 319, 326, 329-330, 370
Johnson, Samuel, 502, 535
Juan Carlos, rey, 508
Judíos, 39, 108, 228, 237, 347, 404, 435, 448, 455, 488-489, 490. *Véanse también* Hebreo; Yiddish
Juego de coordinación, 547-548, 555-556
Juramentos, 429-430, 449-453

Kahan, Marcy, 31-32
Kahneman, Daniel, 178, 323, 325, 346
Kant, Immanuel, 216-220, 223, 255, 257, 278, 281, 301, 304, 311, 327, 387-388, 532
Katz, Leo, 127, 288
Kawamoto, Alan, 386
Kemmerer, David, 122, 332-333
Kennedy, John F., 23, 285, 288-289, 301, 416, 491
Keysar, Boaz, 330
Kill (matar), 96, 106-107, 130-131
Kim Jong Il, 508
Kipling, Rudyard, 170
Kitcher, Patricia, 219
Klein, Devrah, 163-164
Korff, Bauch, 318-319
Krebs, John, 519
Kripke, Saul, 375, 377-378, 385-388
Kruschev, Nikita, 285

Lakoff, George, 259-260, 319-320, 322, 326-331, 333-335, 337, 341, 344-345, 348, 350, 471, 475
Lambek, John, 230
Lamento de Portnoy, El (Roth), 471
Langan, Michael, 521
Laplace, Diablo de, 301
Larkin, Philip, 491
Lederer, Richard, 65, 230, 242, 249, 270-271, 392, 469
Lee, Peggy, 170
Lehrer, Tom, 172, 462
Leibniz, Gottfried Wilhelm, 134, 413
Lenguaje:
ampliación, 207-208
como apoyo del razonamiento, 209
como medio digital, 243, 311, 365, 545-546, 557
componentes, 51-52
perfecto, 252
poder combinatorio del, 567-569
significado, 21
ventana a la naturaleza humana, 206, 557-563
Véanse también Aprendizaje de la lengua; Semántica; Sintaxis
Lenguaje de signos norteamericano, 445
Lenguaje del pensamiento, 19-20, 114-123, 143-144
Lenguas, *véanse* Alemán; Aymara; Bereber; Chichewa; Chino; Checo; Coreano; Danés; Djirbal; Español; Francés; Francés de Québec; Griego; Hebreo; Holandés; Húngaro; Igbo; Indonesio; Inglés; Inuit; Italiano; Japonés; Lenguaje de signos norteamericano; Lenguas árabes; Papuano; Portugués; Ruso; Shona;

Tamil; Tlingit; Turco; Tzeltal; Tzotzil; Yiddish; Yupik
Lenguas árabes, 117-118
Lenguas esquimales, *véase* Inuit
Levin, Beth, 53, 68, 146
Levinson, Stephen, 197-199, 203-204, 243, 501-502, 504, 508, 513-514, 526, 532
Levítico, 349, 429
Lewis, C. S., 465
Lewis, David, 286-287
Lexicon Branding, 408
Ley de Decencia en la Radiodifusión, 38, 429-430
Ley de Limpieza de las Ondas, 38, 435, 476-477
Ley y orden, 309, 311
Leyes, 124-125, 127-128, 278, 279-280, 302, 305-311, 325, 386, 427-430, 431, 452, 476, 516-520, 530, 556
Li, Peggy, 203-205
Libertad de expresión, 427-429, 487-488, 520, 544
Libre albedrío, 13, 79, 103-104, 109, 265, 296, 305
Lieberson, Stanley, 413-414, 415, 417-418, 420
Liffs, significado de, 402-403, 407
Lillie, Beatrice, 74-75
Lingüística cognitiva, 326
Literally (literalmente), 318-319
Lloyd, John, 402
Locke, John, 327
Lógica, 209, 475
«Lógica y conversación» (Grice), 496-497
«Los chicos son los chicos», 224-225, 497

MacKay, Don, 441
«Madison» (nombre), 412, 414, 423-424
Magia de las palabras, 37, 39, 389-390, 406, 437, 456-457, 566
Magia simpatética, 340, 456
Mago de Oz, El, 274
Magritte, René, 246
Mailer, Norman, 490
Maldiciones, 453, 466-468, 481-482
Maledicta: The International Journal of Verbal Aggression, 437
Malefactivos, 94-95
Manetas, Miltos, 407-408
Matemáticas:
cálculos mentales, 181-184
definiciones en, 372-373
geometría, 218-219, 245, 388
topología, 244
Véase también Número (cantidad)
Materia:
continua frente a cosas diferenciadas, 20, 559
nombres contables e incontables para designar, 167-168, 228-237
se extiende en el espacio, 256
Marco basado en la gravedad, 199, 250-251
Marco centrado en el objeto, 200, 250, 559-560
Marco egocéntrico, 201-202, 203, 250, 559-560
Marco geocéntrico, 199-200, 202-203, 204, 350, 558
Marcus, Ruth Barcan, 375
Marea roja, 533-534
Marr, David, 247
Marvin (tira cómica), 61
Marx, Chico, 179
Marx, Groucho, 157, 244, 258, 374-375, 461
Matar, 106-107, 307-308
Máximas conversacionales, 497-499, 517
McCartney, Paul, 374, 375-377, 378-379, 389
McCawley, James D., 475
McClelland, James, 172-173
McCorduck, Pamela, 171

McGinn, Colin, 389
Mecánica cuántica, 300
Memoria:
en funcionamiento, 181
mnemotecnia, 182, 183-184
semejanzas y, 115-116, 395-396
sobre la forma y lo esencial, 207
y comprensión lingüística, 111
y recuerdos, 357-359
y significado léxico, 115-116
Mencken, H. L., 458
Menstruación, palabras tabú sobre, 455-456
Metáfora del conducto, 91, 124-125
Metáforas, 313-367
clave para explicar el pensamiento y el lenguaje, 365
conceptos abstractos expresados en forma de, 20-21, 316-317, 321-323, 330
en neologismos, 393, 398-399
espacio como indicativo de tiempo, 20-21, 260-261, 333-334, 335-336, 353-355
importancia de, 321-326
mixtas, 318
muertas, 317-318, 364
omnipresencia, 74, 313-315, 318-319, 364-365
términos del cuerpo humano que designan lugares y direcciones, 249-250
todas muertas, 317-318
Véanse también Metáforas conceptuales; Metáforas literarias
Metáforas conceptuales, 319-320
acuñar y captar, 353-364
como salida de la caverna platónica, 567
cuestionar y pasar por alto las, 331, 344-347
en la ciencia, 328-329, 342-344
estrato de pensamiento subyacente en, 332, 334-344, 364-365
importancia de, 321-326
interpretación realista de, 344
metáforas literarias comparadas con, 319-320, 348-349
opacas para hablantes, 318, 330
teoría de Lakoff, 326-333
verbos acerca del sexo en, 471-472
y comunabilidad, 528
Metáforas de la vida cotidiana (Lakoff y Johnson), 326
Metáforas del parentesco, 528
Metáforas generativas, *véase* Metáforas conceptuales
Metáforas literarias, 172, 347-352
Metcalfe, Alan, 406-407, 409, 423
Metonimia, 158-159, 169, 171, 207, 315, 393, 400
Michotte, Albert, 292
Microclases semánticas, 82-83, 84, 94, 105, 109-100, 114, 115-116, 118, 120, 469-470
Miguel Ángel, 144-145
Miller, Jonathan, 228, 347-348
Minorías:
afroamericanos, 39, 422, 435, 488-489
epítetos de, 169-170, 435, 447, 487
judíos, 39, 228, 347, 435, 455
e intermediarios, 565-566
nombres para designar, 423-424
Minusválidos, términos que designan a, 227-228, 422
Moda:
en ciencia, 422-423
en largo de las faldas, 417-418
en lenguaje, 418
en nombres de persona, 30-31, 371, 411-415, 418, 423-424

en sombreros, 416-417
estatus y ciclos de, 417-418
Monos, 192-193, 292-293, 322, 438-439
Monroe, Marilyn, 162, 414
Montagu, Ashley, 468
Monty (tira cómica), 154-155, 250, 269
Moral:
categorías kantianas y, 223
causalidad y, 107, 281, 306-309
intención y responsabilidad, 102, 107-108, 279-280, 305-311, 561-562
Morfemas, 120, 136, 141-142, 240, 391, 394
Morfología, 142
Morrison, Philip y Phyllis, 45
Motherfucker (hijo de puta), 432, 435, 441, 444-445, 463, 468
Muerte, palabras tabú del ámbito de la, 432, 436
«Mujer», 170
Mujeres:
diferencias con hombres respecto al sexo, 126-127, 461-462
Ms., 401
nombres de chica, 32, 412, 415, 420, 423-424
términos misóginos, 169-170, 227, 435, 462
y conversaciones entre hombres, 534
Véase también Diferencias de sexo
Mundos posibles, 284-286, 293, 298
Mundurukú, 195-196
Murphy, Gregory, 163-164
Mutualismo, 527
My Fair Lady, 434, 530

Nabokov, Vladimir, 172, 350
Nativismo extremista, 133-153
definición, 130-131
frente a biología evolutiva, 136-138
Kant y, 219-220
pragmática radical y determinismo lingüístico, incompatibles con, 208-209
Necesidad, 397-389
Negabilidad verosímil, 42, 512-513, 516-526, 543-544, 546, 548
Negatividad relacionada con el error, 482-483
Neocórtex, 438
Neologismos, 179, 316, 400, 410-411, 423
cómo se forman, 390-400
Neutro, pronombre de tercera persona de género, 401
New York Times, 435, 454
New Yorker (revista), 351, 540
Newell, Allen, 360
Nietzsche, Friedrich, 188
Nieve, palabras en lengua esquimal sobre, 176-177, 179
Nigger (negrata), 39, 422, 431, 433, 435, 444, 448, 489
Niños:
aprenden a utilizar palabras tabú, 439, 458, 484
aprendizaje del lenguaje, 49-51, 57-67, 114-123, 206-207
comprensión de nombres abstractos contables y nombres incontables, 236-237
conceptos de objetos y sustancias, 190-191
creación de metaféras, 354-357
fonestesia, 398
nombres de, 30-32, 369-372, 411-425
y marco egocéntrico, 201
y paradojas del aprendizaje, 57-59, 138-139
Nisbet, Richard, 510
Nombres bíblicos, 415

Nombres comunes:
contables e incontables, 169, 228-237, 303-304
nombres propios utilizados como, 226-227
Nombres contables, 169, 228-237, 303-304
Nombres de empresa, 226-227, 400, 407-408
Nombres de marcas, 226-227, 400, 407-408, 421, 441
Nombres de persona:
ciclos de la moda, 30-31, 371, 411-415, 418, 423-424
de niños, 30-32, 369-372, 411-425
semántica, 25-30, 225, 372-379
significado, 27, 29-30, 374-378, 388
Véase también Nombres propios
Nombres de pila, *véase* Primer nombre
Nombres incontables, 169, 228-237, 303-304
Nombres propios:
como designadores rígidos, 378-379, 381, 384
de marcas, 226-227, 400, 407-408, 421, 441
indexicales comparados con, 374
significado, 225, 374-378, 388
utilizados como nombres comunes, 226-227
Véase también Nombres de persona
Número (cantidad), 182-183, 193-196, 559, 570-571
Número (en gramática), 258-259
Nunberg, Geoffrey, 154, 477-478
Nyhan, David, 461

Objetividad, 328-329, 330-331, 364-365, 569
Objetivos, 121, 278-280, 310, 323, 558
Objeto directo, 52-53, 71-72, 86
Objeto indirecto, 86
Obscenidad, 38-39, 386, 427-433. *Véase también* Palabrotas y blasfemias (lenguaje tabú)
On (sobre), 121, 185, 241-243, 248-249, 252, 559-560
11 de septiembre de 2001, 15-16, 18-20, 21, 69, 103, 218
«Onda del ¡Oh, mierda!», 483
Onomatopeya, 44, 394, 395-396, 397, 409
Ordenadores, 343, 401, 405-406
Orwell, George, 344
Ose, Doug, 476

Padrino, El (II), 542
Page, Larry, 225-226
Palabras anglosajonas, 37, 167-168, 464-465
Palabras enconadoras, 427, 430
Palabras, magia de las, *véase* Magia de las palabras
Palabras tabú:
aceptación, 455
afasia y, 442
ámbitos donde se aplican, 433, 436, 449, 454, 458
cambios históricos, 433-436
cerebro y, 36, 437-438
coprolalia y, 444-445
disfemístico, 463-464
elemento común, 488-489
en efluvios y secreciones corporales, 453-456
énfasis en, 472-482
eufemismos para evitar, 447, 463-464
paradoja sobre su identificación y su uso, 38
permuta de, 480
sentimientos negativos desencadenados por, 430, 449, 463

siete palabras que no se pueden pronunciar en televisión, 37-38, 429, 431-432, 434-435
uso abusivo de, 466-469
uso descriptivo, 468-470
uso idiomático, 471-472
y «magia de la palabra», 437, 566
y nombres contables e incontables, 231-232
Véase también Palabrotas y blasfemias (lenguaje tabú)
Palabrotas y blasfemias (lenguaje tabú)
cambios históricos, 433-436, 481-482
carga emocional, 36-37, 448, 463
como elemento universal, 433-437
decirlas en voz alta, 442
feminismo y, 461-462
formas de despotricar, 463-487
ganglios basales y, 443-446
insensibilización frente a, 434-435
«jurar por» y «jurar sobre», 451-452
persecución, 429-430, 452-453
pros y contras, 487-492
semántica de, 449-462
significado de *profanity,* 449
sintaxis, 37, 231, 468-472, 473-482
sobre religión, 436, 449-454, 474
sobre sexo, 458-462
truncadas, 446
y afasia, 443
y relación con lo catártico, 432-433, 482-487
Véase también Palabras tabú
Papafragou, Anna, 203-204
Papuano, 398
Paralelismo estructural, 447-448
Parker, Dorothy, 490
Pasado, 258, 262, 264-265, 561
Pasado, tiempo verbal, 65, 262-263, 303-304
Paso en falso, 538
Pegar la hebra, 44
Perfectivo, aspecto, 273, 303-304
Perfecto, tiempo verbal, 273-274, 303
Peterson, Scott, 187
Piatelli-Palmarini, Massimo, 137-138
Pica, Pierre, 195-196
«Pintar», 144-145
Piraha_, tribu, 192, 193-196, 204
Piss (meada), 432-433, 454-455, 458, 473, 491
Planetas, 380-381
Platón, alegoría de la caverna, 563-567
Plural, Nombres en, 226, 228-229, 258
Pluscuamperfecto, 263
Plutón, 384-386
Podcast, 408
Poder, 505-506, 508-509, 510, 514-515, 526, 528, 531-532
Polisemia, 155-175
en términos espaciales, 242
no influye en el razonamiento, 208
Pöppel, Ernst, 257-258
Por el camino de Swann (Proust), 357-358
Porter, Cole, 429
Portugués, 398, 473
Posesión, 89-98, 353-354, 356-357, 532
Postulados del significado, 135-136
Potter, Stephen, 507
Potts, Christopher, 479
Powers of Ten, 45
Pragmática, 39-43, 154, 278, 463, 496-500. *Véanse también* Cortesía; Habla indirecta; Implicatura; Pragmática radical
Pragmática radical, 153-175
definición, 132
nativismo extremista y determinismo lingüístico, incompatibles con, 208-209
simulación por ordenador, 172-174
verdad y, 159
Precio del mercado, 536-537

Predicado frente a referente, 225-226
Prefijos, 120, 392, 418
Presente, 258, 262, 265, 267, 561
especioso, 257-258, 261, 268
Presente continuo, 267, 273-274
Presente histórico, 275-276
Presente simple, 267, 273-274, 275-276
Presente, tiempo verbal, 262-263, 274-275, 277
Presley, Elvis, 271
Primer nombre, 30-32, 369-371, 411-425, 506. *Véase también* Nombres de persona
Principio cooperativo, 496-500, 502, 516
Problema de la identificación, 517, 525, 542-543
Promesas, 450-453
Pronombres:
de segunda persona, 480-481
de tercera persona, 401
Pronombres T, 505-506, 539
Pronombres V, 505-506, 539
Propiedad intelectual, 125
Proust, Marcel, 357-358
Provine, Robert, 535
Proyecto Steve, 370-371
Prueba negativa, 64-65
Psicología evolutiva, 220, 460
Pullum, Geoffrey, 108
Punto de vista, 261-262, 272
Pussy (coño), 432, 441, 444, 476
Pustejovsky, James, 164-165
Putnam, Hilary, 309, 375, 380-382
Pygmalion (Shaw), 434, 446

Quang Fuc Dong, 470-471, 475, 477, 480-482
Queer (maricón), 432, 435, 442, 444
Quine, W. V. O., 232

Raciales, minorías, *véase* Minorías
Racionalidad, 329-333, 486, 496-497, 531, 549, 555, 564-565
Racionalismo, 219-220
Raíces, formación de nuevas, 393-394
Rasgos gramaticales, 120-121, 469-470
Razonable, ignorancia, 496, 553-555
Razonamiento, 208, 321-322, 326-327, 328-329. *Véase también* Racionalidad
Reagan, Ronald, 107
Realidad:
caracterizaciones humanas de la, 558
objetividad y, 328-329, 330-331, 364-365, 569
palabras y, 21-30, 386-389
Véase también Filosofía y significado
Realis, 265
Reciprocidad, 536, 538, 565
Recuerdos, 357-359
Reddy, Helen, 170
Redes causales de Bates, 290-291
Referente:
de nombres de persona, 377-378
de tipos naturales, 379-380
denotación, 36, 438-439
diferencia respecto a predicado, 225-226
en pragmática radical, 159-160
significado y, 372-374
Véase también Realidad
Regla locativa, 59, 61, 68-70, 149
Reinhart, A. K., 457
Relaciones sociales, 39-40, 526-543
cambiar el tipo de, 547
clasificación de la autoridad, 531-535, 538-539, 545, 563-564, 566, 570
comunalidad, 527-531, 539, 541, 545, 562-563, 566, 570
confusiones sobre el tipo de, 538-540
cortesía como característica de, 501-510

intercambio, 536-538, 539-540, 541-542
palabras y, 39-43
y naturaleza humana, 562-563
Relatividad, 124, 259, 300
Relatividad lingüística, *véase* Determinismo lingüístico
Relativismo, 243, 328-329
Religión:
irreverencia y, 436, 449-454, 474
palabras tabú, 37, 432, 436, 449
Relojero ciego, El (Dawkins), 340
Réplica imperativa neologizante, 96-97
Resolución de Naciones Unidas, 522
Responsabilidad:
criminal, 127, 280
moral, 279-280, 305-311, 561-562
Reverencia simbólica, 545
Rima en argot *cockney,* 409, 447
Ritos iniciáticos, 529-530
Robo de identidad, 28-29, 225, 377
Robotman, 394
Rosen, Larry, 355-356
Ross, Haj, 399
Rostand, Jean, 231
Roth, Philip, 471
Rozin, Paul, 456-457
Ruso, 117, 183, 273
Russell, Bertrand, 36, 38, 301

Saciedad semántica, 434
Sacks, Oliver, 239
Salsa barbacoa, problema de la, 549-551
Santayana, George, 534
Santos, Laurie, 192
Sapir, Edward, 175-176
Sarcasmo, 499-500
Sassoon, Siegfried, 209-210
Satran, Pamela, 419
Saussure, Ferdinand de, 395
Schank, Roger, 357-358, 359-360, 363
Schelling, Thomas, 424-425, 517, 547-548, 555
Schön, Donald, 325, 337, 341
Scott, sir Walter, 97, 168
Segregación, 424
Segunda persona, pronombres de, 505-506
Seinfeld, 41-42, 516, 539
Semántica:
definición, 17
«simple», 16, 69, 522
Véanse también Referente; Significado
Semántica conceptual, 18-19, 46-47, 114-123, 176
frente a otras alternativas, 129-133, 209-210
Semántica generativa, 326, 475
Sentido, 373-374. *Véanse también* Filosofía y significado; Referente
Sexualidad:
carga emocional de las palabras referentes a, 39, 458-461, 489
como relación comunal, 539
componente de intercambio, 540-541
consecuencias de la eliminación de tabúes sobre, 431, 489
expresiones en inglés, 463-464
hablar sobre, 458-462, 468-472
imprecaciones agresivas, 40, 470-472
palabras tabú sobre, 432, 436, 458-462
persecución de usos lingüísticos, 428-429
«rutina eufemística» en términos sobre, 422
siete palabras que no se pueden pronunciar en televisión, 431-432
sintaxis y, 468-472
verbos transitivos decorosos para referirse a, 37, 470-471

Shakespeare in love, 499
Shakespeare, William, 25-27, 29, 225, 377-378, 390, 430, 466, 492, 493, 557, 568
Shall, 266
Sheidlower, Jesse, 474
Shepard, Roger, 213
Shit (mierda), 231, 391, 432-433, 438, 442, 444, 445-446, 454-455, 464, 467-468, 472, 482, 491
Shona, 117
Significado:
connotación, 36, 438-439, 474-475
de nombres de persona, 374-378, 388
de nombres que designan tipos naturales, 374, 379-381, 388
de términos que designan artefactos, 381-382
denotación, 36, 438
en el mundo o en la cabeza, 24-25, 372-389
en la pragmática radical, 153-175
referencia y, 373-374
relación con sonidos, 316, 395, 437
restringido y amplio, 382-383
según el nativismo extremista, 131-133
sentido y, 373-374
teorías sobre, 131-133
teorías sobre, 132-133
y definiciones, 135-136, 143-146, 372-373, 378-379, 385-386
Véanse también Metáforas; Polisemia
Silencio de los corderos, El, 54
Silepsis, 159
Silverstein, Larry, 16
Símil, 347
Similitud cognitiva de las cosas y los agujeros, 246
Simon, Herbert, 360
Simpson, O. J., 431
Síndrome de Tourette, 36, 444-445, 487
Singer, Isaac Bashevis, 175, 490
Sintaxis, 52-57
de expresiones tabú, 37, 231, 468-472, 473-482
Véanse también Adjetivos; Construcciones causativas; Construcciones locativas; Dativo, construcciones en; Dativo ditransitivo o de doble objeto; Gramática; Preposiciones; Sustantivos; Verbos; Verbos intransitivos; Verbos transitivos
Sistema límbico, 438-439, 443, 446, 482-483
Sistemas de contar, 193-196, 559, 570
Sistemas dinámicos, 154-155
Sloman, Steven, 299
Smith, Anna Nicole, 287-288
Smith, Susan, 187
Snedeker, Jesse, 235
Sniglets, 402, 407, 410-411
Soborno, 41-42, 329, 495, 515, 517-520, 523-526, 540, 544-545
velados, 41-42, 495, 517, 518-520, 524-525
Sociedad:
decisiones individuales y tendencias en, 423-425
dualidad en la vida social, 501
palabras y, 30-35, 422-425
variación y tipo de lenguaje, 194-195, 508-510
y responsabilidad moral, 305-311
Véase también Relaciones sociales
Soja, Nancy, 232
Solidaridad, 39, 435, 501, 503-506, 514, 526, 528, 530, 562, 566
Sombreros, 416-417
Sonido:
memoria en funcionamiento y, 181

relación con el significado, 315-316, 394-395, 438
simbolismo, 43-44, 397-399, 419-420, 447-448
Spam, 33-34, 393, 408-409
Spaulding, Bailey, 129, 293
Spelke, Elizabeth, 183, 193, 232
Spellman, Barbara, 288
Sperber, Dan, 154
Splash, 414
Starr, Kenneth, 276, 278
Steve, 369-371, 412, 419, 435
Stewart, Potter, 386
Stroop, efecto, 439-440
Subbiah, Ilavenil, 11, 113 n. 78, 318, n. 1
Subbiah, Saroja, 158
Subtextos, 169, 171-172, 350
Sucesos:
causalidad y, 296
definición, 18
en el lenguaje del pensamiento, 120-121
nombrar, 410
número de, en 11-S, 15-17, 19-20, 218, 237
orden de los, 186-187, 257
ser humano reúne su experiencia en, 120-121
Sufijos, 49, 68, 241, 273, 391-392, 418
Superlativos, 421-422
Sustancia:
en construcciones locativas, 81-85
en ingeniería, 302
en la clasificación de la autoridad, 531-532
en la semántica conceptual, 85, 116, 123, 217, 223-224, 311-312, 323, 558
Kant sobre, 216
Sustantivos, 223-237
compuestos, 393
en metáforas literarias, 347
polisémicos, 165-168
procedentes de adjetivos, 166
se convierten en verbos, 393
y estereotipos, 227
Véanse también Nombres comunes; Nombres propios
Sustantivos en plural, 226
Sutcliffe, Stuart, 376-377

Tabla rasa, La (Pinker), 133
Tabúes:
confusiones en tipo de relación que se convierten en, 539-540
en acuerdos prematrimoniales, 531
«jurar por», 452-453
sobre comida, 529
y naturaleza humana, 563
Véase también Palabras tabú
Tacto, 552
Talmy, Len, 74, 244, 251, 293-294, 297, 299
Tamil, 134, 508
Tannen, Deborah, 534
Televisión, siete palabras que no se pueden pronunciar en, 37-38, 429, 431-432, 434-435
Télicos, sucesos, 267-268, 269, 274
Tener y no tener, 371
Tenner, Edward, 416
Tentaciones horrorosas, 445
Teoría contrafactual de la causalidad, 284-288, 298-299, 310-311, 336
Teoría de la conjunción constante, 216, 281-284
Teoría de la cortesía, 501, 514-516, 526-527
Teorías de la probabilidad aplicadas a la causalidad, 289-293
Tercer mandamiento, 429, 449
Tetlock, Philip, 539
Thomas, Clarence, 43, 431

Thomas, Dylan, 478
Thurber, James, 494-495
Tiempo, 256-280
cíclico, 257
como marco cognitivo, 212, 256
como medio, 212, 218, 220-222, 256
como universal cultural, 256
concepciones intuitiva y científica, 257-258
contar sucesos y, 20
diferencias respecto a espacio, 264-266
en física, 218-219
en ingeniería, 302, 303-304
en la clasificación de la autoridad, 405
en semántica conceptual, 120-121, 123, 139-140, 152-153, 217, 223, 311-312, 560-561
finito e infinito, 215
metáfora de la orientación en el, 259-260, 261
metáfora del tiempo en movimiento, 260-261, 314-315
metáforas del «paisaje» y la «sucesión», 353
metáforas espaciales aplicadas a, 20-21, 332-333, 335, 353-354, 355, 560-561
modelo que subyace al lenguaje, 125-126, 222-223
objetivos y lenguaje sobre el, 278-280
precisión en expresiones sobre, 258-259
representación del, 332-333
unidimensional, 213, 264
y conciencia, 256
Véanse también Aspecto; Tiempo verbal
Tiempo de referencia, 263, 275
Tiempo en movimiento y observador en movimiento, metáforas de, 260-261, 314-315
Tiempo verbal:
en ingeniería, 303-304
en inglés, 259, 262-275
grado de precisión, 258-259
integración del tiempo en la gramática del, 257, 311
significado básico, 262
y aspecto, 261-262, 274-275
y efecto del «pensar para hablar», 185-186, 187
y ubicación en el tiempo, 261-262, 264-265
Tierra Gemela, experimento sobre el pensamiento, 380-381, 384, 388
Tipos de grupo de propiedad homeoestsática, 342-343
Tipos naturales, 374, 378, 381, 386, 388, 410
Tipos nominales, 374, 386
Tipping Point, The (Gladwell), 425
Tits (tetas), 432, 435, 444
Títulos, 507-508
Tlingit, 243
Tootsie, 493, 515, 525, 541
Topología, 244
Torpeza, 538-539
Torre de Hanoi, problema de, 360-361
Traje nuevo del emperador, 549
Tranvía, problema del, 306-307
Trastorno obsesivo compulsivo, 445-446
Truman, Bess, 432
Truncamiento, 393, 422-423, 446
Truth, Sojourner, 170
Tucker, Sophie, 124
Tumor, problema del, 361-362
Turco, 120, 185
Turner, Mark, 348
Tversky, Amos, 178, 323, 325, 346

Twain, Mark, 23-24, 26, 50, 124, 374, 434
Tzeltal, 197-198, 202, 203-205, 508
Tzotzil, 117, 205

Un montón enorme, 370
Utilitarismo, 307-308

Vaguedad, 521-523
Variación, *véase* Variaciones en las lenguas y universales
Variaciones en las lenguas y universales:
en construcciones, 117-120, 117 n. 81, 117-118 n. 82
en construcciones causativas, 119-120
en el aspecto, 267, 273
en el significado de verbos, 117-120
en expresiones de cortesía, 501, 505-506, 508-511
en metáforas acerca del tiempo, 261, 265
en nombres contables e incontables, 230-231, 235
en nombres de niño, 411-412
en palabras de un morfema y de varios morfemas, 120, 141
en palabras que designan números, 192-196
en palabrotas y blasfemias, 432-433, 435-437, 444-445, 449, 453, 471-472
en simbolismo fonético, 397-399
en términos espaciales, 197-198, 205-206, 241-244, 249
en tiempos verbales, 262-266
y polisemia, 161-162
Véase también Lenguas
Varley, Rosemary, 184
Veblen, Thorstein, 417
Vela, problema de la, 248, 361-362
Veladas, amenazas, 41, 451, 494-495, 515, 542-543
Venus, 372, 384-385, 388
Verbos, 45-128
causalidad expresada en, 293-294, 311
clases de acción, 267-271, 279
compuestos de un número menor de partículas conceptuales, 146-153
«ligeros», 120
nombres y adjetivos que se convierten en, 392
Véanse también Aspecto; Construcciones verbales; Tiempo verbal; Verbos intransitivos; Verbos transitivos
Verbos de actividad, 268, 271-272, 274-275, 279-280, 295
Verbos de consecución, 269, 279-280
Verbos de logro, 269, 274-275, 279-280, 295
Verbos durativos, 268-270,
Verbos factivos, 22-24, 569
Verbos inceptivos, 269
Verbos instantáneos, *véase* Verbos momentáneos
Verbos intransitivos, 52-53
acerca de sexo, 469
construcción causativa, 54, 98-109
influencia de idiosincrasia, 108, 113-114
juicios morales y, 107-108
utilizados como transitivos, 56, 98-109
Verbos iterativos, 269-270
Verbos momentáneos, 92, 268-269, 271, 275, 279
Verbos que expresan duración, 92, 268, 270, 271, 303-304
Verbos transitivos, 147-152, 160-161
inexistencia de verbos transitivos decorosos para referirse al sexo, 37, 468-471

juicios morales y, 107-108
significado y, 52-53, 54, 471
usados como intransitivos, 56, 146-152
y construcciones causativas, 98-99
Verdad, 21-24, 71, 326-327, 329-330, 364, 569
y tiempo verbal, 270-271, 275-278
Véanse también Realidad; Relativismo
Verdul, 139
Vioxx, 292
Voluntario, carácter, 279-280, 305-306, 561-562
Voz media, 150-151
Voz pasiva, 107-108
Vudú, 291, 311, 340, 456

Wajnryb, Ruth, 437
Wallace, Alfred Russel, 321
Wallraff, Barbara, 403
Walsh, Clare, 299
Warner, Charles Dudley, 502-503
Waters, Muddy, 170
West, Mae, 171-172
Whimperative, 42, 511-512
Whorf, Benjamin Lee, 68, 187-189
Whorfiana, hipótesis, *véase* Determinismo lingüístico (hipótesis whorfiana)
Wierzbicka, Anna, 224
Wieseltier, Leon, 30
Will, 265-266
Wilson, Deirdre, 154
Winner, Ellen, 500
Winwood, Steve, 170
Wittgenstein, Ludwig, 188
Wolff, Phillip, 102, 297
Words and Rules (Pinker), 161, 252, 396
Wright, Steven, 331
Wug, prueba del, 63, 78, 87, 99, 110

Xu, Fei, 190-191

Yanomamö, 193
Yavé, 37
Yellow Submarine, 246-247
Yiddish, 30, 230, 284, 401, 453, 467, 470
Yinglish, 170
You Just Don't Understand (Tannen), 534
Yupik, 177
Yuxtaposición de palabras, 34, 393, 399

Zappa, Frank, 30
Zeugma, 157
Zippy, 240, 400

Como los anteriores best sellers del autor, *El mundo de las palabras* está escrito con el estilo que ha proporcionado a sus obras popularidad y aceptación en todo el mundo. Pinker sabe cómo explicar ideas complejas de manera inteligente y clara, con irreverente agudeza, y empleando de manera magistral ejemplos propios de la cultura popular y la vida cotidiana.

Vinculado con *La tabla rasa* y otras obras en las que el autor analiza la naturaleza humana y su carácter moral, emocional y político, este texto nos enseña qué podemos aprender de nuestro modo de ser a partir de la manera en que expresamos con palabras lo que pensamos y lo que sentimos.

En esta obra fascinante, Steven Pinker nos aporta una versión totalmente distinta de cómo funciona la mente a través del lenguaje, y nos muestra cómo nuestras palabras pueden revelar el corazón mismo de la naturaleza humana. Nuestros lenguajes tienen un modelo de sexualidad inscrito en ellos, así como modelos de poder, intimidad y comercio. Mediante un pormenorizado estudio del habla cotidiana, Pinker traza una elocuente panorámica de los pensamientos y emociones que rigen nuestras vidas mentales.

El autor da respuesta a multitud de preguntas en las que la naturaleza humana coincide con las inquietudes contemporáneas. ¿Por qué lloramos, y por qué nos sentimos incómodos cuando otras personas lloran? ¿Por qué tantas obras cinematográficas, televisivas o teatrales abordan la muerte? ¿Puede emplearse la metáfora como un arma letal en política?

«Pinker es un pensador soberbio y un escritor brillante. El mundo de la ciencia es afortunado por poder disfrutar de su obra.»
RICHARD DAWKINS

«Pinker sortea cómoda y hábilmente los claroscuros del debate científico actual y arroja la brillante luz de la racionalidad sobre la forma en que nos expresamos.»
DANIEL DENNETT

www.paidos.com

70067
9 788449 320538

PAIDÓS TRANSICIONES

67